DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

FACUNDO



Domingo Faustino Sarmiento

FACUNDO



Caracas
1993

EL *FACUNDO:* LA GRAN RIQUEZA DE LA POBREZA

I

"Del centro de estas costumbres i gustos jenerales se levantan especialidades notables, que un dia embellecerán i darán un tinte orijinal al drama i al romance nacional".

SARMIENTO *(Fac.,* Cap. II)

A LA extraordinaria profusión de "Prólogos" que se anticipan a todo acercamiento al *Facundo* se añade, a partir de estas primeras palabras, uno nuevo que, es obvio decirlo, intentará como lo han hecho los otros la ambigua tarea de actualizar algo sobre el texto. Los otros: son muchos; pareciera que el *Facundo* los exige, que en vísperas de cada nueva edición hay que hacerla preceder por lo que el "prólogo", como institución social, puede implicar. ¿Vitalidad sin recortes, fuerza de una escritura que todavía problematiza? Pero esa cantidad de "prólogos", sea lo que fuere aquello que el texto pide, supone entre todos y en cada uno una pretensión, la de anteponerse a una lectura que debería poderse llevar a cabo por sí misma. Sistema de señales, anuncio autorizado que intenta iluminar pero que acarrea un innegable condicionamiento, el de la lectura.

Esto es general para todo prólogo y todo texto pero cobra una significación particular en el caso del *Facundo;* al haber respondido a su presunta exigencia, ¿no será que le estamos reconociendo a priori, o por la fuerza de la tradición, una importancia que nos es impuesta?, ¿no será que todos los editores y prologuistas temen que si no se llama la atención el texto pueda, librado a su propia suerte, dejar de existir o se convierta en pura arqueología?, ¿no será que entendemos y aceptamos su exigencia para ocul-

tarnos que nos hacemos cómplices de una necesidad social y política de seguirlo proclamando como texto único y fuerte, como un privilegiado depósito de significaciones que modelan todavía nuestra vida y nuestra sociedad?, ¿no será que, mediante los prólogos, queremos impedir su lectura?

Pero hay "prólogo" y "prólogo": ninguno puede sustraerse a una red de fuerzas en la que, a pesar quizás de seguir jugando el juego, se inscribe. Cabe preguntarse por esa red de modo tal que se pueda, en la respuesta, determinar en qué sentido se quiere impedir o, en el mejor de los casos, dirigir la lectura. Trabajo que habría que hacer en cada situación pero que, insinuado como posibilidad, aquí tiene como finalidad mostrar sobre qué base, en virtud de qué objetivos y condiciones, este "Prólogo" intentará separarse de los otros.

De este modo, podemos empezar por diferenciar, casi desde el punto de vista de los géneros, entre "estudios", igualmente numerosos, y prólogos. Aquéllos, en principio, por el hecho de estar sueltos, dejan la lectura en libertad, son objeto a su vez de una lectura; por eso esclarecen, informan, producen un saber; el "prólogo", teóricamente, lo sistematiza y de alguna manera lo traduce o lo rehace para cumplir con su finalidad de dirigir la lectura: cada "prólogo" es un balance de "lo que se sabe" sobre un texto, de modo tal que puede ser —o debería pretenderlo— más importante o más necesario que los anteriores; pero también puede suceder que el "saber" no se haya acrecentado, de modo que el "prólogo" se limita a repetir todo lo que se "sabía" desde los eventuales balances anteriores. Entre estudios y unos y otros prólogos la masa existente sobre el *Facundo* es abrumadora y, acaso, provoca cierto tedio porque si por un lado se observa un loable deseo de afirmar la existencia de un conocimiento desde un texto, por el otro el conocimiento no progresa, se acumula y se inutiliza o, al menos, no rechaza el imponerse puesto que por su masividad misma ya no puede transmitir. De alguna manera todo esto redunda en una voluntad de consagración cuyo rasgo más íntimo consistiría en evitar el tener que enfrentar, para neutralizarlo, un sistema de condiciones de lectura que emanan de un orden previo y, por supuesto también, el orden previo mismo que, al parecer, todavía se nutre ideológicamente del contenido explícito, exclamado e históricamente impuesto, del *Facundo*.

Esta reflexión indica un camino para *este* prólogo: nos prohibimos tanto completar una información como hacer resúmenes de "lo que se sabe"; en estos impedimentos toma forma nuestra posibilidad, que se convierte así en nuestro propósito: establecer una relación con una lectura posible pero que no trate de obstaculizarla y, más aún, asumir nuestra propia lectura de manera tal que su movimiento abra a las otras lecturas y no las inmovilice. Prólogo, entonces, que reconoce ser "lectura" y, en consecuencia, gesto históricamente limitado, tributario —como toda lectura— de determinadas condiciones de producción. Podemos señalar aquí ya la primera de ellas: es subjetiva como por contraste con el marco que crean los "prólogos" ante-

riores: definimos el *Facundo* como un texto que nos es impuesto pero, al mismo tiempo, lo reconocemos, por experiencias previas, como un objeto característico de nuestra cultura latinoamericana; lo leemos desde esa bivalencia y así queremos que se lo lea, lo cual supone la presencia y la acción de requerimientos actuales que guían también otras lecturas y otras acciones. Y, como lectura, fuertemente ideológica en tanto toma distancia respecto de lo más entrañablemente ideológico de otras lecturas, de las que acaso no pueda separarse demasiado por limitaciones propias, a las cuales tratará por todos los medios de poner en evidencia.

No cabe duda de que esta pretensión se recorta sobre preocupaciones teóricas y críticas que, si por un lado son muy actuales, también están empezando a recibir el embate de una reacción que dice, en lo más moderado de sus formulaciones, combatir solamente los "excesos" de una crítica: demasiada abstracción para latinoamericanos, discurso autónomo que no exalta ni condena la "obra" ni repara en su "valor", determinación de la ideología como fuerza operante en la construcción de los textos y no más sistema de conceptos representados. A pesar de estas acusaciones, no concebimos como posible ningún "prólogo-lectura" que no surja de dichas preocupaciones teóricas, que distan de haberse topado con sus límites; un "prólogo", en esta perspectiva, aparecerá —y aparece aquí otro de sus perfiles— como un espacio que se irá llenando hacia una finalidad bien definida: ayudar al eventual lector a realizar su propio trabajo —su lectura— sobre el texto y sobre el sistema que permitió tanto producir el texto como las lecturas anteriores y ésta que ahora comienza a organizarse y, ciertamente, la suya propia que debería venir a continuación.

Pero hay otra escena de la que no se puede prescindir porque sigue reapareciendo en toda voluntad de iniciación de un discurso diferente y es inútil negarlo: todavía son Sarmiento y el *Facundo* objeto de veneración y de execración ciegas; hablar de uno o del otro, o de ambos, implica un riesgo cierto y un compromiso grave pues según algunos la adhesión a una o a otra línea, ya tradicionales, es insoslayable; Sarmiento está, en ese sentido, privilegiadamente situado en el cruce de ambas en la medida en que por un lado ciertos sectores políticos argentinos, de extracción conservadora y vocación despótica y hasta cierto punto antipopular, lo reivindican como suyo (aunque también, para hacer más difuso el panorama, lo reclaman para sí sectores que, siendo liberales y aun izquierdistas, de ninguna manera se viven a sí mismos como opresores actuales o posibles del pueblo), y otros, que cuentan indudablemente en sus filas a lo que se puede entender como el "pueblo", se horrorizan a su mera mención, como si siguiera siendo la suma del espanto histórico, el modelo superior de aquello que hay que atacar y destruir. Si para unos constituye la columna vertebral del "sentido" de lo argentino, para los otros dicho "sentido" debe buscarse en otra parte o en otras figuras, esquema en el que la coincidencia sobre un "sentido" marca la gravedad de los enfrentamientos y su perduración. Acaso haya que despojarse de esa obsesión definitoria para empezar a hacer algo

con él, lo que no quita que, precisamente en virtud de ese tironeo que lo tiene como centro, el compromiso sea muy serio pero igualmente ineludible: reclamamos para abordarlo una libertad de hablar de un tema y un objeto irritantes, lo que implica un indispensable distanciamiento respecto de líneas interpretativas que en realidad son líneas de presión, formas de lectura cuyos fundamentos ideológicos estaríamos ya en condiciones de discernir. Esa perspectiva de libertad nos lleva, en consecuencia, no a la repetición de autoridades y a la sinopsis de sus argumentos sino a procurar una mirada nueva y en lo posible fresca que teniendo en cuenta las montañas de lecciones que no nos dejan progresar, nos permita dejarlas de lado para encontrar una zona de trabajo en y con nuestros medios propios y en función de objetivos amplios que superan la mera metodología para dar cuenta de una nueva situación cultural.

Una consecuencia se desprende ya de estos aprontes: no consideraremos el *Facundo* desde su racionalidad propia porque eso nos llevaría fatalmente a justificarlo y, por lo tanto, a negarlo como texto si por "texto" entendemos una situación eminentemente productiva que cesaría en la justificación: al no poder salir de sus redes, de su "querer decir", lo bloquearíamos en su actividad y nada entonces podríamos hacer con él; por "racionalidad propia" entendemos no su organización estructural o el orden de ideas que vehiculizan su argumentación sino el "horizonte restringido a la inmanencia del texto", en el cual según algunos se debe permanecer para no falsear desde una perspectiva actual lo que no pudo ser de otro modo en el pasado: trama ideológica compuesta por el texto como un hecho, la intencionalidad como un motor excluyente, el sistema como una relación con el mundo, y el conjunto, en fin, como algo que a fuerza de tener existencia deja de tener significación. De lo que se trataría, en cambio, es de trabajar con esa significación, de advertir cómo se produce, de qué se nutre, cuál es su operación.

Tampoco lo consideraremos desde la racionalidad de sus enemigos, puramente externa, y cuyo pedido es en el sentido de hacerlo desaparecer como obra, lo que implica una doble desaparición como texto. No nos importa la eficacia de un pedido semejante, sí, en cambio, la dirección que puede querer seguir imponiendo a la lectura, para liberar la cual y actualizarla entenderemos que *Facundo* tiene algo de texto en estado de producción y, en consecuencia, es todavía capaz de suscitar una percepción de su calidad de texto en estado de producción.

Si, entonces, no se trata de perfeccionar una descripción de lo que *Facundo* es en sí ni de obtener un juicio condenatorio (el absolutorio es prescindible puesto que viene con la descripción de lo que es en sí), el camino que se abre es el de una integración del conocimiento de su sistema con necesidades nuestras que sólo podemos definir desde la actualidad en el doble sentido de una manera de leer y de una necesidad de comprender esos alcances más amplios, en el plano de nuestra problemática social y política. En la comprensión de ese texto que se nos impone y/o perdura, se trata de algún modo

de comprendernos a nosotros mismos en tanto formamos parte de una cultura —en la que ese texto juega su papel— y la estamos al mismo tiempo formando mientras reconocemos y hacemos sus signos, que, después de todo, son los mismos y muy diferentes de los que encuadran el mundo del *Facundo*. Y esto forma parte también de la imprescindible otra escena: lo que continúa, lo que regresa, lo que no está resuelto, lo que se ha dicho, lo que se exige y no quiere desaparecer en nosotros aun cuando tratemos de presentar las cosas como si ya estuviéramos viviendo una posibilidad de análisis más allá de toda esta exigencia.

Líneas atrás se habló de "lectura"; quizás convenga seguir: se trata ante todo de la que todo "prólogo" quiere dirigir. Supongo que si por un lado existen condiciones que la canalizan y permiten, por el otro también existen condiciones que favorecen la producción de un "prólogo"; supongo que a veces hay coincidencia, a veces no; igualmente, conjeturo que con frecuencia, desde la producción de un "prólogo" —dejando de lado su específica forma de ser lectura—, se atiende a lo que es la lectura en curso y se la trata ya de favorecer o confirmar, ya de neutralizar, con lo cual el prólogo deviene a su vez "condición" de lectura.

Habría que preguntarse por lo que hay de común a las condiciones de lectura y de producción de un prólogo en un momento determinado, quiero decir preguntarse por lo que hay de contradictoriamente común; sea como fuere, dichas condiciones van variando y no podríamos ignorar esa modificación: el *Facundo* fue leído de un modo por los proscriptos de 1845 y de otro por los legisladores que propusieron un Homenaje al "anciano estadista" en 1881; igualmente, son diferentes los prólogos de Alberto Palcos[1] y de Emma S. Speratti Piñero,[2] aunque manejen los mismos elementos conceptuales. En lo que concierne a nuestra época, acaso nos resulte más fácil, contradictoriamente también, salirnos de las condiciones que gravitaban hasta hace poco y no sólo por la fuerza del ritmo impuesto por un afuera implacable sino también en virtud de una decisión que tiene un piso ideológico; ello nos sería permitido por un doble movimiento de distanciación, por un lado respecto de dichas condiciones del pasado, por el otro al declarar las que pueden estar gravitando en la relación misma que queremos establecer entre "prólogo" y "lectura". De todos modos se nos seguiría presentando una misma y obsesiva pregunta, hasta cierto punto un enigma: ¿por qué todo aquello y todo esto sobre el *Facundo* y no sobre otros textos? Enigma, sí, pero no mito y menos aun dogma: buscarle una explicación supone esa proliferación de prólogos y estudios pero también el dibujo de los términos que lo componen y que, en definitiva, permiten articular un trabajo. Si de este modo lo abordamos, es decir si nos hacemos cargo de las lecturas que quieren dirigir y precisamos la que nosotros queremos dirigir, no

[1]Alberto Palcos, "Prólogo" al *Facundo*, La Plata, Universidad Nacional, 1938.
[2]Emma S. Speratti Piñero, Introducción y notas al *Facundo*, México, Nuestros Clásicos, U.N.A.M., 1957.

haríamos más que seguir la memorable incitación de la Introducción: "Sombra terrible de Facundo, voi a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, vengas a esplicarnos...", y entrar en lo que todo texto pide que se haga con él. ¿Y cuáles son esas lecturas, esas explicaciones, esos prólogos, cómo se ordena la proliferación? Disponemos de una gran cantidad, ya lo dijimos, tan grande y variada casi como las opiniones fundamentales que tienen curso sobre la historia, la política, la literatura y la sociedad argentinas. Vale la pena clasificarlas:

1) la lectura liberal, para la que la ideología explícita del *Facundo* constituye todavía la esencia de la ideología que ordena y define y debe ordenar y definir el país; nos parece anacrónica y violenta ya que surgió —y se mantiene— condicionada por un proyecto que ha llegado a sus límites;

2) la lectura del pensamiento "revisionista", cuyo principal mecanismo activo consiste en rechazar esa ideología triunfante para reivindicar otra; su anacronismo reside en que la disputa ideológica sólo muy forzadamente y por medio de proyecciones arraiga en conflictos actuales: esa "otra" ideología es contemporánea a Sarmiento e imponerla es sustraer el texto de todo su proceso posterior;

3) la lectura "literaria", que al sacar del texto lo "político" —que, según parece, por ser ocasional y transitorio, ha perdido interés— presenta una separación apta para liberarse de toda acción ideológica, lo que, a su vez, permite sobrecargar de "valores" y reducir a una zona sagrada lo que es un proceso de producción;

4) la lectura "verdadera", según la cual lo que hay de decisivo en lo literario —el genio, la expresión, la felicidad de las imágenes— ilumina lo político y se constituye en el revés de lo que se ve en el *Facundo*;

5) la lectura del "modelo" mental, que consiste en reconocer hasta dónde los artefactos intelectuales presentados en *Facundo* (Civilización y Barbarie, el más notorio) han entrado en la realidad latinoamericana y están presentes, como categorías indiscutibles, en la literatura y la política latinoamericanas del pasado y del actual siglo.

Al mismo tiempo que esta somera presentación sugiere una diversidad de prólogos (y de enfoques o tentativas de explicación) y, correlativamente, de lecturas pasadas y en curso, en su conjunto enuncia las razones que explicarían el apuntalamiento de que goza el *Facundo* y cómo nos es impuesto en el más amplio e inconsciente movimiento de acuerdo social que conozcamos; según este movimiento, para que el *Facundo* siga suscitando convergen antagonismos que, cuando se manifiestan en otras zonas de conflicto, aparecen como insolubles. Y bien, todos esos prólogos recogen alguna verdad del texto puesto que la están produciendo e intentan condicionar las lecturas, en cumplimiento de su función: son lecturas sacramentales, así como los prólogos sacramentalizan. Si, como lo hemos señalado, trataremos de operar sobre otra base, no informando ni describiendo, saliéndonos de los esquemas que guían todos esos "prólogos", es decir, actuando según

otras condiciones pero para constituirnos a nuestra vez en condición, es porque estamos suponiendo que existe una nueva lectura, diferente de las anteriores y a la que queremos llegar. Suponemos que existen cambios que van a modificar la "verdad" del *Facundo* y otra forma de leer acorde con nuevos pensamientos y nuevas exigencias sociales. A ellos atenderemos pero, naturalmente, atribuyéndoles sus rasgos, pues la lectura no grita las categorías con las que opera.

Como se desprende de todo esto, intentamos cubrir diversos planos, formular una racionalidad de registro variado; a lo que llegamos es a definir otra vez el *Facundo* pero ahora como una vertiginosa implicación; si recorriéramos escrupulosamente su enigma pronto veríamos que va apareciendo todo, una escritura y las otras escrituras que suscita, una ideología que mueve su escritura y la hace producirse y las ideologías que obedeciendo aparentemente a la suya o reaccionando contra ella le dan la forma que necesitan darle para confirmarse, una acción que la realidad ejerció sobre su ideología y la acción ideológica que desde él se implantó en la realidad. Completamos la definición: es el *Facundo* además una pluralidad respecto de la cual la toma de distancia es un riesgo; pluralidad que está en su forma misma, cruce de planos con que se presenta en su arranque comunicativo mismo. El riesgo comienza a configurarse ahora, en la dificultad de salirse de una red en la que el *Facundo* permanece casi por decisión estructural (red que está metida en nosotros mismos y contra la que hay que luchar) y de la que hay que sacarlo si deseamos que, impuesto y todo, sea materia viva, conocimiento posible, y no tan sólo se agote en la imposición.

II

DOS CLASES de sorpresas depara, creo, una lectura actual del *Facundo*: ciertas expresiones certeras que se levantan como imágenes tan inesperadas como contundentes ("I mientras tanto que se abandona así a una peligrosa indolencia, ve cada día acercarse el boa que ha de sofocarlo en sus redobladas lazadas".) y ciertas ideas que si por un lado se anticipan a su aparición dentro de sistemas (influencia del medio sobre el carácter, fuerza de la educación, papel del gran hombre, etc.), por el otro revelan una agudeza de observación psicosociológica insólita ("Los arjentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos les echan en cara esta vanidad i se muestran ofendidos de su presunción i arrogancia".). La primera tentación sería buscar una unidad entre unas y otras, tentación que no rechazamos pero que si seguimos tal cual nos instalaría en una perspec-

tiva de "verdad" que surgiría ya de la perfección de la imagen, ya de la validez de la observación. Señalemos, buscando otro camino, que la sensibilidad a las primeras autorizó y autoriza la "literatura" en una poderosa presencia y la revelación de las segundas sirvió para ver en el *Facundo* el embrión de una sociología nacional nacida de intuiciones extraordinarias, muy anteriores a necesidades del ambiente.

A

1. Las imágenes se nos aparecen diseminadas por todas partes en el texto pero cada una de ellas obedece a un esquema constitutivo acaso diferente; las hay que surgen por antítesis, otras toman forma en la acumulación, la mayor parte tiene un notable alcance metafórico. Si algo las liga es un ritmo general de elocución para definir el cual se nos ocurre la palabra "empuje"; el mismo Sarmiento caracterizó esta estructuración del ritmo cuando señaló que "las intelijencias muy ejercitadas, cuando una idea fundamental las ha absorbido largo tiempo, derraman sobre el papel i sin esfuerzo alguno, un libro entero, de una pieza, como la hebra dorada que hila el gusano de seda". Desenvolverse, producir un hilo, he aquí el secreto de su ritmo, que en su empuje se nos ocurre muy respirado, pulmonar, amenaza con continuar mientras continúa la vida... o la escritura; nunca como en este texto un ritmo se nos ha hecho tan material: el ritmo se nos aparece como en estado puro y precisamente en virtud de lo que tiene de respiración cuyas detenciones y cortes son precisamente lo que le da origen. Es como una trama o, si se quiere verlo de otro modo, una estructuración dentro de la cual, aquí y allí, las imágenes están colocadas, acaso imprevisiblemente. En cuanto al ritmo, da idea de totalidad; en cuanto a las imágenes, de fragmentarismo. ¿Hay coherencia entre totalidad y fragmentarismo? No es necesario que la busquemos porque, tal como están planteadas las cosas, podemos manejarnos en los dos niveles. En uno de ellos, entonces, el texto es fragmentario, las imágenes son concreciones súbitas, casi fugaces, no forman sistema en el sentido de su principio constructivo aunque tiendan todas a una misma finalidad, que podemos entender como lo más característicamente literario, en el sentido convencional, del texto.

2. Pero, por otro lado, el ritmo —un sostenido hecho de cesuras y subidas permanentes luego de las cesuras— no es un puro movimiento; teóricamente su función consistiría en preparar la producción de una significación, no en el sentido de un mero marco sino en el de una "condición" necesaria para que la significación surja; en ese sentido, el ritmo tiene instancias, planos, materializaciones que aparecen en un doble nivel, como "tematizaciones" y como "estructuras" que le dan forma. Este es el caso o, mejor

dicho, lo que me importa destacar. Creo que para el *Facundo* la estructura que surge del ritmo es la de un "saber contar" en el sentido más primario del concepto. O sea poseer una relación corporal con "lo que se sabe" (el que cuenta, según reflexiona Jean-Pierre Faye, es un *gnarus* o sea un *"narra*dor"[3]) y se quiere trasmitir, lo que tiene como consecuencia una liberación —o la libertad que otorga estar inscripto en una dimensión primaria— respecto de convenciones, de conveniencias, de acuerdos "formales".

Este tema es susceptible de ampliación: en el caso del *Facundo,* lo que "se sabe" se recuesta sobre el pasado, considerado como suma de experiencias, tradiciones, lecturas e improvisados mecanismos de información, pero también se recuesta en un horizonte lingüístico, el saber de la lengua, que supone, concretamente en Sarmiento, el conflicto entre lo heredado, lo colonial, lo provinciano,[4] y un proyecto, lo adquirible, un mundo de modelos cuya presencia modifica el punto de partida y le confiere, en el cruce, esa vibración única y dramática, irreprimible. Si este cruce se muestra en la convivencia de arcaísmos y galicismos —y en consecuencia revela un entrevesado cuadro mental—, también muestra muchas otras ecuaciones que todavía nos siguen ocupando y preocupando y que tienen que ver con arduas cuestiones de definición de una literatura nacional así como de una política nacional en la relación pasado —que supone la estructura básica y en consecuencia un campo de sentidos conocidos— y futuro —que implica un sistema de transformaciones y por consecuencia la fijación de un campo de sentidos acaso nuevo pero siempre difícil de entender, duro de aplicar y respecto de cuyo fundamento hay que tener una claridad total en cuanto a las determinaciones que operan en él.

De hecho, ese "saber contar" descansa sobre el pasado y se proyecta sobre el futuro, distribución de papeles que si bien se presenta ahora en una tajante separación no supone por eso una escisión sino una necesaria limitación metodológica; en esa perspectiva, el pasado del "contar" supone el caldero inconsciente, aquello que se afirma a pesar de uno mismo y va guiando una relación que no aparece en lo que se cuenta, en lo aparente; el futuro implica la dimensión ideológica perseguida, aquello por lo que se opta para reducir y canalizar las exigencias que bullen constantemente en ese desarrollo secreto de lo que se cuenta y que cuenta.

B

Si vemos todo esto en sus consecuencias se nos abre una amplia gama de líneas que nos permiten pensar el *Facundo*. Las vamos a abordar pero

[3]Jean-Pierre Faye, "Théorie du récit", en *Change* Nº 1, Paris, 1969.

[4]Sarmiento, "Carta a Calandrelli", del 12/8/81 (en *Facundo,* ed. cit.): "...habiéndome criado en una provincia apartada y formádome sin estudios ordenados, la lengua

no sin recordar que todo esto nace de una bifurcación de la cual hemos seguido un solo brazo; nos falta recuperar el otro, que concierne a las "ideas" y cuya relación con el otro trataremos de recuperar en el capítulo III.

1. El conflicto entre pasado y futuro (términos ya suficientemente referidos y definidos) se manifiesta en las frases como una fluencia convulsa y mezclada, en la que parece primar un movimiento de "finalidad" por sobre el de "construcción"; por esta razón, quizás, se podría suscribir el juicio de Borges, según quien cada frase podría ser corregida y hasta modificada pero no suprimida porque si eso sucediera se atentaría contra el impulso general de su escritura.[5] Señalemos un reparo ideológico: Borges piensa tal vez desde una cierta idea de "estilo" con componentes bien inscriptos en una concepción más amplia de lo que es literatura; por la misma razón, ciertamente, consideró que Macedonio Fernández había sido mejor conversador que escritor: ajustarse o no ajustarse a un sistema de requisitos; Sarmiento, como Macedonio, los desborda, es un hecho. En todo caso, lo que queda es que la tensión interna de las frases (en las que podemos reconocer rasgos tales como los paralelismos, la adjetivación abundante y desprejuiciada, la adverbiación, la frecuencia de diminutivos, la amplitud del período, la comparación, la estructura de soliloquio, etcétera) es producto y vehículo de una energía que se desenvuelve y que, por lo tanto, construye una totalidad. Como se puede ver, llegamos a soldar las definiciones que en un comienzo se nos aparecían como opuestas, totalidad y fragmentarismo; ahora sabemos que el tipo de fragmentarismo va produciendo una totalidad que, por eso mismo, no se caracteriza por una compulsión formal, por una reducción de lo contradictorio.

2. En un segundo momento, la vinculación entre pasado y futuro, entre lo inconsciente y lo ideológico, engendra un resultado paradojal que traté de examinar en un trabajo anterior.[6] Lo ideológico aparece en la superficie de la exposición como un definido proyecto, o sea como un tendido hacia el futuro; lo inconsciente como lo dominado. Este juego está inscripto en lo más entrañable de la construcción del texto, basada en lo que surge de la acción del concepto de "Civilización y Barbarie" que, de algún modo no muy indirecto, encarna la misma depositación de pasado y futuro: en la medida en que dicho concepto va armando el discurso, lo relativo al pasado se va imponiendo por sobre la pretensión de imponerse de lo ideológico.

Pero aclaremos: no en cuanto a una exaltación de la barbarie por sobre la civilización (como si se tratara de una conversión) sino en cuanto a que

de los conquistadores había debido conservarse allí más tiempo sin alteraciones sensibles".

[5]Jorge Luis Borges, "Prólogo" a *Recuerdos de Provincia*, Buenos Aires, Emecé, 1943

[6]Noé Jitrik, *Muerte y Resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1968.

el pasado bárbaro es investido de un orden de explicaciones económicas estructurales tales que, finalmente, todo el esquema civilizado se subvierte y se presenta una perspectiva nueva; para retomar las conclusiones de aquel trabajo mío, la barbarie, que tiene su ámbito en la pampa (donde reside), da lugar al concepto de "interior",[7] caracterizado por actividades económicas productivas que han sido históricamente liquidadas o devoradas por Buenos Aires, donde reside la "civilización". El programa paradojal que se inicia es el de una reivindicación de ese interior expoliado, desde una perspectiva cultural representada por la ciudad pero que la ciudad ha desvirtuado ("¿Pudo prever Dorrego i su partido que las provincias vendrían un día a castigar a Buenos-Aires por haberle negado su influencia civilizadora; i que a fuerza de despreciar su atraso i barbarie habían de penetrar en las calles de Buenos-Aires, establecerse allí i sentar sus reales en el fuerte?"[8] Conflicto que no deja de estar presente en toda formulación que intente programar un rescate de la vida "nacional", cuya expresión básica es valiosa —y que debería ser preservada de la contaminación adulterante de un modelo externo, esencialmente ciudadano— pero a la que se trataría de incorporar a una actualidad, a un lenguaje que podría darle una relevancia significante, la cifra de una identidad que todavía seguimos persiguiendo.

3. Es evidente que estas conexiones justifican ciertos análisis que se han hecho tanto de la persona Sarmiento como de y desde sus escritos. Así, por ejemplo, en el primer caso, la relación que se daría entre su conciencia de provinciano, por decir así, de haber nacido en un medio desfavorable y la voluntad de elevarse hasta las regiones culturales más altas.[9] Espíritu encadenado que lucha contra su suelo y mediante instrumentos que le vienen a la cabeza pero que se han fundido ya con el sentido que a sí mismo se atribuye. Podríamos acotar un lugar común, a saber que esa fusión se explicaría sobre una identificación que desde temprano hizo entre su persona y el país ("¡Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de mayo!"), gesto en el que de todos modos no estaría solo, pues guía la interpretación del mundo que caracteriza a una capa entera de hombres argentinos, tal como lo ha visto en los memorialistas Adolfo Prieto.[10]

Desde otro enfoque, esa relación entre pasado/futuro, inconsciente/ideología, tendría una traducción en la pareja Romanticismo/Iluminismo que ofrecería otra —y a esta altura ya no sorprendente— inversión: el Romanticismo, que es lo leído (los biógrafos de Sarmiento destacan el papel que cum-

[7]"¿Creeráse que tanta mediocridad es natural a una ciudad del interior? ¡No! Ahí está la tradición para probar lo contrario". (Cap. IV).

[8]*Facundo,* cap. IX.

[9]Enrique Anderson Imbert, "El historicismo de Sarmiento", *Cuadernos Americanos.* Año IV, Nº 5, México, 1945.

[10]Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina,* Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, 1963.

plió en la formación de sus ideas la biblioteca de Manuel J. Quiroga Rosas, compuesta principalmente de libros y revistas saintsimonianos, utopistas y románticos, formación de la cual las marcas más visibles son los "epígrafes" del *Facundo*[11]), y, por lo tanto, el instrumental ideológico, canaliza por el contrario todo lo soterrado, es lo que le permite un rescate expresivo de lo dado (a través de los capítulos "costumbristas" —el rastreador, el baqueano, el cantor, el gaucho malo—) y, en última instancia, la recuperación productiva-económica de lo colonial (la artesanía); el Iluminismo, en este esquema, contradictoriamente también, encarna lo inconsciente porque es el sistema que opera, como lo natural mismo, en la pedagogía primera, en los conceptos republicanos que Sarmiento confunde, como lo hemos visto, con su nacimiento y, por lo tanto, con su destino; esta acción no está de ninguna manera ausente, sobre todo en la estructuración de todo el texto, y se nos aparece, desde las reflexiones de Juan Luis Guerrero,[12] bajo la forma de una tripartición (Aspecto físico, Vida de Juan Facundo Quiroga y Gobierno Unitario) que en la primera edición no fue puesta en evidencia (ya que el texto publicado en 1845 no modifica en nada la configuración de folletín con que apareció en el diario *El Progreso,* de Santiago de Chile, desde el 1º de mayo del mismo año), pero que a partir de la segunda cobró estado público.[13] La tripartición, que puede traducirse en términos tales como "medio", "hombre", "nación", corresponde a un orden iluminista modificado, pero que ya estaba en Sarmiento en forma de una interpretación espontánea del mundo que mediante esos conceptos se le aparecía en orden; pero más importante que esa acción está la otra, la contradictoria, la que asume el esquematismo del razonamiento y las explicaciones que, como la relativa al color colorado, han disminuido la profundidad de los aciertos inscriptos siempre en el juego de inversiones, en la modificación de los instrumentos de pensar.[14] Es casi obvio decir que en esta perspectiva el iluminismo recupera en el texto lo que siempre fue, a saber la incisión puramente ideológica, lo que implica, a su vez, una última contradicción, pues si en esa medida proyecta el futuro, en verdad, como sistema ideológico, pertenece al pasado en el sentido de lo anacrónico, de lo que ya no sirve pues dio de sí todo lo que podía haber dado, conclusión que puede sacarse a partir del enjuiciamiento que se formula sobre Rivadavia y la experiencia rivadaviana, de nítida extracción enciclopedista.

Finalmente, penetra en este marco de contradicciones la cuestión de la actitud frente a lo colonial: si desde el punto de vista económico-productivo-

[11]Alberto Palcos, *El Facundo,* Buenos Aires, Editorial Elevación, 1945; Allison Bunkley, *Vida de Sarmiento,* Buenos Aires, Eudeba, 1965.

[12]Juan Luis Guerrero, *Tres temas de Filosofía argentina en las entrañas del Facundo,* Buenos Aires, 1945.

[13]Alberto Palcos, "Prólogo" a *Facundo,* ed. cit.

[14]En este sentido puede entenderse la Nota Segunda de Valentín Alsina; le señala en ella una cierta "propensión a los sistemas" o, lo que es lo mismo, a la superposición de un sistema sobre la realidad.

reivindicativo lo colonial regresa y es revalorizado (así como instituciones arcaicas, la esclavitud, la eliminación del indio) por sobre la costra de la "superación" ideológica iluminista, no cabe duda, al mismo tiempo, que el arsenal iluminista (defensa de Bentham y ridiculización de los diecisiete volúmenes en folio del Cardenal de Luca, en la descripción de Córdoba) articula una toma de distancia respecto del pasado colonial, tanto y tan eficazmente que el iluminismo parece cubrirlo todo y definir la ideología del *Facundo*. Esta contradicción se daría por un lado entre lo aparente y lo escondido, oposición ya casi obvia, pero tendría una explicación más honda: la triunfante ideología, que cobra su precio por lo que exige y condiciona, es empleada como instrumento de lucha contra algunos sectores de la propia clase si se acepta que el proyecto básico del texto es crear, como a propósito de los emigrados lo señala Alberto Palcos en el ya mencionado "Prólogo", una doctrina, "la" doctrina que va a consolidar en un solo haz a los dispersos grupos preburgueses bajo la hegemonía de uno de ellos y que no es, como se puede fácilmente advertir, el no obstante indispensable grupo ganadero porteño. Aunque finalmente sea el que haya triunfado y Sarmiento haya hecho su política.[15]

C

Todo lo que precede configura un paréntesis después de cuyo cierre retomamos la consideración de las líneas que se abren desde la posibilidad de percibir un ritmo. La que ahora se nos presenta es la que atañe a una concepción de la literatura como una práctica concreta. Entendemos por "concepción de la literatura" una zona que se incluye, de algún modo, en la "significación" que, como lo señalamos, el ritmo prepara. A la inversa, la "significación" tiene que ver con lo que el texto ofrece en la zona específica de lo que entiende por literatura.

1. Aun desprendido de este contexto teórico, salta a la vista que el texto está recorrido por una preocupación acerca de la literatura. Sarmiento la hace explícita y consciente en el "Prólogo a la Segunda Edición", que es la

[15]Jacques Lafaye (*Sarmiento ou Martí* A propos de "D.F. Sarmiento, éducateur et publiciste, entre 1839 et 1852", de Paul Verdevoye. Sobretiro de *Langues Néo-Latines,* Mai 1965, Nº 172) sostiene que el grupo contra el que Sarmiento lucha es la "aristocracia", en cuya descripción convergen nociones variadas: modo de producción, origen racial, costumbres, valores, pretensiones, etc. La guerra entre Dávilas y Ocampos, en La Rioja, ejemplificaría esa designación que resulta, sin embargo, calcada de otros conflictos entre clanes, recogidos por la literatura. Más propio sería considerar que su toma de distancia respecto de grupos en el interior de la misma clase tiene un fundamento económico y que se centra, finalmente, en la oposición entre grupos preburgueses del interior y sectores ya más burgueses de Buenos Aires.

famosa carta a Valentín Alsina. Podríamos sugerir que este gesto tiene dos niveles, uno definible como "motivacional y/o de comportamiento literario" y el otro como "declarativo". En el primero incluyo el conocido problema de las supresiones con que se presentan la Segunda y Tercera Edición (eliminación de la Introducción y de los dos capítulos finales que configuran la tercera parte), explicado en detalle por Palcos en su imprescindible edición de La Plata. Al parecer, sacrifica el texto a circunstancias políticas, lo que si por un lado implica un acto de subordinación de lo literario a lo político, por el otro supone una magnificada creencia en el poder de la palabra literaria.

En cuanto a lo "declarativo", me parece importante destacar lo que estampa en la dicha carta a Alsina: "Tengo una ambición literaria, mi caro amigo, i a satisfacerla consagro muchas vijilias, investigaciones prolijas i estudios meditados. Facundo murió corporalmente en Barranca Yaco..." En esta frase se advierte el desplazamiento: "escribir" aparece como una actividad que tiende a un fin, de lo metodológico que definiría una 'práctica' se pasa al contenido que la justifica. No es extraño que a continuación se rubrique este pasaje confiriéndole un signo ejemplarizante: "Pero hai otros pueblos i otros hombres que no deben quedar sin humillación i sin ser aleccionados". Para rematar y sintetizar el sentido declara: "Hai una justicia ejemplar que hacer i una gloria que adquirir como escritor arjentino: fustigar al mundo i humillar la soberbia de los grandes de la tierra, llámense sabios o gobiernos". En todo caso, entre lo "motivacional" y lo "declarativo" parece haber una gran unidad.

2. Pero podemos abordar la cuestión desde otra parte, la remanida cuestión del "género" al que pertenecería el *Facundo*. Palcos nos hace una exposición detallada de la cuestión: es novela, es historia, es poema épico, es ensayo sociológico, etc., pero no puede ser encasillado en ninguno de estos cuadros. Sobre esta cuestión razoné en *Muerte y Resurrección del Facundo;* me pareció entonces que el carácter literario del texto no podía ser definido desde el ángulo de los géneros sino, por el contrario, desde el efecto de lectura; en *Facundo*, concluía, no se trata de demostrar sino de convencer, para lo cual se apela a todos los medios. El hecho es que, según Palcos, en la fusión de tantos aspectos disímiles y en la forma de realizarla radica, en gran parte, el valor y la actualidad permanente del *Facundo*. Esto permite pensar dos posibilidades; por un lado, existiría cierto manejo libre de categorías vigentes, se advierte de inmediato que el escritor no se dejó constreñir por las exigencias genéricas, que son, sin duda, canales para organizar una interpretación de la realidad aunque, claro, esa libertad tiene algo que ver, remotamente, con otro género, los "ensayos" (en la tradición de Montaigne), que de todos modos no tenía circulación ni presencia cultural.

Por el otro lado, acaso esta mezcla o fusión expresa la nerviosidad del

expulsado, la urgencia del marginado por regresar a un orden que aparece como desbaratado, irracionalizado en la medida en que lo cobra a uno como víctima. Fuente de angustia, no desaparece nunca y deviene eso que se designa habitualmente como "estilo" en el sentido de una marca personal que caracteriza una expresión.

No quisiera abandonar este tópico sin añadir alguna reflexión; pienso que hay allí una estructura que se opone, porque es más profunda, a la resolución por el lado de la "originalidad", concepto que se me ocurre superficial y subjetivo, que encierra y sofoca lo diferente pues no sólo no explica su génesis sino que no deja pensarla; no menos asfixiada es la noción de "estilo" que aparece como puramente descriptiva. No obstante, hay algo relativo a la persecusión de la originalidad como rasgo generacional instalado en el programa vital de toda una época; según Pedro Henríquez Ureña, esa búsqueda aparece como obsesiva pero no necesariamente enmarcada en un horizonte individual, como sustituto de satisfacciones tantálicamente pospuestas, sino como vehículo de conciencia o, mejor aún, como lo que permite la toma de conciencia.[16] También Adolfo Prieto razona en *La literatura autobiográfica argentina* sobre este movimiento psicológico y lo compara con el ideal de la "fama" medieval, aunque para el corpus que examina los logros de la originalidad radicarían esencialmente en la realización política, no literaria, como lo quería el romanticismo. Desde dicha originalidad podía generarse el sueño de la transformación social. Creo que este esquema, que explicaría una cierta modulación sarmientina, puede situarse en una zona de subconsciente en la medida en que guiaría una conducta y configuraría al mismo tiempo la concepción de un aspecto del texto, de clara fuente ideológica; entre la originalidad como camino y papel que cumple en la historia el "grande hombre" hay una verdadera superposición cuya fuente única son ciertas ideas, procesadas ciertamente por Sarmiento con vistas a una bien determinada finalidad; esa mezcla de elaboración y finalidad es lo que me autoriza ahora a hablar de subconsciente, zona de la mezcla por excelencia.

3. En cuanto al "estilo", cuya caracterización tiene como telón de fondo la convivencia de "géneros" literarios diferentes, no se agota como problema en el *Facundo* pero es ahí donde aparece en toda su dramática complejidad. Sobre su origen no se puede dejar de considerar lo que marca Ezequiel Martínez Estrada cuando escribe que la obra de Sarmiento anterior a 1852 "refleja un acopio de lecturas, su designio de alcanzar fama en el mismo terreno que Walter Scott y Larra, Fenimore Cooper y Franklin".[17] Esta frase sintetiza, sin duda, nuestra reflexión anterior relativa a la originalidad, pero el

[16]Pedro Henríquez Ureña, "Perfil de Sarmiento", *Cuadernos Americanos,* Año IV, Nº 5, México, 1945.

[17]Ezequiel Martínez Estrada, *Meditaciones Sarmientinas,* Santiago, Editorial Universitaria, 1968.

origen que le reconocería a la "mezcla" que da sentido al "estilo" sería algo unilateral; por otro lado, la "mezcla" se continúa en la obra posterior de Sarmiento, umbilicada toda ella por una misma concepción de la "escritura", aunque, desde luego, aparezca disminuida su persuasividad: el "estilo" (o sea su actitud verbal) sigue siendo el mismo, de igual modo que su ideología, tanto en el sentido político —cuyas proyecciones empiezan a encarnarse en la realidad— como en el escritural; en ambos casos, hay matices otorgados por la verificación que impone la realidad.

De todos modos, para lo que nos importa, esa persistencia de la "mezcla", sea cual fuere su fuente, nos estaría definiendo, si no lo que *es* la literatura en el texto *Facundo,* por lo menos el campo que permite el surgimiento de lo que puede considerarse como literario en el *Facundo.*

4. Está claro que se nos ha impuesto un camino para entender esta línea: la "mezcla", esquema que no parece agotarse en la cuestión de la convivencia de géneros; si consideramos que el *Facundo* se recorta además sobre otros cruces (o "mezclas") —como por ejemplo el de "historiografía" y "literatura" característico del eclecticismo en el que se nutre, sin contar con que a su vez el modelo ecléctico es resultado de una serie de acomodaciones y mezclas,[18] o el de letra escrita y "acción" que hace que todo lo que se escribe muestre un entrelazado dominado por la política—, advertiremos que la "mezcla" constituye un rasgo esencial que determina no sólo el aspecto general del texto sino aun la estructura de cada inciso y aun de cada frase.[19] Un examen de cualquier fragmento nos permitirá hacer esta verificación:

1 — "La América entera se ha burlado de aquellas famosas fiestas de Buenos-Aires, i mirádolas como el colmo de la degradación de un pueblo; pero yo no veo en ellas sino un designio político, el más fecundo en resultados.
2 — "¿Cómo encarnar en una república que no conoció reyes jamás, la idea de la *personalidad* de Gobierno?
3 — "La cinta colorada es una materialización del terror, que os acompaña a todas partes, en la calle, en el seno de la familia; es preciso pensar en ella al vestirse, al desnudarse;
4 — "i las ideas se nos graban siempre por asociación: la vista de un árbol en el campo nos recuerda lo que íbamos conversando diez años antes al pasar por cerca de él; figuráos las ideas que trae consigo asociadas la cinta colorada, i las impresiones indelebles que ha debido dejar unidas a la imajen de Rosas.
5 — "Así en una comunicación de un alto funcionario de Rosas he leído en estos días, 'que es un signo que su Gobierno ha mandado llevar en señal de conciliación i de paz'.
6 — "Las palabras *Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios* son por cierto muy conciliadoras, tanto que sólo en el destierro o en el sepulcro habrá quienes se atrevan a negar su eficacia.

[18]Raúl Orgaz, *Sarmiento y el naturalismo histórico,* Córdoba, Imprenta Rossi, 1940.
[19]Y de la manera misma de componer descripta en la "Advertencia a la Primera Edición": "Al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas i remotas provincias, i en épocas diversas, consultando a un testigo ocular sobre un punto, rejistrando manuscritos formados a la lijera, o apelando a las propias reminiscencias..."

7 — "La Mazorca ha sido un instrumento poderoso de conciliación i de paz, sino id a ver los resultados, i buscad en la tierra ciudad más conciliada i pacífica que la de Buenos-Aires.

8 — "A la muerte de su esposa, que una chanza brutal de su parte ha precipitado, manda que se le tributen honores de Capitán Jeneral, i ordena un luto de dos años a la ciudad i campaña de la provincia, que consiste en un ancho crespón atado al sombrero con una cinta colorada...".

A medida que los párrafos del fragmento son separados, nos tienta la perspectiva de considerarlos según el modelo propuesto por Roland Barthes en su libro *S/Z*; con ese instrumento veríamos que es según ciertas directrices que el texto circula, códigos diversos que emergen y desaparecen entretejiéndose sin ocultar su caótica armonización.

Pero no creo necesario seguir ahora esta línea así como tampoco hacer un examen exhaustivo de estas relaciones, aunque para que la transcripción del fragmento tenga sentido es preciso, por lo menos, proponer algunos apuntes. En primer lugar, se trata de un fragmento entero, sin puntos y apartes, o sea de un continuo de cierta escansión; los números indican una división de segmentos y, por lo tanto, entre número y número puede destacarse una articulación —que genera la escansión— que varía constantemente de signo: del 1 al 2 la articulación tiene un carácter filosófico, del 2 al 3 costumbrista, del 3 al 4 la articulación es científica, del 4 al 5 periodística, del 5 al 6 política, del 6 al 7 gramatical (ilativa), del 7 al 8 histórico-anecdótica. Tenemos aquí, al menos, una diversidad de planos articulatorios que nos dan idea de una correlativa diversidad de planos semánticos, todos amasados en el susodicho continuo. Si, además, establecemos en cada segmento las unidades frásticas veremos, igualmente, que la dirección constructiva de cada una de ellas difiere de la que le sucede; así, a un inicio objetivo ("La América entera...") sucede una complementación adjetivada y subjetiva ("i mirádola como el colmo..."); lo que sigue es ya una subjetivización lisa y llana ("pero yo no veo...") que requiere, finalmente, una complementación objetiva u objetivada. En un solo párrafo, como vemos, hay cuatro niveles que, añadidos a todos los que se pueden registrar en los segmentos siguientes, promueven una imagen de entrecruzamiento y mezcla vertiginosos.

De todo esto podría sacarse, si el examen se hiciera de una manera todavía más ajustada (lo que no sería tampoco propio de este "Prólogo"), que el movimiento de "mezcla" es tan notable que puede ser considerado como un polo generador, una fuerza que estando presente en la escritura al mismo tiempo explica cómo se va desencadenando; y puesto que esta escritura se presenta como un "ritmo", la "mezcla", como fuerza, puede ser definida como un "caracterizador" del ritmo, lo que determina su producción. Pero hay también otra dimensión: la "mezcla" no yace como secreta fuerza productiva sino que deviene también designio, una especie de ideal estético perseguido y, como tal, proyecto ideológico específico, núcleo a dos niveles (fuerza generadora y esquema mental) de una definición teórica que se procura realizar en la práctica y que marcaría, en ese pasaje, de una vez

para siempre, una literatura, la que dirige el *Facundo* y que, hecha programa de acción, debería gobernar toda producción escrita nacional. En otras palabras, modelo de una literatura posible. Se reúne esta conclusión con lo que considerábamos el aspecto "declarativo" de la preocupación por la literatura: "Tengo una ambición literaria".

5. Dejando de lado esta "ambición" que se articula sobre el concepto de "mezcla" y viéndolo desde un probable efecto de lectura, podríamos decir que aparece como una "informidad"[20] relativa respecto de un conjunto de "formas" por las que circula convencionalmente la literatura, quiero decir la literatura como una actividad comprendida por "escuelas", "estéticas" o juego de reacciones y acciones.

¿Cuál podría ser el origen de esta "informidad", cuál su significación? Por un lado, me está pareciendo que alguna relación tiene con la afirmación que hice sobre el final de la primera parte de este prólogo acerca de la "pluralidad" que define el *Facundo*: sí, la pluralidad (de registros, de planos, de elementos, de exigencias, etc.) es la fuente de esa "informidad", deseo de tomarlo todo, impulso en cierto modo destructivo dialécticamente negado por la propuesta ideológica, en el plano ideológico. Para gente como Alberdi y Groussac esta informidad obedecería a lagunas culturales en la formación de Sarmiento; en la línea de pensamiento de Martínez Estrada el aspecto informe del *Facundo* podría vincularse con "esa línea constante de su destino" *(op. cit.),* que recibe como una herencia impactante de su padre y que se manifiesta en una distorsión, a saber una capacidad de concebir empresas y una imposibilidad de redondearlas, de coronarlas en el sentido doble de la perfección. Por cierto, aunque admitir la perspectiva de discutir si hay o no un legado estructurante tan directo, aun si eso es teóricamente posible, constituye un riesgo positivista, también es cierto que lo que se llama "estilo" —concepto que expresaría ese arranque siempre caótico— se inscribe sobre una red personal (integrada por el conjunto de modelos introyectados, vividos y olvidados, pero que no actúa sola ni siquiera entendiendo dichos modelos como confundidos con pulsiones todavía más profundas) y una red cultural (integrada por exigencias superyoicas) en un cruce que debería explicarlo. En todo caso, y sin que resulte de aquí una "explicación", este cruce de redes crearía hasta cierto punto las bases de un sistema de determinación que, informe y todo, plural y todo, en Sarmiento fue extraordinariamente productor, casi una segunda naturaleza. Lo que también puede decirse es que trató en ciertas ocasiones de regularlo —sin un éxito absoluto— mediante instrumentos ligados a la voluntad y relacionados, a su vez, con responsabilidades inherentes a cuestiones de poder. En todo caso, si la "informidad" es una marca imborrable y al mismo tiempo

[20]Pedimos la palabra al mismo Sarmiento, en la *Carta a Alsina,* "Prólogo" a la Segunda Edición: "por retocar obra tan informe, desapareciese su fisonomía primitiva, i la lozana i voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción".

fuente de actividad y producción, tiene su contrapeso en su más que evidente inclinación por retocar, corregir o suprimir, inclinación que podría perfectamente verse bajo la luz del oportunismo político. Pero para sacar de esta palabra su matiz izquierdista podríamos reemplazarla por otra más generosa: su empirismo, en el cual no estaba de ninguna manera aislado y solo aunque en él se manifestara como desgarramiento y conflicto, mientras que en otros se expresó con cálculo y una más asumida conciencia de clase.[21]

6. Vista desde otro ángulo, la "informidad" es también un agitarse, muy romántico, muy *Sturm und Drang*, contra límites y barreras: individualismo, pero de tipo social dado el singular y alto grado de identificación con el país. Esos movimientos convulsivos explican, en su generalidad, la aparición de vetas muy personales: las rupturas de género (precedidas en el caso del *Facundo* por la discusión de Santiago sobre gramática y ortografía y sobre la vigencia del romanticismo)[22] pero también las sumisiones, la convivencia de abundantísimas observaciones, sumamente agudas, de psicología social con reduccionismos superficiales explican lo que ya hemos afirmado, a saber su ritmo contrastante, que reproduce el contraste que puede darse entre un inconsciente no reprimido y una conceptuación ordenadora, sentida muy sincera y hondamente como perspectiva ideal, como la forma futura de una sociedad.

El romanticismo, de todos modos, pasaría a la delantera en tanto, como ya lo hemos señalado, proveería el modelo actual, una interpretación del mundo hábil para pensar en ese futuro luminoso de una clase construyendo al mismo tiempo el poder, la república y la civilización; pero, insistiendo, también su predominio se justifica por lo contradictorio, por el vaivén que ofrece entre lo ideológico y lo inconsciente, vaivén que engendra, por fin, una inversión sorprendente al imponerse una racionalidad iluminista que de alguna manera integraba el campo que debía ser superado. A su vez, ¿puede éste jugarse en los modelos y trastornarlos al mismo tiempo, tener

[21]Todo el episodio de las notas de Alsina y las correcciones a que dan lugar, así como las ya bien estudiadas razones de las supresiones en las ediciones segunda y tercera, muestra por un lado la fuerza que podía ejercer sobre su actitud textual, por decir así, la lucha política; hace concesiones a Alsina en medio de una general tendencia al utopismo pero que contrarresta —y eso es lo que indica esta concesión— mediante una voluntad de inscripción en un campo real; creo que, contrariamente a lo que se piensa —como mito burgués encubridor—, Sarmiento examinaba fuerzas concretas, sobre todo políticas, y negociaba con ellas (su opción por el Partido Conservador chileno cuando todos esperaban que se decidiera por el Liberal), no pretendía inventarlo todo pero tampoco renunciaba a que ese "todo" no se encaminara a alguna parte; de ahí el juego entre oportunismo e independencia, la finalidad era superior, la finalidad era, repito, constituir una clase y un país simultáneamente. Si lo comparamos con Echeverría, que se mantiene dentro de un enclaustramiento de fundador conceptual, o con Alberdi, que elige con similares criterios morales y políticos pero equivocando tal vez la oportunidad, concluiremos que en la acción de Sarmiento no está ausente cierto ideal del éxito.

[22]Norberto Pinilla, *La polémica del Romanticismo en 1842*, Buenos Aires, Americalee, 1943.

su origen en el carácter nunca superado de "provinciano" de Sarmiento (o sea en el resentimiento), o en la situación del emigrado que, de todos modos, aparece compensada en lo que tiene de depresivo —como lo muestra vehementemente su folleto *Mi defensa,* de 1843[23]— por la perseverancia consciente fundada en una clara idea del "proyecto" nacional y social? De todos modos, la situación del "emigrado" del siglo pasado merecería una reflexión porque, con rasgos y efectos diferentes, se prolonga hasta hoy día: la masividad con que se manifiesta ahora contrasta con la singularidad de los casos de entonces, lo que tiene dos consecuencias; por un lado, en tanto individuos que emigraban, hallaban más fácil y naturalmente protección y consideración, lo que permitió reforzar y autorizar el tradicional y laxo "derecho de asilo" de que América Latina se jacta; por el otro, esa situación misma canalizaba posibilidades de autoanálisis que favorecían tanto la emergencia de conflictos personales como la producción de textos considerados como efectivas formas de acción. Según piensa Groussac, afirmándose en esa tradición, mucho daño le hicieron a Rosas los exiliados, lo que ratifica tanto la importancia de la situación del exilio como la idea de que el texto es altamente corrosivo. Según Alberto Palcos, Rosas intentó silenciar a Sarmiento creando un periódico en Mendoza, *La Ilustración Argentina.* Podría ligarse a este tema el tan socorrido de que Sarmiento escribió el *Facundo* para desacreditar a Rosas en la proximidad de la llegada a Chile de su embajador, don Baldomero García, que vendría a exigir que el Gobierno contuviera la acción de los exiliados; en verdad, también es posible suponer que García concurrió para tratar la vieja cuestión de límites, sempiterno pretexto en las relaciones entre ambos países.

D

Quizás los lectores admitirán que considerar las tres líneas que brotan del primer esquema, a saber de la relación entre pasado y futuro, ha ido dando lugar a reflexiones complementarias que, en total, intentan abrazar lo que llamaríamos el fenómeno *Facundo* y nos llevan a zonas en las que nuestro enfoque básico se encuentra, a veces contrapuntísticamente, con abordajes anteriores de este texto. En ese mismo sentido, añadiré un punto que el tema de la concepción de la literatura implicada en el texto supone; me estoy refiriendo al "intelectual" y al papel que juega o puede jugar.

1. Me parece evidente que la práctica de la literatura, tal como ha sido descripta, está subordinada a una idea más general de acción por medio de la palabra escrita. El texto lo ratifica explícitamente y proporciona de paso una imagen que tiene mucho de actual.

[23]Línea permanente en Sarmiento: en el "Prólogo" a la Primera Edición, en cuyo primer párrafo emplea la palabra "desterrado", dice al final: "Los que conocen mi conducta en Chile, saben si he cumplido aquella protesta".

No voy a ser muy exhaustivo en esto, pero no quiero dejar de proponer las dos caras de lo que creo que, caracterizando al intelectual en el *Facundo,* caracteriza también al intelectual de nuestros días. En la *Carta a Alsina* ("Prólogo" a la Segunda Edición) se exhorta a sí mismo: "Perseveremos, amigo, muramos usted ahí, yo acá; pero que ningún acto, ninguna palabra nuestra revele que tenemos la conciencia de nuestra debilidad, i de que nos amenazan para hoi o para mañana tribulaciones i peligros". Y, por otro lado: "El vandalaje nos ha devorado, en efecto, i es bien triste gloria el vaticinarlo en una proclama, i no hacer el menor esfuerzo para estorbarle". Dos caras: la persistencia, que supone una fe en la legitimidad del trabajo intelectual y que otorga el antídoto para la flaqueza, como si hubiera una misión para el intelectual; y, en el reverso, la inoperancia respecto de los embates de la realidad. Descriptivamente, ésta sería más una verificación que una definición y/o una propuesta. Yo me imagino que la definición y la propuesta se dan, en cambio, en una doble función; para el primer aspecto, Tocqueville *(La Democracia en América)* configura un modelo imponente en la medida en que se le atribuye la "ciencia" y la suma de su desarrollo histórico; modelo necesario pues sólo mediante la ciencia se podrá, como se dice muy imaginativamente en *Facundo,* "hundir la mirada en las tinieblas de la noche". Por otro lado, según señala Orgaz (*Sarmiento y el naturalismo histórico),* Sarmiento posee las características que Tocqueville señaló en los escritores de los siglos de las democracias, esto es el descuido de la forma, la rapidez de la ejecución antes que la perfección de los detalles, y cierta agilidad verbal, hija de la vehemencia de los afectos.

En cuanto al segundo aspecto, no me cabe duda de que la literatura deviene claramente coadyuvante de la "acción" y tiene que servir a un determinado contenido que puede haber sido para Sarmiento la construcción de otra sociedad, aunque para algunos de sus lectores sea sólo la consolidación de una clase; en todo caso, el intelectual tiene, entre ambos aspectos, una vía de realización como tal, lo cual, al conferirle poder, lo confiere en general, inviste a la figura y la convierte en modelo: "Preséntame como el único nombre estimado de todos, del gobierno de Chile, del del Brasil, con quien estoi en estrecha relación, del ejército, de los federales, de los unitarios, fundador de la política de fusión de los partidos. Si se sigue ese plan "lograremos triunfar" (*Carta a Posse,* 10 de abril de 1852).

El intelectual, pues, como situado en la totalidad, como más allá de las clases y como, desde estas alturas, logrando el éxito, un éxito que a partir de la aspiración personal se proyecta abstractamente: "i si algún día los poderes intelectuales han de tener parte en la dirección de los negocios de la República Arjentina, muchos i mui completos instrumentos hallará en esta escojida pléyade largamente preparada por el talento, el estudio, los viajes, la desgracia i el espectáculo de los errores i desaciertos que han presenciado o cometido ellos mismos".

E

Nos queda por considerar una cuestión que resulta de los dos temas precedentes: existe, como lo he tratado de mostrar, una preocupación acerca de la literatura que deviene concepción literaria para su propio proyecto; existe, igualmente, una idea sobre el intelectual que por un lado produce un libro y, por el otro, se organiza como un modelo social: ¿existirá también una idea sobre la literatura en general, esto es sobre la literatura como debe ser? ¿Cuáles serían sus requisitos?

1. Parece bien claro: el *Facundo,* como le ocurrió a Palcos, puede ser visto como una primitiva epopeya, rasgo con el cual Lugones juzgó también al *Martín Fierro* en *El Payador;* si es así, contiene todos los elementos capaces de acompasarse con el hecho principal del nacimiento de una nación y/o un pueblo, observación que podría también hacerse respecto del poema de Hernández por oposición, ya que la muerte del gaucho no sería más que la dolorosa aparición del mundo moderno. La literatura, entonces, podría ser épica y, naturalmente, acumulativa como nos lo impone el *Facundo,* lo que podría quizás verse en particular en el título de los últimos dos capítulos, "Presente i Porvenir", cuyos elementos programáticos (Guerrero ve ahí las ideas básicas de "educar", "poblar" y "gobernar") son en realidad mínimos. Pero hablar de "épica" nos arrastra y nos confunde; digamos que se trataría de una literatura totalizante y abarcativa pero que necesitaría de ciertos mecanismos para cumplirse: "Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, i sobretodo, de la lucha entre la civilización europea i la barbarie indíjena". Descripción e interpretación, naturaleza e historia, el modelo es sin duda la literatura norteamericana de la conquista del oeste.

Un paisaje para observar y una doctrina para aplicar serían, entonces, los instrumentos para fundar esa literatura nacional una de cuyas realizaciones es, para Sarmiento, *La Cautiva,* de Esteban Echeverría. A su vez, la doctrina no es presentada como una mera aplicación de algo recibido ya hecho sino un orden de conceptos que parecen tener encarnaciones precisas en esa naturaleza; se diferenciaría, por lo tanto, de los modelos que la generación anterior, de los neoclásicos, requirió y aplicó y que engendraron una literatura ficticia, asfixiada. Al contrario, la relación entre doctrina y naturaleza es explosiva, permite hacer surgir lo que todavía está impedido: "existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país i de las costumbres excepcionales que enjendra". La literatura, en consecuencia, debe hacerse cargo de este dinamismo y en su realización debe desarrollar los elementos que se despiertan por el cruce entre naturaleza y doctrina.

¿Cuáles son esos elementos? Ante todo las costumbres; ninguna duda, la salida es el costumbrismo que necesariamente trata de captar e interpre-

tar tipos curiosos y locales que revelan, en su descripción, lo que pueden ser en función de esos dos factores: esta naturaleza los engendró pero por medio de este aparato intelectual lo podemos advertir; en esta relación, de uno a otro plano, la escritura encuentra su fundamento y su justificación.

Es innegable la presencia y la influencia de Mariano José de Larra en esta veta; es posible que sea solamente una orientación general ya que los "cuadros" (el rastreador, el baqueano, el cantor, el gaucho malo) constituyen en realidad el núcleo de algo que resulta mucho mayor, la biografía, a cuya función y papel Sarmiento dedica muchas reflexiones además de muchas empresas. A propósito, y de paso, no puede dejarse de señalar que en esos cuadros y en los elementos empleados para trazarlos hay una intuición literaria que le daría la razón al transponer tan vigorosamente dicha naturaleza. De ahí el carácter de indicador de un camino que animaría este programa, de ahí que haya tenido —como otros hombres de su generación— una preocupación por cómo debía ser la literatura nacional.

2. Pero el modelo más acabado es el de la biografía, que, como práctica, condensa estos planos. Pero "biografía", tal como lo estamos considerando, en una perspectiva genética, es una instancia, no un género en el que volveríamos a caer después de haber aceptado la "mezcla" y la "informidad". Encontramos una prueba de ello no sólo en el insólito arranque biográfico con que se inicia el *Facundo,* sino también en los conceptos que guían su construcción; la empieza, por ejemplo, con una "escena" (otra forma de "cuadro") y un episodio y no por una perspectiva lineal en la que el género biográfico se justificó siempre y se afirmó inclusive en su variante moderna, la "biografía novelada", de la que el *Facundo* sería un precursor tal como lo señala Guerrero en el trabajo mencionado. La evasión respecto de la linearidad es, por su lado, un concepto constructivo de esta biografía y se complementa con un mecanismo de selección que si bien actúa igualmente en las biografías clásicas, en ésta permite desplazamientos de acento esenciales; en realidad produce un montaje, en el sentido moderno de la palabra, del cual Eisenstein nos proveería de muchos ejemplos y teorías;[24] selección y montaje se articulan y si por un lado autorizan una cierta discrecionalidad (pues bien puede suponerse que se han dejado de lado situaciones o aspectos importantes), por el otro lado han de constituir el fundamento de una energía que relativiza una vez más el "género" y brinda un muy rico desconcierto en la lectura.

Esto es, quizás lo que podemos leer nosotros sobre la biografía en su producción; Sarmiento tenía otra idea; la aceptaba como género y le atribuía enormes consecuencias morales: "es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas i quien la escribe ejerce una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante i alentando la virtud oscurecida", escribía en el

[24]E. M. Eisenstein, "Structure, Montage, Passage", en *Change* Nº 3, Paris, Seuil. 1968.

Aldao, en 1843. Finalidad moral que da, otra vez, idea de servicio de la literatura pero no en el sentido filosófico sino político, porque de lo que se trata es de construir una sociedad: moral es política para Sarmiento, y literatura, un instrumento que encuentra en la biografía su máxima posibilidad.

Sarmiento fue consecuente con su punto de vista, que, como tratamos de mostrarlo, trataba de generalizarse hasta erigirse en modelo para la literatura nacional; escribió varias biografías y, culminándolas, la suya propia, *Recuerdos de Provincia,* en la que quien ejerce la judicatura moral y el objeto sobre el que se ejerce se fusionan. Si prescindimos de su teoría sobre la biografía y nos quedamos en nuestra lectura de cómo surge en el *Facundo* mismo, en el proceso textual, podríamos perfectamente considerar que lo que pasó después en la literatura argentina (inicio de una novela, del teatro y del ensayo sociológico) constituye una regresión cultural, una separación respecto de un movimiento productivo propio —o que por lo menos tuvo una gestación atípica— y una suerte de sumisión a modelos de literatura que, a su vez, se inscriben en otros modelos de sumisión.

Pero si lo que hizo fue "biografía" en el sentido clásico europeo, habría que reconocerle, como ya lo señalamos, que se anticipa a una práctica que en Europa necesitaría del positivismo para hallar un fundamento a su función moderna (puesto que las "vidas" escritas ya existían): la "biografía novelada". De esto podrían desprenderse todavía dos consecuencias; la primera es que, sea desde la teoría explicitada por Sarmiento, sea desde nuestra lectura, el *Facundo* estaría proponiendo no sólo un modelo para nuestra literatura sino también para la universal, un desafío que a partir del creciente colonialismo cultural Latinoamérica habría perdido posteriormente sin haberlo ganado hasta entonces; la segunda es que, ya de entrada, reducir al género biográfico lo que estaba siendo una explosión —que descansaba por otra parte en la voluntad de "originalidad" perseguida por la Generación de 1837— supone un cierre y una adecuación lisa y llana a modelos culturales aceptados y sentidos como un lleno cultural, una cuota necesaria de ingreso a la "civilización", con todo lo que eso ambiguamente comporta.

Pero dejemos de lado lo que de aquí podría aún desprenderse (que es básicamente la cuestión de la producción posible de modelos culturales desde Latinoamérica, en relación de competencia o de sometimiento con los vigentes de la cultura dominante en el mundo, cuestión todavía muy actual) y lo que aquí necesita verificarse; la cuestión de la biografía no está agotada, habiendo varias sugerencias al alcance de la mano; si las seguimos acaso podamos dar algún otro matiz a esta idea de la propuesta que del *Facundo* surge para indicar un rumbo a la literatura nacional.

3. Veamos ésta: la biografía se realiza, como dijimos, seleccionando, para proponer un orden no lineal, lo contrario de lo que persigue la biografía clásica; del mismo modo se va haciendo la "historia", que parece ser uno

de los objetivos del libro, según lo entendió, sin que nadie lo refutara más que parcialmente, Valentín Alsina. En ese entendimiento se basa lo que alguna gente supone que hay de "verdad" en el *Facundo* y que está en el fundamento de la mitología liberal. Desde el punto de vista de la construcción, entonces, las conclusiones que hemos sacado para la biografía nos servirían para la historia, lo que importa menos que reconocer que entre biografía e historia existe una relación o, mejor dicho, una común concepción constructiva que acaso se basa en la teoría de la alianza de la literatura con la ciencia, en boga en el pensamiento saintsimoniano. Al mismo tiempo, y por esto mismo, existe un entretejido de ambas: la biografía necesita de la historia, la historia se realiza a través de la biografía; este entretejido es ya texto que va avanzando, escritura cuyas leyes serían la no linearidad —base de un movimiento reordenativo— y el entretejido —que parece salir de necesidades de ilustración—, que indicarían una intuición literaria que, a su vez, procede de una ideología bien precisa: extraer el "secreto" de la naturaleza y del hombre mientras se va construyendo, en esa extracción, un texto.

Es aquí donde el *Facundo* se nos presenta poniendo en evidencia sus condiciones mínimas de producción, que, tal como son, generan una metodología que comporta una especie de "realismo americano", al mismo tiempo campo de trabajo y zona por descubrir y, entre ambos, posibilidad de escritura. A su vez, dichas condiciones nacen de una estructura permanente, la de la acción necesaria de modelos para la acción; aquí, en particular, la salida es asumir algunos de ellos, pero no necesariamente los que están y son ofrecidos, sino los que corresponden a una idea que se tiene de uno mismo como pueblo; el segundo paso consiste en reconvertirlos pero sin hacerlos desaparecer, estableciendo con ellos una relación no ortodoxa, por lo menos en lo que concierne a la producción de la expresión, aunque desde otro ángulo siempre se pague un precio. Y si asumir de este modo deviene "condición de producción" es porque las ideas —las "ideologías"— son siempre bivalentes, ayudan y sujetan al mismo tiempo aunque en planos diferentes que acaso no se reúnan en una sola unidad de sentido. Desde esta red se entendería por qué *Facundo* nos dice mucho todavía como mundo de imágenes y de problemas y poco como campo de ideas que piden encarnarse en instituciones ideológicas.

4. A esta altura de la reflexión se nos unen varias instancias que han venido surgiendo o proponiéndose: los cuadros constituían para nosotros núcleos que daban lugar a la biografía; ésta, a su vez, nos lleva a la cuestión de los "modelos", los que eventualmente se puede ofrecer, los que se necesita seguir. Si dejamos de lado la sustancia que los modelos intentan imponer y atendemos tan sólo a las exigencias que la relación con ellos plantea, podríamos considerarlos como instrumentos, elementos referenciales, o sea indispensables para "referir": son lo conocido de un circuito cuya otra punta es lo que hay que referir y que es ciertamente lo desconocido, o lo conocido a medias, o el "secreto" invocado en las páginas iniciales.

Entre "modelos" y "desconocimiento total o parcial (secreto)" se establece, virtualmente, una relación metafórica que tiene consecuencias generales sobre el texto. Lo conocido, en ese movimiento, es formulado, lo desconocido es problematizado; en cuanto a la formulación, también es metaforizada por medio de comparaciones que recorren el texto constantemente, pero que nunca dejan de aplicarse a lo problematizado, a lo que se quiere entender: "Veo (en Bolívar) el remedo de la Europa y nada que me revele la América". Exactamente el mismo papel cumplen los epígrafes a cada uno de los capítulos y las citas de los libros que los han provisto. Supongo que la pretensión es "revelar" algo, un "secreto"; supongo que muchas lecturas la admiten como satisfecha: me interesa más poder describir cómo se esquematiza y qué instrumentos requiere, cierto, a la vez, de qué esquematización e instrumentos se proyectan sobre el texto entero y dan cuenta de su articulación. Comparar, por ejemplo, determina construcciones paratácticas que los estilistas reconocen y aplauden; al mismo tiempo, subordinar engendra la articulación hipotáctica igualmente activa y, entre ambas, toma forma una red que vehiculiza, quizás, ese "saber contar" del que hablábamos más arriba.

Pero hay algo más: comparar es oponer, y oponer supone términos que se oponen; estamos frente al embrión de la idea central —civilización y barbarie, blanco y negro— que se presenta naturalmente en forma de dilemas y opciones por cierto dirigidas. En *Muerte y Resurrección de Facundo* traté de destacar el papel constructivo de esa fórmula que encarna de manera bien clara el valor de la oposición; llegué a pensar, incluso, que hay en ella algo así como una matriz productora, pensamiento que me es respaldado por las implícitas objeciones que al valor gnoseológico del esquema formula Martí en el *Manifiesto de Montecristi,* según nos lo cuenta Jacques Lafaye *(op. cit.);* si su objeción es buena, no podemos aceptar la fórmula como de contenido válido; nos queda, en cambio y por lo tanto, validada como un desencadenante que, ligado a otros, podría permitirnos imaginar un "origen" del texto metido en el texto mismo, no exterior a él. Como esta cuestión ha sido un objetivo en mi trabajo mencionado, ahora quiero señalar de qué manera la oposición rige la anatomía textual, en el plano sintáctico organizando cada frase, en el plano semántico enfrentándolas en el sentido de una opción que a su vez determina, si no la construcción, por lo menos ciertas estructuras internas de la frase.

5. Pero no quiero volver a internarme en los problemas de la construcción de unidades mínimas; de todos modos ya afirmé varias veces el papel que cumplen la oposición y el contraste en el dinamismo textual. Ahora quiero referirme más bien al "discurso" y tomar un ejemplo de oposiciones entre unidades, oposición de tono que deviene oposición semántica y modelo de la "orientación" que se le pretende dar a la totalidad.

Tomemos por un lado una declaración llamativa: "Todo el tiempo que

permaneció allí, habitó bajo un toldo en el centro de un potrero de alfalfa, i ostentó (porque era ostentación meditada) el *chiripá!* Reto e insulto que hacía a una ciudad donde la mayor parte de los ciudadanos cabalgaban en sillas inglesas, i donde los trajes i gustos bárbaros de la campaña eran detestados!". No podemos dejar de advertir ante todo el gesto de escándalo que acompaña la evocación, gesto que lo hace solemne y anticuado, moralmente superficial, criollo *pater familias*. Una pregunta se le podría formular a este fragmento: ¿en qué habría cambiado el sentido de la presencia de Facundo si hubiera residido en una casa y vestido de frac? ¿Habría dejado de ser un bárbaro? A pesar de esto, quiero decir que no hay aquí una mera trivialidad debida al apresuramiento por seguir condenando al ya condenado sino una especie de optimismo confuso alrededor de los "signos", lo que suscitaría una lectura estructuralista que no voy a hacer: en su semantización, los signos derivan hacia lo ético lo que es materia política o, lo que es lo mismo, definen una política en función de la acentuación del aspecto semántico de dichos signos.

Frente a este fragmento tomamos otro que se nos aparece en situación de contraste semántico; se relaciona con Dorrego: "Sin duda que nadie me atribuirá el designio de justificar al muerto, a espensas de los que sobreviven por haberlo hecho, salvo quizás las formas, lo menos sustancial sin duda en caso semejante". La total ausencia de un juicio legal o meramente correcto que determinara la suerte del gobernante a manos de quienes lo derrocaron es presentada aquí como "forma" opuesta a una sustancia —el acierto político del derrocamiento— , mientras que la falta de frac era presentada en el caso de Facundo como una sustancia. Los signos son dirigidos en este mecanismo de oposiciones por polos semánticos que corresponden a una interpretación del proceso, lo que hace que la oposición pueda ser vista a su vez de dos maneras totalmente opuestas, una en la base de la producción textual, muy generativamente, otra como una predeterminación conceptual que reduce la vertiginosa riqueza del texto a un esfuerzo por ubicar los signos y hacerlos inequívocos de manera que una política quede, meramente, confirmada.

El *Facundo* abunda en este tipo de ejemplos; en algunos momentos, inclusive, el sistema que se acaba de describir está encerrado en una frase única, llena de enseñanzas. La siguiente está llena de resonancias actuales: "Los papeles están cambiados: el gaucho toma la casaca, el militar de la Independencia el *poncho;* el primero triunfa, el segundo va a morir traspasado de una bala que le dispara de paso la *montonera.* Si Lavalle hubiera hecho la campaña de 1840 en silla inglesa i con el pabellón francés, hoi estaríamos a orillas del Plata arreglando la navegación por vapor de los ríos, i distribuyendo terrenos a la inmigración europea". Se ve, creo, qué resultado histórico supone el enfrentamiento de los signos; se ve, asimismo, el intercambio que se produce entre los respectivos aspectos semánticos y la inversión que de allí deriva y, finalmente, cómo se resalta el triunfo de una idea que, por otra parte, constituye el núcleo esencial de una de las vertientes que

ordenan todo el sistema de Sarmiento, la de la cultura europea (el modelo) que no se limita a dirigir una capacidad metaforizante sino la realidad misma. La actualidad sobre la que estas consideraciones se recortan cobra forma en la relación que podemos establecer entre "populismo" y "desarrollismo" por una parte y, por la otra, entre "izquierda" y "populismo": cuando el populismo —Juan Perón por ejemplo— (lo latinoamericano, la masa, los "descamisados", o sea la montonera en el sentido sarmientino) se hace desarrollista (admiración por el "milagro alemán" o por la europeización "española"), lo que propone es la imposición de una concepción metropolitana ("europea") en el estado actual de las relaciones entre imperialismo e independencia; por su lado, cuando la izquierda (de fundamento marxista, o sea europea en el mejor sentido de la palabra) se hace populista (peronismo de izquierda, "montoneros"), es reducida por el populismo que se europeizó (burocracia sindical), aunque no haya en este caso todavía una batalla decisiva, más aún cuando el golpe militar del 23 de marzo, "occidental y cristiano", se propone el exterminio de esa combinación "montonera", con lo cual no hace sino continuar el enfrentamiento precedente. Si ocurriera otra cosa, si la izquierda populista triunfara sobre el desarrollismo (hasta el 23 de marzo populista, después quizás ya no), podríamos tal vez encontrarnos en el ocaso definitivo del esquema sarmientino, podríamos quizás empezar a pensar en una recuperación de los signos y, por lo tanto, en una sociedad estructurada de otra manera.

F

Estamos, en este punto, en el final de una elaboración sobre el modelo posible de una literatura nacional tal como lo propondría el *Facundo*. Reconozco que nos hemos ido lejos, movimiento que habría que frenar para no caer en lo que corrientemente se conoce como "análisis de texto", posibilidad que acecha siempre que se admite una relación entre "frase" y "totalidad"; cada frase, cada segmento, cada contraste entre frases generaría interpretaciones que reafirmarían una de las ideas centrales de este trabajo, a saber lo que desde el *Facundo* podemos entender como "actual".

1. Pero conviene hacer una aclaración que va a desencadenar nuevos razonamientos: lo "actual" no es sólo un orden de problemas estructurales que perdura y liga dos sociedades; tampoco es una posibilidad simbólica de "interpretar" los fenómenos que nos conciernen a la luz de fenómenos que dieron lugar al texto. Lo actual es un modo de ver, incluso un modo de ver los textos que debe ser considerado entre los problemas actuales —y fundamentales— de nuestra sociedad, de nuestro tiempo histórico. Si ese "modo de ver los textos" puede traducirse por el concepto de "lectura",

diría, para resumir, que la "lectura" no es una actividad puramente intersticial sino un desemboque de la actividad social en un punto en el que el trabajo social requiere de códigos y signos para manifestarse en toda su complejidad; de ahí que el "modo de ver", o sea el "modo de leer", deba ser incluido entre todo aquello que compone y define la actualidad. En ese sentido, nuestro partido ha sido tomado hace tiempo, lo cual se puede advertir en estas páginas: consideramos la escritura como producción y los textos como momentos de una cadena productiva que tiene estrechas vinculaciones con la cadena productiva social;[25] en ese sentido, pensamos que un texto necesitó para producirse de ciertas condiciones de producción que le atañen, como producción específica, pero que tienen que ver con las condiciones de producción social en general; determinación posible pero difícil, lo que no la hace necesariamente objeto de descarte en homenaje a una simplicidad que obedece a una ideología reduccionista.

Otra aclaración: esa relación que propugnamos no supone el mecanicismo positivista, seudomarxista, de la causa social y el efecto literario, sino el pensamiento de que entre texto como sistema productivo y sociedad como sistema productivo existe una vinculación en la cual el elemento central es la ideología, necesario fundamento de dos esferas que se incluyen por su intermedio. En este sentido, queremos también ver el *Facundo* preguntándonos si lo podemos pensar a la luz del sistema productivo en general, cuyos fundamentos deberían también ser sus fundamentos. Y bien, desde esta perspectiva, el texto se nos aparece en una distorsión no por frecuente en la historia de la cultura menos sorprendente: si lo entendemos como un texto rico, lleno de fuerza y de consecuencias que todavía nos antagonizan y nos proponen lecturas diversas y aun incompletas, de qué modo podemos ligar esa riqueza con la modestia desértica, económica y social y cultural, en la que se engendró, en el corazón de un esquema patriarcal y sofocado. Quizás por el lado de la contradicción: Buenos Aires ahogó al interior y lo pauperizó; la necesidad de entender la fuente de esta desgracia crea las condiciones como para revertir, desde la escritura, esa tensión: desde la escritura, una zona empobrecida ofrece un texto rico a una zona rica que no puede engendrar más que pobreza. Lo que significa que la relación entre producción social y producción textual no sólo no es lineal sino contradictoria, a punto tal que podría entenderse la escritura que, sin resultar de determinadas fuerzas sociales, se presenta como un resorte que las pone en acción y les otorga conciencia de sus posibilidades a desarrollar, no actualizadas todavía en su propia esfera práctica.

2. De aquí se sacan varias consecuencias, a mi ver de gran importancia. Ante todo en el orden intelectual: la relación entre realidad pobre y escritura rica establece los límites de lo que modernamente se conoce como "an-

[25]Noé Jitrik, *Producción literaria y producción social*, Buenos Aires, Sudamericana, 1975.

tropología de la pobreza", que viene a ser exactamente lo mismo; abundancia de observaciones que, a su vez, permiten abstracciones y generalizaciones, realizadas sobre un material escaso y socialmente poco valorado; por otro lado, y para no caer víctima de la tendencia a reconocer en el *Facundo* un nuevo género del que sería "precursor", diría que más bien manifestaría y habría captado la "cultura de la pobreza", concepto que podemos también advertir en el *Martín Fierro,* en donde la elaboración de esta posibilidad reviste otros pero también sutiles caracteres.[26] (¿Pero no constituirá este desarrollo de la "cultura de la pobreza", tanto en Sarmiento como en Hernández, uno de los rasgos de la cultura oligárquica argentina que tapa con su brillo —y la posesión de instrumentos expresivos— el hecho incontrovertible de una deficiente organización social en la cual la injusta distribución convierte a los desposeídos en meros datos del trabajo cultural, no en actores? ¿No serán también herederos de esta cultura el Lugones de *La guerra gaucha,* el Larreta de *Zogoibi* y aun el Borges del *Evaristo Carriego?)*

En segundo lugar, y sin negar lo que el paréntesis podría detener en esta reflexión, podría decirse que se plantea aquí la posibilidad de considerar que los medios de producción literaria, aunque sea en un único caso, puedan estar más desarrollados que los medios de producción económica; si esto es aceptable, se concluiría que la literatura puede ser vista como modelo posible de un desarrollo productivo en ese instante embrionario, lo que se traduce al campo de la acción ideológica ya que esa riqueza de medios productivos literarios proviene de y engendra una fuerza ideológica como un proyecto que pronto se encarnará en fuerzas sociales y llevará a las fuerzas productivas económicas a tomar forma según lo que esa ideología le dicte.

Estamos, por fin, desde la consideración "literaria", en el campo de la ideología y viendo apuntar lo que efectivamente en la historia ocurrió, a saber el pensamiento liberal que ordena la vida toda de un país y acaso de un continente; y ese pensamiento, bueno es repetirlo, se formula vigorosamente antes de ofrecer sus efectos y resultados.

III

"Hubiérase entonces esplicado el misterio de la lucha obstinada que despedaza a aquella República: hubiéranse clasificado distintamente los elementos contrarios, invencibles, que se chocan..."

[26]Noé Jitrik, "El tema del canto en el *Martín Fierro",* en *El fuego de la especie,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

A

¿En qué consiste ese pensamiento, cuáles son sus condensaciones principales? Mediante estas preguntas entramos en la segunda vertiente de este trabajo, anunciada al comienzo de II las ideas que el *Facundo* nos riega con innegable generosidad y respecto de las cuales se responde todavía en muchos casos con un agradecimiento ideológico, como si fuera imposible dar nuevos pasos o pensar la realidad desde otras perspectivas. ¿Qué metodología podremos forjar para entrar en este terreno sin limitarnos a glosar las excelentes descripciones que han hecho de las ideas Raúl Orgaz, Ezequiel Martínez Estrada, Juan Luis Guerrero, entre otros, y aun Alberto Palcos?

Hemos hablado constantemente de "ideología" y sin duda podríamos definirla o enumerar sus componentes en un sentido corriente: propiciar la inmigración extranjera, otorgarle un valor supremo a la educación, buscar la organización de instituciones. Al hacerlo, no hacemos más que manejar un solo plano de la ideología, el de un sistema de propuestas que deviene plan político. Formularlo de este modo supone otros planos que también podemos enunciar y aun enumerar y que sirviendo para preparar el anterior son objeto de un perfilamiento en el *Facundo* mismo: la influencia del ambiente o del medio en el individuo, el papel del grande hombre en la historia, la lucha entre civilización y barbarie, la relación entre determinismo y libertad, la relación entre ciencia histórica y literatura.

En este nivel, acaso más que de ideología se trate de "ideas" que, a su vez, proponen el también estudiado problema de sus "fuentes"; en este punto acordaríamos de buen grado que hay una instancia ideológica pero indirecta en cuanto por una parte se trata de definir el alcance de una "elección" de dichas fuentes y, por la otra, de la gestación misma de esas fuentes en su proceso propio. En esta vía, podríamos señalar (lo que muchos han señalado) que, por ejemplo, la idea de "civilización y barbarie" resulta de una simbiosis de dos conceptos previos, el primero sacado del novelista norteamericano James Fenimore Cooper, comentador de la conquista "civilizadora" del Oeste, el segundo de las tesis sobre "guerra social" formuladas por Victor Cousin en su *Introducción a la Historia de la Filosofía;* en cuanto al "grande hombre" y su papel en la historia, la idea procede de Hegel (*Enciclopedia* —1817—, *Filosofía del Derecho* —1821— y *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* —1837—) a través de la tesis de Victor Cousin sobre la "génesis y función social del hombre representativo o el grande hombre" (1828) que integra su *Introducción a la Filosofía de la Historia;* sobre la influencia del medio en el hombre, la fuente es Herder, conocida después de las adaptaciones de Víctor Cousin, Quinet y Jouffroy, y apoyada por las observaciones de Humboldt, de quien Sarmiento cita los *Cuadros de la Naturaleza;* en cuanto a las otras ideas, beben su forma en las mismas o complementarias fuentes.

Sarmiento conoció todas esas ideas gracias a la tarea de renovación iniciada por la Generación de 1837, cuyo corresponsal en San Juan, Manuel J. Quiroga Rosas, con su bien provista biblioteca, constituía una adecuada correa de trasmisión. Pero, en su lugar de origen, dichas ideas fueron tomando forma en virtud de un proceso social que en el plano filosófico podemos designar por el nombre de la escuela más exitosa, el eclecticismo, y en el político por el de "Restauración", que es también una forma de eclecticismo entre los intereses del viejo régimen, la monarquía, y la burguesía. De una forma u otra, el eclecticismo encarna una especie de remanso ideológico: el romanticismo pasó y dejó sus huellas pero el pensamiento iluminista anterior exige su cuota y entre ambos se tiende esta pausa, esta acomodación. En cierto sentido, esta filosofía es oportunista y justificatoria, un buen instrumento para otorgar legitimidad a la nueva violencia que se está imponiendo y que, sin negar totalmente, neutraliza —desarrollando desde luego una de sus vertientes— lo que implicó la Revolución Francesa. Pero sería injusto lateralizar y sugerir una condena de la Generación del 37 por haber descubierto los problemas argentinos desde esta óptica, porque hubo también otra: los últimos emergentes del saintsimonismo, que introdujeron una preocupación por la "sociedad" y que se hicieron presentes en el Río de la Plata a través de las lecciones de Pedro Leroux y su *Revue Enciclopédyque*. Interpretaciones tales como que el proceso histórico sólo puede entenderse en una confluencia de ética, derecho, filosofía y política se le deben y llegan hasta Sarmiento habiendo incidido en Alberdi, según quien, por ejemplo, la razón individual debe ceder su sitio a la razón colectiva, fórmula típicamente pos-saintsimoniana. Pero, más aún, casi nunca se trató, por lo menos en el plano consciente, de aplicar esas ideas tal cual sino de adaptarlas a un cierto análisis de la realidad, a riesgo de formular compromisos políticos peligrosos: "aun había muchos jóvenes que preocupados con las doctrinas históricas francesas, creyeron que Rosas, su gobierno, su sistema orijinal, su reacción contra la Europa, eran una manifestación nacional americana, una civilización en fin con sus caracteres y formas peculiares" (cap. XV). Se alude aquí a los esfuerzos del Salón Literario por compatibilizar un cuerpo doctrinario con una manifestación política concreta, tentativa en la cual seguramente el fervor ecléctico y restaurativo del modelo original aparece como posible en el Río de la Plata; no olvidemos que, después de todo, Rosas era llamado el "Restaurador".

En la elección de este elenco de ideas hay ya una inflexión ideológica que acaso nosotros podemos situar desde el momento en que esas ideas en su lugar dan origen a la bien determinada causa del poder burgués. ¿Será que se intuía que podían servir para una similar? En los trabajos de Echeverría se encuentran las bases de una necesidad de acuerdo social, pero, es necesario aclararlo, entre los grupos preburgueses existentes visto el fracaso de la tentativa rivadaviana de crear una pequeño-burguesía urbana a partir de

las finanzas y el ahorro, según un modelo inglés[27] y la promesa de despotismo que podía augurarse en la estrategia rosista, apoyada fundamentalmente en los ganaderos porteños. Una nueva clase podía vislumbrarse en un horizonte no demasiado lejano y para darle consistencia bueno era emplear los recursos intelectuales que servían para justificarla en otras partes, aunque el pretexto para adoptar ese corpus ideológico se manifestara por medio de un entusiasmo a las nuevas ideas o por el deseo de ingresar en el mundo moderno, así fuera tan sólo manejando sus formulaciones, no sus recursos económicos. De todos modos, y salvado el matiz ideológico de la elección, tanto más cuanto que en muchos casos no debía haber habido "conciencia" ideológica, el formidable movimiento de renovación intelectual francés realizado sobre esas bases podía ofrecer una visión coherente del mundo y quizás instrumentos eficaces para iniciar un trabajo propio que no podría, de todos modos, liberarse de ambigüedades y de imprecisiones.

¿Pero no hubo nada original en las ideas que presentó Sarmiento? ¿Fue un simple seguidor o reproductor de ideas?

En virtud de los estudios que se han hecho sobre el *Facundo* y del papel histórico que cumplieron las ideas y la obra de Sarmiento, podríamos afirmar —si el concepto tiene todavía interés— que Sarmiento no se limitó a aplicar esa ideología francesa y, por lo tanto, que existe cierta originalidad. ¿En qué consiste? A mi entender, en los emergentes de la refracción de esas ideas sobre un fondo propio, sobre una estructura anterior.

Aquí se nos abre un camino que en el Capítulo II de alguna manera hemos rozado al hablar de "pasado" y de "inconsciente": ¿en qué consiste esa estructura anterior? Siguiendo a Orgaz (*op. cit.*), podríamos señalar que antes de 1838 las ideas filosóficas que Sarmiento podía poseer no debían desbordar las que corresponden a una formación religiosa elemental: no tuvo la suerte de asistir a cursos de doctrina iluminista como los de Alcorta o Alsina, que modelaron a otros jóvenes de su generación; estaba apto, por lo tanto, para tragar las enseñanzas eclécticas y saintsimonianas y devolverlas impacientemente, cosa que hizo, antes que en sus libros, en *El Zonda,* el periódico que publicó en San Juan. Pero, como dice el propio Orgaz, las ideas generales de un escritor proceden del temperamento y de la primera educación, que, como ya sabemos, se hizo en la dirección de las ideas de la Revolución de Mayo, eminentemente enciclopedistas.[28] Sobre su formación elemental y su avidez, las nuevas ideas tienen un resultado extremadamente generativo. Si a esto unimos el carácter provinciano y familiarmente modesto, la especie de quiebra en la conciencia aristocrática de su familia (aunque sea en el linaje) y la tendencia a la aventura y a la experiencia (como

[27]Sergio Bagú, *El plan económico del grupo rivadaviano,* Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, 1966.

[28]Recordar la escuela de los hermanos Rodríguez, en San Juan, y el papel que jugó en la formación de la personalidad de Sarmiento; los niños eran llamados "ciudadanos" y los premios eran esencialmente republicanos. Cf. *Recuerdos de Provincia* y *Facundo,* final del Cap. IV.

si fuera un personaje de Stendhal), podremos entender que las ideas francesas, los modelos de pensamiento, no podían pasar tal cual, que debía forzosamente producirse algún choque o, por lo menos, alguna distorsión en su aplicación. Lo que más se destaca en este breve sistema es, creo, la urgencia y el desorden, el rasgo temperamental que trastrueca la imponencia del modelo y a veces lo hace entrar en contradicción consigo mismo. A partir de aquí podemos entender su originalidad, que ha hecho escuela y que marca un campo limitado por un mecanismo de acción (los modelos) y de reacción (cómo se lucha contra ellos).

Y bien, esta dialéctica se traduce en el *Facundo,* ante todo, en el orden de exposición del texto; según Juan Luis Guerrero (*op. cit.*) las tres partes (el medio, el hombre y la nación) se hacen cargo de tres temas de filosofía enciclopedista pero que en su génesis no tenían ese orden: la preocupación por el hombre fue la inicial en el sentido en que fue la primera manifestación de lucha entablada por la "razón" contra el espíritu medieval y absolutista; luego vino la preocupación por el medio y, finalmente, en Rousseau, por la nación. Sarmiento respeta ese fondo pero lo desordena según la inspiración romántica y, al hacerlo, se anticipa a las más notorias tesis positivistas: el determinismo geográfico cuyas manifestaciones más espectaculares serían posteriores a Comte mismo; correlativamente, la perduración del interés filosófico por el hombre lo lleva a encontrarse con la idea del "grande hombre", choque que tiene dos consecuencias: una, la práctica de la biografía, y la segunda, puesto que no había ningún Napoleón para exaltar o ningún Luis Felipe para justificar, le permite derivar hacia la zona negativa del "grande hombre" el "jenio del mal", que es, en definitiva, el hombre representativo que existe efectivamente.[29] De ahí, a la vez, se desprende otra consecuencia: una tesis sobre el caudillismo que seguramente no estaba implicada en las ideas eclécticas; finalmente, en cuanto a la nación, las ideas de Rousseau permitían suponer un vínculo nuevo entre los hombres, el de la "ciudadanía", que alimentó como una esperanza a sociedades que debían corregirse, tal como lo preconizó la Revolución Francesa; en el *Facundo* (y en el *Dogma Socialista*) la palabra "regeneración" racionaliza la carencia verdadera, la de una sociedad real; al hablar de "nación" en los capítulos finales del *Facundo* en verdad se la está constituyendo, se están proponiendo sus bases fundamentales, poblar, educar, legislar (que coronan respectivamente las nociones de medio geográfico [vacío o por vaciar —de gauchos e indios—], de hombre a quien se le debe dotar de instrumentos para constituir un pueblo moderno, de nación que se debe organizar); de ahí que los modelos que le sirven para describir la sociedad preexistente son derrotados todos puesto que la sociedad es un amasijo desde el punto de vista de un funcionamiento orgánico y de una historia en la que

[29]Cf. Cap. v: "Toda la vida pública de Quiroga me parece resumida en estos datos. Veo en ellos el hombre grande, el hombre de jenio a su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlán, el Mahoma".

se ha encarnado el "progreso"; lo que surge, entonces, es una imagen de la sociedad como de algo que ha sido destruido, como una entidad que pudo llegar a "rejenerarse" pero que ahora es un desierto en el que hay que hacerlo todo sin medios pero para que existan los medios; dicho de otro modo, hay que construir una sociedad sin capital pero para crear un capital.

Abusando mucho de los términos y desde una perspectiva que tendía a considerar como meta el proceso burgués, podríamos decir que hay en esta idea, embrionariamente, algo así como una intuición bastante aproximativa de lo que más tarde se llamó "acumulación primitiva del capital". Su socialismo, en consecuencia, tiene poco que ver con el "socialismo romántico" aunque un resto importante del utopismo se filtra en cuanto se trata de tener en cuenta una sociedad posible a la que *hay* que dar forma concretamente, objetivo que al revertirse sobre la tentativa de esclarecer lo que lo impide, obliga a hacer confluir experiencias y vivencias que los modelos de interpretación "científicos", como el de Tocqueville, podían no tener en cuenta.

Precisamente, esta confluencia es un punto central en toda lectura del *Facundo* porque crea una corriente interna de carácter contradictorio que sugiere que existen nuevos y múltiples planos a considerar. Esto es lo que me impresionó en el momento de escribir mi *Muerte y Resurrección de Facundo*: me pareció que esa irrupción obligaba a los esquemas a desdoblarse a cada instante y a generar contraposiciones muy ricas respecto de las imágenes puramente externas y argumentativas en las que se propone; así, llegué a la conclusión de que al fin de cuentas el conflicto principal en el *Facundo* podía muy bien no ser entre "Civilización y Barbarie", entre doctores y gauchos, sino entre Buenos Aires como entidad económica invulnerable, el reino del cuero, y el interior, como entidad económica expoliada, destituida por la tiranía de la gran ciudad ("Ella sola en la vasta estensión arjentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola esplota las ventajas del comercio estranjero; ella sola tiene poder i rentas. En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria i de población europea: una política estúpida i colonial se hizo sorda a estos clamores. Pero las provincias se vengaron, mandándole en Rosas mucho i demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba". Cap. 1).

Pero más que glosar esas posibilidades de lectura, interesa ahora mostrar eso que designé como "distorsión" en la aplicación de modelos. Daré un solo ejemplo pero con las derivaciones que supongo que deberían hacer pensar en lo que del *Facundo* todavía significa.

Brevemente, la idea de "nación" que le preocupa tiene su origen en Rousseau; ante todo hay una primera aceptación que tiene consecuencias prácticas: aquí se trata de organizarla, de legislar, pero también, como igualmente lo propugnaba Alberdi desde el *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, de inflexionar su significado; de todo eso sale, creo, la fundamental idea para toda la historia argentina de la "nación argentina" como conciencia concreta de un ser y un devenir. Pues bien, vista la deuda a Rousseau, ¿cómo casa-

ría esta presencia ideológica tan importante con la idea, en Sarmiento fundamental, de la "barbarie", tan reivindicada por Rousseau bajo el manto del idealizado "buen salvaje" que modeló a un buen sector del romanticismo ulterior, hasta llegar al indianismo? O bien Sarmiento no conoció el sistema de Rousseau, o bien lo desdeñó como imposición homogénea, o bien lo hizo entrar en contradicción por una necesidad propia de constituir una ideología. O acaso se aprovechó parcialmente de él, puesto que el concepto de "buen salvaje" sirvió para iniciar un conocimiento concreto de países extraños o de residuos históricos, para establecer metáforas entre los descubrimientos realizados a partir de esa idea y los "malos salvajes" que se veía obligado a entender. Pero si "grande hombre" lleva a "caudillo", tal vez "buen salvaje", al darse vuelta en el "malo", lleve también al caudillo y refuerce la idea. De lo cual surgiría que la red es compleja y sus fuentes muy variadas, un compendio de un gran conjunto de pensamientos.

No necesariamente como consecuencia del párrafo anterior, pero sí de la idea de "distorsión" en la aplicación de modelos, quiero mostrar otras contraposiciones que me parecen aún más ricas. Veamos este trozo: "...formóse una maestranza, en la que se construían espadas, sables, corazas, lanzas, bayonetas i fusiles, sin que en éstos entrase más que el cañón de fabricación estranjera... estas fabricaciones, en una provincia interior i con solo el ausilio de artesanos del país, es un esfuerzo prodijioso".

Expresión entusiasta, tiene poco que ver con esta otra: "Los diarios de Córdoba de aquella época trascribían las noticias europeas, las sesiones de las cámaras francesas, i los retratos de Casimir Perier, Lamartine, Chateaubriand servían de modelo en las clases de dibujo: tal era el interés que Córdoba manifestaba por el movimiento europeo".

Si en la segunda hay un sobresalto de admiración por la sumisión a la cultura europea, en la primera, por el contrario, se exalta el valor de una producción económica nacional a punto tal que estaríamos tentados de ver allí, por un lado, un antecedente explícito de lo que podría ser un pensamiento de burguesía nacional y, por el otro, un antecedente de la idea acerca del papel que puede jugar la industria militar en una propuesta de independencia nacional, idea que en este siglo tuvo su doctrinario y realizador en el general Savio y se concretó institucionalmente en la Argentina en Fabricaciones Militares: Sarmiento se anticipa también en esto a una corriente de pensamiento que, sin embargo, ni lo reivindica ni lo estima.

De este enfrentamiento podríamos sacar también otra conclusión y es que deberíamos prevenirnos contra la tendencia, exageradamente frívola, de considerar a Sarmiento como un mero "colonizado mental", tendencia que ocupa un espacio muy sacralizado en los ideólogos de lo "nacional", que, preconizando un sistema de abstracciones sobre este concepto, no pueden nunca menos que caer en la defensa de su encarnación sobre la tierra, esto es la defensa de la burguesía nacional —concepto a su vez contradictorio e impreciso— y de los militares, su brazo armado. Si el enfrentamiento de esos dos trozos tiene algún valor ilustrativo, podríamos pensar, por el con-

trario, que para Sarmiento en 1845 el modelo europeo cumplía dos funciones o implicaba dos posibilidades: una, proveer los datos o elementos o instrumentos —esencialmente culturales o formales— para construir un modelo propio; dos, tratar de imponer, con el modelo, intereses económicos respecto de los cuales había que reivindicar fuerzas productivas propias y denunciar lo que históricamente había llevado a cegarlas. En su primera vertiente, el modelo europeo es deseable, *debe* venir y es un crimen histórico haberlo impedido; precisamente porque se ha cometido ese crimen, Europa nos ha entregado en el plano cultural lo peor como un sustituto que ahora nos cubre: el comercio que liquidó las artesanías e impuso un terror que le era propio: "Podemos en esto sin embargo consolarnos de que la Europa haya suministrado un modelo al jenio americano. La Mazorca, con los mismos caracteres, compuesta de los mismos hombres, ha existido en la Edad Media en Francia". Y con esto, al mismo tiempo, advertimos otro anticipo: el de la idea de que la Colonia —de la que ese siglo XIX es emergente— ha sido un período feudal, tesis en la que cierto marxismo fundó sus explicaciones con el objetivo y la esperanza de reconocer en América Latina el esquema ortodoxo del materialismo histórico.

Pero, volviendo al enfrentamiento precedente, observamos que lo que el *Facundo* nos ofrece al elaborar sus términos no se detiene tampoco aquí, hay una vuelta atrás y, como quizás no podía ser de otro modo, en la primacía de la sumisión al modelo cultural positivo termina por admitir la primacía de lo que era negativo en el modelo económico, respecto del cual parecía exhibir una lucidez profética; en el capítulo final, al hacer una recapitulación, y frente a la desesperante sensación de abandono por parte del mundo y de un correlativo triunfo rosista, invierte los conceptos y sienta una doctrina que coincide, punto por punto, con la de la "división internacional del trabajo" que hizo de la Argentina hasta cierto punto una factoría del ya consolidado imperio inglés: "¿Quiere la Inglaterra consumidores, cualquiera que el gobierno de un país sea? ¿Pero qué han de consumir seiscientos mil gauchos, pobres, sin industria como sin necesidades, bajo un Gobierno que estinguiendo las costumbres i gustos europeos, disminuye necesariamente el consumo de productos europeos? ¿Habremos de creer que la Inglaterra desconoce hasta este punto sus intereses en América? ¿Ha querido poner su mano poderosa para que no se levante en el Sud de la América un Estado como el que ella enjendró en el Norte? ¡Qué ilusión! Ese Estado se levantará en despecho suyo, aunque sieguen sus retoños cada año, porque la grandeza del Estado está en la Pampa pastosa, en las producciones tropicales del Norte, i en el sistema de ríos navegables cuya aorta es el Plata. Por otra parte, los españoles no somos navegantes ni industriosos, i la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primeras, i ella i nosotros ganaremos en el cambio".

B

Sin duda que el manejo del concepto de "ideología" ha sido hasta ahora muy parcial porque se ha centrado sólo en algunos estratos de su valor como herramienta de trabajo, tal vez los más socorridos. Es evidente, también, que hemos presentado las cosas como si de uno a otro de esos estratos existiera un pasaje y una transmisibilidad de cada uno, dejando para un después que difícilmente llegue la intelección del espesor significativo implicado. Para dar un paso más adelante, voy a considerar ahora la acción de la ideología en el terreno mismo de la construcción de las capas previamente designadas; y como esa construcción ha sido a su vez vehiculizada por un proceso de escritura, se producirán dos consecuencias: la primera, una reunión de este sector del trabajo con el sector relativo al ámbito más específicamente literario; la segunda, un necesario retorno al ámbito de la escritura, en cuya articulación gravitan elementos que, al ser considerados como medios de producción, vamos a describir como ideológicos.

1. Ante todo, el "causalismo", emergente a su vez del "deductivismo" que está en la base de la relación "medio geográfico-caracteres sociales" ("Pero la República Arjentina está jeográficamente situada de tal manera, que ha de ser unitaria siempre..."). De las peculiaridades geográficas se desprenden ciertos hábitos que dan cuenta de una sociedad y permiten describir tanto las características como los efectos de la guerra civil. En el medio, pero dentro de este mismo mecanismo, toma forma la teoría del caudillismo, que, como lo habíamos señalado, supone una propuesta ideológica bien definida. Supongo que enunciar meramente el "causalismo" no sólo da idea de su función en la escritura, por cuanto lo que el *Facundo* tiene de análisis circula por un carril causalista y deductivista, sino, además, permite establecer una vinculación con un campo filosófico más amplio, el de un historicismo sometido por un racionalismo empirista, en el sentido más tradicional. Sin embargo, junto a eso no se puede dejar de señalar un movimiento antagónico que consiste en abordar hechos parciales y extraerles una significación inscripta en un fenómeno más general (tal como ocurre con el análisis del color colorado, Cap. VIII, y los trajes, en el mismo lugar: sistemas semióticos se vinculan, sin embargo, con un significado previo, ya establecido y más amplio). Esta forma de "inducir" recorta el deductivismo pero no lo niega; al contrario, le sirve como un estímulo ya que todo, finalmente, se explica en función de una situación que hay que explicar por razones históricas. Precisamente este juego entre una deducción que predomina y una inducción que la pone acaso en cuestión permite precisar el carácter prepositivista de la "influencia" del medio, importante matiz del lugar común positivista del "determinismo" geográfico, biológico y social.

2. En segundo lugar, el "constructivismo" que aparece en dos sectores bien diferenciados pero, gracias a él, ligados; por un lado, en el campo de la estructuración, que, como lo hemos visto en el sector anterior, va dando lugar al texto que conocemos (y que se manifiesta igualmente en las imágenes particulares); por el otro, en una especie de acompañante "moral" en virtud del cual el contenido de las imágenes tiende a defender un punto de vista constructivo mediante el cual podría establecerse una comparación, vaga por cierto, con textos como los de Julio Verne.

Entre estructuración de las imágenes y de todo el discurso y constructivismo del contenido se establece una relación armónica que emerge como algo efectivamente armado como un "modelo" que *Facundo* pretende ser, tanto política como social y jurídicamente. Es casi obvio destacar la importancia de este rasgo, que puede vincularse, tanto en Sarmiento como en Verne, con el persistente utopismo industrialista que en la época burguesa es sublimado, en Verne por el lado de la fantasía científica, en Sarmiento por el lado de la creencia en la ciencia como vehículo adecuado de conocimiento de la historia y de la sociedad.

De aquí, otra relación importante: Sarmiento habría visto en Emerson y su escuela pedagógica dos niveles de construcción, uno el del grupo mismo, grupo en pleno funcionamiento y lleno de propuestas originadas en una concepción filosófica similar a la suya y a la de la Generación del 37; otro, habría visto cómo el país entero, los Estados Unidos, se articulaba sobre las ideas del grupo capitaneado por Emerson.[30] Quizás por esa relación se explique su entusiasmo por ese país, al que ve como una realización de sus propios ideales e ideas que en la Argentina están sometidos y frustrados; en los Estados Unidos el "progreso" está construyéndose, pero no sólo como el concreto de una abstracción sino como, en lo concreto, una unidad de clase, una producción de riqueza basada en un desarrollo individual, pedagógico, religioso y político. La Vieja Nueva Inglaterra le dio una idea de lo que podía haber llegado a ser la Joven Nueva Argentina y, por lo tanto, al ratificarle su esquema, se le presentó como una proyección organizada de sí mismo, como un país misión, haciendo consciente su porvenir.

3. Otro de los que aquí llamo "medios de producción" de la escritura es la "ejemplificación", necesario sustento de la metáfora aunque muy frecuentemente se haga presente como esquema en sí, muy ligado a lo narrativo. Ejemplificar es, en todos los casos, atravesar zonas descriptivas y llegar al centro del asunto, lo que tiene consecuencias en la articulación del ritmo: "Yo he presenciado una escena campestre que...". Si bien de ahí se pasa a la comparación ("Alguna analojía encuentra el espíritu entre la Pampa y las llanuras que median entre el Tigris i el Eufrates") y, finalmente, queda

[30] José Ingenieros, *Hacia una moral sin dogmas*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso, 1937.

constituido un impulso general a la metáfora, no es inútil señalar que la acumulación de ejemplos puede ser entendida como el necesario refuerzo a la voluntad de convencer que sacude eléctricamente el texto y lo pone en una dimensión que desborda la ciencia y la historia; al mismo tiempo, convencer supone un campo de nociones que se quieren hacer aceptar para consolidar una zona de conocimientos ya existente aunque más débilmente, tanto que no ha conseguido constituirse en instrumento de lucha ("Suministrar a los emigrados una doctrina que les sirviese de interpretación y de incentivo en la lucha y una gran bandera de combate...", en Alberto Palcos, "Prólogo" ya citado). En este circuito se destaca el papel que juega el que quiere convencer, una misión, un destino, una fuerza que se sitúa en el campo abstracto de la historia. Lo que se liga, desde luego, con la imagen del intelectual y su papel en la historia.

Si entendemos por "medios de producción" no necesariamente "recursos" o "formas" sino herramientas intelectuales con las que el escritor enfrenta los problemas de la articulación de su material y del desarrollo de lo que está implícito en dicho material (de definición igualmente compleja, pues "material" es tanto un campo de experiencias como un conjunto de intenciones y tendencias y aun lo que necesita tomar forma en el planteamiento mismo que se puede hacer de las experiencias y las intenciones, sin contar con aquello en que todo eso se inscribe y adquiere un cierto sentido), podremos reconocer el carácter ideológico que las guía, o sea el entronque que tienen con una historia. Esta necesaria precisión me sirve para introducir, formando parte de este elenco, la noción de "humanismo", que sugiere, ante todo, la diversa consistencia del concepto de ideología en la medida en que decir "humanismo" parece evocar más rápidamente lo ideológico, que decir, por ejemplo, "ejemplificación". Desde nuestro enfoque, ambos términos remiten a "medios de producción" y, en consecuencia, con todas las particularidades que se puedan señalar, se nos presentan con una solidez ideológica indudable y común a los dos.

4. El "humanismo" es ante todo un empleo del pronombre personal, yo, que va dirigiendo este discurso; el "yo", a su vez, es el necesario desemboque de una manera de vincular diferentes fenómenos entre sí, es lo que les confiere racionalidad puesto que les otorga un centro bien preciso: los fenómenos, los hechos, están ahí pero no podrían ser comprendidos en sí aunque aparentemente respondan a una causalidad objetiva bien delineada; el yo los refiere y los concentra y, simultáneamente, los tiñe y en ese proceso constituye el discurso. Es claro que, además, el discurso que este pronombre configura tiene en este texto una presencia externa muy motivada, ligada a un temperamento muy festejado por la mitología ("don Yo") pero, de alguna manera, podría ser entendido por una teoría de constitución del discurso que tiene en el pronombre personal un lugar de origen y desde donde

se desarrolla.[31] Acaso bajo esta luz, y considerando lo que el "yo" va exigiendo para devanarse, se pueda reforzar la idea de "mezcla" de que hablamos largamente en el sector anterior; tal vez esto permita comprender un poco mejor la ruptura que el *Facundo* supone en la perspectiva del género y su entonación propia, pero también algo más preciso, los "cuadros de costumbres", que, en definitiva, implican una personificación, una reducción a la medida del hombre de las fuerzas no muy fácilmente cognoscibles de la naturaleza.

Es cierto que si todo esto es recuperable en el texto también tiene una procedencia histórica: el hombre como centro y fin del universo, como garantía del sentido sobre la tierra, como conquistador de un espacio material del cual la escritura sería, analógicamente, un símil apetecible. No necesito destacar la filiación de esta idea ni su inscripción; sólo diré que, siguiendo a Guerrero, si bien el romanticismo la inflexiona respecto del empirismo y de su continuación, el sensualismo, Sarmiento la vuelve a referir con más fuerza, el hombre vuelve a ser el héroe de la jornada, el "representante", como quería Hegel, del "espíritu" y, por lo tanto, la encarnación misma del "progreso".

5. Desde aquí, poco cuesta situar tres líneas más que, supongo, serán relativamente fáciles de hallar en el movimiento del texto. La primera, el "optimismo", fuerza que no sólo se manifiesta como confianza en el triunfo final de una causa santificada por una razón, sino como la sustancia que sella necesariamente los intersticios que puede haber entre análisis y análisis; el "optimismo" es lo que da vuelta las conclusiones y permite la acción de una embrionaria dialéctica que consiste en sacar lecciones favorables de asuntos desfavorables; si el determinismo histórico, por ejemplo, se trasmuta en "influencia del medio", no cabe duda de que el espeso cielo se abre y permite que nuevas entidades puedan ser comprendidas. Facundo es de este modo un tigre en Los Llanos, pero en Buenos Aires se domestica y deja salir de su interioridad "todas sus altas dotes de espíritu". El "optimismo", por lo tanto, concurre a la constitución del texto y actúa como una fuerza que reduce mecanismos demasiado rígidos y, al reconvertirlos, deja crecer una energía propia.

6. En segundo lugar el "voluntarismo", que surgiendo evidentemente de la idea de hombre está en la base del mecanismo compulsivo del "convencer"; me parece que acompaña no sólo el proyecto de escribir el libro, como un proyecto combativo y que surge de la nada ("Un interés del momento, premioso i urjente a mi juicio, me hace trazar rápidamente un cuadro que había creído poder presentar un día. . ."), sino también el sistema adjetival en el cual el "convencimiento" se puede perseguir como un objetivo central.

[31] Julia Kristeva, *La révolution du langage poétique* (B, III "Instances du discours et altération du sujet"), Paris, Seuil, 1974.

7. En tercer lugar el "repentismo", que si bien puede ser vinculado con la idea de la "inspiración", reavivada por el romanticismo, en el texto tiene otros niveles: genera imágenes, ciertamente, pero también engendra digresiones y anécdotas que van haciendo cambios de plano argumentales, que, a su vez, resuelven de una manera bastante única la relación entre lo general y lo particular. Romanticismo, inspiración: es decir algo y bastante poco al mismo tiempo. El hecho es que podemos reconocer el repentismo como un medio de producción de la escritura que saca su energía de un esquema mucho más amplio, el de un pensamiento que acaso, para precisar mejor el juego ideológico que supone, deberíamos examinar por separado.

8. Finalmente, quiero señalar el "optar" como un instrumento fundamental. Ya señalé en *Muerte y Resurrección de Facundo* el papel que juega, pero vale la pena retomarlo porque viene a ser, a mi entender, el reverso del mecanismo dialéctico hegeliano que está en la base de los principales modelos que gravitan en diferentes estratos ideológicos del texto. Efectivamente, las cosas se plantean siempre mediante opuestos que se enfrentan y se niegan; empecemos por el más importante, Civilización y Barbarie; la negación podría dejar pensar en una síntesis que coronara no sólo el método sino el punto examinado, pero en el *Facundo* esto casi nunca ocurre; en cambio, en presencia de los opuestos hay siempre una clara opción por uno de los dos términos, opción inscripta en pulsiones éticas y, las más de las veces, en ideas previas: invariablemente Lavalle es más aceptable que Dorrego, Lamadrid que Facundo, y Facundo más que Rosas. No obstante, más que de "optar" podría hablarse de una "necesidad de optar" que se generaliza y que prepara las condiciones de la opción: es como si el discurso convergiera en situaciones en las que dos principios antagónicos fatalmente entran en colisión y, en consecuencia, no queda otra sino elegir uno de ellos. Es en ese sentido que el "optar" muestra su carácter de "medio de producción", ya que, por otra parte, la "opción" no paraliza ni la irrupción de nuevas circunstancias que deben ser tenidas en cuenta (y que crean nuevos antagonismos) ni el desdoblamento de los términos que en un momento dado son objeto de opción. Así, si se trata de "civilización" contra "barbarie", se opta por el primero, pero al encarnarse históricamente ambos términos, y frente a la necesidad de considerar nuevos elementos, nuevas opciones se producen: por Buenos Aires contra Córdoba pero, en la irrupción de elementos de la campaña contra la gran ciudad, por Montevideo contra Buenos Aires; por otra lado, Facundo se enfrenta en primer lugar a Rivadavia y/o a Paz, por quienes se opta, pero al entrar Rosas en la escena, que también es enfrentado a Paz y a Facundo, se opta por Facundo hasta que el mismo Facundo se desdobla en dos imágenes antagónicas respecto de las cuales también hay una opción.

Me parece que este mecanismo es uno de los más característicos en el *Facundo* y su empleo es tan frecuente y abundante que diría que llega al

mecanismo si consideramos el dibujo de la red que podría trazarse, y extrapolarse aislando todas sus instancias y momentos. Pero red hundida en un chisporroteo de argumentos y referencias. Por otro lado, no sería difícil señalar su filiación: procede del viejo maniqueísmo que tuvo en el romanticismo una especie de explosión de sutileza; en su enrevesamiento, la mecánica de los antagonismos frente a los cuales se *debe* (categóricamente) optar aparece como una máquina que avanza aplastándolo todo y difundiendo una sensación de conocimiento de la realidad que ahora se nos presenta como muy condicionada, como muy relativa a una determinada conciencia (alimentada en lo más profundo, justamente, por lo que nutre estos medios de producción ideológicos), como pagando un elevado precio a un sistema que para cumplirse necesitó llevar las opciones a niveles dramáticos, históricamente hablando: el constructivismo que posteriormente se manifestó en obras para un país que surgía tiene su cimiento en la opción por seres humanos que lo emprenderán y se beneficiarán con sus resultados: burguesía creada casi ex-nihilo necesita de una serie de exterminaciones (opciones) que tal vez haya que poner en la cuenta del proceso histórico (el ingreso en el capitalismo), tal vez sean válida y unánimemente objeto de condena.

IV

ESTAMOS sobre el final del prólogo y sus luces murientes. ¿Habré cumplido con las propuestas que lo abrieron? Problema que siempre habría que plantearse aunque las soluciones puedan no ser tajantes. A pesar de ello, podría estar en condiciones de estimar que si bien esta "lectura" no es ninguna de las cinco que pude clasificar en la primera parte, tampoco es un "prólogo" tal como se supone que debe ser; más bien tiene los alcances de un "estudio", un intento de propuesta de otra manera de leer. Pero también en esto hay una relativa violación de un compromiso: no repetir autoridades, no formular sinopsis de sus argumentos. Debía quizás, de acuerdo a mis propias concepciones, dejar de lado todo un campo de apoyos críticos, pero pareciera que eso no es todavía del todo posible, no me es del todo posible. Igualmente, subsiste una cuestión principal: si ésta es una lectura aceptablemente diferente, ¿ha cumplido con su exigencia fundamental, a saber: provocar nuevas lecturas, no bloquear las de los otros que puedan desencadenarse? ¿Habrá logrado, como lectura, garantizar la nueva lectura que socialmente debe llegar a producirse en virtud de la presunta existencia de posibilidades nuevas y generalizadas de lectura?

De todos modos, el "enigma" que implica el *Facundo* subsiste; en las páginas que preceden traté de devanar sus términos sin la intención de develarlo, o sea de agotarlo. Tuve que sortear la tentación de creer que lo estaba haciendo; no obstante, por lo menos evité no de una manera casual relaciones demasiado precisas entre precisiones ideológicas y enjuiciamientos políticos o histórico-políticos que suelen darse para confirmación de lectores que necesitan integrar una lectura como esta en su campo de previas convicciones o adhesiones. La historia —o la lectura— sería de este modo menos perturbadora para ellos, podrían permitirse bloquearla y con ello bloquear y aun cancelar sus propias fuerzas productivas. Y, es claro, no se trató de reivindicar un texto denigrado así como tampoco de refutar aquello con que viene de realzado. La historia y la literatura son muy importantes para la lucha política a condición de que no partan de su descuido o de su reducción. Por lo tanto, llamar la atención sobre lo que configuró ese texto evidentemente sacralizado prescindiendo de la sacralidad, considerar lo que desde ese texto continúa, dejando de lado la mitología de su calidad de ejemplo a seguir, puede implicar para nosotros una apertura que, en rigor, aporte un fundamento a la lucha cultural, le dé un sustento que casi invariablemente las lecturas corrientes y el uso que se ha hecho de ellas han coartado, disminuido y, finalmente, eliminado.

Noé Jitrik

El Colegio de México

CRITERIO DE ESTA EDICION

El 1º de mayo de 1845 aparecía en el diario *El Progreso* de Santiago de Chile el anuncio de la *Vida de Quiroga*. Al día siguiente (2 de mayo de 1845, nº 769) *El Progreso* inicia la publicación en folletín hasta junio; el 21 de julio continúa en suplemento, a causa del cambio de formato del periódico. También aparece una parte en *El Nacional* de Montevideo desde octubre de 1845. — Primera edición: *Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga i aspecto físico, costumbres i ábitos de la República Arjentina.* Santiago, Imprenta del Progreso, 1845. 2da. edición: *Civilización i barbarie, vida de Facundo Quiroga, i aspecto físico, costumbres y ábitos de la República Arjentina,* seguido de: *Apuntes biográficos sobre el jeneral Fray Félix Aldao,* por el autor de *Arjirópolis.* — Segunda edición seguida de un examen crítico traducido de la *Revista de Ambos Mundos:* Santiago de Chile, Imp. de J. Belini Compañía, 1851. Sarmiento dedica esta segunda edición a Valentín Alsina y en la carta dirigida a éste —incluida en nuestra edición— explica las modificaciones del texto. Ha suprimido la "Introducción" y los dos últimos capítulos. — Tercera edición: *Facundo; civilización i barbarie en las pampas arjentinas.* Cuarta edición en castellano. Nueva York, D. Appleton y Compañía, 1868. Prefacio de la traducción inglesa de Mrs. Horace Mann; incluye *Aldao* y *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos. Episodio de 1863.* Es ésta la tercera edición de la obra; respecto de la indicación de la portada apunta el profesor Raúl Moglia: "No hay error, como se creía, en esa denominación, sino redacción deliberada. En un manuscrito de Sarmiento, existente en el Museo Mitre (legajo de Sarmiento, carpeta 31), éste habla de la "cuarta edición en prensa", que llama así pues piensa en la edición francesa de 1853 (Moglia, Raúl, en: "Presentación" a *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas.* Fijación del texto, prólogo y apéndices... Buenos Aires, Ediciones Peuser 1955 pág. XIII*).* Sarmiento suprime en esta edición la dedicatoria y la carta a Alsina. Unas pocas correcciones hechas por el gramático cubano Mantilla, revisor de las pruebas a pedido del autor, diferencian además esta edición de la segunda, cuyas supresiones también se mantienen. En 1868 y en Nueva York se edita el *Facundo* en inglés incluyendo algunos capítulos de *Recuerdos de provincia.* — Cuarta edición: *Facundo o civilización i barbarie en las pampas arjentinas.* Cuarta edición en castellano. París, Librería Hachette y Compañía, 1874. Restituye la introducción y los dos últimos capítulos de la primera edición. El nieto de Sarmiento, Augusto Belin Sarmiento, cuidó la edición. La quinta edición aparece en las *Obras completas.* Los siete volúmenes primeros se imprimieron en Chile y estuvieron al cuidado de Luis Montt, hijo del presidente chileno y amigo de Sarmiento, Manuel Montt. Todos los demás —la edición comprende 52 volúmenes y un índice— estuvieron a cargo de Augusto Belin Sarmiento. El volumen

*La cronología de este volumen ha sido revisada y completada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

vii, editado en Santiago de Chile, es de 1888 y lleva como título *Civilización y barbarie*. Contiene además *El general Fray Félix Aldao* y *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos*. En 1889 se edita en Buenos Aires este volumen vii, idéntico al anterior (Buenos Aires, Edición de Félix Lajouane, 1889). No es una edición recomendable, ya que Luis Montt no tuvo en cuenta las correcciones de Sarmiento a la segunda, tercera y cuarta edición.

Entre las ediciones actuales citaremos las siguientes:
1: *Facundo*, Edición crítica y documentada. Prólogo de Alberto Palcos. La Plata (Argentina), Universidad Nacional, 1938. 2: *Facundo*. Prólogo y notas del profesor Alberto Palcos. Reedición ampliada de la edición crítica y documentada que publicó la Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, Dirección General de Cultura, 1961. (Ninguna de estas dos ediciones registra las variantes textuales. Conservan la grafía y la puntuación original de Sarmiento. Se basan en la cuarta edición.) 3: *Facundo; o civilización y barbarie en las pampas argentinas*. Fijación del texto, prólogo y apéndices de Raúl Moglia. Xilografías de Nicasio. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1955. Se basa también en el texto de la cuarta edición. Moderniza la grafía y la puntuación. Esta es la única edición que anota las variantes textuales. 4: *Facundo*. Edición anotada por la profesora Delia S. Etcheverry. Precedida de un estudio de la señora Inés Cárdenas de Monner Sans. Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1940.

Traducciones del *Facundo* realizadas en vida de Sarmiento:
— *Facundo. Civilisation et barbarie*. El 15 de noviembre de 1846, con este título, y el 15 de mayo de 1852, con el de *Le socialisme dans l'Amérique du Sud*, Charles de Mazade comenta y transcribe pasajes de la obra en la *Revue des Deux Mondes*. En París se tradujeron algunos capítulos en *L'Investigateur, journal de l'Institut Historique*, en los años 1850 y 1851. — *Civilisation et barbarie. Moeurs, coutumes, caractères des peuples argentins. Facundo Quiroga et Aldao*. Traduit de l'espagnol et enrichi de notes par A. Giraud. Paris, Arthus Bertrand, 1853. — *Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants or Civilization and Barbarism*. New York, Hurd and Houghton, 1868. Traducción de Mary Mann. — *Facundo o civiltà e barbarie*. Versione all'italiano di F. Fontana de Phillippis Milano, 1881.

Para el texto se sigue aquí la edición del *Facundo* publicada por la Universidad Nacional de La Plata bajo la dirección de Alberto Palcos, con la salvedad de que hemos modernizado la grafía —muy personal en Sarmiento— y la puntuación.

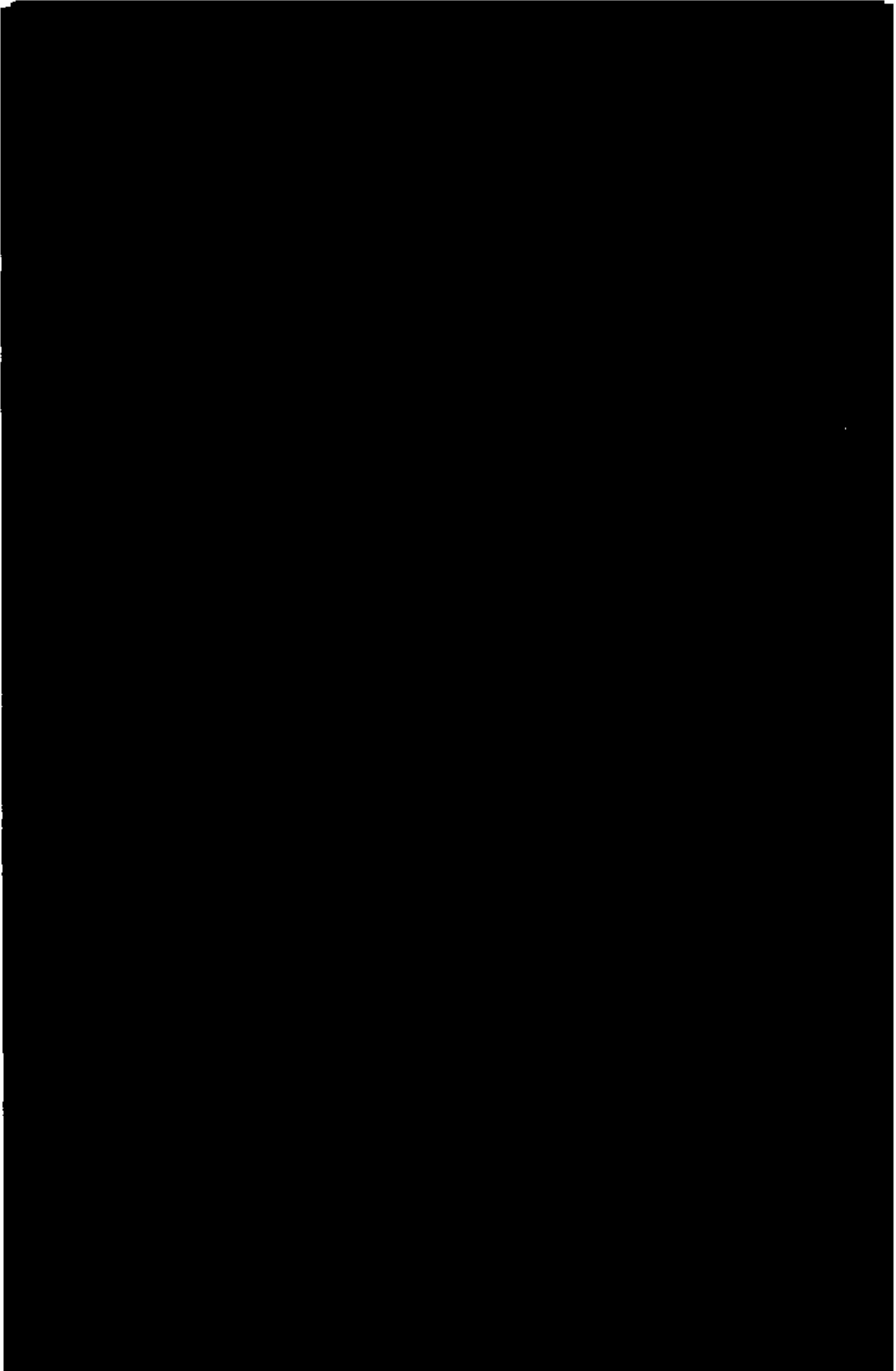
La presente edición, por otra parte, intenta proporcionar al lector notas adecuadas para ubicar y valorar al *Facundo* en el contexto político e ideológico argentino.

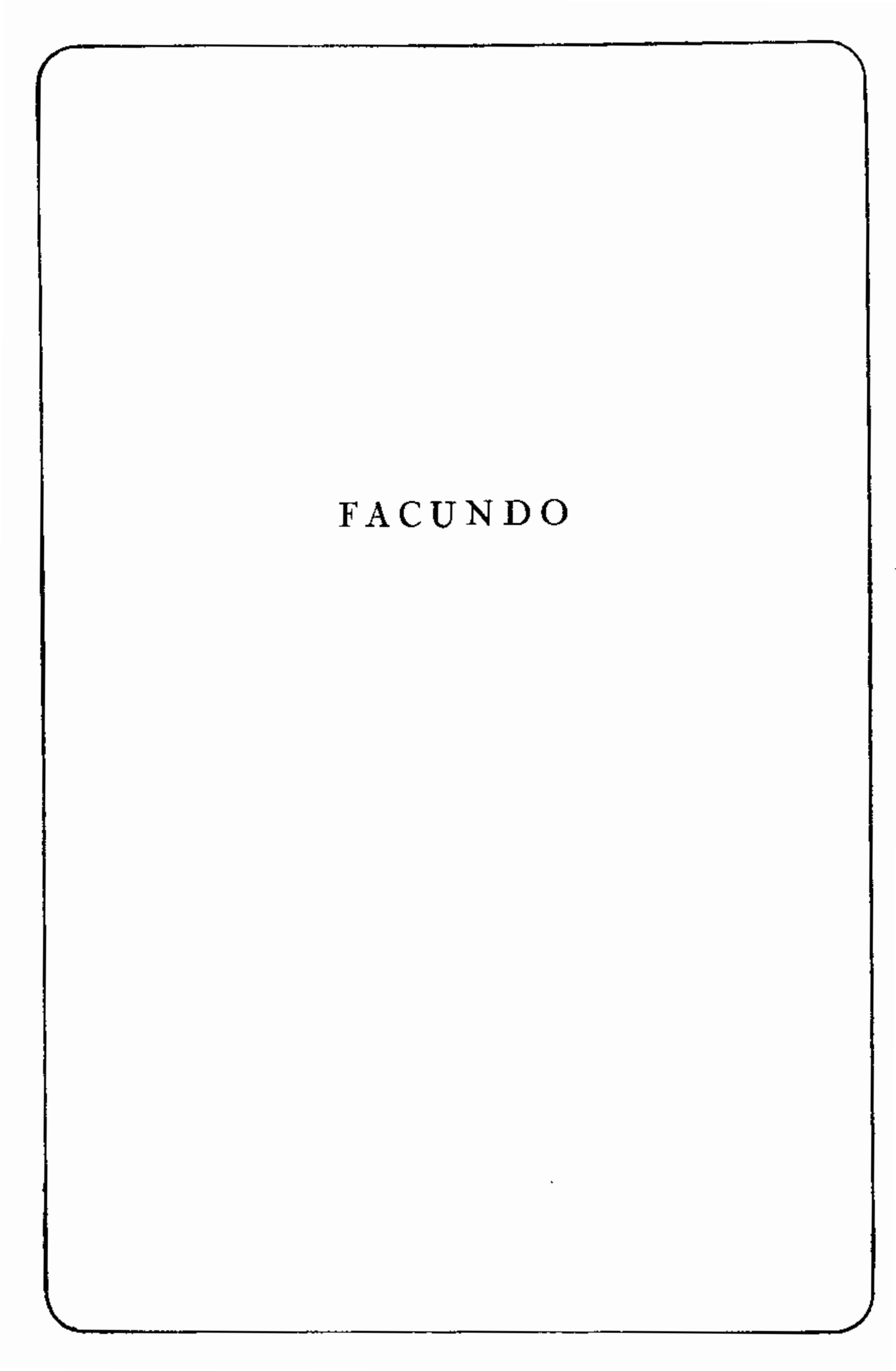
Ese objetivo nos ha llevado a desechar las aclaraciones —por lo general copiosas en las ediciones del *Facundo*— sobre historia universal o sobre mitología clásica, a menudo retóricas y que nada aportan para la comprensión de la obra. Se insiste, en cambio, en las notas de carácter histórico, político, económico, geográfico, social y cultural, importantes, a nuestro juicio, para facilitar una lectura distanciada, no identificatoria con el texto. Estas notas, con frecuencia extensas, tratan de brindar aquella información que, además de permitir al lector articular una visión global de la Argentina de la época, susciten también la discusión o revisión del texto sarmientino.

Como Apéndice se incluyen las notas de Alsina al *Facundo*, que hemos escogido entre las rectificaciones realizadas al texto en su momento, tanto por la difusión que ellas alcanzaron como por ser las únicas que se atuvieron a un criterio orgánico.

Las notas del autor llevan asteriscos, en tanto que las notas críticas van numeradas.

N. D. y S. Z.





FACUNDO

ADVERTENCIA DEL AUTOR[1]

DESPUÉS de terminada la publicación de esta obra, he recibido de varios amigos, rectificaciones[2] de varios hechos referidos en ella. Algunas inexactitudes

[1]La "Advertencia del autor" fue suprimida por Sarmiento en la 2, 3 y 4 ediciones. La incorporó nuevamente en el vol. VII de las *Obras.*

[2]Sarmiento alude a las observaciones sobre hechos registrados en el *Facundo* y a las críticas sobre el esquemático sistema a priori (civilización y barbarie) que organiza el proceso argentino. Respecto de la rapidez con que la redactó, es indudablemente cierto que la llegada del enviado de Rosas ante el gobierno chileno —Baldomero García— precipitó su publicación. Sin embargo, desde el año anterior pensaba en Juan Facundo Quiroga como personaje ejemplificador de su concepción de la barbarie, tal lo revela su artículo de *El Progreso* el 28 de agosto de 1844. Asimismo indica ese proyecto la carta a Anselmo Rojo: "... Pienso recolectar datos para la biografía de Quiroga, éste será un cuadro brillante y ésta y la de Aldao mandarlas a la Revista de Ambos Mundos para que se publiquen" (22 de febrero de 1845), y el pedido de información a su amigo y comprovinciano Antonio Aberastain. El anuncio del folletín en *El Progreso* del 1º de mayo de 1845 señala ya la urgencia de la redacción ("Un interés del momento, premioso y urgente a mi juicio, me hace trazar rápidamente un cuadro que había creído poder presentar algún día, tan acabado como me fuese posible. He creído necesario hacinar sobre el papel mis ideas tales como se presentan, sacrificando toda pretensión literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser trascendental para nosotros"), insiste en la carta al general José María Paz (22 de diciembre de 1845) con el envío de la obra ("Remito a S. E. un ejemplar del *Facundo* que he escrito con el objeto de favorecer la revolución y preparar los espíritus. Obra improvisada, llena de inexactitudes a designio a veces, no tiene otra importancia que la de ser uno de tantos medios para ayudar a destruir un gobierno absurdo y preparar el camino a otro nuevo"), en *Recuerdos de provincia* y en la carta a Alsina.

Muchos son los errores señalados a Sarmiento. Entre las correcciones hechas por sus contemporáneos citaremos sólo las de Alsina (véase nota y Apéndice), las de Juan Bautista Alberdi (véase nota) y las de Bartolomé Mitre en su ejemplar del *Facundo,* por su valor testimonial dada la relevancia política de sus autores. En 1903, en un curso en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, David Peña inicia la lista de rectificadores de la visión sarmientina de Facundo Quiroga. El lector interesado en este problema puede consultar *Archivo del Brigadier General Juan Facundo Quiroga,* Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1957; Barba, Enrique, *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López,* Buenos Aires, Hachette, 1958; Cárcano, Ramón, J., *Juan Facundo Quiroga,* Buenos Aires, Roldán, 1933; Peña, David, *Juan Facundo Quiroga,* Buenos Aires, Ed. Americana, 1953. En las últimas décadas, la significación de Rosas y Quiroga en el proceso histórico argentino ha sido valorada por la corriente historio-

han debido necesariamente escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto de que no se había escrito nada hasta el presente. Al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas y remotas provincias, y en épocas diversas, consultando un testigo ocular sobre un punto, registrando manuscritos formados a la ligera, o apelando a las propias reminiscencias, no es extraño que de vez en cuando el lector argentino eche de menos algo que él conoce, o disienta en cuanto a algún nombre propio, una fecha, cambiados o puestos fuera de lugar.

Pero debo declarar que en los acontecimientos notables a que me refiero, y que sirven de base a las explicaciones que doy, hay una exactitud intachable, de que responderán los documentos públicos que sobre ellos existen.

Quizá haya un momento en que, desembarazado de las preocupaciones que han precipitado la redacción de esta obrita, vuelva a refundirla en un plan nuevo,[3] desnudándola de toda digresión accidental, y apoyándola en numerosos documentos oficiales, a que sólo hago ahora una ligera referencia.

1845.

On ne tue point les idées.[4]

FORTOUL.[5]

A FINES del año 1840,[6] salía yo de mi patria, desterrado por lástima, estro-

gráfica argentina revisionista, coincidente en su juicio negativo sobre la figura de Sarmiento. Las notas de esta edición no registran tales correcciones y discusiones, pues su inclusión haría particularmente extensa y engorrosa la lectura, escapando, por otra parte, a la finalidad de esta Biblioteca. La obra, es evidente, persigue un objetivo político y no histórico y ese carácter le ha dado el mismo Sarmiento (recuérdese "las inexactitudes *a desienio a veces*" de la carta a Paz). Creemos que las notas aclaratorias son suficientes para ubicar al lector en el proceso argentino.

[3]Si bien es cierto que Sarmiento corrigió y suprimió partes del texto en las sucesivas ediciones, llevado casi siempre por razones políticas, nunca rehizo la obra. Cuando planea corregirla consulta a Dalmacio Vélez Sarsfield y a su hija Aurelia Vélez, que disienten en el consejo. El primero le recomienda en carta de octubre de 1865: "Me parece que el Facundo *mentira* (subrayado en el original) será siempre mejor que el Facundo verdadera historia", y Sarmiento decide en carta a la segunda: "No tocaré con mis trémulas manos de viejo al *Facundo* por complacerla a usted, cuyo juicio y cariñosa tutela respeto y acato...".

[4]Ambas sentencias fueron suprimidas en la 2, 3 y 4 ediciones. Reaparecen en el vol. VII de las *Obras*.

[5]El crítico Paul Groussac afirma que la frase es de Volney *(Crítica literaria,* Buenos Aires, 1924, pág. 255). Sin embargo, el investigador francés Paul Verdevoye no la ha hallado ni en Fortoul ni en Volney. Considera en cambio que Sarmiento, asiduo lector de la *Revue Encyclopédique,* pudo recordar una frase de Diderot ("On ne tue pas de coups de fusil aux idées"), acápite de un artículo de Charles Didier —"Les doctrines et les idées", t. LV, julio-set. 1832, pág. 346—, a quien nuestro autor cita frecuentemente por estos años. La hipótesis parece corroborarse si se la relaciona con la frase de Sarmiento en un artículo de *El Progreso* (21 de marzo de 1844, XIII, 359): "No se fusilan ni degüellan las ideas", en que ambas aparecen fundidas (Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento; éducateur et publiciste (entre 1839 et 1852),* Paris, Impr. Jouve. 1963, pág. 76/77, nota 160).

[6]Todo este texto aparece en la 1 y 2 edición y en el t. VII de las *Obras*. En la segunda se tituló "Prólogo".

peado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros.[7] Al pasar por los baños de Zonda, bajo las armas de la patria que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras:

On ne tue point les idées.

El Gobierno, a quien se comunicó el hecho, mandó una comisión encargada de descifrar el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas. Oída la traducción, "¡y bien! —dijeron—, ¿qué significa esto?...".

....

....

....

....

....

Significaba, simplemente, que venía a Chile, donde la libertad brillaba aún, y que me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes. Los que conocen mi conducta en Chile, saben si he cumplido aquella protesta.

[7]Miembros del ala extrema de la Sociedad Popular Restauradora, encargados de someter a la oposición mediante actos de terror. La Sociedad se creó a fines de 1833 y la integraban individuos de las más diversas clases sociales. El nombre popular de Mazorca proviene del emblema, una mazorca de maíz que indicaba unión. La palabra aparece en la segunda edición del *Facundo* con la grafía de "mashorqueros", así también la escribe E. Echeverría en *El Matadero,* pues ella permitía destacar la función terrorista mediante la clara alusión a la horca. Sarmiento da en la *Crónica* del 23 de diciembre de 1849 la siguiente explicación del origen del término: "Sociedad Popular, que después se llamó Mazorca, por un regalo que le hizo Rosas de una mazorca de maíz llena de cintas coloradas para que *se la metiesen a los salvajes* (la bastardilla es de Sarmiento) unitarios, palabras textuales del mensaje con que acompañaba el general Rosas el don". Véase además la nota 49 de Alsina en el Apéndice.

INTRODUCCION[1]

"Je demande à l'historien l'amour de l'humanité ou de la liberté; sa justice impartiale ne doit pas être impassible. Il faut, au contraire, qu'il souhaite, qu'il espère, qu'il souffre, ou soit heureux de ce qu'il raconte".

VILLEMAIN, Cours de littérature.

¡SOMBRA terrible de Facundo,[2] voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: ¡revélanoslo! Diez años aún después de tu trá-

[1]Esta Introducción aparece en la primera y cuarta edición, y en el tomo VII de las *Obras* (en ésta lleva el título: "Introducción a la edición de 1845").

[2]*Juan Facundo Quiroga* (1788-1845), perteneció a una poderosa familia de grandes propietarios rurales de La Rioja. Desde joven ayudó a su padre a conducir arrias de mulas. Fue voluntario del Regimiento de Granaderos a caballo. En 1816 regresó a su provincia natal, colaborando activamente con el ejército del Norte —al que proveía de ganado y tropas— en la lucha contra los españoles. Su preponderancia comienza en 1820, con el cargo de jefe militar de las milicias de los Llanos. Desde 1822 domina la política de La Rioja —ya que goza de un enorme ascendiente sobre la población rural de la región, como lo confirma el carácter casi legendario adquirido por su figura, avalado, por ejemplo, por un nutrido cancionero popular—, en la que se ha iniciado al calor de las luchas por la hegemonía entre familias rivales. A mediados de 1826, La Rioja es una de las pocas provincias que se pronuncia por la solución unitaria en el Congreso, pero ante el fracaso de la política andina y porteña, Quiroga abraza la opuesta. Otra razón para este hecho es el conflicto con las minas riojanas. Junto con otros gobernantes opuestos a la política centralista de Rivadavia, que culmina con la constitución unitaria, se levantó en armas enarbolando su lema "Religión o muerte". Su lucha contra los unitarios, rápida y triunfal, apoyada por su notable eficacia militar y su prestigio entre las masas campesinas, había comenzado al derrotar a Lamadrid en el Tala (26/X/1826) y Rincón de Valladares. En pocos meses, las victorias de Quiroga cambian el equilibrio del Interior, ya que mediante ellas obtiene el poder efectivo. Estos triunfos consolidan un bloque de provincias centrales (Cuyo, La Rioja, Córdoba, Santiago del Estero). Derrotado por Paz en La Tablada y Oncativo, llega a Buenos Aires en 1830, donde es recibido con fervor. A raíz del tratado de paz y auxilio recíproco que Guido firma con Paz, Quiroga debe vérselas solo frente a sus enemigos. Con la prisión de Paz, la Liga del Interior cae, y Quiroga derrota por completo a las fuerzas unitarias, ahora al mando de Lamadrid, en la Ciudadela de Tucumán (4/XI/31), al frente del ejército federal. Participa en la etapa preparatoria de la campaña al desierto realizada por Rosas, y luego permanece durante un tiempo en Buenos Aires. A pedido de Maza y del mismo Rosas, parte para intervenir como mediador en un conflicto entre Salta y Tucumán. Cumplida su misión y de regreso a Buenos Aires, desoye advertencias que dan como cierto su próximo asesinato. Este se produce en Barranca Yaco (10/2/35).

gica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos,[3] al tomar diversos senderos en el desierto,[4] decían: "¡No; no ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá!" ¡Cierto! Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero, su complemento: su alma ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtióse en Rosas[5] en sistema, efecto y fin. La naturaleza campestre, colonial y bárbara, cambióse en esta metamorfosis en arte, en sistema y en política regular capaz de presentarse a la faz del mundo, como el modo de ser de un

[3]El habitante de los llanos de la provincia de La Rioja. Véase más adelante las notas de las págs. 67 y 87.

[4]Se denominaba así hasta el siglo pasado en la Argentina a las áreas baldías de población cristiana o europea, a menudo ocupadas por los indígenas no sometidos, especialmente los pampas y araucanos que hacían de ellas el escenario de sus correrías.

[5]*Juan Manuel de Rosas* (1793-1877), porteño, perteneció a una acaudalada familia de la clase terrateniente, de prestigiosa inserción colonial. Se inicia tempranamente en las actividades ganaderas. Sus severos hábitos de trabajo (compendiados más tarde en sus *Instrucciones a los mayordomos de estancias),* su férrea autoridad y un certero instinto de lo económico le permiten convertirse, de administrador de campos de los Anchorena, en propietario de *Los Cerritos.* Un rápido incremento de sus propiedades hace que éstas totalicen 327.000 hectáreas. Con Terrero y Luis Dorrego instala cerca de Quilmes *Las higueritas,* establecimiento saladeril dedicado al entonces próspero negocio del tasajo y su exportación, que cuenta con puertos y una flotilla propia. "En 1836 su fortuna, según declaraciones para los impuestos, sobrepasaba los cuatro millones de pesos plata, y no tenía similar en la provincia. Los bienes alcanzaban valor análogo al de todos los productos que la campaña bonaerense y algunas provincias vecinas exportaban en un año". (Horacio C. E. Giberti, *Historia económica de la ganadería argentina,* Buenos Aires, Solar/Hachette).

Rosas se inicia en la actividad política apoyando al partido directorial: ante la sublevación de Tagle, Martín Rodríguez llama a los Colorados del Monte: capitaneados por Rosas, restauran el orden establecido. Rosas cuenta con el apoyo decidido de su clase, que necesita asegurarse el orden necesario para seguir desarrollando su próspera actividad económica. Vuelve a intervenir ante el pedido de auxilio de Dorrego, con quien tiene algunas disidencias. En 1829, las milicias de López y Rosas vencen a Lavalle en Puente Márquez. El 6/XII/ del mismo año, la Legislatura elige a Rosas para el cargo de gobernador de la provincia de Bs. As. otorgándole facultades extraordinarias. Rosas recibe el apoyo de diversos sectores sociales de la pcia. de Bs. As. (fundamentalmente del sector ganadero), entre los que se incluyen las capas populares, adictas al federalismo. Instrumenta políticamente al Partido Federal para lograr un retorno a la unidad en la pcia. Contra la conspiración unitaria apela al Pacto Federal (1831), por el cual logra un principio de alianza entre Sta. Fe, Bs. As. y E. Ríos. Durante su primer gobierno, no logra la total recuperación económica y financiera, pero contiene el proceso de deterioro, reduciendo los gastos públicos y estabilizando la moneda. La campaña al desierto (1833-4) asegura las fronteras por largos años.

Según las circunstancias Rosas se acercará a un mayor o menor grado de proteccionismo, que no excederá, en ningún caso, según Julio Irazusta, a un "librecambismo mitigado". Rosas mantiene en todo momento la hegemonía porteña, que irá desplazando paulatinamente al doctrinarismo federal.

A partir de 1836, la enfiteusis —que afianza el régimen latifundista de tenencia de la tierra, manteniendo la hegemonía de los grandes hacendados— es reemplazada por la venta de tierras públicas. Ni esta medida ni la donación de tierras implica un cambio en el orden social.

Rosas sale victorioso del conflicto con Francia: logra conservar intacta la soberanía de la Argentina y su integridad territorial, defendiendo con éxito el principio de autodeterminación en el continente americano, pero manteniendo en sus aspectos esenciales la dependencia económica ya existente. Su política económica, netamente conservadora, lo-

pueblo encarnado en un hombre, que ha aspirado a tomar los aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas. Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo. Tirano sin rival hoy en la tierra, ¿por qué sus enemigos quieren disputarle el título de *Grande* que le prodigan sus cortesanos? Sí; grande y muy grande es, para gloria y vergüenza de su patria, porque si ha encontrado millares de seres degradados que se unzan a su carro para arrastrarlo por encima de cadáveres, también se hallan a millares, las almas generosas que, en quince años de lid sangrienta, no han desesperado de vencer al monstruo que nos propone el enigma de la organización política de la República. Un día vendrá, al fin, que lo resuelvan; y la Esfinge Argentina, mitad mujer, por lo cobarde, mitad tigre, por lo sanguinario, morirá a sus plantas, dando a la Tebas del Plata, el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo.

Necesítase, empero, para desatar este nudo que no ha podido cortar la espada, estudiar prolijamente las vueltas y revueltas de los hilos que lo forman, y buscar en los antecedentes nacionales, en la fisonomía del suelo, en las costumbres y tradiciones populares, los puntos en que están pegados.

La República Argentina es hoy la sección hispanoamericana que en sus manifestaciones exteriores ha llamado preferentemente la atención de las naciones europeas, que no pocas veces se han visto envueltas en sus extravíos, o atraídas, como por una vorágine, a acercarse al centro en que remolinean elementos tan contrarios. La Francia estuvo a punto de ceder a esta atracción, y no sin grandes esfuerzos de remo y vela, no sin perder el gobernalle, logró alejarse y mantenerse a la distancia. Sus más hábiles políticos no han alcanzado a comprender nada de lo que sus ojos han visto, al echar una mirada precipitada sobre el poder americano que desafiaba a la gran nación. Al ver las lavas ardientes que se revuelcan, se agitan, se chocan bramando en este gran foco de lucha intestina, los que por más avisados se tienen, han dicho: "Es un volcán subalterno, sin nombre, de los muchos que aparecen en la América: pronto se extinguirá"; y han vuelto a otra parte sus miradas, satisfechos de haber dado una solución tan fácil como exacta, de los fenómenos sociales que sólo han visto en grupo y superficialmente. A la América del Sur en general, y a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville,[6] que, premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar

gra no obstante duplicar el valor de las exportaciones pecuarias del país hacia mediados de siglo (con respecto a las de la época colonial). Derrotado por Urquiza en 1853, se refugia en Inglaterra.

[6]El pensamiento del francés Alexis C. E. Tocqueville influyó en la denominada generación del 37 y aun antes, ya que Bernardino Rivadavia traduce parte de *La democracia en América* durante su destierro. Especial gravitación tuvo en Sarmiento, quien lo cita a menudo.

en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser, que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos. Hubiérase, entonces, explicado el misterio de la lucha obstinada que despedaza a aquella República; hubiéranse clasificado distintamente los elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiérase asignado su parte a la configuración del terreno y a los hábitos que ella engendra; su parte a las tradiciones españolas y a la conciencia nacional, inicua, plebeya, que han dejado la Inquisición y el absolutismo hispano; su parte a la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte a la barbarie indígena; su parte a la civilización europea; su parte, en fin, a la democracia consagrada por la revolución de 1810, a la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad. Este estudio que nosotros no estamos aún en estado de hacer por nuestra falta de instrucción filosófica e histórica, hecho por observadores competentes, habría revelado a los ojos atónitos de la Europa, un mundo nuevo en política, una lucha ingenua, franca y primitiva entre los últimos progresos del espíritu humano y los rudimentos de la vida salvaje, entre las ciudades populosas y los bosques sombríos. Entonces se habría podido aclarar un poco el problema de la España, esa rezagada a la Europa, que, echada entre el Mediterráneo y el Océano, entre la Edad Media y el siglo XIX, unida a la Europa culta por un ancho itsmo y separada del Africa bárbara por un angosto estrecho, está balanceándose entre dos fuerzas opuestas, ya levantándose en la balanza de los pueblos libres, ya cayendo en la de los despotizados; ya impía, ya fanática; ora constitucionalista declarada, ora despótica impudente; maldiciendo sus cadenas rotas a veces, ya cruzando los brazos, y pidiendo a gritos que le impongan el yugo, que parece ser su condición y su modo de existir. ¡Qué! ¿El problema de la España europea, no podría resolverse examinando minuciosamente la España americana, como por la educación y hábitos de los hijos se rastrean las ideas y la moralidad de los padres? ¡Qué! ¿No significa nada para la historia y la filosofía, esta eterna lucha de los pueblos hispanoamericanos, esa falta supina de capacidad política e industrial que los tiene inquietos y revolviéndose sin norte fijo, sin objeto preciso, sin que sepan por qué no pueden conseguir un día de reposo, ni qué mano enemiga los echa y empuja en el torbellino fatal que los arrastra, mal de su grado y sin que les sea dado sustraerse a su maléfica influencia? ¿No valía la pena de saber por qué en el Paraguay, tierra desmontada por la mano *sabia* del jesuitismo, un *sabio*[7] educado en las aulas de la antigua Universidad de Córdoba, abre una nueva página en la historia de las aberra-

[7]El Dr. Gaspar Rodríguez de Francia gobernó el Paraguay con mano férrea durante 26 años (1814-1840). Apoyándose en las masas campesinas, aplastó a la oligarquía paraguaya, lo que permitió la concentración de los resortes económicos fundamentales en manos del Estado: un Estado omnipotente y paternalista, que suprimió las libertades públicas. Impidió, en cambio, la penetración del capital extranjero, tendiendo a un desarro-

ciones del espíritu humano, encierra a un pueblo en sus límites de bosques primitivos, y, borrando las sendas que conducen a esta China recóndita, se oculta y esconde durante treinta años su presa, en las profundidades del continente americano, y sin dejarla lanzar un solo grito, hasta que muerto, él mismo, por la edad y la quieta fatiga de estar inmóvil pisando un pueblo sumiso, éste puede al fin, con voz extenuada y apenas inteligible, decir a los que vagan por sus inmediaciones: ¡vivo aún!, ¡pero cuánto he sufrido!, *¡quantum mutatus ab illo!* ¡Qué transformación ha sufrido el Paraguay; qué cardenales y llagas ha dejado el yugo sobre su cuello, que no oponía resistencia! ¿No merece estudio el espectáculo de la República Argentina, que, después de veinte años de convulsión interna, de ensayos de organización de todo género, produce, al fin, del fondo de sus entrañas, de lo íntimo de su corazón, al mismo doctor Francia en la persona de Rosas, pero más grande, más desenvuelto y más hostil, si se puede, a las ideas, costumbres y civilización de los pueblos europeos? ¿No se descubre en él, el mismo rencor contra el elemento extranjero, la misma idea de la autoridad del Gobierno, la misma insolencia para desafiar la reprobación del mundo, con más, su originalidad salvaje, su carácter fríamente feroz y su voluntad incontrastable, hasta el sacrificio de la patria, como Sagunto y Numancia; hasta abjurar el porvenir y el rango de nación culta, como la España de Felipe II y de Torquemada? ¿Es éste un capricho accidental, una desviación mecánica causada por la aparición de la escena, de un genio poderoso; bien así como los planetas se salen de su órbita regular, atraídos por la aproximación de algún otro, pero sin sustraerse del todo a la atracción de su centro de rotación, que luego asume la preponderancia y les hace entrar en la carrera ordinaria? M. Guizot[8] ha dicho desde la tribuna francesa: "Hay en América dos partidos: el partido europeo y el partido americano; éste es el más fuerte"; y cuando le avisan que los franceses han tomado las armas en Montevideo y han asociado su porvenir, su vida y su bienestar al triunfo del partido europeo civilizado, se contenta con añadir: "Los franceses son muy entrometidos, y comprometen a su nación con los demás gobiernos". ¡Bendito sea Dios! M. Guizot, el historiador de la *civilización* europea, el que ha deslindado los elementos nuevos que modificaron la civilización romana y que ha penetrado en el enmarañado laberinto de la Edad Media, para mostrar cómo la nación

llo económico autónomo. Durante su gobierno, Francia nacionalizó la propiedad rural y fabril y el comercio. La riqueza pecuaria se multiplicó y los cultivos se diversificaron, llegándose al autoabastecimiento agrario e industrial. La renta paraguaya se cuadruplicó, sin que se contrajeran deudas con el exterior. Se erradicaron el analfabetismo y la desocupación. El precio de esta experiencia autárquica fue el aislamiento del pueblo paraguayo.

[8]A pesar de la presión de Thiers y otros opositores, François Guizot, autor de *Historia de la civilización de Europa* y *Revolución de Inglaterra*, entre otras obras, por entonces primer ministro de Francia, mantiene una actitud moderada frente a los sucesos del Río de la Plata, negándose a intervenir si Rosas respeta los términos del tratado celebrado en 1840 (Mackau-Arana). En 1843, Pichón, el cónsul francés de Montevideo, se opone a que los franceses residentes en esa ciudad constituyan una "legión francesa" de apoyo a Rivera y Guizot ordena que la misma se disuelva. Sarmiento deja en *Viajes* el testimonio de su entrevista con Guizot en 1847.

francesa ha sido el crisol en que se ha estado elaborando, mezclando y refundiendo el espíritu moderno; M. Guizot, ministro del rey de Francia, da por toda solución a esta manifestación de simpatías profundas entre los franceses y los enemigos de Rosas: "¡Son muy entrometidos los franceses!" Los otros pueblos americanos, que, indiferentes e impasibles, miran esta lucha y estas alianzas de un partido argentino con todo elemento europeo que venga a prestarle su apoyo, exclaman a su vez llenos de indignación: "¡Estos argentinos son muy amigos de los europeos!" Y el tirano de la República Argentina se encarga oficiosamente de completarles la frase, añadiendo: "¡Traidores a la causa americana!" ¡Cierto!, dicen todos; ¡traidores!, ésta es la palabra. ¡Cierto!, decimos nosotros; ¡traidores a la causa americana, española, absolutista, bárbara! ¿No habéis oído la palabra *salvaje,* que anda revoloteando sobre nuestras cabezas?

De eso se trata: de ser o no ser *salvaje.* ¿Rosas, según esto, no es un hecho aislado, una aberración, una monstruosidad? ¿Es, por el contrario, una manifestación social; es una fórmula de una manera de ser de un pueblo? ¿Para qué os obstináis en combatirlo, pues, si es fatal, forzoso, natural y lógico? ¡Dios mío! ¡Para qué lo combatís!... ¿Acaso porque la empresa es ardua, es por eso absurda? ¿Acaso porque el mal principio triunfa, se le ha de abandonar resignadamente el terreno? ¿Acaso la civilización y la libertad son débiles hoy en el mundo, porque la Italia gima bajo el peso de todos los despotismos, porque la Polonia ande errante sobre la tierra mendigando un poco de pan y un poco de libertad? ¡Por qué lo combatís!... ¿Acaso no estamos vivos los que después de tantos desastres sobrevivimos aún; o hemos perdido nuestra conciencia de lo justo y del porvenir de la patria, porque hemos perdido algunas batallas? ¡Qué!, ¿se quedan también las ideas entre los despojos de los combates? ¿Somos dueños de hacer otra cosa que lo que hacemos, ni más ni menos como Rosas no puede dejar de ser lo que es? ¿No hay nada de providencial en estas luchas de los pueblos? ¿Concediósе jamás el triunfo a quien no sabe perseverar? Por otra parte, ¿hemos de abandonar un suelo de los más privilegiados de la América a las devastaciones de la barbarie, mantener cien ríos navegables,[9] abandonados a las aves acuáticas que están en quieta posesión de surcarlos ellas solas *ab initio?*

[9]La libre navegación de los ríos de la cuenca del Plata fue sostenida por los integrantes de la generación del 37 (Echeverría, Alberdi, Sarmiento). Los unitarios emigrados en Montevideo también hicieron de ella una de sus banderas políticas: Florencio Varela le dedica numerosos artículos en el *Comercio del Plata.* Sarmiento pondrá como acápite de su obra dedicada a Justo J. de Urquiza, *Argirópolis* (1850), las palabras "navegación, inmigración". La libre navegación de los ríos fue reclamada por las provincias litorales (Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes), por el Paraguay y por Francia e Inglaterra. Rosas sostuvo siempre la limitación del comercio exterior al puerto de Buenos Aires y durante el conflicto armado con Francia e Inglaterra se negó sistemáticamente a considerar propuestas de paz que no reconocieran al Paraná y al Uruguay como ríos interiores a la Confederación Argentina.

El conflicto respondía a diferentes intereses en pugna. Francia e Inglaterra veían en los ríos de la cuenca del Plata una vía barata para llegar con sus mercancías al interior del territorio, ganando mercados prácticamente vírgenes. La exigencia de este derecho parecía olvidar que en Europa la libre navegación de los ríos interiores para buques de

¿Hemos de cerrar voluntariamente la puerta a la inmigración europea[10] que llama con golpes repetidos para poblar nuestros desiertos, y hacernos, a la sombra de nuestro pabellón, pueblo innumerable como las arenas del mar? ¿Hemos de dejar, ilusorios y vanos, los sueños de desenvolvimiento, de poder y de gloria, con que nos han mecido desde la infancia, los pronósticos que con envidia nos dirigen los que en Europa estudian las necesidades de la humanidad? Después de la Europa, ¿hay otro mundo cristiano civilizable y desierto que la América? ¿Hay en la América muchos pueblos que estén, como el argentino, llamados, por lo pronto, a recibir la población europea que desborda como el líquido en un vaso? ¿No queréis, en fin, que vayamos a invocar la ciencia y la industria en nuestro auxilio, a llamarlas con todas nuestras fuerzas, para que vengan a sentarse en medio de nosotros, libre la una de toda traba puesta al pensamiento, segura la otra de toda violencia y de toda coacción? ¡Oh! ¡Este porvenir no se renuncia así no más! No se renuncia porque un ejército de 20.000 hombres guarde la entrada de la patria: los soldados mueren en los combates, desertan o cambian de bandera. No se renuncia porque la fortuna haya favorecido a un tirano durante largos y pesados años: la fortuna es ciega, y un día que no acierte a encontrar a su favorito, entre el humo denso y la polvareda sofocante de los combates, ¡adiós tirano!; ¡adiós tiranía! No se renuncia porque todas las brutales e ignorantes tradiciones coloniales hayan podido más, en un momento de extravío, en el ánimo de masas inexpertas: las convulsiones políticas traen también la experiencia y la luz, y es ley de la humanidad que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfen al fin, de las tradiciones envejecidas, de los hábitos ignorantes y de las preocupaciones estacionarias. No se renuncia porque en un pueblo haya millares de hombres candorosos que toman el bien por el mal, egoístas que sacan de él su provecho, indiferentes que lo ven sin interesarse, tímidos que no se atreven a combatirlo,

todas las banderas apenas comenzó a concretarse a mediados del siglo XIX (Escalda, 1839; Elba, 1844, y Danubio, 1856). Diferente era la situación para Paraguay y las provincias litorales. El Paraguay, concluido el aislamiento impuesto por Rodríguez de Francia, necesita la libre navegación del Paraná para lograr un acceso al Atlántico. Desde 1845, el presidente Carlos Antonio López reclama a Rosas el reconocimiento de su independencia y la libre navegación. La negativa de Rosas lo lleva a aliarse con Corrientes contra el gobierno de Buenos Aires el 11 de noviembre de 1845. Entre las provincias litorales fue Corrientes la que, desde 1830, encabeza el reclamo de la libre navegación junto con la protección para ciertos productos nacionales. Evidentemente, el monopolio porteño del comercio exterior marcó la dependencia de esas provincias a la de Buenos Aires.

[10]También fue bandera política de la generación del 37 la necesidad de aumentar la escasa población del país recurriendo a la inmigración de europeos. Echeverría la postula en el *Dogma socialista,* Juan B. Alberdi hará famosa su frase "Gobernar es poblar" y Sarmiento dedicará buen número de páginas a esta cuestión, que se relaciona directamente con su ideología respecto de las características que atribuye a la población de la Argentina de entonces (desprecio del gaucho, rechazo racial del indio, influencia negativa del español). Las esperanzas de progreso que pone en la inmigración —especialmente de sajones— tanto en el *Facundo* como en *Campaña en el Ejército Grande* o *Argirópolis,* así como en múltiples artículos periodísticos, se diluyen hacia el final de su vida, como lo demuestran sus artículos reunidos en *Conflictos y armonías de las razas en América,* cuando el país ha recibido ya un caudaloso aporte inmigratorio.

corrompidos, en fin, que no conociéndolo se entregan a él por inclinación al mal, por depravación: siempre ha habido en los pueblos todo esto, y nunca el mal ha triunfado definitivamente. No se renuncia porque los demás pueblos americanos no puedan prestarnos su ayuda; porque los gobiernos no ven de lejos sino el brillo del poder organizado, y no distinguen en la obscuridad humilde y desamparada de las revoluciones, los elementos grandes que están forcejeando por desenvolverse; porque la oposición pretendida liberal abjure de sus principios, imponga silencio a su conciencia, y por aplastar bajo su pie un insecto que la importuna, huelle la noble planta a que ese insecto se apegaba. No se renuncia porque los pueblos en masa nos den la espalda a causa de que nuestras miserias y nuestras grandezas están demasiado lejos de su vista para que alcancen a conmoverlos. ¡No!; no se renuncia a un porvenir tan inmenso, a una misión tan elevada, por ese cúmulo de contradicciones y dificultades: ¡las dificultades se vencen, las contradicciones se acaban a fuerza de contradecirlas!

Desde Chile, nosotros nada podemos dar *a los que perseveran* en la lucha bajo todos los rigores de las privaciones, y con la cuchilla exterminadora, que, como la espada de Damocles, pende a todas horas sobre sus cabezas. ¡Nada!, excepto ideas, excepto consuelos, excepto estímulos; arma ninguna no es dado llevar a los combatientes, si no es la que la *prensa libre* de Chile suministra a todos los hombres libres. ¡La prensa!, ¡la prensa![11] He aquí, tirano, el enemigo que sofocaste entre nosotros. He aquí el vellocino de oro que tratamos de conquistar. He aquí cómo la prensa de Francia, Inglaterra, Brasil, Montevideo, Chile y Corrientes, va a turbar tu sueño en medio del silencio sepulcral de tus víctimas; he aquí que te has visto compelido a robar el don de lenguas[12] para paliar el mal, don que sólo fue dado para predicar

[11]Desde su primer gobierno Rosas ejerció un firme control de la prensa porteña. A comienzos de 1832, la clausura de *El Clasificador o El Nuevo Tribuno* y *El Cometa Argentino,* tímidamente opositores, y el decreto sobre obligatoriedad de permiso para la edición de periódicos dieron el tono de la política oficial en esta materia. A partir de 1835, el ya escaso número de periódicos porteños se reduce prácticamente a cuatro: la oficiosa *Gaceta Mercantil*, el oficial *Archivo Americano. El Diario de la Tarde* y *The British Packet,* semanario destinado a la colectividad inglesa, sobre todo a los sectores comerciales. El periodismo militante se refugió en el exterior, especialmente en los países limítrofes. En una primera etapa, Uruguay será la tribuna de la prensa unitaria. Voceros de las ideas de la generación del 37 serán *El Iniciador* (1838), que publicó el *Dogma socialista* de Echeverría, *El Nacional* (segunda época), aparecido en 1838 y dirigido en sus comienzos por Andrés Lamas y Miguel Cané —también directores del mencionado más arriba—, al que se incorpora más tarde Juan B. Alberdi. Este último y Cané fundan en 1839 la *Revista del Plata.* En el año de publicación del *Facundo* aparece uno de los diarios más importantes por su calidad de la prensa de esta época: el *Comercio del Plata,* de Florencio Varela (1º de octubre de 1845). Sarmiento fundará el primer diario de Santiago, *El Progreso*, y hará de *El Mercurio* el principal exponente de la oposición a Rosas, seguido por *El Nacional, El Heraldo Argentino, La Tribuna, la Revista de Valparaíso, Sud América,* etcétera, que contaron con las plumas de Vicente F. López, Juan B. Alberdi, Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez, entre muchos otros.

[12]Sarmiento alude al *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, periódico oficial destinado a generar o consolidar el apoyo a Rosas en el extranjero. Se publicó entre 1843 y 1851. Su redactor fue Pedro de Angelis, bajo la supervisión directa de

el bien. He aquí que desciendes a justificarte, y que vas por todos los pueblos europeos y americanos mendigando una pluma venal y fratricida, para que por medio de la prensa defienda al que la ha encadenado! ¿Por qué no permites en tu patria, la discusión que mantienes en todos los otros pueblos? ¿Para qué, pues, tantos millares de víctimas sacrificadas por el puñal; para qué tantas batallas, si al cabo habías de concluir por la pacífica discusión de la prensa?

El que haya leído las páginas que preceden, creerá que es mi ánimo trazar un cuadro apasionado de los actos de barbarie que han deshonrado el nombre de don Juan Manuel de Rosas. Que se tranquilicen los que abriguen este temor. Aún no se ha formado la última página de esta biografía inmoral; aún no está llena la medida; los días de su héroe no han sido contados aún. Por otra parte, las pasiones que subleva entre sus enemigos son demasiado rencorosas aún, para que pudieran ellos mismos poner fe en su imparcialidad o en su justicia. Es de otro personaje de quien debo ocuparme: Facundo Quiroga es el caudillo cuyos hechos quiero consignar en el papel.

Diez años ha que la tierra pesa sobre sus cenizas, y muy cruel y emponzoñada debiera mostrarse la calumnia que fuera a cavar los sepulcros en busca de víctimas. ¿Quién lanzó la bala *oficial*[13] que detuvo su carrera? ¿Partió de Buenos Aires o de Córdoba?[14] La historia explicará este arcano. Facundo Quiroga, empero, es el tipo más ingenuo del carácter de la guerra civil de la República Argentina; es la figura más americana que la revolución presenta. Facundo Quiroga enlaza y eslabona todos los elementos de desorden que hasta antes de su aparición estaban agitándose aisladamente en cada provincia; él hace de la guerra local, la guerra nacional, argentina, y presenta triunfante, al fin de diez años de trabajos, de devastaciones y de combates, el resultado de que sólo supo aprovecharse el que lo asesinó.

He creído explicar la revolución argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular.

Rosas. Tenía alrededor de 200 páginas y se editaba en lengua española, inglesa y francesa. No había habido hasta entonces en Buenos Aires una empresa periodística de tal envergadura. Sus artículos en defensa de la independencia americana y de la navegación de los ríos interiores, así como la hábil imagen del gobierno rosista presentada al extranjero, especialmente en momentos de la intervención anglofrancesa en el Plata, cosechó numerosos defensores del régimen en América y en Europa.

[13]Sarmiento y muchos otros opositores, de entonces y posteriores, vieron en Rosas al instigador del asesinato de Facundo Quiroga. Esta tesis es hoy desestimada por completo.

[14]Reinafé, gobernador de Córdoba, organizó la muerte de Quiroga y por tal causa fue juzgado.

He evocado, pues, mis recuerdos, y buscado para completarlos, los detalles que han podido suministrarme hombres que lo conocieron en su infancia, que fueron sus partidarios o sus enemigos, que han visto con sus ojos unos hechos, oído otros, y tenido conocimiento exacto de una época o de una situación particular. Aún espero más datos de los que poseo, que ya son numerosos. Si algunas inexactitudes se me escapan, ruego a los que las adviertan que me las comuniquen; porque en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina,[15] tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno, a lo cual creo necesario consagrar una seria atención, porque sin esto, la vida y hechos de Facundo Quiroga son vulgaridades que no merecerían entrar, sino episódicamente, en el dominio de la historia. Pero Facundo, en relación con la fisonomía de la naturaleza grandiosamente salvaje que prevalece en la inmensa extensión de la República Argentina; Facundo, expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos; Facundo, en fin, siendo lo que fue, no por un accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y ajenos de su voluntad, es el personaje histórico más singular, más notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social, no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia. Alejandro es la pintura, el reflejo de la Grecia guerrera, literaria, política y artística; de la Grecia escéptica, filosófica y emprendedora, que se derrama por sobre el Asia, para extender la esfera de su acción civilizadora.

Por esto nos es necesario detenernos en los detalles de la vida interior del pueblo argentino, para comprender su ideal, su personificación.

Sin estos antecedentes, nadie comprenderá a Facundo Quiroga, como nadie, a mi juicio, ha comprendido, todavía, al inmortal Bolívar,[16] por la incompetencia de los biógrafos que han trazado el cuadro de su vida. En la *Enciclopedia Nueva* he leído un brillante trabajo sobre el general Bolívar, en el que se hace a aquel caudillo americano toda la justicia que merece por sus talentos y por su genio; pero en esta biografía, como en todas las otras

[15]Escribía Sarmiento en *El Mercurio* de 20 de marzo de 1842: "La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época y país dados, es el resumen de la historia contemporánea, iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres y hábitos nacionales, las ideas dominantes, las tendencias de la civilización, o la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad". Estas ideas, que pueden rastrearse aún antes de la fecha citada, provienen de la concepción hegeliana adaptada por Victor Cousin en su teoría del hombre representativo.

[16]Sarmiento comprende con justeza el carácter americano de Simón Bolívar y de su empresa libertadora. Hasta el final del capítulo destaca la peculiaridad en que se inscribe la acción bolivariana, si bien Sarmiento parece considerar presente aún la existencia de la Gran Colombia. Limita, en cambio, las cualidades de caudillo americano del general San Martín cuando escribe el *Facundo*, seguramente influido por el decidido apoyo que el prócer brinda a Juan Manuel de Rosas en cuanto defensor de la independencia americana ante la agresión de Francia e Inglaterra.

que de él se han escrito, he visto al general europeo, los mariscales del Imperio, un Napoleón menos colosal; pero no he visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas; veo el remedo de la Europa, y nada que me revele la América.

Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio. ¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja a cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Es que las preocupaciones clásicas europeas del escritor desfiguran al héroe, a quien quitan el *poncho*[17] para presentarlo desde el primer día con el frac, ni más ni menos como los litógrafos de Buenos Aires han pintado a Facundo con casaca de solapas, creyendo impropia su chaqueta, que nunca abandonó. Bien: han hecho un general, pero Facundo desaparece. La guerra de Bolívar pueden estudiarla en Francia en la de los *chouanes*: Bolívar es un Charette de más anchas dimensiones. Si los españoles hubieran penetrado en la Repúblca Argentina el año 11, acaso nuestro Bolívar habría sido Artigas,[18] si este caudillo hubiese sido tan pródigamente dotado por la naturaleza y la educación.

[17]Prenda de vestir de origen araucano. Muy adecuada para montar a caballo, pues permite cualquier tipo de movimiento, al par que protege del viento y de la lluvia y sirve de manta por las noches.

[18]Sarmiento se incluye entre los difusores de la "leyenda negra" sobre Artigas. La revalorización de su figura, iniciada por F. Bauzá y C. M. Ramírez, culmina en 1909 con el *Alegato histórico* de Eduardo Acevedo. José Gervasio de Artigas nació en Montevideo en 1764, en una familia perteneciente a la clase alta oriental. El negocio del cuero y el arreo de ganado en que ocupa sus años mozos, su actuación en el Cuerpo de Blandengues (1797-1811) —creado para perseguir el contrabando y el robo en la campaña uruguaya— le proporcionan cabal conocimiento de su tierra y un creciente prestigio entre gauchos, indios, peones y hacendados. Su contacto con el comisionado español F. de Azara (1800-1801) le brinda un caudal de ideas, evidentes en las soluciones económicas y sociales que propone en 1815. En 1811 se une a la causa revolucionaria: triunfa en Las Piedras, arrincona a los realistas en Colonia y Montevideo, cuyo sitio se inicia poco después al mando de Rondeau. El armisticio (7-X-1811) con el virrey Elío y el abandono del sitio llena de descontento al pueblo oriental, que sigue a Artigas en masa (Exodo Oriental) hasta el campamento en el Ayuí. Desde entonces aumentará la influencia de Artigas en el Litoral, así como las disensiones con el gobierno porteño. En el congreso general de su provincia, que reúne (5-IV-1813), precisa su ideario: soberanía popular, independencia, confederación, libertad civil y religiosa, libre circulación de productos entre las Provincias Unidas. El Protector de los Pueblos Libres, así se lo llama, va obteniendo el consenso en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Córdoba, perjudicadas por la hegemonía económica y política de Buenos Aires. El litoral es invadido repetidas veces. Artigas se muestra dispuesto siempre a la conciliación y a la unidad, pero basada en los principios de república y federación. En 1815 elabora el "Reglamento Provisorio para el Fomento de la Campaña y Seguridad de los Hacendados": propone la recuperación económica y el ordenamiento social de la campaña uruguaya con medidas que procuran el asentamiento rural, combatiendo el latifundio improductivo y efectivizando la subdivisión de la tierra con la entrega de tierras fiscales y de emigrados a los criollos pobres, viudas, indios y negros libres. Su aplicación provoca conflictos entre pobladores pobres y hacendados, lesionando la hegemonía de Artigas en la Banda Oriental. Se abre además un nuevo frente de lucha: connivencias secretas del gobierno porteño, unidas a la presión española, alientan una nueva invasión portuguesa, que ocupa Montevideo (20-I-1817). Se inician tres largos años de luchas contra el invasor portugués, en tanto Artigas procura la declaración de guerra de las Provincias Unidas, cuyo gobierno insiste en una política centralista a pesar del ideario

La manera de tratar la historia de Bolívar, de los escritores europeos y americanos, conviene a San Martín y a otros de su clase. San Martín no fue caudillo popular; era realmente un general. Habíase educado en Europa y llegó a América, donde el Gobierno era el revolucionario, y podía formar a sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo y dar batallas regulares, según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla, como la de Italia por Napoleón. Pero si San Martín hubiese tenido que encabezar *montoneras*, ser vencido aquí, para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa.

El drama de Bolívar se compone, pues, de otros elementos de los que hasta hoy conocemos: es preciso poner antes, las decoraciones y los trajes americanos, para mostrar en seguida el personaje. Bolívar es, todavía, un cuento forjado sobre datos ciertos: Bolívar, el verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que, cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún.

Razones de este género me han movido a dividir este precipitado trabajo en dos partes: la una, en que trazo el terreno, el paisaje, el teatro sobre que va a representarse la escena; la otra en que aparece el personaje, con su traje, sus ideas, su sistema de obrar; de manera que la primera esté ya revelando a la segunda, sin necesidad de comentarios ni explicaciones.

Señor don Valentín Alsina:[19]

CONSÁGROLE, mi caro amigo, estas páginas que vuelven a ver la luz pública, menos por lo que ellas valen, que por el conato de usted de amenguar con sus notas,[20] los muchos lunares que afeaban la primera edición. Ensayo

federal propugnado por muchas de ellas. El partido directorial triunfará finalmente. El Pacto del Litoral, firmado en 1820, resta a Artigas el apoyo de las devastadas provincias litorales, en momentos en que ha sido derrotado totalmente en Tacuarembó por los portugueses. Ramírez, su antiguo lugarteniente, lo derrota finalmente en agosto de 1820. Artigas se exilia en Paraguay, donde muere en 1850.

[19]La carta aparece en la segunda edición y en el t. VII de las *Obras*. En este último se titula "Carta-prólogo de la edición de 1851". Valentín Alsina (1802-1869) se inició en la política porteña apoyando al presidente Rivadavia, de quien fue secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Se había destacado ya por su actividad profesional como abogado: dio un curso sobre Derecho Natural y de Gentes en la Universidad de Buenos Aires y redactó el *Código Rural* de la provincia de Buenos Aires. Emigró a Montevideo con el ascenso de Rosas, a quien combate desde el periodismo uruguayo. Regresa a Buenos Aires luego de Caseros, convirtiéndose en figura principal del Partido Autonomista porteño. Es uno de los jefes de la revolución contra Urquiza el 11 de setiembre de 1852. El triunfo del autonomismo lo lleva al cargo de gobernador, que volverá a ocupar en 1857 hasta el nuevo enfrentamiento con el presidente de la Confederación en Cepeda (1859). Compañero de fórmula de Sarmiento, es vicepresidente de la República desde 1868 hasta su muerte.

[20]En Montevideo (1846), Valentín Alsina había prometido a Sarmiento la lista de los errores que había advertido en la primera edición del *Facundo*. Las notas fueron publicadas en 1901 por vez primera en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* dirigida por Estanislao Zeballos (t. X y XI). Véase Apéndice.

y revelación, para mí mismo, de mis ideas, el *Facundo* adoleció de los defectos de todo fruto de la inspiración del momento, sin el auxilio de documentos a la mano, y ejecutada no bien era concebida, lejos del teatro de los sucesos y con propósitos de acción inmediata y militante. Tal como él era, mi pobre librejo ha tenido la fortuna de hallar en aquella tierra, cerrada a la verdad y a la discusión, lectores apasionados, y de mano en mano, deslizándose furtivamente, guardado en algún secreto escondite, para hacer alto en sus peregrinaciones, emprender largos viajes, y ejemplares por centenas llegar, ajados y despachurrados de puro leídos, hasta Buenos Aires, a las oficinas del pobre tirano,[21] a los campamentos del soldado y a la cabaña del gaucho, hasta hacerse él mismo, en las hablillas populares, un mito como su héroe.

He usado con parsimonia de sus preciosas notas, guardando las más substanciales para tiempos mejores y más meditados trabajos, temeroso de que por retocar obra tan informe, desapareciese su fisonomía primitiva y la lozana y voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción.

Este libro, como tantos otros que la lucha de la libertad ha hecho nacer, irá bien pronto a confundirse en el fárrago inmenso de materiales, de cuyo caos discordante saldrá un día, depurada de todo resabio, la historia de nuestra patria, el drama más fecundo en lecciones, más rico en peripecias y más vivaz que la dura y penosa transformación americana ha presentado. ¡Feliz yo, si, como lo deseo, puedo un día consagrarme con éxito a tarea tan grande! Echaría al fuego, entonces, de buena gana, cuantas páginas precipitadas he dejado escapar en el combate en que usted y tantos otros valientes escritores han cogido los más frescos laureles, hiriendo de más cerca, y con armas mejor templadas, al poderoso tirano de nuestra patria.

He suprimido[22] la introducción como inútil, y los dos capítulos últimos como ociosos hoy, recordando una indicación de usted, en 1846, en Monte-

[21]"Sarmiento se valió de algunas personas que de Chile venían a la República Argentina para hacer circular su *Facundo;* y él mismo me ha referido que Rozas, recorriendo un ejemplar, les declara a sus íntimos: 'Pero, señores, a ustedes les consta cómo ha pasado esto: es una impostura de Sarmiento'. Y lo tengo de allegados de Rozas que, como alguno no le diese al libro mayor importancia, Rozas habíale respondido de mal talante: 'El libro del loco Sarmiento es de lo mejor que se ha escrito contra mí: así es como se ataca, señor; así es como se ataca: ya verá usted cómo nadie me defiende tan bien, señor' ". (Saldías. Adonfo, *Historia de la Confederación Argentina,* Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1973, 2ª ed. v. III, pág. 193).

[22]Las modificaciones textuales tanto como la publicación del *Facundo* respondieron siempre a razones políticas, salvo, por supuesto, las correcciones de vocabulario, errores, erratas. Sarmiento afirma en la primera edición que si su obra concluyera con la muerte de Quiroga, criterio que ahora dice adoptar por consejo de Alsina —consejo que, por otra parte, siguió según su gusto como vemos al comparar las objeciones del amigo y las atendidas por Sarmiento—, la obra quedaría trunca. La segunda edición aparece cuando se busca la unión entre los contrarios a Rosas en la figura de Urquiza, olvidando los resentimientos entre unitarios y federales. Este hecho explica las supresiones señaladas por Sarmiento. Del mismo modo, la tercera edición (1868) se edita en momentos en que Sarmiento es candidato a la presidencia y Alsina, su compañero de fórmula, jefe del Partido Autonomista. En la parte suprimida Sarmiento sostenía la capitalización de Buenos Aires, idea que ya no comparte. Este cambio hace posible que dicho partido lo proclame como candidato, ya que los autonomistas eran enemigos acérrimos de la federalización de su ciudad.

video, en que me insinuaba que el libro estaba terminado en la muerte de Quiroga.

Tengo una ambición literaria, mi caro amigo, y a satisfacerla consagro muchas vigilias, investigaciones prolijas y estudios meditados. Facundo murió corporalmente en Barranca-Yaco; pero su nombre en la Historia podía escaparse y sobrevivir algunos años, sin castigo ejemplar como era merecido. La justicia de la Historia ha caído, ya, sobre él, y el reposo de su tumba, guárdanlo la supresión de su nombre y el desprecio de los pueblos. Sería agraviar a la Historia escribir la vida de Rosas,[23] y humillar a nuestra patria, recordarla, después de rehabilitada, las degradaciones por que ha pasado. Pero hay otros pueblos y otros hombres que no deben quedar sin humillación y sin ser aleccionados. ¡Oh! La Francia, tan justamente erguida por su suficiencia en las ciencias históricas, políticas y sociales; la Inglaterra, tan contemplativa de sus intereses comerciales; aquellos políticos de todos los países, aquellos escritores que se precian de entendidos, si un pobre narrador americano se presentase ante ellos como un libro, para mostrarles, como Dios muestra las cosas que llamamos evidentes, que se han prosternado ante un fantasma, que han contemporizado con una sombra impotente, que han acatado un montón de basura, llamando a la estupidez, energía; a la ceguedad, talento; virtud a la crápula e intriga, y diplomacia a los más groseros ardides; si pudiera hacerse esto, como es posible hacerlo, con unción en las palabras, con intachable imparcialidad en la justipreciación de los hechos, con exposición lucida y animada, con elevación de sentimientos y con conocimiento profundo de los intereses de los pueblos y presentimiento, fundado en deducción lógica, de los bienes que sofocaron con sus errores y de los males que desarrollaron en nuestro país e hicieron desbordar sobre otros... ¿no siente usted que el que tal hiciera podría presentarse en Europa con su libro en la mano, y decir a la Francia y a la Inglaterra, a la Monarquía y a la República, a Palmerston y a Guizot, a Luis Felipe y a Luis Napoleón, al *Times* y a la *Presse*:[24] "¡Leed, miserables, y humillaos. ¡He ahí vuestro hombre!", y hacer efectivo aquel *ecce homo,* tan mal señalado por los poderosos, al desprecio y al asco de los pueblos!

La historia de la tiranía de Rosas es la más solemne, la más sublime y la más triste página de la especie humana, tanto para los pueblos que de ella han sido víctimas, como para las naciones, gobiernos y políticos europeos o americanos que han sido actores en el drama o testigos interesados.

[23]Afirma sin embargo en la *Campaña en el Ejército Grande:* "Para mí no hay más que una época histórica que me conmueva, afecte e interese, y es la de Rosas. Este será mi estudio único, en adelante, como fue combatirlo mi solo estimulante al trabajo, mi solo sostén en los días malos. Si alguna vez hubiera querido suicidarme, esta sola consideración me hubiera detenido, como a las madres, que se conservan para sus hijos..." (ob. cit., págs. 71/72).

[24]Alude a quienes propiciaron una política moderada en la intervención anglofrancesa entre 1844 y 1850 en los asuntos del Río de la Plata. Lord Palmerston, a través del diario de su propiedad, *The Morning Chronicle,* apoyó al gobierno de Rosas; por su parte *Le Courrier du Havre,* pero sobre todo *La Presse* dirigada por Emile de Girardin, cumplieron igual papel en Francia.

Los hechos están ahí consignados, clasificados, probados, documentados; fáltales, empero, el hilo que ha de ligarlos en un solo hecho, el soplo de vida que ha de hacerlos enderezarse todos a un tiempo a la vista del espectador y convertirlos en cuadro vivo, con primeros planos palpables y lontananzas necesarias; fáltale el colorido que dan el paisaje, los rayos del sol de la patria; fáltale la evidencia que trae la estadística, que cuenta las cifras, que impone silencio a los fraseadores presuntuosos y hace enmudecer a los poderosos impudentes. Fáltame, para intentarlo, interrogar el suelo y visitar los lugares de la escena, oír las revelaciones de los cómplices, las deposiciones de las víctimas, los recuerdos de los ancianos, las doloridas narraciones de las madres, que ven con el corazón; fáltame escuchar el eco confuso del pueblo, que ha visto y no ha comprendido, que ha sido verdugo y víctima, testigo y actor; falta la madurez del hecho cumplido y el paso de una época a otra, el cambio de los destinos de la nación, para volver, con fruto, los ojos hacia atrás, haciendo de la historia, ejemplo y no venganza.

Imagínese usted, mi caro amigo, si codiciando para mí este tesoro, prestaré grande atención a los defectos e inexactitudes de la vida de Juan Facundo Quiroga ni de nada de cuanto he abandonado a la publicidad. Hay una justicia ejemplar que hacer y una gloria que adquirir como escritor argentino: fustigar al mundo y humillar la soberbia de los grandes de la tierra, llámense sabios o gobiernos. Si fuera rico, fundara un premio Monthion para aquel que lo consiguiera.

Envíole, pues, el *Facundo* sin otras atenuaciones, y hágalo que continúe la obra de rehabilitación de lo justo y de lo digno que tuvo en mira al principio. Tenemos lo que Dios concede a los que sufren: años por delante y esperanzas; tengo yo un átomo de lo que a usted y a Rosas, a la virtud y al crimen, concede a veces: perseverancia. Perseveremos, amigo: muramos, usted ahí, yo acá; pero que ningún acto, ninguna palabra nuestra revele que tenemos la conciencia de nuestra debilidad y de que nos amenazan para hoy o para mañana, tribulaciones y peligros.

Queda de usted su afectísimo amigo

DOMINGO F. SARMIENTO

Yungay, 7 de abril de 1851.

CAPITULO I

ASPECTO FISICO DE LA REPUBLICA ARGENTINA Y CARACTERES, HABITOS E IDEAS QUE ENGENDRA

L'étendue des Pampas est si prodigieuse, qu'au nord elles sont bornées par des bosquets de palmiers, et au midi par des neiges éternelles.

HEAD[1]

EL CONTINENTE americano termina al sur en una punta, en cuya extremidad se forma el Estrecho de Magallanes. Al oeste, y a corta distancia del Pacífico, se extienden, paralelos a la costa, los Andes chilenos. La tierra que queda al oriente de aquella cadena de montañas y al occidente del Atlántico, siguiendo el Río de la Plata hacia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Río de la Plata,[2] y en el que aún se derrama sangre por denominarlo República Argentina o Confederación Argentina. Al norte están el Paraguay, el Gran Chaco y Bolivia, sus límites presuntos.

La inmensa extensión de país que está en sus extremos, es enteramente despoblada,[3] y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión:[4] el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte, acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas, y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación, reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el sur, al más ligero susurro del viento que agita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede, de un momento a otro, sorprenderla desapercibida. Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo obscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo,

a las orejas de algún caballo que está inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hacia atrás. Entonces continúa la conversación interrumpida, o lleva a la boca el tasajo de carne,[5] medio sollamado, de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente es las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter argentino, cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra, y puede, quizá, explicar en parte, la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas.

La parte habitada de este país privilegiado en dones, y que encierra todos los climas, puede dividirse en tres fisonomías distintas, que imprimen a la población condiciones diversas, según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que la rodea. Al norte, confundiéndose con el Chaco, un espeso bosque cubre, con su impenetrable ramaje, extensiones que llamaríamos inauditas, si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno, la pampa y la selva; domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos; preséntase de nuevo la selva, a merced de algún río que la favorece, hasta que, al fin, al sur, triunfa la pampa y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable; es la imagen del mar en la tierra, la tierra como en el mapa; la tierra aguardando todavía que se la mande producir las plantas y toda clase de simiente.

Pudiera señalarse, como un rasgo notable de la fisonomía de este país, la aglomeración de ríos navegables que al este se dan cita de todos los rumbos del horizonte, para reunirse en el Plata[6] y presentar, dignamente, su estupendo tributo al océano, que lo recibe en sus flancos, no sin muestras visibles de turbación y de respeto. Pero estos inmensos canales excavados por la solícita mano de la naturaleza, no introducen cambio ninguno en las costumbres nacionales. El hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país, detesta la navegación, y se considera como aprisionado en los estrechos límites del bote o de la lancha. Cuando un gran río le ataja el paso, se desnuda tranquilamente, apresta su caballo y lo endilga nadando a algún islote que se divisa a lo lejos; arribado a él, descansan caballo y caballero, y de islote en islote se completa, al fin, la travesía.

De este modo, el favor más grande que la Providencia depara a un pueblo, el gaucho argentino[7] lo desdeña, viendo en él, más bien, un obstáculo opuesto a sus movimientos, que el medio más poderoso de facilitarlos: de este modo, la fuente del engrandecimiento de las naciones, lo que hizo la celebridad remotísima del Egipto, lo que engrandeció a la Holanda y es la causa del rápido desenvolvimiento de Norteamérica, la navegación de los

ríos o la canalización, es un elemento muerto, inexplotado por el habitante de las márgenes del Bermejo, Pilcomayo, Paraná, Paraguay y Uruguay. Desde el Plata, remontan aguas arriba algunas navecillas tripuladas por italianos y carcamanes;[8] pero el movimiento sube unas cuantas leguas y cesa casi de todo punto. No fue dado a los españoles el instinto de la navegación, que poseen en tan alto grado los sajones del norte. Otro espíritu se necesita que agite esas arterias, en que hoy se estancan los fluidos vivificantes de una nación. De todos estos ríos que debieran llevar la civilización, el poder y la riqueza, hasta las profundidades más recónditas del continente y hacer de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Salta, Tucumán y Jujuy, otros tantos pueblos nadando en riquezas y rebosando población y cultura, sólo uno hay que es fecundo en beneficio para los que moran en sus riberas: el Plata, que los resume a todos juntos.

En su embocadura están situadas dos ciudades: Montevideo y Buenos Aires, cosechando hoy, alternativamente, las ventajas de su envidiable posición. Buenos Aires está llamada a ser, un día, la ciudad más gigantesca de ambas Américas. Bajo un clima benigno, señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio, y con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos, fuera ya la Babilonia americana, si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella y si no ahogase en sus fuentes, el tributo de riqueza que los ríos y las provincias tienen que llevarle siempre. Ella sola, en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio extranjero; ella sola tiene poder y rentas.[9] En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea: una política estúpida y colonial se hizo sorda a estos clamores. Pero las provincias se vengaron mandándole en Rosas, mucho y demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba.

Harto caro la han pagado los que decían: "La República Argentina acaba en el Arroyo del Medio".[10] Ahora llega desde los Andes hasta el mar: la barbarie y la violencia bajaron a Buenos Aires, más allá del nivel de las provincias. No hay que quejarse de Buenos Aires, que es grande y lo será más, porque así le cupo en suerte. Debiéramos quejarnos, antes, de la Providencia, y pedirle que rectifique la configuración de la tierra. No siendo esto posible, demos por bien hecho, lo que de mano de Maestro está hecho. Quejémonos de la ignorancia de este poder brutal, que esteriliza para sí y para las provincias, los dones que natura prodigó al pueblo que extravía. Buenos Aires, en lugar de mandar ahora luces, riqueza y prosperidad al interior, mándale sólo cadenas, hordas exterminadoras y tiranuelos subalternos. ¡También se venga del mal que las provincias le hicieron con prepararle a Rosas!

He señalado esta circunstancia de la posición monopolizadora de Buenos Aires, para mostrar que hay una organización del suelo, tan central y unitaria en aquel país, que aunque Rosas hubiera gritado de buena fe: *"¡Federación o muerte!"*, habría concluido por el sistema unitario[11] que hoy ha

establecido. Nosotros, empero, queríamos la unidad en la civilización y en la libertad, y se nos ha dado la unidad en la barbarie y en la esclavitud. Pero otro tiempo vendrá en que las cosas entren en su cauce ordinario. Lo que por ahora interesa conocer, es que los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires solo: la pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias, y ya veremos lo que de aquí resulta. Pero por sobre todos estos accidentes peculiares a ciertas partes de aquel territorio, predomina una facción[12] general, uniforme y constante; ya sea que la tierra esté cubierta de la lujosa y colosal vegetación de los trópicos, ya sea que arbustos enfermizos, espinosos y desapacibles revelen la escasa porción de humedad que les da vida; ya, en fin, que la pampa ostente su despejada y monótona faz, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten a interrumpir esta continuidad sin límites, las sierras de San Luis y Córdoba en el centro, y algunas ramificaciones avanzadas de los Andes, al norte. Nuevo elemento de unidad para la nación que pueble, un día, aquellas grandes soledades, pues que es sabido que las montañas que se interponen entre unos y otros países, y los demás obstáculos naturales, mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus peculiaridades primitivas. Norteamérica está llamada a ser una federación, menos por la primitiva independencia de las plantaciones, que por su ancha exposición al Atlántico y las diversas salidas que al interior dan: el San Lorenzo al norte, el Mississipí al sur y las inmensas canalizaciones al centro. La República Argentina es "una e indivisible".

Muchos filósofos han creído, también, que las llanuras preparaban las vías al despotismo, del mismo modo que las montañas prestaban asidero a las resistencias de la libertad. Esta llanura sin límites,[13] que desde Salta a Buenos Aires, y de allí a Mendoza, por una distancia de más de setecientas leguas, permite rodar enormes y pesadas carretas, sin encontrar obstáculo alguno, por caminos en que la mano del hombre apenas ha necesitado cortar algunos árboles y matorrales, esta llanura constituye uno de los rasgos más notables de la fisonomía interior de la República. Para preparar vías de comunicación, basta sólo el esfuerzo del individuo y los resultados de la naturaleza bruta; si el arte quisiera prestarle su auxilio, si las fuerzas de la sociedad intentaran suplir la debilidad del individuo, las dimensiones colosales de la obra arredrarían a los más emprendedores, y la incapacidad del esfuerzo lo haría inoportuno. Así, en materia de caminos, la naturaleza salvaje dará la ley por mucho tiempo, y la acción de la civilización permanecerá débil e ineficaz.

Esta extensión de las llanuras imprime, por otra parte, a la vida del interior, cierta tintura asiática, que no deja de ser bien pronunciada. Muchas veces, al salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney,[14] en su descripción de las Ruinas: *La pleine lune à l'Orient s'élevait sur un fond bleuâtre aux plaines rives de l'Euphrate".* Y, en efecto, hay algo en las sole-

dades argentinas que trae a la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Eufrates; algún parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar, al fin de una marcha de meses, a Buenos Aires, y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Esmirna. Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idiomas y vestidos peculiares, que la distinguen de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra.

Es el capataz un caudillo, como en Asia, el jefe de la caravana: necesítase, para este destino, una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra, que ha de gobernar y dominar él solo, en el desamparo del desierto. A la menor señal de insubordinación, el capataz enarbola su *chicote* de fierro y descarga sobre el insolente, golpes que causan contusiones y heridas; si la resistencia se prolonga, antes de apelar a las pistolas, cuyo auxilio por lo general desdeña, salta del caballo con el formidable cuchillo en mano, y revindica, bien pronto, su autoridad, por la superior destreza con que sabe manejarlo. El que muere en estas ejecuciones del capataz, no deja derecho a ningún reclamo, considerándose legítima la autoridad que lo ha asesinado.

Así es, como en la vida argentina, empieza a establecerse por estas peculiaridades, el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debates. La tropa de carretas lleva, además, armamento: un fusil o dos por carreta y a veces, un cañoncito giratorio en la que va a la delantera. Si los bárbaros la asaltan, forma un círculo, atando unas carretas con otras, y casi siempre resisten victoriosamente a las codicias de los salvajes, ávidos de sangre y de pillaje.

La árrea de mulas[15] cae, con frecuencia, indefensa en manos de estos beduinos americanos, y rara vez los troperos escapan de ser degollados. En estos largos viajes, el proletario argentino adquiere el hábito de vivir lejos de la sociedad y a luchar individualmente con la naturaleza, endurecido en las privaciones, y sin contar con otros recursos que su capacidad y maña personal, para precaverse de todos los riesgos que le cercan de continuo.

El pueblo que habita estas extensas comarcas se compone de dos razas diversas, que, mezclándose, forman mediostintes imperceptibles, españoles e indígenas. En las campañas de Córdoba y San Luis, predomina la raza española pura, y es común encontrar en los campos, pastoreando ovejas, muchachas tan blancas, tan rosadas y hermosas, como querrían serlo las elegantes de una capital. En Santiago del Estero, el grueso de la población campesina habla aún la *quichua*, que revela su origen indio. En Corrientes, los campesinos usan un dialecto español muy gracioso: —Dame, general, un chiripá[16]— decían a Lavalle[17] sus soldados.

En la campaña de Buenos Aires, se reconoce todavía el soldado andaluz;

y en la ciudad, predominan los apellidos extranjeros. La raza negra casi extinta ya —excepto en Buenos Aires— ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo; raza inclinada a la civilización, dotada de talento y de los más bellos instintos de progresos.

Por lo demás, de la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado, la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española, cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos.

Da compasión y vergüenza en la República Argentina comparar la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires[18] y la villa que se forma en el interior: en la primera, las casitas son pintadas; el frente de la casa, siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado, sencillo, pero completo; la vajilla, de cobre o estaño, reluciente siempre; la cama, con cortinillas graciosas, y los habitantes, en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse a la ciudad, a gozar de las comodidades.

La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos, viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo, en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes; una mesita y petacas por todo amueblado; ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables.

Esta miseria, que ya va desapareciendo, y que es un accidente de las campañas pastoras, motivó, sin duda, las palabras que el despecho y la humillación de las armas inglesas[19] arrancaron a Walter Scott: "Las vastas llanuras de Buenos Aires —dice— no están pobladas sino por cristianos salvajes, conocidos bajo el nombre de *guachos* (por decir *Gauchos*), cuyo principal amueblado, consiste en cráneos de caballos, cuyo alimento es carne cruda y agua y cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas. Desgraciadamente —añade el buen gringo[20]—, prefirieron su independencia nacional a nuestros algodones y muselinas".* ¡Sería bueno proponerle a la Inglaterra, por ver, no más, cuántas varas de lienzo y cuántas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires!

Por aquella extensión sin límites, tal como la hemos descrito, están esparcidas, aquí y allá, catorce ciudades capitales de provincia, que si hubiéramos

* *Life of Napoleon Buonaparte,* tomo II, cap. I. (Nota de la 1ª edición).

de seguir el orden aparente, clasificáramos, por su colocación geográfica: Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, a las márgenes del Paraná; Mendoza, San Juan, Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, casi en línea paralela con los Andes chilenos; Santiago, San Luis y Córdoba, al centro. Pero esta manera de enumerar los pueblos argentinos, no conduce a ninguno de los resultados sociales que voy solicitando. La clasificación que hace a mi objeto, es la que resulta de los medios de vivir del pueblo de las campañas, que es lo que influye en su carácter y espíritu. Ya he dicho que la vecindad de los ríos no imprime modificación alguna, puesto que no son navegados sino en una escala insignificante y sin influencia. Ahora, todos los pueblos argentinos, salvo San Juan y Mendoza, viven de los productos del pastoreo; Tucumán explota, además, la agricultura; y Buenos Aires, a más de un pastoreo de millones de cabezas de ganado, se entrega a las múltiples y variadas ocupaciones de la vida civilizada.

Las ciudades argentinas tienen la fisonomía regular de casi todas las ciudades americanas: sus calles cortadas en ángulos rectos, su población diseminada en una ancha superficie, si se exceptúa a Córdoba, que, edificada en corto y limitado recinto, tiene todas las apariencias de una ciudad europea, a que dan mayor realce la multitud de torres y cúpulas de sus numerosos y magníficos templos. La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos.

La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita tiene allí su teatro y su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeración trivial. La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola, sin ciudades menores, y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia: las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización, enclavados en un llano inculto, de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por una que otra villa de consideración. Buenos Aires y Córdoba son las que mayor número de villas han podido echar sobre la campaña, como otros tantos focos de civilización y de intereses municipales; ya esto es un hecho notable.

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada, tal como la conocemos en todas partes: allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos; sus necesidades, peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro. Aún hay más: el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad, rechaza con desdén, su lujo y sus modales corteses, y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente

en la campaña. Todo lo que hay de civilizado en la ciudad, está bloqueado allí, proscripto afuera, y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos.

Estudiemos, ahora, la fisonomía exterior de las extensas campañas que rodean las ciudades y penetremos en la vida interior de sus habitantes. Ya he dicho, que en muchas provincias, el límite forzoso es un desierto intermedio y sin agua. No sucede así, por lo general, con la campaña de una provincia, en la que reside la mayor parte de su población. La de Córdoba, por ejemplo, que cuenta 160.000 almas, apenas veinte de éstas están dentro del recinto de la aislada ciudad; todo el grueso de la población está en los campos, que, así como por lo común son llanos, casi por todas partes son pastosos, ya estén cubiertos de bosques, ya desnudos de vegetación mayor, y en algunas, con tanta abundancia y de tan exquisita calidad, que el prado artificial no llegaría a aventajarles. Mendoza, y San Juan sobre todo, se exceptúan de esta peculiaridad de la superficie inculta, por lo que sus habitantes viven principalmente de los productos de la agricultura. En todo lo demás, abundando los pastos, la cría de ganados es, no la ocupación de los habitantes, sino su medio de subsistencia. Ya la vida pastoril nos vuelve, impensadamente, a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas, aquí y allá, de las tiendas del calmuco, del cosaco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham, que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos, aunque modificada por la civilización de un modo extraño.

La tribu árabe, que vaga por las soledades asiáticas, vive reunida bajo el mando de un anciano de la tribu o un jefe guerrero; la sociedad existe, aunque no esté fija en un punto determinado de la tierra; las creencias religiosas, las tradiciones inmemoriales, la invariabilidad de las costumbres, el respeto a los ancianos, forman reunidos un código de leyes, de usos y de prácticas de gobierno, que mantiene la moral, tal como la comprenden, el orden y la asociación de la tribu. Pero el progreso está sofocado, porque no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones.

En las llanuras argentinas, no existe la tribu nómade: el pastor posee el suelo con títulos de propiedad; está fijo en un punto, que le pertenece; pero, para ocuparlo, ha sido necesario disolver la asociación y derramar las familias sobre una inmensa superficie. Imaginaos una extensión de dos mil leguas cuadradas, cubierta toda de población, pero colocadas las habitaciones a cuatro leguas de distancia, unas de otras, a ocho, a veces, a dos, las más cercanas. El desenvolvimiento de la propiedad mobiliaria no es imposible; los goces del lujo no son del todo incompatibles con este aislamiento: puede levantar la fortuna un soberbio edificio en el desierto; pero el estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad, que se siente en las ciudades, no se hace sentir allí, en el aislamiento y la soledad. Las privaciones indispen-

sables justifican la pereza natural, y la frugalidad en los goces trae, en seguida, todas las exterioridades de la barbarie. La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y, no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible: la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes.

Ignoro si el mundo moderno presenta un género de asociación tan monstruoso como éste. Es todo lo contrario del municipio romano, que reconcentraba en un recinto, toda la población, y de allí, salía a labrar los campos circunvecinos. Existía, pues, una organización social fuerte, y sus benéficos resultados se hacen sentir hasta hoy y han preparado la civilización moderna. Se asemeja a la antigua sloboda esclavona[21] con la diferencia que aquélla era agrícola, y, por tanto, más susceptible de gobierno: el desparramo de la población no era tan extenso como éste. Se diferencia de la tribu nómade, en que aquélla anda en sociedad siquiera, ya que no se posesiona del suelo. Es, en fin, algo parecido a la feudalidad de la Edad Media, en que los barones residían en el campo, y desde allí, hostilizaban las ciudades y asolaban las campañas; pero aquí faltan el barón y el castillo feudal. Si el poder se levanta en el campo, es momentáneamente, es democrático: ni se hereda, ni puede conservarse, por falta de montañas y posiciones fuertes. De aquí resulta, que aun la tribu salvaje de la pampa está organizada mejor que nuestras campañas, para el desarrollo moral.

Pero lo que presenta de notable esta sociedad, en cuanto a su aspecto social, es su afinidad con la vida antigua, con la vida espartana o romana, si por otra parte no tuviese una desemejanza radical. El ciudadano libre de Esparta o de Roma echaba sobre sus esclavos, el peso de la vida material, el cuidado de proveer a la subsistencia, mientras que él vivía libre de cuidados en el foro, en la plaza pública, ocupándose exclusivamente de los intereses del Estado, de la paz, la guerra, las luchas de partido. El pastoreo proporciona las mismas ventajas, y la función inhumana del ilota antiguo, la desempeña el ganado. La procreación espontánea forma y acrece indefinidamente la fortuna; la mano del hombre está por demás; su trabajo, su inteligencia, su tiempo, no son necesarios para la conservación y aumento de los medios de vivir. Pero si nada de esto necesita para lo material de la vida, las fuerzas que economiza no puede emplearlas como el romano: fáltale la ciudad, el municipio, la asociación íntima, y, por tanto, fáltale la base de todo desarrollo social; no estando reunidos los estancieros, no tienen necesidades públicas que satisfacer: en una palabra, no hay *res pública.*

El progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en la tribu árabe o tártara, es aquí no sólo descuidada, sino imposible. ¿Dónde colocar la escuela para que asistan a recibir lecciones, los niños diseminados a diez leguas de distancia, en todas direcciones? Así, pues, la civilización es del todo irrealizable, la barbarie es normal,* y gracias, si las costumbres domésticas conservan un

* El año 1826, durante una residencia de un año en la sierra de San Luis, enseñé a leer a seis jóvenes de familias pudientes, el menor de los cuales tenía veintidós años. (Nota de la 1ª edición).

corto depósito de moral. La religión sufre las consecuencias de la disolución de la sociedad; el curato es nominal, el púlpito no tiene auditorio, el sacerdote huye de la capilla solitaria o se desmoraliza en la inacción y en la soledad; los vicios, el simoniaquismo, la barbarie normal, penetran en su celda y convierten su superioridad moral, en elementos de fortuna y de ambición, porque, al fin, concluye por hacerse caudillo de partido.

Yo he presenciado una escena campestre digna de los tiempos primitivos del mundo, anteriores a la institución del sacerdocio. Hallábame en 1838 en la sierra de San Luis, en casa de un estanciero, cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar y jugar. Había edificado una capilla en la que, los domingos por la tarde, rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote y al oficio divino de que por años habían carecido. Era aquél un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso; las majadas que volvían al redil, hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de la casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente, espaciosa y despejada, hacía coro, a que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluido el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias, que la que recitó. Pedía en ella, a Dios, lluvia para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes... Yo soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y como una sensación desconocida, porque nunca he visto escena más religiosa; creía estar en los tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela. La voz de aquel hombre candoroso e inocente me hacía vibrar todas las fibras, y me penetraba hasta la médula de los huesos.

He aquí a lo que está reducida la religión en las campañas pastoras: a la religión natural; el cristianismo existe, como el idioma español, en clase de tradición que se perpetúa, pero corrompido, encarnado en supersticiones groseras, sin instrucción, sin culto y sin convicciones. En casi todas las campañas apartadas de las ciudades, ocurre que, cuando llegan comerciantes de San Juan o de Mendoza, les presentan tres o cuatro niños de meses y de un año para que los bauticen, satisfechos de que, por su buena educación, podrán hacerlo de un modo válido; y no es raro que a la llegada de un sacerdote, se le presenten mocetones, que vienen domando un potro, a que les ponga el óleo y administre el bautismo *sub conditione*.

A falta de todos los medios de civilización y de progreso, que no pueden desenvolverse, sino a condición de que los hombres estén reunidos en sociedades numerosas, ved la educación del hombre del campo. Las mujeres guardan la casa, preparan la comida, trasquilan las ovejas, ordeñan las vacas, fabrican los quesos y tejen las groseras telas de que se visten: todas las ocupaciones domésticas, todas las industrias caseras las ejerce la mujer: sobre ella pesa casi todo

el trabajo; y gracias, si algunos hombres se dedican a cultivar un poco de maíz, para el alimento de la familia, pues el pan es inusitado como mantención ordinaria. Los niños ejercitan sus fuerzas y se adiestran, por placer, en el manejo del lazo[22] y de las bolas,[23] con que molestan y persiguen sin descanso a las terneras y cabras; cuando son jinetes, y esto sucede luego de aprender a caminar, sirven a caballo en algunos quehaceres; más tarde, y cuando ya son fuertes, recorren los campos, cayendo y levantando, rodando a designio en las vizcacheras,[24] salvando precipicios y adiestrándose en el manejo del caballo; cuando la pubertad asoma, se consagran a domar potros salvajes, y la muerte es el castigo menor que les aguarda, si un momento les faltan las fuerzas o el coraje. Con la juventud primera, viene la completa independencia y la desocupación.

Aquí principia la vida pública, diré, del gaucho, pues que su educación está ya terminada. Es preciso ver a estos españoles, por el idioma únicamente y por las confusas nociones religiosas que conservan, para saber apreciar los caracteres indómitos y altivos, que nacen de esta lucha del hombre aislado, con la naturaleza salvaje, del racional, con el bruto; es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desdén que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leído muchos libros, pero que no sabe aterrar un toro bravío y darle muerte; que no sabrá proveerse de caballo a campo abierto, a pie y sin el auxilio de nadie; que nunca ha parado un tigre, y recibídolo con el puñal en una mano y el poncho envuelto en la otra, para meterle en la boca, mientras le traspasa el corazón y lo deja tendido a sus pies. Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior a la naturaleza, desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad. Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos les echan en cara esta vanidad, y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia. Creo que el cargo no es del todo infundado, y no me pesa de ello. ¡Ay del pueblo que no tiene fe en sí mismo! ¡Para ese no se han hecho las grandes cosas! ¿Cuánto no habrá podido contribuir a la independencia de una parte de la América, la arrogancia de estos gauchos argentinos que nada han visto bajo el sol, mejor que ellos, ni el hombre sabio ni el poderoso? El europeo es, para ellos, el último de todos, porque no resiste a un par de corcovos del caballo.* Si el origen de esta vanidad nacional en las clases inferiores es mezquino, no son por eso menos nobles las consecuencias; como no es menos pura el agua de un río porque nazca de vertientes cenagosas e infectas. Es implacable el odio que les inspiran los hombres cultos, e invencible su disgusto por sus vestidos, usos y maneras. De esta pasta están amasados los soldados argentinos, y es fácil imaginarse lo que hábitos de este género pueden dar en valor y sufrimiento para la guerra. Añádase que,

* El general Mansilla[25] decía en la Sala, durante el bloqueo francés: "¿Y qué nos han de hacer esos europeos que no saben galoparse una noche?"; y la inmensa barra plebeya ahogó la voz del orador con el estrépito de los aplausos. (Nota a la 1ª edición).

desde la infancia, están habituados a matar las reses, y que este acto de crueldad necesaria, los familiariza con el derramamiento de sangre, y endurece su corazón, contra los gemidos de las víctimas.

La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho, las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia, como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales, para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió más altos sus deseos. De manera que si esta disolución de la sociedad radica hondamente la barbarie, por la imposibilidad y la inutilidad de la educación moral e intelectual, no deja, por otra parte, de tener sus atractivos. El gaucho no trabaja; el alimento y el vestido lo encuentra preparado en su casa; uno y otro se lo proporcionan sus ganados, si es propietario; la casa del patrón o pariente, si nada posee. Las atenciones que el ganado exige, se reducen a correrías y partidas de placer. La hierra,[26] que es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con transportes de júbilo: allí es el punto de reunión de todos los hombres de veinte leguas a la redonda; allí, la ostentación de la increíble destreza en el lazo. El gaucho llega a la hierra al paso lento y mesurado de su mejor *parejero*,[27] que detiene a distancia apartada; y para gozar mejor del espectáculo, cruza la pierna sobre el pescuezo del caballo. Si el entusiasmo lo anima, desciende lentamente del caballo, desarrolla su lazo y lo arroja sobre un toro que pasa, con la velocidad del rayo, a cuarenta pasos de distancia: lo ha cogido de una uña, que era lo que se proponía, y vuelve tranquilo a enrollar su *cuerda*.

NOTAS

[1]El texto citado por Sarmiento pertenece a Humboldt *(Tableaux de la nature,* t. I, París, 1808, pág. 21). En la concepción de la influencia del medio y de la raza expresada en el *Facundo* se ha señalado su coincidencia con el determinismo de H. Taine. Sin embargo la misma era corriente en el pensamiento europeo de la época. Michelet, Humboldt, Tocqueville y especialmente Herder señalaron y cuidaron describir en sus obras la presencia del medio natural, de la geografía, en relación con el hombre. Estos autores eran conocidos por Sarmiento y aparecen citados en el *Facundo,* con excepción de Herder, a quien es posible haya leído Sarmiento en la traducción francesa de Quinet de *Ideas sobre la filosofía de la historia.*

[2]Sarmiento, y nuestra cronología, da diferentes nombres a la actual República Argentina. La palabra argentina se fue difundiendo lentamente durante el Virreinato y después de 1810, especialmente con valor de adjetivo. Su origen se relaciona con la denominación de Plata, al río descubierto por Solís, siendo usada por primera vez por Martín del Barco Centenera y es título de la crónica de Ruy Díaz de Guzmán. La Argentina recibió diversos nombres oficiales durante el siglo pasado. En 1810 se la denomina Provincias del Río de la Plata; el Acta de la Independencia de 1816, Provincias Unidas de Sud América; en 1825 el Congreso decide el uso de Provincias Unidas del Río de la Plata. Por entonces se la empieza a llamar República Argentina y Nación Argentina, continuando los tres nombres en el primer gobierno de Rosas. Confederación Argentina comienza a usarse en 1835, y convive con otros similares hasta imponerse durante todo el período rosista.

[3]El país sufría un serio déficit poblacional. Para 1839, Diego de la Fuente calcula 768.000 habitantes en todo el país (no se incluye en ese momento la población al margen de las fronteras interiores: Chaco y Patagonia), distribuidos de la siguiente manera: 180.000 en Buenos Aires y 580.000 en las restantes provincias. Mirón Burguin *(Aspectos económicos del federalismo argentino,* Bs. As., Solar / Hachette, 1969) considera abultadas estas cifras y calcula una población de 450.000 habitantes en 1826 para las 13 provincias argentinas; sumando Buenos Aires, el total apenas alcanzaría a unos 600.000. La distribución es puntual, se concentra en los pueblos y en el área rural que los circunda, separados por vastas extensiones de despoblado en las que apenas hay una que otra posta. Buenos Aires y Córdoba reúnen 1/3 del total de la población.

[4]Debemos entender esta afirmación desde el punto de vista de la escasa población y de su dispersión en un amplio territorio deficientemente comunicado. En esas tierras baldías, difíciles y caras eran las comunicaciones. Las tropas de carretas y las arrias de mulas transportaban las mercancías entre las distintas zonas del país, ya que la navegación fluvial se limitaba al litoral, asiento de la cuenca del Plata. Proyectos de

navegación de otros ríos pertenecientes a ella, fueron impracticables. Carretas y mulas atravesaban enormes regiones, con agua y pastos escasos, al acecho de los malones, con el solo refugio de postas miserables. Los viñateros de San Luis obtenían menos de la mitad del precio pagado en el mercado de Buenos Aires, y las mermas se acentuaban para los productores de vino de Cuyo y Tucumán. Menos ventajoso era aún el envío de productos para exportación. Sólo el cuero, la lana y la cerda, productos no perecederos y que podían, por lo tanto, sufrir los largos viajes, proporcionaban alguna ganancia, aunque siempre menor en un 20 o un 30% de la obtenida por los ganaderos porteños.

[5]Carne conservada por medio de salazón, en seco. La exportación del tasajo —en tanto alimento de marinos y esclavos— comienza en 1785. Las cantidades exportadas crecen sostenidamente. De 13.925 quintales en 1787, se llega a 200.000 en 1803. Esta industria adquiere notable importancia en el país después de 1810. Según el testimonio de Félix de Azara, en 1801 existían 30 saladeros, con un personal superior al millar de hombres. Pese a su rudimentaria estructura, significó un avance técnico y económico de primera magnitud, a pesar de dificultades propias del momento: escasez de mano de obra, de personal especializado y de elementos como envases comerciales o sal, de difícil obtención. A mediados de la década del 10, el consumo de ganados de los saladeros supera el de los mataderos de Buenos Aires (pese al abrumador consumo de carne que se realiza en esta ciudad).

[6]El río de la Plata y sus tributarios constituyen la Cuenca del Plata, una de las tres grandes cuencas fluviales de América del Sur (3.000.000 km^2). El Uruguay y el Paraná, con su tributario el Paraguay, son los grandes colectores que concurren a la formación del Plata, que vierte sus aguas en el Océano Atlántico. Por su afluente el Paraguay, llegan al Paraná las aguas del Pilcomayo y el Bermejo, cuyas cabeceras septentrionales se encuentran en tierra boliviana.

[7]A mediados del siglo XVIII tanto la valorización del cuero como la desaparición del ganado salvaje determina el fin de la vaquería y la instalación de muchos hacendados en sus estancias con el fin de controlar firmemente su ganado. Por entonces comienzan a solicitar a la autoridad el control de los pobladores de la campaña carentes de tierras, que se siguen surtiendo libremente de ganado: son los "vagos y malentretenidos". La palabra gaucho comenzó a usarse en el Uruguay en la segunda mitad del siglo XVIII y "sirve para denominar a un sector de la población hábil en el empleo del caballo, sin medios de fortuna y que se emplea como contrabandista de ganado; posteriormente denominarán así a todos los pobladores rurales sin fortuna" (Ricardo E. Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho,* Buenos Aires, Ediciones Marú, 1968, pág. 70-71). Hacia principios del siglo XIX el término comienza a utilizarse en la campaña de Buenos Aires.

[8]En el área del río de la Plata se designaba así especialmente a los genoveses.

[9]El puerto de Buenos Aires monopolizaba el tráfico internacional; las clases dominantes porteñas se erigían en reguladoras del ingreso de mercancías atentas sólo a sus intereses y desconociendo las necesidades del resto del país. Las rentas producidas por la aduana de Buenos Aires beneficiaban exclusivamente a esa provincia. De todas las áreas coloniales, fue el Río de la Plata la región más perjudicada en su crecimiento por el monopolio comercial impuesto por España. La tímida libertad comercial otorgada a partir de la segunda mitad del siglo XVIII provocó un rápido florecimiento económico del puerto de Buenos Aires y su campaña, en tanto comenzaba a insinuarse el deterioro económico del interior, que no podía competir con la mercancía importada. Con la revolución de 1810 se acentuará la división territorial del trabajo y el desarrollo regional desigual heredado del Virreinato. La libertad de comercio postulada por los revolucionarios de 1810, necesaria para los comerciantes no monopolistas y ganaderos porteños que veían menguadas sus ganancias y frenado su desarrollo a causa del estancamiento económico de España, arruinará lentamente a las provincias del interior acentuando su dependencia de Buenos Aires.

[10]Límite natural de la provincia de Buenos Aires con la provincia de Santa Fe.

[11]Sistema de gobierno centralizado que convertía las provincias en simples distritos administrativos, según puede comprobarse en las Constituciones de 1819 y 1826. Los unitarios constituían un grupo minoritario, homogéneo y su programa sostenía los

principios del liberalismo. Rivadavia fue el jefe del grupo, integrado por intelectuales provenientes sobre todo de los sectores comerciales porteños, que hallaron apoyo en sectores similares del interior. Propugnaban un plan de modernización y europeización, basado en la libertad de comercio y en la existencia de una mano de obra capacitada y abundante. Buscaron crear un mercado nacional unificado, a través de la unificación monetaria, la nacionalización de las rentas de aduana y la federalización de Buenos Aires, la eliminación de las aduanas provinciales y la creación del Banco Nacional, programa concretado durante la gestión rivadaviana.

[12]Arcaísmo. "Figura y disposición con que una cosa se distingue de otra" (Real Academia Española). El ámbito cuyano en que creció y se formó Sarmiento, alejado de la influencia renovadora del litoral, explica el uso frecuente de arcaísmos en sus textos. Noramala, ganapán, venta, cuidar, etcétera, eran ya anticuados en las vecindades del Plata. Dice el mismo Sarmiento: "En cuanto al lenguaje, revisó esta última edición (la de 1868 del *Facundo*) el hablista habanero Mantilla, hallando poco que corregir de las anteriores y, según dijo, llamándole la atención la ocurrencia frecuente de locuciones anticuadas pero castizas" (Carta a Matías Calandrelli, 1881).

[13]Sarmiento exagera cuando prolonga la pampa hasta Salta. Ya desde el norte de Córdoba la llanura aparece revestida de vegetación arbórea, contradiciendo la definición de "espacio llano y sin árboles", según la voz quichua pampa y según la acepción de entonces para la llanura por antonomasia de la Argentina: la región pampeana. Está refiriéndose más bien a la llanura chacopampeana, que llega hasta el límite con Bolivia y Paraguay. El camino no es llano desde Salta a Buenos Aires, si bien era posible el tránsito de carretas a través de los valles.

La región pampeana —las pampas a que alude Sarmiento en este capítulo— era en ese momento la zona ganadera por excelencia. En la actualidad se define por la posibilidad de rotar la agricultura de cereales a la ganadería e involucra también a otros sectores, como el sur de la provincia de Entre Ríos. Comprende la provincia de Buenos Aires, sur de Santa Fe, este de Córdoba, este de San Luis, y la provincia de La Pampa hasta el río Desaguadero. Sarmiento describe la llanura pampeana sin conocerla. Así lo confiesa en el conocido fragmento de la *Campaña en el Ejército Grande:* "A caballo, en la orilla del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos en ondulaciones suaves pero infinitas hasta perderse en el horizonte, la Pampa que había descrito en el *Facundo,* sentida, por intuición, pues la veía por la primera vez de mi vida".

[14]A pesar de la influencia de la literatura francesa en los románticos latinoamericanos, Volney tuvo pocos seguidores. Su eco se advierte en el poeta José María Heredia y en la *María* de Jorge Isaacs. En la Argentina, Juan B. Alberdi confesó su temprano entusiasmo por *Las ruinas de Palmira (Escritos póstumos,* XV, pág. 275) y queda su presencia en la *Memoria descriptiva del Tucumán* (1834).

[15]Ultracorrección por arria. Las arrias o recuas de mulas constituyeron uno de los más importantes medios de transporte de mercancía entre Buenos Aires y el Perú, el Alto Perú y Cuyo, especialmente en las áreas montañosas.

[16]Prenda genuina de la vestimenta gaucha que consiste en un paño burdo que se pasa por entre las piernas sobre el calzoncillo, y se sujeta a la cintura con un cinturón de cuero. Se trata de una voz guaraní. En la actualidad, el guaraní es una lengua hablada por el pueblo y por las clases altas (pero en la vida familiar) en la provincia de Corrientes. A mediados del siglo XIX, el guaraní era también una lengua de uso corriente en la zona septentrional de la provincia de Entre Ríos (donde ya no se le habla). El uso del español era patrimonio casi exclusivo de las clases altas: con frecuencia, el pueblo no entendía este idioma.

[17]*Juan Lavalle* (1797-1841), uno de los más importantes jefes militares del partido unitario, encabezó la revolución del 1º de diciembre de 1828 que depuso a Dorrego, a quien mandó fusilar. Su carrera militar se inicia en el Regimiento de Granaderos a caballo en 1812. En 1814 combate en la Banda Oriental, y en el Ejército de los Andes entre 1816 y 1823. Cuando estalla la guerra con el Brasil (1827), se incorpora al ejército nacional: lucha en Bacacay, en Ituzaingó. Firmada la paz, regresa a Buenos Aires con sus tropas. Se subleva entonces contra el gobernador Dorrego, como apuntamos más arriba, debiendo finalmente pactar con Rosas ante una campaña dispuesta a invadir Buenos Aires y ante el repudio de buen número de provincias del interior

y del litoral. Vuelve a cobrar importancia su acción militar en 1839, cuando con el apoyo de los unitarios emigrados en Montevideo y los franceses cruza a la provincia de Entre Ríos, iniciando su nueva campaña contra Rosas. En su avance hacia el interior del país será vencido por Echagüe (Sauce Grande, 1839), por Oribe (Quebracho Herrado, 1840) y nuevamente por éste, ya en territorio tucumano, en la batalla de Famaillá (1841). Su acción, unida a la del general Paz y el general Lamadrid, sostuvo la unión antirrosista denominada Coalición del Norte, que concluye con la derrota de Famaillá. Lavalle sigue camino hacia el norte, llegando a Jujuy el 8 de octubre. Al día siguiente una avanzada federal lo mata.

[18]Alude a la primera colonia de alemanes llegados al país en 1826 y establecida en solares y chacras de la Chacarita de los Colegiales (hoy Capital Federal). También se inscribe en los proyectos de inmigración de Rivadavia el acuerdo del Estado con los Robertson. Estos trajeron e instalaron en tierras de su propiedad en Monte Grande, al sur de Buenos Aires, 220 inmigrantes escoceses en 1825. Se dedicaron a la horticultura, agricultura y lechería; la explotación se basaba en el trabajo remunerado y el arrendamiento. La colonia se disolvió definitivamente en 1829, a pesar de su éxito inicial.

[19]En 1806 y 1807 los ingleses invaden Buenos Aires. En ambas oportunidades, y luego de una breve ocupación, se ven obligados a capitular ante la resistencia de las milicias y la población.

[20]En la época del *Facundo* significaba extranjero, no hablante de español, y especialmente inglés, como en el resto de América Latina. En el área del Río de la Plata y a partir de la gran afluencia inmigratoria registrada desde la década de 1860, integrada sobre todo por españoles e italianos, se produce un cambio semántico del término que pasa a designar a los italianos.

[21]Primitiva organización política —tribal y pastoril— de los antiguos habitantes de Eslavonia o Esclavonia (hoy Yugoslavia). *Sloboda,* en eslavo, significa "villa, aldea rural".

[22]Soga de cuero trenzado y engrasado, de unos doce metros, con un anillo de hierro en un extremo por el cual se hace pasar el otro. Se la utiliza para cazar vacunos, caballos, etc.

[23]O boleadoras. Instrumento utilizado para la caza por los indios de la Patagonia y de la región pampeana, adoptado por el gaucho. Consiste en varios ramales de cuero, en cuyo extremo tienen cada uno una esfera de piedra, forrada de cuero. Los ramales se unen entre sí en el extremo opuesto, por una argolla. El gaucho tomaba de esta argolla o del nudo de unión, las hacía girar por sobre su cabeza y las lanzaba apuntando a un caballo, un venado, un avestruz, etc. El gaucho llevaba por lo general las boleadoras en la cintura mientras ataba el lazo a la silla de su caballo.

[24]Cuevas profundas y grandes hechas por las vizcachas, peligrosas para las cabalgaduras pues al enganchar sus patas en ellas podían manquearse. La vizcacha es un mamífero roedor de pelaje pardo, muy abundante en la pampa.

[25]*Lucio N. Mansilla* (1792-1871), inicia su carrera militar en las invasiones inglesas; integra luego el Ejército de los Andes (1814-1820), lucha en la guerra con el Brasil y en 1852 combate con las fuerzas rosistas en Caseros. Sin duda es su acción en el combate de Vuelta de Obligado (1845), así como la organización de las defensas del Paraná ante el avance de la expedición anglofrancesa, su acción más destacada. Su participación en las guerras civiles del litoral artiguista, representando los intereses de las clases dominantes porteñas, le valieron el gobierno de la provincia de Entre Ríos entre 1821-1824. Su casamiento con la hermana de Rosas lo introduce en el partido federal, siendo miembro de la Sala de Representantes desde 1832 hasta 1844. Se alejó del país después de la caída de Rosas.

[26]O yerra. Marcar el signo de propiedad al ganado con un hierro candente.

[27]Caballo veloz, adiestrado para correr carreras.

CAPITULO II

ORIGINALIDAD Y CARACTERES ARGENTINOS

Ainsi que l'océan, les steppes remplissent l'esprit du sentiment de l'infini.

HUMBOLDT[1]

SI DE LAS condiciones de la vida pastoril, tal como la ha constituido la colonización y la incuria, nacen graves dificultades para una organización política cualquiera y muchas más para el triunfo de la civilización europea, de sus instituciones, y de la riqueza y libertad, que son sus consecuencias, no puede, por otra parte, negarse que esta situación tiene su costado poético, y faces dignas de la pluma del romancista. Si un destello de literatura nacional[2] puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y, sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena,[3] entre la inteligencia y la materia: lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres.

El único romancista norteamericano que haya logrado hacerse un nombre europeo es Fenimore Cooper,[4] y eso porque transportó la escena de sus descripciones fuera del círculo ocupado por los plantadores, al límite entre la vida bárbara y la civilizada, al teatro de la guerra en que las razas indígenas y la raza sajona están combatiendo por la posesión del terreno.

No de otro modo, nuestro joven poeta Echeverría[5] ha logrado llamar la atención del mundo literario español, con su poema titulado *La Cautiva*. Este bardo argentino dejó a un lado a Dido y Argia, que sus predecesores los Varela[6] trataron con maestría clásica y estro poético, pero sin suceso y sin consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas, y volvió sus miradas al desierto, y allá en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian, halló las inspiraciones que proporciona a la imaginación, el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa,

inconmensurable, callada; y entonces, el eco de sus versos pudo hacerse oír con aprobación, aun por la península española.

Hay que notar, de paso, un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos. Esto me explica por qué la flecha y el arco se encuentran en todos los pueblos salvajes, cualesquiera que sean su raza, su origen y su colocación geográfica. Cuando leía en *El último de los Mohicanos,* de Cooper, que Ojo de Halcón y Uncas habían perdido el rastro de los Mingos en un arroyo, dije para mí: "Van a tapar el arroyo". Cuando, en *La Pradera,* el Trampero mantiene la incertidumbre y la agonía, mientras el fuego los amenaza, un argentino habría aconsejado lo mismo que el Trampero sugiere al fin, que es limpiar un lugar para guarecerse, e incendiar a su vez, para poderse retirar del fuego que invade, sobre las cenizas del punto que se ha incendiado. Tal es la práctica de los que atraviesan la pampa para salvarse de los incendios del pasto. Cuando los fugitivos de *La Pradera* encuentran un río, y Cooper describe la misteriosa operación del Pawnie con el cuero de búfalo que recoge: "va a hacer la *pelota*",[7] me dije a mí mismo; lástima es que no haya una mujer que la conduzca, que entre nosotros son las mujeres las que cruzan los ríos con la *pelota* tomada con los dientes por un lazo. El procedimiento para asar una cabeza de búfalo en el desierto es el mismo que nosotros usamos para *batear* una cabeza de vaca o un lomo de ternera. En fin, mil otros accidentes que omito, prueban la verdad de que modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes. No es otra la razón de hallar, en Fenimore Cooper, descripciones de usos y costumbres que parecen plagiadas de la pampa; así, hallamos en los hábitos pastoriles de la América, reproducidos hasta los trajes, el semblante grave y hospitalidad árabes.

Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse, (porque la poesía es como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano), necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad, de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible, porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora yo pregunto: ¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina, el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada; porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda? ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! He aquí ya la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo, mientras se cruzan dos palabras, y de repente, el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y reteniendo el aliento, por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La obscuridad se sucede después a la luz: la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho, en un momento, reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas, y muestra la pampa a distancias infinitas, cruzándola vivamente el rayo, en fin, símbolo del poder. Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así, cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas se continúa en su imaginación, del mismo modo que cuando miramos fijamente el sol, nos queda, por largo tiempo, su disco en la retina.

Preguntadle al gaucho, a quién matan con preferencia los rayos, y os introducirá en un mundo de idealizaciones morales y religiosas, mezcladas de hechos naturales, pero mal comprendidos, de tradiciones supersticiosas y groseras. Añádase que, si es cierto que el fluido eléctrico entra en la economía de la vida humana y es el mismo que llaman fluido nervioso, el cual, excitado, subleva las pasiones y enciende el entusiasmo, muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la imaginación, el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad hasta el punto que la ropa frotada, chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia estas escenas imponentes:

Gira en vano,[8] *reconcentra*
su inmensidad, y no encuentra
la vista en su vivo anhelo
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en la mar.

Doquier, campo y heredades,
del ave y bruto guaridas;
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que El sólo puede sondear.

ECHEVERRÍA.

O el que tiene a la vista esta naturaleza engalanada?

De las entrañas de América
dos raudales se desatan:

el Paraná, faz de perlas,
y el Uruguay, faz de nácar.

Los dos entre bosques corren,
o entre floridas barrancas,
como dos grandes espejos
entre marcos de esmeraldas.

Salúdanlos en su paso
la melancólica pava,
el picaflor y el jilguero,
el zorzal y la torcaza.

Como ante reyes se inclinan
ante ellos seibos y palmas,
y le arrojan flor del aire,
aroma y flor de naranja;

luego, en el Guazú se encuentran,
y reuniendo sus aguas,
mezclando nácar y perlas
se derraman en el Plata.

DOMÍNGUEZ.[9]

Pero ésta es la poesía culta, la poesía de la ciudad. Hay otra que hace oír sus ecos por los campos solitarios: la poesía popular, candorosa y desaliñada del gaucho.

También nuestro pueblo es músico. Esta es una predisposición nacional que todos los vecinos le reconocen. Cuando en Chile se anuncia, por la primera vez, un argentino en una casa, lo invitan al piano en el acto, o le pasan una vihuela[10] y si se excusa diciendo que no sabe pulsarla, lo extrañan y no le creen, "porque siendo argentino —dicen— debe ser músico". Esta es una preocupación popular que acusa nuestros hábitos nacionales. En efecto: el joven culto de las ciudades toca el piano o la flauta, el violín o la guitarra; los mestizos se dedican casi exclusivamente a la música, y son muchos los hábiles compositores e instrumentistas que salen de entre ellos. En las noches de verano, se oye sin cesar la guitarra en la puerta de las tiendas, y, tarde de la noche, el sueño es dulcemente interrumpido por las serenatas y los conciertos ambulantes.

El pueblo campesino tiene sus cantares propios.

El *triste,*[11] que predomina en los pueblos del Norte, es un canto frigio, plañidero, natural al hombre en el estado primitivo de barbarie, según Rousseau.

La *vidalita,*[12] canto popular con coros, acompañado de la guitarra y un tamboril, a cuyos redobles se reúne la muchedumbre y va engrosando el cortejo y el estrépito de las voces. Este canto me parece heredado de los

indígenas, porque lo he oído en una fiesta de indios en Copiapó, en celebración de la Candelaria; y como canto religioso, debe ser antiguo, y los indios chilenos no lo han de haber adoptado de los españoles argentinos. La *vidalita* es el metro popular en que se cantan los asuntos del día, las canciones guerreras: el gaucho compone el verso que canta, y lo populariza por la asociación que su canto exige.

Así, pues, en medio de la rudeza de las costumbres nacionales, estas dos artes que embellecen la vida civilizada y dan desahogo a tantas pasiones generosas, están honradas y favorecidas por las masas mismas, que ensayan su áspera musa en composiciones líricas y poéticas. El joven Echeverría residió algunos meses en la campaña, en 1840, y la fama de sus versos sobre la pampa le había precedido ya: los gauchos lo rodeaban con respeto y afición, y cuando un recién venido mostraba señales de desdén hacia el *cajetilla,*[13] alguno le insinuaba al oído: "Es poeta", y toda prevención hostil cesaba al oír este título privilegiado.

Sabido es, por otra parte, que la guitarra es el instrumento popular de los españoles, y que es común en América. En Buenos Aires, sobre todo, está todavía muy vivo el tipo popular español, el *majo*. Descúbresele en el compadrito[14] de la ciudad y en el gaucho de la campaña. El *jaleo* español vive en el *cielito*:[15] los dedos sirven de castañuelas. Todos los movimientos del compadrito revelan al majo: el movimiento de los hombros, los ademanes, la colocación del sombrero, hasta la manera de escupir por entre los dientes: todo es aún andaluz genuino.

Del centro de estas costumbres y gustos generales se levantan especialidades notables, que un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional. Yo quiero sólo notar aquí algunas que servirán a completar la idea de las costumbres, para trazar en seguida el carácter, causas y efectos de la guerra civil.

EL RASTREADOR

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas, en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil, conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío: ésta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo: "Aquí va —dijo luego— una mulita mora muy buena...; ésta es la tropa de don N. Zapata..., es de muy buena silla..., va ensillada..., ha pasado ayer..." Este hombre venía de la Sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez, la mulita mora, cuyo rastro

estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto, que parece increíble, es, con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de árrea, y no un rastreador de profesión.

El *rastreador* es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche: no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama enseguida al rastreador, que ve el rastro y lo sigue sin mirar, sino de tarde en tarde, el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada, que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa y, señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: "¡Este es!" El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma: negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido, en una provincia, su oficio, durante cuarenta años consecutivos. Tiene, ahora, cerca de ochenta años: encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: "Ya no valgo nada; ahí están los niños". Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él, que durante un viaje a Buenos Aires le robaron una vez, su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después, Calíbar regresó, vio el rastro, ya borrado e inapercibible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después, Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra a una casa y encuentra su montura, ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor, después de dos años! El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fue encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle, porque comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor, una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas; cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio y volvía para atrás; Calíbar lo seguía sin perder la pista. Si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo, exclamaba: "¡Dónde te *mi as dir!*" Al fin llegó a una acequia de agua, en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador . . . ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas yerbas y dice: "Por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican".

Entra en una viña: Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: "Adentro está". La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. "No ha salido" fue la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dio el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fue ejecutado. En 1831, algunos presos políticos intentaban una evasión: todo estaba preparado, los auxiliares de fuera, prevenidos. En el momento de efectuarla, uno dijo: "¿Y Calíbar?" —"¡Cierto!"— contestaron los otros, anonados, aterrados—. "¡Calíbar!" Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es éste del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

EL BAQUEANO[16]

Después del rastreador, biene el *baqueano,* personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias. El baqueano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmos, veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baqueano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baqueano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él, plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baqueano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada[17] remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos, un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos[18] distintos.

En lo más oscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla, monta en seguida, y les dice, para asegurarlos: "Estamos en dereceras[19] de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al Sur"; y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aún esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra,

las masca y, después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce, por el gusto, el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

Si el baqueano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baqueano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y, galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baqueano anuncia también la proximidad del enemigo, esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces,[20] de los gamos[21] y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima, observa los polvos y por su espesor cuenta la fuerza: "Son dos mil hombres" —dice—, "quinientos", "doscientos", y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o es un campamento recién abandonado, o un simple animal muerto. El baqueano conoce la distancia que hay de un lugar a otro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y a más, una senda extraviada e ignorada, por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras[22] emprenden sorpresas sobre pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No! El general Rivera[23], de la Banda Oriental, es un simple baqueano, que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileros sin su auxilio; no la hubieran libertado, sin él, los argentinos. Oribe,[24] apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baqueano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy, con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer, destruido a pedazos, por una sorpresa hoy, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inapercibido o insignificante.

El general Rivera principió sus estudios del terreno el año de 1804: y haciendo la guerra a las autoridades, entonces, como contrabandista; a los contrabandistas, después, como empleado; al rey, en seguida, como patriota; a los patriotas, más tarde, como montonero; a los argentinos, como jefe brasilero; a éstos, como general argentino; a Lavalleja,[25] como Presidente; al Presidente Oribe, como jefe proscripto; a Rosas, en fin, aliado de Oribe, como general oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco de la ciencia del baqueano.

EL GAUCHO MALO

Este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw,* un *squatter,* un misántropo particular. Es el *"Ojo de Halcón"*, el *Trampero* de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes. Llámanle el *Gaucho Malo,* sin que este epíteto lo desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso: mora en la pampa, son su albergue los cardales,[26] vive de perdices y *mulitas;*[27] si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto y abandona lo demás a las aves mortecinas.[28] De repente, se presenta el *gaucho malo* en un pago de donde la partida[29] acaba de salir: conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee *de los vicios,*[30] y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida, rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el gaucho malo es un parejero *pangaré*[31] tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez, de improviso, entre las garras de la justicia, acomete a lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas[32] que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo, para sustraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que, poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña. A veces, se presenta a la puerta de un baile campestre, con una muchacha que ha robado; entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del *cielito* y desaparece sin que nadie se aperciba de ello. Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa a la niña que ha seducido, y, desdeñando las maldiciones de los padres que le siguen, se encamina tranquilo a su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscripto por las leyes; este salvaje de color blanco, no es, en el fondo, un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera es inofensivo para con los viajeros. El gaucho malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del *Churriador*: roba, es cierto; pero ésta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa[33] del interior: el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio contesta: "No hay actualmente caballo así". ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento, ha recorrido en su mente mil estancias[34] de la pampa, ha visto y

examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señales particulares, y convencídose de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta: unos las tienen en la frente; otros, una mancha blanca en el anca. ¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por sus nombres, doscientos mil soldados, y recordaba, al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían. Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea un motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto, el honor de los tahures sobre las deudas.

Viaja a veces a la campaña de Córdoba, a Santa Fe. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante: si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

EL CANTOR

Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El *gaucho cantor* es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El *cantor* anda de pago en pago, "de tapera en galpón",[35] cantando sus héroes de la pampa, perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un *malón*[36] reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch,[37] la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez. El *cantor* está haciendo, candorosamente, el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media, y sus versos serían recogidos más tarde como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si a su lado no estuviese otra sociedad culta, con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina, se ven a un tiempo, dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno, dentro de las ciudades; el otro, en las campañas.

El *cantor* no tiene residencia fija: su morada está donde la noche lo sorprende; su fortuna, en sus versos y en su voz. Dondequiera que el *cielito* enreda sus parejas sin tasa, dondequiera que se apura una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no lo excitan,* y cada pulpería tiene

* No es fuera de propósito recordar aquí las semejanzas notables que representan los argentinos con los árabes. En Argel, en Orán, en Mascara y en los aduares del desierto

su guitarra para poner en manos del *cantor,* a quien el grupo de caballos estacionados a la puerta, anuncia a lo lejos, dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heroicos, la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el *cantor,* con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una o dos *desgracias* (¡muertes!) que tuvo y algún caballo o una muchacha que robó. El año 1840, entre un grupo de gauchos y a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo, y con las piernas cruzadas, un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio, con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia* y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida, y las puñaladas que en su defensa dio, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría veinte varas más abajo: tal era la altura de la barranca. El *cantor* oyó la grita sin turbarse; viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas[38] preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes después, se veía salir de las profundidades del Paraná el caballo, sin freno, a fin de que nadase con más libertad, y el cantor tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del *cantor* es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas o las de algún afamado malévolo, parécese al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose a la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesías populares: quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstas hay muchas composiciones de mérito y que descubren inspiración y sentimiento.

Aún podría añadir a estos tipos originales, muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculiaridad de

vi siempre a los árabes reunidos en cafés, por estarles completamente prohibido el uso de los licores, apiñados en derredor del cantor, generalmente dos, que se acompañan de la vihuela a dúo, recitando canciones nacionales, plañideras como nuestros tristes. La rienda de los árabes es tejida de cuero y con azotera, como las nuestras; el freno de que usamos es el freno árabe, y muchas de nuestras costumbres revelan el contacto de nuestros padres con los moros de la Andalucía. De las fisonomías, no se hable: algunos árabes he conocido que jurara haberlos visto en mi país. *(Nota de la edición de 1851).*

revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza a la República Argentina. Andando esta historia, el lector va a descubrir por sí solo dónde se encuentra el *rastreador,* el *baqueano,* el *gaucho malo,* o el *cantor.* Verá en los caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras argentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situación interior del país, sus costumbres y su organización.

NOTAS

[1]La influencia del barón de Humboldt en América Latina tuvo especial relevancia tanto en la actividad científica como en la filosófica y literaria. En el caso concreto de Sarmiento es evidente su presencia, junto a la de Herder y a la de Michelet, en las ideas que sostiene en cuanto a la relación entre el medio natural y el hombre. Todos ellos, como Sarmiento en el *Facundo,* describieron el marco geográfico como base imprescindible para comprender al hombre como actor y autor de la historia.

[2]En el capítulo II de los *Viajes...* Sarmiento vuelve a exponer su concepción de la literatura nacional y a referirse a la obra realizada especialmente por sus contemporáneos. Destaca la poesía gauchesca de Hilario Ascasubi y sobre todo la de Bartolomé Hidalgo, citando buen número de versos de su "Diálogo patriótico interesante entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las islas del Tordillo, y el gaucho de la Guardia del Monte" (1821). También cita in extenso *El Angel caído* de Echeverría y comenta la importancia de éste entre los intelectuales argentinos así como su función en la literatura nacional. Tal comentario desagradó vivamente a Echeverría —a quien Sarmiento llama "manso varón"—, como lo revela su correspondencia.

[3]En un artículo en *El Mercurio* del 7 de octubre de 1842, Sarmiento propone por primera vez la antítesis "civilización y barbarie" con esas palabras, aunque tal dicotomía ya comenzaba a ser el eje para interpretar el proceso histórico argentino en sus textos de 1841.

[4]Raúl Orgaz, en su "Sarmiento y el naturalismo histórico" (en *op. cit.),* señala que la idea de la antítesis civilización/barbarie se puede rastrear en la obra de Fenimore Cooper.

[5]*José Esteban Antonino Echeverría* (1805-1851), porteño, viajo en 1825 a París donde siguió cursos privados de química, geografía y dibujo. Las circunstancias políticas y sociales favorecían la incorporación romántica y el nacimiento del socialismo utópico. Por razones económicas regresó a Buenos Aires en 1830. Publica, en 1832, *Elvira o la novia del Plata;* en 1833, *La Diamela* y el *Adiós al Río Negro;* en 1834 publica *Los consuelos,* primer libro de poemas editado por un poeta argentino en Buenos Aires y en 1837 aparece *La cautiva* (en él añade, al elemento romántico, los escenarios nacionales) encabezando su libro *Rimas.* Se agrupan en torno suyo Gutiérrez, Alberdi, Cané, Quiroga Rosas, Frías, Vicente Fidel López, Carlos Tejedor (los integrantes de la Generación del 37).

Las dos *Lecturas* que Echeverría hace en el Salón Literario (1837-38) implican un análisis de la situación intelectual y un análisis económico, y postulan una superación de la antinomia unitarios-federales, un incremento de la industria y la producción, y una síntesis entre la cultura europea y nuestros propios elementos: la unidad nacional a través de una burguesía unificada.

En 1838 funda la Asociación de Mayo, de carácter político, clandestina. Echeverría redacta los principios de la entidad: las llamadas *Palabras Simbólicas, Credo, Catecismo, Creencia de la Joven Argentina,* y el *Código.* Las *Palabras* y la *Ojeada retrospectiva* constituyeron el *Dogma Socialista* (1846), primer intento orgánico de formular un ideario nacional y base ideológica del liberalismo argentino. Hacia 1838 escribe *El matadero,* que no publica, y asiste desde Luján a la insurrección de Chascomús, que canta en *La insurrección del Sud.* En 1840 emigra a Montevideo. Entre otras obras, publica *El ángel caído* (1846) y el *Avellaneda* (1849) y escritos de costumbres como la *Apología del matambre* y otros sobre estética y literatura. Urquiza se interesa por sus trabajos (especialmente el *Dogma)* y Rosas hace salir a De Angelis a polemizar. Muere en Montevideo.

[6]*Juan Cruz Varela* (1794-1839), poeta, periodista y dramaturgo argentino. Unitario militante y amigo de Rivadavia y su más brillante portavoz. Sus primeras composiciones poéticas siguen a los neoclásicos españoles. Las posteriores se asocian a acontecimientos contemporáneos, y exaltan especialmente las reformas rivadavianas.

Florencio Varela (1807-1848), unitario, integrante del grupo rivadaviano. Tenaz opositor de Dorrego y de Rosas, emigró a Montevideo en 1829. Integró, en 1839, como secretario, la Comisión Argentina, destinada a combatir a Rosas. Firme defensor de la intervención europea en los asuntos del Plata, representó al gobierno oriental en su pedido de ayuda en Londres y París (1843). A su regreso fundó en Montevideo el *Comercio del Plata,* que se constituyó en el periódico antirrosista más hábil de la época. En literatura, abrazó la estética del neoclasicismo español, posición que modifica más tarde con la aceptación de Echeverría, Gutiérrez y Mármol. Fue asesinado en Montevideo.

[7]"Especie de cajón que se improvisa de un cuero duro o de la carona misma del recado y sirve de embarcación para pasar un río de poca anchura o un arroyo, tirando de ella otra persona" (Segovia).

[8]*Gira en vano...:* segunda estrofa de "El desierto", primer canto de *La cautiva,* de Echeverría.

[9]*Luis Domínguez* (1819-1898), poeta argentino de escasa obra, nacido en Buenos Aires y fallecido en Londres, donde se desempeñaba como diplomático. En 1839 emigra a Montevideo, donde se incorpora al grupo de lucha contra Rosas. Regresa al país luego de Caseros. Fue diputado provincial y nacional y Ministro de Hacienda durante la presidencia de Sarmiento. Compartió el segundo premio del certamen poético celebrado en Montevideo en 1841; su poema más conocido, "El ombú", fue escrito dos años más tarde. En 1848 publicó una *Historia argentina.*

[10]Instrumento de seis cuerdas, de mayor tamaño que la guitarra. Era por entonces el preferido de las clases altas, mientras que la guitarra —de cuatro cuerdas— era un instrumento popular.

[11]Canto popular conocido desde el Alto Perú hasta el Plata. Se acompaña con guitarra y no tiene una forma musical definida porque las estrofas utilizadas para la letra fueron diferentes, obligando a la melodía a adaptarse a cada una de ellas.

[12]Canto popular argentino. Se trata de un villancico similar a los guainos, yaravíes y tristes americanos. El motivo musical proviene del huayno quichua, en compás de dos por cuatro. Sus cuartetas de seis sílabas se caracterizan por el estribillo "vidalita" después del primer y tercer verso. En la región pampeana es sentimental y monótono.

[13]"Así llaman el gaucho y el compadrito al joven culto y presumido que vive en las ciudades" (Segovia).

[14]Este sustantivo denomina a un personaje porteño que, con matices variados, alcanza las primeras décadas de este siglo. El término tiene todavía vigencia en la Argentina. Entre los diferentes testimonios y referencias al compadrito, elegimos como más adecuado para la época del *Facundo* el dado por Jorge Luis Borges en *Evaristo Carriego:* "Hará bastante más de cien años los nombraban así a los porteños pobres, que no tenían para vivir en la inmediación de la Plaza Mayor, hecho que les valió también el nombre de orilleros... Las connotaciones desbancaron más tarde la idea principal: Ascasubi, en la revisión de su *Gallo* número doce, pudo escribir: *compadrito: mozo soltero, bailarín, enamorado y cantor...* Compadrito, siempre, es el ple-

beyo ciudadano que tira a fino; otras atribuciones son el coraje que se florea, la invención o la práctica del dicharacho, el zurdo empleo de palabras insignes..." *(Obras completas,* Buenos Aires, Emecé, 1974, págs. 132/133).

[15]Nombre del canto, música y danza, proveniente del estribillo "cielo, cielito, cielo". Líricos y sentimentales eran los cielitos antes de la revolución de 1810, luego sus versos toman carácter político. Los primeros cielitos militantes surgen durante el primer sitio de Montevideo (1812) y se atribuyen al poeta Bartolomé Hidalgo. Las fuerzas criollas los difunden en Chile, Alto Perú y Perú.

[16]Ultracorrección por baquiano. Tulio Halperín Donghi anota en su edición de *Campaña en el Ejército Grande (ob. cit.,* pág. 167) que "a mediados del siglo XIX la ortografía era vacilante, y en su *Campaña* Sarmiento prefirió casi sistemáticamente la forma vaqueano.

[17]Sitio donde hay agua potable por acumulación de lluvias o por vertiente. Fueron de gran importancia para la actividad ganadera y como bebida para la población hasta la instalación de aguacates y molinos, y luego de los motobombeadores y la existencia de trépanos para las perforaciones a profundidad.

[18]Ciénago, formas regionales de ciénaga (también ciénega) registradas en la Argentina.

[19]Directamente frente a. Este modo adverbial proviene de derecera: derechura (Real Academia Española).

[20]Se refiere el ñandú, como se lo denomina en el área pampeana, o al suri, según el nombre dado en el área de influencia quichua. Es de menor tamaño que el avestruz africano, de color ceniciento, y tiene tres dedos en cada pie. La carne de los ejemplares jóvenes servía de alimento, así como los huevos. Las plumas eran vendidas en las pulperías por gauchos e indios.

[21]Llamado comúnmente venado. Mamífero rumiante del grupo de los ciervos. En la actualidad es una especie en extinción, a causa de la caza desmedida.

[22]Se designa con este nombre a la tropa comandada por los caudillos rurales, tanto de Buenos Aires como del interior del país, que combatieron en las guerras de la Independencia ("las montoneras" de Güemes) y sobre todo en las guerras civiles. Las montoneras se caracterizaban por la adhesión a su jefe así como por la vestimenta, el armamento y los modos de lucha. Se insistía en oponer estos últimos al de los ejércitos disciplinados al estilo europeo aunque, en realidad, la carencia de armas y otros pertrechos llevó a los ejércitos nacionales durante la gesta revolucionaria a apelar al cuchillo, la boleadora u otros instrumentos de uso cotidiano entre los pobladores rurales. En todo el proceso revolucionario se asiste a una rápida militarización del país. Las necesidades de la guerra llevan a los sucesivos gobiernos a delegar parte de su poder entre los hacendados de las áreas rurales, quienes deben proveer de hombres y provisiones —ganado, etc.— a los ejércitos. Estos sectores rurales van adquiriendo así poder político y prestigio entre sus tropas. Tal es el origen de los caudillos.

[23]*Fructuoso Rivera* (1788-1854), montevideano, importante terrateniente del sur oriental. Se inicia combatiendo junto a Artigas a favor de la independencia (1811). Participa de los dos sitios de Montevideo. Lucha contra los portugueses (1815-20). En 1822 se pronuncia por la incorporación al Brasil e interviene en la lucha a favor del Imperio, obteniendo un título nobiliario imperial. Como segundo jefe del ejército patriota triunfa en Sarandí. Perseguido por sus ideas federales, busca refugio en Santa Fe junto a López, a quien convence de la conveniencia de una acción enérgica sobre las Misiones Brasileñas. Obtiene la adhesión de las poblaciones guaraníes, incautándose a su favor de ganados entrerrianos; establece una base en São Borja. En 1830 es elegido presidente constitucional de la República Oriental del Uruguay. Derrota a Lavalleja y establece una alianza con los franceses y los emigrados argentinos contra Rosas. Se bate contra Echagüe y Urquiza. Vence en Cagancha a las tropas argentinas. A la renuncia de Oribe se hace cargo de la presidencia por segunda vez. En 1842 es derrotado en Arroyo Grande; deja de ser presidente al año siguiente. Resiste hasta 1845; al año siguiente intenta un retorno al poder. Derrotado, se refugia en Brasil.

[24]*Manuel Oribe* (1772-1857), montevideano, lucha en los dos sitios de Montevideo. Actúa bajo las órdenes de Artigas y luego de Rivera. Lucha en Cepeda (1820); participa en la expedición de los 33 Orientales (1825) y en el asedio de Montevideo. Incorpo-

rado en 1826 al ejército de Alvear, lucha en Ituzaingó y Camacuá. Lucha contra Rivera, y recién entonces Rosas establece una alianza con él, enviándole dinero y armas. Presidente en 1835, renuncia y marcha a Buenos Aires, donde Rosas lo recibe como presidente legal del Estado Oriental. Enviado por Rosas, Oribe conquista el interior como comandante de las fuerzas porteñas, sometiendo a los vencidos a una dura represión. Derrota a Lavalle en Quebracho Herrado y Famaillá, y vence a Juan Pablo López de Santa Fe (1842). Vuelve al Uruguay y establece su cuartel general en el Cerrito. Capitula en 1851.

[25]*Juan Antonio Lavalleja* (1786-1853), oriental, combate desde 1811 junto a Artigas contra los españoles, el directorio porteño y los portugueses. Cae prisionero de las tropas invasoras portuguesas en 1818. Con un reducido grupo de compatriotas, los famosos Treinta y Tres Orientales, invade desde Buenos Aires la Banda Oriental, dispuesto a desalojar de su tierra al invasor brasileño. Rivera se une a la rebelión. Rápidamente las tropas patriotas ganan la campaña e inician el cerco de Montevideo. Lavalleja convoca a una Asamblea General, que lo designa gobernador y capitán general de la provincia, y declara la independencia de la Banda Oriental, incorporada al Brasil, y se une, en cambio, a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Argentina entra entonces en la guerra. Lavalleja lucha en Bacacay, Ombú e Ituzaingó, aunque distanciado de los jefes argentinos. Concluida la guerra con la independencia del Uruguay, Lavalleja se enfrenta sin éxito a Rivera, elegido presidente constitucional en 1830. Se une luego a Oribe, ya en la presidencia, quien vence a Rivera. En 1838, derrotado Oribe, invade junto con Echagüe la Banda Oriental desde Entre Ríos, con el fin de derrocar a Rivera, pero son vencidos en Cagancha. Desde 1843 hasta 1851 participa en el sitio de Montevideo. Muere en 1853, siendo miembro del triunvirato integrado por Venancio Flores y Rivera, luego de la derrota del presidente Giró.

[26]El cardo de Castilla, planta invasora de la región pampeana. Fue casi el único combustible en la pampa, pobre en madera. Cardales gigantescos señoreaban la pampa, proporcionando refugio al ganado, al bandolero, y a veces a los habitantes de los poblados como escondite ante el malón indígena.

[27]Mamíferos desdentados, de unos 30 centímetros de largo. Cubre su cuerpo una caparazón escamosa. Su carne se consume y es muy apetitosa.

[28]Aves que se alimentan de carroña.

[29]Grupo armado establecido por las autoridades.

[30]Todo lo que no constituye el alimento fundamental del gaucho, es decir, la carne. Comprende por lo tanto el tabaco, la yerba, la galleta, la ginebra. Los adquiría normalmente en las pulperías.

[31]Caballo de carrera "de color leonado, cuyo pelo es intermedio entre el 'doradillo' y el zaino. Tiene partes más claras" (Segovia).

[32]Chilenismo: cuchillada, tajo.

[33]Lugar donde ha acampado una tropa de ganado.

[34]Establecimiento de campo dedicado especialmente a la ganadería (propio por entonces de la región pampeana). La ganadería fue la principal fuente de riqueza en la región del Río de la Plata. Cuando el sistema de las vaquerías (incursiones por los campos para caza del ganado cimarrón) pareció agotar la enorme riqueza de ganado por la matanza antieconómica que se practicaba del mismo, con el solo objeto de aprovechar los cueros, al valorizarse éstos por el aumento de las exportaciones, nace la estancia colonial (s. XVIII). En la estancia colonial típica, el propietario delega el mando en mayordomos y capataces. La mano de obra está integrada por esclavos. En la época colonial, la unidad mínima era la llamada "suerte de estancia", de unas 1875 hectáreas, capaz de admitir unos 900 vacunos. La liberación comercial borbónica (y el contrabando) constituyen sucesivos estímulos en la producción de cueros, sebo, astas y otros productos ganaderos. La progresiva extinción del ganado cimarrón corre paralela con la expansión de la estancia: la posesión de la tierra se convierte ahora en la base de una explotación ganadera estable desarrollada en las primitivas estancias de la colonia. Al amparo de estas condiciones —y con la aparición en 1721 de los navíos de registro—, con el consiguiente aumento de las exportaciones legales, el proceso de concentración de la propiedad rural se agudiza. Todo esto condujo al latifundio en gran

escala: hacia finales del s. XVIII, había una media docena de propietarios rurales que poseían centenares de miles de leguas cuadradas, adquiridas por poco dinero e indivisibles merced a la ley de mayorazgo. Los progresos de la ganadería posteriores a 1810 crean un interés mucho mayor por la posesión de la tierra. Con la independencia política y el desarrollo ganadero, la tierra pasa a desempeñar un papel preponderante. A fines del s. XVIII, merced a franquicias aduaneras y al abaratamiento de la sal, aparece en el Río de la Plata el saladero; la verdadera industria bonaerense del tasajo surge con el libre comercio. A partir de 1824 la enfiteusis favorece a la clase terrateniente. Desde 1760 se había ido constituyendo en la campaña un sistema de defensa de fronteras sobre la base de tropas regulares. La revolución y sus necesidades obligaron a descuidar las fuerzas militares de la campaña: la tendencia de las milicias a reemplazarlas se agudizó cada vez más, con lo que la estructura de éstas se apoya crecientemente en la de las estancias ganaderas. "Su hegemonía militar en la campaña es la de los hacendados a menudo por medio de sus subordinados; son capataces y mayordomos los que suelen capitanear las milicias regladas". (T. Halperín Donghi, *op. cit.).* Así los terratenientes adquieren un directo poder militar. Ejercen además un poder represivo y omnipotente sobre asalariados y población marginal de la campaña.

[35]Tapera es el rancho abandonado, en ruinas, pero también el rancho en cuanto vivienda pobre; el galpón o los galpones sirven en las estancias para guardar herramientas o para almacenamiento de productos.

[36]Ataque de los indígenas no sometidos a los poblados cristianos. El malón irrumpía por sorpresa, casi siempre durante la noche, dando peculiares alaridos para infundir terror. El propósito fundamental del malón era apropiarse de ganado, solía también tomar cautivos; obtenido el botín huía confiado en la velocidad y resistencia de sus cabalgaduras.

[37]Coronel alemán llegado a Buenos Aires en 1819. Se destacó en la lucha contra el indio en la década de 1820, sosteniendo el avance de la frontera sur de la provincia de Buenos Aires. Participó en la revolución del 1º de diciembre de 1828. Fue vencido y muerto en el combate de Las Vizcacheras (1829), por las fuerzas de Rosas.

[38]Arma de fuego de la época, un tercio más corta que la carabina.

CAPITULO III

ASOCIACION. - LA PULPERIA

> *Le Gaucho vit de privations, mais son luxe est la liberté. Fier d'une indépendance sans bornes, ses sentiments, sauvages comme sa vie, sont pourtant nobles e bons.*
>
> HEAD[1]

EN EL capítulo primero, hemos dejado al campesino argentino en el momento en que ha llegado a la edad viril, tal cual lo ha formado la naturaleza y la falta de verdadera sociedad en que vive. Le hemos visto hombre, independiente de toda necesidad, libre de toda sujeción, sin ideas de gobierno, porque todo orden regular y sistemado se hace de todo punto imposible. Con estos hábitos de incuria, de independencia, va a entrar en otra escala de la vida campestre, que, aunque vulgar, es el punto de partida de todos los grandes acontecimientos que vamos a ver desenvolverse muy luego.

No se olvide que hablo de los pueblos esencialmente pastores; que en éstos tomo la fisonomía fundamental, dejando las modificaciones accidentales que experimentan, para indicar, a su tiempo, los efectos parciales. Hablo de la asociación de estancias, que, distribuidas de cuatro en cuatro leguas, más o menos, cubren la superficie de una provincia.

Las campañas agrícolas subdividen y diseminan también la sociedad, pero en una escala muy reducida: un labrador colinda con otro, y los aperos de la labranza y la multitud de instrumentos, aparejos, bestias, que ocupa; lo variado de sus productos y las diversas artes que la agricultura llama en su auxilio, establecen relaciones necesarias entre los habitantes de un valle y hacen indispensable un rudimento de villa que les sirva de centro. Por otra parte, los cuidados y faenas que la labranza exige, requieren tal número de brazos, que la ociosidad se hace imposible, y los varones se ven forzados a permanecer en el recinto de la heredad. Todo lo contrario sucede en esta singular asociación. Los límites de la propiedad no están marcados; los ganados, cuanto más numerosos son, menos brazos ocupan; la mujer se encarga de todas las faenas domésticas y fabriles; el hombre queda desocupado, sin goces, sin ideas, sin atenciones forzosas; el hogar doméstico le fastidia, lo expele, digámoslo así. Hay necesidad, pues, de una sociedad ficticia para re-

mediar esta desasociación normal. El hábito, contraído desde la infancia, de andar a caballo, es un nuevo estímulo para dejar la casa.

Los niños tienen el deber de echar caballos al corral apenas sale el sol, y todos los varones, hasta los pequeñuelos, ensillan su caballo, aunque no sepan qué hacerse. El caballo es una parte integrante del argentino de los campos; es para él lo que la corbata para los que viven en el seno de las ciudades. El año 41, el Chacho,[2] caudillo de los Llanos, emigró a Chile. — "¿Cómo le va, amigo? —le preguntaba uno—. —¡Cómo me ha de ir — contestó, con el acento del dolor y la melancolía — en Chile y a pie!"— Sólo un gaucho argentino sabe apreciar todas las desgracias y todas las angustias que estas dos frases expresan.

Aquí vuelve a aparecer la vida árabe, tártara. Las siguientes palabras de Víctor Hugo parecen escritas en la Pampa: "No podría combatir a pie; no hace sino una sola persona con su caballo. Vive a caballo; trata, compra y vende a caballo; bebe, come, duerme y sueña a caballo" *(Le Rhin).*

Salen, pues, los varones sin saber fijamente adónde. Una vuelta a los ganados, una visita a una cría o a la querencia de un caballo predilecto, invierte una pequeña parte del día; el resto lo absorbe una reunión en una venta o *pulpería.* Allí concurren cierto número de parroquianos de los alrededores; allí se dan y adquieren las noticias sobre los animales extraviados; trázanse en el suelo, las marcas del ganado; sábese dónde caza el tigre, dónde se le han visto los rastros al león; allí se arman las carreras, se reconocen los mejores caballos; allí, en fin, está el cantor; allí se fraterniza por el circular de la copa y las prodigalidades de los que poseen.

En esta vida tan sin emociones, el juego sacude los espíritus enervados, el licor enciende las imaginaciones adormecidas. Esta asociación accidental de todos los días viene, por su repetición, a formar una sociedad más estrecha que la de donde partió cada invididuo, y en esta asamblea sin objeto público, sin interés social, empiezan a echarse los rudimentos de las reputaciones que más tarde, y andando los años, van a aparecer en la escena política. Ved cómo:

El gaucho estima, sobre todas las cosas, las fuerzas físicas, la destreza en el manejo del caballo, y, además, el valor. Esta reunión, este *club* diario, es un verdadero circo olímpico, en que se ensayan y comprueban los quilates del mérito de cada uno.

El gaucho anda armado del cuchillo que ha heredado de los españoles: esta peculiaridad de la Península, este grito característico de Zaragoza: *¡Guerra a cuchillo!,* es aquí más real que en España. El cuchillo, a más de un arma, es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones: no puede vivir sin él; es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo. El gaucho, a la par de jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla a cada momento, describiendo círculos en el aire, a la menor provocación, sin provocación alguna, sin otro interés que medirse con un desconocido; juega a las puñaladas, como jugaría a los dados. Tan profundamente entran estos

hábitos pendencieros en la vida íntima del gaucho argentino, que las costumbres han creado sentimientos de honor y una esgrima que garantiza la vida. El hombre de la plebe de los demás países toma el cuchillo para matar, y mata; el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente. Es preciso que esté muy borracho, es preciso que tenga instintos verdaderamente malos, o rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario. Su objeto es sólo *marcarlo,* darle una tajada en la cara, dejarle una señal indeleble. Así, se ve a estos gauchos llenos de cicatrices, que rara vez son profundas. La riña, pues, se traba por brillar, por la gloria del vencimiento, por amor a la reputación. Ancho círculo se forma en torno de los combatientes, y los ojos siguen con pasión y avidez el centelleo de los puñales, que no cesan de agitarse un momento. Cuando la sangre corre a torrentes, los espectadores se creen obligados, en conciencia, a separarlos. Si sucede alguna *desgracia,*[3] las simpatías están por el que se desgració: el mejor caballo le sirve para salvarse a parajes lejanos, y allí lo acoge el respeto o la compasión. Si la justicia le da alcance, no es raro que haga frente, y si *corre a la partida,* adquiere un renombre, desde entonces, que se dilata sobre una ancha circunferencia. Transcurre el tiempo, el juez ha sido mudado, y ya puede presentarse de nuevo en su pago, sin que se proceda a ulteriores persecuciones; está absuelto. Matar es una desgracia, a menos que el hecho se repita tantas veces, que inspire horror el contacto del asesino. El estanciero don Juan Manuel Rosas, antes de ser hombre público, había hecho de su residencia, una especie de asilo para los homicidas, sin que jamás consintiese en su servicio, a los ladrones; preferencias que se explicarían fácilmente por su carácter de gaucho propietario, si su conducta posterior no hubiese revelado afinidades que han llenado de espanto al mundo.

En cuanto a los juegos de equitación, bastaría indicar uno de los muchos en que se ejercitan, para juzgar del arrojo que para entregarse a ellos se requiere. Un gaucho pasa a todo escape por enfrente de sus compañeros. Uno le arroja un tiro de bolas, que en medio de la carrera, maniata el caballo. Del torbellino de polvo que levanta éste al caer, vese salir al jinete corriendo, seguido del caballo, a quien el impulso de la carrera interrumpida hace avanzar, obedeciendo a las leyes de la física. En este pasatiempo se juega la vida, y a veces se pierde.

¿Creeráse que estas proezas, y la destreza y la audacia en el manejo del caballo son la base de las grandes ilustraciones, que han llenado con su nombre la República Argentina y cambiado la faz del país? Nada es más cierto, sin embargo. No es mi ánimo persuadir a que el asesinato y el crimen hayan sido siempre una escala de ascensos. Millares son los valientes que han parado en bandidos obscuros; pero pasan de centenares, los que a esos hechos han debido su posición. En todas las sociedades despotizadas, las grandes dotes naturales van a perderse en el crimen; el *genio* romano que conquistara el mundo, es hoy el terror de los Lagos Pontinos, y los Zumalacárregui, los Mina españoles, se encuentran a centenares en Sierra Leona. Hay una necesidad, para el hombre, de desenvolver sus fuerzas, su capacidad y ambición,

que, cuando faltan los medios legítimos, él se forja un mundo con su moral y sus leyes aparte, y en él se complace en mostrar que había nacido Napoleón o César.

Con esta sociedad, pues, en que la cultura del espíritu es inútil e imposible; donde los negocios municipales no existen; donde el bien público es una palabra sin sentido, porque no hay público, el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse, y adopta para ello, los medios y los caminos que encuentra. El gaucho será un malhechor o un caudillo, según el rumbo que las cosas tomen, en el momento en que ha llegado a hacerse notable.

Costumbres de este género requieren medios vigorosos de represión, y para reprimir desalmados se necesitan jueces más desalmados aun. Lo que al principio dije del capataz de carretas se aplica exactamente al juez de campaña. Ante toda otra cosa, necesita valor: el terror de su nombre es más poderoso que los castigos que aplica. El juez es, naturalmente, algún famoso de tiempo atrás, a quien la edad y la familia han llamado a la vida ordenada. Por supuesto, que la justicia que administra es de todo punto arbitraria: su conciencia o sus pasiones lo guían, y sus sentencias son inapelables. A veces, suele haber jueces de éstos que lo son de por vida y que dejan una memoria respetada. Pero la coincidencia de estos medios ejecutivos y lo arbitrario de las penas forman ideas en el pueblo sobre el poder de la *autoridad,* que más tarde viene a producir sus efectos. El juez se hace obedecer por su reputación de audacia temible, su autoridad, su juicio sin formas, su sentencia, un *yo lo mando* y sus castigos, inventados por él mismo. De este desorden, quizá por mucho tiempo inevitable, resulta que el caudillo que en las revueltas llega a elevarse, posee sin contradicción, y sin que sus secuaces duden de ello, el poder amplio y terrible que sólo se encuentra hoy en los pueblos asiáticos.

El caudillo argentino es un Mahoma, que pudiera, a su antojo, cambiar la religión dominante y forjar una nueva. Tiene todos los poderes: su injusticia es una desgracia para su víctima, pero no un abuso de su parte; porque él puede ser injusto; más todavía: él ha de ser injusto necesariamente; siempre lo ha sido.

Lo que digo del juez es aplicable al comandante de campaña.[4] Este es un personaje de más alta categoría que el primero, y en quien han de reunirse, en más alto grado, las cualidades de reputación y antecedentes de aquél. Todavía una circunstancia nueva agrava, lejos de disminuir, el mal. El gobierno de las ciudades es el que da el título de comandante de Campaña; pero como la ciudad es débil en el campo, sin influencia y sin adictos, el Gobierno echa mano de los hombres que más temor le inspiran, para encomendarles este empleo, a fin de tenerlos en su obediencia; manera muy conocida de proceder de todos los gobiernos débiles, y que alejan el mal del momento presente, para que se produzca más tarde en dimensiones colosales. Así, el Gobierno Papal hace transacciones con los bandidos, a quienes da empleos en Roma, estimulando con esto el bandalaje y creándole un porvenir seguro; así, el Sultán concedía a Mehemet-Alí la investidura de bajá de Egipto, para tener que

reconocerlo más tarde rey hereditario, a trueque de que no lo destronase. Es singular que todos los caudillos de la revolución argentina han sido Comandantes de Campaña. López[5] e Ibarra,[6] Artigas y Güemes,[7] Facundo y Rosas. Es el punto de partida para todas las ambiciones. Rosas, cuando hubo apoderádose de la ciudad, exterminó a todos los comandantes que lo habían elevado, entregando este influyente cargo a hombres vulgares que no pudiesen seguir el camino que él había traído: Pajarito, Celarrayán, Arbolito, Pancho el Ñato y Molina, eran otros tantos comandantes de que Rosas purgó al país.

Doy tanta importancia a estos pormenores porque ellos servirán a explicar todos nuestros fenómenos sociales y la revolución que se ha estado obrando en la República Argentina; revolución que está desfigurada por palabras del diccionario civil, que la disfrazan y ocultan, creando ideas erróneas; de la misma manera que los españoles, al desembarcar en América, daban un nombre europeo conocido a un animal nuevo que encontraban, saludando con el terrible de león, que trae al espíritu la idea de la magnanimidad y fuerza del rey de las bestias, al miserable gato, llamado puma, que huye a la vista de los perros, y tigre, al jaguar de nuestros bosques. Por deleznables e innobles que parezcan estos fundamentos que quiero dar a la guerra civil, la evidencia vendrá luego a mostrar cuán sólidos e indestructibles son.

La vida de los campos argentinos, tal como la he mostrado, no es un accidente vulgar: es un orden de cosas, un sistema de asociación característico, normal, único, a mi juicio, en el mundo, y él solo basta para explicar toda nuestra revolución. Había, antes de 1810, en la República Argentina, dos sociedades distintas, rivales e incompatibles, dos civilizaciones diversas: la una, española, europea, culta, y la otra, bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo, se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen y, después de largos años de lucha, la una absorbiese a la otra. He indicado la asociación normal de la campaña, la desasociación, peor mil veces que la tribu nómade; he mostrado la asociación ficticia, en la desocupación; la formación de las reputaciones gauchas: valor, arrojo, destreza, violencias y oposición a la justicia regular, a la justicia civil de la ciudad. Este fenómeno de organización social existía en 1810, existe aún, modificado en muchos puntos, modificándose lentamente en otros e intacto en muchos aún. Estos focos de reunión del gauchaje valiente, ignorante, libre y desocupado, estaban diseminados a millares en la campaña. La revolución de 1810 llevó a todas partes, el movimiento y el rumor de las armas. La vida pública, que hasta entonces había faltado a esta asociación áraberromana, entró en todas las ventas, y el movimiento revolucionario trajo, al fin, la asociación bélica en la *montonera* provincial, hija legítima de la venta y de la estancia, enemiga de la ciudad y del ejército patriota revolucionario. Desenvolviéndose los acontecimientos, veremos las montoneras provinciales con sus caudillos a la cabeza; en Facundo Quiroga, últimamente triunfante en todas partes, la campaña sobre las ciudades, y dominadas éstas en su espíritu, gobierno, civili-

zación, formarse al fin, el Gobierno central, unitario, despótico, del estanciero don Juan Manuel Rosas, que clava en la culta Buenos Aires, el cuchillo del gaucho y destruye la obra de los siglos, la civilización, las leyes y la libertad.

NOTAS

[1]El inglés Francis Bond Head recorrió la República Argentina desde Buenos Aires a Mendoza para hacerse cargo del puesto de administrador de la Asociación Minera del Río de la Plata formada por Rivadavia para explotar las minas mendocinas de Uspallata. Como la explotación no pudo concretarse pues dichas minas habían sido consideradas como propias por el gobierno de Buenos Aires y en su nombre había actuado Rivadavia, Head regresa a Inglaterra y denuncia el hecho en su libro *Rough notes during some Rapid Journeys across the Pampas and the Andes* (1826), muy leído en su patria.

[2]General Angel Vicente Peñaloza, caudillo nacido en los Llanos de La Rioja, de una familia tradicional (1796-1863). Combate junto a Juan Facundo Quiroga en diversas campañas. Lucha contra Rosas integrando la Liga del Norte, como consecuencia de lo cual debe refugiarse en Chile. Vuelve a La Rioja antes de Caseros, para incorporarse al movimiento antirrosista. Después de Caseros es nombrado gobernador en La Rioja. Tras la caída de Urquiza, se levanta contra Mitre e invade San Juan, cuyo gobernador es Sarmiento. Pese a su disposición a pactar, es asesinado en Olta (La Rioja) por las fuerzas nacionales, y por instigación de Sarmiento, quien escribe su *Vida del Chacho,* José Hernández denuncia el hecho en una serie de artículos periodísticos luego reunidos en libro.

[3]Muerte violenta. De ella deriva el verbo desgraciarse: matar a alguien.

[4]Autoridad militar designada directamente por el gobierno, cuya función era reclutar tropas —las famosas levas que perseguían al hombre de la campaña—, para enrolarlas en los ejércitos de la independencia, las guerras civiles o la lucha contra el indio.

[5]*Estanislao López,* caudillo santafesino (1786-1838) empeñado durante toda su gestión en la pacificación del país y la organización del mismo bajo el sistema federal. Participa con Belgrano en la expedición al Paraguay. En 1816 es nombrado comandante de armas de su provincia, y en 1818, gobernador de Santa Fe, cargo que desempeña hasta su muerte. En 1819 sanciona el Estatuto (primera constitución provincial de corte federal). Integra la Liga de los Pueblos Libres, enfrentada al centralismo directorial: junto a Ramírez vence a Rondeau en Cepeda (1820). Firma el Tratado del Pilar, del Cuadrilátero, y el Pacto Federal (1831). Vence a Dorrego (Cañada de la Cruz y Gamonal), a Lavalle (Puente de Márquez) y a Ramírez, a quien expulsa del territorio santafesino. Federal, se alía a Bustos, Ibarra, Quiroga y Rosas. La dirección del federalismo litoral recae en sus manos, pero Santa Fe, en tanto es la provincia más pobre y despoblada del litoral, no puede encabezar el complejo sistema de alianzas inter-provinciales.

En 1831 es nombrado jefe de las fuerzas federales, mientras Rosas comanda la reserva. Derrotado Paz, se constituye un triunvirato de jefes regionales victoriosos: Qui-

roga, Rosas y López. Este último cuenta con el consenso de Córdoba, Sgo del Estero, Entre Ríos, Corrientes y Salta. Pero esta vez la correlación de fuerzas revierte a favor de Rosas. López debe renunciar a sus viejas aspiraciones de lograr la autonomía santafesina, y acepta la disolución, propuesta por Rosas, de la Comisión Representativa. Merced a su rivalidad con Quiroga, algunos le atribuyeron haber instigado su asesinato.

[6]*Juan Felipe Ibarra* (1787-1851), caudillo santiagueño, perteneciente a una antigua familia terrateniente. En 1806 se alista como voluntario para luchar contra el invasor inglés. Lucha al mando de Belgrano en Tucumán y Salta (1813). Integra el Estado Mayor de San Martín. Secunda a Rondeau en el Alto Perú, a Belgrano (1816) y es Comandante General de la Frontera de Santiago del Estero (1817). En este cargo conquista un auténtico prestigio entre las masas campesinas del interior santiagueño, y el respeto de los terratenientes —a quienes defiende del ataque indígena— y de los grupos urbanos. En 1820 es elegido Gobernador con el consenso de todas las clases sociales de Santiago. Rompe la dependencia con Tucumán, y juntamente con otros gobernadores federales, adopta medidas proteccionistas para las artesanías locales, crea aduanas interiores, y acuña por primera vez monedas de plata para la provincia.

En 1830, bloqueado por la Liga Unitaria, solicita el auxilio de López. Obtiene también el de Rosas, que le envía hombres y dinero. Lucha contra la Liga Unitaria. Ante la posibilidad de ser depuesto por los unitarios (frente a los asesinatos de Quiroga y la Torre), llama a las bases populares en su apoyo y disuelve la legislatura, asumiendo el poder absoluto. Apoya a Rosas y ejerce la primera magistratura de la provincia hasta su muerte (1851).

[7]*Martín Güemes* (1785-1821), salteño, perteneciente a una de las familias más poderosas de la región. Lucha durante las Invasiones Inglesas, y adhiere a la Revolución del 10. Interviene en la batalla de Suipacha con un cuerpo de voluntarios reunido por él. Auxilia a Pueyrredón en Huaqui. Participa en el 1er. sitio de Montevideo. En 1814 se incorpora al cuerpo auxiliador al mando de San Martín, destinado a reforzar el ejército del Norte. Después de los reveses de Vilcapugio y Ayohúma, éste le confía la organización y dirección de las partidas gauchas para contener el avance de los realistas. Durante años, Güemes defiende la frontera norte de la Argentina contra las tropas españolas. Obtiene un enorme ascendiente sobre el pueblo salteño, al que integra sus partidas gauchas, haciendo recaer el peso económico de la guerra en comerciantes y terratenientes, muchos de ellos aliados de los españoles del Alto Perú. En 1815 lo eligen gobernador de Salta. Entra en un prolongado conflicto con el general en jefe de las fuerzas nacionales, Rondeau. Por todo ello, es combatido duramente por grupos que reciben el apoyo de Bernabé Aráoz, gobernador de Tucumán. El gobierno de Güemes cumple la función esencial de defender la frontera, ya que anualmente Salta sufre una invasión realista, que termina en retirada, pues las guerrillas gauchas dominan la campaña. Los grupos partidarios de Aráoz acceden al poder tras la muerte de Güemes, a manos de una partida española proveniente del Altiplano.

CAPITULO IV

REVOLUCION DE 1810

Cuando la batalla empieza, el tártaro da un grito terrible, llega, hiere, desaparece y vuelve como el rayo.

VÍCTOR HUGO

HE NECESITADO andar todo el camino que dejo recorrido, para llegar al punto en que nuestro drama comienza. Es inútil detenerse en el carácter, objeto y fin de la Revolución de la Independencia. En toda la América fueron los mismos, nacidos del mismo origen, a saber: el movimiento de las ideas europeas. La América obraba así porque así obraban todos los pueblos. Los libros, los acontecimientos, todo llevaba a la América a asociarse a la impulsión que a la Francia habían dado Norteamérica y sus propios escritores; a la España, la Francia y sus libros. Pero lo que necesito notar para mi objeto es que la revolución, excepto en su símbolo exterior, independencia del Rey, era sólo interesante e inteligible para las ciudades argentinas, extraña y sin prestigio para las campañas. En las ciudades había libros, ideas, espíritu municipal, juzgados, derechos, leyes, educación: todos los puntos de contacto y de mancomunidad que tenemos con los europeos; había una base de organización, incompleta, atrasada, si se quiere; pero precisamente porque era incompleta, porque no estaba a la altura de lo que ya se sabía que podía llegar a ser, se adoptaba la revolución con entusiasmo. Para las campañas, la revolución era un problema; sustraerse a la autoridad del Rey era agradable, por cuanto era sustraerse a la autoridad. La campaña pastora no podía mirar la cuestión bajo otro aspecto. Libertad, responsabilidad del poder, todas las cuestiones que la revolución se proponía resolver eran extrañas a su manera de vivir, a sus necesidades. Pero la revolución le era útil en este sentido: que iba a dar objeto y ocupación a ese exceso de vida que hemos indicado, y que iba a añadir un nuevo centro de reunión, mayor que el tan circunscrito a que acudían diariamente los varones en toda la extensión de las campañas.

Aquellas constituciones espartanas; aquellas fuerzas físicas tan desenvueltas; aquellas disposiciones guerreras que se malbarataban en puñaladas y tajos entre unos y otros; aquella desocupación romana, a que sólo faltaba un Campo de Marte para ponerse en ejercicio activo; aquella antipatía a la auto-

ridad, con quien vivían en continua lucha, todo encontraba al fin, camino por donde abrirse paso y salir a la luz, ostentarse y desenvolverse.

Empezaron, pues, en Buenos Aires, los movimientos revolucionarios, y todas las ciudades del interior respondieron con decisión al llamamiento. Las campañas pastoras se agitaron y adhirieron al impulso. En Buenos Aires, empezaron a formarse ejércitos pasablemente disciplinados para acudir al Alto Perú[1] y a Montevideo, donde se hallaban las fuerzas españolas mandadas por el general Vigodet.[2] El general Rondeau[3] puso sitio a Montevideo con un ejército disciplinado: concurría al sitio, Artigas, caudillo célebre, con algunos millares de gauchos. Artigas había sido contrabandista temible hasta 1804, en que las autoridades civiles de Buenos Aires pudieron ganarlo y hacerle servir en carácter de *comandante de campaña,* en apoyo de esas mismas autoridades a quienes había hecho la guerra hasta entonces. Si el lector no se ha olvidado del baqueano y de las cualidades generales que constituyen el candidato para la Comandancia de campaña, comprenderá fácilmente el carácter e instintos de Artigas.

Un día Artigas, con sus gauchos, se separó del general Rondeau y empezó a hacerle la guerra. La posición de éste era la misma que hoy tiene Oribe sitiando a Montevideo y haciendo a retaguardia, frente a otro enemigo. La única diferencia consistía en que Artigas era enemigo de los patriotas y de los realistas a la vez. Yo no quiero entrar en la averiguación de las causas o pretextos que motivaron este rompimiento; tampoco quiero darle nombre ninguno de los consagrados en el lenguaje de la política, porque ninguno le conviene. Cuando un pueblo entra en revolución, dos intereses opuestos luchan al principio: el revolucionario y el conservador; entre nosotros, se han denominado los partidos que los sostenían, patriotas y realistas. Natural es que, después del triunfo, el partido vencedor se subdivida en fracciones de moderados y exaltados; los unos, que querrían llevar la revolución en todas sus consecuencias; los otros, que querrían mantenerla en ciertos límites. También es del carácter de las revoluciones que el partido vencido primitivamente, vuelva a reorganizarse y triunfar, a merced de la división de los vencedores. Pero, cuando en una revolución, una de las fuerzas llamadas en su auxilio, se desprende inmediatamente, forma una tercera entidad, se muestra indiferentemente hostil a unos y a otros combatientes (a realistas o patriotas), esta fuerza que se separa es heterogénea; la sociedad que la encierra no ha conocido, hasta entonces, su existencia, y la revolución sólo ha servido para que se muestre y desenvuelva.

Este era el elemento que el célebre Artigas ponía en movimiento; instrumento ciego, pero lleno de vida, de instintos hostiles a la civilización europea y a toda organización regular; adverso a la monarquía como a la república, porque ambas venían de la ciudad y traían aparejado un orden y la consagración de la autoridad. ¡De este instrumento se sirvieron los partidos diversos de las ciudades cultas, y principalmente, el menos revolucionario, hasta que andando el tiempo, los mismos que lo llamaron en su auxilio, sucumbieron, y

con ellos, la *ciudad*, sus ideas, su literatura, sus colegios, sus tribunales, su civilización!

Este movimiento espontáneo de las campañas pastoriles fue tan ingenuo en sus primitivas manifestaciones, tan genial y tan expresivo de su espíritu y tendencias, que abisma, hoy, el candor de los partidos de las ciudades que lo asimilaron a su causa y lo bautizaron con los nombres políticos que a ellos los dividían. La fuerza que sostenía a Artigas, en Entre Ríos, era la misma que, en Santa Fe, a López; en Santiago, a Ibarra; en los Llanos, a Facundo. El individualismo constituía su esencia, el caballo, su arma exclusiva, la pampa inmensa, su teatro. Las hordas beduinas que hoy importunan con su algazara y depredaciones las fronteras de la Argelia dan una idea exacta de la montonera argentina, de que se han servido hombres sagaces o malvados insignes. La misma lucha de civilización y barbarie de la ciudad y el desierto existe hoy en Africa; los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estrategia indisciplinada, entre la horda y la montonera. Masas inmensas de jinetes que vagan por el desierto, ofreciendo el combate a las fuerzas disciplinadas de las ciudades, si se sienten superiores en fuerzas, disipándose como las nubes de cosacos, en todas direcciones, si el combate es igual siquiera, para reunirse de nuevo, caer de improviso sobre los que duermen, arrebatarles los caballos, matar los rezagados y las partidas avanzadas; presentes siempre, intangibles por su falta de cohesión, débiles en el combate, pero fuertes e invencibles en una larga campaña, en que al fin, la fuerza organizada, el ejército, sucumbe diezmado por los encuentros parciales, las sorpresas, la fatiga, la extenuación.

La montonera, tal como apareció en los primeros días de la República bajo las órdenes de Artigas, presentó ya ese carácter de ferocidad brutal y ese espíritu terrorista que al inmortal bandido, al estanciero de Buenos Aires, estaba reservado convertir en un sistema de legislación aplicado a la sociedad culta, y presentarlo, en nombre de la América avergonzada, a la contemplación de la Europa. Rosas no ha inventado nada; su talento ha consistido sólo en plagiar a sus antecesores y hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes, un sistema meditado y coordinado fríamente. La correa de cuero sacada al coronel Maciel, y de que Rosas se ha hecho una *manea*[4] que han visto Agentes extranjeros, tiene sus antecedentes en Artigas y en los demás caudillos bárbaros, tártaros. La montonera de Artigas *enchalecaba* a sus enemigos; esto es, los cosía dentro de un retobo de cuero fresco y los dejaba así, abandonados en los campos. El lector suplirá todos los horrores de esta muerte lenta. El año 36 se ha repetido este horrible castigo con un coronel del ejército. El ejecutar con el cuchillo, *degollando* y no fusilando, es un instinto de carnicero que Rosas ha sabido aprovechar para dar, todavía, a la muerte, formas gauchas y al asesino, placeres horribles; sobre todo, para cambiar las formas *legales* y admitidas en las sociedades cultas, por otras que él llama americanas y en nombre de las cuales invita a la América para que salga a su defensa, cuando los sufrimientos del Brasil, del Paraguay, del Uruguay invo-

can la alianza de los poderes europeos, a fin de que les ayuden a librarse de este caníbal que ya los invade con sus hordas sanguinarias. ¡No es posible mantener la tranquilidad de espíritu necesaria para investigar la verdad histórica, cuando se tropieza, a cada paso, con la idea de que ha podido engañarse a la América y a la Europa, tanto tiempo, con un sistema de asesinatos y crueldades, tolerables tan sólo en Ashanty y Dahomai, en el interior de Africa!

Tal es el carácter que presenta la montonera desde su aparición; género singular de guerra y enjuiciamiento, que sólo tiene antecedentes en los pueblos asiáticos que habitan las llanuras y que no ha debido nunca confundirse con los hábitos, ideas y costumbres de las ciudades argentinas, que eran, como todas las ciudades americanas, una continuación de la Europa y de la España. La montonera sólo puede explicarse examinando la organización íntima de la sociedad de donde procede. Artigas, baqueano, contrabandista, esto es, haciendo la guerra a la sociedad civil, a la ciudad, comandante de campaña por transacción, caudillo de las masas de a caballo, es el mismo tipo que, con ligeras variantes, continúa reproduciéndose en cada comandante de campaña que ha llegado a hacerse caudillo. Como todas las guerras civiles, en que profundas desemejanzas de educación, creencias y objetos dividen a los partidos, la guerra interior de la República Argentina ha sido larga, obstinada, hasta que uno de los elementos ha vencido. La guerra de la revolución argentina ha sido doble: 1º guerra de las ciudades, iniciadas en la cultura europea, contra los españoles, a fin de dar mayor ensanche a esa cultura, y 2º guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujeción civil y desenvolver su carácter y su odio contra la civilización. Las ciudades triunfan de los españoles, y las campañas, de las ciudades. He aquí explicado el enigma de la revolución argentina, cuyo primer tiro se disparó en 1810 y el último aún no ha sonado todavía.

No entraré en todos los detalles que requiriría este asunto: la lucha es más o menos larga; unas ciudades sucumben primero, otras después. La vida de Facundo Quiroga nos proporcionará ocasión de mostrarlos en toda su desnudez. Lo que por ahora necesito hacer notar es que, con el triunfo de estos caudillos, toda forma *civil,* aun en el estado en que la usaban los españoles, ha desaparecido, totalmente, en unas partes; en otras, de un modo parcial, pero caminando visiblemente a su destrucción. Los pueblos en masa no son capaces de comparar distintamente unas épocas con otras; el momento presente es para ellos el único sobre el cual se extienden sus miradas: así es como nadie ha observado, hasta ahora, la destrucción de las ciudades y su decadencia; lo mismo que no prevén la barbarie total a que marchan, visiblemente, los pueblos del interior. Buenos Aires es tan poderosa en elementos de civilización europea, que concluirá al fin con educar a Rosas y contener sus instintos sanguinarios y bárbaros. El alto puesto que ocupa, las relaciones con los gobiernos europeos, la necesidad en que se ha visto de respetar a los extranjeros,[5] la de mentir por la prensa y negar las atrocidades que ha co-

metido, a fin de salvarse de la reprobación universal que lo persigue, todo, en fin, contribuirá a contener sus desafueros, como ya se está sintiendo; sin que eso estorbe que Buenos Aires venga a ser, como La Habana, el pueblo más rico de América, pero también el más subyugado y más degradado.

Cuatro son las ciudades que han sido aniquiladas, ya, por el dominio de los caudillos que sostienen hoy a Rosas, a saber: Santa Fe, Santiago del Estero, San Luis y La Rioja. Santa Fe,[6] situada en la confluencia del Paraná y otro río navegable que desemboca en sus inmediaciones, es uno de los puntos más favorecidos de la América, y sin embargo, no cuenta, hoy, con dos mil almas; San Luis,[7] capital de una provincia de cincuenta mil habitantes, y donde no hay más ciudad que la capital, no tiene mil quinientas.

Para hacer sensible la ruina y decadencia de la civilización y los rápidos progresos que la barbarie hace en el interior, necesito tomar dos ciudades: una, ya aniquilada; la otra, caminando sin sentirlo a la barbarie: La Rioja y San Juan. La Rioja[8] no ha sido, en otro tiempo, una ciudad de primer orden; pero, comparada con su estado presente, la desconocerían sus mismos hijos. Cuando principió la revolución de 1810, contaba con un crecido número de capitalistas y personajes notables que han figurado de un modo distinguido en las armas, en el foro, en la tribuna, en el púlpito. De La Rioja ha salido el doctor Castro Barros,[9] diputado al Congreso de Tucumán y canonista célebre; el general Dávila,[10] que libertó a Copiapó del poder de los españoles en 1817; el general Ocampo,[11] Presidente de Charcas; el doctor don Gabriel Ocampo, uno de los abogados más célebres del foro argentino, un número crecido de abogados del apellido de Ocampo, Dávila y García, que existen hoy desparramados por el territorio chileno, como varios sacerdotes de luces, entre ellos el doctor Gordillo, residente en el Huasco.

Para que una provincia haya podido producir en una época dada, tantos hombres eminentes o ilustrados, es necesario que las luces hayan estado difundidas sobre un número mayor de individuos y sido respetadas y solicitadas con ahínco. Si en los primeros días de la revolución sucedía esto, ¿cuál no debería ser el acrecentamiento de luces, riqueza y población que hoy día debiera notarse, si un espantoso retroceso a la barbarie no hubiese impedido a aquel pobre pueblo, continuar su desenvolvimiento? ¿Cuál es la ciudad chilena, por insignificante que sea, que no pueda enumerar los progresos que ha hecho en diez años, en ilustración, aumento de riqueza y ornato, sin excluir aún de este número, las que han sido destruidas por los terremotos?

Pues bien: veamos el estado de La Rioja, según las soluciones dadas a uno de los muchos interrogatorios que he dirigido para conocer a fondo los hechos sobre que fundo mis teorías. Aquí es una persona respetable la que habla, ignorando siquiera el objeto con que interrogo sus recientes recuerdos, porque sólo hace cuatro meses que dejó La Rioja.*

* El doctor don Manuel Ignacio Castro Barros, canónigo de la catedral de Córdoba. *(Nota agregada a la 2ª edición).*

1ª—¿A qué número ascenderá, aproximativamente, la población actual de la ciudad de La Rioja?

R.—*Apenas a 1.500 almas. Se dice que sólo hay quince varones residentes en la ciudad.*

2ª — ¿Cuántos ciudadanos notables residen en ella?

R. — *En la ciudad serán seis u ocho.*

3ª — ¿Cuántos abogados tienen estudio abierto?

R. — *Ninguno.*

4ª — ¿Cuántos médicos asisten a los enfermos?

R. — *Ninguno.*

5ª — ¿Qué jueces letrados hay?

R. — *Ninguno.*

6ª — ¿Cuántos hombres visten frac?

R. — *Ninguno.*

7ª — ¿Cuántos jóvenes riojanos están estudiando en Córdoba o Buenos Aires?

R. — *Sólo sé de uno.*

8ª — ¿Cuántas escuelas hay, y cuántos niños asisten?

R. — *Ninguna.*

9ª — ¿Hay algún establecimiento público de caridad?

R. — *Ninguno, ni escuela de primeras letras. El único religioso franciscano que hay en aquel convento, tiene algunos niños.*

10. — ¿Cuántos templos arruinados hay?

R. — *Cinco: sólo la Matriz sirve de algo.*

11. — ¿Se edifican casas nuevas?

R. — *Ninguna, ni se reparan las caídas.*

12. — ¿Se arruinan las existentes?

R. — *Cuasi todas, porque las avenidas de las calles son tantas.*

13. — ¿Cuántos sacerdotes se han ordenado?

R. — *En la ciudad sólo dos mocitos: uno es clérigo cura, otro es religioso de Catamarca. En la provincia, cuatro más.*

14. — ¿Hay grandes fortunas de a cincuenta mil pesos? ¿Cuántas de a veinte mil?

R. — *Ninguna; todos pobrísimos.*

15. — ¿Ha aumentado o disminuido la población?

R. — *Ha disminuido más de la mitad.*

16. — ¿Predomina en el pueblo algún sentimiento de terror?

R. — *Máximo. Se teme hablar aun lo inocente.*

17. — La moneda que se acuña, ¿es de buena ley?

R. — *La provincia es adulterada*

Aquí los hechos hablan con toda su triste y espantosa severidad. Sólo la historia de las conquistas de los mahometanos sobre la Grecia, presenta ejemplos de una *barbarización*, de una destrucción tan rápida. ¡Y esto sucede en América en el siglo XIX! ¡Es la obra de sólo veinte años, sin embargo!

Lo que conviene a La Rioja es exactamente aplicable a Santa Fe, a San Luis, a Santiago del Estero,[12] esqueletos de ciudades, villorrios decrépitos y devastados. En San Luis, hace diez años que sólo hay un sacerdote, y que no hay escuela ni una persona que lleve frac. Pero vamos a juzgar en San Juan, la suerte de las ciudades que han escapado a la destrucción, pero que van *barbarizándose* insensiblemente.

San Juan[13] es una provincia agrícola y comerciante, exclusivamente; el no tener campaña la ha librado, por largo tiempo, del dominio de los caudillos. Cualquiera que fuese el partido dominante, gobernador y empleados eran tomados de la parte educada de la población, hasta el año 1833, en que Facundo Quiroga colocó a un hombre vulgar en el gobierno.[14] Este, no pudiéndose sustraer a la influencia de las costumbres civilizadas que prevalecían a despecho del poder, se entregó a la dirección de la parte culta, hasta que fue vencido por Brizuela,[15] jefe de los riojanos, sucediéndole el general Benavides,[16] que conserva el mando hace nueve años, no ya como una magistratura periódica, sino como propiedad suya. San Juan ha crecido en población a causa de los progresos de la agricultura y de la emigración de La Rioja y San Luis, que huye del hambre y de la miseria. Sus edificios se han aumentado sensiblemente; lo que prueba toda la riqueza de aquellos países, y cuánto podrían progresar si el gobierno cuidase de fomentar la instrucción y la cultura, únicos medios de elevar a un pueblo.

El despotismo de Benavides es blando y pacífico, lo que mantiene la quietud y la calma en los espíritus. Es el único caudillo de Rosas que no se ha hartado de sangre, pero no por eso se hace sentir menos la influencia *barbarizadora* del sistema actual.

En una población de cuarenta mil habitantes reunidos en una ciudad, no hay hoy un solo abogado hijo del país ni de las otras provincias.

Todos los tribunales están desempeñados por hombres que no tienen el más leve conocimiento del Derecho, y que son, además, hombres negados en toda la extensión de la palabra. No hay establecimiento ninguno de educación pública. Un colegio de señoras[17] fue cerrado en 1840; tres de hombres han sido abiertos y cerrados sucesivamente del 40 al 43, por la indiferencia y aun hostilidad del gobierno.

Sólo tres jóvenes se están educando fuera de la provincia.

Sólo hay un médico sanjuanino.

No hay tres jóvenes que sepan inglés, ni cuatro que hablen francés.

Uno solo hay que ha cursado matemáticas.

Un solo joven hay que posee una instrucción digna de un pueblo culto: el señor Rawson,[18] distinguido ya por sus talentos extraordinarios. Su padre es norteamericano, y a esto ha debido recibir educación.

No hay diez ciudadanos que sepan más que leer y escribir.

No hay un militar que haya servido en ejércitos de línea fuera de la República.*

* "Desde 1845 en que se escribió este libro hasta la fecha, ha habido en la provincia

¿Creeráse que tanta mediocridad es natural a una ciudad del interior? ¡No! Ahí está la tradición, para probar lo contrario. Veinte años atrás, San Juan era uno de los pueblos más cultos del interior, y ¿cuál no debe ser la decadencia y postración de una ciudad americana, para ir a buscar sus épocas brillantes veinte años atrás del momento presente?

El año 1831 emigraron a Chile, doscientos ciudadanos, jefes de familia, jóvenes, literatos, abogados, militares, etcétera. Copiapó, Coquimbo, Valparaíso y el resto de la República están llenos aún de estos nobles proscriptos, capitalistas algunos, mineros inteligentes otros, comerciantes y hacendados muchos, abogados, médicos, varios. Como en la dispersión de Babilonia, todos éstos no volvieron a ver la tierra prometida. ¡Otra emigración ha salido, para no volver, en 1840!

San Juan había sido, hasta entonces, suficientemente rico en hombres civilizados, para dar al célebre Congreso de Tucumán,[19] un presidente de la capacidad y altura del doctor Laprida,[20] que murió más tarde asesinado por los Aldao;[21] un prior a la Recoleta Dominica de Chile, en el distinguido, sabio y patriota Oro,[22] después obispo de San Juan; un ilustre patriota, don Ignacio de la Roza,[23] que preparó con San Martín la expedición a Chile, y que derramó en su país, las semillas de la igualdad de clases, prometida por la revolución; un ministro, al gobierno de Rivadavia;[24] un ministro, a la Legación argentina, en don Domingo Oro,[25] cuyos talentos diplomáticos no son aún debidamente apreciados; un diputado al Congreso de 1826, en el ilustrado sacerdote Vera; un diputado a la convención de Santa Fe, en el presbítero Oro, orador de nota; otro a la de Córdoba, en don Rudecindo Rojo,[26] tan eminente por sus talentos y genio industrial, como por su grande instrucción; un militar al ejército, entre otros, en el coronel Rojo, que ha salvado dos provincias sofocando motines con sólo su serena audacia, y de quien el general Paz,[27] juez competente en la materia, decía que sería uno de los primeros generales de la República. San Juan poseía, entonces, un teatro y compañía permanente de actores.

Existen aún los restos de seis o siete bibliotecas de particulares, en que estaban reunidas las principales obras del siglo XVIII y las traducciones de las mejores obras griegas y latinas. Yo no he tenido otra instrucción hasta el año 36, que la que esas ricas, aunque truncas bibliotecas, pudieron proporcionarme. Era tan rico San Juan en hombres de luces, el año 1825, que la Sala de Representantes contaba con seis oradores de nota. ¡Los miserables aldea-

de San Juan una reacción saludable. Hay hoy un colegio de hombres, otro de señoras y la honorable Junta de Representantes acaba de declarar la educación primaria para ambos sexos, institución pública de la provincia. Más de veinte jóvenes estudian en Buenos Aires, Córdoba y Chile, para dedicarse a las carreras de abogado o médico. La música y el dibujo se han generalizado notablemente en ambos sexos, y los artesanos y otras clases de la sociedad gustan llevar paletó, tuin o levita, lo que indica una buena educación del espíritu público a mejorar de condición. Los hombres de acción han sido anulados por el tiempo y su propia ineptitud, viéndose obligado el gobierno a poner en los empleos personas de viso, que sin ser salvajes, tienen aversión a la violencia y el vasallaje". *(Nota de la 2ª edición).*

nos que hoy* deshonran la Sala de Representantes de San Juan, —en cuyo recinto se oyeron oraciones tan elocuentes y pensamientos tan elevados—, que sacudan el polvo de las actas de aquellos tiempos y huyan avergonzados de estar profanando con sus diatribas, aquel augusto santuario!

Los juzgados, el ministerio, estaban servidos por letrados, y quedaba suficiente número para la defensa de los intereses de las partes.

La cultura de los modales, el refinamiento de las costumbres, el cultivo de las letras, las grandes empresas comerciales, el espíritu público de que estaban animados los habitantes, todo anunciaba al extranjero, la existencia de una sociedad culta, que caminaba rápidamente a elevarse a un rango distinguido, lo que daba lugar para que las prensas de Londres divulgasen por América y Europa, este concepto honroso: "...manifiestan las mejores disposiciones para hacer progresos en la civilización: en el día, se considera a este pueblo como el que sigue a Buenos Aires más inmediatamente, en la marcha de la reforma social; allí se han adoptado varias de las instituciones nuevamente establecidas en Buenos Aires, en proporción relativa; y en la reforma eclesiástica, han hecho los sanjuaninos progresos extraordinarios, incorporando todos los regulares al clero secular y extinguiendo los conventos que aquéllos tenían"...

Pero lo que dará una idea más completa de la cultura de entonces, es el estado de la enseñanza primaria. Ningún pueblo de la República Argentina se ha distinguido más que San Juan en su solicitud por difundirla, ni hay otro que haya obtenido resultados más completos. No satisfecho el gobierno, de la capacidad de los hombres de la provincia para desempeñar cargo tan importante, mandó traer de Buenos Aires, el año 1815, un sujeto que reuniese, a una instrucción competente, mucha moralidad. Vinieron unos señores Rodríguez, tres hermanos dignos de rolar[28] con las primeras familias del país, y en las que se enlazaron: tal era su mérito y la distinción que se les prodigaba. Yo, que hago profesión, hoy, de la enseñanza primaria, que he estudiado la materia, puedo decir que si alguna vez se ha realizado en América, algo parecido a las famosas escuelas holandesas descritas por M. Cousin,[29] es en la de San Juan. La educación moral y religiosa era acaso superior a la instrucción elemental que allí se daba; y no atribuyo a otra causa el que en San Juan se hayan cometido tan pocos crímenes, ni la conducta moderada del mismo Benavides, sino a que la mayor parte de los sanjuaninos, él incluso, han sido educados en esta famosa escuela, en que los preceptos de la moral se inculcaban a los alumnos, con una especial solicitud. Si estas páginas llegan a manos de don Ignacio y de don Roque Rodríguez, que reciban este débil homenaje que creo debido a los servicios eminentes hechos por ellos, en asocio de su finado hermano don José, a la cultura y moralidad de un pueblo entero.**

* 1845 (nota del autor).

** Detalles sobre el sistema y organización de este establecimiento de educación pública, se encuentran en *Educación Popular,* trabajo especial consagrado a la materia y

Esta es la historia de las *ciudades* argentinas. Todas ellas tienen que reivindicar glorias, civilización y notabilidades pasadas. Ahora el nivel *barbarizador* pesa sobre todas ellas. La barbarie del interior ha llegado a penetrar hasta las calles de Buenos Aires. Desde 1810 hasta 1840, las provincias que encerraban en sus ciudades tanta civilización fueron demasiado bárbaras, empero, para destruir con su impulso, la obra colosal de la revolución de la Independencia. Ahora que nada les queda de lo que en hombres, luces e instituciones tenían, ¿qué va a ser de ellas? La ignorancia y la pobreza, que es la consecuencia, están como las aves mortecinas, esperando que las ciudades del interior den la última boqueada, para devorar su presa, para hacerlas, campo, estancia. Buenos Aires puede volver a ser lo que fue, porque la civilización europea es tan fuerte allí que a despecho de las brutalidades del gobierno, se ha de sostener. Pero en las provincias, ¿en qué se apoyará? Dos siglos no bastarán para volverlas al camino que han abandonado, desde que la generación presente educa a sus hijos en la barbarie que a ella le ha alcanzado. Pregúntasenos ahora, ¿por qué combatimos? Combatimos para volver a las ciudades, su vida propia.

fruto del viaje a Europa y Estados Unidos hecho por encargo del Gobierno de Chile. —*El autor.*

NOTAS

[1]Integraba el Virreinato del Río de la Plata con las provincias de Cochabamba, La Paz, Potosí y La Plata. Sarmiento se refiere a la expedición enviada por la Primera Junta de 1810, al mando de Francisco Ortiz de Ocampo, relevado luego por Antonio González Balcarce. El triunfo de Suipacha (7-XI-1810) significó el momentáneo control revolucionario del Alto Perú, área de gran importancia económica ya que hasta esa fecha de allí provenía el 80% de las exportaciones de Buenos Aires, especialmente las valiosas cargas de metálico.

[2] El mariscal español Gaspar Vigodet era gobernador de Montevideo cuando la ciudad fue sitiada por Artigas y el ejército porteño y tomada por el general Alvear.

[3]*José Rondeau* (1773-1844), argentino, tuvo actuación en Montevideo: contra los indios, en defensa de las fronteras uruguayas durante las invasiones portuguesas, en las inglesas, en los dos sitios de Montevideo, etc. Las autoridades de Buenos Aires subordinan a Artigas a la autoridad de Rondeau, ya que éste es un fiel representante de la política del Directorio. En 1812 Artigas y Rondeau firman un documento que proclama la confederación de la Provincia Oriental con las Pcias. Unidas del Río de la Plata. Nombrado Director del ejército del Norte en reemplazo de San Martín, es derrotado en Sipe-Sipe (1815). Es designado Director Supremo dos veces (tras el derrocamiento de Alvear y por la renuncia de Pueyrredón). Intenta (sin éxito) la captura de Güemes, pero debe reconocer, por el pacto de Cerrillos, la legitimidad del gobierno del caudillo salteño. Para impedir el avance de las fuerzas federales del litoral, pide el apoyo de los portugueses. Es derrotado en Cepeda (1820). Posteriormente ocupa cargos diversos: gobernador interino de Buenos Aires, gobernador y capitán general de la República Oriental del Uruguay (1828-30), etc.

[4]Tira de cuero para trabar las manos del caballo.

[5]El bloqueo francés del puerto de Buenos Aires entre 1838 y 1840 fue consecuencia —tales fueron las razones oficiales— de la situación de varios súbditos franceses residentes en Buenos Aires y de la negativa de Rosas a excluir a los franceses instalados en el país del servicio militar, como ocurría con los ingleses luego del tratado de 1825. La Convención Mackau-Arana, que pone fin al conflicto, firmada el 29 de octubre de 1840, estipula que hasta la conclusión de un tratado los ciudadanos franceses que residan en la Confederación Argentina así como los argentinos en Francia recibirán el trato de súbditos de las naciones más favorecidas.

[6]Diego de la Fuente calcula para toda la provincia una población de 22.480 habitantes en 1839 y de 19.720 para 1849. Woodbine Parish le atribuye en 1847 20.000 habitantes. La provincia de Santa Fe se dedicaba fundamentalmente a la explotación ganadera. La cría y comercialización de mulas destinadas a las ferias de Salta y Jujuy para abastecer el mercado altoperuano, de gran importancia para la provincia durante

la época colonial, disminuyó considerablemente con las guerras de independencia y civiles. Como la Banda Oriental, Santa Fe vio arrasados sus campos y saqueados sus ganados con una intensidad no sufrida por ninguna otra provincia argentina. A este hecho se sumaban las luchas continuas contra los indígenas chaqueños. Los ganados pedidos por E. López en 1820 contribuyeron a repoblar la pampa santafesina, aunque su recuperación fue lenta.

[7]De la Fuente calcula su población en 29.421 habitantes para 1839 y 35.865 para 1849. Woodbine Parish estima una población de 20.000. La ganadería era la actividad económica fundamental, pues cuenta con excelentes campos para el inverne del ganado que se criaba en la llanura colindante. Dicho ganado abastecía al mercado cuyano. Poseía también madera en abundancia.

[8]Dice J. O. French, quien estuvo en Famatina entre 1826 y 1828: "Se elaboran aquí anualmente alrededor de 7.000 barriles de vino de 10 galones cada uno y 100 de coñac; se cultiva una pequeña cantidad de algodón y maíz, no se cultiva trigo, pero se siembra un poco de cebada para alimento del ganado vacuno y caballar. Sin embargo, sólo unos pocos caballos de montar y vacas para ordeñar, pueden subsistir en los alrededores, debido a la falta de suficientes campos de pastoreo. El ganado vacuno de consumo se compra principalmente en el departamento de Los Llanos, donde se adquiere anualmente alrededor de 16.000 cabezas".

[9]*Pedro Ignacio de Castro Barros* (1777-1849), sacerdote y doctor en teología, representó a su provincia natal, La Rioja, en la Asamblea General Constituyente y en el Congreso de Tucumán, adhiriendo a una organización monárquica. Combatió la reforma eclesiástica porteña. Siendo rector de la Universidad de Córdoba (1825-1829) colaboró con el gobierno de José María Paz. A la caída de éste y luego de una detención breve en Buenos Aires, emigra a Montevideo (1833) y posteriormente a Chile (1841), donde muere ocho años más tarde. Sarmiento escribió su necrología en la Crónica de 13, 27 de mayo y 10 de junio de 1849, comienzo de una biografía que no concluyó *(Obras completas,* III*)*.

[10]*General Dávila* (1798-1823). Tomó posesión en 1817 de la provincia chilena de Coquimbo con las fuerzas de Zelada. De regreso a La Rioja, su provincia natal, luchó contra Quiroga. Murió en el encuentro de El Puesto.

[11]*Francisco Ortiz de Ocampo* (1771-1840), riojano, perteneciente a una importante familia. Intervino en las invasiones inglesas. Tuvo el mando del primer ejército patriota, destinado al Alto Perú (1810), que debió abandonar por negarse a fusilar a Liniers. Presidente de Charcas (una de las ocho provincias en que Belgrano dividió el Alto Perú) hasta las derrotas de Vilcapugio y Ayohúma; gobernador de Córdoba en 1811 y 1814. Actuó a las órdenes de San Martín cuando éste preparaba el Ejército de los Andes. Gobernador de Mendoza en 1815; de La Rioja a fines de 1816, y en 1820, al deponer al gobernador Gregorio González. Derrocado por Quiroga, pasa a Buenos Aires. Cae prisionero en Córdoba (revolución de 1826), habiendo sido reincorporado al mando de su ejército al triunfar Paz. En 1831 cae prisionero de Quiroga. Obtenida su libertad, se retira de la vida pública.

[12]De la Fuente estima unos 73.360 habitantes para 1839 y unos 89.430 para 1849 en toda la provincia. Para Woodbine Parish la población total asciende a unos 50.000 habitantes. La ciudad de Santiago del Estero tuvo gran importancia en la época colonial. Paso obligado hacia el Alto Perú y provista de abundante mano de obra indígena, pudo desarrollar una economía diversificada y autosubsistente: ganado, cereales y algodón constituían los productos fundamentales; la lana y el algodón eran la materia prima para la fabricación de tejidos. La decadencia del mercado potosino y las guerras sumieron a Santiago del Estero, como a muchas otras provincias del interior, en la pobreza y el estancamiento.

[13]La provincia de San Juan presenta en esta época una agricultura muy diversificada, especialmente en el oasis sanjuanino propiamente dicho, con gran difusión del cultivo del trigo, además de los tradicionales viñedos y plantaciones de higueras y durazneros para la preparación de frutas desecadas (orejones, pelones, pasas). Cobra importancia el cultivo de las forrajeras, sobre todo en los valles integrados a las rutas a Chile —por los diferentes pasos cordilleranos, como Los Patos, Aguanegra o los que remontan el río Blanco hasta el paso de Comecaballos—, destinadas a alimentar mulas y vacunos

para el área minera chilena. De la Fuente calcula unos 33.070 habitantes en 1829 y 40.340 en 1839 para toda la provincia. Woodbine Parish hace descender esta cifra a 25.000.

[14]*Martín Yanzón* gobernó la provincia de San Juan desde el 27 de abril de 1834 hasta el 27 de enero de 1836, en que fue depuesto por la Legislatura luego de su derrota por Tomás Brizuela en Fiambalá. Benavides lo sucede a partir del 8 de mayo de 1836.

[15]Desde joven interviene Tomás Brizuela en las guerras civiles. En 1831 depone al gobernador Villafañe en su provincia natal. Federal, sigue la política rosista, pero al organizarse la Liga del Interior, adhiere al movimiento disidente, del cual es elegido su director (1840). La derrota de Quebracho Herrado precipita la caída de la Liga. Brizuela debe abandonar la ocupada ciudad de La Rioja. Vencido por Benavides, muere a consecuencia de las heridas recibidas (1841).

[16]*Nazario Benavides* (1805-1858), federal, combate con Quiroga en 1831 en las campañas sobre Tucumán y Salta, y con Aldao en la campaña al desierto organizada por Rosas en 1833. Es gobernador de su provincia natal, San Juan, con breves intervalos, desde 1836 hasta 1854. Seguirá una política moderada, contando entre sus colaboradores a hombres cultos de la ciudad adictos al liberalismo unitario o al ideario de la generación del 37. Sarmiento es uno de ellos: en *Recuerdos de provincia* (cap. "La vida pública") lo define como "caudillo manso". Integra las filas federales y en ellas lucha contra Brizuela, Lamadrid y Peñaloza. En 1851 adhiere al pronunciamiento del general Urquiza contra Rosas y al año siguiente, mientras se halla reunido en San Nicolás, un movimiento provincial lo depone de su cargo, en el cual es repuesto por Urquiza. En 1858, encarcelado luego de resistir la elección del gobernador Gómez Rufino, es asesinado. Este hecho alcanza importante repercusión nacional.

[17]Lo había fundado Sarmiento y su hermana Bienvenida.

[18]*Guillermo Rawson* (1821-1890). Médico sanjuanino amigo de Sarmiento. Partidario de Mitre, fue su Ministro de Interior, pero al romper políticamente con éste se quebró también la amistad con Sarmiento.

[19]Declaró la independencia argentina el 9 de julio de 1816.

[20]*Francisco Narciso de Laprida* (1786-1829), abogado sanjuianino. Como diputado por su provincia presidió el Congreso de Tucumán cuando declaró la independencia (1816-1818). Al producirse el motín del Regimiento Nº 1 de los Andes interviene para lograr que Mendizábal sea nombrado gobernador de San Juan. A pesar de ello, Mendizábal lo arresta, consiguiendo Laprida huir a Mendoza. Es diputado en el Congreso Constituyente de 1824. Vuelve a San Juan a la caída de Rivadavia. Emigra a Mendoza ante los avances de Quiroga, donde contribuye a organizar tropas de defensa. En el potrero del Pilar lo ataca Aldao y huye, pero una partida lo alcanza y le da muerte.

[21]Se refiere a José Félix, Francisco y José Aldao.

[22]*Fray Justo Santa María de Oro* (1772-1836), actuó como diputado por San Juan en el Congreso de Tucumán, pidiendo consulta de los pueblos antes de decidir la adopción de la monarquía como forma de gobierno para las Provincias Unidas. Su participación en la política sanjuanina lo lleva al destierro entre 1818 y 1828. En 1830 es obispo de San Juan.

[23]Teniente gobernador de San Juan en 1820.

[24]*Salvador María del Carril* (1798-1883), abogado perteneciente a la clase alta sanjuanina. Gobernó su provincia entre 1823 y 1825, tratando de implantar medidas de corte liberal (Carta de Mayo), como la libertad de prensa y la libertad religiosa, hecho que provoca reacciones que lo llevan a pedir el auxilio de José Aldao, que restablece a los liberales en el poder. Es Ministro de Hacienda de Rivadavia en 1826 y aliado de Lavalle y Paz durante todo el período rosista. Integra el Congreso Constituyente de 1853 y secunda como vicepresidente al general Justo José de Urquiza.

[25]*Domingo Oro* (1800-1879), cumplió una misión diplomática ante Bolívar durante la presidencia de Rivadavia. Fue ministro de guerra de Dorrego, aunque no integraba sus filas. Actuó como consejero de Estanislao López en Santa Fe y en su provincia natal fue ministro de Yanzón, pero acusado de conspirar es desterrado a Chile. Re-

gresa al país luego de la caída de Rosas, incorporándose a los partidarios de Bartolomé Mitre.

[26]Fue ministro de Salvador María del Carril cuando era gobernador de San Juan.

[27]*José María Paz* (1791-1854), cordobés, estudió en el Seminario de Loreto y en la Universidad. Participó en las batallas de Tucumán, Salta, Vilcapugio, Ayohúma y en Sipe-Sipe. Tomó parte en la sublevación de Arequito contra el gobierno nacional. Firmada la paz con el Brasil, depuso a Bustos —siendo gobernador de Córdoba ese año (1828)— y derrotó a Quiroga en Oncativo y La Tablada. Encabezó la coalición de nueve provincias investido con el Supremo Poder Militar, constituyendo la Liga del Interior; en 1831 fue capturado por tropas santafesinas, y en 1835 entregado a Rosas. Escapó al Uruguay en 1840. Al año siguiente, al frente de tropas correntinas, venció a Echagüe en Caaguazú, siendo nombrado gobernador en 1842. Ese mismo año, como jefe militar en Montevideo, organizó la resistencia al sitio. Llamado por Madariaga, dirigió la resistencia contra Rosas. Urquiza derrota a los correntinos en Laguna Limpia (1846) y Paz se encamina al Paraguay y luego a Brasil (1847). Escribe sus *Memorias* (1849). En 1853, de vuelta en Buenos Aires, dirige la resistencia porteña contra el sitio del urquicista Lagos. Muere al año siguiente.

[28]"Andar, mezclarse y tratar con las primeras familias del país" (Segovia).

[29]Víctor Cousin influyó en la generación del 37 y era muy leído en Chile durante el exilio de Sarmiento. Raúl A. Orgaz en su *Sociología argentina* (ob. cit.) señala que la octava palabra simbólica del *Dogma socialista* de Echeverría proviene de la influencia de Cousin; también tuvo especial importancia en la concepción de la historia de Vicente F. López y, respecto de Sarmiento, no escapó al primer comentador del *Facundo,* el anónimo crítico de *El Siglo* de Chile, quien afirma que el interés de la obra radica especialmente en la manera en que allí se utiliza la concepción de Cousin, Montesquieu, Herder y Vico. Orgaz considera que la concepción del caudillo de Sarmiento parte de las ideas de Cousin sobre la génesis y la función social del "hombre representativo", cuya base es, a su vez, el pensamiento de Hegel. El *Curso de historia de la filosofía* de Cousin, citado por Sarmiento en el último capítulo del *Facundo,* se comenzó a publicar por entregas, traducido por José Tomás Guido y Alfredo G. Bellamare, en Buenos Aires en 1834. Este dato muestra el interés que el autor despertó en los jóvenes del 37, quienes más tarde rechazaron el rumbo tomado por su pensamiento.

CAPITULO V

VIDA DE JUAN FACUNDO QUIROGA

> *Au surplus, ces traits appartiennent au caractère original du genre humain. L'homme de la nature, et qui n'a pas encore appris à contenir ou déguiser ses passions, les montre dans toute leur énergie, et se livre à toute leur impétuosité.*
>
> ALIX, Histoire de l'Empire Ottoman

INFANCIA Y JUVENTUD

MEDIA entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto, que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía.*[1] El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles,*[2] de suficiente cantidad de agua. En esta travesía, tuvo lugar, una vez, la extraña escena que sigue: Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado, a uno de ellos, a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros, tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran, por entonces, sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho, los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir, a veces, en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla: entonces, el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones, convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección, se hace la persecución del tigre *cebado,* que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudamiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara, ella sola, al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia, a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que ésta se había separado del camino y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces, ya no bramó el tigre: acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose a dos varas del suelo, sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo, que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera dar un salto, impotente; dio vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo, sin cesar, la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales: la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dio esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre, *empacado*[3] y ciego de furor, fue la obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos,[4] no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. "Entonces supe lo que era tener miedo" —decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales, este suceso.

También a él le llamaron *Tigre de los Llanos,* y no le sentaba mal esta denominación, a fe. La frenología y la anatomía comparada han demostrado, en efecto, las relaciones que existen en las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y de algunos animales, a quie-

nes se asemeja en su carácter. Facundo, porque así lo llamaron largo tiempo los pueblos del interior; el general don Facundo Quiroga, el excelentísimo brigadier general don Juan Facundo Quiroga, todo eso vino después, cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles: Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto, una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara, un poco ovalada, estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los juanetes, bastante pronunciados, para descubrir una voluntad firme y tenaz.

Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos sobre quienes, alguna vez, llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Monvoisin.[5] El Caín que representa la famosa Compañía Ravel me despierta la imagen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria, que no le convienen. Por lo demás, su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien, a las sombras espesas en que quedaba encerrada.

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne, el genio de la Francia, y del mameluco obscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el virrey de Egipto. La sociedad en que nacen da a estos caracteres la manera especial de manifestarse: sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados, son, en otras, su mancha, su oprobio.

Facundo Quiroga fue hijo de un sanjuanino de humilde condición, pero que, avecindado en los Llanos de La Rioja, había adquirido en el pastoreo, una regular fortuna. El año 1799 fue enviado Facundo a la patria de su padre, a recibir la educación limitada que podía adquirirse en las escuelas: leer y escribir. Cuando un hombre llega a ocupar las cien trompetas de la fama con el ruido de sus hechos, la curiosidad o el espíritu de investigación van hasta rastrear la insignificante vida del niño, para anudarla a la biografía del héroe, y no pocas veces, entre fábulas inventadas por la adulación, se encuentran ya en germen, en ella, los rasgos característicos del personaje histórico.

Cuéntase de Alcibíades que, jugando en la calle, se tendía a lo largo del pavimento, para contrariar a un cochero, que le prevenía que se quitase del paso a fin de no atropellarlo; de Napoleón, que dominaba a sus condiscípulos y se atrincheraba en su cuarto de estudiante, para resistir a un ultraje. De Facundo se refieren, hoy, varias anécdotas, muchas de las cuales lo revelan todo entero.

En la casa de sus huéspedes, jamás se consiguió sentarlo a la mesa común;

en la escuela, era altivo, huraño y solitario; no se mezclaba con los demás niños sino para encabezar en actos de rebelión y para darles de golpes. El *magister* cansado de luchar con este carácter indomable, se provee, una vez, de un látigo nuevo y duro, y enseñándolo a los niños, aterrados, "éste es —les dice— para estrenarlo en Facundo". Facundo, de edad de once años, oye esta amenaza, y al día siguiente, la pone a prueba. No sabe la lección, pero pide al maestro que se la tome en persona, porque el pasante lo quiere mal. El maestro condesciende; Facundo comete un error, comete dos, tres, cuatro; entonces el maestro hace uso del látigo y Facundo, que todo lo ha calculado, hasta la debilidad de la silla en que su maestro está sentado, dale una bofetada, vuélcalo de espaldas, y entre el alboroto que esta escena suscita, toma la calle y va a esconderse en ciertos parrones de una viña, de donde no se le saca sino después de tres días. ¿No es ya el caudillo que va a desafiar, más tarde, a la sociedad entera?

Cuando llega a la pubertad, su carácter toma un tinte más pronunciado. Cada vez más sombrío, más imperioso, más selvático; la pasión del juego, la pasión de las almas rudas que necesitan fuertes sacudimientos para salir del sopor que las adormeciera, domínalo irresistiblemente desde la edad de quince años. Por ella se hace una reputación en la ciudad; por ella se hace intolerable en la casa en que se le hospeda; por ella, en fin, derrama, por un balazo dado a un Jorge Peña, el primer reguero de sangre que debía entrar en el ancho torrente que ha dejado marcado su pasaje en la tierra.

Desde que llega a la edad adulta, el hilo de su vida se pierde en un intrincado laberinto de vueltas y revueltas, por los diversos pueblos vecinos: oculto unas veces, perseguido siempre, jugando, trabajando en clase de peón, dominando todo lo que se le acerca y distribuyendo puñaladas. En San Juan, muéstranse hoy, en la quinta de los Godoyes, tapias pisadas por Quiroga; en La Rioja, las hay de su mano, en Fiambalá. El enseñaba otras, en Mendoza, en el lugar mismo en que una tarde hacía traer de sus casas, veintiséis oficiales de los que capitularon en Chacón,[6] para hacerlos fusilar, en expiación de los manes de Villafañe.[7] En la campaña de Buenos Aires, también mostraba algunos monumentos de su vida de peón errante. ¿Qué causas hacen a este hombre, criado en una casa decente, hijo de un hombre acomodado y virtuoso, descender a la condición del gañán, y en ella escoger el trabajo más estúpido, más brutal, en el que sólo entra la fuerza física y la tenacidad? ¿Será que el tapiador gana doble sueldo y que se da prisa para juntar un poco de dinero?

Lo más ordenado que de esta vida obscura y errante he podido recoger, es lo siguiente: Hacia el año 1806 vino a Chile, con un cargamento de grana,[8] de cuenta de sus padres. Jugólo con la tropa y los troperos, que eran esclavos de su casa. Solía llevar a San Juan y Mendoza, arreos de ganado de la estancia paterna, que tenían siempre la misma suerte, porque en Facundo, era el juego una pasión feroz, ardiente, que le resacaba las entrañas. Estas adquisiciones y pérdidas sucesivas debieron cansar las larguezas paternales, por-

que, al fin, interrumpió toda relación amigable con su familia. Cuando era ya el terror de la República, preguntábale uno de sus cortesanos: "¿Cuál es, general, la parada[9] más grande que ha hecho en su vida?" "Setenta pesos" —contestó Quiroga con indiferencia; acababa de ganar, sin embargo, una de doscientas onzas. Era, según lo explicó después, que en su juventud, no teniendo sino setenta pesos los había perdido juntos a una sota.

Pero este hecho tiene su historia característica. Trabajaba de peón en Mendoza, en la hacienda de una señora, sita aquélla en el Plumerillo.[10] Facundo se hacía notar, hacía un año, por su puntualidad en salir al trabajo y por la influencia y predominio que ejercía sobre los demás peones. Cuando éstos querían hacer falla para dedicar el día a una borrachera, se entendían con Facundo, quien lo avisaba a la señora, prometiéndole responder de la asistencia de todos al día siguiente, la que era siempre puntual. Por esta intercesión llamábanle los peones, el *Padre*.

Facundo, al fin de un año de trabajo asiduo, pidió su salario, que ascendía a setenta pesos; montó en su caballo sin saber adónde iba, vio gente en una pulpería, desmontóse y alargando la mano sobre el grupo que rodeaba al tallador,[11] puso sus setenta pesos en una carta: perdiólos y montó de nuevo, marchando sin dirección fija, hasta que a poco andar, un juez Toledo, que acertaba a pasar a la sazón, le detuvo para pedirle su papeleta de conchavo.[12]

Facundo aproximó su caballo en ademán de entregársela, afectó buscar algo en el bolsillo, y dejó tendido al juez de una puñalada. ¿Se vengaba en el juez, de la reciente pérdida? ¿Quería sólo saciar el encono de *gaucho malo* contra la autoridad civil y añadir este nuevo hecho al brillo de su naciente fama? Lo uno y lo otro. Estas venganzas sobre el primer objeto que se presentaba, son frecuentes en su vida. Cuando se apellidaba general y tenía coroneles a sus órdenes, hacía dar en su casa, en San Juan, doscientos azotes a uno de ellos, por haberle ganado mal, decía Facundo; a un joven, doscientos azotes, por haberse permitido una chanza en momentos en que él no estaba para chanzas; a una mujer, en Mendoza, que le había dicho al paso, "Adiós, mi general", cuando él iba enfurecido porque no había conseguido intimidar a un vecino tan pacífico, tan juicioso, como era valiente y gaucho, doscientos azotes.

Facundo reaparece después, en Buenos Aires, donde en 1810 es enrolado, como recluta, en el regimiento de *Arribeños*[13] que mandaba el general Ocampo, su compatriota, después Presidente de Charcas. La carrera gloriosa de las armas se abría para él, con los primeros rayos del sol de mayo; y no hay duda, que con el temple de alma de que estaba dotado, con sus instintos de destrucción y carnicería, Facundo, moralizado por la disciplina y ennoblecido por la sublimidad del objeto de la lucha, habría vuelto un día del Perú, Chile o Bolivia, uno de los generales de la República Argentina, como tantos otros valientes gauchos, que principiaron su carrera desde el humilde puesto del soldado. Pero el alma rebelde de Quiroga no podía su-

frir el yugo de la disciplina, el orden del cuartel, ni la demora de los ascensos. Se sentía llamado a mandar, a surgir de un golpe, a crearse él solo, a despecho de la sociedad civilizada y en hostilidad con ella, una carrera a su modo, asociando el valor y el crimen, el gobierno y la desorganización. Más tarde, fue reclutado para el ejército de los Andes[14] y enrolado en los *Granaderos a caballo;*[15] un teniente García, lo tomó de asistente, y bien pronto, la deserción dejó un vacío en aquellas gloriosas filas. Después, Quiroga, como Rosas, como todas esas víboras que han medrado a la sombra de los laureles de la patria, se ha hecho notar por su odio a los militares de la Independencia, en los que uno y otro han hecho una horrible matanza.

Facundo, desertando de Buenos Aires, se encamina a las provincias con tres compañeros. Una partida le da alcance: hace frente, libra una verdadera batalla, que permanece indecisa por algún tiempo, hasta que, dando muerte a cuatro o cinco, puede continuar su camino, abriéndose paso, todavía, a puñaladas, por entre otras partidas que hasta San Luis le salen al paso. Más tarde, debía recorrer este mismo camino con un puñado de hombres, disolver ejércitos en lugar de partidas e ir hasta la Ciudadela famosa de Tucumán,[16] a borrar los últimos restos de la República y del orden civil.

Facundo reaparece en los Llanos, en la casa paterna. A esta época se refiere un suceso que está muy valido y del que nadie duda. Sin embargo, en uno de los manuscritos que consulto, interrogado su autor sobre este mismo hecho, contesta: "que no sabe que Quiroga haya tratado nunca de arrancar a sus padres dinero por la fuerza"; y contra la tradición constante, contra el asentimiento general, quiero atenerme a este dato contradictorio. ¡Lo contrario es horrible! Cuéntase que habiéndose negado su padre a darle una suma de dinero que le pedía, acechó el momento en que padre y madre dormían la siesta, para poner aldaba a la pieza donde estaban y prender fuego al techo de pajas con que están cubiertas, por lo general, las habitaciones de los Llanos.*

Pero lo que hay de averiguado es que su padre pidió una vez, al Gobierno de La Rioja, que lo prendieran para contener sus demasías, que Facundo, antes de fugarse de los Llanos, fue a la ciudad de La Rioja, donde a la sazón se hallaba aquél, y cayendo de improviso sobre él, le dio una bofetada, diciéndole: "¿Usted me ha mandado prender? ¡Tome, mándeme prender ahora!", con lo cual montó en su caballo y partió a galope para el campo. Pasado un año, preséntase de nuevo en la casa paterna, échase a los pies del

* Después de escrito lo que precede, he recibido, de persona fidedigna, la aseveración de haber el mismo Quiroga contado en Tucumán, ante señoras que viven aún, la historia del incendio de la casa. Toda duda desaparece ante deposiciones de este género. Más tarde he obtenido la narración circunstanciada de un testigo presencial y compañero de infancia de Facundo Quiroga, que le vio dar a su padre una bofetada y huirse; pero estos detalles contristan, sin aleccionar, y es deber impuesto por el decoro, apartarlos de la vista. (Nota de la 1ª edición, completada en la 2ª, tal como figura en la presente edición).

anciano ultrajado, confunden ambos sus sollozos, y entre las protestas de enmienda del hijo y las reconvenciones del padre, la paz queda restablecida, aunque sobre base tan deleznable y efímera.

Pero su carácter y hábitos desordenados no cambian, y las carreras, el juego, las correrías del campo, son el teatro de nuevas violencias, de nuevas puñaladas y agresiones, hasta llegar, al fin, a hacerse intolerable para todos e insegura su posición. Entonces un gran pensamiento viene a apoderarse de su espíritu, y lo anuncia sin empacho. El desertor de los Arribeños, el soldado de Granaderos a caballo, que no ha querido inmortalizarse en Chacabuco y en Maipú, resuelve ir a reunirse a la montonera de Ramírez,[17] vástago de la de Artigas, y cuya celebridad en crímenes y en odio a las ciudades a que hace la guerra, ha llegado hasta los Llanos y tiene llenos de espanto a los gobiernos. Facundo parte a asociarse a aquellos filibusteros de la pampa, y acaso la conciencia que deja de su carácter e instintos, y de la importancia del refuerzo que va a dar a aquellos destructores, alarma a sus compatriotas, que instruyen a las autoridades de San Luis, por donde debía pasar, del designio infernal que lo guía. Dupuy, gobernador entonces (1818), lo hace aprehender, y por algún tiempo, permanece confundido entre los criminales que la cárcel encierra. Esta cárcel de San Luis, empero, debía ser el primer escalón que había de conducirlo a la altura a que más tarde llegó. San Martín había hecho conducir a San Luis, un gran número de oficiales españoles de todas graduaciones, de los que habían sido tomados prisioneros en Chile. Sea hostigados por las humillaciones y sufrimientos, sea que previesen la posibilidad de reunirse de nuevo a los ejércitos españoles, el depósito de prisioneros se sublevó un día, y abrió las puertas de los calabozos de reos ordinarios, a fin de que les prestasen ayuda para la común evasión. Facundo era uno de estos reos y no bien se vio desembarazado de las prisiones, cuando, enarbolando el *macho* de los grillos,[18] abre el cráneo al español mismo que se los ha quitado, y yendo por entre el grupo de los amotinados, deja una ancha calle sembrada de cadáveres, en el espacio que ha querido correr. Dícese que el arma de que hizo uso fue una bayoneta, y que los muertos no pasaron de tres. Quiroga, empero, hablaba siempre del *macho* de los grillos y de catorce muertos. Acaso es ésta una de esas idealizaciones, con que la imaginación poética del pueblo embellece los tipos de la fuerza brutal, que tanto admira; acaso la historia de los grillos es una traducción argentina de la quijada de Sansón, el Hércules hebreo. Pero Facundo la aceptaba como un timbre de gloria, según su bello ideal, y *macho* de grillos o bayoneta, él, asociándose a otros soldados y presos a quienes su ejemplo alentó, logró sofocar el alzamiento y reconciliarse por este acto de valor, con la sociedad, y ponerse bajo la protección de la patria, consiguiendo que su nombre volase por todas partes, ennoblecido y lavado, aunque con sangre, de las manchas que lo afeaban. Facundo, cubierto de gloria, mereciendo bien de la patria y con una credencial que acredita su comportación, vuelve a la Rioja y ostenta en los Llanos, entre los gauchos,

los nuevos títulos que justifican el terror que ya empieza a inspirar su nombre; porque hay algo de imponente, algo que subyuga y domina, en el premiado asesino de catorce hombres a la vez.

Aquí termina la vida privada de Quiroga, de la que he omitido una larga serie de hechos que sólo pintan el mal carácter, la mala educación y los instintos feroces y sanguinarios de que estaba dotado. Sólo he hecho uso de aquellos que explican el carácter de la lucha, de aquellos que entran en proporciones distintas, pero formados de elementos análogos, en el tipo de los caudillos de las campañas, que han logrado, al fin, sofocar la civilización de las ciudades, y que, últimamente, han venido a completarse en Rosas, el legislador de esta civilización tártara, que ha ostentado toda su antipatía a la civilización europea, en torpezas y atrocidades sin nombre aún en la Historia.

Pero aún quédame algo por notar en el carácter y espíritu de esta columna de la Federación. Un hombre iletrado, un compañero de infancia y de juventud de Quiroga, que me ha suministrado muchos de los hechos que dejo referidos, me incluye en su manuscrito, hablando de los primeros años de Quiroga, estos datos curiosos: "— que no era ladrón antes de figurar "como hombre público — que nunca robó, aun en sus mayores necesida-"des — que no sólo gustaba de pelear, sino que pagaba por hacerlo y por "insultar al más pintado — *que tenía mucha aversión a los hombres decen-"tes* — que no sabía tomar licor nunca — que de joven era muy reservado, "y no sólo quería infundir miedo, sino aterrar, para lo que hacía entender a "hombres de su confianza, que tenía agoreros o era adivino — que con los "que tenía relación, los trataba como esclavos — que jamás se ha confesa-"do, rezado ni oído misa — que cuando estuvo de general, lo vio una vez "en misa — que él mismo le decía que no creía en nada". El candor con que estas palabras están escritas revela su verdad.

Toda la vida pública de Quiroga me parece resumida en estos datos. Veo en ellos el hombre grande, el hombre de genio, a su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlán, el Mahoma. Ha nacido así, y no es culpa suya; descenderá en las escalas sociales para mandar, para dominar, para combatir el poder de la ciudad, la partida de la policía. Si le ofrecen una plaza en los ejércitos, la desdeñará, porque no tiene paciencia para aguardar los ascensos; porque hay mucha sujeción, muchas trabas puestas a la independencia individual, hay generales que pesan sobre él, hay una casaca que oprime el cuerpo, y una táctica que regla los pasos; ¡todo esto es insufrible! La vida de a caballo, la vida de peligros y emociones fuertes, han acerado su espíritu y endurecido su corazón; tiene odio invencible, instintivo, contra las leyes que lo han perseguido, contra los jueces que lo han condenado, contra toda esa sociedad y esa organización a que se ha sustraído desde la infancia y que lo mira con prevención y menosprecio. Aquí se eslabona insensiblemente el lema de este capítulo: "Es el hombre de la Naturaleza que no ha aprendido "aún a contener o a disfrazar sus pasiones, que las muestra en toda su ener-

"gía, entregándose a toda su impetuosidad. Este es el carácter original del género humano"; y así se muestra en las campañas pastoras de la República Argentina. Facundo es un tipo de la barbarie primitiva: no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras: la melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos, en guedejas como las serpientes de la cabeza de Medusa; su voz se enronquecía, y sus miradas se convertían en puñaladas. Dominado por la cólera, mataba a patadas, estrellándole los sesos a N. por una disputa de juego; arrancaba ambas orejas a su querida porque le pedía, una vez, 30 pesos para celebrar un matrimonio consentido por él; y abría a su hijo Juan la cabeza de un hachazo, porque no había forma de hacerlo callar; daba de bofetadas, en Tucumán, a una linda señorita a quien ni seducir ni forzar podía. En todos sus actos, mostrábase el hombre bestia aún, sin ser por eso estúpido y sin carecer de elevación de miras. Incapaz de hacerse admirar o estimar, gustaba de ser temido; pero este gusto era exclusivo, dominante, hasta el punto de arreglar todas las acciones de su vida a producir el terror en torno suyo, sobre los pueblos como sobre los soldados, sobre la víctima que iba a ser ejecutada, como sobre su mujer y sus hijos. En la incapacidad de manejar los resortes del gobierno civil, ponía el terror como expediente para suplir el patriotismo y la abnegación; ignorante, rodeábase de misterios y haciéndose impenetrable, valiéndose de una sagacidad natural, una capacidad de observación no común y de la credulidad del vulgo, fingía una presciencia de los acontecimientos, que le daba prestigio y reputación entre las gentes vulgares.

Es inagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos, con respecto a Quiroga; sus dichos, sus expedientes, tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre aquel famoso expediente de mandar partir en dos, el niño disputado, a fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar un ladrón? Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir el ladrón habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había, hace enseguida que se distribuyan a cada uno, y luego, con voz segura, dice: "Aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ése es el ladrón". Al día siguiente, fórmase de nuevo la tropa, y Quiroga procede a la verificación y comparación de las varitas. Un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras. "¡Miserable! —le grita Facundo, con voz aterrante—, ¡tú eres! . . ." Y, en efecto, él era: su turbación lo dejaba conocer demasiado. El expediente es sencillo: el crédulo gaucho, temiendo que, efectivamente, creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesita cierta superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana, para valerse de estos medios.

Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado, y todas

las pesquisas habían sido inútiles para descubrir al ladrón. Facundo hace formar la tropa y que desfile por delante de él, que está con los brazos cruzados, la mira fija, escudriñadora, terrible. Antes ha dicho: "Yo sé quién es", con una seguridad que nada desmiente. Empiezan a desfilar, desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil; es la estatua de Júpiter Tonante, es la imagen del Dios del Juicio Final. De repente, se abalanza sobre uno, le agarra del brazo y le dice, con voz breve y seca: "¿Dónde está la montura?" — "Allí, señor" — contesta, señalando un bosquecillo —. "Cuatro tiradores" — grita entonces Quiroga.

¿Qué revelación era ésta? La del terror y la del crimen, hecha ante un hombre sagaz. Estaba, otra vez, un gaucho respondiendo a los cargos que se le hacían por un robo; Facundo le interrumpe, diciendo: "Ya este pícaro está mintiendo; ¡a ver..., cien azotes...!" Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo a alguno que se hallaba presente: "Vea, patrón; cuando un gaucho, al hablar, esté haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo". Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía de ser, esto es, que se había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez, y había pedido, un hombre resuelto, audaz, para confiarle una misión peligrosa. Escribía Quiroga, cuando le trajeron el hombre; levanta la cara después de habérselo anunciado varias veces, lo mira y dice, continuando de escribir: "¡Eh!... ¡Ese es un miserable! ¡Pido un hombre valiente y arrojado!" Averiguóse, en efecto, que era un patán.

De estos hechos hay a centenares en la vida de Facundo, y que, al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa, entre hombres groseros, que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales.

NOTAS

[1]Tradicionalmente se llamó *travesía* a la región desértica que se extiende en el límite de las provincias de San Luis, Mendoza y San Juan. A esta travesía se refieren las noticias que tenemos de la época de la conquista. En los siglos posteriores de la colonización, la voz se usa como nombre de la región, y también con un sentido especial de *desierto,* pero aludiendo directa o indirectamente a ella. La travesía es una llanura desértica, sin agua superficial y con escasa vegetación xerófila, adaptada a condiciones de suelo salobre. En la travesía señalada en el texto, se distinguieron más tarde sectores desprovistos totalmente de agua, a los cuales se aplicó en particular el nombre de travesía (travesía del Zanjón, de la Mogna, de Matagusanos).

[2]Recipiente para conservar el agua, hecho con un asta de vacuno. Se colocaba una base de madera en el extremo hueco en tanto el otro se agujereaba y se le ponía un tapón para evitar el derrame de agua.

[3]El animal, especialmente el caballo, que resiste firmemente el acoso sin ceder terreno.

[4]Aprisionada por un lazo que rodea el pescuezo y por otro que ciñe las patas, tirando en sentido contrario del primero.

[5]August Raimond Quinsac Monvoisin nació en Burdeos en 1790. Estudió con Guérin en París, siendo condiscípulo de Delacroix. Expuso su obra en París, entre los años 1827 y 1842, fecha en que emprendió viaje a América del Sur invitado por el gobierno chileno para fundar una academia en Santiago. Sólo tres meses permaneció en Buenos Aires, dejando varios cuadros de tema argentino. Visitó también Perú y Brasil. Luego de esta primera estadía en Chile (1843), se instaló allí entre 1848 y 1857, año en que regresó a su país natal, donde murió en 1870. En Chile pintó al sultán de Egipto Mehemet Alí, citado por Sarmiento.

[6]Triunfo de Quiroga sobre el general Videla Castillo (28 de marzo de 1831).

[7]Gobernador de La Rioja en 1825, de Catamarca en 1836. Partidario de Quiroga.

[8]La sustancia tintórea producida por la grana o cochinilla, que se criaba naturalmente en los tunales *(cactus opuntia)* de Santiago del Estero, constituía un artículo importante en la economía provincial de entonces, tanto como producto de exportación —se lo enviaba a Chile y Perú— como por su uso en la industria textil.

[9]Apuesta en el juego.

[10]Lugar vecino a la ciudad de Mendoza. Allí preparó San Martín el Ejército de los Andes en 1816.

[11]El jugador que en el juego de naipes tiene la banca y da cartas.

[12]Con la disminución del ganado cimarrón comienza a reclamarse el control de los pobladores sin tierras de la campaña. Desde el siglo XVIII se impone al habitante de la campaña la obligación del certificado que atestigua que es peón y que tiene trabajo estable en un establecimiento rural. Este documento se denomina "papeleta" y quien no lo posee recibe diferentes castigos, entre ellos, el de la leva para integrar los servicios en la frontera con el indio. El cambio revolucionario de 1810 no modifica esta disposición ni las condiciones de vida del gaucho. Vedado su acceso a la propiedad de la tierra desde los tiempos coloniales, no se dictan leyes —salvo el caso de Artigas— que modifiquen esa situación. Las condiciones económicas y sociales de su trabajo como peón de estancia son igualmente miserables. Por ello prefiere recorrer permanentemente la pampa, empleándose temporariamente, seguro de que en ella encontrará alimento. En 1815, el gobierno de Buenos Aires dicta disposiciones similares a las establecidas en la colonia para el control de la población rural. "Establecen (artículo primero) que todos los pobladores de la campaña sin 'propiedad legítima' deben ser considerados 'de la clase de sirviente', pudiendo los interesados apelar a tal denominación sólo por una vez. Así denominado y calificado, el peón debe estar permanentemente munido de una 'papeleta' firmada por el estanciero para quien trabaja y por el juez del partido, 'sin cuya precisa calidad será inválida', debiéndola renovar trimestralmente. 'Todo individuo de la clase de peón que no conserve este documento será reputado por vago'... 'quien transite por la campaña aunque posea su papeleta pero sin la autorización o licencia del Juez de Paz será reputado por vago'." (Ricardo E. Rodríguez Molas, *ob. cit.* pág. 198-99). Estas disposiciones continuaron vigentes hasta la caída de Rosas.

[13]A raíz de la invasión inglesa de 1806, el Cabildo de Buenos Aires resolvió crear varios regimientos de defensa. Ese año crea el de Arribeños, así llamado porque los hombres que lo formaban habían nacido en las provincias de "arriba", es decir, del norte del virreinato.

[14]Fue organizado entre 1816 y 1817, en la provincia argentina de Mendoza, por el general José de San Martín para liberar los territorios de Chile y Perú en poder de los realistas.

[15]Cuerpo de caballería creado por San Martín en Buenos Aires en 1812, con el cual triunfó en el combate de San Lorenzo.

[16]El general José de San Martín, en el breve período en que dirige el Ejército del Norte, hace construir un recinto amurallado en las afueras de Tucumán, consciente de que esa ciudad es vital para detener el avance realista hacia el litoral (1814). En ese lugar Gregorio Aráoz de Lamadrid, jefe del ejército de la Liga Unitaria, es derrotado por el general Quiroga (4 de noviembre de 1831).

[17]*Francisco Ramírez* (1786-1821) caudillo entrerriano nacido en Concepción del Uruguay. Gracias a sus esfuerzos, Rondeau, Artigas y otros logran expulsar a los españoles de Entre Ríos en momentos en que éstos amenazaban cortar las comunicaciones con las fuerzas expedicionarias de Belgrano. Contribuye activamente a la lucha contra los portugueses que habían ocupado la Banda Oriental. Lugarteniente de Artigas, sostiene el ideal político de la Liga de los Pueblos Libres. Participa en la derrota del ejército que invade Entre Ríos, enviado por el Director Pueyrredón. Triunfante en el campo de batalla, se convierte en el verdadero gobernante de Entre Ríos (aunque reconoce a Artigas como el Protector de los Pueblos Libres). En 1820, en alianza con las fuerzas santafesinas, vence a los porteños en Cepeda y firma con los vencidos el Tratado del Pilar. Disgustado Artigas porque no se declara la guerra a los portugueses, invade Entre Ríos, pero es derrotado por Ramírez y debe pasar al Paraguay. Ramírez, dueño de la situación de la Mesopotamia, se proclama Jefe Supremo de la República de Entre Ríos y General en Jefe del Ejército. Como consecuencia del Tratado de Benegas, rompe con López. Circundado por cuatro ejércitos, es derrotado en Coronda (1821). Muere en Río Seco ese mismo año.

[18]Perno, barra de hierro de los grillos carcelarios antiguos.

CAPITULO VI

LA RIOJA

The sides of the mountains enlarge and assume an aspect at once more grand and more barren. By little and little the scanty vegetation languishes and dies; and mosses disappear, and a red-burning hue succeeds.

ROUSSEL, Palestine.

EL COMANDANTE DE CAMPAÑA

EN UN documento tan antiguo como el año de 1560, he visto consignado el nombre de Mendoza con este aditamento: "Mendoza, del valle de La Rioja".[1] Pero La Rioja actual es una provincia argentina que está al norte de San Juan, del cual la separan varias travesías, aunque interrumpidas por valles poblados. De los Andes se desprenden ramificaciones que cortan la parte occidental en líneas paralelas, en cuyos valles están *Los Pueblos* y Chilecito, así llamado por los mineros chilenos que acudieron a la fama de las ricas minas de Famatina.[2] Más hacia el oriente, se extiende una llanura arenisca, desierta y agostada por los ardores del sol, en cuya extremidad norte, y a las inmediaciones de una montaña cubierta hasta su cima de lozana y alta vegetación, yace el esqueleto de La Rioja, ciudad solitaria, sin arrabales y marchita como Jerusalén, al pie del Monte de los Olivos. Al sur, y a larga distancia, limitan esta llanura arenisca, los Colorados, montes de greda petrificada, cuyos cortes regulares asumen las formas más pintorescas y fantásticas: a veces es una muralla lisa con bastiones avanzados, a veces, créese ver torreones y castillos almenados en ruinas. Ultimamente, al sudeste y rodeados de extensas travesías, están los Llanos, país quebrado y montañoso, a despecho de su nombre, oasis de vegetación pastosa, que alimentó en otro tiempo millares de rebaños.

El aspecto del país es, por lo general, desolado; el clima, abrasador; la tierra, seca y sin aguas corrientes. El campesino hace *represas* para recoger el agua de las lluvias y dar de beber a sus ganados. He tenido siempre la preocupación de que el aspecto de Palestina es parecido al de La Rioja, hasta en el color rojizo u ocre de la tierra, la sequedad de algunas partes y sus cisternas; hasta en sus naranjos, vides e higueras, de exquisitos y abultados frutos, que se crían donde corre algún cenagoso y limitado Jordán.

Hay una extraña combinación de montañas y llanuras, de fertilidad y aridez, de montes adustos y erizados, y colinas verdinegras tapizadas de vegetación tan colosal como los cedros del Líbano. Lo que más me trae a la imaginación estas reminiscencias orientales, es el aspecto verdaderamente patriarcal de los campesinos de La Rioja. Hoy, gracias a los caprichos de la moda, no causa novedad el ver hombres con la barba entera, a la manera inmemorial de los pueblos de Oriente; pero aun no dejaría de sorprender, por eso, la vista de un pueblo que habla español y lleva y ha llevado, siempre, la barba completa, cayendo muchas veces hasta el pecho; un pueblo de aspecto triste, taciturno, grave y taimado; árabe, que cabalga en burros y viste a veces de cueros de cabra, como el ermitaño de Enggaddy. Lugares hay en que la población se alimenta exclusivamente de miel silvestre y de algarroba,[3] como de langostas San Juan en el desierto. El *llanista* es el único que ignora que es el ser más desgraciado, más miserable y más bárbaro; y gracias a esto vive contento y feliz cuando el hambre no le acosa.

Dije al principio que había montañas rojizas que tenían, a lo lejos, el aspecto de torreones y castillos feudales arruinados; pues, para que los recuerdos de la Edad Media vengan a mezclarse a aquellos matices orientales, La Rioja ha presentado, por más de un siglo, la lucha de dos familias hostiles, señoriales, ilustres, ni más ni menos, que en los feudos italianos donde figuran Ursinos, Colonnas y Médicis. Las querellas de Ocampos y Dávilas forman toda la historia culta de La Rioja. Ambas familias, antiguas, ricas, tituladas, se disputan el poder, largo tiempo, dividen la población en bandos, como los güelfos y gibelinos, aun mucho antes de la revolución de la Independencia. De estas dos familias, ha salido una multitud de hombres notables en las armas, en el foro y en la industria; porque Dávilas y Ocampos trataron siempre de sobrepasarse, por todos los medios de valer que tiene consagrados la civilización. Apagar estos rencores hereditarios entró, no pocas veces, en la política de los patriotas de Buenos Aires. La Logia de Lautaro[4] llevó a las dos familias a enlazar un Ocampo con una señorita Doria y Dávila, para reconciliarlas. Todos saben que ésta era la práctica en Italia; pero Romeo y Julieta fueron aquí más felices. Hacia el año 1817, el Gobierno de Buenos Aires, a fin de poner término también a los odios de aquellas casas, mandó un gobernador de fuera de la provincia, un señor Barnachea, que no tardó mucho en caer bajo las influencias del partido de los Dávilas, que contaban con el apoyo de don Prudencio Quiroga, residente en los Llanos y muy querido de los habitantes, y que, a causa de esto, fue llamado a la *ciudad* y hecho tesorero y alcalde. Nótese que, aunque de un modo legítimo y noble, con don Prudencio Quiroga, padre de Facundo, entra ya la campaña pastora a figurar como elemento político en los partidos *civiles*. Los Llanos, como ya llevo dicho, son un oasis montañoso de pasto, enclavados en el centro de una extensa travesía; sus habitantes, pastores exclusivamente, viven en la vida patriarcal y primitiva, que aquel aislamiento conserva toda su pureza bárbara y hostil a las ciudades. La hospita-

lidad es allí un deber común, y entre los deberes del peón entra el de defender a su patrón en cualquier peligro, aun a riesgo de su vida. Estas costumbres explicarán ya un poco, los fenómenos que vamos a presenciar.

Después del suceso de San Luis, Facundo se presentó en los Llanos, revestido del prestigio de la reciente hazaña y premunido de una recomendación del Gobierno. Los partidos que dividían La Rioja no tardaron mucho en solicitar la adhesión de un hombre que todos miraban con el respeto y asombro que inspiran siempre las acciones arrojadas. Los Ocampos, que obtuvieron el gobierno en 1820, le dieron el título de *Sargento Mayor* de las Milicias de los Llanos, con la influencia y autoridad de *Comandante de Campaña.*

Desde este momento, principia la vida pública de Facundo. El elemento pastoril, bárbaro de aquella provincia, aquella tercera entidad que aparece en el sitio de Montevideo con Artigas, va a presentarse en La Rioja con Quiroga, llamado en su apoyo por uno de los partidos de la *ciudad.* Este es un momento solemne y crítico en la historia de todos los pueblos pastores de la República Argentina: hay, en todos ellos, un día en que, por necesidad de apoyo exterior, o por el temor que ya inspira un hombre audaz, se le elige comandante de campaña. Es éste el caballo de los griegos, que los troyanos se apresuran a introducir en la *ciudad.*

Por este tiempo, ocurría en San Juan, la desgraciada sublevación del número 1 de los Andes,[5] que había vuelto de Chile a rehacerse. Frustrados en los objetos del motín, Francisco Aldao y Corro emprendieron una retirada desastrosa al norte, a reunirse a Güemes, caudillo de Salta. El general Ocampo, gobernador de La Rioja, se dispone a cerrarles el paso, y al efecto convoca todas las fuerzas de la provincia y se prepara a dar una batalla. Facundo se presenta con sus llanistas. Las fuerzas vienen a las manos, y pocos minutos bastaron al número 1 para mostrar que con la rebelión, no había perdido nada de su antiguo brillo en los campos de batalla. Corro y Aldao se dirigieron a la ciudad, y los dispersos trataron de rehacerse, dirigiéndose hacia los Llanos, donde podían aguardar las fuerzas que de San Juan y Mendoza venían en persecución de los fugitivos. Facundo, en tanto, abandona el punto de reunión, cae sobre la retaguardia de los vencedores, los tirotea, los importuna, les mata y hace prisioneros a los rezagados. Facundo es el único que está dotado de vida propia, que no espera órdenes, que obra de su propio motu. Se ha sentido llamado a la acción, y no espera que lo empujen. Más, todavía, habla con desdén del Gobierno y del general, y anuncia su disposición de obrar, en adelante, según su dictamen y de echar abajo al Gobierno. Dícese que un Consejo de los principales del ejército instaba al general Ocampo para que lo prendiese, juzgase y fusilase; pero el general no consintió en ello, menos, acaso, por moderación, que por sentir que Quiroga era ya, no tanto un súbdito, cuanto un aliado temible.

Un arreglo definitivo entre Aldao y el Gobierno dejó acordado que aquél se dirigiera a San Luis, por no querer seguir a Corro, proveyéndole el Go-

bierno de medios hasta salir del territorio, por un itinerario que pasaba por los Llanos. Facundo fue encargado de la ejecución de esta parte de lo estipulado, y regresó a los Llanos con Aldao. Quiroga lleva ya la conciencia de su fuerza, y cuando vuelve la espalda a La Rioja ha podido decirle, en despedida: "¡Ay de ti, ciudad! En verdad os digo que dentro de poco no quedará piedra sobre piedra".

Aldao llegado a los Llanos, y conocido el descontento de Quiroga, le ofrece cien hombres de línea para apoderarse de La Rioja, a trueque de aliarse para futuras empresas. Quiroga acepta con ardor, encamínase a la ciudad, la toma, prende a los individuos del Gobierno, les manda confesores y orden de prepararse para morir. ¿Qué objeto tiene para él esta revolución? Ninguno; se ha sentido con fuerzas: ha estirado los brazos y ha derrocado la *ciudad*. ¿Es culpa suya?

Los antiguos patriotas chilenos no han olvidado, sin duda, las proezas del sargento Araya, de Granaderos a caballo, porque entre aquellos veteranos, la aureola de gloria solía descender hasta el simple soldado. Contábame el presbítero Meneses, cura que fue de Los Andes, que después de la derrota de Cancha Rayada,[6] el sargento Araya iba encaminándose a Mendoza con siete granaderos. Ibasele el alma a los patriotas al ver alejarse y repasar los Andes, a los soldados más valientes del ejército, mientras que Las Heras[7] tenía, todavía, un tercio bajo sus órdenes, dispuesto a hacer frente a los españoles. Tratábase de detener al sargento Araya; pero una dificultad ocurría. ¿Quién se le acercaba? Una partida de sesenta hombres de milicias estaba a la mano; pero todos los soldados sabían que el prófugo era el sargento Araya, y habrían preferido mil veces atacar a los españoles que a este león de los Granaderos. Don José María Meneses, entonces, se adelanta solo y desarmado, alcanza a Araya, le ataja el paso, le recuerda sus glorias pasadas y la vergüenza de una fuga sin motivo; Araya se deja conmover, y no opone resistencia a las súplicas y órdenes de un buen paisano; se entusiasma en seguida, corre a detener otros grupos de granaderos que le precedían en la fuga, y gracias a su diligencia y reputación, vuelve a incorporarse al ejército con sesenta compañeros de armas, que se lavaron, en Maipú, de la mancha momentánea que había caído sobre sus laureles.

Este sargento Araya y un Lorca, también un valiente conocido en Chile, mandaban la fuerza que Aldao había puesto a las órdenes de Facundo. Los reos de La Rioja, entre los que se hallaba el doctor don Gabriel Ocampo, ex ministro de Gobierno, solicitaron la protección de Lorca para que intercediese por ellos. Facundo, aún no seguro de su momentánea elevación, consintió en otorgarles la vida; pero esta restricción puesta a su poder, le hizo sentir otra necesidad. Era preciso poseer esa fuerza veterana, para no encontrar contradicciones en lo sucesivo. De regreso a los Llanos, se entiende con Araya, y, poniéndose ambos de acuerdo, caen sobre el resto de la fuerza de Aldao, la sorprenden, y Facundo se halla, en seguida, jefe de cuatrocientos hombres de línea, de cuyas filas salieron, después, los oficiales de sus primeros ejércitos.

Facundo acordóse de que don Nicolás Dávila estaba en Tucumán, expatriado, y le hizo venir para encargarle de las molestias del gobierno de La Rioja, reservándose él, tan sólo, el poder real que lo seguía a los Llanos. El abismo que mediaba entre él y los Ocampos y los Dávilas era tan ancho, tan brusca la transición, que no era posible, por entonces, hacerla de un golpe; el espíritu de ciudad era demasiado poderoso, todavía, para sobreponerle el de la campaña; todavía, un doctor en leyes valía más para el gobierno que un peón cualquiera. Después ha cambiado todo esto.

Dávila se hizo cargo del gobierno bajo el patrocinio de Facundo, y por entonces pareció alejado todo motivo de zozobra. Las haciendas y propiedades de los Dávila estaban situadas en las inmediaciones de Chilecito, y allí, por tanto, en sus deudos y amigos, se hallaba reconcentrada la fuerza física y moral que debía apoyarlo en el gobierno. Habiéndose, además, acrecentado la población de Chilecito, con la provechosa explotación de las minas, y reunídose caudales cuantiosos, el gobierno estableció una casa de moneda provincial, y trasladó su residencia a aquel pueblecillo, ya fuese para llevar a cabo la empresa, ya para alejarse de los Llanos y sustraerse de la sujeción incómoda que Quiroga quería ejercer sobre él. Dávila no tardó mucho en pasar de estas medidas puramente defensivas, a una actitud más decidida, y aprovechando la temporaria ausencia de Facundo, que andaba en San Juan, se concertó con el capitán Araya para que le prendiese a su llegada. Facundo tuvo aviso de las medidas que contra él se preparaban, e introduciéndose secretamente en los Llanos, mandó asesinar a Araya. El gobierno, cuya autoridad era contendida de una manera tan indigna, intimó a Facundo que se presentase a responder a los cargos que se le hacían sobre el asesinato. ¡Parodia ridícula! No quedaba otro medio que apelar a las armas y encender la guerra civil entre el gobierno y Quiroga, entre la ciudad y los Llanos. Facundo manda a su vez, una comisión a la Junta de Representantes, pidiéndole que depusiese a Dávila. La Junta había llamado al gobernador, con instancia, para que desde allí, y con el apoyo de todos los ciudadanos, invadiese los Llanos y desarmase a Quiroga. Había en esto un interés local, y era hacer que la Casa de Moneda fuese trasladada a la ciudad de La Rioja; pero como Dávila persistiese en residir en Chilecito, la Junta, accediendo a la solicitud de Quiroga, lo declaró depuesto. El gobernador Dávila, había reunido bajo las órdenes de D. Miguel Dávila, muchos soldados de los de Aldao; poseía un buen armamento, muchos adictos que querían salvar la provincia del dominio del caudillo que se estaba levantando en los Llanos y varios oficiales de línea para poner a la cabeza de las fuerzas. Los preparativos de guerra empezaron, pues, con igual ardor en Chilecito y en los Llanos; y el rumor de los aciagos sucesos que se preparaban llegó hasta San Juan y Mendoza, cuyos gobiernos mandaron un comisionado para procurar un arreglo entre los beligerantes, que ya estaban a punto de venir a las manos.

Corbalán,[8] ese mismo que hoy sirve de ordenanza a Rosas, se presentó

en el campo de Quiroga, a interponer la mediación de que venía encargado, y que fue aceptada por el caudillo; pasó en seguida al campo enemigo, donde obtuvo la misma cordial acogida. Regresa al campo de Quiroga para arreglar el convenio definitivo; pero éste, dejándolo allí, se puso en movimiento sobre su enemigo, cuyas fuerzas, desapercibidas por las seguridades dadas por el enviado, fueron fácilmente derrotadas y dispersas. Don Miguel Dávila, reuniendo algunos de los suyos, acometió denodadamente a Quiroga, a quien alcanzó a herir en un muslo, antes que una bala le llevase a él mismo la muñeca; en seguida fue rodeado y muerto por los soldados. Hay en este suceso, una cosa muy característica del espíritu gaucho. Un soldado se complace en enseñar sus cicatrices; el gaucho las oculta y disimula, cuando son de arma blanca, porque prueban su poca destreza, y Facundo, fiel a estas ideas de honor, jamás recordó la herida que Dávila le había abierto antes de morir.

Aquí termina la historia de los Ocampo y de los Dávila, y la de La Rioja también. Lo que sigue es la historia de Quiroga. Este día es también uno de los nefastos de las ciudades pastoras, día aciago que al fin llega. Este día corresponde, en la historia de Buenos Aires, al de abril de 1835,[9] en que su Comandante de Campaña, su Héroe del Desierto, se apodera de la ciudad.

Hay una circunstancia curiosa (1823) que no debo omitir, porque hace honor a Quiroga. En esta noche negra que vamos a atravesar, no debe perderse la más débil lucecilla: Facundo, al entrar triunfante a La Rioja, hizo cesar los repiques de las campanas, y después de mandar dar el pésame a la viuda del general muerto, ordenó pomposas exequias para honrar sus cenizas. Nombró o hizo nombrar por gobernador a un español vulgar, un Blanco, y con él principió el nuevo orden de cosas que debía realizar el bello ideal del gobierno que había concebido Quiroga; porque Quiroga, en su larga carrera, en los diversos pueblos que ha conquistado, jamás se ha encargado del gobierno organizado, que abandonaba siempre a otros. Momento grande y digno de atención para los pueblos, es siempre aquel en que una mano vigorosa se apodera de sus destinos. Las instituciones se afirman, o ceden su lugar a otras nuevas, más fecundas en resultados, o más conformes con las ideas que predominan. De aquel foco, parten muchas veces los hilos que, entretejiéndose con el tiempo, llegan a cambiar la tela de que se compone la Historia.

No así, cuando predomina una fuerza extraña a la civilización, cuando Atila se apodera de Roma, o Tamerlán recorre las llanuras asiáticas: los escombros quedan, pero en vano iría, después, a removerlos la mano de la Filosofía, para buscar, debajo de ellos, las plantas vigorosas que nacieran con el abono nutritivo de la sangre humana. Facundo, genio bárbaro, se apodera de su país; las tradiciones de gobierno desaparecen, las formas se degradan, las leyes son un juguete en manos torpes; y en medio de esta destrucción efectuada por las pisadas de los caballos, nada se sustituye, nada se

establece. El desahogo, la desocupación y la incuria son el bien supremo del gaucho. Si La Rioja, como tenía doctores, hubiera tenido estatuas, éstas habrían servido para amarrar los caballos.

Facundo deseaba poseer, e incapaz de crear un sistema de rentas, acude a lo que acuden siempre los gobiernos torpes e imbéciles; mas aquí el monopolio llevará el sello de la vida pastoril, la espoliación y la violencia. Rematábanse los diezmos de La Rioja, en aquella época, en diez mil pesos anuales; éste era, por lo menos, el término medio. Facundo se presenta en la mesa del remate, y ya su asistencia, hasta entonces inusitada, impone respeto a los postores. "Doy dos mil pesos —dice— y uno más sobre la mejor postura". El escribano repite la propuesta tres veces, y nadie puja más alto. Era que todos los concurrentes se habían escurrido, uno a uno, al leer en la mirada siniestra de Quiroga, que aquélla era la última postura. Al año siguiente, se contentó con mandar al remate una cedulilla así concebida: "Doy dos mil pesos, y uno más, sobre la mejor postura. — *Facundo Quiroga*".

Al tercer año se suprimió la ceremonia del remate, y el año 1831, Quiroga mandaba, todavía, a La Rioja, dos mil pesos, valor fijado a los diezmos.

Pero le faltaba un paso que dar para hacer redituar al diezmo, un ciento por uno, y Facundo, desde el segundo año, no quiso recibir el de animales, sino que distribuyó su marca a todos los hacendados, a fin de que herrasen el diezmo y se le guardase en las estancias, hasta que él lo reclamara. Las crías se aumentaban, los diezmos nuevos acrecentaban el piño de ganado,[10] y a la vuelta de diez años, se pudo calcular que la mitad del ganado de las estancias de una provincia pastora, pertenecía al Comandante General de Armas y llevaba su marca.

Una costumbre inmemorial en La Rioja hacía que los ganados *mostrencos,* o no marcados a cierta edad, perteneciesen de derecho al fisco, que mandaba sus agentes a recoger estas espigas perdidas, y sacaba de la colecta, una renta no despreciable, si bien su recaudación se hacía intolerable para los estancieros. Facundo pidió que se le adjudicase este ganado, en resarcimiento de los gastos que le había demandado la invasión a la ciudad; gastos que se reducían a convocar las milicias, que concurren en sus caballos y viven siempre de lo que encuentran. Poseedor ya de partidas de seis mil novillos al año, mandaba, a las ciudades, sus abastecedores, y ¡desgraciado el que entrase a competir con él! Este negocio de abastecer los mercados de carne lo ha practicado dondequiera que sus armas se presentaron, en San Juan, Mendoza, Tucumán; cuidando siempre de monopolizarlo en su favor, por algún bando o un simple anuncio. Da asco y vergüenza, sin duda, tener que descender a estos pormenores, indignos de ser recordados. Pero, ¿qué remedio? En seguida de una batalla sangrienta que le ha abierto la entrada a una ciudad, lo primero que el general ordena, es que nadie pueda abastecer de carnes el mercado... En Tucumán supo que un vecino, contraviniendo la orden, mataba reses en su casa. El general del ejército de los Andes, el vencedor de la Ciudadela, no creyó deber confiar a nadie la pesquisa de delito tan horren-

do. Va él en persona, da recios golpes a la puerta de la casa, que permanecía cerrada, y que, atónitos los de adentro, no aciertan a abrir. Una patada del ilustre general la echa abajo, y expone a su vida esta escena: una res muerta que desollaba el dueño de la casa, que a su vez cae también muerto, ¡a la vista terrífica del general ofendido!*

No me detengo en estos pormenores a designio. ¡Cuántas páginas omito! ¡Cuántas iniquidades comprobadas, y de todos sabidas, callo! Pero hago la historia del gobierno bárbaro, y necesito hacer conocer sus resortes. Mehemet-Alí, dueño de Egipto por los mismos medios que Facundo, se entrega a una rapacidad sin ejemplo aun en la Turquía; constituye el monopolio en todos los ramos, y los explota en su beneficio; pero Mehemet-Alí sale del seno de una nación bárbara, y se eleva hasta desear la civilización europea e injertarla en las venas del pueblo que oprime. Facundo, por el contrario, rechaza todos los medios civilizados que ya son conocidos, los destruye y desmoraliza; Facundo, que no gobierna, porque el gobierno es ya un trabajo en beneficio ajeno, se abandona a los instintos de una avaricia sin medida, sin escrúpulos.

El egoísmo es el fondo de casi todos los grandes caracteres históricos; el egoísmo es el muelle real que hace ejecutar todas las grandes acciones. Quiroga poseía este don político en un grado eminente, y lo ejercitaba en reconcentrar en torno suyo, todo lo que veía diseminado en la sociedad inculta que lo rodeaba; fortuna, poder, autoridad, todo está con él; todo lo que no puede adquirir: maneras, instrucción, respetabilidad fundada, eso lo persigue, lo destruye en las personas que lo poseen. Su encono contra la gente *decente,* contra la *ciudad,* es cada día más visible; y el gobernador de La Rioja puesto por él, renuncia, al fin, a fuerza de ser vejado diariamente. Un día está de buen humor Quiroga, y se juega con un joven, como el gato juega con la tímida rata: juega a si lo mata o no lo mata; el terror de la víctima ha sido tan ridículo, que el verdugo se ha puesto de buen humor, se ha reído a carcajadas, contra su costumbre habitual. Su buen humor no debe quedar ignorado: necesita explayarse, extenderlo sobre una gran super-

* *Registro oficial de la provincia de San Juan:*

A consecuencia de la presente ley, el gobierno de la provincia ha estipulado con S. E. el señor general don Juan Facundo Quiroga los artículos siguientes, conforme a su nota de 14 de septiembre de 1833:

"1º Que abonará al Excmo. Gobierno de Buenos Aires la cantidad que ha invertido en dichas haciendas.

"2º Que suplirá cinco mil pesos a la provincia sin pensión de rédito, para la urgencia en que se halla de abonar la tropa que tiene en campaña, dando tres mil pesos al contado, y el resto, del producto del ganado, a cuyo pago quedará afecto exclusivamente el ramo de degolladuras.

"3º Que se le ha de permitir abastecer por sí solo, dando al pueblo a cinco reales la arroba de carne, que hoy se halla a seis de mala calidad, y a tres al Estado, sin aumentar el precio corriente de la gordura.

"4º Que se le ha de dar libre el ramo de degolladura desde el 18 del presente hasta el 10 de enero inclusive, y pastos de cuenta del Estado al precio de dos reales al mes por cabeza, que abonará desde 1º de octubre próximo. — San Juan, septiembre 13 de 1833. — Ruiz. — *Vicente Atienzo*".

ficie. Suena la generala en La Rioja, y los ciudadanos salen a las calles, armados, al rumor de alarma. Facundo, que ha hecho tocar generala para divertirse, forma los vecinos en la plaza a las once de la noche, despide de las filas a la plebe, y deja sólo a los vecinos padres de familia, acomodados, y a los jóvenes que aún conservan visos de cultura. Hácelos marchar y contramarchar toda la noche, hacer alto, alinearse, marchar de frente, de flanco. Es un cabo de instrucción que enseña a unos reclutas, y la vara del cabo anda por la cabeza de los torpes, por el pecho de los que no se alínean bien; ¿qué quieren?; ¡así se enseña! El día sobreviene, y los semblantes pálidos de los reclutas, su fatiga y extenuación revelan todo lo que se ha aprendido en la noche. Al fin da descanso a su tropa, y lleva la generosidad hasta comprar empanadas y distribuir, a cada uno la suya, que se apresuran a comer, porque ésta es parte de la diversión.

Lecciones de este género no son inútiles para ciudades, y el hábil político que en Buenos Aires[11] ha elevado a sistema estos procedimientos, los ha refinado y hecho producir efectos maravillosos. Por ejemplo: desde 1835 hasta 1840, casi toda la ciudad de Buenos Aires ha pasado por las cárceles. Había, a veces, ciento cincuenta ciudadanos que permanecían presos, dos, tres meses, para ceder su lugar a un repuesto de doscientos que permanecían seis meses. ¿Por qué?, ¿qué habían hecho?..., ¿qué habían dicho? ¡Imbéciles!: ¿no veis que se está disciplinando la *ciudad?*... ¿No recordáis que Rosas decía a Quiroga que no era posible constituir la República, porque no había costumbres? ¡Es que está acostumbrando a la ciudad a ser gobernada!: ¡él concluirá la obra, y en 1844, podrá presentar al mundo, un pueblo que no tiene sino un pensamiento, una opinión, una voz, un entusiasmo sin límites por la persona y por la voluntad de Rosas! ¡Ahora sí que se puede constituir una República!

Pero volvamos a La Rioja. Habíase excitado en Inglaterra un movimiento febril de empresa sobre las minas de los nuevos Estados americanos: compañías poderosas se proponían explotar las de México y las del Perú; y Rivadavia,[12] residente en Londres entonces, estimuló a los empresarios a traer sus capitales a la República Argentina. Las minas de Famatina se prestaban a las grandes empresas. Especuladores de Buenos Aires obtienen, al mismo tiempo, privilegios exclusivos para la explotación, con el designio de venderlos a las compañías inglesas por sumas enormes. Estas dos especulaciones, la de Inglaterra y la de Buenos Aires, se cruzaron en sus planes y no pudieron entenderse. Al fin hubo una transacción con otra casa inglesa que debía suministrar fondos, y que, en efecto, mandó directores y mineros ingleses. Más tarde, se especuló en establecer una Casa de Moneda en La Rioja,[13] que, cuando el Gobierno nacional se organizase, debía serle vendida en una gran suma. Facundo, solicitado, entró con un gran número de acciones, que pagó con el Colegio de Jesuitas, que se hizo adjudicar en pago de *sus sueldos* de general. Una comisión de accionistas de Buenos Aires vino a La Rioja, para realizar esta empresa, y, desde luego, manifestó su

deseo de ser presentada a Quiroga, cuyo nombre misterioso y terrífico empezaba a resonar por todas partes. Facundo se les presenta en su alojamiento, con media de *seda* de patente, calzón de jergón y un poncho de tela ruin. No obstante lo grotesco de esta figura, a ninguno de los ciudadanos elegantes de Buenos Aires le ocurrió reírse, porque eran demasiado avisados, para no descifrar el enigma. Quería humillar a los hombres cultos, y mostrarles el caso que hacía de sus trajes europeos.

Ultimamente, derechos exorbitantes sobre la extracción de ganados que no fuesen los suyos, completaron el sistema de administración establecido en su provincia. Pero, a más de estos medios directos de fortuna, hay uno que me apresuro a exponer, por desembarazarme, de una vez, de un hecho que abraza toda la vida pública de Facundo. ¡El juego! Facundo tenía la rabia del juego, como otros la de los licores, como otros la del rapé. Un alma poderosa, pero incapaz de abrazar una grande esfera de ideas, necesitaba esta ocupación ficticia en que una pasión está en continuo ejercicio, contrariada y halagada a la vez, irritada, excitada, atormentada. Siempre he creído que la pasión del juego es, en los más casos, una buena cualidad de espíritu que está ociosa por la mala organización de una sociedad. Estas fuerzas de voluntad, de abnegación y de constancia son las mismas que forman las fortunas del comerciante emprendedor, del banquero y del conquistador que juega imperios a las batallas. Facundo ha jugado desde la infancia; el juego ha sido su único goce, su desahogo, su vida entera. ¿Pero sabéis lo que es un tallador que tiene en fondos el poder, el terror y la vida de sus compañeros de mesa? Esta es una cosa de que nadie ha podido formarse idea, sino después de haberlo visto durante veinte años. Facundo jugaba sin lealtad, dicen sus enemigos... Yo no doy fe a este cargo, porque la mala fe le era inútil, y porque perseguía de muerte a los que la usaban. Pero Facundo jugaba con fondos ilimitados; no permitió jamás, que nadie levantase de la mesa el dinero con que jugaba; no era posible dejar de jugar, sin que él lo dispusiese; él jugaba cuarenta horas, y más, consecutivas; él no estaba turbado por el terror, y él podía mandar azotar o fusilar a compañeros de carpeta, que muchas veces eran hombres comprometidos. He aquí el secreto de la buena fortuna de Quiroga. Son raros los que le han ganado sumas considerables, aunque sean muchos los que, en momentos dados de una partida de juego, han tenido delante de sí, pirámides de onzas ganadas a Quiroga: el juego ha seguido, porque al ganancioso no le era permitido levantarse, y al fin, sólo le ha quedado la gloria de contar que tenía ganado ya tanto y lo perdió en seguida.

El juego, fue, pues, para Quiroga, una diversión favorita y un sistema de espoliación. Nadie recibía dinero de él en La Rioja, nadie lo poseía, sin ser invitado inmediatamente a jugar y a dejarlo en poder del caudillo. La mayor parte de los comerciantes de La Rioja quiebran, desaparecen, porque el dinero ha ido a parar a la bolsa del general; y no es porque no les dé lecciones de prudencia. Un joven había ganado a Facundo, cuatro mil pesos,

y Facundo no quería jugar más. El joven cree que es una red que le tienden, que su vida está en peligro. Facundo repite que no juega más; insiste el joven atolondrado, y Facundo condescendiendo, le *gana* los cuatro mil pesos y le manda dar doscientos azotes, *por bárbaro*.

Me fatigo de leer infamias, contestes en todos los manuscritos que consulto. Sacrifico la relación de ellas a la vanidad de autor, a la pretensión literaria. Diciendo más, los cuadros saldrían recargados, innobles, repulsivos.

Hasta aquí llega la vida del *Comandante de Campaña,* después que ha abolido la *ciudad* y la ha suprimido. Facundo, hasta aquí es como Rosas en su estancia, aunque ni el juego, ni la satisfacción brutal de todas las pasiones lo deshonrasen tanto, antes de llegar al poder. Pero Facundo va a entrar en una nueva esfera, y tendremos luego que seguirlo por toda la República, que ir a buscarlo en los campos de batalla.

¿Qué consecuencias trajo para La Rioja la destrucción del orden *civil?* Sobre esto no se razona, no se discurre. Se va a ver el teatro en que estos sucesos se desenvolvieron, y se tiende la vista sobre él: ahí está la respuesta. Los Llanos de La Rioja están hoy desiertos; la población ha emigrado a San Juan; los aljibes que daban de beber a millares de rebaños se han secado. En esos Llanos, donde ahora veinte años pacían tantos millares de rebaños, vaga tranquilo el tigre, que ha reconquistado su dominio; algunas familias de pordioseros recogen algarroba para mantenerse. Así han pagado los Llanos, los males que extendieron sobre la República. ¡Ay de ti, Betsaida y Corozain! En verdad os digo que Sodoma y Gomorra fueron mejor tratadas que lo que debíais serlo vosotras.

NOTAS

[1]En la provincia de La Rioja se distinguen dos tipos de paisaje: el de las sierras y valles por un lado y el de los llanos por otro. El primero está constituido por una serie de cordones montañosos orientados de norte a sur, que delimitan valles longitudinales difícilmente comunicados entre sí: impera un clima árido, una agricultura de oasis, alimentada por las aguas que bajan de las altas cumbres. Es también zona minera, en la que se explotaban esporádicamente oro y plata desde los tiempos prehispánicos. En los valles se cultiva alfalfa y otras forrajeras para alimento del ganado en tránsito (Chile, Alto Perú), y los cultivos para subsistencia. Por su importancia se destaca el cultivo de la vid, seguido por el olivo y el nogal.

Los Llanos son la planicie encerrada entre las sierras. Constituyen una zona relativamente húmeda con lluvias de tipo torrencial durante el verano. Hay una importante vegetación arbórea, con corpulentos ejemplares de quebracho blanco, chañar, brea, piquillín, mistol, caldén, talas y algarrobos. La recolección de sus frutos da lugar a la importante fiesta regional de la chaya. Fue zona ganadera y continúa siéndolo, complementada por minúsculos oasis de cultivo, aunque la baja densidad de ganado lleva a un alto grado de dispersión de la población. Sólo la ciudad de La Rioja, núcleo inicial de la colonización, ha podido prosperar merced a la actividad comercial pues era escala obligada entre Tucumán y Cuyo. Se denomina llanisto (o llanista, como dice Sarmiento) al poblador de los Llanos, vestido con los típicos guardamontes y guardacalzones de cuero para protegerse de las espinas. Trabajaba en las grandes propiedades rurales —en manos de unos pocos dueños, en continua disputa, como los Ocampo o los Villafañe— o como arriero y tropero. Al reabrirse el mercado chileno en 1817 se revitalizó la economía andina desde Mendoza hasta Salta: vacunos para los saladeros de Valparaíso, mulas para las áreas mineras. De la Fuente estima 24.130 habitantes para 1839 y unos 30.136 para 1849. El empadronamiento dio en 1855 un total de 34.431, con 4.985 para la ciudad de La Rioja.

[2]En la década del 20, el mercado británico de capitales se interesa por América Latina, mercado de manufacturas inglesas, y fuente de materias primas, en especial las minas. Un grupo de comerciantes porteños, por cuenta de una compañía riojana —con el apoyo de Quiroga— propició una compañía minera británica para explotar el cerro Famatina, al que se presentaba como un nuevo Potosí. También Rivadavia patrocinó una compañía minera riojana.

[3]Fruto del algarrobo, que sirve como alimento para el hombre y el ganado. Con la dulce algarroba, molida, se prepara el patay y por fermentación la aloja, bebida alcohólica también llamada chicha de algarrobo. El algarrobo es un frondoso árbol que alcanza los doce metros de altura, con flores amarillas en espigas alargadas. Su madera es usada en carpintería, pavimentos, etc. En el centro del país constituye el árbol por antonomasia y se lo denomina "el árbol".

[4]Como otras logias americanas, filiales de la organizada por Miranda en Europa, se crea en Buenos Aires la Logia Lautaro a mediados de 1812. Entre sus miembros figuran José de San Martín, Carlos M. de Alvear y Bernardo Monteagudo. Su objetivo fundamental era la independencia de América.

[5]El regimiento número 1 de los Andes, integrante del Ejército Libertador del general San Martín, cruza la cordillera desde Chile con el objeto de reclutar nueva tropa para la campaña al Perú en 1820. Ya en suelo argentino, se subleva bajo las órdenes de Francisco del Corro, el teniente Morillo y el capitán Mendizábal. Sarmiento relata el episodio en *El general Fray Félix Aldao*.

[6]El ejército al mando del general San Martín es derrotado por los españoles en Cancha Rayada el 19 de marzo de 1820.

[7]*Gregorio de Las Heras* (1780-1866) fue uno de los colaboradores más importantes de la empresa libertadora del general San Martín. Su acción en la batalla de Maipú determinó en buena medida el triunfo criollo. Antes de integrar el Ejército de Los Andes había luchado con los chilenos en 1813 (Cucha Cucha, El Membrillar, etc.). Acompañó a San Martín en sus campañas en Chile y en el Perú, regresando en 1821 a Buenos Aires con el grado de mariscal. Representante del partido directorial, ocupa el cargo de Director Supremo entre 1824 y 1825. Retirado de la vida pública, se instala en Chile hasta su muerte.

[8]*Manuel Corbalán* (1774-1847), mendocino, gobernó San Juan en 1814, designado por el Director Posadas. Prestó su ayuda al general San Martín cuando organizaba el Ejército de los Andes. Como diputado al Congreso de 1826, defendió la organización del país bajo el sistema federal. Apoyó la gestión de Dorrego. Fue diputado por Mendoza a la Liga Federal de 1830. Contó con la confianza de Juan Manuel de Rosas, con quien luchó contra Lavalle y en la campaña al desierto (1833). Fue nombrado su edecán en 1829.

[9]Se refiere al 13 de abril de 1835, fecha en que Rosas asume por segunda vez el gobierno de Buenos Aires.

[10]Sustantivo caído en desuso, significa conjunto de vacunos u ovinos.

[11]Rosas.

[12]*Bernardino Rivadavia* (1780-1845), porteño, jefe del partido unitario, fue hijo de un funcionario virreinal; su actividad política cobra relevancia como Secretario de Guerra y luego de Gobierno y de Relaciones Exteriores del primer Triunvirato (1811-1812). Interviene directamente en la firma del Tratado con el virrey Elío, que significa el abandono de la lucha en la Banda Oriental y el Exodo encabezado por Artigas, así como la disolución de la Junta Conservadora. Estos y otros hechos generan un descontento que provoca la caída del Triunvirato, en la que participa San Martín. Enviado en misión diplomática a Europa (1815-1821), realiza, junto con Belgrano, gestiones para el establecimiento de una monarquía en el Plata y una solución negociada del conflicto con España. Vuelve al primer plano político como Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores de Martín Rodríguez, poniendo en práctica los principios del liberalismo en el plano económico, político y cultural. Su resultado es un ordenamiento administrativo y financiero, unido al fomento de la cultura y la educación, en la provincia de Buenos Aires: Banco de Descuentos, Registro Estadístico, Universidad, reforma eclesiástica, etc. Influido en parte por su enemistad con San Martín, niega la ayuda pedida por éste para continuar su campaña en el Perú. Impulsa el empréstito con la casa inglesa Baring Brothers, concretado en 1824, de desastrosas consecuencias para la Nación. Concluido el gobierno de Martín Rodríguez, viaja a Londres en carácter de enviado oficial: allí promueve la creación de sociedades de inmigración y de explotación minera en el Plata. Nuevamente en su patria en 1826, ocupa la recién creada presidencia de la nación retomando su programa anterior. Da categoría de ley a la enfiteusis, arrendamiento de la tierra pública que persiguió fundamentalmente fines fiscales y no sociales y a sus campañas de inmigración —que fracasaron—. Crea el Banco Nacional, nacionaliza la Aduana, federaliza la ciudad de Buenos Aires. El pacto firmado por su ministro García en Río de Janeiro, para poner fin a la guerra con Brasil, provoca el repudio general y el rechazo del mismo Rivadavia, que renuncia a su cargo. Se aleja de la escena política. Se instala en Europa entre 1829 y 1834; en

Uruguay hasta 1836, cuando lo expulsa Oribe; en Río de Janeiro y en Cádiz, donde muere en 1845.

[13]Al crearse el Banco Nacional se le concedió el monopolio de la emisión de metálico, chocando con las aspiraciones de la provincia de La Rioja que había organizado una sociedad de minas y un banco de rescate y emisión para la explotación de esta riqueza, contando con el respaldo de Buenos Aires. Brittain, presidente de la comunidad mercantil inglesa; Lezica, importante comerciante porteño; y Braulio Costa, comerciante y especulador, socio y amigo personal de Facundo Quiroga, por inspiración de éste, reúnen capitales e influencias, y desplazan a una sociedad análoga creada por el gobernador de la provincia para la acuñación de moneda.

CAPITULO VII

SOCIABILIDAD (1825)

La société du moyen-âge était composée des débris de mille autres sociétés. Toutes les formes de liberté et de servitude se rencontraient; la liberté monarchique du roi, la liberté individuelle du prêtre, la liberté privilégiée des villes, la liberté représentative de la nation, l'esclavage romain, le servage barbare, la servitude de l'aubain.

CHATEAUBRIAND

FACUNDO posee La Rioja como árbitro y dueño absoluto: no hay más voz que la suya, más interés que el suyo. Como no hay letras, no hay opiniones, y como no hay opiniones diversas, La Rioja es una máquina de guerra que irá adonde la lleven. Hasta aquí, Facundo nada ha hecho de nuevo, sin embargo; esto era lo mismo que habían hecho el doctor Francia, Ibarra, López, Bustos,[1] lo que habían intentado Güemes y Aráoz[2] en el norte: destruir todo derecho para hacer valer el suyo propio. Pero un mundo de ideas, de intereses contradictorios, se agitaba fuera de La Rioja, y el rumor lejano de las discusiones de la prensa y de los partidos llegaba hasta su residencia en los Llanos. Por otra parte, él no había podido elevarse sin que el ruido que hacía el edificio de la civilización que destruía no se oyese a la distancia y los pueblos vecinos no fijasen en él sus miradas. Su nombre había pasado los límites de La Rioja: Rivadavia lo invitaba a contribuir a la organización de la República; Bustos y López, a oponerse a ella; el Gobierno de San Juan se preciaba de contarlo entre sus amigos, y hombres desconocidos venían a los Llanos a saludarlo y pedirle apoyo para sostener este o el otro partido. Presentaba la República Argentina, en aquella época, un cuadro animado e interesante. Todos los intereses, todas las ideas, todas las pasiones se habían dado cita para agitarse y meter ruido. Aquí, un caudillo que no quería nada con el resto de la República; allí, un pueblo que nada más pedía que salir de su aislamiento; allá, un Gobierno que transportaba la Europa a la América; acullá, otro que odiaba hasta el nombre de civilización; en unas partes se rehabilitaba el Santo Tribunal de la Inquisición; en otras se declaraba la libertad de las conciencias, como el primero de los derechos del hombre; unos gritaban: "Federación"; otros, "Gobierno central"; cada una de estas diversas fases tenía intereses y pasiones fuertes, invencibles en su apoyo. Yo necesito aclarar un poco este caos, para mostrar el papel que tocó desempeñar a Quiroga, y la grande obra que debió realizar. Para pintar el *comandante de*

campaña que se apodera de la ciudad y la aniquila al fin, he necesitado describir el suelo argentino, los hábitos que engendra, los caracteres que desenvuelve. Ahora, para mostrar a Quiroga saliendo ya de su provincia y proclamando un principio, una idea, y llevándola a todas partes en la punta de las lanzas, necesito también trazar la carta geográfica de las ideas y de los intereses que se agitaban en las ciudades. Para este fin, necesito examinar dos ciudades, en cada una de las cuales predominaban las ideas opuestas, Córdoba y Buenos Aires, tales como existían hasta 1825.

CORDOBA

Córdoba[3] era, no diré la ciudad más coqueta de la América, porque se ofendería de ello su gravedad española, pero sí una de las ciudades más bonitas del continente. Sita en una hondonada que forma un terreno elevado, llamado *Los Altos,* se ha visto forzada a replegarse sobre sí misma, a estrechar y reunir sus regulares edificios. El cielo es purísimo, el invierno, seco y tónico, el verano, ardiente y tormentoso. Hacia el oriente, tiene un bellísimo paseo de formas caprichosas, de un golpe de vista mágico. Consiste en un estanque de agua encuadrado en una vereda espaciosa, que sombrean sauces añosos y colosales. Cada costado es de una cuadra de largo, encerrado bajo una reja de fierro forjado con enormes puertas en los centros de los cuatro costados, de manera que el paseo es una prisión encantada, en que se da vueltas, siempre en torno de un vistoso cenador de arquitectura griega. En la plaza principal está la magnífica catedral de orden gótico, con su enorme cúpula recortada en arabescos, único modelo que yo sepa que haya en la América del Sur de la arquitectura de la Edad Media. A una cuadra, está el templo y convento de la Compañía de Jesús, en cuyo presbiterio hay una trampa que da entrada a subterráneos que se extienden por debajo de la ciudad, y van a parar no se sabe todavía adónde; también se han encontrado los calabozos en que la Sociedad sepultaba vivos a sus reos. Si queréis, pues, conocer monumentos de la Edad Media y examinar el poder y las formas de aquella célebre Orden, id a Córdoba, donde estuvo uno de sus grandes establecimientos centrales de América.

En cada cuadra de la sucinta ciudad, hay un soberbio convento, un monasterio o una casa de beatas o de ejercicios. Cada familia tenía entonces un clérigo, un fraile, una monja o un corista; los pobres se contentaban con poder contar entre los suyos un betlemita, un motilón, un sacristán o un monacillo.

Cada convento o monasterio tenía una ranchería contigua, en que estaban reproduciéndose ochocientos esclavos de la Orden: negros, zambos, mulatos y mulatillas de ojos azules, rubias, rozagantes, de pierna bruñida como el mármol; verdaderas circasianas dotadas de todas las gracias, con más, una dentadura de origen africano, que servía de cebo a las pasiones humanas: todo para mayor honra y provecho del convento a que estas huríes pertenecían.

Andando un poco en la visita que hacemos, se encuentra la célebre Universidad de Córdoba, fundada nada menos que en el año 1613, y en cuyos claustros sombríos han pasado su juventud, ocho generaciones de doctores en ambos derechos, ergotistas insignes, comentadores y casuistas. Oigamos al célebre Deán Funes[4] describir la enseñanza y espíritu de esta famosa Universidad, que ha provisto durante dos siglos de teólogos y doctores a una gran parte de la América: "El curso teológico duraba cinco años y medio. La Teología participaba de la corrupción de los estudios filosóficos. Aplicada la filosofía de Aristóteles a la Teología, formaba una mezcla de profano y espiritual. Razonamientos puramente humanos, sutilezas y sofismas engañosos, cuestiones frívolas e impertinentes: esto fue lo que vino a formar el gusto dominante de estas escuelas". Si queréis penetrar un poco más, en el espíritu de libertad que daría esta instrucción, oíd al Deán Funes todavía: "Esta Universidad nació y se creó exclusivamente en manos de los jesuitas, quienes la establecieron en su colegio llamado Máximo, de la ciudad de Córdoba". Muy distinguidos abogados han salido de allí; pero literatos, ninguno que no haya ido a rehacer su educación en Buenos Aires y con los libros modernos.

Esta ciudad docta no ha tenido hasta hoy teatro público, no conoció la ópera, no tiene aún diarios, y la imprenta es una industria que no ha podido arraigarse allí. El espíritu de Córdoba hasta 1829 es monacal y escolástico; la conversación de los estrados rueda siempre sobre las procesiones, las fiestas de los santos, sobre exámenes universitarios, profesión de monjas, recepción de las borlas de doctor.

Hasta dónde puede esto influir en el espíritu de un pueblo ocupado de estas ideas durante dos siglos, no puede decirse; pero algo ha debido influir, porque ya lo veis, el habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está a cuatro cuadras de la plaza; sale por las tardes a pasearse, y en lugar de ir y venir por una calle de álamos, espaciosa y larga como la cañada de Santiago,[5] que ensancha el ánimo y lo vivifica, da vueltas en torno de un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario: la ciudad es un claustro encerrado entre barrancas; el paseo es un claustro con verjas de fierro; cada manzana tiene un claustro de monjas o frailes; los colegios son claustros; la legislación que se enseña, la Teología; toda la ciencia escolástica de la Edad Media es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia, contra todo lo que salga del texto y del comentario. Córdoba no sabe que existe en la tierra otra cosa que Córdoba; ha oído, es verdad, decir que Buenos Aires está por ahí; pero si lo cree, lo que no sucede siempre, pregunta: "¿Tiene Universidad?, pero será de ayer; veamos: ¿cuántos conventos tiene? ¿Tiene paseo como éste? Entonces eso no es nada".

"—¿Por qué autor estudian ustedes legislación allá? — preguntaba el grave doctor Jigena a un joven de Buenos Aires—. —Por Bentham. —¿Por quién dice usted? ¿Por Benthamcito? —señalando con el dedo el tamaño del

volumen en dozavo, en que anda la edición de Bentham—. ¡Por Benthamcito! En un escrito mío hay más doctrina que en esos mamotretos. ¡Qué Universidad y qué doctorzuelos! —¿Y ustedes por quién enseñan?— ¡Hoi!, ¿el cardenal de Luca?... ¿Qué dice usted? —¡Diecisiete volúmenes en folio!...".

Es verdad que el viajero que se acerca a Córdoba, busca y no encuentra en el horizonte, la ciudad santa, la ciudad mística, la ciudad con capelo y borlas de doctor. Al fin, el arriero le dice: "Vea ahí..., abajo..., entre los pastos...". Y, en efecto, fijando la vista en el suelo, y a corta distancia, vense asomar una, dos, tres, diez cruces seguidas de cúpulas y torres de los muchos templos que decoran esta Pompeya de la España de la *media edad*.

Por lo demás, el pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, participaba del espíritu de las clases altas: el maestro zapatero se daba los aires de doctor en zapatería y os enderezaba un texto latino al tomaros gravemente la medida; el *ergo* andaba por las cocinas y en boca de los mendigos y locos de la ciudad, y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y forma de las conclusiones. Añádase que durante toda la revolución, Córdoba ha sido el asilo de los españoles en todas las demás partes maltratados. ¿Qué mella haría la revolución de 1810 en un pueblo educado por los jesuitas y enclaustrado por la naturaleza, la educación y el arte? ¿Qué asidero encontrarían las ideas revolucionarias, hijas de Rousseau, Mably, Raynal y Voltaire,[6] si por fortuna atravesaban la pampa para descender a la catacumba española, en aquellas cabezas disciplinadas por el peripato para hacer frente a toda idea nueva; en aquellas inteligencias que, como su paseo, tenían una idea inmóvil en el centro, rodeada de un lago de aguas muertas, que estorbaba penetrar hasta ellas?

Hacia los años de 1816, el ilustrado y liberal Deán Funes logró introducir en aquella antigua Universidad, los estudios hasta entonces tan despreciados: Matemáticas, Idiomas vivos, Derecho público, Física, Dibujo y Música. La juventud cordobesa empezó, desde entonces, a encaminar sus ideas por nuevas vías, y no tardó mucho en dejarse sentir los efectos de lo que trataremos en otra parte, porque por ahora, sólo caracterizo el espíritu maduro, tradicional, que era el que predominaba.

La revolución de 1810 encontró en Córdoba un oído cerrado, al mismo tiempo que las provincias todas respondían a un tiempo al grito de: "¡A las armas! ¡A la libertad!" En Córdoba, empezó Liniers a levantar ejércitos para que fuesen a Buenos Aires, a *ajusticiar* la revolución; a Córdoba mandó la Junta, uno de los suyos y sus tropas, a decapitar a la España. Córdoba, en fin, ofendida del ultraje, y esperando venganza y reparación, escribió con la mano docta de la Universidad, y en el idioma del breviario y los comentadores, aquel célebre anagrama que señalaba al pasajero la tumba de los primeros realistas sacrificados en los altares de la patria:

C oncha.
L iniers.
A llende.
M oreno.
O rellana.
R[7] odríguez.

En 1820, un ejército se subleva en Arequito,[8] y su jefe, cordobés, abandona el pabellón de la patria y se establece pacíficamente en Córdoba, que se goza en haberle arrebatado un ejército. Bustos crea un Gobierno colonial, sin responsabilidad; introduce la etiqueta de corte, el quietismo secular de la España, y así preparada, llega Córdoba al año 25, en que se trata de organizar la República y constituir la revolución y sus consecuencias.

BUENOS AIRES

Examinemos ahora a Buenos Aires. Durante mucho tiempo, lucha con los indígenas que la barren de la haz de la tierra; vuelve a levantarse, cae en seguida, hasta que por los años 1620 se levanta, ya, en el mapa de los dominios españoles lo suficiente, para elevarla a Capitanía General, separándola de la del Paraguay a que hasta entonces estaba sometida. En 1777 era Buenos Aires ya muy visible, tanto, que fue necesario rehacer la geografía administrativa de las colonias, para ponerla al frente de un virreinato creado ex profeso para ella.

En 1806 el ojo especulador de la Inglaterra recorre el mapa americano y sólo ve a Buenos Aires, su río, su porvenir. En 1810, Buenos Aires pulula de revolucionarios avezados en todas las doctrinas antiespañolas, francesas, europeas. ¿Qué movimiento de ascención se ha estado operando en la ribera occidental del Río de la Plata? La España colonizadora no era ni comerciante ni navegante; el Río de la Plata era para ella poca cosa: la España *oficial* miró con desdén, una playa y un río. Andando el tiempo, el río había depuesto su sedimento de riquezas sobre esa playa, pero muy poco del espíritu español, del gobierno español. La actividad del comercio había traído el espíritu y las ideas generales de Europa; los buques que frecuentaban sus aguas traían libros de todas partes y noticia de todos los acontecimientos políticos del mundo. Nótese que la España no tenía otra ciudad comerciante en el Atlántico. La guerra con los ingleses aceleró el movimiento de los ánimos hacia la emancipación y despertó el sentimiento de la propia importancia. Buenos Aires es un niño que vence a un gigante, se infatúa, se cree un héroe y se aventura a cosas mayores.

Llevada de este sentimiento de la propia suficiencia, inicia la revolución con una audacia sin ejemplo, la lleva por todas partes, se cree encargada de lo Alto para la realización de una grande obra. El *Contrato Social* vuela de mano en mano; Mably y Raynal son los oráculos de la prensa; Robespierre

y la Convención, los modelos. Buenos Aires se cree una continuación de la Europa, y si no confiesa francamente que es francesa y norteamericana en su espíritu y tendencias, niega su origen español, porque el Gobierno español, dice, la ha recogido después de adulta. Con la revolución, vienen los ejércitos y la gloria, los triunfos y los reveses, las revueltas y las sediciones.

Pero Buenos Aires, en medio de todos estos vaivenes, muestra la fuerza revolucionaria de que está dotada. Bolívar es todo, Venezuela es la peana de aquella colosal figura; Buenos Aires es una ciudad entera de revolucionarios. Belgrano,[9] Rondeau, San Martín, Alvear[10] y los cien generales que mandan sus ejércitos, son sus instrumentos, sus brazos, no su cabeza, ni su cuerpo. En la República Argentina no puede decirse: "el general tal libertó el país", sino "la Junta, el Directorio, el Congreso, el Gobierno de tal o tal época mandó al general tal que hiciese tal cosa". El contacto con los europeos de todas las naciones es mayor aún desde los principios, que en ninguna parte del continente hispanoamericano: la *desespañolización y la europeificación* se efectúan en diez años de un modo radical, sólo en Buenos Aires, se entiende.

No hay más que tomar una lista de vecinos de Buenos Aires, para ver cómo abundan en los hijos del país, los apellidos ingleses, franceses, alemanes, italianos. El año 1820 se empieza a organizar la sociedad, según las nuevas ideas de que está impregnada, y el movimiento continúa hasta que Rivadavia se pone a la cabeza del Gobierno. Hasta este momento, Rodríguez[11] y Las Heras han estado echando los cimientos ordinarios de los gobiernos libres. Ley de olvido,[12] seguridad individual, respeto de la propiedad, responsabilidad de la autoridad, equilibrio de los poderes, educación pública; todo, en fin, se cimenta y constituye pacíficamente. Rivadavia viene de Europa, se trae a la Europa; más todavía, desprecia a la Europa; Buenos Aires (y, por supuesto, decían, la República Argentina) realizará lo que la Francia republicana no ha podido, lo que la aristocracia inglesa no quiere, lo que la Europa despotizada echa de menos. Esta no era una ilusión de Rivadavia, era el pensamiento general de la *ciudad*, era su espíritu, su tendencia.

El más o el menos en las pretensiones dividía los partidos, pero no ideas antagonistas en el fondo. ¿Y qué otra cosa había de suceder en un pueblo que sólo en catorce años había escarmentado a la Inglaterra, correteado la mitad del continente, equipado diez ejércitos, dado cien batallas campales, vencido en todas partes, mezclándose en todos los acontecimientos, violado todas las tradiciones, ensayado todas las teorías, aventurádolo todo y salido bien en todo: que vivía, se enriquecía, se civilizaba? ¿Qué había de suceder, cuando las bases de gobierno, la fe política que le había dado la Europa estaban plagadas de errores, de teorías absurdas y engañosas, de malos principios; porque sus hombres políticos no tenían obligación de saber más que los grandes hombres de la Europa, que hasta entonces no sabían nada definitivo en materia de organización política? Este es un hecho grave que quiero hacer notar. Hoy los estudios sobre las constituciones, las razas, las

creencias, la historia, en fin, han hecho vulgares, ciertos conocimientos prácticos que nos aleccionan contra el brillo de las teorías concebidas *a priori;* pero antes de 1820, nada de esto había trascendido por el mundo europeo. Con las paradojas del *Contrato Social* se sublevó la Francia; Buenos Aires hizo lo mismo; Montesquieu distinguió tres poderes, y al punto tres poderes tuvimos nosotros; Benjamin Constant y Bentham anulaban al ejecutivo, nulo de nacimiento se le constituyó allí; Say y Smith predicaban el comercio libre, comercio libre se repitió. Buenos Aires confesaba y creía todo lo que el mundo sabio de Europa creía y confesaba. Sólo después de la revolución de 1830 en Francia, y de sus resultados incompletos, las ciencias sociales toman nueva dirección y se comienzan a desvanecer las ilusiones. Desde entonces, empiezan a llegarnos libros europeos que nos demuestran que Voltaire no tenía mucha razón, que Rousseau era un sofista, que Mably y Raynal, unos anárquicos, que no hay tres poderes, ni contrato social, etcétera. Desde entonces, sabemos algo de razas, de tendencias, de hábitos nacionales, de antecedentes históricos. Tocqueville nos revela, por la primera vez, el secreto de Norteamérica; Sismondi nos descubre el vacío de las constituciones; Thierry, Michelet y Guizot, el espíritu de la historia; la revolución de 1830, toda la decepción del constitucionalismo de Benjamin Constant; la revolución española, todo lo que hay de incompleto y atrasado en nuestra raza. ¿De qué culpan, pues, a Rivadavia y a Buenos Aires? ¿De no tener más saber que los sabios europeos que los extraviaban? Por otra parte, ¿cómo no abrazar con ardor las ideas generales, el pueblo que había contribuido tanto y con tan buen suceso a generalizar la revolución? ¿Cómo ponerle rienda al vuelo de la fantasía del habitante de una llanura sin límites, dando frente a un río sin ribera opuesta, a un paso de la Europa, sin conciencia de sus propias tradiciones, sin tenerlas en realidad; pueblo nuevo, improvisado, y que desde la cuna se oye saludar pueblo grande?

Así educado, mimado hasta entonces por la fortuna, Buenos Aires se entregó a la obra de constituirse a sí y a la República, como se había entregado a la de libertarse a sí y a la América, con decisión, sin medios términos, sin contemporización con los obstáculos. Rivadavia era la encarnación viva de ese espíritu poético, grandioso, que dominaba la sociedad entera. Rivadavia, pues, continuaba la obra de Las Heras en el ancho molde en que debía vaciarse un grande Estado americano, una República. Traía sabios europeos para la prensa y las cátedras, colonias para los desiertos, naves para los ríos, interés y libertad para todas las creencias, crédito y Banco Nacional para impulsar la industria; todas las grandes teorías sociales de la época, para modelar su gobierno; la Europa, en fin, a vaciarla de golpe en la América, y realizar en diez años, la obra que antes necesitara el transcurso de siglos. ¿Era quimérico este proyecto? Protesto que no. Todas sus creaciones administrativas subsisten, salvo las que la barbarie de Rosas halló incómodas para sus atentados. La libertad de cultos, que el alto clero de Buenos Aires apoyó, no ha sido restringida; la población europea se disemina por las estancias, y toma las armas de su *motu propio* para romper

con el único obstáculo que la priva de las bendiciones que le ofrecía aquel suelo; los ríos están pidiendo a gritos que se rompan las cataratas oficiales que les estorban ser navegados, y el Banco Nacional[13] es una institución tan hondamente arraigada, que él ha salvado la sociedad de la miseria a que la habría conducido el tirano. Sobre todo, por fantástico y extemporáneo que fuese aquel gran sistema, a que se encaminan y precipitan todos los pueblos americanos ahora, era, por lo menos, ligero y tolerable para los pueblos; y por más que hombres sin conciencia lo vociferen todos los días, Rivadavia nunca derramó una gota de sangre ni destruyó la propiedad de nadie, descendiendo, volutariamente, de la Presidencia fastuosa a la pobreza noble y humilde del proscripto. Rosas, que tanto lo calumnia, se ahogaría en el lago que podría formar toda la sangre que ha derramado; y los cuarenta millones de pesos fuertes del Tesoro nacional y los cincuenta de fortunas particulares que ha consumido en diez años, para sostener la guerra interminable que sus brutalidades han encendido, en manos del fatuo, del *iluso* Rivadavia, se habrían convertido en canales de navegación, ciudades edificadas y grandes y multiplicados establecimientos de utilidad pública. Que le quede, pues, a este hombre, ya muerto para su patria, la gloria de haber representado la civilización europea en sus más nobles aspiraciones, y que sus adversarios cobren la suya, de mostrar la barbarie americana en sus formas más odiosas y repugnantes; porque Rosas y Rivadavia son los dos extremos de la República Argentina, que se liga a los salvajes, por la pampa y a la Europa, por el Plata.

No es el elogio, sino la apoteosis la que hago de Rivadavia y de su partido, que han muerto para la República Argentina como elemento político, no obstante que Rosas se obstine, suspicazmente, en llamar unitarios a sus actuales enemigos. El antiguo partido unitario, como el de la Gironda, sucumbió hace muchos años. Pero en medio de sus desaciertos y sus ilusiones fantásticas, tenía tanto de noble y grande, que la generación que le sucede, le debe los más pomposos honores fúnebres. Muchos de aquellos hombres quedan aún entre nosotros, pero no ya como partido organizado: son las momias de la República Argentina, tan venerables y nobles como las del Imperio de Napoleón. Estos unitarios del año 25[14] forman un tipo separado, que nosotros sabemos distinguir por la figura, por los modales, por el tono de la voz y por las ideas. Me parece que entre cien argentinos reunidos, yo diría: éste es *unitario*. El unitario tipo marcha derecho, la cabeza alta; no da vuelta, aunque sienta desplomarse un edificio; habla con arrogancia; completa la frase con gestos desdeñosos y ademanes concluyentes; tiene ideas fijas, invariables, y a la víspera de una batalla, se ocupará, todavía, de discutir en toda forma un reglamento, o de establecer una nueva formalidad legal; porque las fórmulas legales son el culto exterior que rinde a sus ídolos, la Constitución, las garantías individuales. Su religión es el porvenir de la República, cuya imagen colosal, indefinible, pero grandiosa y sublime se le aparece a todas horas cubierta con el manto de las pasadas glorias y no le deja ocuparse de los hechos que presencia. Es imposible imaginarse

una generación más razonadora, más *deductiva,* más emprendedora y que haya carecido en más alto grado de sentido práctico. Llega la noticia de un triunfo de sus enemigos; todos lo repiten, el parte oficial lo detalla, los dispersos vienen heridos. Un *unitario* no cree en tal triunfo, y se funda en razones tan concluyentes, que os hace dudar de lo que vuestros ojos están viendo. Tiene tal fe en la superioridad de su causa, y tanta constancia y abnegación para consagrarle su vida, que el destierro, la pobreza ni el lapso de los años entibiarán en un ápice su ardor.

En cuanto a temple de alma y energía, son infinitamente superiores a la generación que les ha sucedido. Sobre todo, lo que más los distingue de nosotros, son sus modales finos, su política ceremoniosa y sus ademanes pomposamente cultos. En los estrados no tienen rival, y no obstante que ya están desmontados por la edad, son más galanes, más bulliciosos y alegres con las damas, que sus hijos.

Hoy día las formas se descuidan entre nosotros, a medida que el movimiento democrático se hace más pronunciado, y no es fácil darse idea de la cultura y refinamiento de la sociedad de Buenos Aires hasta 1828. Todos los europeos que arribaban creían hallarse en Europa, en los salones de París; nada faltaba, ni aun la petulancia francesa, que se dejaba notar, entonces, en el elegante de Buenos Aires.

Me he detenido en estos pormenores, para caracterizar la época en que se trataba de constituir la República y los elementos diversos que se estaban combatiendo. Córdoba, española por educación literaria y religiosa, estacionaria y hostil a las innovaciones revolucionarias, y Buenos Aires, todo novedad, todo revolución y movimiento, son las dos fases prominentes de los partidos que dividían las ciudades todas; en cada una de las cuales estaban luchando estos dos elementos diversos que hay en todos los pueblos cultos. No sé si en América se presenta un fenómeno igual a éste, es decir, los dos partidos, retrógrado y revolucionario, conservador y progresista, representados altamente cada uno, por una ciudad civilizada de diverso modo, alimentándose cada una de ideas extraídas de fuentes distintas: Córdoba, de la España, los Concilios, los Comentadores, el Digesto; Buenos Aires, de Bentham, Rousseau, Montesquieu y la literatura francesa entera.

A estos elementos de antagonismo se añadía otra causa no menos grave: tal era el aflojamiento de todo vínculo nacional, producido por la revolución de la Independencia. Cuando la autoridad es sacada de un centro, para fundarla en otra parte, pasa mucho tiempo antes de echar raíces. *El Republicano* decía el otro día que "la autoridad no es más que un convenio entre gobernantes y gobernados". ¡Aquí hay muchos *unitarios* todavía! *La autoridad se funda en el asentimiento indeliberado que una nación da a un hecho permanente.* Donde hay deliberación y voluntad, no hay autoridad. Aquel estado de transición se llama *federalismo;*[15] y de toda revolución y cambio consiguiente de autoridad, todas las naciones tienen sus días y sus intentos de *federación.*

Me explicaré. Arrebatado a la España, Fernando VII, la autoridad, aquel

hecho permanente, deja de ser, y la España se reúne en juntas provinciales que niegan la autoridad a los que gobiernan en nombre del rey. Esto es *federación de la España.* Llega la noticia a la América, y se desprende de la España, separándose en varias secciones: *federación de la América.*

Del virreinato de Buenos Aires salen, al fin de la lucha, cuatro Estados: Bolivia, Paraguay, Banda Oriental y República Argentina: *federación del virreinato.*

La República Argentina se divide en provincias, no en las antiguas Intendencias, sino por ciudades: *federación de las ciudades.*

No es que la palabra *federación* signifique separación, sino que, dada la separación previa, expresa la unión de partes distintas. La República Argentina se hallaba en esta crisis social, y muchos hombres notables y bien intencionados de las *ciudades* creían que es posible hacer *federaciones,* cada vez que un hombre o un pueblo se siente sin respeto por una autoridad nominal y de puro convenio.

Así, pues, había esta otra manzana de discordia en la República y los partidos, después de haberse llamado *realistas* y patriotas,[16] *congresistas* y ejecutivistas, *pelucones* y liberales, concluyeron con llamarse federales y unitarios. Miento, que no concluye aún la fiesta: que a don Juan Manuel Rosas se le ha antojado llamar a sus enemigos presentes y futuros *salvajes, inmundos unitarios,* y uno nacerá *salvaje* estereotipado allí, dentro de veinte años, como son federales hoy, todos los que llevan la carátula que él les ha puesto.

Pero la República Argentina está geográficamente constituida de tal manera, que ha de ser unitaria siempre, *aunque el rótulo de la botella* diga lo contrario. Su llanura continua, sus ríos confluentes a un puerto único, la hacen fatalmente "una e indivisible". Rivadavia, más conocedor de las necesidades del país, aconsejaba a los pueblos que se uniesen bajo una Constitución común, haciendo nacional el puerto de Buenos Aires. Agüero,[17] su eco en el Congreso, decía a los porteños con su acento magistral y unitario: *"Demos voluntariamente a los pueblos, lo que más tarde nos reclamarán con las armas en la mano".*

El pronóstico falló por una palabra. Los pueblos no reclamaron de Buenos Aires el puerto con las armas, sino con la *barbarie,* que le mandaron en Facundo y Rosas. Pero Buenos Aires se quedó con la barbarie y el puerto, que sólo a Rosas ha servido y no a las provincias. De manera que Buenos Aires y las provincias se han hecho el mal, mutuamente, sin reportar ninguna ventaja.

Todos estos antecedentes he necesitado establecer, para continuar con la vida de Juan Facundo Quiroga, porque, aunque parezca ridículo decirlo, Facundo es el rival de Rivadavia. Todo lo demás es transitorio, intermediario y de poco momento: el partido federal de las ciudades era un eslabón que se ligaba al partido bárbaro de las campañas. La República era solicitada por dos fuerzas unitarias: una que partía de Buenos Aires y se apoyaba en los liberales del interior; otra, que partía de las campañas y se apoyaba en los cau-

dillos que ya habían logrado dominar las ciudades: la una, civilizada, constitucional, europea; la otra, bárbara, arbitraria, americana.

Estas dos fuerzas habían llegado a su más alto punto de desenvolvimiento, y sólo una palabra se necesitaba para trabar la lucha; y ya que el partido revolucionario se llamaba *unitario,* no había inconveniente para que el partido adverso adoptase la denominación de *federal,* sin comprenderla.

Pero aquella fuerza bárbara estaba diseminada por toda la República, dividida en provincias, en cacicazgos; necesitábase una mano poderosa para fundirla y presentarla en un todo homogéneo, y Quiroga ofreció su brazo para realizar esta grande obra.

El gaucho argentino, aunque de instintos comunes a los pastores, es eminentemente provincial: lo hay porteño, santafecino, cordobés, llanista, etc. Todas sus aspiraciones las encierra en su provincia; las demás son enemigas o extrañas; son diversas tribus, que se hacen entre sí la guerra. López, apoderado de Santa Fe, no se cura de lo que pasa alrededor suyo, salvo que vengan a importunarlo, que entonces monta a caballo y echa fuera a los intrusos. Pero como no estaba en sus manos que las provincias no se tocasen por todas partes, no podían tampoco evitar que al fin se uniesen en un interés común, y de ahí les viniese esa misma *unidad* que tanto se interesaban en combatir.

Recuérdese que al principio dije, que las correrías y viajes de la juventud de Quiroga habían sido la base de su futura ambición. Efectivamente: Facundo, aunque gaucho, no tiene apego a un lugar determinado; es riojano, pero se ha educado en San Juan, ha vivido en Mendoza, ha estado en Buenos Aires. Conoce la República; sus miradas se extienden sobre un grande horizonte; dueño de La Rioja, quisiera, naturalmente, presentarse revestido del poder, en el pueblo en que aprendió a leer, en la ciudad donde levantó unas tapias, en aquella otra donde estuvo preso e hizo una acción gloriosa. Si los sucesos lo atraen fuera de su provincia, no se resistirá a salir por cortedad ni encogimiento. Muy distinto de Ibarra o López, que no gustan sino de defenderse en su territorio, él acometerá el ajeno y se apoderará de él. Así la Providencia realiza las grandes cosas por medios insignificantes e inapercibibles, y la Unidad bárbara de la República va a iniciarse, a causa de que un *gaucho malo* ha andado de provincia en provincia, levantando tapias y dando puñaladas.

NOTAS

[1]*Juan Bautista Bustos* (1779-1830), cordobés, gran propietario rural, luchó en las Invasiones Inglesas, adhirió a la revolución de 1810 y combatió en el ejército del Norte. Belgrano lo comisionó para que combatiera la sublevación de Borges en Santiago del Estero (1816) y para que ocupara Córdoba militarmente a raíz de los sucesos del litoral. En 1818 luchó contra López en Fraile Muerto. Jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte, se sublevó contra el gobierno central en 1820, y marchó hacia Córdoba, donde tomó el poder, manteniéndose en el gobierno durante ocho años. Como decidido defensor del sistema federal intentó la institucionalización del país, propiciando la reunión de un congreso constituyente que no logró concretar. Se opuso a la revolución de Lavalle de 1828, y fue el primero en condenar el asesinato de Dorrego. Derrotado por Paz en San Roque, debió huir a La Rioja, donde se unió a Quiroga, junto a quien luchó en La Tablada (1829). Luego marchó a Santa Fe, donde encontró la muerte en 1830.

[2]*Bernabé Aráoz* (1782-1824), pertenecía a una poderosa familia tucumana, de gran influencia en la política regional. Combate junto a Belgrano en las batallas de Salta y Tucumán, gobierna su provincia natal desde 1814 y en 1819 proclama la "República de Tucumán", secesión que anuncia la caída del poder central y la desintegración de 1820. Intenta sostener la hegemonía tucumana en el norte del país, enfrentándose por ello a Güemes, gobernador de Salta, y a Ibarra, gobernador de Santiago del Estero. La revolución encabezada por Francisco Javier López lo depone en 1823; éste ordena su fusilamiento al año siguiente.

[3]La ciudad y la provincia constituyeron un centro económico, político y cultural de fundamental importancia durante la dominación española. Con la fundación del Virreinato del Río de la Plata y la implantación de libertades comerciales, su poder será eclipsado paulatinamente por Buenos Aires, pues era fundamentalmente un centro comercial crecido al amparo de su función de nudo de comunicaciones hacia el Alto Perú y Chile. La agricultura, la ganadería y las artesanías eran la base económica de la sierra; la ganadería utilizaba especialmente las pampas de altura y el sector de los llanos lindantes con La Rioja, y hacia el este el pie de las sierras y del área pampeana consolidada sobre la frontera del Río Cuarto. Los censos consignan una población de 102.248 habitantes para toda la provincia, de los cuales 14.187 en la capital. De la Fuente calcula unos 130.800 como población total para 1849.

[4]*Deán Gregorio Funes* (1749-1829), cordobés, doctor en Teología y Derecho, tuvo importante actuación en la política revolucionaria y en la educación universitaria. Encabezó a los diputados del interior incorporados a la Junta Grande (1810), defendiendo sus derechos a la intervención directa en la gestión revolucionaria. En 1811 redactó el Reglamento, primer ensayo constitucional de la República. Fue diputado al Congreso

Nacional de 1824. Su labor intelectual se cifra en libros, como el *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* (1816-1817), así como en su plan de estudios para la Universidad de Córdoba, de la que fue rector desde 1808. Conocedor de las corrientes de la filosofía del siglo XVIII, Funes prepara un plan renovador que tiene en cuenta las nuevas ideas, sin aceptarlas enteramente, pero que se aparta del escolasticismo imperante en la universidad cordobesa.

[5]La cañada del río Mapocho, que atraviesa la ciudad de Santiago de Chile.

[6]El *Facundo* participa de la concepción del movimiento revolucionario de 1810 propia de la generación del 37. Sarmiento, como los miembros de la *Asociación de Mayo,* sentía que había nacido con la patria. Mayo era el grito de libertad y de igualdad frente al absolutismo español, consecuencia de las ideas de los liberales franceses e ingleses que habían circulado muchas veces clandestinamente en el Plata. Escribe Echeverría en el *Dogma socialista:* "¿Qué quiere decir Mayo? Emancipación, ejercicio de la actividad libre del pueblo argentino, progreso; ¿por qué medio? Por medio de la libertad, la fraternidad y la igualdad, por medio de la Democracia". El 25 de mayo fue celebrado con gran solemnidad desde su primer aniversario y el fervor por las llamadas Fiestas Mayas continuó hasta 1835, en que cobra importancia el festejo del 9 de julio, día de la independencia argentina. Rosas, en su discurso del 25 de mayo de 1836, interpreta el movimiento revolucionario de mayo como de leal vasallaje al rey Fernando VII. Algunos historiadores niegan al movimiento de 1810 los ideales mencionados por Echeverría así como la influencia decisiva del pensamiento francés, destacando en cambio la presencia de la tradición española y del jesuita Francisco Suárez.

[7]El acróstico citado por Sarmiento está formado por las iniciales de los sublevados en Córdoba contra la autoridad de la Junta de Buenos Aires, fusilados en Cabeza de Tigre. El héroe de la reconquista de Buenos Aires en la segunda invasión inglesa y virrey impuesto por voluntad popular hasta la llegada de Cisneros, había sido internado en la provincia de Córdoba. En la ciudad de Córdoba, Liniers y las autoridades coloniales deciden resistir a la Junta de Buenos Aires. El 20 de julio de 1810 juran lealtad al Consejo de Regencia y organizan tropas para enfrentar al gobierno criollo. Derrotados por el ejército al mando de Antonio González Balcarce, son fusilados en el camino hacia Buenos Aires.

[8]El Director Supremo Rondeau, enfrentado a Ramírez y López, ordena que el Ejército del Norte al mando de Belgrano envíe tropas en su auxilio. En la Posta de Arequito (provincia de Santa Fe), las divisiones enviadas se sublevan comandadas por el general Bustos, Alejandro Heredia y José M. Paz (8 de enero de 1820), pues se niegan a participar en la guerra civil. El general Francisco Fernández de la Cruz, al mando del ejército, entrega la dirección a Bustos, que se encaminará a Córdoba.

[9]*Manuel Belgrano* (1770-1820), porteño, abogado, estudioso de las teorías de la fisiocracia y del liberalismo, trató de influir en una transformación de las condiciones económicas del Plata desde su cargo de secretario del Consulado (1793). Fue secretario de la Junta de 1810 y dirigió los ejércitos patriotas en el Paraguay y en el Alto Perú. La primera empresa fracasó en el enfrentamiento de Tacuarí (1811) pero dio frutos como semilla independentista. Enfrentó a las poderosas tropas realistas, venciéndolas en Tucumán (1812) y en Salta (1813) e impidiendo su avance hacia el Plata. Derrotado en Vilcapugio y Ayohúma encabeza la dolorosa retirada hacia Jujuy y Tucumán. Para la organización institucional del país propuso una monarquía que coronara a un descendiente de los Incas. Declarada la independencia (1816), vuelve al mando del Ejército del Norte, luchando en acuerdo con Güemes en la guerra de defensa. Obedeciendo órdenes del gobierno central baja a Santa Fe, tratando de lograr la paz con Estanislao López. Agravada su salud, abandona el cargo, muriendo en Buenos Aires en 1820.

[10]*Carlos María de Alvear* (1789-1852), regresa a Argentina, su tierra natal, en 1812, junto con el general San Martín, con quien organiza la Logia Lautaro, distanciándose posteriormente de él. En 1815 es nombrado Director Supremo. Durante su gestión, impopular y aristocratizante, dispone el reemplazo de San Martín en la gobernación de Cuyo y llega a ofrecer a Gran Bretaña el Protectorado de las Provincias Unidas, que a su pesar no llega a concretarse. Estos hechos provocan su caída. En 1820 intenta conseguir la gobernación de Buenos Aires, pero es derrotado por Manuel Do-

rrego en San Nicolás. Como Ministro de Guerra de Rivadavia comanda las fuerzas argentinas en la guerra con el Brasil. Logra victorias importantes, entre ellas la de Ituzaingó. Producida la revolución del 1º de diciembre de 1829, es Ministro de Guerra de Lavalle por breve tiempo. Desde 1838 es ministro plenipotenciario en los Estados Unidos, donde muere.

[11]*Martín Rodríguez* (1771-1845), porteño, actuó en las invasiones inglesas dirigiendo el Escuadrón de Patricios. Luchó junto a Belgrano en el Paraguay, participando del levantamiento del 5 de abril. Incorporado en 1812 a las tropas de Belgrano, fue derrotado en Venta y Media y Sipe-Sipe. En 1820 sus tropas, con apoyo de las milicias rurales, eliminan las amenazas de rebelión. Tras la derrota de Dorrego es nombrado gobernador y capitán general de la provincia, designando a Rivadavia y Manuel García como sus ministros. En su gobierno se instauran las reformas (militar, eclesiástica, de justicia), se crea la Universidad, se suprime el déficit fiscal, se crea el Banco de Descuentos, etc. Ejerce la magistratura hasta 1824 con la adhesión de las clases altas. Entre 1825-7 es jefe del ejército sobre el Uruguay y contra el Brasil, batiéndose en Navarro. Vencido Lavalle, emigra al Uruguay.

[12]Sancionada en 1822 por iniciativa de Rivadavia, permitió el retorno a Buenos Aires de los alejados de ella por actuación política, lo que benefició a Dorrego, Pagola, Alvear, Sarratea, el padre Castañeda, etc.

[13]El Banco Nacional fue creado, por iniciativa de Manuel García, en 1826, para funciones de descuentos y emisión, absorbiendo el Banco de Descuentos creado por el gobierno de Martín Rodríguez. No logró convertirse en parte orgánica de las economías provinciales o nacional, y chocó con los intereses de La Rioja debido a su monopolio para emisión en metálico. En 1836 Rosas lo disolvió respondiendo a motivos económicos y políticos.

[14]Las críticas de Sarmiento a los unitarios coinciden con las de Echeverría (edición de 1846 del *Dogma socialista)*, quien afirma que los unitarios de Montevideo se distinguen por su "desconocimiento de la realidad, estrechez de miras, sectarismo y apego excesivo a conceptos puramente formales, esterilidad programática".

[15]Los federales sustentaron una organización republicana del país, respetando las autonomías provinciales. No tenían principios homogéneos, como los unitarios, adecuándose a las demandas de las circunstancias. Disponían de firme base política en las clases populares y medias rurales y urbanas. Hay diferencias entre los federales del litoral o del interior del país y los de Buenos Aires: éstos eran celosos defensores de su autonomía provincial y por lo tanto de los derechos de aduana del puerto de Buenos Aires.

[16]Realistas y patriotas: partidarios de la dominación española y criollos o revolucionarios. Congresistas y ejecutivistas: partidarios del Congreso de 1824-6 y del Director Supremo Pueyrredón. Pelucones y liberales: conservadores y liberales, según denominación propia de Chile, que casi no se usó en Buenos Aires.

[17]*Julián Segundo de Agüero* (1796-1851), sacerdote porteño, adhirió a la Revolución de Mayo y en 1821 fue diputado a la Legislatura de Buenos Aires. Apoyó la reforma eclesiástica como presidente de la Junta de Representantes. Fue ministro de Rivadavia y jefe del partido unitario. Apoyó la revolución de Lavalle (1828) marchando con Rivadavia al extranjero luego de Puente Márquez. Murió en 1851 en Montevideo.

CAPITULO VIII

ENSAYOS

¡Cuánto dilata el día!, porque mañana quiero galopar diez cuadras sobre un campo sembrado de cadáveres.

SHAKESPEARE

TAL como la hemos pintado era, en 1825, la fisonomía política de la República, cuando el Gobierno de Buenos Aires invitó a las provincias a reunirse en un Congreso,[1] para darse una forma de gobierno general. De todas partes fue acogida esta idea con aprobación, ya fuese que cada caudillo contase con *constituirse* caudillo legítimo de su provincia, ya que el brillo de Buenos Aires ofuscase todas las miradas y no fuese posible negarse, sin escándalo, a una pretensión tan racional. Se ha imputado al gobierno de Buenos Aires, como una falta, haber promovido esta cuestión, cuya solución debía ser tan funesta para él mismo y para la civilización; que, como las religiones mismas, es generalizadora, propagandista, y mal creería un hombre si no deseara que todos creyesen como él.

Facundo recibió en La Rioja la invitación, y acogió la idea con entusiasmo, quizá por aquellas simpatías que los espíritus altamente dotados tienen por las cosas esencialmente buenas.

En 1825, la República se preparaba para la guerra del Brasil, y a cada provincia se había encomendado la formación de un regimiento para el ejército. A Tucumán vino con este encargo, el coronel Lamadrid,[2] que, impaciente por obtener los reclutas y elementos necesarios para levantar su regimiento, no vaciló mucho en derrocar aquellas autoridades morosas y subir él al Gobierno, a fin de expedir los decretos convenientes al efecto. Este acto subversivo ponía al Gobierno de Buenos Aires en una posición delicada. Había desconfianza en los gobiernos, celos de provincia, y el coronel Lamadrid, venido de Buenos Aires y trastornando un gobierno provincial, lo hacía aparecer a aquél, a los ojos de la nación, como instigador. Para desvanecer esta sospecha, el Gobierno de Buenos Aires insta a Facundo que invada a Tucumán y restablezca las autoridades provinciales. Lamadrid explica al Gobierno, el motivo real, aunque bien frívolo, por cierto, que lo ha impulsado, y protesta de su adhesión inalterable. Pero ya era tarde: Facun-

do estaba en movimiento, y era preciso prepararse a rechazarlo. Lamadrid pudo disponer de un armamento que pasaba para Salta; pero, por delicadeza, por no agravar más los cargos que contra él pesaban, se contentó con tomar 50 fusiles y otros tantos sables, suficientes, según él, para acabar con la fuerza invasora.

Es el general Lamadrid uno de esos tipos naturales del suelo argentino. A la edad de 14 años, empezó a hacer la guerra a los españoles, y los prodigios de su valor romancesco pasan los límites de lo posible: se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la espada de Lamadrid ha salido mellada y destilando sangre; el humo de la pólvora y los relinchos de los caballos lo enajenan materialmente, y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballeros, cañones, infantes, poco le importa que la batalla se pierda. Decía que es un tipo natural de aquel país, no por esta valentía fabulosa, sino porque es oficial de caballería y poeta además. Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras, el cantor de que hablé en la primera parte; es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado a la libertad. Desgraciadamente, no es un general *cuadrado*,[3] como lo pedía Napoleón; el valor predomina sobre las otras cualidades del general, en proporción de ciento a uno. Y si no, ved lo que hace en Tucumán: pudiendo, no reúne fuerzas suficientes, y con un puñado de hombres, presenta la batalla, no obstante que lo acompaña el coronel Díaz Vélez, poco menos valiente que él. Facundo traía doscientos infantes y sus Colorados de caballería. Lamadrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arrolla la caballería de Facundo, y a Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla, sino después de concluido todo. Queda la infantería en columna cerrada; Lamadrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Cierto; él solo atropella la masa de infantería; voltéanle el caballo, se endereza, vuelve a cargar; mata, hiere, acuchilla todo lo que está a su alcance, hasta que caen caballo y caballero, traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infantería. Todavía en el suelo, le hunden en la espalda, la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta lo traspasan, asándolo, además, con el fogonazo. Facundo vuelve, al fin, a recuperar su *bandera* negra[4] que ha perdido, y se encuentra con una batalla ganada,[5] y Lamadrid muerto, bien muerto. Su ropa está ahí; su espada, su caballo, nada falta, excepto el cadáver; que no puede reconocerse entre los muchos mutilados y desnudos que yacen en el campo. El coronel Díaz Vélez, prisionero, dice que su hermano tenía una lanzada en una pierna; no hay cadáver allí con herida semejante.

Lamadrid, acribillado de once heridas, se había arrastrado hasta unos matorrales, donde su asistente lo encontró, delirando con la batalla, y respondiendo al ruido de pasos que se acercaban: "¡No me rindo!" Nunca se había rendido el coronel Lamadrid hasta entonces.

He aquí la famosa acción del Tala, primer ensayo de Quiroga, fuera de los términos de la provincia. Ha vencido en ella, al valiente de los valientes,

y conserva su espada, como trofeo de la victoria. ¿Se detendrá ahí? Pero veamos la fuerza que se ha suscitado contra el coronel[6] del regimiento Nº 15, que ha trastornado un Gobierno para equipar su cuerpo. Facundo enarbola en el Tala, una bandera que no es argentina, que es de su invención. Es un paño negro con una calavera y huesos cruzados en el centro. Esta es su bandera, que ha perdido al principio del combate, y que "va a recobrar —dice a sus soldados dispersos—, aunque sea en la puerta del infierno". La muerte, el espanto, el infierno, se presentan en el pabellón y la proclama del general de los Llanos. ¿Habéis visto este mismo paño mortuorio sobre el féretro de los muertos, cuando el sacerdote canta *Portae inferi?*

Pero hay algo más, todavía, que revela desde entonces, el espíritu de la fuerza pastora, árabe, tártara, que va a destruir las ciudades. Los colores argentinos son el celeste y el blanco; el cielo transparente de un día sereno, y la luz nítida del disco del sol: la paz y la justicia para todos. A fuerza de odiar la tiranía y la violencia, nuestro pabellón y nuestras armas excomulgan el blasón y los trofeos guerreros. Dos manos en señal de unión sostienen el gorro frigio del liberto;[7] las ciudades unidas, dice este símbolo, sostendrán la libertad adquirida; el sol principia a iluminar el teatro de este juramento, y la noche va desapareciendo poco a poco. Los ejércitos de la Repúbica, que llevan la guerra a todas partes para hacer efectivo aquel porvenir de luz y tornar en día, la aurora que el escudo de armas anuncia, visten azul oscuro y con cabos diversos: visten a la europea. Bien; en el seno de la República, del fondo de sus entrañas, se levanta el color *colorado*[8] y se hace el vestido del soldado, el pabellón del ejército y, últimamente, la cucarda nacional, que, so pena de la vida, ha de llevar todo argentino.

¿Sabéis lo que es el color colorado? Yo no lo sé tampoco; pero voy a reunir algunas reminiscencias.

Tengo a la vista un cuadro de las banderas de todas las naciones del mundo. Sólo hay una europea culta, en que el colorado predomine, no obstante el origen bárbaro de sus pabellones. Pero hay otras coloradas; leo: Argel, pabellón colorado, con calavera y huesos; Túnez, pabellón colorado; Mogol, ídem; Turquía, pabellón colorado, con creciente; Marruecos, Japón, colorado, con la cuchilla exterminadora; Siam, Surat, etc., lo mismo.

Recuerdo que los viajeros que intentan penetrar en el interior del Africa, se proveen de paño *colorado* para agasajar a los príncipes negros. "El rey de Elve —dicen los hermanos Lardner— llevaba un surtú[9] español de paño *colorado* y pantalones del mismo color".

Recuerdo que los presentes que el Gobierno de Chile manda a los caciques de Arauco, consisten en mantas y ropas *coloradas,* porque este color agrada mucho a los salvajes.

La capa de los emperadores romanos que representaban al dictador era de púrpura, esto es, *colorada.*

El manto real de los reyes bárbaros de Europa fue siempre *colorado.*

La España ha sido el último país europeo que ha repudiado el *colorado,* que llevaba en la capa grana.

Don Carlos, en España, el pretendiente absoluto, izó una bandera *colorada.*

El Reglamento Regio de Génova*, disponiendo que los senadores lleven toga purpúrea, *colorada,* previene que se practique así particularmente "in esecuzione di giudicato criminale ad efetto di incutere colla grave sua decorosa presenza il *terrore* e lo *spavento* nei cativi".

El verdugo, en todos los estados europeos, vestía de *colorado* hasta el siglo pasado.

Artigas agrega, al pabellón argentino, una faja diagonal *colorada.*[10]

Los ejércitos de Rosas visten de *colorado.*[11]

Su retrato se estampa en una cinta *colorada.*

¿Qué vínculo misterioso liga todos estos hechos? ¿Es casualidad que Argel, Túnez, el Japón, Marruecos, Turquía, Siam, los africanos, los salvajes, los Nerones romanos, los reyes bárbaros, *il terrore e lo spavento,* el verdugo y Rosas, se hallen vestidos con un color proscripto hoy día, por las sociedades cristianas y cultas? ¿No es el *colorado* el símbolo que expresa violencia, sangre y barbarie? Y si no, ¿por qué este antagonismo?

La revolución de la Independencia Argentina se simboliza en dos tiras celestes y una blanca, cual si dijera: ¡justicia, paz, justicia!

¡La reacción acaudillada por Facundo y aprovechada por Rosas, se simboliza en una cinta colorada, que dice: ¡terror, sangre, barbarie!

La especie humana ha dado, en todos los tiempos, este significado al color grana, colorado, púrpura: id a estudiar el Gobierno en los pueblos que ostentan este color, y hallaréis a Rosas y a Facundo: el terror, la barbarie, la sangre corriendo todos los días. En Marruecos, el Emperador tiene la singular prerrogativa de matar él mismo a los criminales.

Necesito detenerme sobre este punto. Toda civilización se expresa en trajes, y cada traje indica un sistema de ideas entero. ¿Por qué usamos hoy la barba entera? Por los estudios que se han hecho en estos tiempos sobre la Edad Media: la dirección dada a la literatura romántica se refleja en la moda. ¿Por qué varía ésta todos los días? Por la libertad del pensamiento europeo; fijad el pensamiento, esclavizadlo, y tendréis vestido invariable: así en Asia, donde el hombre vive bajo gobiernos como el de Rosas, lleva desde los tiempos de Abraham, vestido talar.

Hay aun más: cada civilización ha tenido su traje, y cada cambio en las ideas, cada revolución en las instituciones, un cambio en el vestir. Un traje, la civilización romana, otro, la Edad Media; el frac no principia en Europa sino después del renacimiento de las ciencias; la moda no la impone al mundo, sino la nación más civilizada; de frac visten todos los pueblos cristianos, y cuando el sultán de Turquía, Abdul Medjil, quiere introducir la civilización europea en sus estados, depone el turbante, el caftán y las bombachas, para vestir frac, pantalón y corbata.

Los argentinos saben la guerra obstinada que Facundo y Rosas han hecho

* El señor Alberdi[12] me suministra este dato, tomado en su viaje a Italia. *(Nota del autor).*

al frac y a la moda. El año de 1840, un grupo de mazorqueros rodea, en la obscuridad de la noche, a un individuo que iba con levita, por las calles de Buenos Aires. Los cuchillos están a dos dedos de su garganta. "—Soy Simón Pereira, exclama. — Señor, el que anda vestido así, se expone. — Por lo mismo me visto así; ¿quién sino yo anda con levita? Lo hago para que me conozcan desde lejos". Este señor es primo y compañero de negocios de don Juan Manuel Rosas. Pero, para terminar las explicaciones que me propongo dar sobre el color *colorado* iniciado por Facundo, e ilustrar por sus símbolos, el carácter de la guerra civil, debo referir aquí la historia de la *cinta colorada,* que hoy sale ya a ostentarse afuera. En 1820, aparecieron en Buenos Aires, con Rosas, los Colorados de las Conchas; la campaña mandaba ese contingente. Rosas, veinte años después, reviste, al fin, la *ciudad de colorado:* casas, puertas, empapelados, vajillas, tapices, colgaduras, etc., etc. Ultimamente, consagra este color oficialmente, y lo impone como una medida de Estado.

La historia de la cinta colorada es muy curiosa. Al principio, fue una divisa que adoptaron los entusiastas; mandóse después, llevarla a todos, para que *probase la uniformidad* de la opinión. Se deseaba obedecer, pero al mudar de vestido, se olvidaba. La Policía vino en auxilio de la memoria: se distribuían mazorqueros por las calles, y sobre todo, en las puertas de los templos, y a la salida de las señoras, se distribuían, sin misericordia, zurriagazos con vergas de toro. Pero aún quedaba mucho por arreglar. ¿Llevaba uno la cinta negligentemente anudada? — ¡Vergazos!, era unitario. — ¿Llevábala chica? — ¡Vergazos!, era unitario. ¿No la llevaba?, ¡degollado por contumaz! No paró ahí ni la solicitud del Gobierno ni la educación pública. No bastaba ser federal ni llevar la cinta, que era preciso, además, que ostentase el retrato del ilustre Restaurador[13] sobre el corazón, en señal de amor *intenso,* y los letreros *"mueran los salvajes inmundos unitarios"*. ¿Creeríase que con esto estaba terminada la obra de envilecer a un pueblo culto y hacerle renunciar a toda dignidad personal? ¡Ah!, todavía no estaba bien disciplinado. Amanecía una mañana, en una esquina de Buenos Aires, un figurón pintado en papel, con una cinta flotante de media vara. En el momento que alguno la veía, retrocedía despavorido, llevando por todas partes la alarma; entrábase en la primer tienda, y salía de allí, con una cinta flotante de media vara. Diez minutos después, toda la ciudad se presentaba en las calles, cada uno con su cinta flotante de media vara de largo. Aparecía otro día, otro figurón con una ligera alteración en la cinta: la misma maniobra. Si alguna señorita se olvidaba del moño colorado, la Policía le pegaba gratis uno en la cabeza ¡con brea derretida! ¡Así se ha conseguido uniformar la opinión! ¡Preguntad en toda la República Argentina, si hay uno que no sostenga y crea ser federal...! Ha sucedido mil veces, que un vecino ha salido a la puerta de su casa y visto barrida la parte frontera de la calle: al momento ha mandado barrer, le ha seguido su vecino, y en media hora, ha quedado barrida toda la calle entera, creyéndose que era una orden de la Policía. Un pulpero iza una bandera por llamar la atención; vélo

el vecino, y, temeroso de ser tachado de tardo por el gobernador, iza la suya, ízanla los del frente, ízanla en toda la calle, pasa a otras, y en un momento, queda empavesada Buenos Aires. La Policía se alarma, inquiere qué noticia tan fausta se ha recibido que ella ignora, sin embargo... ¡Y éste era el pueblo que rendía a once mil ingleses en las calles y mandaba, después, cinco ejércitos por el continene americano a caza de españoles!

Es que el terror es una enfermedad del ánimo que aqueja a las poblaciones, como el cólera morbus, la viruela, la escarlatina. Nadie se libra, al fin, del contagio. Y cuando se trabaja diez años consecutivos para inocularlo, no resisten al fin, ni los ya vacunados. ¡No os riáis, pues, pueblos hispanoamericanos, al ver tanta degradación! ¡Mirad que sois españoles, y la Inquisición educó así a la España! Esta enfermedad la traemos en la sangre.

Volvamos a tomar el hilo de los hechos. Facundo entró triunfante en Tucumán, y regresó a La Rioja, pasados unos pocos días, sin cometer actos notables de violencia y sin imponer contribuciones, porque la regularidad constitucional de Rivadavia había formado una conciencia pública que no era posible arrostrar de un golpe.

Facundo regresa a La Rioja; aunque enemigo de la Presidencia, Quiroga no sabía qué decir fijamente sobre el motivo de esta oposición a la Presidencia, lo que es muy natural. El mismo no podría haberse dado cuenta de ello. "Yo no soy federal —decía siempre—, ¿que soy tonto?" "¿Sabe usted —decía una vez a don Dalmacio Vélez[14]— por qué he hecho la guerra? ¡Por esto!" Y sacaba una onza de oro. Mentía Facundo.

Otras veces decía: "Carril,[15] gobernador de San Juan, me hizo un desaire, desatendiendo mi recomendación por Carita, y me eché por eso en la oposición al Congreso". Mentía.

Sus enemigos decían: "Tenía muchas acciones en la Casa de Moneda, y propusieron venderla al Gobierno Nacional en $ 300.000. Rivadavia rechazó esta propuesta, porque era un robo escandaloso; Facundo se alistó desde entonces entre sus enemigos". El hecho es cierto, pero no fue éste el motivo.

Créese que cedió a las sugestiones de Bustos e Ibarra, para oponerse; pero hay un documento que acredita lo contrario. En carta que escribía al general Lamadrid, en 1832, le decía: "Cuando fui invitado por los muy nulos y bajos Bustos e Ibarra, no considerándolos capaces de hacer oposición con provecho, al déspota Presidente don Bernardino Rivadavia, los desprecié; pero, habiéndome asegurado el edecán del finado Bustos, coronel don Manuel del Castillo, que usted estaba de acuerdo en este negocio y era el más interesado en él, no trepidé un momento en decidirme a arrostrar todo compromiso, contando únicamente con su espada, para esperar un desenlace feliz... ¡Cuál fue mi chasco!, etc.".

No era federal, ¿ni cómo había de serlo? Qué, ¿es necesario ser tan ignorante como un caudillo de campaña, para conocer la forma de gobierno que más conviene a la República? ¿Cuanta menos instrucción tiene un hombre,

tanta más capacidad es la suya, para juzgar de las arduas cuestiones de la alta política? ¿Pensadores como López, como Ibarra, como Facundo, eran los que con sus estudios históricos, sociales, geográficos, filosóficos, legales, iban a resolver el problema de la conveniente organización de un Estado? ¡Eh!... Dejemos a un lado las palabras vanas con que, con tanta impudencia, se han burlado de los incautos. Facundo dio contra el Gobierno que lo había mandado a Tucumán, por la misma razón que dio contra Aldao[16] que lo mandó a La Rioja. Se sentía fuerte y con voluntad de obrar; impulsábalo a ello un instinto ciego, indefinido, y obedecía a él; era el comandante de campaña, el *gaucho malo,* enemigo de la justicia civil, del orden civil, del hombre educado, del sabio, del frac, de la *ciudad,* en una palabra.* La destrucción de todo esto le estaba encomendada de lo Alto, y no podía abandonar su misión.

Por este tiempo, una singular cuestión vino a complicar los negocios. En Buenos Aires, puerto de mar, residencia de diez y seis mil extranjeros,[17] el Gobierno propuso conceder a estos extranjeros, la libertad de cultos, y la parte más ilustrada del clero sostuvo y sancionó la ley: los conventos habían sido antes regularizados, y rentados los sacerdotes. En Buenos Aires este asunto no metió bulla, porque eran puntos éstos en que las opiniones estaban de acuerdo; las necesidades eran patentes. La cuestión de libertad de cultos es, en América, una cuestión de política y de economía. Quien dice libertad de cultos, dice inmigración europea y población. Tan no causó impresión en Buenos Aires, que Rosas no se ha atrevido a tocar nada de lo acordado entonces, y es preciso que sea un absurdo inconcebible aquello que Rosas no intente.

En las provincias, empero, ésta fue una cuestión de religión, de salvación y condenación eternas: ¡Imaginaos cómo la recibiría Córdoba! En Córdoba se levantó una inquisición. San Juan experimentó una sublevación *católica,* porque así se llamó el partido, para distinguirse de los *libertinos,* sus enemigos. Sofocada esta revolución en San Juan, sábese un día, que Facundo está a las puertas de la ciudad, con una bandera negra dividida por una cruz sanguinolenta, rodeada de este lema: *¡Religión o muerte!*

¿Recuerda el lector que he copiado de un manuscrito que Facundo *nunca se confesaba, no oía misa, ni rezaba, y que él mismo decía que no creía en nada?* Pues bien: el espíritu de partido aconsejó a un célebre predicador, llamarlo el *Enviado de Dios* e inducir a la muchedumbre, a seguir sus banderas. Cuando este mismo sacerdote abrió los ojos y se separó de la cruzada criminal que había predicado, Facundo decía que nada más sentía, que no haberlo a las manos, para darle seiscientos azotes.

Llegado a San Juan, los principales de la ciudad, los magistrados que no habían fugado, los sacerdotes, complacidos por aquel auxilio divino, salen a encontrarlo, y en una calle, forman dos largas filas. Facundo pasa sin mirarlos; síguenle a distancia, turbados, mirándose unos a otros en la común humillación, hasta que llegan al centro de un potrero de alfalfa, alojamien-

to que el general pastor, este *bicso* moderno, prefiere a los adornados edificios de la ciudad. Una negra que lo había servido en su infancia se presenta a ver a su Facundo; él la sienta a su lado, conversa afectuosamente con ella, mientras que los sacerdotes y los notables de la ciudad, están de pie, sin que nadie les dirija la palabra, sin que el jefe se digne despedirlos.

Los *católicos* debieron quedar un poco dudosos de la importancia e idoneidad del auxilio, que tan inesperadamente les venía. Pocos días después, sabiendo que el cura de la Concepción era *libertino,* mandó traerlo con sus soldados, vejándolo en el tránsito, ponerle una barra de grillos, mandándole prepararse para morir. Porque han de saber mis lectores chilenos, que por entonces había en San Juan sacerdotes libertinos, curas, clérigos, frailes, que pertenecían al partido de la Presidencia. Entre otros, el presbítero Centeno, muy conocido en Santiago, fue, con otros seis, uno de los que más trabajaron en la reforma eclesiástica. Mas, era necesario hacer algo en favor de la religión, para justificar el lema de la bandera. Con tan laudable fin, escribe una esquelita a un sacerdote adicto suyo, pidiéndole consejo sobre la resolución que ha tomado, dice, de fusilar a todas las autoridades, en virtud de no haber decretado aún la devolución de las temporalidades.

El buen sacerdote, que no había previsto lo que importa armar el crimen en nombre de Dios, tuvo, por lo menos, escrúpulo sobre la forma en que se iba a hacer reparación, y consiguió que se les dirigiese un oficio, pidiéndoles u ordenándoles, que así lo hiciesen.

¿Hubo cuestión religiosa en la República Argentina? Yo lo negaría rotundamente, si no supiese que cuanto más bárbaro y, por tanto, más irreligioso es un pueblo, tanto más susceptible es de preocuparse y fanatizarse. Pero las masas no se movieron espontáneamente, y los que adoptaron aquel lema, Facundo, López, Bustos, etc., eran completamente indiferentes. Esto es capital. Las guerras religiosas del siglo XV, en Europa, son mantenidas de ambas partes por creyentes sinceros, exaltados, fanáticos y decididos hasta el martirio, sin miras políticas, sin ambición. Los puritanos leían la Biblia, en el momento antes del combate, oraban y se preparaban con ayunos y penitencias. Sobre todo, el signo en que se conoce el espíritu de los partidos, es que realizan sus propósitos cuando llegan a triunfar, aún más allá de donde estaban asegurados antes de la lucha. Cuando esto no sucede, hay decepción en las palabras. Después de haber triunfado en la República Argentina el partido que se apellida católico, ¿qué ha hecho por la religión o los intereses del sacerdocio?

Lo único, que yo sepa, es haber expulsado a los jesuitas[18] y degollado cuatro sacerdotes respetables en *Santos Lugares,*[19]* después de haberles des-

* Estos sacerdotes fueron el cura Villafañe, de la provincia de Tucumán, de setenta y seis años de edad.

Dos curas Frías, perseguidos, de Santiago del Estero, establecidos en la campaña de Tucumán, el uno de sesenta y cuatro años, y el otro, de sesenta y seis.

El canónigo Cabrera, de la catedral de Córdoba, de sesenta años. Los cuatro fueron conducidos a Buenos Aires y degollados en Santos Lugares, previas las profanaciones referidas. (Nota de la 1ª edición).

ollado vivos la corona y las manos; ¡poner al lado del Santísimo Sacramento, el retrato de Rosas y sacarlo en procesión bajo de palio! ¿Cometió jamás profanaciones tan horriles el partido *libertino?*

Pero ya es demasido detenerme sobre este punto. Facundo, en San Juan, ocupó su tiempo en jugar, abandonando a las autoridades el cuidado de reunirle las sumas que necesitaba, para resarcirse de los gastos que le imponía la defensa de la religión. Todo el tiempo que permaneció allí, habitó bajo un toldo,[20] en el centro de un potrero de alfalfa, y ostentó (porque era ostentación meditada), el *chiripá.* ¡Reto e insulto que hacía a una ciudad donde la mayor parte de los ciudadanos cabalgaban en sillas inglesas y donde los trajes y gustos bárbaros de la campaña eran detestados, por cuanto es una provincia exclusivamente agricultora!

Una campaña más todavía sobre Tucumán, contra el general Lamadrid, completó el *debut* o exhibición de este nuevo Emir de los pastores. El general Lamadrid había vuelto al Gobierno de Tucumán, sostenido por la provincia, y Facundo se creyó en el deber de desalojarlo. Nueva expedición, nueva batalla, nueva victoria. Omito sus pormenores, porque en ellos no encontraremos sino pequeñeces. Un hecho hay, sin embargo, ilustrativo. Lamadrid tenía en la batalla del Rincón,[21] ciento diez hombres de infantería; cuando la acción se terminó, habían muerto sesenta en línea, y excepto uno, los cincuenta restantes estaban heridos. Al día siguiente, Lamadrid se presenta de nuevo a combatir, y Quiroga le manda uno de sus ayudantes, desnudo, a decirle, simplemente, que la acción principiaría por los cincuenta prisioneros que dejaba arrodillados, y una compañía de soldados apuntándoles; con cuya intimación, Lamadrid abandonó toda tentativa de hacer aún resistencia.

En todas estas tres expediciones en que Facundo ensaya sus fuerzas, se nota, todavía, poca efusión de sangre, pocas violaciones de la moral. Es verdad que se apodera, en Tucumán, de ganados, cueros, suelas, e impone gruesas contribuciones en especies metálicas; pero aún no hay azotes a los ciudadanos, no hay ultrajes a las señoras; son los males de la conquista, pero aún sin sus horrores: el sistema pastoril no se desenvuelve sin freno y con toda la ingenuidad que muestra más tarde.

¿Qué parte tenía el Gobierno legítimo de La Rioja en estas expediciones? ¡Oh! Las formas existen aún, pero el espíritu estaba todo en el comandante de campaña. Blanco deja el mando, harto de humillaciones, y Agüero[22] entra en el Gobierno. Un día, Quiroga raya su caballo en la puerta de su casa, y le dice: "Señor gobernador: vengo a avisarle que estoy acampado a dos leguas, con mi escolta". Agüero renuncia. Trátase de elegir nuevo gobierno, y a petición de los vecinos, él se digna indicarles a Galván. Recíbese éste, y en la noche, es asaltado por una partida; fuga, y Quiroga se ríe mucho de la aventura. La Junta de Representantes se componía de hombres que ni leer sabían.

Necesita dinero para la primera expedición a Tucumán,[23] y pide al tesoro de la Casa de Moneda, 8.000 pesos, por cuenta de sus acciones, que no

había pagado; en Tucumán pide 25.000 pesos, para pagar a sus soldados, que nada reciben, y más tarde, pasa la cuenta de 18.000 pesos, a Dorrego,[24] para que le abone los costos de la expedición que había hecho por orden del gobierno de Buenos Aires. Dorrego se apresura a satisfacer tan justa demanda. Esta suma se la reparten entre él y Moral, gobernador de La Rioja, que le sugirió la idea; seis años después, daba en Mendoza 700 azotes al mismo Moral, en castigo de su ingratitud.

Durante el gobierno de Blanco, se traba una disputa en una partida de juego. Facundo toma de los cabellos a su contendor, lo sacude y le quiebra el pescuezo. El cadáver fue enterrado y apuntada la partida: "Muerto de muerte natural". Al salir para Tucumán, manda una partida a casa de Sárate, propietario pacífico, pero conocido por su valor y su desprecio a Quiroga; sale aquél a la puerta, y apartando a la mujer e hijos, lo fusilan, dejando, a la viuda, el cuidado de enterrarlo. De vuelta de la expedición se encuentra con Gutiérrez,[25] ex-gobernador de Catamarca y partidario del Congreso, y le insta que vaya a vivir a La Rioja, donde estará seguro. Pasan ambos una temporada en la mayor intimidad; pero un día que le ha visto en la carreras, rodeado de gauchos amigos, lo aprehenden, dándole una hora para prepararse a morir. El espanto reina en La Rioja; Gutiérrez es un hombre respetable, que se ha granjeado el afecto de todos. El presbítero Dr. Colina, el cura Herrera, el padre provincial Tarrima, el padre Cernadas, guardián de San Francisco, y el padre prior de Santo Domingo, se presentan a pedirle que, al menos, dé al reo tiempo para testar y confesarse. "Ya veo —contestó— que Gutiérrez tiene aquí muchos partidarios. ¡A ver, una ordenanza! Lleve a estos hombres a la cárcel, y que mueran en lugar de Gutiérrez". Son llevados en efecto: dos se echan a llorar a gritos y a correr para salvarse; a otro, le sucede algo peor que desmayarse; los otros son puestos en capilla. Al oír la historia, se echa a reír Facundo y los manda poner en libertad. Estas escenas con los sacerdotes son frecuentes en el *Enviado de Dios*. En San Juan, hace pasearse a un negro vestido de clérigo; en Córdoba, a nadie desea coger sino al doctor Castro Barros, con quien tiene que arreglar una cuenta; en Mendoza, anda con un clérigo prisionero con sentencia de muerte, y es sentado en el banco para ser fusilado; en Antiles hace lo mismo con el cura de Alguia y en Tucumán, con el prior de un convento. Es verdad que a ninguno fusila; eso estaba reservado a Rosas, jefe también del partido *católico;* pero los veja, los humilla, los ultraja, lo que no estorba que todos los viejos y las beatas dirijan sus plegarias al cielo, por que dé la victoria a sus armas.

Pero la historia de Gutiérrez no concluye aquí. Quince días después, recibe orden de salir desterrado con escolta. Llegado que hubo a un alojamiento, se enciende fuego para cenar, y Gutiérrez se comide a soplarlo. El oficial le descarga un palo; sucédense otros, y los sesos saltan por los alrededores. Un chasque[26] sale inmediatamente, avisando al gobernador Moral que, habiendo querido fugarse el reo... El oficial no sabía escribir, y entre las provisiones de viaje, ¡¡había traído, desde La Rioja, el oficio cerrado!!

Estos son los acontecimientos principales, que ocurren durante los primeros ensayos de fusión de la República, que hace Facundo; porque éste es un simple ensayo; todavía no ha llegado el momento de la alianza de todas las fuerzas pastoras, para que salga de la lucha, la nueva organización de la República. Rosas es ya grande en la campaña de Buenos Aires, pero aún no tiene nombre ni títulos; trabaja, empero, la agita, la subleva. La Constitución dada por el Congreso es rechazada de todos los pueblos en que los caudillos tienen influencia. En Santiago del Estero se presenta el enviado en traje de etiqueta, y lo recibe Ibarra, en mangas de camisa y *chiripá.* Rivadavia *renuncia, en razón de que la voluntad de los pueblos está en oposición;* "pero el vandalaje os va a devorar", añade en su despedida. ¡Hizo bien en renunciar! Rivadavia tenía por misión presentarnos el constitucionalismo de Benjamín Constant, con todas sus palabras huecas, sus decepciones y sus ridiculeces. Rivadavia ignoraba que cuando se trata de la civilización y la libertad de un pueblo, un Gobierno tiene ante Dios y ante las generaciones venideras, arduos deberes que desempeñar, y que no hay caridad ni compasión en abandonar a una nación, por treinta años, a las devastaciones y a la cuchilla del primero que se presente, a despedazarla y degollarla. Los pueblos, en su infancia, son unos niños que nada prevén, que nada conocen, y es preciso que los hombres de alta previsión y de alta comprensión, les sirvan de padre. El vandalaje nos ha devorado, en efecto, y es bien triste gloria el vaticinarlo en una proclama y no hacer el menor esfuerzo por estorbarlo.

NOTAS

[1]El Congreso Nacional, convocado durante el gobierno de Martín Rodríguez, se instala el 16/XII/1824.

[2]*Gregorio Aráoz de Lamadrid* (1795-1857), pertenecía a una poderosa familia tucumana. Luchó en el Ejército del Norte hasta 1818. En 1821 combatió contra los caudillos del Litoral, López y Ramírez, enfrentándose luego a los del Interior, para ser vencido por Quiroga. Regresó de su destierro en Bolivia en 1828, combatiendo con Paz en La Tablada, San Roque y Oncativo, a quien reemplazó en el mando de las fuerzas de la Liga Unitaria. La derrota definitiva de La Ciudadela lo lleva nuevamente a Bolivia. Reconciliado con Rosas, es enviado por éste en misión a Tucumán en 1840, circunstancia que conduce a un nuevo cambio de partido: se une a los unitarios de la Coalición del Norte y combate hasta ser derrotado en Rodeo del Medio. Chile, donde se alía a los emigrados, Bolivia y Montevideo son sus sucesivos lugares de exilio. Incorporado al Ejército Grande de Urquiza, lucha en Caseros, esta vez entre los triunfadores, que deponen a Rosas. En sus *Memorias* intenta justificar su acción y rectificar los juicios vertidos por el general Paz.

[3]Galicismo *(carré):* fornido, categórico, entero.

[4]Bandera que Quiroga llevaba en sus campañas; tenía una calavera, tibias cruzadas (en algunos casos ensangrentadas) y la inscripción *Rn.* o *M.* (Religión o Muerte). Parte de la campaña militar de Facundo contra el unitarismo rivadaviano se apoyó en la reivindicación de ciertas formas de religiosidad arraigadas en las masas campesinas del norte.

[5]Facundo Quiroga derrota a Lamadrid en El Tala el 27/X/1826.

[6]Lamadrid.

[7]Se refiere al Escudo Nacional Argentino.

[8]Durante su segundo gobierno, Rosas convierte al rojo en color oficial. Una cinta roja o un moño en el vestido o en el sombrero, con diferentes inscripciones basadas en el lema "¡Viva la Federación! ¡Mueran los unitarios!", profusamente adjetivado, que se denomina el "cintillo federal" o "la divisa punzó", es de uso obligatorio para empleados, maestros y estudiantes en una primera etapa, imponiéndose rápidamente al resto de la población. El 22 /V/1835, decreta que las notas oficiales se encabecen con el lema "¡Viva la Federación!" "en señal de fidelidad a la causa del orden y del bienestar", y aconseja a los caudillos del interior la imposición de ambas divisas. El celeste, considerado el color de los unitarios —también el verde—, es reemplazado en la bandera nacional por el azul.

En la *Campaña del Ejército Grande,* Sarmiento insistirá en señalar el uso de la

divisa punzó —como signo federal— conservado por el general Urquiza como un modo más de igualarlo con Rosas.

[9]Galicismo, por sobretodo o gabán.

[10]La bandera de los "Pueblos Libres", creada por Artigas en 1815, tenía una banda blanca central, dos azules a ambos lados "y en medio de éstos unos listones colorados, signos de nuestra grandeza, de nuestra libertad e independencia".

[11]Rosas contaba en 1820 con un cuerpo de milicianos integrado por peones de la campaña, destinado a guardar la seguridad de la frontera. Son los llamados Colorados del Monte. Con ellos secunda a Martín Rodríguez en 1820. Los famosos Colorados vestían chiripá, casaca y gorro de manga rojo e iban armados con sable, tercerola, boleadoras y lazo.

[12]*Juan Bautista Alberdi* (1810-1884), es una de las figuras más interesantes y solitarias de la generación del 37. Abogado, se inicia en la filosofía del derecho con *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* (1837) así como en la discusión sobre la institucionalización del país y la cultura nacional en sus discursos del Salón Literario. Seguidor de Larra en la crítica de costumbres, publicó artículos de igual tono en el periódico *La Moda* (1837-1838), del que fue fundador. En 1838 emigra a Montevideo. Continúa allí en el periodismo, combatiendo a Rosas, pero teniendo como meta fundamental la elucidación de los problemas argentinos y la búsqueda de las soluciones adecuadas a su realidad. Redacta el punto 13 ("Confraternidad de principios") del *Dogma socialista*. En 1841 sostiene una polémica con Florencio Varela defendiendo los principios del romanticismo. En 1845 se radica en Chile. Continúa su labor política y periodística. Sus *Bases*... aparecieron en 1852. Ellas constituyeron un aporte relevante para los constituyentes de 1853. Brinda decidido apoyo al vencedor de Rosas, el general Urquiza. Responde a los ataques de Sarmiento contra Urquiza en sus célebres *Cartas Quillotanas*. Urquiza lo nombra enviado extraordinario de la Confederación ante Francia e Inglaterra (1854) y luego ministro plenipotenciario en París, Londres, Madrid y Roma (1856) Aunque Mitre prescinde de sus servicios en 1861, continúa en Europa, donde publica varias obras *(Organización política y económica de la Confederación Argentina,* etc.). Fue severo crítico de la guerra contra el Paraguay (*El crimen de la guerra.* etc.). En 1878 regresa a Buenos Aires como diputado al Congreso Nacional. Tres años más tarde abandona definitivamente el país y vuelve a establecerse en París, donde muere.

Alberdi refutó las ideas expuestas por Sarmiento en el *Facundo* en varias oportunidades. En las *Bases,* en la tercera carta *Quillotana* y en el ensayo *Facundo y su biógrafo,* escrito al aparecer la edición de 1874. En el capítulo XIV de las *Bases* rechaza la antítesis entre hombres de la ciudad y hombres de la campaña como representantes de la civilización y de la barbarie, considerando que la única división válida es entre hombres del litoral y hombres del interior: "Esta subdivisión es real y profunda. El primero es fruto de la acción civilizadora de la Europa de este siglo, que se ejerce por el comercio y por la inmigración en los pueblos de la costa. El otro es obra de la Europa del siglo XVI, de la Europa del tiempo de la Conquista, que se conserva intacto como en un recipiente, donde lo colocó España con el objeto de que se conservase así. De Chuquisaca a Valparaíso hay tres siglos de distancia: y no es el Instituto de Santiago el que ha creado esta diferencia en favor de esta ciudad. No son nuestros pobres colegios los que han puesto el litoral de Sud-América trescientos años más adelante que las ciudades mediterráneas. Justamente carece de universidades el litoral. A la acción viva de la Europa actual, ejercida por medio del comercio libre, por la inmigración y por la industria, en los pueblos de la margen, se debe su inmenso progreso respecto de los otros".

[13]Días después de haber asumido Rosas como gobernador, es presentado a la Legislatura (18/XII/1829) un proyecto para declararlo "Restaurador de las leyes e instituciones de la Provincia de Buenos Aires". Después de largos debates en los cuales se oponen los representantes Irigoyen y García Valdez, el proyecto es aprobado el 25/I/1830. Rosas había declinado los otros homenajes propuestos (grado de brigadier y condecoración con un sable y una medalla de oro y brillantes).

[14]*Dalmacio Vélez Sarsfield* (1800-1875), abogado cordobés, partidario de los unitarios, fue diputado al Congreso Nacional (1824-1827). Con el triunfo federal vivió

desterrado en Córdoba, aunque por breve tiempo, pues volvió a instalarse en Buenos Aires en 1830, dedicado a su profesión. En su prestigioso estudio conoció a Facundo Quiroga. Alejado nuevamente de Buenos Aires se radicó en Montevideo, de donde regresó en 1846. Con frecuencia asesoró a Rosas en asuntos de su especialidad. Luego de Caseros, integró las filas porteñas. Desde su banca en la Legislatura de Buenos Aires impugnó el Acuerdo de San Nicolás (1825). Fue redactor, con Tejedor, del proyecto de Constitución para Buenos Aires (1854) y del *Código de Comercio* para esa provincia, más tarde nacionalizado, con E. Acevedo. Fue Ministro de Hacienda de B. Mitre (1862) y Ministro del Interior de Sarmiento (1868), a quien lo unía una profunda amistad. Su obra fundamental es el *Código civil argentino,* que comienza a regir en 1871.

[15]*Salvador María del Carril* (1798-1883), unitario, perteneciente al grupo rivadaviano, gobernó su provincia natal, San Juan, entre 1823 y 1825. Sancionó la Carta de Mayo, de corte liberal. Ministro de Rivadavia, consejero de Lavalle luego de 1828 —influyó en la decisión de Lavalle de fusilar a Dorrego— y su Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, abandonó el país con el triunfo federal, instalándose en Montevideo. Formó parte de la denominada Comisión Argentina, luchó junto a Lavalle y junto a Paz en el sitio de Montevideo. Después de Caseros apoyó a Urquiza, con quien compartió la fórmula presidencial en carácter de vicepresidente.

[16]*Félix Aldao* (1775-1845), sacerdote capellán del Ejército de los Andes, luchó en Guardia Vieja, Chacabuco, Curapaligüe, Cancha Rayada, etc. Combatió junto a las fuerzas federales al mando de Pacheco y Oribe. Fue gobernador y comandante de armas en Mendoza. Apoyó a Rosas. Se lo denomina comúnmente como "fraile Aldao" y de él escribió Sarmiento una biografía.

[17]En la década de 1820 se registra un marcado incremento de la población extranjera en Buenos Aires, que, según los cálculos, oscila entre 15.000 y 20.000 habitantes. Hacia mediados de la década del 30 se calculan unos 30.000 extranjeros, distribuidos de la siguiente forma: 8.000 ingleses, 6.000 italianos, 5.000 franceses, 4.000 españoles y portugueses y 3.000 alemanes.

[18]En 1840, Rosas decretó la expulsión de los jesuitas.

[19]Cuarteles de Rosas situados a 17 Km. de la ciudad de Buenos Aires.

[20]Vivienda de los indígenas de las regiones pampeana y patagónica (pampas, ranqueles, araucanos, etc.) confecionada con varios cueros cocidos sostenidos por ejes de madera. La sencillez del toldo permitía trasladarlo fácilmente de un sitio a otro en busca del ganado, la aguada, el alimento.

[21]Triunfo de Quiroga sobre Lamadrid (6/VII/1827).

[22]*Agüero* fue gobernador de La Rioja. Fundó la Casa de Moneda en la cual tenía acciones Facundo Quiroga.

[23]Culmina en El Tala, con la derrota de Lamadrid en 1826. Quiroga parte de Catamarca y, vencido Lamadrid, entra en la ciudad de Tucumán.

[24]*Manuel Dorrego* (1787-1829), adhirió al movimiento revolucionario en Chile, donde se hallaba estudiando Derecho. En 1811 regresó a la Argentina para incorporarse a las fuerzas patriotas. Luchó en el Ejército del Norte (Suipacha, Salta, Tucumán) y luego contra la disidencia artiguista del Litoral, siendo derrotado en Guayabos (1815). El Director Supremo Pueyrredón lo destierra a Estados Unidos, donde toma contacto directo con el federalismo norteamericano. Regresa al país en 1820 y es elegido gobernador de Buenos Aires el 4 de julio. Combate con éxito contra Alvear y Carrera en San Nicolás y contra Estanislao López en Pavón, pero es vencido por éste en Gamonal. Superado el conflicto con el Litoral, es desplazado del poder por el partido directorial, que impone a Martín Rodríguez. Entre 1823 y 1827 defiende el federalismo tanto desde su tribuna parlamentaria como desde el periodismo, en tanto crece su popularidad entre los gauchos en la campaña porteña, a favor de quienes había presentado el proyecto de supresión de levas. En 1827 es elegido gobernador de Buenos Aires, encarando durante su gestión el intento de continuar la guerra con el Brasil para impedir que quede en manos brasileñas. Presionado por hacendados y comerciantes, perjudicados por el bloqueo, y por los ingleses, carente de recursos y en medio de una seria crisis económica, con prensa adversa, Dorrego pacta finalmente la independencia

del Uruguay. Intenta sofocar, con el auxilio de Rosas, la revolución de las tropas que regresan de la Banda Oriental al mando de Lavalle (1º/XII/1828), pero es vencido en Navarro y fusilado.

[25]*Manuel Antonio Gutièrrez*, comandante de armas y caudillo de Ancasti, reemplazó al gobernador de Catamarca, Ruzo. Mostró signos de independencia frente a Ruzo y a la legislatura que éste controlaba, disolviéndola. Ruzo se refugió en La Rioja, bajo la protección de Quiroga. Este derribó a Gutiérrez en 1826, reemplazándolo por su enemigo, el coronel Figueira Cáceres. Pero Gutiérrez, apoyado por el gobernador de Tucumán, Aráoz de Lamadrid, reconquistó su puesto e hizo fusilar a su rival.

[26]Portadores de correspondencia, mensajes y dinero. Desempeñaban este oficio veloces y arriesgados jinetes, capaces de sortear los innumerables peligros de los solitarios caminos.

CAPITULO IX

GUERRA SOCIAL

> *Il y a un quatrième élément qui arrive: ce sont les barbares, ce sont des hordes nouvelles, qui viennent se jeter dans la société antique avec une complète fraîcheur de moeurs, d'âme et d'esprit, qui n'ont rien fait, qui sont prêts à tout recevoir avec toute l'aptitude de l'ignorance la plus docile et la plus naïve.*
>
> LERMINIER.

LA TABLADA

La Presidencia ha caído,[1] en medio de los silbos y las rechiflas de sus adversarios. Dorrego, el hábil jefe de la oposición en Buenos Aires, es el amigo de los gobiernos del interior, sus fautores y sostenedores en la campaña parlamentaria en que logró triunfar. En el exterior, la victoria parece haberse divorciado de la República; y aunque sus armas no sufren desastres en el Brasil, se siente por todas partes la necesidad de la paz.[2] La oposición de los jefes del interior había debilitado el ejército, destruyendo o negando los contingentes que debían reforzarlo. En el interior reina una tranquilidad aparente; pero el suelo parece removerse, y rumores extraños turban la quieta superficie. La prensa de Buenos Aires brilla con resplandores siniestros; la amenaza está en el fondo de los artículos que se lanzan diariamente oposición y Gobierno.

La administración Dorrego siente que el vacío empieza a hacerse en torno suyo; que el partido de la *ciudad,* que se ha denominado federal y lo ha elevado, no tiene elementos para sostenerse con brillo después de la Presidencia. La administración Dorrego no había resuelto ninguna de las cuestiones que tenían dividida la República, mostrando, por el contrario, toda la impotencia del federalismo.

Dorrego era *porteño* antes de todo. ¿Qué le importaba el interior? El ocuparse de sus intereses habría sido manifestarse *unitario,* es decir, nacional. Dorrego había prometido a los caudillos y pueblos, todo cuanto podía afianzar la perpetuidad de los unos y favorecer los intereses de los otros; elevado, empero, al Gobierno, "¿qué nos importa —decía allá en sus círculos—, que los tiranuelos despoticen a esos pueblos? ¿Qué valen para nosotros cuatro mil pesos anuales dados a López, diez y ocho mil a Quiroga,

para nosotros, que tenemos el puerto y la aduana, que nos produce millón y medio, que el *fatuo* Rivadavia quería convertir en rentas nacionales?" Porque no olvidemos que el sistema de aislamiento se traduce por una frase cortísima: "cada uno para sí". ¿Pudo prever Dorrego y su partido que las provincias vendrían un día a castigar a Buenos Aires, por haberles negado su influencia civilizadora; y que, a fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atraso y esa barbarie habían de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el Fuerte?[3]

Pero Dorrego podía haberlo visto, si él o los suyos hubiesen tenido mejores ojos. Las provincias estaban ahí, a las puertas de la ciudad; esperando la ocasión de penetrar en ella. Desde los tiempos de la Presidencia, los decretos de la autoridad civil encontraban una barrera impenetrable, en los arrabales exteriores de la ciudad. Dorrego había empleado como instrumento de oposición esta resistencia exterior, y cuando su partido triunfó, condecoró al aliado de extramuros[4] con el dictado de *Comandante general de la Campaña.* ¿Qué lógica de hierro es ésta que hace escalón indispensable para un caudillo su elevación a comandante de campaña? Donde no existe este andamio, como sucedía entonces en Buenos Aires, se levanta ex profeso, como si se quisiese, antes de meter el lobo en el redil, exponerlo a las miradas de todos y elevarlo en los escudos.

Dorrego, más tarde, encontró que el *Comandante de Campaña,* que había estado haciendo bambolear la Presidencia y tan poderosamente había contribuido a derrocarla, era una palanca aplicada constantemente al Gobierno, y que, caído Rivadavia y puesto en su lugar Dorrego, la palanca continuaba su trabajo de desquiciamiento. Dorrego y Rosas están en presencia el uno del otro, observándose y amenazándose. Todos los del círculo de Dorrego recuerdan su frase favorita: "¡El *gaucho pícaro!*" "Que siga enredando —decía—, y el día menos pensado lo fusilo". ¡Así decían también los Ocampos cuando sentían sobre su hombro la robusta garra de Quiroga!

Indiferente para los pueblos del interior, débil con su elemento federal de la *ciudad* y en lucha ya con el poder de la campaña que había llamado en su auxilio, Dorrego, que ha llegado al Gobierno por la oposición parlamentaria y la polémica, trata de atraerse a los unitarios, a quienes ha vencido. Pero los partidos no tienen ni caridad ni previsión. Los unitarios se le ríen en las barbas; se conjuran y se pasan la palabra: "Vacila —dicen—; dejémoslo caer". Los unitarios no comprendían que con Dorrego venían replegándose a la *ciudad,* los que habían querido hacerse intermediarios entre ellos y la campaña, y que el monstruo de que huían no buscaba a Dorrego, sino a la *ciudad,* a las instituciones civiles, a ellos mismos, que eran su más alta expresión.

En este estado de cosas, concluida la paz con el Brasil, desembarca la primera división del ejército mandado por Lavalle. Dorrego conocía el espíritu de los veteranos de la Independencia, que se veían cubiertos de heridas, encaneciendo bajo el peso del morrión, y, sin embargo, apenas eran

coroneles, mayores, capitanes; gracias si dos o tres habían ceñido la banda de general, mientras que en el seno de la República, y sin traspasar jamás las fronteras, había decenas de caudillos que en cuatro años habían elevádose de *gauchos malos* a comandantes, de comandantes a generales, de generales a conquistadores de pueblos y, al fin, a soberanos absolutos de ellos. ¿Para qué buscar otro motivo al odio implacable que bullía bajo las corazas de los veteranos? ¿Qué les aguardaba después de que el nuevo orden de cosas les había estorbado hacer, como ellos pretendían, ondear sus penachos por las calles de la capital del Imperio del Brasil?

El 1º de diciembre amanecieron formados en la plaza de la Victoria,[5] los cuerpos de línea desembarcados. El gobernador Dorrego había tomado la campaña, los unitarios llenaban las avenidas, hendiendo el aire con sus vivas y sus gritos de triunfo. Algunos días después, setecientos coraceros, mandados por oficiales generales, salían por la calle del Perú, con rumbo a la Pampa, a encontrar algunos millares de gauchos, indios amigos y alguna fuerza regular, acaudillados por Dorrego y Rosas. Un momento después, estaba el campo de Navarro[6] lleno de cadáveres, y al día siguiente, un bizarro oficial,[7] que hoy está al servicio de Chile, entregaba en el Cuartel general a Dorrego, prisionero. Una hora más tarde, el cadáver de Dorrego yacía traspasado de balazos. El jefe que había ordenado su ejecución anunció el hecho a la ciudad en estos términos de abnegación y altanería:

"Participo al Gobierno Delegado[8] que el coronel don Manuel Dorrego acaba de ser fusilado por mi orden, al frente de los regimientos que componen esta división.

"La Historia, Señor Ministro, juzgará imparcialmente si el señor Dorrego ha debido o no morir, y si al sacrificarlo a la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo haber estado poseído de otro sentimiento que el del bien público.

"Quiera el pueblo de Buenos Aires persuadirse que la muerte del coronel Dorrego es el mayor sacrificio que puedo hacer en su obsequio.

"Saluda al Sr. Ministro con toda consideración,

Juan Lavalle"

¿Hizo mal Lavalle?...[9] Tantas veces lo han dicho, que sería fastidioso añadir un sí, en apoyo de los que *después* de palpadas las consecuencias, han desempeñado la fácil tarea de incriminar los motivos de donde procedieron. "Cuando el mal existe, es porque está en las *cosas,* y allí solamente ha de ir a buscársele; si un *hombre* lo representa, haciendo desaparecer la *personificación,* se le renueva. César asesinado, renació más terrible en Octavio". Sería un anacronismo oponer este sentir de L. Blanc, expresado antes por Lerminier y otros mil, enseñado por la Historia tantas veces a nuestros partidos hasta 1829, educados con las exageradas ideas de Mably, Raynal, Rousseau, sobre los déspotas, la tiranía y tantas otras palabras que aún vemos quince años después formando el fondo de las publicaciones de la prensa.

Lavalle no sabía, por entonces, que matando el cuerpo no se mata el alma, y que los personajes políticos traen su carácter y su existencia del fondo de ideas, intereses y fines del partido que representan. Si Lavalle, en lugar de Dorrego, hubiese fusilado a Rosas, habría quizá ahorrado al mundo un espantoso escándalo, a la humanidad, un oprobio, y a la República, mucha sangre y muchas lágrimas; pero, aun fusilando a Rosas, la *campaña* no habría carecido de representantes, y no se habría hecho más que cambiar un cuadro histórico por otro. Pero lo que hoy se afecta ignorar es que, no obstante la responsabilidad puramente personal que del acto se atribuye Lavalle, la muerte de Dorrego era una consecuencia necesaria de las ideas dominantes entonces, y que, dando cima a esta empresa, el soldado, intrépido hasta desafiar el fallo de la Historia, no hacía más que realizar el voto confesado y proclamado del ciudadano. Sin duda que nadie me atribuirá el designio de justificar al muerto, a expensas de los que sobreviven, por haberlo hecho, salvo, quizás, las formas; lo menos substancial, sin duda, en caso semejante. ¿Qué había estorbado la proclamación de la Constitución de 1826,[10] sino la hostilidad contra ella de Ibarra, López, Bustos, Quiroga, Ortiz, los Aldao, cada uno dominando una provincia y algunos de ellos influyendo sobre las demás? Luego, ¿qué cosa debía parecer más lógica en aquel tiempo y para aquellos hombres lógicos *a priori* por educación literaria, sino allanar el único obstáculo que, según ellos, se presentaba, para la suspirada organización de la República? Estos errores políticos, que pertenecen a una época más bien que a un hombre, son, sin embargo, muy dignos de consideración; porque de ellos depende la explicación de muchos fenómenos sociales. Lavalle, fusilando a Dorrego, como se proponía fusilar a Bustos, López, Facundo y los demás caudillos, respondía a una exigencia de su época y de su partido.

Todavía en 1834, había hombres en Francia que creían que haciendo desaparecer a Luis Felipe, la República francesa volvería a alzarse gloriosa y grande, como en tiempos pasados. Acaso, también, la muerte de Dorrego fue uno de esos hechos fatales, predestinados, que forman el nudo del drama histórico, y que, eliminados, lo dejan incompleto, frío, absurdo. Estábase incubando, hacía tiempo, en la República, la guerra civil: Rivadavia la había visto venir, pálida, frenética, armada de teas y de puñales; Facundo, el caudillo más joven y emprendedor, había paseado sus hordas por las faldas de los Andes y encerrádose, a su pesar, en su guarida; Rosas, en Buenos Aires, tenía ya su trabajo maduro y en estado de ponerlo en exhibición; era una obra de diez años, realizada en derredor del fogón del gaucho, en la pulpería, al lado del cantor. Dorrego estaba de más para todos: para los unitarios, que lo menospreciaban; para los caudillos, a quienes era indiferente; para Rosas, en fin, que ya estaba cansado de aguardar y de surgir a la sombra de los partidos de la *ciudad;* que quería gobernar pronto, incontinenti; en una palabra, pugnaba por producirse aquel elemento que no era, porque no podía serlo, federal en el sentido estricto de la palabra; aquello que se estaba removiendo y agitando desde Artigas hasta Facundo, ter-

cer elemento social, lleno de vigor y de fuerza, impaciente por manifestarse en toda su desnudez, por medirse con las ciudades y la civilización europea. Si quitáis de la Historia la muerte de Dorrego, ¿Facundo habría perdido la fuerza de expansión que sentía rebullirse en su alma, Rosas habría interrumpido la obra de personificación de la campaña, en que estaba atareado, sin descanso ni tregua, desde mucho antes de manifestarse en 1820, ni todo el movimiento iniciado por Artigas e incorporado ya en la circulación de la sangre de la República? ¡No! Lo que Lavalle hizo, fue dar con la espada, un corte al nudo gordiano en que había venido a enredarse toda la sociabilidad argentina; dando una sangría, quiso evitar el cáncer lento, la estagnación; poniendo fuego a la mecha, hizo que reventase la mina por la mano de unitarios y federales, preparada de mucho tiempo atrás.

Desde este momento, nada quedaba que hacer para los tímidos, sino taparse los oídos y cerrar los ojos. Los demás vuelan a las armas por todas partes y el tropel de los caballos hace retemblar la pampa, y el cañón enseña su negra boca a la entrada de las ciudades.

Me es preciso dejar a Buenos Aires, para volver al fondo de las demás provincias, a ver lo que en ellas se prepara. Una cosa debo notar, de paso, y es que López, vencido en varios encuentros, solicita, en vano, una paz tolerable; que Rosas piensa seriamente en trasladarse al Brasil*. Lavalle se niega a toda transacción, y sucumbe. ¿No véis al unitario entero en este desdén del gaucho, en esta confianza en el triunfo de la ciudad? Pero ya lo he dicho: la *montonera* fue siempre débil en los campos de batalla, pero terrible en una larga campaña. Si Lavalle hubiera adoptado otra línea de conducta, y conservado el puerto en poder de los hombres de la ciudad, ¿qué habría sucedido?... El gobierno de sangre de la pampa, ¿habría tenido lugar?

Facundo estaba en su elemento. Una campaña debía abrirse; los *chasques* se cruzan por todas partes; el aislamiento feudal va a convertirse en confederación guerrera; todo es puesto en requisición para la próxima campaña, y no es que sea necesario ir hasta las orillas del Plata, para encontrar un buen campo de batalla, no: el general Paz, con ochocientos veteranos, ha venido a Córdoba, batido y destrozado a Bustos, y apoderádose de la ciudad, que está a un paso de los Llanos y que ya asedian e importunan con su algazara, las montoneras de la sierra de Córdoba.

Facundo apresura sus preparativos; arde por llegar a las manos, con un general manco,[11] que no puede manejar una lanza ni hacer describir círculos al sable. Ha vencido a Lamadrid; ¡qué podrá hacer Paz! De Mendoza debe reunírsele don Félix Aldao con un regimiento de auxiliares perfectamente equipados de *colorado*, y disciplinados; y no estando aún en línea una fuerza de setecientos hombres de San Juan, Facundo se dirige a Córdoba con 4.000

* Tengo estos hechos de don Domingo de Oro, quien estaba por entonces al lado de López, y servía de padrino a Rosas, muy desvalido para con aquél en aquellos momentos.— *Nota de la 2ª edición.*

hombres, ansiosos de medir sus armas con los coraceros del 2 y los altaneros jefes de línea.

La batalla de la Tablada es tan conocida, que sus pormenores no interesan ya. En la *Revista de Ambos Mundos*[12] se encuentra brillantemente descrita; pero hay algo que debe notarse. Facundo acomete la ciudad con todo su ejército, y es rechazado, durante un día y una noche de tentativas de asalto, por cien jóvenes dependientes de comercio, treinta artesanos artilleros, dieciocho soldados retirados, seis coraceros enfermos, parapetados detrás de zanjas hechas a la ligera y defendidas por sólo cuatro piezas de artillería. Sólo cuando anuncia su designio de incendiar la hermosa ciudad, puede obtener que le entreguen la plaza pública, que es lo único que no está en su poder. Sabiendo que Paz se acerca, deja como inútil la infantería y marcha a su encuentro, con las fuerzas de caballería, que eran, sin embargo, de triple número que el ejército enemigo. Allí fue el duro batallar, allí las repetidas cargas de caballería; pero ¡todo inútil!

Aquellas enormes masas de jinetes que van a revolcarse sobre los ochocientos veteranos tienen que volver atrás a cada minuto y volver a cargar para ser rechazados de nuevo. En vano la terrible lanza de Quiroga hace en la retaguardia de los suyos, tanto estrago, como el cañón y la espada de Ituzaingó[13] hacen al frente. ¡Inútil! En vano remolinean los caballos al frente de las bayonetas y en la boca de los cañones. ¡Inútil! Son las olas de una mar embravecida que vienen a estrellarse, en vano, contra la inmóvil y áspera roca: a veces, queda sepultada en el torbellino que en su derredor levanta el choque; pero un momento después, sus crestas negras, inmóviles, tranquilas, reaparecen, burlando la rabia del agitado elemento. De cuatrocientos auxiliares, sólo quedan sesenta; de seiscientos *colorados,* no sobrevive un tercio, y los demás cuerpos sin nombre se han deshecho y convertídose en una masa informe e indisciplinada, que se disipa por los campos. Facundo vuela a la ciudad, y al amanecer del día siguiente estaba, como el tigre en acecho, con sus cañones e infantes; todo, empero, quedó muy en breve terminado, y mil quinientos cadáveres patentizaron la rabia de los vencidos y la firmeza de los vencedores.

Sucedieron, en estos días de sangre, dos hechos que siguen, después, repitiéndose. Las tropas de Facundo mataron en la ciudad, al mayor Tejedor, que llevaba en la mano una bandera parlamentaria; en la batalla del segundo día, un coronel de Paz fusiló nueve oficiales prisioneros. Ya veremos las consecuencias.

En la Tablada de Córdoba, se midieron las fuerzas de la campaña y de la ciudad, bajo sus más altas inspiraciones, Facundo y Paz, dignas personificaciones de las dos tendencias que van a disputarse el dominio de la República. Facundo, ignorante, bárbaro, que ha llevado, por largos años, una vida errante que sólo alumbran, de vez en cuando, los reflejos siniestros del puñal que gira en torno suyo; valiente hasta la temeridad, dotado de fuerzas hercúleas, gaucho de a caballo, como el primero, dominándolo todo por la

violencia y el terror, no conoce más poder que el de la fuerza brutal, no tiene fe sino en el caballo; todo lo espera del valor, de la lanza, del empuje terrible de sus cargas de caballería. ¿Dónde encontraréis en la República Argentina un tipo más acabado del ideal del *gaucho malo?* ¿Creéis que es torpeza dejar en la *ciudad* su infantería y artillería? No; es instinto, es gala de gaucho; la infantería deshonraría el triunfo, cuyos laureles debe coger desde a caballo.

Paz es, por el contrario, el hijo legítimo de la ciudad, el representante más cumplido del poder de los pueblos civilizados. Lavalle,. Lamadrid y tantos otros, son argentinos siempre, soldados de caballería, brillantes como Murat, si se quiere; pero el instinto gaucho se abre paso por entre la coraza y las charreteras. Paz es militar a la europea: no cree en el valor solo, si no se subordina a la táctica, a la estrategia y a la disciplina; apenas sabe andar a caballo; es, además, manco, y no puede manejar una lanza. La ostentación de fuerzas numerosas le incomoda; pocos soldados, pero bien instruidos. Dejadle formar un ejército, esperad que os diga: "ya está en estado", y concededle que escoja el terreno en que ha de dar la batalla, y podéis fiarle, entonces, la suerte de la República. Es el espíritu guerrero de la Europa, hasta en el arma en que ha servido: es artillero, y, por tanto, matemático, científico, calculador. Una batalla es un problema que resolverá por ecuaciones, hasta daros la incógnita, que es la victoria. El general Paz no es un genio, como el artillero de Tolón, y me alegro de que no lo sea; la libertad pocas veces tiene mucho que agradecer a los genios. Es un militar hábil y un administrador honrado, que ha sabido conservar las tradiciones europeas y civiles, y que espera de la ciencia, lo que otros aguardan de la fuerza brutal; es, en una palabra, el representante legítimo de las *ciudades,* de la civilización europea, que estamos amenazados de ver interrumpida en nuestra patria. ¡Pobre general Paz! ¡Gloriáos en medio de vuestros repetidos contratiempos! ¡Con vos andan los penates de la República Argentina! Todavía el destino no ha decidido entre vos y Rosas, entre la *ciudad* y la pampa, entre la banda celeste y la cinta *colorada.* ¡Tenéis la única cualidad de espíritu que vence, al fin, la resistencia de la materia bruta, la que hizo el poder de los mártires! Tenéis fe. ¡Nunca habéis dudado! ¡La fe os salvará y en vos confía la civilización!

Algo debe haber de predestinado en este hombre. Desprendido del seno de una revolución mal aconsejada como la del 1º de diciembre, él es el único que sabe justificarla con la victoria; arrebatado de la cabeza de su ejército, por el poder sublime del gaucho, anda de prisión en prisión, diez años, y Rosas mismo no se atreve a matarlo, como si un ángel tutelar velara sobre la conservación de sus días. Escapado como por milagro, en medio de una noche tempestuosa, las olas agitadas del Plata le dejan, al fin, tocar la ribera oriental; rechazado aquí, desairado allá, le entregan, al fin, las fuerzas extenuadas de una provincia que ha visto sucumbir, ya, dos ejércitos. De estas migajas, que recoge con paciencia y prolijidad, forma sus medios de resistencia, y cuando los ejércitos de Rosas han triunfado por todas

partes y llevado el terror y las matanzas a todos los confines de la República, el general manco, el general boleado, grita desde los pantanos de Caaguazú:[14] "¡la República vive aún!" Despojado de sus laureles,[15] por la mano de los mismos a quienes ha salvado, y arrojado indignamente de la cabeza de su ejército, se salva de entre sus enemigos en el Entre Ríos, porque el cielo desencadena sus elementos para protegerlo, y porque el gaucho del bosque Montiel, no se atreve a matar al buen manco que no mata a nadie. Llegado a Montevideo, sabe que Ribera ha sido derrotado, acaso porque él no estuvo para enredar al enemigo con sus propias maniobras. Toda la *ciudad,* consternada, se agolpa a su humilde morada de fugitivo, a pedirle una palabra de consuelo, una vislumbre de esperanza. "Si me dieran veinte días, no toman la plaza", es la única respuesta que da, sin entusiasmo, pero con la seguridad del matemático. Dale Oribe lo que Paz le pide, y tres años van corriendo desde aquel día de consternación para Montevideo.

Cuando ha afirmado bien la plaza y habituado a la guarnición improvisada a pelear diariamente, como si fuese ésta una ocupación como cualquiera otra de la vida, vase al Brasil, se detiene en la Corte más tiempo que el que sus parciales desearan, y cuando Rosas esperaba verlo bajo la vigilancia de la policía imperial, sabe que está en Corrientes, disciplinando seis mil hombres, que ha celebrado una alianza con el Paraguay, y más tarde, llega a sus oídos que el Brasil ha invitado a la Francia y a la Inglaterra, para tomar parte en la lucha: de manera que la cuestión entre la *campaña* pastora y las *ciudades* se ha convertido, al fin, en cuestión entre el manco matemático, el científico Paz y el gaucho bárbaro Rosas; entre la pampa por un lado, y Corrientes, el Paraguay, el Uruguay, el Brasil, la Inglaterra y la Francia por otro.

Lo que más honra a este general, es que los enemigos a quienes ha combatido no le tienen ni rencor ni miedo. La *Gaceta* de Rosas,[16] tan pródiga en calumnias y difamaciones, no acierta a injuriarlo con provecho, descubriendo, a cada paso, el respeto que a sus detractores inspira; llámale manco boleado, castrado, porque siempre ha de haber una brutalidad y una torpeza mezclada con los gritos sangrientos del caribe. Si fuese a penetrarse en lo íntimo del corazón de los que sirven a Rosas, se descubriría la afección que todos tienen al general Paz, y los antiguos federales no han olvidado que él era el que estaba siempre protegiéndolos, contra el encono de los antiguos unitarios. ¡Quién sabe si la Providencia, que tiene en sus manos la suerte de los Estados, ha querido guardar este hombre, que tantas veces ha escapado a la destrucción, para volver a reconstruir la República, bajo el imperio de las leyes que permiten la libertad sin la licencia y que hacen inútil el terror y las violencias que los estúpidos necesitan para mandar! Paz es provinciano, y como tal, tiene ya una garantía de que no sacrificaría las provincias a Buenos Aires y al puerto, como lo hace, hoy, Rosas, para tener millones con que empobrecer y barbarizar a los pueblos del interior; como los federales de las *ciudades,* acusaban al Congreso de 1826.

El triunfo de la Tablada abría una nueva época para la ciudad de Córdoba, que hasta entonces, según el mensaje pasado a la Representación provincial por el general Paz, "había ocupado el último lugar entre los pueblos argentinos". "Recordad que ha sido —continúa el mensaje— donde se han cruzado las medidas y puesto obstáculos a todo lo que ha tenido tendencia a constituir la nación o esta misma provincia, ya sea bajo el sistema federal, ya bajo el unitario".

Córdoba, como todas las ciudades argentinas, tenía su elemento liberal, ahogado, hasta entonces, por un gobierno absoluto y quietista, como el de Bustos. Desde la entrada de Paz, este elemento oprimido se manifiesta en la superficie, mostrando cuánto se ha robustecido durante los nueve años de aquel gobierno español.

He pintado antes en Córdoba, el antagonista en ideas a Buenos Aires; pero hay una circunstancia que la recomienda poderosamente para el porvenir. La ciencia es el mayor de los títulos para el cordobés: dos siglos de Universidad han dejado en las conciencias, esta civilizadora preocupación que no existe tan hondamente arraigada en las otras provincias del interior; de manera, que no bien cambiada la dirección y materia de los estudios, pudo Córdoba contar ya con un mayor número de sostenedores de la civilización, que tiene, por causa y efecto, el dominio y cultivo de la inteligencia.

Ese respeto a las luces, ese valor tradicional concedido a los títulos universitarios, desciende, en Córdoba, hasta las clases inferiores de la sociedad, y no de otro modo puede explicarse, cómo las masas *cívicas* de Córdoba abrazaron la revolución civil que traía Paz, con un ardor que no se ha desmentido diez años después, y que ha preparado millares de víctimas de entre las clases artesana y proletaria de la ciudad, a la ordenada y fría rabia del *mazorquero.* Paz traía consigo un intérprete para entenderse con las masas cordobesas de la ciudad: Barcala, el coronel negro, que tan gloriosamente se había ilustrado en el Brasil, y que se paseaba del brazo con los jefes del ejército. Barcala,[17] el liberto consagrado, durante tantos años, a mostrar a los artesanos el buen camino, y a hacerles amar una revolución que no distinguía ni color ni clase para condecorar el mérito; Barcala fue el encargado de popularizar el cambio de ideas y miras obrado en la ciudad, y lo consiguió más allá de lo que se creía deber esperarse. Los cívicos de Córdoba pertenecen, desde entonces, a la *ciudad,* al orden civil, a la civilización.

La juventud cordobesa se ha distinguido en la actual guerra, por la abnegación y constancia que ha desplegado, siendo infinito el número de los que han sucumbido en los campos de batalla, en las matanzas de la *mazorca,* y mayor aun, el de los que sufren los males de la expatriación. En los combates de San Juan,[18] quedaron las calles sembradas de esos doctores cordobeses, a quienes barrían los cañones que intentaban arrebatar al enemigo.

Por otra parte, el clero, que tanto había fomentado la oposición al Congreso y a la Constitución, había tenido sobrado tiempo para medir el abismo a que conducían la civilización, los defensores del *culto exclusivo* de la

clase de Facundo, López y demás, y no vaciló en prestar adhesión decidida al general Paz.

Así, pues, los doctores como los jóvenes, el clero como las masas, aparecieron, desde luego, unidos bajo un solo sentimiento, dispuestos a sostener los principios proclamados por el nuevo orden de cosas. Paz pudo contraerse, ya, a reorganizar la provincia y a anudar relaciones de amistad con las otras. Celebróse un tratado con López,[19] de Santa Fe, a quien don Domingo de Oro inducía a aliarse con el general Paz; Salta y Tucumán lo estaban, ya, antes de la Tablada, quedando sólo las provincias occidentales, en estado de hostilidad.

NOTAS

[1]se refiere al fin de la presidencia de B. Rivadavia, quien renuncia a su cargo el 28/VI/1827.

[2]Luego del triunfo patriota en Ituzaingó (1827), el enfrentamiento con el Brasil parecía derivar en una larga guerra de desgaste, cuyas consecuencias económicas, a raíz del bloqueo del puerto de Buenos Aires, eran la crisis ganadera y la paralización del comercio ultramarino. La continuación de la guerra era resistida por hacendados y comerciantes, especialmente ingleses. Dorrego, empeñado en evitar la pérdida de la Banda Oriental, encuentra en su gestión la firme resistencia de la Legislatura —que limita los gastos de guerra—, de los financieros, que le cierran el crédito, y del enviado de la corona británica, lord Ponsonby.

[3]Se inició su construcción a fines del siglo XVI para fortificar el puerto de Buenos Aires. En él residieron los virreyes y el gobierno nacional desde 1810 hasta que Rosas hizo de su quinta de San Benito de Palermo sede también de la autoridad. Recobró su antigua función luego de Caseros, pero por poco tiempo. En la década del ochenta lo reemplaza la actual "Casa Rosada", sede del ejecutivo de la República Argentina.

[4]Juan M. de Rosas.

[5]La actual Plaza de Mayo, centro cívico de Buenos Aires, se hallaba dividida en dos plazas por la llamada Recova Vieja (arquería formada por un arco central y 24 arcadas): una, hacia el este, la plaza 25 de Mayo, y la otra, hacia el oeste, llamada Plaza de la Victoria.

[6]En las inmediaciones de Navarro —provincia de Buenos Aires— Lavalle dispersó a las tropas reunidas por Dorrego (9/XII/1828).

[7]Era el comandante Bernardino Escribano y el mayor Mariano Acha.

[8]El almirante Guillermo Brown, a cargo del gobierno de Buenos Aires durante la campaña de Lavalle.

[9]El fusilamiento de Dorrego, consumado sin juicio militar ni ordinario, fue condenado por las provincias y por las clases populares de Buenos Aires, donde tenía hondo arraigo. A pesar de la declaración de Lavalle asumiendo totalmente el hecho, como resultado de una decisión personal, está comprobado que fue aconsejado por los unitarios Juan Cruz Varela y Salvador María del Carril.

[10]Constitución unitaria aprobada por el Congreso Constituyente el 24/XI/1826. Las disidencias de algunos caudillos del interior, partidarios del sistema federal, impulsaron al

Congreso a enviar comisionados especiales a sus provincias, para presentar la constitución, pero ninguna tuvo éxito. Esta constitución tuvo como modelo la de 1819, aunque modera su centralismo.

[11]En el combate de Venta y Media (21/x/1815) el sargento mayor José María Paz fue herido de bala en el brazo derecho, que le quedó inutilizado.

[12]Se trata de "La bataille de La Tablada. Episodes des guerres civiles de Buenos-Ayres", artículo de Théodore Lacordaire aparecido en la *Revue de Deux Mondes* (agosto de 1832) que influyó en el *Facundo* en cuanto a la imagen de Quiroga y en cuanto a la interpretación de la situación interna argentina.

[13]José María Paz, que había participado en el famoso triunfo de Ituzaingó contra las fuerzas brasileñas (20/II/1827).

[14]En los esteros de Caaguazú se enfrentan los ejércitos de Pascual Echagüe, gobernador de Entre Ríos, y del general José M. Paz. El rotundo triunfo de Paz significa la pérdida de la influencia rosista en la Mesopotamia (provincias de Entre Ríos, Corrientes y la actual Misiones) así como en Santa Fe, pues su gobernador, Juan Pablo López, se alía a Corrientes contra Rosas.

[15]Paz consigue que la legislatura provincial lo nombre gobernador de Entre Ríos, contando con el apoyo del ejército correntino. Desinteligencias con Ferré llevan a éste a retirarle las tropas, hecho que obliga a Paz, que no cuenta con el apoyo de la población, a retirarse a Montevideo. En ese momento Oribe derrota a Juan Pablo López, recuperando para el rosismo la provincia de Santa Fe. La legislatura entrerriana comunica a Urquiza que lo espera el cargo de gobernador de Entre Ríos.

[16]*La Gaceta Mercantil* expresaba la política oficial del gobierno rosista. Apareció el 1°/x/1823 y concluyó el 31/I/1852. Varios fueron sus redactores: el irlandés Santiago Kiernan (su primer director), Nicolás Mariño, Pedro de Angelis, Rivera Indarte, Manuel de Irigoyen, Cavia. Su tono se adecuó a las circunstancias. El laconismo y circunspección de su primera y última época, se quiebra durante la intervención francesa de 1838 en una prédica combativa y militante dirigida especialmente a los emigrados y extranjeros de Montevideo.

[17]*Lorenzo Barcala* (1795-1835), hijo de esclavos africanos, se inició en las armas en su ciudad natal de Mendoza, en los "Cívicos Pardos". Luego de combatir en la guerra contra el Brasil, lucha con el general Paz en San Roque, La Tablada y Oncativo y contra Quiroga en Rodeo del Chacón y La Ciudadela. Desaparecido Quiroga de la escena política, se retira a San Juan. Allí conspira contra Aldao, que domina la provincia de Mendoza, quien lo ejecuta al descubrirse la conspiración.

[18]Sarmiento denomina así a los combates de La Tablada, ocurridos el 22 y 25 de junio, pues en ellos se celebra la festividad de San Juan.

[19]Las tratativas entre Estanislao López y el general Paz se hicieron a través de la llamada misión Amenábar-Oro —Domingo de Oro era secretario de López—. En ellas López intentó conservar sin éxito la Comisión Nacional reunida en Santa Fe, con miras a lograr la organización del país. Luego del triunfo de La Tablada y disuelta la Convención, el gobernador López firmó con los enviados de Paz a Santa Fe un tratado para resolver el libre tránsito entre el interior y el litoral.

CAPITULO X

GUERRA SOCIAL

> *Que cherchez-vous? Si vous êtes jaloux de voir un assemblage effrayant de maux et d'horreurs vous l'avez trouvé.*
>
> SHAKESPEARE.

ONCATIVO

¿QUÉ había sido de Facundo, entre tanto? En la Tablada lo había dejado todo: armas, jefes, soldados, reputación; todo, excepto la rabia y el valor. Moral, gobernador de La Rioja, sorprendido por la noticia de tamaño descalabro, se aprovecha de un ligero pretexto para salir fuera de la ciudad, dirigiéndose hacia Los Pueblos, y desde Sañogasta dirige un oficio a Quiroga, cuya llegada supo allí, ofreciéndole los recursos de la provincia. Antes de la expedición a Córdoba, las relaciones entre ambos jefes de la provincia, el Gobernador nominal y el caudillo, el mayordomo y el señor, habían aparecido resfriadas. Facundo no había encontrado tanto armamento como el que resultaba de los cómputos que podían hacerse, sumando el que existía en la provincia en tal época, más el traído de Tucumán, de San Juan, de Catamarca, etc. Otra circunstancia singular agrava las sospechas que en el ánimo de Quiroga pesan contra el Gobernador. Sañogasta es la casa señorial de los Doria, Dávila, enemigos de Facundo, y el gobernador, previendo las consecuencias que el espíritu suspicaz de Facundo deducirá de la fecha y lugar del oficio, lo data de Uanchin, punto distante cuatro leguas. Sabe, empero, Quiroga, que es de Sañogasta de donde le escribía Moral, y toda duda queda aclarada. Bárcena, un instrumento odioso de matanzas que él ha adquirido en Córdoba, y Fontanel, salen con partidas a recorrer Los Pueblos y prender a todos los vecinos acomodados que encuentren. La batida, sin embargo, no ha sido feliz: la caza ha husmeado a los lebreles, y huye despavorida en todas direcciones. Las partidas volvieron con sólo once vecinos, que fueron fusilados en el acto. Don Inocencio Moral, tío del gobernador, con dos hijos, uno de catorce años de edad y el otro de veinte; Ascueta, Gordillo, Cantos (chileno), Sotomayor, Barrios, otro Gordillo, Corro, transeúnte de San Juan, y Pasos, fueron las víctimas de aquella jornada.

El último, don Mariano Pasos, había experimentado ya, en otra ocasión, el resentimiento de Quiroga. Al salir para una de sus primeras excursiones, había dicho aquél a un señor Rincón, comerciante como él, al ver el desaliño y desorden de las tropas: "¡Qué gente para ir a pelear!" Sabido esto por Quiroga, hace llamar a ambos aristarcos, cuelga al primero en un pilar de las casas de Cabildo, y le hace dar doscientos azotes, mientras que el otro permanece con los calzones quitados, para recibir su parte, de que Quiroga le hace merced. Más tarde, este agraciado fue gobernador de La Rioja, y muy adicto al general.

El gobernador Moral, sabiendo lo que le aguardaba, huyó, pues, de la provincia; bien que más tarde recibió setecientos azotes, por ingrato; pues este mismo Moral es el que participó de los 18.000 pesos arrancados a Dorrego.

Aquel Bárcena de que hablé antes, fue el encargado de asesinar al comisionado de la Compañía inglesa de minas. Le he oído yo mismo los horribles pormenores del asesinato, cometido en su propia casa, apartando a la mujer y los hijos, para que dejasen paso a las balas y a los sablazos. Este mismo Bárcena era el jefe de la *mazorca* que acompañó a Oribe a Córdoba, y que en un baile que se daba en celebración del triunfo sobre Lavalle, hacía rodar por el salón, las cabezas ensangrentadas de tres jóvenes cuyas familias estaban allí. Porque debe tenerse presente, que el ejército que vino a Córdoba, en persecución de Lavalle, traía una compañía de mazorqueros que llevaban, al costado izquierdo, la cuchilla convexa, a manera de una pequeña cimitarra, que Rosas mandó hacer ex profeso en las cuchillerías de Buenos Aires, para degollar hombres.

¿Qué motivo tuvo Quiroga para estas atroces ejecuciones? Dícese que en Mendoza dijo a Oro, que su único objeto había sido aterrar. Cuéntase que, continuando las matanzas en la campaña sobre infelices campesinos, sobre el que acertaba a pasar por Atiles,[1] campamento general, uno de los Villafañes le dijo, con el acento de la compasión, del temor y de la súplica: "¿Hasta cuándo, mi general?" —"No sea usted bárbaro —contestó Quiroga—; ¿cómo me rehago sin esto?" He aquí su sistema todo entero: el terror sobre el ciudadano, para que abandone su fortuna; el terror sobre el gaucho, para que con su brazo sostenga una causa que ya no es la suya; el terror suple a la falta de actividad y de trabajo para administrar, suple al entusiasmo, suple a la estrategia, suple a todo. Y no hay que alucinarse: el terror es un medio de gobierno que produce mayores resultados que el patriotismo y la espontaneidad. La Rusia lo ejercita desde los tiempos de Iván, y ha conquistado todos los pueblos bárbaros; los bandidos de los bosques obedecen al jefe que tiene en su mano esta coyunda que domeña las cervices más altivas. Es verdad que degrada a los hombres, los empobrece, les quita toda elasticidad de ánimo; que en un día, en fin, arranca a los Estados lo que habrían podido dar en diez años; pero, ¿qué importa todo esto al Zar de las Rusias, al jefe de bandidos, o al caudillo argentino?

Un bando de Facundo ordenó que todos los habitantes de la ciudad de La Rioja emigrasen a los Llanos, so pena de la vida, y esta orden se cumplió al pie de la letra. El enemigo implacable de la *ciudad* temía no tener tiempo suficiente para irla matando poco a poco, y le da el golpe de gracia. ¿Qué motiva esta inútil emigración? ¿Temía Quiroga? ¡Oh, sí, temía en este momento! En Mendoza levantaban un ejército los unitarios, que se habían apoderado del Gobierno; Tucumán y Salta estaban al norte, y al oriente, Córdoba, la Tablada y Paz; estaba, pues, cercado, y una batida general podía, al fin, *empacar*[2] al Tigre de los Llanos.

Facundo había hecho alejar ganados hacia la cordillera, mientras que Villafañe acudía a Mendoza con fuerzas en apoyo de los Aldao, y él aglomeraba sus nuevos reclutas en Atiles. Estos terroristas tienen también sus momentos de terror: Rosas también lloraba como un chiquillo y se daba contra las paredes cuando supo la revolución de Chascomús,[3] y once enormes baúles entraban en su casa para recoger sus efectos, y embarcarse una hora antes de que le llegara la noticia del triunfo de Alvarez. ¡Pero, por Dios! ¡No asustéis nunca a los terroristas! ¡Ay de los pueblos desde que el conflicto pasa! ¡Entonces son las *matanzas de septiembre*[4] y la exposición en el mercado de pirámides de cabezas humanas!

Quedaban en La Rioja, no obstante de la orden de Facundo, una niña y un sacerdote: la Severa y el padre Colina. La historia de la Severa Villafañe es un romance lastimero, es un cuento de hadas, en que la más hermosa princesa de sus tiempos anda errante y fugitiva, disfrazada de pastora unas veces, mendigando un asilo y un pedazo de pan en otras, para escapar a las acechanzas de algún gigante espantoso, de algún sanguinario Barba Azul. La Severa ha tenido la desgracia de excitar la concupiscencia del tirano, y no hay quien la valga para librarse de sus feroces halagos. No es sólo virtud lo que la hace resistir a la seducción: es repugnancia invencible, instintos bellos de mujer delicada, que detesta los tipos de la fuerza brutal, porque teme que ajen su belleza. Una mujer bella trocará muchas veces un poco de deshonor propio, por un poco de la gloria que rodea a un hombre célebre; pero de esa gloria noble y alta que para descollar sobre los hombres, no necesita de encorvarlos ni envilecerlos, a fin de que, en medio de tanto matorral rastrero, pueda alcanzarse a ver el arbusto espinoso y descolorido. No es otra la causa de la fragilidad de la piadosa Mme. de de Maintenon, la que se atribuye a Mme. Roland, y tantas otras mujeres que hacen el sacrificio de su reputación, por asociarse a nombres esclarecidos. La Severa resiste años enteros. Una vez, escapa de ser envenenada por su Tigre, en una pasa de higo; otra, el mismo Quiroga, despechado, toma opio para quitarse la vida. Un día se escapaba de las manos de los asistentes del general, que van a extenderla de pies y manos en una muralla, para alarmar su pudor; otro, Quiroga la sorprende en el patio de su casa, la agarra de un brazo, la baña en sangre a bofetadas, la arroja por tierra y con el tacón de la bota le quiebra la cabeza. ¡Dios mío! ¿No hay quien favorezca

a esta pobre niña? ¿No tiene parientes? ¿No tiene amigos? ¡Sí tal! Pertenece a las primeras familias de La Rioja: el general Villafañe es su tío; tiene hermanos, que presencian estos ultrajes; hay un cura que le cierra la puerta cuando viene a esconder su virtud detrás del santuario. La Severa huye al fin a Catamarca y se encierra en un beaterio. Dos años después, pasaba por allí Facundo, y manda que se abra el asilo y la superiora traiga a su presencia a las reclusas. Una hubo que dio un grito al verlo y cayó exánime. ¿No es éste un lindo romance? ¡Era la Severa!

Pero vamos a Atiles, donde se está preparando un ejército para ir a recobrar la reputación perdida en la Tablada; porque no se trata sino de reputación del gaucho cargador.[5] Dos unitarios de San Juan han caído en su poder: un joven Castro y Calvo, chileno, y un Alejandro Carril. Quiroga pregunta al uno: "¿Cuánto da por su vida?" —"Veinticinco mil pesos"— contesta temblando. —"Y usted, ¿cuánto da?"—dice al otro—. "Yo sólo puedo dar cuatro mil; soy comerciante y nada más poseo". Mandan traerse las sumas de San Juan, y ya hay treinta mil pesos para la guerra, reunidos a tan poca costa. Mientras el dinero llega, Facundo los aloja bajo un algarrobo, los ocupa en hacer cartuchos, pagándoles dos reales diarios por su trabajo.

El Gobierno de San Juan tiene conocimiento de los esfuerzos que la familia de Carril hace para mandar el rescate y se aprovecha del descubrimiento. Gobierno de ciudadanos, aunque federal, no se atreve a fusilar ciudadanos y se siente impotente para arrancar dinero a los unitarios. El Gobierno intima orden de salir para Atiles, a los presos que pueblan las cárceles; las madres y las esposas saben lo que significa Atiles, y unas primero y otras después, logran reunir las sumas pedidas, para hacer volver a sus deudos, del camino que conduce a la guarida del Tigre. Así, Quiroga, gobierna a San Juan con sólo su terrorífico nombre.

Cuando los Aldao están fuertes en Mendoza y no ha dejado en La Rioja un solo hombre, viejo o joven, soltero o casado, en estado de llevar armas, Facundo se transporta a San Juan a establecer en aquella población rica, entonces, en unitarios acaudalados, sus cuarteles generales. Llega y hace dar seiscientos azotes a un ciudadano notable por su influencia, sus talentos y su fortuna. Facundo anda en persona al lado del cañón que lleva la víctima moribunda, por las cuatro esquinas de la plaza, porque Facundo es muy solícito en esta parte de la administración; no es como Rosas, que desde el fondo de su gabinete, donde está tomando *mate* expide a la mazorca las órdenes que debe ejecutar, para achacar después al *entusiasmo federal* del pobre pueblo, todas las atrocidades con que ha hecho estremecer a la humanidad. No creyendo aún bastante este paso previo a toda otra medida, Facundo hacer traer un viejecito cojo, a quien se acusa o no se acusa de haber servido de baqueano a algunos prófugos, y lo hace fusilar en el acto, sin confesión, sin permitirle una palabra, porque el *Enviado de Dios* no se cuida siempre de que sus víctimas se confiesen.

Preparada así la *opinión pública*, no hay sacrificios que la *ciudad* de San Juan no esté pronta a hacer en defensa de la federación; las contribuciones se distribuyen sin réplica; salen armas de debajo de tierra; Facundo compra fusiles, sables a quien se los presenta. Los Aldao triunfan de la incapacidad de los unitarios, por la violación de los tratados del Pilar, y entonces Quiroga pasa a Mendoza.[6] Allí era el terror inútil: las matanzas diarias ordenadas por el Fraile, de que di detalles en su biografía,[7] tenían helada como un cadáver a la ciudad; pero Facundo necesitaba confirmar allí, el espanto que su nombre infundía por todas partes. Algunos jóvenes sanjuaninos han caído prisioneros; éstos, por lo menos, le pertenecen. A uno de ellos manda hacer esta pregunta: "¿Cuántos fusiles puede entregar dentro de cuatro días?" El joven contesta que si se le da tiempo para mandar a Chile a procurarlos y a su casa, para recolectar fondos, verá lo que puede hacer. Quiroga reitera la pregunta, pidiendo que conteste categóricamente. —"¡Ninguno!" Un minuto después llevaban a enterrar el cadáver, y seis sanjuaninos más le seguían a cortos intervalos. La pregunta sigue haciéndose, de palabra o por escrito, a los prisioneros mendocinos, y las respuestas son más o menos satisfactorias. Un reo de más alto carácter se presenta: el general Alvarado[8] ha sido aprehendido, Facundo lo hace traer a su presencia. —"Siéntese, general —le dice—; ¿en cuántos días podrá entregarme seis mil pesos por su vida? —En ninguno, señor: no tengo dinero. —¡Eh!, pero tiene usted amigos, que no lo dejarán fusilar. —No tengo, señor; yo era un simple transeúnte por esta provincia cuando, forzado por el voto público, me hice cargo del gobierno. —¿Para dónde quiere usted retirarse? —continúa después de un momento de silencio. —Para donde S. E. lo ordene. —Diga usted, ¿adónde quiere ir? —Repito que donde se me ordene. —¿Qué le parece San Juan? —Bien, señor. —¿Cuánto dinero necesita? —Gracias, señor; no necesito". —Facundo se dirige a un escritorio, abre dos gavetas henchidas de oro y retirándose, le dice: "Tome, general, lo que necesite. —Gracias, señor, nada". Una hora después, el coche del general Alvarado estaba a la puerta de su casa, cargado con su equipaje y el general Villafañe que debía acompañarlo a San Juan, donde a su llegada, le entregó cien onzas de oro de parte del general Quiroga, suplicándole que no se negase a admitirlas.

Como se ve, el alma de Facundo no estaba del todo cerrada a las nobles inspiraciones. Alvarado era un antiguo soldado, un general grave y circunspecto, y poco mal le había causado. Más tarde decía de él: "Este general Alvarado es un buen militar, pero no entiende nada de esta guerra que hacemos nosotros".

En San Juan le trajeron un francés, Barreau, que había escrito de él, lo que un francés puede escribir. Facundo le pregunta si es el autor de los artículos que tanto le han herido, y con la respuesta afirmativa. —"Qué espera usted ahora? —replica Quiroga. —Señor, la muerte. —Tome usted esas onzas y váyase enhoramala".

En Tucumán estaba Quiroga tendido sobre un mostrador. —"¿Dónde está el general? —le pregunta un andaluz que se ha achispado un poco, para salir con honor del lance. —Ahí dentro; ¿qué se le ofrece? —Vengo a pagar cuatrocientos pesos que me ha puesto de contribución... ¡Como no le cuesta nada a ese animal! —¿Conoce, patrón, al general? —Ni quiero conocerlo, ¡forajido! —Pase adelante; tomemos un trago de caña". Más avanzado estaba este original diálogo, cuando un ayudante se presenta, y dirigiéndose a uno de los interlocutores: —"Mi general —le dice... —¡Mi general!...— repite el andaluz abriendo un palmo de boca. —Pues qué... ¿sois vos el general? ... ¡Canario! Mi general —continúa hincándose de rodillas—, soy un pobre diablo, pulpero... ¡qué quiere V. S.!...; me arruina..., pero el dinero está pronto...; vamos..., ¡no hay que enfadarse!" Facundo se echa a reír, lo levanta, lo tranquiliza y le entrega su contribución tomando sólo doscientos pesos prestados, que le devuelve religiosamente más tarde. Dos años después, un mendigo paralítico le gritaba en Buenos Aires: —"Adiós, mi general; soy el andaluz de Tucumán; estoy paralítico". Facundo le dio seis onzas.

Estos rasgos prueban la teoría que el drama moderno ha explotado con tan brillo, a saber: que aun en los caracteres históricos más negros, hay siempre una chispa de virtud que alumbra por momentos y se oculta. Por otra parte, ¿por qué no ha de hacer el bien, el que no tiene freno que contenga sus pasiones? Esta es una prerrogativa del poder como cualquiera otra.

Pero volvamos a tomar el hilo de los acontecimientos públicos. Después de inaugurado el terror en Mendoza, de un modo tan solemne, Facundo se retira al Retamo, adonde los Aldao llevan la contribución de cien mil pesos que han arrancado a los unitarios aterrados. Allí estaba la mesa de juego que acompañaba siempre a Quiroga; allí acuden los aficionados del partido; allí, en fin, es el trasnochar a la claridad opaca de las antorchas. En medio de tantos horrores y de tantos desastres, el oro circula allí a torrentes, y Facundo gana, al fin de quince días, los cien mil pesos de la contribución, los muchos miles que guardan sus amigos federales y cuanto puede apostarse a una carta. La guerra, empero, pide erogaciones, y vuelven a trasquilar las ovejas antes trasquiladas. Esta historia de las jugarretas famosas del Retamo, en que hubo noche que ciento treinta mil pesos estaban sobre la carpeta, es la historia de toda la vida de Quiroga. "Mucho se juega, general —le decía un vecino en su última expedición a Tucumán. —¡Eh!, ¡esto es una miseria! ¡En Mendoza y San Juan podía uno divertirse! ¡Allí sí corría dinero! Al fraile le gané una noche cincuenta mil pesos; al clérigo Lima, otra, veinticinco mil; ¿pero esto?..., ¡éstas son pij...!"

Un año se pasa en estos aprestos de guerra, y al fin en 1830, sale un nuevo y formidable ejército para Córdoba, compuesto de las divisiones reclutadas en La Rioja, San Juan, Mendoza y San Luis. El general Paz, deseoso de evitar la efusión de sangre, aunque estuviese seguro de agregar un nuevo laurel a los que ya ceñían sus sienes, mandó al mayor Paunero.[9] oficial lle-

no de prudencia, energía y sagacidad, al encuentro de Quiroga, proponiéndole no sólo la paz, sino una alianza. Créese que Quiroga iba dispuesto a abrazar cualquier coyuntura de transacción; pero las sugestiones de la Comisión mediadora de Buenos Aires,[10] que no traía otro objeto que evitar toda transacción, y el orgullo y la presunción de Quiroga, que se veía a la cabeza de un nuevo ejército, más poderoso y mejor disciplinado que el primero, le hicieron rechazar las propuestas pacíficas del modesto general Paz.

Facundo, esta vez, había combinado algo que tenía visos de plan de campaña. Inteligencias establecidas en la Sierra de Córdoba habían sublevado la población pastora; el general Villafañe se acercaba por el norte, con una división de Catamarca, mientras que Facundo caía por el sur. Poco esfuerzo de penetración costó al general Paz para penetrar los designios de Quiroga y dejarlos burlados. Una noche desapareció el ejército de las inmediaciones de Córdoba; nadie podía darse cuenta de su paradero; todos lo habían encontrado, aunque en diversos lugares y a la misma hora. Si alguna vez se ha realizado en América, algo parecido a las complicadas combinaciones estratégicas de las campañas de Bonaparte en Italia, es en esta vez en que Paz hacía cruzar la Sierra de Córdoba por cuarenta divisiones, de manera que los prófugos de un combate fuesen a caer en manos de otro cuerpo, apostado al efecto, en lugar preciso e inevitable. La montonera, aturdida, envuelta por todas partes, con el ejército a su frente, a sus costados, a su retaguardia, tuvo que dejarse coger en la red que se le había tendido, y cuyos hilos se movían a reloj, desde la tienda del general.

La víspera de la batalla de Oncativo aún no habían entrado en línea, todas las divisiones de esta maravillosa campaña de quince días, en la que habían obrado combinadamente, en un frente de cien leguas. Omito dar pormenores sobre aquella memorable batalla en que el general Paz, para dar valor a su triunfo, publicaba en el *Boletín*, la muerte de setenta de los suyos, no obstante no haber perdido sino doce hombres en un combate, en que se encontraban ocho mil soldados y veinte piezas de artillería. Una simple maniobra había derrotado al valiente Quiroga, y tantos horrores, tantas lágrimas derramadas para formar aquel ejército, habían terminado en dar a Facundo una temporada de jugarretas y a Paz algunos miles de prisioneros inútiles.

NOTAS

[1]Lugar del campamento de Facundo, en La Rioja, donde se conserva el enorme algarrobo a cuya sombra se dice que descansaba Quiroga.

[2]Segovia: "se aplica... al jaguar o tigre, que acosado por los perros u otros enemigos, se pone enfurecido y se resiste a pie firme".

[3]En octubre de 1839 varios distritos del sur ganadero se alzaron contra el gobernador, en otro resquebrajamiento del otrora sólido bloque federal. Grupos de peones, comandados por hacendados, fueron sofocados por las milicias de la frontera en la provincia de Buenos Aires. Los jefes de la conspiración fueron ajusticiados por orden de Rosas. Otros insurrectos se refugiaron en la Banda Oriental y por lo menos mil acompañaron a Lavalle.

[4]Alsina rectifica la fecha en su nota 37: "De octubre de 1840 y abril de 1841". El historiador Halperín Donghi (en *Argentina. De la revolución de independencia a la confederación rosista,* Buenos Aires, Paidós, 1972) dice: "Presentado como explosión espontánea de la cólera popular, el terror estuvo sin embargo a cargo de un pequeño número de funcionarios, en su mayoría policiales, y se ejerció con demasiado cuidado de no provocar dificultades a la política del gobierno para que sea verosímil que la selección de las víctimas haya sido obra de la ciega cólera popular..." "Y en lo inmediato las carnicerías de 1840 causaban grave daño político al sistema que acababa de vencer sobre adversarios tan poderosos. Así lo entendió Mandeville; luego de cuarenta días de terror en las calles indicó sobriamente a Rosas que la situación debía cesar de inmediato: el Restaurador se explayó en frases truculentas (...) pero las matanzas cesaron esa misma noche. La gestión, aunque discreta, no permaneció sin embargo desconocida, y si a muchos indignó la tardanza de Mandeville en intervenir, a todos pareció que los hechos revelaban qué poder era en Buenos Aires mayor que el del todopoderoso Restaurador...".

[5]"La caballería que conduce la carga en una marcha" (Segovia).

[6]El triunfo de Paz en La Tablada provoca la sublevación de los unitarios de Mendoza encabezados por J. A. Moyano, deponiendo al gobernador federal Corvalán. Pero Villafañe, segundo de Quiroga, venció a los sublevados en el Pilar, devolviendo a éste el dominio sobre San Juan y Mendoza.

[7]Es José Félix Aldao, el sacerdote capellán del Ejército de los Andes.

[8]*Rudecindo Alvarado* (1792-1872), fue guerrero de la Independencia. Luchó en el Ejército del Norte junto a Belgrano y realizó las campañas de Chile y Perú a las órdenes de San Martín. Fue gobernador de Mendoza y Salta en 1831, depuesto por la

victoria de Quiroga en La Ciudadela. Emigró del país hasta 1848. Fue Ministro de Guerra y Marina de Justo José de Urquiza en 1854 y ocupó el cargo de gobernador de su provincia natal: Salta.

[9]*Wenceslao Paunero* (1805-1871), porteño, luchó en la guerra con el Brasil y posteriormente junto al general Paz. Como emigrado, pasó a Bolivia y a Chile. Apoyó a Mitre. Fue jefe del Estado Mayor de Buenos Aires (1859-61), y Ministro de Guerra de la Nación (1868).

[10]Misión enviada por Rosas a Córdoba con fines de pacificación. Los comisionados Pedro Feliciano de Cavia y Juan José Cernadas llegaron a la ciudad de Córdoba en enero de 1830.

CAPITULO XI

GUERRA SOCIAL

Un cheval! Vite un cheval!... Mon royaume pour un cheval!

SHAKESPEARE

CHACON

FACUNDO, el *gaucho malo* de los Llanos, no vuelve a sus pagos esta vez, que se encamina hacia Buenos Aires y debe a esta dirección imprevista de su fuga, salvar de caer en manos de sus perseguidores. Facundo ha visto que nada le queda que hacer en el interior; no hay, esta vez, tiempo de martirizar y estrujar a los pueblos para que den recursos sin que el vencedor llegue por todas partes en su auxilio.

Esta batalla de Oncativo, o la Laguna Larga, era muy fecunda en resultados; por ella, Córdoba, Mendoza, San Juan, San Luis, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy quedaban libres de la dominación de caudillos. La unidad de la República, propuesta por Rivadavia por las vías parlamentarias, empezaba a hacerse efectiva desde Córdoba, por medio de las armas, y el general Paz, al efecto, reunió un Congreso de agentes de aquellas provincias, para que acordasen lo que más conviniera para darse instituciones. Lavalle había sido menos afortunado en Buenos Aires, y Rosas, que estaba destinado a hacer un papel tan sombrío y espantoso en la historia argentina, ya empezaba a influir en los negocios públicos y gobernaba la ciudad.[1] Quedaba, pues, la República dividida en dos fracciones: una en el interior, que deseaba hacer capital de la Unión a Buenos Aires; otra en Buenos Aires, que fingía no querer ser capital de la República, a no ser que abjurase la civilización europea y el orden civil.

La batalla aquella había dejado en descubierto otro grande hecho, a saber: que la *montonera* había perdido su fuerza primitiva, y que los ejércitos de las ciudades podían medirse con ella y destruirla. Este es un hecho fecundo en la historia argentina. A medida que el tiempo pasa, las bandas pastoras pierden su espontaneidad primitiva. Facundo necesita ya de te-

rror para moverlas, y en batalla campal se presentan, como azoradas, en presencia de las tropas disciplinadas y dirigidas por las máximas estratégicas que el arte europeo ha enseñado a los militares de las *ciudades*. En Buenos Aires, empero, el resultado es diverso: Lavalle, no obstante su valor, que ostenta en el Puente de Márquez[1] y en todas partes; no obstante sus numerosas tropas de línea, sucumbe al fin de la campaña, encerrado en el recinto de la ciudad por los millares de gauchos que han aglomerado Rosas y López; y por un tratado[2] que tiene, al fin, los efectos de una capitulación, se desnuda de la autoridad, y Rosas penetra en Buenos Aires. ¿Por qué es vencido Lavalle? No por otra razón, a mi juicio, sino porque es el más valiente oficial de caballería que tiene la República Argentina; es el general argentino y no el general europeo; las cargas de caballería han hecho su fama romancesca.

Cuando la derrota de Torata, o Moquegá,[3] no recuerdo bien, Lavalle, protegiendo la retirada del ejército, da cuarenta cargas en día y medio, hasta que no le quedan veinte soldados para dar otra. No recuerdo si la caballería de Murat hizo jamás un prodigio igual. Pero ved las consecuencias funestas que para la República traen estos hechos. Lavalle, en 1839, recordando que la montonera lo ha vencido en 1830, abjura toda su educación guerrera a la europea y adopta el sistema montonero. Equipa cuatro mil caballos y llega hasta las goteras[4] de Buenos Aires con sus brillantes bandas, al mismo tiempo que Rosas, el gaucho de la pampa, que lo ha vencido en 1830, abjura por su parte sus instintos montoneros, anula la caballería en sus ejércitos, y sólo confía el éxito de la campaña a la infantería reglada y al cañón.

Los papeles están cambiados: el gaucho toma la casaca; el militar de la Independencia, el *poncho;* el primero triunfa; el segundo va a morir traspasado de una bala que le dispara de paso la *montonera.* ¡Severas lecciones, por cierto! Si Lavalle hubiera hecho la campaña de 1840 en silla inglesa y con el paletó francés, hoy estaríamos a orillas del Plata, arreglando la navegación por vapor de los ríos y distribuyendo terrenos a la inmigración europea. Paz es el primer general ciudadano que triunfa del elemento pastoril, porque pone en ejercicio contra él todos los recursos del arte militar europeo, dirigidos por una cabeza matemática. La inteligencia vence a la materia; el arte, al número.

Tan fecunda en resultados es la obra de Paz en Córdoba y tan alta levanta, en dos años, la influencia de las ciudades, que Facundo siente imposible rehabilitar su poder de caudillo, no obstante que ya lo ha extendido por todo el litoral de los Andes, y sólo la culta, la europea Buenos Aires, puede servir de asilo a su barbarie.

Los diarios de Córdoba de aquella época transcribían las noticias europeas, las sesiones de las Cámaras francesas y los retratos de Casimiro Périer, Lamartine, Chateaubriand, servían de modelos en las clases de dibujo: tal era el interés que Córdoba manifestaba por el movimiento europeo. Leed

la *Gaceta Mercantil,* y podréis juzgar del rumbo semibárbaro que tomó, desde entonces, la prensa en Buenos Aires.

Facundo fuga para Buenos Aires, no sin fusilar antes dos oficiales suyos, para mantener el orden en los que le acompañan. Su teoría del *terror* no se desmiente jamás: es su talismán, su paladión, sus penates. Todo lo abandonará menos esta arma favorita.

Llega a Buenos Aires, se presenta al gobierno de Rosas, encuéntrase en los salones con el general Guido,[5] el más cumplimentero y ceremonioso de los generales que han hecho su carrera haciendo cortesías en las antecámaras de palacio. Le dirige una muy profunda a Quiroga: "¡Qué! me muestra los dientes —dice éste—, como si yo fuera perro". "Ahí me han mandado ustedes una comisión de doctores a enredarme con el general Paz (Cavia y Cernadas). Paz me ha batido en regla". Quiroga deploró muchas veces después, no haber dado oído a las proposiciones del mayor Paunero.

Facundo desaparece en el torbellino de la gran ciudad; apenas se oye hablar de algunas ocurrencias de juego. El general Mansilla, le amenaza una vez de darle un candelerazo, diciéndole: "Qué, ¿se ha creído que está usted en las provincias?" Su traje de gaucho provinciano llama la atención; el embozo del poncho, su barba entera, que ha prometido llevar hasta que se lave la mancha de la Tablada, fija, por un momento, la atención de la elegante y europea ciudad; mas luego, nadie se ocupa de él.

Preparábase, entonces, una grande expedición sobre Córdoba. Seis mil hombres de Buenos Aires y Santa Fe se estaban alistando para la empresa; López era el general en jefe; Balcarce,[6] Enrique Martínez[7] y otros jefes iban bajo sus órdenes; y ya el elemento pastoril domina, pero tiene una alianza con la *ciudad,* con el partido federal: todavía hay generales. Facundo se encarga de una tentativa desesperada sobre La Rioja o Mendoza; recibe para ello, doscientos presidiarios sacados de todas las cárceles, engancha sesenta hombres más en el Retiro,[8] reúne algunos de sus oficiales y se dispone a marchar.

En Pavón,[9] estaba Rosas reuniendo sus caballerías *coloradas;* allí estaba también López de Santa Fe. Facundo se detuvo en Pavón, a ponerse de acuerdo con los elementos jefes. Los tres más famosos caudillos están reunidos en la pampa: López, el discípulo y sucesor inmediato de Artigas; Facundo, el bárbaro del interior, y Rosas, el lobezno que se está criando aún, y que ya está en vísperas de lanzarse a cazar por su propia cuenta. Los clásicos los habrían comparado con los triunviros Lépido, Marco Antonio y Octavio, que se reparten el imperio, y la comparación sería exacta hasta en la vileza y crueldad del Octavio argentino.

Los tres caudillos hacen prueba y ostentación de su importancia personal. ¿Sabéis cómo? Montan a caballo los tres y salen todas las mañanas a *gauchear* por la Pampa: se bolean los caballos, los apuntan a las vizcacheras, ruedan, pechan, corren carreras. ¿Cuál es el más grande hombre? El más jinete, Rosas, el que triunfa al fin. Una mañana va a invitar a López

a la correría: "No, compañero —le contesta éste—; si de hecho, es usted muy bárbaro". Rosas, en efecto, los castigaba todos los días, los dejaba llenos de cardenales y contusiones. Estas justas del Arroyo de Pavón han tenido una celebridad fabulosa por toda la República, lo que no dejó de contribuir a allanar el camino del poder al campeón de la jornada, el imperio *al más de a caballo*.

Quiroga atraviesa la Pampa con trescientos adictos, arrebatados, los más de ellos, al brazo de la justicia, por el mismo camino que veinte años antes, cuando sólo era un *gaucho malo,* ha huido de Buenos Aires, desertando las filas de los Arribeños.

En la Villa del Río 4º encuentra una resistencia tenaz, y Facundo permanece tres días detenido por unas zanjas que sirven de parapeto a la guarnición. Se retiraba ya, cuando un jastial[10] se le presenta y le revela que los sitiados no tienen un cartucho. ¿Quién es este traidor? El año 1818, en la tarde del 18 de marzo, el coronel Zapiola, jefe de la caballería del ejército chileno-argentino, quiso hacer, ante los españoles, una exhibición del poder de la caballería de los patriotas, en una hermosa llanura que está de este lado de Talca.[11] Eran seis mil hombres los que componían aquella brillante parada. Cargan, y como la fuerza enemiga fuese mucho menor, la línea se reconcentra, se oprime, se embaraza y se rompe, en fin; muévense los españoles en este momento, y la derrota se pronuncia en aquella enorme masa de caballería. Zapiola es el último en volver su caballo, que recibe a poco trecho un balazo; y cayera en manos del enemigo si un soldado de granaderos a caballo no se desmontara y lo pusiera como una pluma sobre su montura, dándole a ésta con el sable, para que más a prisa dispare. Un rezagado acierta a pasar, el granadero desmontado, préndese a la cola del caballo, lo detiene en la carrera, salta a la grupa, y coronel y soldado se salvan.

Llámanle el Boyero,[12] y este hecho le abre la carrera de los ascensos. En 1820, sacábase un hombre ensartado por ambos brazos en la hoja de su espada, y Lavalle lo ha tenido a su lado como uno de tantos insignes valientes. Sirvió a Facundo largo tiempo, emigró a Chile y desde allí a Montevideo, en busca de aventuras guerreras, donde murió gloriosamente peleando en la defensa de la plaza, lavándose de la falta de Río 4º. Si el lector se acuerda de lo que he dicho del capataz de carretas, adivinará el carácter, valor y fuerzas del Boyero; un resentimiento con sus jefes, una venganza personal lo impulsan a aquel feo paso, y Facundo toma la Villa del Río 4º, gracias a su revelación oportuna.

En la Villa del Río Quinto encuentra al valiente Pringles, aquel soldado de la guerra de la Independencia que, cercado por los españoles en un desfiladero, se lanza al mar en su caballo, y entre el ruido de las olas que se estrellan contra la ribera, hace resonar el formidable grito de ¡Viva la patria! El inmortal Pringles,[13] a quien el virrey Pezuela,[14] colmándolo de presentes, devuelve a su ejército, y para quien San Martín, en premio de tanto heroísmo, hace batir aquella singular medalla que tenía por lema: ¡Honor

y gloria a los vencidos en Chancay!, Pringles muere en manos de los presidiarios de Quiroga, que hace envolver el cadáver en su propia manta.

Alentado con este no esperado triunfo, se avanza hacia San Luis, que apenas le opone resistencia. Pasada la travesía, el camino se divide en tres. ¿Cuál de ellos tomará Quiroga? El de la derecha conduce a los Llanos, su patria, el teatro de sus hazañas, la cuna de su poder; allí no hay fuerzas superiores a las suyas, pero tampoco hay recursos; el del medio lleva a San Juan, donde hay mil hombres sobre las armas, pero incapaces de resistir a una carga de caballería en que él, Quiroga, vaya a la cabeza agitando su terrible lanza; el de la izquierda, en fin, conduce a Mendoza, donde están las verdaderas fuerzas de Cuyo, a las órdenes del general Videla Castillo;[15] hay allí un batallón de ochocientas plazas, decidido, disciplinado, al mando del coronel Barcala; un escuadrón de coraceros en disciplina, que manda el teniente coronel Chenaut;[16] milicia, en fin, y piquetes del 2º de cazadores y de los coraceros de la Guardia. ¿Cuál de estos tres caminos tomará Quiroga? Sólo tiene a sus órdenes trescientos hombres sin disciplina, y él viene, además, enfermo y decaído... Facundo toma el camino de Mendoza; *llega, ve y vence,*[17] porque tal es la rapidez con que los acontecimientos se suceden. ¿Qué ha ocurrido? ¿Traición, cobardía? Nada de todo esto. Un plagio impertinente hecho a la estrategia europea, un error clásico por una parte, y una preocupación argentina, un error romántico, por otra, han hecho perder del modo más vergonzoso la batalla. Ved cómo.

Videla Castillo sabe oportunamente que Quiroga se acerca, y no creyendo, como ningún general podía creer, que invadiese a Mendoza, destaca a Las Lagunas, los piquetes que tiene de tropas veteranas, que, con algunos otros destacamentos de San Juan, forman, al mando del mayor Castro, una buena fuerza de observación, capaz de resistir a un ataque, y de forzar a Quiroga, a tomar el camino de los Llanos. Hasta aquí no hay error. Pero Facundo se dirige a Mendoza, y el ejército entero sale a su encuentro.

En el lugar llamado el Chacón,[18] hay un campo despejado que el ejército en marcha deja a su retaguardia; mas oyéndose a pocas cuadras, el tiroteo de una fuerza que viene batiéndose en retirada, el general Castillo manda contramarchar a toda prisa, a ocupar el campo despejado de Chacón. Doble error: 1º, porque una retirada a la proximidad de un enemigo terrible hiela el ánimo del soldado bisoño, que no comprende bien la causa del movimiento; 2º, y mayor todavía, porque el campo más quebrado, más impracticable es mejor para batir a Quiroga, que no trae sino un piquete de infantería.

¿Imaginaos qué haría Facundo en un terreno intransitable, contra seiscientos infantes, una batería formidable de artillería y mil caballos por delante? ¿No es éste el convite del zorro a la garza? Pues bien: todos los jefes son argentinos, gente de a caballo; no hay gloria verdadera, si no se conquista a sablazos; ante todo, es preciso campo abierto para las cargas de caballería: he aquí el error de estrategia argentina.

La línea se forma en lugar conveniente. Facundo se presenta a la vista

en un caballo blanco; el Boyero se hace reconocer y amenaza desde allá a sus antiguos compañeros de armas.

Principia el combate, y se manda cargar a unos escuadrones de milicias. Error de argentinos iniciar la batalla con cargas de caballería; error que ha hecho perder la República en cien combates, porque el espíritu de la pampa está allí en todos los corazones; pues si solevantáis un poco las solapas del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho. Sobre este error nacional viene un plagio europeo. En Europa, donde las grandes masas de tropas están en columna y el campo de batalla abraza aldeas y villas diversas, las tropas de *élite* quedan en las reservas, para acudir a donde la necesidad las requiera. En América, la batalla campal se da, por lo común, en campo raso, las tropas son poco numerosas, lo recio del combate es de corta duración; de manera que siempre interesa iniciarlo con ventaja. En el caso presente, lo menos conveniente era dar una carga de caballería, y si se quería dar, debía echarse mano de la mejor tropa, para arrollar de una vez, los trescientos hombres que constituían la batalla y las reservas enemigas. Lejos de eso, se sigue la rutina, mandando milicias numerosas, que avanzan al frente; empiezan a mirar a Facundo; cada soldado teme encontrarse con su lanza, y cuando oye el grito de "¡a la carga!", se queda clavado en el suelo, retrocede, lo cargan a su vez, retrocede y envuelve las mejores tropas. Facundo pasa de largo hacia Mendoza, sin curarse de generales, infantería y cañones que a su retaguardia deja. He aquí la batalla del Chacón, que dejó flanqueado al ejército de Córdoba, que estaba a punto de lanzarse sobre Buenos Aires. El éxito más completo coronó la inconcebible audacia del movimiento de Quiroga. Desalojarlo de Mendoza era ya inútil: el prestigio de la victoria y el terror le darían medios de resistencia, a la par que, por la derrota, quedaban desmoralizados sus enemigos: se correría sobre San Juan, donde hallaría recursos y armas, y se empeñaría una guerra interminable y sin éxito. Los jefes se marcharon a Córdoba, y la infantería, con los oficiales mendocinos, capituló al día siguiente. Los unitarios de San Juan emigraron a Coquimbo, en número de doscientos y Quiroga quedó pacífico poseedor de Cuyo y La Rioja. Jamás habían sufrido aquellos dos pueblos catástrofe igual, no tanto por los males que directamente hizo Quiroga, sino por el desorden de todos los negocios que trajo aquella emigración en masa de la parte acomodada de la sociedad.

Pero el mal fue mayor bajo el aspecto del retroceso que experimentó el espíritu de *ciudad*, que es lo que me interesa hacer notar. Otras veces lo he dicho, y esta vez debo repetirlo: consultada la posición mediterránea de Mendoza,[19] era, hasta entonces, un pueblo eminentemente civilizado, rico en hombres ilustrados y dotado de un espíritu de empresa y de mejora que no hay en pueblo alguno de la República Argentina: era la Barcelona del interior. Este espíritu había tomado todo su auge durante la administración de Videla Castillo. Construyéronse fuertes al sur, que, a más de alejar los

límites de la provincia, la han dejado, para siempre, asegurada contra las irrupciones de los salvajes y emprendióse la desecación de las ciénagas inmediatas; adornóse la ciudad; formáronse sociedades de Agricultura, Industria, Minería y Educación pública, dirigidas y segundadas todas por hombres inteligentes, entusiastas y emprendedores; fomentóse una fábrica de tejidos de cáñamo y de lana, que proveía de vestidos y lonas para las tropas; formóse una Maestranza, en la que se construían espadas, sables, corazas, lanzas, bayonetas y fusiles, sin que en éstos entrase más que el cañón de fabricación extranjera; fundiéronse balas de cañón huecas y tipos de imprenta. Un francés, Charon, químico, dirigía estos últimos trabajos, como también el ensayo de los metales de la provincia. Es imposible imaginarse desenvolvimiento más rápido ni más extenso de todas las fuerzas civilizadas de un pueblo. En Chile o en Buenos Aires, todas estas fabricaciones no llamarían mucho la atención; pero en una provincia interior, y con sólo el auxilio de artesanos del país, es un esfuerzo prodigioso. La prensa gemía bajo el peso del Diario y publicaciones periódicas, en las que el verso no se hacía esperar. Con las disposiciones que yo le conozco a ese pueblo, en diez años de un sistema semejante hubiérase vuelto un coloso; pero las pisadas de los caballos de Facundo vinieron luego a hollar estos retoños vigorosos de la civilización, y el fraile Aldao hizo pasar el arado y sembrar de sangre el suelo durante diez años. ¡Qué había de quedar!

El movimiento impreso, entonces, a las ideas no se contuvo, aun después de la ocupación de Quiroga: los miembros de la Sociedad de Minería emigrados en Chile, se consagraron, desde su arribo, al estudio de la química, la mineralogía y la metalurgia. Godoy Cruz, Correa, Villanueva, Doncel y muchos otros reunieron todos los libros que trataban de la materia, recolectaron de toda América, colecciones de metales diversos, registraron los archivos chilenos para informarse de la historia del mineral de Uspallata, y, a fuerza de diligencia, lograron entablar trabajos allí, en que, con el auxilio de la ciencia adquirida, sacaron utilidad de la escasa cantidad de metal útil que aquellas minas contienen. De esta época data la nueva explotación de minas en Mendoza, que hoy se está haciendo con ventaja. Los mineros argentinos, no satisfechos con estos resultados, se desparramaron por el territorio de Chile, que les ofrecía un rico anfiteatro para ensayar su ciencia, y no es poco lo que han hecho en Copiapó y otros puntos, en la explotación y beneficio y en la introducción de nuevas máquinas y aparatos. Godoy Cruz, desengañado de las minas, dirigió a otro rumbo sus investigaciones, y con el cultivo de la morera creyó resolver el problema del porvenir de las provincias de San Juan y Mendoza, que consiste en hallar una producción que en poco volumen encierre mucho valor.

La seda llena esta condición, impuesta a aquellos pueblos centrales, por la inmensa distancia a que están de los puertos y el alto precio de los fletes. Godoy Cruz[20] no se contentó con publicar en Santiago, un folleto voluminoso y completo sobre el cultivo de la morera, la cría del gusano de seda y de la

cochinilla, sino que, distribuyéndolo gratis en aquellas provincias, ha estado durante diez años agitando sin descanso, propagando la morera, estimulando a todos a dedicarse a su cultivo, exagerando sus ventajas opimas mientras que él aquí mantenía relaciones con la Europa, para instruirse de los precios corrientes, mandando muestras de la seda que cosechaba, haciéndose conocedor práctico de sus defectos y perfecciones, aprendiendo y enseñando a hilar. Los frutos de esta grande y patriótica obra han correspondido a las esperanzas del noble artífice: hasta el año pasado, había ya en Mendoza algunos millones de moreras, y la seda, recogida por quintales, había sido hilada, torcida, teñida y vendida para Europa, en Buenos Aires y Santiago, a cinco, seis y siete pesos libra; porque la joyante de Mendoza no cede en brillo y finura a la más afamada de España o Italia. El pobre viejo ha vuelto, al fin, a su patria a deleitarse en el espectáculo de un pueblo entero consagrado a realizar el más fecundo cambio de industria, prometiéndose que la muerte no cerrará sus ojos antes de ver salir para Buenos Aires, una caravana de carretas cargadas en el fondo de la América, con la preciosa producción que ha hecho, por tantos siglos, la riqueza de la China y que se disputan, hoy, las fábricas de Lyon, París, Barcelona y de toda la Italia. ¡Gloria eterna del espíritu unitario, de ciudad y de civilización! ¡Mendoza, a su impulso, se ha anticipado a toda la América española, en la explotación en grande de esta rica industria!*. ¡Pedidle al espíritu de Facundo y de Rosas una sola gota de interés por el bien público, de dedicación a algún objeto de utilidad; torcedlo y exprimidlo, y sólo destilará sangre y crímenes!

Me detengo en estos detalles porque, en medio de tantos horrores como los que estoy condenado a escribir, es grato pararse a contemplar las hermosas plantas que hemos visto pisoteadas del salvaje inculto de las pampas; me detengo con placer, porque ellos probarán, a los que aún dudaren que la resistencia a Rosas y su sistema, aunque se haya, hasta aquí, mostrado débil en sus medios, sólo la defensa de la civilización europea, la de sus resultados y formas, es la que ha dado, durante quince años, tanta abnegación, tanta constancia a los que, hasta aquí, han derramado su sangre o han probado las tristezas del destierro. Hay allí un mundo nuevo que está a punto de desenvolverse, y que no aguarda más para presentarse cuan brillante es, sino que un general afortunado logre apartar el pie de hierro que tiene hoy oprimida la inteligencia del pueblo argentino. La Historia, por otra parte, no ha de tejerse sólo con crímenes y empaparse en sangre; ni es por demás traer a la vista de los pueblos extraviados, las páginas casi borradas de las pasadas épocas. Que siquiera deseen para sus hijos, mejores tiempos que los que ellos alcanzan; porque no importa que hoy el caníbal de Buenos Aires se canse de derramar sangre, y permita volver a ver sus hogares, a los que ya trae subyugados y anulados, la desgracia y el destierro.

* El éxito final no ha justificado tan halagüeñas esperanzas; la industria de la seda languidece hoy en Mendoza, y desaparecerá por falta de fomento. — *(Nota de la 2ª edición).*

Nada importa esto para el progreso de un pueblo. El mal que es preciso remover es el que nace de un gobierno que tiembla a la presencia de los hombres pensadores e ilustrados, y que para subsistir, necesita alejarlos o matarlos; nace de un sistema que, reconcentrando en *un solo hombre* toda voluntad y toda acción, el bien que él no haga, porque no lo conciba, no lo pueda o no lo quiera, no se sienta nadie dispuesto a hacerlo, por temor de atraerse las miradas suspicaces del tirano, o bien porque, donde no hay libertad de obrar y de pensar, el espíritu público se extingue, y el egoísmo que se reconcentra en nosotros mismos, ahoga todo sentimiento de interés por los demás. "*Cada uno para sí,* el azote del verdugo para todos": he ahí el resumen de la vida y gobierno de los pueblos esclavizados.

Si el lector se fastidia con estos razonamientos contaréle crímenes espantosos. Facundo, dueño de Mendoza, tocaba, para proveerse de dinero y soldados, los recursos que ya nos son bien conocidos. Una tarde cruzan la ciudad en todas direcciones, partidas que están acarreando, a un olivar, cuantos oficiales encuentran de los que habían capitulado en Chacón: nadie sabe el objeto, ni ellos temen por lo pronto, nada, fiando en la fe de lo estipulado. Varios sacerdotes reciben, empero, orden de presentarse igualmente; cuando ya hay suficiente número de oficiales reunidos, se manda a los sacerdotes, confesarlos; efectuado lo cual, se les forma en fila, y, de uno en uno, empiezan a fusilarlos, bajo la dirección de Facundo, que indica al que parece conservar aún la vida, y señala con el dedo, el lugar donde deben darle el balazo que ha de ultimarlo. Concluida la matanza, que dura una hora, porque se hace con lentitud y calma, Quiroga explica a algunos, el motivo de aquella terrible violación de la fe de los tratados: Los unitarios —dice— le han matado al general Villafañe, y usa represalias. El cargo es fundado, aunque la satisfacción es un poco grosera. "Paz —decía otra vez— me fusiló nueve oficiales; yo le he fusilado noventa y seis". Paz no era responsable de un acto que él lamentó profundamente, y que era motivado por la muerte de un parlamentario suyo. Pero el sistema de no dar cuartel, seguido por Rosas con tanto tesón, y de violar todas las formas recibidas, pactos, tratados, capitulaciones, es efecto de causas que no dependen del carácter personal de los caudillos. El derecho de gentes, que ha suavizado los horrores de la guerra, es el resultado de siglos de civilización; el salvaje mata a su prisionero, no respeta convenio alguno, siempre que haya ventaja en violarlo; ¿qué freno contendrá al salvaje argentino, que no conoce ese derecho de gentes de las ciudades cultas? ¿Dónde habrá adquirido la conciencia del derecho? ¿En la Pampa?

La muerte de Villafañe ocurrió en el territorio chileno. Su matador sufrió ya la pena del talión: ojo por ojo, diente por diente. La justicia humana ha quedado satisfecha; pero el carácter del protagonista de aquel sangriento drama hace demasiado a mi asunto, para que me prive del placer de introducirlo. Entre los emigrados sanjuaninos que se dirigían a Coquimbo, iba un mayor del ejército del general Paz, dotado de esos caracteres originales

que desenvuelve la vida argentina. El mayor Navarro, de una distinguida familia de San Juan, de formas diminutas y de cuerpo flexible y endeble, era célebre en el ejército por su temerario arrojo. A la edad de dieciocho años, montaba guardia como alférez de milicias, en la noche en que, en 1820, se sublevó en San Juan el batallón Nº 1 de los Andes; cuatro compañías forman enfrente del cuartel e intiman rendición a los cívicos. Navarro queda solo en la guardia, entorna la puerta y con su florete, defiende la entrada; catorce heridas de sables y bayonetas recibe el alférez y apretándose con una mano, tres bayonetazos que ha recibido cerca de la ingle, con el otro brazo, cubriéndose cinco que le han traspasado el pecho, y ahogándose con la sangre que corre a torrentes de la cabeza, se dirige desde allí a su casa, donde recobra la salud y la vida, después de siete meses de una curación desesperada y casi imposible. Dado de baja por la disolución de los cívicos, se dedica al comercio, pero al comercio acompañado de peligros y aventuras. Al principio, introduce cargamentos por contrabando en Córdoba; después trafica desde Córdoba, con los indios; y últimamente, se casa con la hija de un cacique, vive santamente con ella, se mezcla en las guerras de las tribus salvajes, se habitúa a comer carne cruda y beber la sangre en la degolladera de los caballos, hasta que en cuatro años, se hace un salvaje hecho y derecho. Sabe allí que la guerra del Brasil va a principiar, y dejando a sus amados salvajes, sienta plaza en el ejército con su grado de alférez, y tan buena maña se da y tantos sablazos distribuye, que, al fin de la campaña, es capitán graduado de mayor y uno de los predilectos de Lavalle, el catador de valientes. En Puente Márquez deja atónito al ejército con sus hazañas, y después de todas aquellas correrías, queda en Buenos Aires con los demás oficiales de Lavalle. Arbolito, Pancho el ñato, Molina y otros jefes de la campaña eran los altos personajes que ostentaban su valor por cafés y mesones. La animosidad con los oficiales del ejército era cada día más envenenada. En el café de la Comedia, estaban algunos de estos héroes de la época, y brindaban a la muerte del general Lavalle. Navarro, que los ha oído, se acerca, tómale el vaso a uno, sirve para ambos, y dice: "¡Tome usted, a la salud de Lavalle!" Desenvainan las espadas y lo deja tendido. Era preciso salvarse, ganar la campaña y por entre las partidas enemigas, llegar a Córdoba. Antes de tomar servicio, penetra tierra adentro a ver a su familia, a su padre político, y sabe con sentimiento, que su cara mitad ha fallecido. Se despide de los suyos, y dos de sus deudos, dos mocetones, el uno su primo y su sobrino el otro, le acompañan de regreso al ejército.

De la acción del Chacón traía un fogonazo en la sien, que le había arreado todo el pelo[21] y embutido la pólvora en la cara. Con este talante y acompañamiento, y un asistente inglés, tan gaucho y certero en el lazo y las bolas como el patrón y los parientes, emigraba el joven Navarro para Coquimbo; porque joven era, y tan culto en su lenguaje y tan elegante en sus modales, como el primer pisaverde; lo que no estorbaba que cuando veía caer una res, viniese a beberle la sangre. Todos los días quería volverse, y

las instancias de sus amigos bastaban, apenas para contenerlo. "Yo soy hijo de la pólvora —decía con su voz grave y sonora—; la guerra es mi elemento". "La primera gota de sangre que ha derramado la guerra civil —decía otras veces— ha salido de estas venas, y de aquí ha de salir la última". "Yo no puedo ir más adelante —repetía, parando su caballo—; echo de menos sobre mis hombros, las paletas[22] de general". "En fin —exclamaba otras veces—: ¿qué dirán mis compañeros cuando sepan que el mayor Navarro ha pisado el suelo extranjero, sin un escuadrón con lanza en ristre?"

El día que pasaron la cordillera hubo una escena patética. Era preciso deponer las armas y no había forma de hacer concebir a los indios, que había países donde no era permitido andar con la lanza en la mano. Navarro se acercó a ellos, les habló en la lengua; fuése animando poco a poco; dos gruesas lágrimas corrieron de sus ojos, y los indios clavaron, con muestras de angustia, sus lanzas en el suelo. Todavía, después de emprendida la marcha, volvieron sus caballos y dieron vuelta en torno de ellas, como si les dijesen un eterno adiós.

Con estas disposiciones de espíritu, pasó el mayor Navarro a Chile, y se alojó en Guanda, que está situada en la boca de la quebrada que conduce a la cordillera. Allí supo que Villafañe volvía a reunirse a Facundo, y anunció públicamente su propósito de matarlo. Los emigrados, que sabían lo que aquellas palabras importaban en boca del mayor Navarro, después de procurar en vano disuadirlo, se alejaron del lugar de la escena. Advertido Villafañe, pidió auxilio a la autoridad, que le dio unos milicianos, los cuales lo abandonaron desde que se informaron de lo que se trataba. Pero Villafañe iba perfectamente armado y traía, además, seis riojanos. Al pasar por Guanda, Navarro salió a su encuentro, y mediando entre ambos un arroyo, le anunció en frases solemnes y claras, su designio de matarlo, con lo que se volvió tranquilo a la casa en que estaba, a la sazón, almorzando. Villafañe tuvo la indiscreción de alojarse en Tilo, lugar distante sólo cuatro leguas de aquel en que el reto había tenido lugar. A la noche, Navarro requiere sus armas y una comitiva de 9 hombres que le acompañan, y que deja en lugar conveniente, cerca de la casa de Tilo, avanzándose él solo, a la claridad de la luna. Cuando hubo penetrado en el patio abierto de la casa, grita a Villafañe, que dormía con los suyos en el corredor: "¡Villafañe, levántate!: el que tiene enemigos no duerme". Toma éste su lanza, Navarro se desmonta del caballo, desenvaina la espada, se acerca y lo traspasa. Entonces dispara un pistoletazo, que era la señal de avanzar que había dado a su partida, la cual se echa sobre la comitiva del muerto, la mata o dispersa. Hacen traer los animales de Villafañe, cargan su equipaje y marchan en lugar de él, a la República Argentina a incorporarse al ejército. Extraviando caminos, llegan al Río Cuarto, donde se encuentra con el coronel Echevarría, perseguido por los enemigos. Navarro vuela en su ayuda, y habiendo caído muerto el caballo de su amigo, le insta que monte a su grupa: no consiente éste; obstínase Navarro en no fugar sin salvarlo, y últimamente se

desmonta de su caballo, lo mata y muere al lado de su amigo, sin que su familia pudiese descubrir tan triste fin sino después de tres años, en que el mismos que los ultimó, contara la trágica historia y desenterrara, para mayor prueba, los esqueletos de los dos infelices amigos. Hay, en toda la vida de este malogrado joven, tal originalidad, que vale, sin duda, la pena de hacer una digresión en favor de su memoria.

Durante la corta emigración del mayor Navarro, habían ocurrido sucesos que cambiaban completamente la faz de los negocios públicos. La célebre captura del general Paz, arrebatado de la cabeza de su ejército por un tiro de bolas, decidía de la suerte de la República, pudiendo decirse que no se constituyó en aquella época, y las leyes ni las ciudades no afianzaron su dominio por accidente tan singular; porque Paz, con un ejército de cuatro mil quinientos hombres perfectamente disciplinados, y con un plan de operaciones combinado sabiamente, estaba seguro de desbaratar el ejército de Buenos Aires. Los que le han visto después triunfar en todas partes juzgarán que no hay mucha presunción de su parte, en anticipaciones tan felices. Pudiéramos hacer coro a los moralistas, que dan a los acontecimientos más fortuitos, el poder de trastornar la suerte de los imperios; pero si es fortuito el acertar un tiro de bolas sobre un general enemigo, no lo es que venga de la parte de los que atacan las ciudades, del gaucho de la Pampa, convertido en elemento político. Así, puede decirse que la civilización fue *boleada* aquella vez.

Facundo, después de vengar tan cruelmente a su general Villafañe, marchó a San Juan a preparar la expedición sobre Tucumán, a donde el ejército de Córdoba se había retirado, después de la pérdida del general, lo que hacía imposible todo propósito invasor. A su llegada, todos los ciudadanos federales, como en 1827, salieron a su encuentro; pero Facundo no gustaba de las recepciones. Manda una partida que salga adelante de la calle en que estaban reunidos, deja otra atrás, hace poner guardias en todas las avenidas, y tomando él por otro camino entra en la ciudad, dejando presos a sus oficiosos huéspedes, que tuvieron que pasar el resto del día y la noche entera agrupados en la calle, haciéndose lugar entre las patas de los caballos, para dormitar un poco.

Cuando hubo llegado a la plaza, hace detener en medio de ella su coche, manda cesar el repique de las campanas, y arrojar a la calle todo el amueblado de la casa que las autoridades han preparado para recibirle: alfombrados, colgaduras, espejos, sillas, mesas, todo se hacina en confusa mezcla en la plaza, y no desciende sino cuando se cerciora que no quedan más que las paredes limpias, una mesa pequeña, una sola silla y una cama. Mientras que esta operación se efectúa, llama a un niño que acierta a pasar cerca de su coche, le pregunta su nombre, y al oír el apellido Roza, le dice: "Su padre, don Ignacio de la Roza,[23] fue un grande hombre; ofrezca a su madre de usted mis servicios".

Al día siguiente amanece en la plaza un banquillo de fusilar, de seis varas de largo. ¿Quiénes van a ser las víctimas? ¡Los unitarios se han fugado

en masa, hasta los tímidos que no son unitarios! Facundo empieza a distribuir contribuciones a las señoras, en defecto de sus maridos, padres o hermanos ausentes; y no son por eso menos satisfactorios los resultados. Omito la relación de todos los acontecimientos de este período, que no dejarían escuchar los sollozos y gritos de las mujeres amenazadas de ir al banquillo y de ser azotadas; dos o tres fusilados, cuatro o cinco azotados, una u otra señora condenada a hacer de comer a los soldados, y otras violencias sin nombre. Pero hubo un día de terror glacial que no debo pasar en silencio. Era el momento de salir la expedición sobre Tucumán: las divisiones empiezan a desfilar, una en pos de otra; en la plaza, están los troperos cargando los bagajes; una mula se espanta y se entra al templo de Santa Ana. Facundo manda que la enlacen en la iglesia; el arriero va a tomarla con las manos, y en este momento, un oficial que entra a caballo, por orden de Quiroga, enlaza mula y arriero y los saca a la cincha, unidos, sufriendo el infeliz las pisadas, golpes y coces de la bestia. Algo no está listo en aquel momento: Facundo hace comparecer a las autoridades negligentes. Su excelencia el señor Gobernador y Capitán General de la provincia recibe una bofetada; el jefe de Policía se escapa, corriendo, de recibir un balazo y ambos ganan las calles de sus oficinas a dar órdenes que han omitido.

Más tarde, Facundo ve uno de sus oficiales que da de cintarazos a dos soldados que peleaban: lo llama, lo acomete con la lanza; el oficial se prende del asta para salvar su vida; bregan, y al fin, el oficial se la quita y se la entrega respetuosamente; nueva tentativa de traspasarlo con ella; nueva lucha, nueva victoria del oficial, que vuelve a entregársela. Facundo, entonces, reprime su rabia, llama en su auxilio, apodéranse seis hombres del atlético oficial, lo estiran en una ventana, y, bien amarrado de pies y manos, Facundo lo traspasa repetidas veces con aquella lanza que, por dos veces, le ha sido devuelta, hasta que ha apurado la última agonía, hasta que el oficial reclina la cabeza y el cadáver yace yerto y sin movimiento. Las furias están desencadenadas; el general Huidobro[24] es amenazado con la lanza, si bien tiene el valor de desenvainar su espada y prepararse a defender su vida.

Y, sin embargo de todo esto, Facundo no es cruel, no es sanguinario; es el bárbaro, no más, que no sabe contener sus pasiones, y que, una vez irritadas, no conocen freno ni medida; es el terrorista que a la entrada de una ciudad fusila a uno y azota a otro, pero con economía, muchas veces con discernimiento. El fusilado es un ciego, un paralítico o un sacristán; cuando más, el infeliz azotado es un ciudadano ilustre, un joven de las primeras familias. Sus brutalidades con las señoras vienen de que no tiene conciencia de las delicadas atenciones que la debilidad merece; las humillaciones afrentosas impuestas a los ciudadanos provienen de que es campesino grosero, y gusta por ello de maltratar y herir en el amor propio y el decoro a aquellos que sabe que lo desprecian. No es otro el motivo que hace del terror, un sistema de gobierno. ¿Qué habría hecho Rosas sin él, en una sociedad como era antes la de Buenos Aires? ¿Qué otro medio de imponer al público ilus-

trado, el respeto que la conciencia niega a lo que de suyo es abyecto y despreciable?

Es inaudito el cúmulo de atrocidades que se necesita amontonar, unas sobre otras, para pervertir a un pueblo, y nadie sabe los ardides, los estudios, las observaciones y la sagacidad que ha empleado don Juan Manuel Rosas para someter la *ciudad* a esa influencia mágica que trastorna, en seis años, la conciencia de lo justo y de lo bueno, que quebranta al fin, los corazones más esforzados y los doblega al yugo. El terror de 1793 en Francia era un efecto, no un instrumento; Robespierre no guillotinaba nobles y sacerdotes para crearse una reputación ni elevarse él sobre los cadáveres que amontonaba. Era un alma adusta y severa aquella que había creído que era preciso amputar a la Francia todos sus miembros aristocráticos, para cimentar la revolución. "Nuestros nombres —decía Danton— bajarán a la posteridad, execrados; pero habremos salvado la República". El terror entre nosotros es una invención gubernativa para ahogar toda conciencia, todo espíritu de ciudad, y forzar, al fin, a los hombres a reconocer como cabeza pensadora, el pie que les oprime la garganta; es un desquite que toma el hombre inepto armado del puñal, para vengarse del desprecio que sabe que su nulidad inspira a un público que le es infinitamente superior. Por eso hemos visto en nuestros días, repetirse las extravagancias de Calígula, que se hacía adorar como Dios y asociaba al Imperio, su caballo. Calígula sabía que era él el último de los romanos, a quienes tenía, no obstante, bajo su pie. Facundo se daba aires de inspirado, de adivino, para suplir a su incapacidad natural de influir sobre los ánimos. Rosas se hacía adorar en los templos y tirar su retrato por las calles, en un carro, a que iban uncidos generales y señoras, para crearse el prestigio que echaba de menos. Pero Facundo es cruel sólo cuando la sangre se le ha venido a la cabeza y a los ojos, y ve todo colorado. Sus cálculos fríos se limitan a fusilar a un hombre, a azotar a un ciudadano: Rosas no se enfurece nunca; calcula en la quietud y en el recogimiento de su gabinete, y desde allí, salen las órdenes a sus sicarios.

NOTAS

[1]Derrota de Lavalle por López y Rosas (25/VI/1829).

[2]Se refiere a la Convención de Cañuelas (24/VI/1829), celebrada entre Lavalle y Rosas y a la Convención de Barracas (24/VIII/1829); en esta última ambos convienen que Viamonte sea gobernador de Buenos Aires.

[3]Los realistas vencieron en Torata y Moqueguá a las tropas enviadas por San Martín hacia la ciudad de La Paz (1822).

[4]Los alrededores, las afueras (americanismo).

[5]*Tomás Guido* (1788-1866), porteño, guerrero de la independencia, cooperó en la campaña que preparaba San Martín para Chile. Secretario de éste, lo acompaña al Perú. Luego actúa junto a Bolívar y Sucre, ocupando cargos de importancia. Regresa en 1826. Diputado de la Sala de Representantes (1828) de Buenos Aires. Como ministro plenipotenciario en Brasil, firma el tratado de paz (1828). Entre 1840-51 representa al gobierno de Rosas en Río de Janeiro. Tras la caída del gobierno rosista presta su apoyo a Urquiza. Ministro plenipotenciario de la Confederación ante Paraguay y Uruguay, y vice-presidente del Senado.

[6]*Juan Ramón Balcarce* (1773-1836), porteño, tuvo actuación destacada durante las invasiones inglesas, en 1810 y en la lucha contra los realistas en el Norte. Luchó en Cepeda enfrentando a López y Ramírez. Representó a Buenos Aires en el Congreso Nacional de 1824. Fue Ministro de Guerra y Marina de Dorrego y de Rosas (en su primer gobierno); como tal, combatió a Paz. En 1832 fue elegido gobernador de Buenos Aires. La política que desarrolló, grandemente influida por su primo, el general Enrique Martínez, disgustó a Rosas y a su partido. La Revolución de los Restauradores lo destituyó, por lo que debió huir a Concepción del Uruguay en 1833.

[7]*Enrique Martínez* (1789-1870), montevideano, intervino en la campaña de la Banda Oriental que triunfó en 1814. Luchó en el ejército de los Andes en Chile y Perú. En 1829 fue comandante general de armas de Buenos Aires. En 1830 es vocero del sector de oficiales partidarios de una depuración a sangre y fuego. Ministro de Guerra de Balcarce en 1833 (sobre quien tiene una notoria influencia), después de la Revolución de los Restauradores es dado de baja del ejército de la provincia de Buenos Aires. Emigra a la Banda Oriental, luchando junto a Rivera (de quien fue consejero y Ministro de Hacienda).

[8]Hoy Plaza San Martín. En la Plaza del Retiro se hacían las corridas de toros hasta 1822, en que se prohibieron. Allí se construyeron los llamados cuarteles del Retiro.

[9]Campamento militar establecido por Rosas en la frontera con Santa Fe para instrucción y maniobras.

[10]Por "hastial".

[11]Cancha Rayada: allí fue derrotado el general San Martín el 19/III/1820.

[12]El boyero era el peón, generalmente un muchacho, encargado de cuidar los bueyes de la carreta.

[13]*Juan Pascual Pringles* (1795-1831), nacido en San Luis, participó de la expedición al Perú al mando de San Martín. Luchó en Ayacucho y Junín. Combatió junto al general Paz en Oncativo y La Tablada.

[14]*Joaquín de la Pezuela,* virrey del Perú cuando la expedición libertadora de San Martín.

[15]*Videla Castillo,* general del ejército de Paz. Enviado por éste a Mendoza después de Oncativo al frente del batallón de infantería, un escuadrón de salteños y otro de milicias de Córdoba, fue nombrado gobernador de esa provincia (1830).

[16]*Indalecio Chenaut* (1808-1871), mendocino, militar, participó en la guerra con el Brasil, y luego en los ejércitos unitarios de Lavalle y Paz. Emigró a Chile, donde conoció a Sarmiento, que cumplía allí su primer destierro. Al mando del contingente de San Juan, se unió a las fuerzas del gobernador Videla Castillo. Pasó luego al Brasil, y tras el pronunciamiento de Urquiza marchó a Entre Ríos.

[17]Se refiere a la victoria que Quiroga obtuvo el 28/III/1831 en Chacón o "Rodeo de Chacón" sobre las fuerzas de Videla Castillo.

[18]El 28 de marzo de 1831 Quiroga vence al general Videla Castillo en Chacón. Luego entra en Mendoza.

[19]La provincia de Mendoza, como San Juan, poseía una agricultura muy diversificada antes de dedicarse al monocultivo de la vid. Cuando las guerras de independencia y los bloqueos cierran las puertas a los vinos y aguardientes importados, Mendoza gana los mercados del Litoral, que perderá al reabrirse nuevamente el tráfico internacional. Con la apertura del mercado chileno se reactiva su economía. Los cultivos dominantes son entonces los alfalfares, destinados a inverne del ganado en tránsito. Población estimada por De la Fuente: 1839, 34.580 habitantes, y 40.520 para 1849. Woodbine Parish: de 35 a 40.000 para 1836/37.

[20]*Godoy Cruz* (1791-1852), mendocino, colaboró con el general San Martín en la preparación del Ejército de los Andes, siendo además vocero del libertador en el Congreso de Tucumán al sostener la necesidad de declarar la Independencia. Fue diputado al Congreso reunido en Buenos Aires en 1824-1827. Como gobernador de Tucumán (1820-22 y 1830) combatió a los caudillos. Emigra a Chile luego del triunfo de Quiroga en Rodeo del Chacón. En el país vecino se dedica a la minería y a la cría del gusano de seda. Para desarrollar estas mismas actividades lo llama a su provincia natal el general Aldao, a pesar de ser su enemigo político. Durante su destierro redactó un manual sobre la cría del gusano de seda y sus ensayos con esta industria tuvieron éxito.

[21]El verbo arrear está usado aquí en el sentido de llevarse violentamente el ganado ajeno.

[22]Está formada sobre palas con el cruce del francés *èpaulettes"* (Moglia, *ob. cit.*, pág. 286).

[23]*José Ignacio de la Roza,* teniente gobernador de San Juan en 1820.

[24]*José Ruiz Huidobro* (1802-1842), de origen español, fue uno de los jefes militares que estuvieron al mando de Quiroga y su hombre de confianza. A la muerte de éste, fue eliminado de las filas del ejército por Rosas, quien lo reincorporó en 1839.

CAPITULO XII

GUERRA SOCIAL

Les habitants de Tucuman finissent leurs journées par des réunions champêtres, où à l'ombre de beaux arbres ils improvisent, au son d'une guitarre rustique, des chants alternatifs dans le genre de ceux que Virgile et Théocrite ont embellis. Tout jusqu'aux prénoms grecs rapelle au voyageur étonné l'antique Arcadie.

MALTE-BRUN

CIUDADELA

LA EXPEDICIÓN salió, y los sanjuaninos federales, y mujeres y madres de unitarios respiraron al fin, como si despertaran de una horrible pesadilla. Facundo desplegó, en esta campaña, un espíritu de orden y una rapidez en sus marchas, que mostraban cuánto lo habían aleccionado los pasados desastres. En veinticuatro días, atravesó con su ejército, cerca de trescientas leguas de territorio; de manera que estuvo a punto de sorprender, a pie, algunos escuadrones del ejército enemigo, que, con la noticia inesperada de su próximo arribo, lo vio presentarse en la Ciudadela, antiguo campamento de los ejércitos de la patria, bajo las órdenes de Belgrano. Sería inconcebible el cómo se dejó vencer un ejército como el que mandaba Lamadrid en Tucumán, con jefes tan valientes y soldados tan aguerridos, si causas morales y preocupaciones antiestratégicas no viniesen a dar la solución de tan extraño enigma.

El general Lamadrid, jefe del ejército, tenía entre sus súbditos, al general López,[1] especie de caudillo de Tucumán, que le era desafecto personalmente, y a más de que una retirada desmoraliza las tropas, el general Lamadrid no era el más adecuado para dominar el espíritu de los jefes subalternos. El ejército se presentaba a la batalla medio *federalizado,* medio *montonerizado,* mientras que el de Facundo traía esa unidad que dan el terror y la obediencia a un caudillo que no es *causa,* sino *persona,* y que, por tanto, aleja el libre albedrío y ahoga toda individualidad. Rosas ha triunfado de sus enemigos por esta *unidad* de hierro, que hace de todos sus satélites, instrumentos pasivos, ejecutores ciegos de su suprema voluntad. La víspera de la batalla, el teniente coronel Balmaceda pide al general en jefe, que se le permita dar la primera carga. Si así se hubiese efectuado, ya que era de

regla principiar las batallas por cargas de caballería, y ya que un subalterno se toma la libertad de pedirlo, la batalla se hubiera ganado, porque el 2 de Coraceros no halló jamás, ni en el Brasil ni en la República Argentina, quien resistiese a su empuje. Accedió el general a la demanda del comandante del 2; pero un coronel halló que le quitaban el mejor cuerpo; el general López, que se comprometían al principio, las tropas de *élite* que debían formar la reserva, según todas las reglas, y el general en jefe, no teniendo suficiente autoridad para acallar estos clamores, mandó a la reserva, al escuadrón invencible y al insigne cargador que lo mandaba.

Facundo despliega su batalla a distancia tal, que lo pone al abrigo de la infantería que manda Barcala, y que debilita el efecto de ocho piezas de artillería que dirige el inteligente Arengreen.[2] ¿Había previsto Facundo lo que sus enemigos iban a hacer? Una guerrilla ha precedido, en la que la partida de Quiroga arrolla la división tucumana: Facundo llama al jefe victorioso. —"¿Por qué se ha vuelto usted?— Por que he arrollado al enemigo hasta la ceja del monte.[3] —¿Por qué no penetró en el monte acuchillando?— Porque había fuerzas superiores. —¡A ver, cuatro tiradores!..." Y el jefe es ejecutado. Oíase, de un extremo a otro de la línea de Quiroga, el tintín de las espuelas y de los fusiles de los soldados, que temblaban, no de miedo del enemigo, sino del terrible jefe que a su retaguardia andaba, recorriendo la línea y blandiendo su lanza cabo de ébano. Esperan como un alivio, un desahogo del terror que los oprime, que se les mande echarse sobre el enemigo: lo harán pedazos, romperán la línea de bayonetas, a trueque de poner algo de por medio entre ellos y la imagen de Facundo, que los persigue como un fantasma airado. Como se ve, pues, campeaba de un lado el terror, del otro, la anarquía. A la primera tentativa de carga, desbándase la caballería de Lamadrid; sigue la reserva, y cinco jefes a caballo quedan tan sólo con la artillería, que menudeaba sus detonaciones, y la infantería, que se echaba a la bayoneta, sobre el enemigo. ¿Para qué más pormenores? El detalle de una batalla lo da el que triunfa.

La consternación reina en Tucumán; la emigración se hace en masa, porque en aquella ciudad los federales son contados. ¡Era ésta la tercera visita de Facundo![4] Al día siguiente, debe repartirse una contribución. Quiroga sabe que en un templo, hay escondidos efectos preciosos; preséntase al sacristán, a quien interroga sobre el caso. Es una especie de imbécil, que contesta sonriéndose. —"¿Te ríes? ¡A ver!... ¡Cuatro tiradores!...", que lo dejan en el sitio, y las listas de la contribución se llenan en una hora. Las arcas del general se rehínchan de oro. Si alguno no ha comprendido bien, no le quedará duda cuando vea pasar presos, para ser azotados, al guardián de San Francisco y al presbítero Colombres.[5] Facundo se presenta en seguida al depósito de prisioneros, separa los oficiales y se retira a descansar de tanta fatiga, dejando orden de que se les fusile a todos.

Es Tucumán[6] un país tropical, en donde la naturaleza ha hecho ostentación de sus más pomposas galas; es el Edén de América, sin rival en toda

la redondez de la tierra. Imaginaos los Andes cubiertos de un manto verdinegro de vegetación colosal, dejando escapar por debajo de la orla de este vestido, doce ríos que corren a distancias iguales en dirección paralela, hasta que empiezan a inclinarse todos hacia un rumbo, y forman, reunidos, un canal navegable que se aventura en el corazón de la América. El país comprendido entre los afluentes y el canal tiene, a lo más, cincuenta leguas. Los bosques que encubren la superficie del país son primitivos, pero en ellos las pompas de la India están revestidas de las gracias de la Grecia.

El nogal entreteje su anchuroso ramaje con el caoba y el ébano; el cedro deja crecer a su lado, el clásico laurel, que a su vez resguarda bajo su follaje, el mirto consagrado a Venus, dejando todavía espacio para que alcen sus varas, el nardo balsámico y la azucena de los campos.

El odorífero cedro se ha apoderado por ahí, de una cenefa de terreno que interrumpe el bosque, y el rosal cierra el paso en otras, con sus tupidos y espinosos mimbres.

Los troncos añosos sirven de terreno a diversas especies de musgos florecientes, y las lianas y moreras festonan, enredan y confunden todas estas diversas generaciones de plantas.

Sobre toda esta vegetación, que agotaría la paleta fantástica en combinaciones y riqueza de colorido, revolotean enjambres de mariposas doradas, de esmaltados picaflores, millones de loros color de esmeralda, urracas azules y tucanes naranjados. El estrépito de estas aves vocingleras os aturde todo el día, cual si fuera el ruido de una canora catarata. El mayor Andrews,[7] un viajero inglés que ha dedicado muchas páginas a la descripción de tantas maravillas, cuenta que salía por las mañanas a extasiarse en la contemplación de aquella soberbia y brillante vegetación; que penetraba en los bosques aromáticos, y delirando, arrebatado por la enajenación que lo dominaba, se internaba en donde veía que había obscuridad, espesura, hasta que al fin, regresaba a su casa, donde le hacían notar que se había desgarrado los vestidos, rasguñado y herido la cara, de la que venía a veces, destilando sangre, sin que él lo hubiese sentido. La ciudad está cercada por un bosque de muchas leguas, formado exclusivamente de naranjos dulces, acopados a determinada altura, de manera de formar una bóveda sin límites, sostenida por un millón de columnas lisas y torneadas. Los rayos de aquel sol tórrido no han podido mirar nunca las escenas que tienen lugar, sobre la alfombra de verdura que cubre la tierra bajo aquel toldo inmenso. ¡Y qué escenas! Los domingos van las beldades tucumanas a pasar el día en aquellas galerías sin límites; cada familia escoge un lugar aparente: apártanse las naranjas que embarazan el paso, si es el otoño, o bien, sobre la gruesa alfombra de azahares que tapiza el suelo, se balancean las parejas del baile, y con los perfumes de sus flores, se dilatan, debilitándose a lo lejos, los sonidos melodiosos de los tristes cantares que acompaña la guitarra. ¿Creéis, por ventura, que esta descripción es plagiada de *Las mil y una noches* u otros cuentos de hadas a la oriental? Daos prisa, más bien, a imaginaros lo que no

digo de la voluptuosidad y belleza de las mujeres que nacen bajo un cielo de fuego, y que, desfallecidas, van, a la siesta, a reclinarse muellemente bajo la sombra de los mirtos y laureles, a dormirse embriagadas por las esencias que ahogan al que no está habituado a aquella atmósfera.

Facundo había ganado una de esas enramadas sombrías, acaso para meditar sobre lo que debía hacer con la pobre ciudad que había caído, como una ardilla, bajo la garra del león. La pobre ciudad, en tanto, estaba preocupada con la realización de un proyecto, lleno de inocente coquetería. Una diputación de niñas rebosando juventud, candor y beldad, se dirige hacia el lugar donde Facundo yace reclinado sobre su poncho. La más resuelta o entusiasta camina adelante; vacila, se detiene, empújanla las que le siguen, páranse todas, sobrecogidas de miedo, vuelven las púdicas caras, se alientan unas a otras, y, deteniéndose, avanzando tímidamente y empujándose entre sí, llegan, al fin, a su presencia. Facundo las recibe con bondad, las hace sentar en torno suyo, las deja recobrarse e inquiere, al fin, el objeto de aquella agradable visita. Vienen a implorar por la vida de los oficiales del ejército que van a ser fusilados. Los sollozos se escapan de entre la escogida y tímida comitiva; la sonrisa de la esperanza brilla en algunos semblantes, y todas las seducciones delicadas de la mujer son puestas en requisición, para lograr el piadoso fin que se han propuesto. Facundo está vivamente interesado, y por entre la espesura de su barba negra, alcanza a discernirse, en las facciones, la complacencia y el contento. Pero necesita interrogarlas una a una, conocer sus familias, la casa donde viven, mil pormenores que parecen entretenerlo y agradarle, y que ocupan una hora de tiempo, mantienen la expectación y la esperanza. Al fin, les dice con la mayor bondad: "¿No oyen ustedes esas descargas?"

¡Ya no hay tiempo! ¡Los han fusilado! Un grito de horror sale de entre aquel coro de ángeles, que se escapa como una bandada de palomas perseguidas por el halcón. ¡Los habían fusilado, en efecto! ¡Pero cómo! Treinta y tres oficiales, de coroneles abajo, formados en la plaza, desnudos enteramente, reciben, parados, la descarga mortal. Dos hermanitos, hijos de una distinguida familia de Buenos Aires, se abrazan para morir, y el cadáver del uno resguarda de las balas, al otro. "Yo estoy libre —grita—; me he salvado por la ley". ¡Pobre iluso! ¡Cuánto hubiera dado por la vida! ¡Al confesarse había sacado una sortija de la boca, donde, para que no se la quitaran, habíala escondido, encargando al sacerdote devolverla a su linda prometida, que al recibirla, dio, en cambio, la razón, que no ha recobrado hasta hoy, la pobre loca!

Los soldados de caballería enlazan, cada uno, su cadáver y los llevan arrastrando al cementerio, si bien algunos pedazos de cráneos, un brazo y otros miembros quedan en la plaza de Tucumán y sirven de pasto a los perros. ¡Ah! ¡Cuántas glorias arrastradas así por el lodo! ¡Don Juan Manuel Rosas hacía matar del mismo modo y casi al mismo tiempo, en San Nicolás de los Arroyos, veintiocho oficiales, fuera de ciento y más que habían perecido obscura-

mente! ¡Chacabuco, Maipú, Junín, Ayacucho, Ituzaingó! ¡Por qué han sido tus laureles una maldición para todos los que los llevaron!

Si al horror de estas escenas puede añadirse algo, es la suerte que cupo al respetable coronel Arraya, padre de ocho hijos: prisionero, con tres lanzadas en la espalda, se le hizo entrar en Tucumán, a pie, desnudo, desangrándose y cargado con ocho fusiles. Extenuado de fatiga, fue preciso concederle una cama, en una casa particular. A la hora de la ejecución en la plaza, algunos tiradores penetran hasta su habitación, y en la cama, lo traspasan a balazos, haciéndole morir, en medio de las llamaradas de las incendiadas sábanas.

El coronel Barcala, el ilustre negro, fue el único jefe exceptuado de esta carnicería, porque Barcala era el amo de Córdoba y de Mendoza, en donde los *cívicos* lo idolatraban. Era un instrumento que podía conservarse para lo futuro. ¿Quién sabe lo que más tarde podrá suceder?

Al día siguiente, principia en toda la ciudad una operación que se llama *secuestro*. Consiste en poner centinelas en las puertas de todas las tiendas y almacenes, en las barracas de cueros, en las curtiembres de suelas, en los depósitos de tabaco. En todas, porque en Tucumán no hay federales, esta planta, que no ha podido crecer sino después de tres buenos riegos de sangre que ha dado al suelo Quiroga, y otro mayor que los tres juntos, que le otorgó Oribe. Ahora dicen que hay federales que llevan una cinta que lo acredita, en la que está escrito: ¡Mueran los salvajes, inmundos unitarios!

¡Cómo dudarlo un momento! Todas aquellas propiedades mobiliarias y los ganados de las campañas pertenecen, de derecho, a Facundo. Doscientas cincuenta carretas con la dotación de diez y seis bueyes cada una, se ponen en marcha para Buenos Aires, llevando los productos del país. Los efectos europeos se ponen en un depósito que surte a un baratillo, en el que los comandantes desempeñan el oficio de baratilleros. Se vende todo y a vil precio. Hay más todavía: Facundo en persona vende camisas, enaguas de mujeres, vestidos de niños; los despliega, los enseña y agita ante la muchedumbre: un medio, un real, todo es bueno; la mercadería se despacha, el negocio está brillante, faltan brazos, la multitud se agolpa, se ahoga en la apretura. Sólo sí empieza a notarse que, pasados algunos días, los compradores escasean, y en vano se les ofrecen pañuelos de espumilla, bordados, por cuatro reales; nadie compra. ¿Qué ha sucedido? ¿Remordimientos de la plebe? Nada de eso. Se ha agotado el dinero circulante: las contribuciones por una parte, el secuestro por la otra, la venta barata, han reunido el último medio que circulaba en la provincia. Si alguno queda en poder de los adictos u oficiales, la mesa de juego está ahí, para dejar, al fin y a la postre, vacías todas las bolsas. En la puerta de calle de la casa del general, están secándose al sol, hileras de zurrones de plata, forrados en cuero. Ahí permanecen durante la noche, sin custodia, y sin que los transeúntes se atrevan siquiera a mirar.

¡Y no se crea que la ciudad ha sido abandonada al pillaje, o que el sol-

dado haya participado de aquel botín inmenso! No; Quiroga repetía después, en Buenos Aires, en los círculos de sus *compañeros*: "Yo jamás he consentido que el soldado robe, porque me ha parecido inmoral". Un chacarero se queja a Facundo, en los primeros días, de que sus soldados le han tomado algunas frutas. Hácelos formar, y los culpables son reconocidos. Seiscientos azotes es la pena que cada uno sufre. El vecino, espantado, pide por las víctimas, y le amenazan con llevar la misma porción. Porque así es el gaucho argentino: mata porque le mandan sus caudillos matar, y no roba, porque no se lo mandan. Si queréis averiguar cómo no se sublevan estos hombres y no se desencadenan contra el que no les da nada en cambio de su sangre y de su valor, preguntadle a don Juan Manuel Rosas, todos los prodigios que pueden hacerse con el terror. ¡El sabe mucho de eso! ¡No sólo al miserable gaucho, sino al ínclito general, al ciudadano fastuoso y envanecido, se le hacen obrar milagros! ¿No os decía que el terror produce resultados mayores que el patriotismo? El coronel del ejército de Chile don Manuel Gregorio Quiroga,[8] ex gobernador federal de San Juan y jefe de Estado Mayor del ejército de Quiroga, convencido de que aquel botín de medio millón es sólo para el general, que acaba de dar de bofetadas a un comandante que ha guardado para sí algunos reales de la venta de un pañuelo, concibe el proyecto de sustraer algunas alhajas de valor, de las que están amontonadas en el depósito general, y resarcirse con ellas de sus sueldos. Descúbresele el robo, y el general le manda amarrar contra un poste y exponerlo a la vergüenza pública; y cuando el ejército regresa a San Juan, el coronel del ejército de Chile, ex gobernador de San Juan, el jefe del Estado Mayor, marcha a pie por caminos apenas practicables, acollarado con un *novillo*: ¡el compañero del novillo sucumbió en Catamarca, sin que se sepa si el novillo llegó a San Juan! En fin: sabe Facundo que un joven Rodríguez, de lo más esclarecido de Tucumán, ha recibido carta de los prófugos; lo hace aprehender, lo lleva él mismo a la plaza, lo cuelga y le hace dar seiscientos azotes. Pero los soldados no saben dar azotes, como los que aquel crimen exige, y Quiroga toma las gruesas riendas que sirven para la ejecución, batiéndolas en el aire con su brazo hercúleo, y descarga cincuenta azotes para que sirvan de modelo. Concluido el acto, él en persona remueve la tina de salmuera, le refriega las nalgas, le arranca los pedazos flotantes y le mete el puño en las concavidades que aquéllos han dejado. Facundo vuelve a su casa, lee las cartas interceptadas y encuentra en ellas encargos de los maridos a sus mujeres, libranzas de los comerciantes, recomendaciones de que no tengan cuidado por ellos, etc. Una palabra no hay que pueda interesar a la política: entonces pregunta por el joven Rodríguez y le dicen que está expirando. En seguida se pone a jugar y gana miles. D. Francisco Reto y D. N. Lugones han murmurado, entre sí, algo sobre los horrores que presencian. Cada uno recibe trescientos azotes y la orden de retirarse a sus casas, cruzando la ciudad desnudos *completamente,* las manos puestas en la cabeza y las asentaderas chorreando sangre; soldados armados van a la dis-

tancia, para hacer que la orden se ejecute puntualmente. ¿Y queréis saber lo que es la naturaleza humana, cuando la infamia está entronizada y no hay a quién apelar en la tierra, contra los verdugos? D. N. Lugones, que es de carácter travieso, se da vuelta hacia su compañero de suplicio, y le dice con la mayor compostura: "Páseme, compañero, la tabaquera; ¡pitemos un cigarro!" En fin: la disentería se declara en Tucumán, y los médicos aseguran que no hay remedio, que viene de afecciones morales, del terror, enfermedad contra la cual no se ha hallado remedio en la República Argentina, hasta el día de hoy. Facundo se presenta un día en una casa y pregunta por la señora, a un grupo de chiquillos que juegan a las nueces; el más atisbado contesta que no está. "Dile que yo he estado aquí. —¿Y quién es usted?— Soy Facundo Quiroga. . ." El niño cae redondo, y sólo el año pasado, ha empezado a dar indicios de recobrar un poco la razón; los otros echan a correr llorando a gritos; uno se sube a un árbol, otro salta unas tapias y se da un terrible golpe. . . ¿Qué quería Facundo con esta señora?. . . ¡Era una hermosa viuda que había atraído sus miradas y venía a solicitarla! Porque en Tucumán, el cupido o el sátiro no estaba ocioso. Agrádale una jovencita, le habla y le propone llevarla a San Juan. Imaginaos lo que la pobre niña podría contestar a esta deshonrosa proposición hecha por un tigre. Se ruboriza, y balbuciendo, contesta que ella no puede resolver. . . Que su padre. . . Facundo se dirige al padre, y el angustiado padre, disimulando su horror, objeta que quién le responde de su hija; que la abandonarán. Facundo satisface todas las objeciones, y el infeliz padre, no sabiendo lo que dice y creyendo cortar aquel mercado abominable, propone que se le haga un documento. . . Facundo toma la pluma y extiende la seguridad requerida; pasando papel y pluma al padre para que firme el convenio. El padre es padre al fin, y la naturaleza habla diciendo: "¡No firmo; mátame!" "¡Eh, viejo cochino!", le contesta Quiroga, y toma la puerta, ahogándose de rabia.

Quiroga, el campeón de la *causa que han jurado los pueblos,* como se estila decir por allá,[9] era bárbaro, avaro y lúbrico, y se entregaba a sus pasiones sin embozo: su sucesor no saquea los pueblos, es verdad; no ultraja el pudor de las mujeres; no tiene más que una pasión, una necesidad: la sed de *sangre humana* y la del despotismo. En cambio, sabe usar de las palabras y de las formas que satisfacen a las exigencias de los indiferentes. Los *salvajes,* los *sanguinarios,* los *pérfidos, inmundos* unitarios, el *sanguinario* duque de Abrantes,[10] el *pérfido* Ministerio del Brasil, ¡la *federación!,* ¡el *sentimiento americano!,* ¡el oro *inmundo* de Francia, las *pretensiones inicuas* de la Inglaterra, la *conquista europea!* Palabras así, bastan para encubrir la más espantosa y larga serie de crímenes que ha visto el siglo XIX. ¡Rosas!, ¡Rosas!, ¡Rosas!, ¡me prosterno y humillo ante tu poderosa inteligencia! ¡Sois grande como el Plata, como los Andes! ¡Sólo tú has comprendido cuán despreciable es la especie humana, sus libertades, su ciencia y su orgullo! ¡Pisoteadla!; ¡que todos los gobiernos del mundo civilizado te acatarán, a medida que seas más insolente! ¡Pisoteadla!; ¡que no te faltarán perros fie-

les que, recogiendo el mendrugo que les tiras, vayan a derramar su sangre en los campos de batalla o a ostentar en el pecho vuestra marca colorada, por todas las capitales americanas! ¡Pisoteadla!, ¡oh!, ¡sí: pisoteadla!...

En Tucumán, Salta y Jujuy[11] quedaba, por la invasión de Quiroga, interrumpido o debilitado un gran movimiento industrial y progresivo, en nada inferior al que de Mendoza indicamos. El doctor Colombres, a quien Facundo cargaba de prisiones, había introducido y fomentado el cultivo de la caña de azúcar, a que tanto se presta el clima, no dándose por satisfecho de su obra, hasta que diez grandes ingenios estuvieron en movimiento. Costear plantas de La Habana, mandar agentes a los ingenios del Brasil, para estudiar los procedimientos y aparejos; destilar la melaza, todo se había realizado con ardor y suceso, cuando Facundo echó sus caballadas en los cañaverales y desmontó gran parte de los nacientes ingenios. Una sociedad de agricultura publicaba ya, sus trabajos y se preparaba a ensayar el cultivo del añil y de la cochinilla. A Salta se habían traído, de Europa y Norteamérica, talleres y artífices para tejidos de lana, paños abatanados, jergones para alfombras y tafiletes, de todo lo que ya se había alcanzado resultados satisfactorios. Pero lo que más preocupaba a aquellos pueblos, porque es lo que más vitalmente les interesa, era la navegación del Bermejo,[12] grande arteria comercial, que, pasando por las inmediaciones o términos de aquellas provincias, afluye al Paraná, y abre una salida a las inmensas riquezas que aquel cielo tropical derrama por todas partes. El porvenir de aquellas hermosas provincias depende de la habilitación, para el comercio, de las vías acuáticas; de ciudades mediterráneas —pobres y poco populosas— podrían convertirse, en diez años, en otros tantos focos de civilización y de riqueza, si pudiesen, favorecidas por un Gobierno hábil, consagrarse a allanar los ligeros obstáculos que se oponen a su desenvolvimiento. No son éstos, sueños quiméricos de un porvenir probable, pero lejano, no.

En Norteamérica, las márgenes del Mississipí y de sus afluentes se han cubierto, en menos de diez años, no sólo de populosas y grandes ciudades, sino de Estados nuevos, que han entrado a formar parte de la Unión; y el Mississipí no es más aventajado que el Paraná; ni el Ohío, el Illinois o el Arkansas recorren territorios más feraces ni comarcas más extensas que las del Pilcomayo, el Bermejo, el Paraguay y tantos grandes ríos que la Providencia ha colocado entre nosotros, para marcarnos el camino que han de seguir más tarde, las nuevas poblaciones que formarán la Unión Argentina. Rivadavia había puesto, en la carpeta de su bufete, como asunto vital, la navegación interna de los ríos: en Salta y Buenos Aires, se había formado una grande asociación que contaba con medio millón de pesos, y el ilustre Soria[13] realizado su viaje y publicado la carta del río. ¡Cuánto tiempo perdido desde 1825 hasta 1845! ¡Cuánto tiempo más aún, hasta que Dios sea servido ahogar el monstruo de la Pampa! Porque Rosas, oponiéndose tan tenazmente a la libre navegación de los ríos; protestando temores de intrusión europea; hostilizando a las ciudades del interior y abandonándolas a sus

propias fuerzas, no obedece, simplemente, a las preocupaciones godas contra los extranjeros, no cede, solamente, a las sugestiones de porteño ignorante que posee el puerto y la aduana general de la República, sin cuidarse de desenvolver la civilización y la riqueza de toda esta nación, para que su puerto esté lleno de buques cargados de productos del interior y su aduana, de mercaderías, sino que, principalmente, sigue sus instintos de gaucho de la pampa, que mira con horror el agua, con desprecio, los buques y que no conoce más dicha ni felicidad igual a la de montar en buen parejero, para transportarse de un lugar a otro. ¿Qué le importa la morera, el azúcar, el añil, la navegación de los ríos, la inmigración europea y todo lo que sale del estrecho círculo de ideas en que se ha criado? ¿Qué le va en fomentar el interior, a él, que vive en medio de las riquezas y posee una aduana, que, sin nada de eso, le da dos millones de fuertes anuales? Salta, Jujuy, Tucumán, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos serían hoy, otras tantas Buenos Aires, si se hubiese continuado el movimiento industrial y civilizador, tan poderosamente iniciado por los antiguos unitarios, y del que, sin embargo, han quedado tan fecundas semillas. Tucumán tiene, hoy, una grande explotación de azúcares y licores, que sería su riqueza, si pudiese sacarlos a poco costo de flete, a las costas, a permutarlos por las mercaderías en esa ingrata y torpe Buenos Aires, desde donde le viene hoy, el movimiento barbarizador, impreso por el gaucho de la marca colorada. Pero no hay males que sean eternos, y un día abrirán los ojos esos pobres pueblos, a quienes se les niega toda libertad de moverse y se les priva de todos los hombres capaces e inteligentes, que podrían llevar a cabo la obra de realizar, en pocos años, el porvenir grandioso a que están llamados por la naturaleza, aquellos países, que hoy permanecen estacionarios, empobrecidos y devastados. ¿Por qué son perseguidos en todas partes, o más bien, por qué eran unitarios *salvajes* y no *federales* sabios, toda esa multitud de hombres animosos y emprendedores que consagraban su tiempo a diversas mejoras sociales: éste a fomentar la educación pública, aquél a introducir el cultivo de la morera, este otro, al de la caña de azúcar, ese otro a seguir el curso de los grandes ríos, sin otro interés personal, sin otra recompensa, que la gloria de merecer bien de sus conciudadanos? ¿Por qué ha cesado este movimiento y esta solicitud? ¿Por qué no vemos levantarse de nuevo, el genio de civilización europea, que brillaba antes, aunque en bosquejo, en la República Argentina? ¿Por qué su Gobierno, *unitario* hoy, como no lo intentó jamás el mismo Rivadavia, no ha dedicado una sola mirada a examinar los inextinguibles y no tocados recursos de un suelo privilegiado? ¿Por qué no se ha consagrado una vigésima parte de los millones que devora una guerra fratricida y de exterminio, a fomentar la educación del pueblo y promover su ventura? ¿Qué se le ha dado, en cambio de sus sacrificios y de sus sufrimientos? ¡Un trapo colorado! A esto ha estado reducida la solicitud del Gobierno durante quince años; ésta es la única medida de administración nacional, el único punto de contacto entre el amo y el siervo: ¡marcar el ganado!

NOTAS

[1]*Javier López* fue gobernador de Tucumán. Después de Oncativo, logró destituir a Ibarra, gobernador de Santiago del Estero (1830). Junto con Lamadrid, fue derrotado en La Ciudadela por Quiroga.

[2]*Juan Arenareen,* militar alemán o sueco. En la Argentina integra las fuerzas del general Paz y luego de Lamadrid. Muere en la batalla de La Ciudadela en 1831.

[3]"Bosque en forma de lista o borde de un bosque que en la planicie, a la distancia, aparece como una banda, semejante a una gran ceja. El nombre ha sido dado por semejanza, y es antiguo en América; se dice también en Cuba, Méjico, Bolivia y el Perú; *monte* está usado en el sentido de 'bosque' o de 'selva'" (Berta E. V. de Battini, *ob. cit.*, pág. 440).

[4]Quiroga entra en Tucumán en 1826, luego de deponer al gobernador de Catamarca y de vencer a Lamadrid en El Tala. Nuevamente se apodera de la ciudad, recuperada por Lamadrid, luego de derrotar a éste en El Rincón el 6 de julio de 1827. Por tercera vez ocupa Tucumán, luego de vencer a Lamadrid en La Ciudadela, el 4 de noviembre de 1831.

[5]El presbítero José Eusebio Colombres (1778-1859) es recordado especialmente por el impulso que dio a la explotación de la caña de azúcar y al uso de trapiches, en su provincia natal de Tucumán. Tuvo actuación política importante en su provincia. Fue Ministro de Gobierno de Bernabé Aráoz y estuvo al lado de los unitarios en la Coalición del Norte. La derrota de esta liga lo obligó a emigrar a Bolivia, regresando al país luego de Caseros.

[6]La provincia de Tucumán integra el Noroeste argentino, en la Colonia de gran vitalidad económica por su vinculación con el mercado potosino. Goza de un clima tropical serrano que posibilita su vegetación, cuyo principal exponente es la majestuosa selva tucumano-boliviana. En la época de publicación del *Facundo* presentaba una economía diversificada que incluía cultivos tropicales —arroz, tabaco, azúcar—, cereales —trigo—, pasturas —alfanfa—, así como maíz, naranjas, hortalizas y legumbres. La selva le proporcionaba la materia prima para la fabricación de carretas —una de sus industrias más importantes— y de finos muebles. Los dos bloqueos sufridos por Buenos Aires le permitieron vender importantes cargamentos de azúcar y aguardiente al litoral. El Censo provincial de 1845 da sobre un total de 57.876 habitantes, 16.822 para el departamento Capital.

[7]El capitán Joseph Andrews, fuerte accionista de la Asociación Minera Chilena y Peruana, recorrió el territorio argentino en 1825, camino a Potosí y Arica. A su regreso

a Inglaterra publicó *Journey from Buenos Ayres through the Provinces of Córdoba, Tucumán and Salta* (1827), cuya traducción integral fue hecha en la colección La Cultura Argentina en 1919, con el título *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica.*

[8]*Manuel Gregorio Quiroga* fue electo gobernador de San Juan el 17/I/1827, ante la huida de Pedro del Carril a causa del avance de Facundo.

[9]En Buenos Aires. Sarmiento escribe el *Facundo* en Chile.

[10]Fracasadas las negociaciones entre la Confederación y el Brasil para llegar a un acuerdo defensivo y ofensivo contra el partido riverista uruguayo y los revolucionarios del Río Grande, el Imperio cambia su alianza política. Se une a Paraguay y a Corrientes luego de romper relaciones con la Argentina en 1843. Al año siguiente envía a Europa al vizconde de Abrantes con el objeto de conseguir la intervención armada de Inglaterra y Francia en el Río de la Plata. Aunque inicialmente promovió la intervención, las potencias europeas marginaron a Brasil, que tendrá entonces una política neutral.

[11]Ambas provincias del noroeste argentino crecen y prosperan en la época colonial al amparo de la ruta al Alto Perú, especialmente con el tráfico de mulas para la minería potosina (30.000 cabezas anuales entre 1800 y 1808). Dueños de forrajes y potreros, se enriquecían con el tráfico, que movilizaba la colocación de otros productos del área. Al cierre del mercado con el Alto Perú (1815 a 1825) se sumó la requisa de animales y la leva de hombres para la guerra, así como la devastación provocada por los continuos avances y retrocesos de la disputada frontera norte. El cultivo básico de la región era el maíz para la alimentación, al que se unía el trigo y la viticultura en las haciendas; también se cultivaba la caña de azúcar, sin alcanzar la trascendencia que tendrá al finalizar el siglo. Los tejidos del área, que utilizan la abundante mano de obra indígena, alcanzan un amplio mercado. De la Fuente calcula para Jujuy una población de 22.262 habitantes en 1839 y de 27.146 en 1849 (Woodbine Parish: 20.000). Las cifras estimadas para Salta son de 48.970 y 59.750, respectivamente, en tanto que Woodbine Parish anota 60.000.

[12]Datan de comienzos del siglo XIX los proyectos de convertir en vías de circulación a los tributarios del Paraná que atraviesan el Chaco. La navegación del Bermejo permitiría el desarrollo de la vasta región del Chaco, en los actuales territorios de Paraguay, Argentina y Bolivia. Entre estos intentos se destaca el emprendido por la Sociedad del Río Bermejo en 1824, al cual hace referencia Sarmiento. La exploración fue realizada por Nicolás Descalzi, quien publicó mapas y material informativo. El desconocimiento del área alentó proyectos como éste, renovados a la caída de Rosas, que se desvanecieron cuando nuevas exploraciones revelaron las reales posibilidades tanto del Bermejo como del Pilcomayo y Salado del Norte.

[13]Se refiere a la asociación a que se alude en la nota anterior. Pablo Soria había remontado el Bermejo "desde sus fuentes hasta Nembucú", siendo prisionero en el Paraguay durante cinco años. El *British Packet* del 7/I/1832 (N° 281) publica el aviso de la venta del mapa confeccionado por Soria y del relato de su viaje.

CAPITULO XIII

¡¡¡BARRANCA - YACO!!!

> *El fuego que por tanto tiempo abrasó la Albania, se apagó ya. Se ha limpiado toda la sangre roja, y las lágrimas de nuestros hijos han sido enjugadas. Ahora nos atamos con el lazo de la federación y de la amistad.*
>
> COLDEN'S, Historia de seis naciones

EL VENCEDOR de la Ciudadela ha empujado fuera de los confines de la República, a los últimos sostenedores del sistema unitario. Las mechas de los cañones están apagadas y las pisadas de los caballos han dejado de turbar el silencio de la Pampa. Facundo ha vuelto a San Juan y desbandado su ejército, no sin devolver en efectos de Tucumán, las sumas arrancadas por la violencia a los ciudadanos. ¿Qué queda por hacer? La paz es ahora la condición normal de la República, como lo había sido antes un estado perpetuo de oscilación y de guerra.

Las conquistas de Quiroga habían terminado por destruir todo sentimiento de independencia en las provincias, toda regularidad en la administración. El nombre de Facundo llenaba el vacío de las leyes; la libertad y el espíritu de ciudad habían dejado de existir, y los caudillos de provincias reasumídose en uno general, para una porción de la República. Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza y San Luis reposaban, más bien que se movían, bajo la influencia de Quiroga. Lo diré todo de una vez: el federalismo había desaparecido con los unitarios, y la fusión unitaria más completa acababa de obrarse en el interior de la República, en la persona del vencedor. Así, pues, la organización unitaria que Rivadavia había querido dar a la República, y que había ocasionado la lucha, venía realizándose desde el interior; a no ser que, para poner en duda este hecho, concibamos que puede existir federación de ciudades que han perdido toda espontaneidad y están a merced de un caudillo. Pero, no obstante la decepción de las palabras usuales, los hechos son tan claros, que ninguna duda dejan. Facundo habla en Tucumán, con desprecio, de la soñada federación; propone a sus amigos que se fijen para Presidente de la República, en un provinciano; indica para candidato al Dr. D. José Santos Ortiz,[1] ex gobernador de San Luis, su amigo y secretario. "No es gaucho bruto como yo; es doctor y hom-

bre de bien —dice—. Sobre todo, el hombre que sabe hacer justicia a sus enemigos, merece toda confianza".

Como se ve, en Facundo, después de haber derrotado a los unitarios y dispersado a los doctores, reaparece su primera idea antes de haber entrado en la lucha, su decisión por la Presidencia y su convencimiento de la necesidad de poner orden, en los negocios de la República. Sin embargo, algunas dudas lo asaltan. "Ahora, general —le dice alguno—, la nación se constituirá bajo el sistema federal. No queda ni la sombra de los unitarios". —"¡Hum! —contesta meneando la cabeza—, todavía hay *trapitos que machucar*.* —Y con aire significativo añade: —"Los amigos de abajo** no quieren Constitución". Estas palabras las vertía, ya, desde Tucumán. Cuando le llegaron comunicaciones de Buenos Aires y gacetas en que se registraban los ascensos concedidos a los oficiales generales que habían hecho la estéril campaña de Córdoba, Quiroga decía al general Huidobro: "Vea usted si han sido para mandarme dos títulos en blanco, para premiar a mis oficiales, después que nosotros lo hemos hecho todo. ¡Porteños habían de ser!" Sabe que López tiene en su poder su caballo moro sin mandárselo, y Quiroga se enfurece con la noticia. "¡Gaucho, ladrón de vacas! —exclama— ¡caro te va a costar el placer de montar en bueno!" Y como las amenazas y los denuestos continuasen, Huidobro y otros jefes se alarmaban de la indiscreción con que se vierte de una manera tan pública.

¿Cuál es el pensamiento secreto de Quiroga? ¿Qué ideas lo preocupan desde entonces? El no es gobernador de ninguna provincia; no conserva ejército sobre las armas; tan sólo le quedaba un nombre reconocido y temido en ocho provincias y un armamento. A su paso por La Rioja, ha dejado escondidos en los bosques, todos los fusiles, sables, lanzas y tercerolas que ha recolectado en los ocho pueblos que ha recorrido; pasan de doce mil armas. Un parque de veinte y seis piezas de artillería queda en la ciudad, con depósitos abundantes de municiones y fornituras; diez y seis mil caballos escogidos van a pacer en la quebrada de Huaco, que es un inmenso valle cerrado por una estrecha garganta. La Rioja es, además de la cuna de su poder, el punto central de las provincias que están bajo su influencia. A la menor señal, el arsenal aquel proveerá de elementos de guerra a doce mil hombres. Y no se crea que lo de esconder los fusiles en los bosques es una ficción poética. Hasta el año 1841, se han estado desenterrando depósitos de fusiles, y créese todavía, aunque sin fundamento, que no se han exhumado todas las armas escondidas bajo de tierra, entonces. El año 1830, el general Lamadrid se apoderó de un tesoro de treinta mil pesos pertenecientes a Quiroga, y muy luego, fue denunciado otro de quince.

* Frase vulgar tomada del modo de lavar de la plebe golpeando la ropa; quiere decir que todavía faltan muchas dificultades que vencer.— *Nota de la 1ª edición.*

** Pueblos de abajo, Buenos Aires, etc., de arriba, Tucumán, etc.— *Nota de la 1ª edición.*

Quiroga le escribía, después, haciéndole cargo de noventa y tres mil pesos, que, según su dicho, contenían aquellos dos entierros, que, sin duda, entre otros, había dejado en La Rioja, desde antes de la batalla de Oncativo, al mismo tiempo que daba muerte y tormento a tantos ciudadanos, a fin de arrancarles dinero para la guerra. En cuanto a las verdaderas cantidades escondidas, el general Lamadrid ha sospechado después, que la aserción de Quiroga fuese exacta, por cuanto habiendo caído prisionero el descubridor, ofreció diez mil pesos por su libertad, y no habiéndola obtenido, se quitó la vida, degollándose. Estos acontecimientos son demasiado ilustrativos para que me excuse de referirlos.

El interior tenía, pues, un jefe; y el derrotado de Oncativo, a quien no se habían confiado otras tropas en Buenos Aires, que unos centenares de presidiarios, podía ahora mirarse como el segundo, si no el primero, en poder. Para hacer más sensible la escisión de la República en dos fracciones, las provincias litorales del Plata habían celebrado un convenio o federación,[2] por la cual se garantían mutuamente su independencia y libertad; verdad es, que el federalismo feudal existía allí fuertemente constituido en López, de Santa Fe, Ferré,[3] Rosas, jefes natos de los pueblos que dominaban; porque Rosas empezaba ya a influir como árbitro en los negocios públicos. Con el vencimiento de Lavalle había sido llamado al Gobierno de Buenos Aires, desempeñándolo hasta 1832, con la regularidad que podría haberlo hecho otro cualquiera. No debo omitir un hecho, sin embargo, que es un antecedente necesario. Rosas solicitó desde los principios, ser investido de *facultades extraordinarias*,[4] y no es posible detallar las resistencias que sus partidarios de la *ciudad* le oponían. Obtúvolas, empero, a fuerza de ruegos y de seducciones, para mientras tanto durase la guerra de Córdoba; concluida la cual, empezaron de nuevo las exigencias de hacerle desnudarse de aquel poder ilimitado. La ciudad de Buenos Aires no concebía, por entonces, cualesquiera que fuesen las ideas de partido que dividiesen a sus políticos, cómo podía existir un gobierno absoluto. Rosas, empero, resistía blandamente, mañosamente. "No es para hacer uso de ellas —decía—, sino porque, como dice mi secretario García Zúñiga, es preciso, como el maestro de escuela, estar con el *chicote*[5] en la mano para que respeten la autoridad". La comparación ésta le había parecido irreprochable y la repetía sin cesar. Los ciudadanos, niños; el gobernador, el hombre, el maestro. El ex gobernador no descendía, empero, a confundirse con los ciudadanos; la obra de tantos años de paciencia y de acción estaba a punto de terminarse; el período legal en que había ejercido el mando le había enseñado todos los secretos de la ciudadela; conocía sus avenidas, sus puntos mal fortificados; y si salía del Gobierno, era sólo para poder tomarlo desde afuera por asalto, sin restricciones constitucionales, sin trabas ni responsabilidad. Dejaba el bastón, pero se armaba de la espada, para venir con ella más tarde, y dejar uno y otro, por el hacha y las varas, antigua insignia de los reyes romanos. Una poderosa expedición[6] de que él se había nombrado jefe, se había organizado du-

rante el último período de su gobierno, para asegurar y ensanchar los límites de la provincia hacia el sur, teatro de las frecuentes incursiones de los salvajes. Debía hacerse una batida general bajo un plan grandioso; un ejército compuesto de tres divisiones obraría sobre un frente de cuatrocientas leguas, desde Buenos Aires hasta Mendoza. Quiroga debía mandar las fuerzas del interior, mientras que Rosas seguiría la costa del Atlántico con su división. Lo colosal y lo útil de la empresa ocultaba, a los ojos del vulgo, el pensamiento puramente político que bajo el velo tan especioso se disimulaba. Efectivamente: ¿qué cosa más bella que asegurar la frontera de la República hacia el sur, escogiendo un gran río[7] por límite con los indios, y resguardándola con una cadena de fuertes, propósito en manera alguna impracticable, y que en el Viaje de Cruz desde Concepción a Buenos Aires había sido luminosamente desenvuelto? Pero Rosas estaba muy distante de ocuparse de empresas que sólo al bienestar de la República propendiesen. Su ejército hizo un paseo marcial hasta el Río Colorado, marchando con lentitud y haciendo observaciones sobre el terreno, clima y demás circunstancias del país que recorrería. Algunos toldos de indios fueron desbaratados, alguna chusma hecha prisionera; a esto limitáronse los resultados de aquella pomposa expedición, que dejó la frontera indefensa como estaba antes y como se conserva hasta el día de hoy. Las divisiones de Mendoza y San Luis tuvieron resultados menos felices aun, y regresaron, después de una estéril incursión en los desiertos del sur. Rosas enarboló, entonces, por la primera vez, su bandera colorada, semejante en todo a la de Argel o a la del Japón, y se hizo dar el título de Héroe del Desierto, que venía en corroboración del que ya había obtenido de Ilustre Restaurador de las Leyes, de esas mismas leyes que se proponía abrogar por su base.*

* Estancieros del sur de Buenos Aires me han asegurado, después que la expedición aseguró la frontera, alejando a los bárbaros indómitos y sometiendo muchas tribus, que han formado una barrera que pone a cubierto las estancias de las incursiones de aquéllos, y que, a merced de estas ventajas obtenidas, la población ha podido extenderse hacia el sur. La geografía hizo también importantes conquistas, descubriendo territorios desconocidos hasta entonces y aclarando muchas dudas. El general Pacheco hizo un reconocimiento del Río Negro, donde Rosas se hizo adjudicar la isla de Choelechel y la división de Mendoza descubrió todo el curso del río Salado hasta su desagüe en la laguna de Yauquenes. Pero un gobierno inteligente habría asegurado de esta vez, para siempre, las fronteras del sur de Buenos Aires. El Río Colorado, navegable desde poco más abajo de Cobu-Sebu, cuarenta leguas distante de Concepción, donde lo atravesó el general Cruz, ofrece en todo su curso, desde la cordillera de los Andes hasta el Atlántico, una frontera, a poca costa, impasable para los indios. Por lo que hace a la provincia de Buenos Aires, un fuerte establecido, en la laguna del Monte, en que desagua el arroyo Guaminí, sostenido por otro, a las inmediaciones de la laguna de las Salinas hacia el sur, otro en la sierra de la Ventana, hasta apoyarse en el Fuerte Argentino, en Bahía Blanca, habrían permitido la población del espacio de territorio inmenso que media entre este último punto y el Fuerte de la Independencia, en la sierra del Tandil, límite de la población de Buenos Aires al sur. Para completar este sistema de ocupación, requeríase, además, establecer colonias agrícolas en Bahía Blanca y en la embocadura del Río Colorado, de manera que sirviesen de mercado para la exportación de los productos de los países circunvecinos; pues, careciendo de puertos, toda la costa intermediaria hasta Buenos Aires, los productos de las estancias más avanzadas al sur se pierden, no pudiendo transportarse las lanas, sebos, cueros, astas, etc., sin perder su valor en los fletes.

La navegación y población del Río Colorado adentro traería, a más de los productos

Facundo, demasiado penetrante para dejarse alucinar sobre el objeto de la grande expedición, permaneció en San Juan, hasta el regreso de las divisiones del interior. La de Huidobro, que había entrado al desierto por frente de San Luis, salió en derechura de Córdoba, y a su aproximación, fue sofocada una revolución capitaneada por los Castillo, que tenía por objeto quitar del Gobierno a los Reinafé,[8] que obedecían a la influencia de López. Esta revolución se hacía por los intereses y bajo la inspiración de Facundo; los primeros cabecillas fueron desde San Juan, residencia de Quiroga y todos sus fautores, Arredondo, Camargo, etc., eran sus decididos partidarios. Los periódicos de la época no dijeron nada, empero, sobre las conexiones de Facundo con aquel movimiento; y cuando Huidobro se retiró a sus acantonamientos, y Arredondo y otros caudillos fueron fusilados, nada quedó por hacerse ni decirse sobre aquellos movimientos; porque la guerra que debían hacerse entre sí, las dos fracciones de la República, los dos caudillos que se disputaban sordamente el mando, debía serlo sólo de emboscadas, de lazos y de traiciones. Es un combate mudo, en que no se miden fuerzas, sino audacia de parte del uno, y astucia y amaños por parte del otro. Esta lucha entre Quiroga y Rosas es poco conocida, no obstante que abraza un período de cinco años. Ambos se detestan, se desprecian; no se pierden de vista un momento, porque cada uno de ellos siente que su vida y su porvenir dependen del resultado de este juego terrible.

Creo oportuno hacer sensible, por un cuadro, la geografía política de la República desde 1832 adelante, para que el lector comprenda mejor los movimientos que empiezan a operarse:

que puede hacer nacer, la ventaja de desalojar a los salvajes, poco numerosos, que quedarían cortados hacia el Norte, haciéndolos buscar el territorio al sur del Colorado.

Lejos de haberse asegurado de una manera permanente las fronteras, los bárbaros han invadido, desde la época de la expedición al sur, y despoblado toda la campaña de Córdoba y de San Luis; la primera, hasta la margen misma del Río Tercero y la segunda hasta San José del Morro, que está en la misma latitud que la ciudad. Ambas provincias viven, desde entonces, en continua alarma, con tropas constantemente sobre las armas, lo que, con el sistema de depredación de los gobernantes, hace una plaga más ruinosa que las incursiones de los salvajes. La cría de ganados está casi extinguida, y los estancieros apresuran su extinción para librarse, al fin, de las exacciones de los gobernantes, por un lado, y de las depredaciones de los indios, por otro.

Por un sistema de política inexplicable, Rosas prohíbe, a los gobiernos de la frontera, emprender expedición alguna contra los indios, dejando que invadan periódicamente el país y asolen más de doscientas leguas de frontera. Eso es lo que Rosas no hizo, como debió hacerlo, en la tan decantada expedición al sur, cuyos resultados fueron efímeros, dejando subsistente el mal, que ha tomado, después, mayor agravación que antes.— *Nota de la 1ª edición.*

REPUBLICA ARGENTINA

REGION DE LOS ANDES	LITORAL DEL PLATA		
Unidad bajo la influencia de Quiroga	*Federación bajo el pacto de la Liga Litoral*		
	Catamarca	Corrientes — Ferré	
Jujuy			
	La Rioja	Entre Ríos	López
Salta	San Juan	Santa Fe	López
	Mendoza	Córdoba	López
Tucumán			
	San Luis	Buenos Aires — Rosas	

Fracción feudal
Santiago del Estero, *bajo la dominación de Ibarra.*

López de Santa Fe extendía su influencia sobre Entre Ríos, por medio de Echagüe,[9] santafecino y criatura suya, y sobre Córdoba, por los Reinafé. Ferré, hombre de espíritu independiente, provincialista, mantuvo a Corrientes fuera de la lucha hasta 1839; bajo el gobierno de Berón de Astrada[10] volvió las armas de aquella provincia contra Rosas, que con su acrecentamiento de poder, había hecho ilusorio el pacto de la Liga.[11] Ese mismo Ferré, por ese espíritu de provincialismo estrecho, declaró desertor, en 1840, a Lavalle, por haber pasado el Paraná con el ejército correntino; y después de la batalla de Caaguazú, quitó al general Paz el ejercicio victorioso, haciendo, así, malograr las ventajas decisivas que pudo producir aquel triunfo.

Ferré, en estos procedimientos, como en la Liga Litoral que en años atrás había promovido, estaba inspirado por el espíritu provincial de independencia y aislamiento, que había despertado en todos los ánimos la revolución de la Independencia. Así, pues, el mismo sentimiento que había echado a Corrientes en la oposición a la Constitución unitaria de 1826, le hacía, desde 1838, echarse en la oposición a Rosas, que centralizaba el poder. De aquí nacen los desaciertos de aquel caudillo y los desastres que se siguieron a la batalla de Caaguazú, estéril no sólo para la República en general, sino para la provincia misma de Corrientes; pues, centralizado el resto de la nación por Rosas, mal podría ella conservar su independencia feudal y federal.

Terminada la expedición al sur, o, por mejor decir, desbaratada, porque no tenía verdadero plan ni fin real, Facundo se marchó a Buenos Aires, acompañado de su escolta y de Barcala, y entra en la ciudad sin haberse tomado la molestia de anunciar a nadie su llegada. Estos procedimientos subversivos de toda forma recibida podrían dar lugar a muy largos comentarios, si no fueran sistemáticos y característicos. ¿Qué objeto llevaba a Qui-

roga, esta vez, a Buenos Aires? ¿Es otra invasión que, como la de Mendoza, hace sobre el centro del poder de su rival? El espectáculo de la civilización ¿ha dominado, al fin, su rudeza selvática, y quiere vivir en el seno del lujo y de las comodidades? Yo creo que todas estas causas reunidas aconsejaron a Facundo, su mal aconsejado viaje a Buenos Aires. El poder educa, y Quiroga tenía todas las altas dotes de espíritu que permiten a un hombre corresponder siempre a su nueva posición, por encumbrada que sea. Facundo se establece en Buenos Aires, y bien pronto se ve rodeado de los hombres más notables: compra seiscientos mil pesos de fondos públicos; juega a la alta y baja; habla con desprecio de Rosas; declárase unitario entre los unitarios, y la palabra Constitución no abandona sus labios. Su vida pasada, sus actos de barbarie, poco conocidos en Buenos Aires, son explicados entonces y justificados por la necesidad de vencer, por la de su propia conservación. Su conducta es mesurada; su aire, noble e imponente, no obstante que lleva *chaqueta,* el poncho terciado y la barba y el pelo enormemente abultados.

Quiroga, durante su residencia en Buenos Aires, hace algunos ensayos de su poder personal. Un hombre, con cuchillo en mano, no quería entregarse a un sereno. Acierta a pasar Quiroga por el lugar de la escena, embozado en su poncho, como siempre; párase a ver, y súbitamente arroja el poncho, lo abraza e inmoviliza. Después de desarmarlo, él mismo lo conduce a la Policía, sin haber querido dar su nombre al sereno, como tampoco lo dio en la Policía, donde fue, sin embargo, reconocido por un oficial; los diarios publicaron, al día siguiente, aquel acto de arrojo. Sabe, una vez, que cierto boticario ha hablado con desprecio de sus actos de barbarie en el interior. Facundo se dirige a su botica, y lo interroga. El boticario le impone y le dice que allí no está en las provincias para atropellar a nadie impunemente. Este suceso llena de placer a toda la ciudad de Buenos Aires. ¡Pobre Buenos Aires, tan candorosa, tan engreída con sus instituciones! ¡Un año más, y seréis tratada con más brutalidad de la que fue tratado el interior por Quiroga! La Policía hace entrar sus satélites a la habitación misma de Quiroga, en persecución del huésped de la casa, y Facundo, que se ve tratado tan sin miramiento, extiende el brazo, coge el puñal, se endereza en la cama donde está recostado, y en seguida vuelve a reclinarse y abandona lentamente el arma homicida. Siente que hay allí otro poder que el suyo, y que pueden meterlo en la cárcel, si se hace justicia a sí mismo.

Sus hijos están en los mejores colegios; jamás les permite vestir sino frac o levita, y a uno de ellos, que intenta dejar sus estudios para abrazar la carrera de las armas, lo pone de tambor en un batallón, hasta que se arrepienta de su locura. Cuando algún coronel le habla de enrolar en su cuerpo, en clase de oficial, a alguno de sus hijos: "Si fuera en un regimiento mandado por Lavalle —contesta, burlándose—, ya; ¡pero en estos cuerpos!..." Si se habla de escritores, ninguno hay que, en su concepto, pueda rivalizar con los Varela, que tanto mal han dicho de él. Los únicos hombres honrados que tiene la República son Rivadavia y Paz: "ambos tenían las más sanas

intenciones". A los unitarios, sólo exige un secretario como el doctor Ocampo, un político que redacte una Constitución, y con una imprenta, se marchará a San Luis, y desde allí, la enseñará a toda la República, en la punta de una lanza. Quiroga, pues, se presenta como el centro de una nueva tentativa de reorganizar la República; y pudiera decirse que conspira abiertamente, si todos estos propósitos, todas aquellas bravatas no careciesen de hechos que viniesen a darles cuerpo. La falta de hábitos de trabajo, la pereza de pastor, la costumbre de esperarlo todo del terror, acaso la novedad del teatro de acción, paralizan su pensamiento, lo mantienen en una expectativa funesta que lo compromete últimamente y lo entrega maniatado a su astuto rival. No han quedado hechos ningunos que acrediten que Quiroga se proponía obrar inmediatamente, si no son sus inteligencias con los gobernadores del interior y sus indiscretas palabras repetidas por unitarios y federales, sin que los primeros se resuelvan a fiar su suerte en manos como las suyas, ni los federales lo rechacen como desertor de sus filas.

Y mientras tanto que se abandona, así, a una peligrosa indolencia, ve cada día acercarse el boa que ha de sofocarlo en sus redobladas lazadas. El año 1833, Rosas se hallaba ocupado de su fantástica expedición, y tenía su ejército obrando al sur de Buenos Aires, desde donde observaba al Gobierno de Balcarce. La provincia de Buenos Aires presentó poco después uno de los espectáculos más singulares. Me imagino lo que sucedería en la Tierra, si un poderoso cometa se acercase a ella: al principio, el malestar general; después, rumores sordos, vagos; en seguida, las oscilaciones del globo atraído fuera de su órbita, hasta que, al fin, los sacudimientos convulsivos, el desplome de las montañas, el cataclismo, traerían el caos que precede a cada una de las creaciones sucesivas de que nuestro globo ha sido testigo.

Tal era la influencia que Rosas ejercía en 1834. El Gobierno de Buenos Aires se sentía cada vez más circunscrito, en su acción, más embarazado en su marcha, más dependiente del Héroe del Desierto. Cada comunicación de éste era un reproche dirigido a su Gobierno, una cantidad exorbitante exigida por el ejército, alguna demanda inusitada; luego la campaña no obedecía a la ciudad, y era preciso poner a Rosas la queja de este desacato de sus adictos; más tarde, la desobediencia entraba en la ciudad misma; últimamente, hombres armados recorrían las calles, a caballo, disparando tiros que daban muerte a algunos transeúntes. Esta desorganización de la sociedad iba, de día en día, aumentándose como un cáncer y avanzando hasta el corazón, si bien podía discernirse el camino que traía desde la tienda de Rosas a la campaña; de la campaña, a un barrio de la ciudad;[12] de allí, a cierta clase de hombres, los carniceros, que eran los principales instigadores. El Gobierno de Balcarce había sucumbido en 1833, al empuje de este desbordamiento de la campaña sobre la ciudad. El partido de Rosas trabajaba con ardor, para abrir un largo y despejado camino al Héroe del Desierto, que se aproximaba a recibir la ovación merecida: el Gobierno; pero el partido federal de la *ciudad* burla, todavía, sus esfuerzos, y quiere hacer frente.

La Junta de Representantes se reúne en medio del conflicto que trae la acefalía del Gobierno, y el general Viamont,[13] a su llamada, se presenta, con la prisa, en traje de casa y se atreve aun, a hacerse cargo del Gobierno. Por un momento, parece que el orden se restablece y la pobre ciudad respira; pero luego principia la misma agitación, los mismos manejos, los grupos de hombres que recorren las calles, que distribuyen latigazos a los pasantes. Es indecible el estado de alarma en que vivió un pueblo entero durante dos años, con este extraño y sistemático desquiciamiento. De repente, se veían las gentes disparando por las calles, y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose, de manzana en manzana, de calle en calle. ¿De qué huían? ¿Por qué se encerraban a la mitad del día? ¡Quién sabe! Alguno había dicho que venían..., que se divisaba un grupo..., que se había oído el tropel lejano de caballos.

Una de estas veces, marchaba Facundo Quiroga por una calle, seguido de un ayudante, y al ver a estos hombres con frac, que corren por las veredas, a las señoras que huyen sin saber de qué, Quiroga se detiene, pasea una mirada de desdén sobre aquellos grupos, y dice a su edecán: "¡Este pueblo se ha enloquecido!" Facundo había llegado a Buenos Aires, poco después de la caída de Balcarce. "Otra cosa hubiera sucedido —decía— si yo hubiese estado aquí". —"¿Y qué habría hecho, general? —le replicaba uno de los que escuchándole había—; S. E. no tiene influencia sobre esta plebe de Buenos Aires". Entonces, Quiroga, levantando la cabeza, sacudiendo su negra melena, y despidiendo rayos de sus ojos, le dice con voz breve y seca: "¡Mire usted! Habría salido a la calle, y al primer hombre que hubiera encontrado, le habría dicho: ¡Sígame!, y ese hombre me habría seguido!..." Tal era la avasalladora energía de las palabras de Quiroga, tan imponente su fisonomía, que el incrédulo bajó la vista, aterrado, y por largo tiempo, nadie se atrevió a despegar los labios.

El general Viamont renuncia, al fin, porque ve que no se puede gobernar, que hay una mano poderosa que detiene las ruedas de la administración. Búscase alguien que quiera reemplazarlo; se pide, por favor, a los más animosos que se hagan cargo del bastón, y nadie quiere; todos se encogen de hombros y ganan sus casas, amedrentados. Al fin, se coloca a la cabeza del Gobierno, el doctor Maza,[14] el maestro, el mentor y amigo de Rosas, y creen haber puesto remedio al mal que los aqueja. ¡Vana esperanza! El malestar crece, lejos de disminuir. Anchorena[15] se presenta al Gobierno, pidiendo que reprima los desórdenes, y sabe que no hay medio alguno a su alcance; que la fuerza de la Policía no obedece; que hay órdenes de afuera. El general Guido, el doctor Alcorta,[16] dejan oír, todavía, en la Junta de Representantes, algunas protestas enérgicas contra aquella agitación convulsiva en que se tiene a la ciudad; pero el mal sigue, y, para agravarlo, Rosas reprocha al Gobierno, desde su campamento, los desórdenes que él mismo fomenta. ¿Qué es lo que quiere este hombre? ¿Gobernar? Una Comisión de la Sala va a ofrecerle el Gobierno: le dice que sólo él puede poner término a aque-

lla angustia, a aquella agonía de dos años. Pero Rosas no quiere gobernar, y nuevas comisiones, nuevos ruegos. Al fin halla medio de conciliarlo todo. Les hará el favor de gobernar, si los tres años que abraza el período legal se prolongan a cinco, y se le entrega la suma del poder público, palabra nueva, cuyo alcance sólo él comprende.

En estas transacciones se hallaba la ciudad de Buenos Aires y Rosas, cuando llega la noticia de un desavenimiento entre los gobiernos de Salta, Tucumán y Santiago del Estero, que podía hacer estallar la guerra. Cinco años van corridos desde que los unitarios han desaparecido de la escena política, y dos, desde que los federales de la ciudad, los *lomos negros,*[17] han perdido toda influencia en el Gobierno; cuando más, tienen valor para exigir algunas condiciones que hagan tolerable la capitulación. Rosas, entretanto que la *ciudad* se rinde a discreción, con sus instituciones, sus garantías individuales, con sus responsabilidades impuestas al Gobierno, agita, fuera de Buenos Aires, otra máquina no menos complicada. Sus relaciones con López de Santa Fe son activas, y tiene además, una entrevista en que conferencian ambos caudillos; el Gobierno de Córdoba está bajo la influencia de López, que ha puesto, a su cabeza, a los Reinafé. Invítase a Facundo a ir a interponer su influencia, para apagar las chispas que se han levantado en el norte de la República; nadie sino él está llamado para desempeñar esta misión de paz. Facundo resiste, vacila; pero se decide al fin. El 18 de diciembre de 1835[18] sale de Buenos Aires, y al subir a la galera[19] dirige, en presencia de varios amigos, sus adioses a la ciudad. "Si salgo bien —dice, agitando la mano—, te volveré a ver; si no, ¡adiós para siempre!" ¿Qué siniestros presentimientos vienen a asomar en aquel momento a su faz lívida, en el ánimo de este hombre impávido? ¿No recuerda el lector algo parecido a lo que manifestaba Napoleón al partir de las Tullerías, para la campaña que debía terminar en Waterloo?

Apenas ha andado media jornada, encuentra un arroyo fangoso que detiene la galera. El vecino maestre de posta[20] acude solícito a pasarla: se ponen nuevos caballos, se apuran todos los esfuerzos, y la galera no avanza. Quiroga se enfurece, y hace uncir a las varas, al mismo maestre de posta. La brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semibárbara. Vencido aquel primer obstáculo, la galera sigue cruzando la pampa, como una exhalación; camina todos los días hasta las dos de la mañana, y se pone en marcha, de nuevo, a las cuatro. Acompáñanle el doctor Ortiz, su secretario, y un joven conocido, a quien a su salida, encontró inhabilitado de ir adelante, por la fractura de las ruedas de su vehículo. En cada posta a que llega, hace preguntar inmediatamente: "¿A qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires? —Hace una hora —¡Caballos sin pérdida de momento!" —grita Quiroga. Y la marcha continúa. Para hacer más penosa la situación, parecía que las cataratas del cielo se habían abierto; durante tres días, la lluvia no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente.

Al entrar en la jurisdicción de Santa Fe, la inquietud de Quiroga se aumenta, y se torna en visible angustia, cuando en la posta de Pavón sabe que no hay caballos y que el maestre de posta está ausente. El tiempo que pasa antes de procurarse nuevos tiros es una agonía mortal para Facundo, que grita a cada momento: "¡Caballos! ¡Caballos!" Sus compañeros de viaje nada comprenden de este extraño sobresalto, asombrados de ver a este hombre, el terror de los pueblos, asustadizo ahora y lleno de temores, al parecer, quiméricos. Cuando la galera logra ponerse en marcha, murmura en voz baja, como si hablara consigo mismo: "Si salgo del territorio de Santa Fe, no hay cuidado por lo demás". En el paso del Río Tercero, acuden los gauchos de la vecindad a ver al famoso Quiroga, y pasan la galera, punto menos que a hombros.

Ultimamente, llega a la ciudad de Córdoba, a las nueve y media de la noche, y una hora después del arribo del chasque de Buenos Aires, a quien ha venido pisando desde su salida. Uno de los Reinafé acude a la posta, donde Facundo está aún en la galera, pidiendo caballos, que no hay en aquel momento; salúdalo con respeto y efusión; suplícale que pase la noche en la ciudad, donde el Gobierno se prepara a hospedarlo dignamente. "¡Caballos necesito!", es la breve respuesta que da Quiroga. "¡Caballos!", replica a cada nueva manifestación de interés o solicitud de parte de Reinafé, que se retira, al fin, humillado, y Facundo parte para su destino, a las doce de la noche.

La ciudad de Córdoba, entretanto, estaba agitada por los más extraños rumores: los amigos del joven que ha venido, por casualidad, en compañía de Quiroga, y que se queda en Córdoba, su patria, van en tropel a visitarlo. Se admiran de verlo vivo, y le hablan del peligro inminente de que se ha salvado. Quiroga debía ser asesinado en tal punto; los asesinos son N. y N.; las pistolas han sido compradas en tal almacén; han sido vistos N. y N. para encargarse de la ejecución, y se han negado. Quiroga los ha sorprendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pues no bien llega el chasque que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo y hace abortar todos los preparativos. Jamás se ha premeditado un atentado con más descaro; toda Córdoba está instruida de los más mínimos detalles del crimen que el Gobierno intenta, y la muerte de Quiroga es el asunto de todas las conversaciones.

Quiroga, en tanto, llega a su destino, arregla las diferencias entre los gobernantes hostiles y regresa por Córdoba, a despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucumán, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos y le hace obstinarse en volver a desafiar a sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas a su paso por La Rioja y arma las ocho provincias que están bajo su influencia? Quiroga lo sabe todo: aviso tras de

aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado; sabe el nuevo y más inminente que le aguarda, porque no han desistido sus enemigos del concebido designio. "¡A Córdoba!", grita a los postillones, al ponerse en marcha, como si Córdoba fuese el término de su viaje.*

Antes de llegar a la posta del Ojo de Agua, un joven sale del bosque y se dirige hacia la galera, requiriendo al postillón que se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela, y le pregunta lo que se le ofrece. "Quiero hablar al Dr. Ortiz". Desciende éste, y sabe lo siguiente: "En las inmediaciones del lugar llamado Barranca-Yaco está apostado Santos Pérez con una partida; al arribo de la galera deben hacerle fuego de ambos lados y matar, en seguida, de postillones arriba; nadie debe escapar; ésta es la orden". El joven, que ha sido en otro tiempo favorecido por el Dr. Ortiz, ha venido a salvarlo; tiénele caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. El secretario, asustado, pone en conocimiento de Facundo lo que acaba de saber, y le insta para que se ponga en seguridad. Facundo interroga de nuevo al joven Sandivaras, le da las gracias por su buena acción, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga. "No ha nacido todavía —le dice en voz enérgica— el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado".

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticias hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan, maniatado, a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre, para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza. Esta explicación me la daba, a mí mismo, antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros de la posta del Ojo de Agua, es de tal manera angustiosa para el infeliz secretario, que va a una muerte cierta e inevitable, y que carece del valor y de la temeridad que anima a Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto más cuanto que, siendo, por fortuna, sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido

* En la causa criminal seguida contra los cómplices en la muerte de Quiroga, el reo Cabanillas declaró en un momento de efusión, de rodillas, en presencia del doctor Maza —degollado por los agentes de Rosas—, que él no se había propuesto sino salvar a Quiroga; que el 24 de diciembre había escrito a un amigo de éste, un francés, que le hiciese decir a Quiroga que no pasase por el monte de San Pedro, donde él estaba aguardándole con veinticinco hombres para asesinarlo por orden de su Gobierno; que Toribio Junco —un gaucho de quien Santos Pérez decía: "Hay otro más valiente que yo: es Toribio Junco"— había dicho al mismo Cabanillas que, observando cierto desorden en la conducta de Santos Pérez, empezó a acecharlo, hasta que un día lo encontró arrodillado en la capilla de la Virgen de Tulumba con los ojos arrasados de lágrimas: que, preguntándole la causa de su quebranto, le dijo: "Estoy pidiéndole a la Virgen, me ilumine sobre si debo matar a Quiroga, según me lo ordenan; pues me presentan este acto como convenido entre los gobernadores López de Santa Fe y Rosas, de Buenos Aires, único medio de salvar la República".— *Nota de la 2ª edición.*

no conservarlos; porque, si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía; si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquella en que un triste deber, el de acompañar a un amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla.*

El doctor Ortiz llama aparte al maestre de posta y lo interroga encarecidamente sobre lo que sabe acerca de los extraños avisos que han recibido, asegurándole no abusar de su confianza. ¡Qué pormenores va a oír! Santos Pérez ha estado allí, con su partida de treinta hombres, una hora antes de su arribo; van todos armados de tercerola y sable; están ya apostados en el lugar designado; deben morir todos los que acompañan a Quiroga; así lo ha dicho Santos Pérez al mismo maestre de posta. Esta confirmación de la noticia recibida de antemano no altera en nada la determinación de Quiroga, que después de tomar una taza de chocolate, según su costumbre, se duerme profundamente. El doctor Ortiz gana también la cama no para dormir, sino para acordarse de su esposa, de sus hijos, a quienes no volverá a ver más. Y todo, ¿por qué? Por no arrostrar el enojo de un temible amigo; por no incurrir en la tacha de desleal. A medianoche, la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama; levántase y va a buscar a su confidente: "¿Duerme, amigo? —le pregunta en voz baja—. ¡Quién ha de dormir, señor, con esta cosa tan horrible! —¿Conque no hay duda? ¡Qué suplicio el mío! —¡Imagínese, señor, cómo estaré yo, que tengo que mandar dos postillones, que deben ser muertos también! Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... ¿A quién mandaré?, ¡a hacerlo morir inocentemente!"

El doctor Ortiz hace un último esfuerzo por salvar su vida y la del compañero; despierta a Quiroga, y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no le acompaña, si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo, con gesto airado y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí, que el que le aguarda en Barranca-Yaco, y fuerza es someterse sin más réplica. Quiroga manda a su asistente, que es un valiente negro, a que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera y las cargue: a esto se reducen todas sus precauciones.

Llega el día, por fin, y la galera se pone en camino. Acompáñale, a más del postillón que va en el tiro, el niño aquel, dos correos que se han reunido por casualidad y el negro, que va a caballo. Llega al punto fatal, y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir a nadie; los soldados se echan sobre ella, con los sables desnudos, y en un momento inutilizan los caballos y descuartizan al postillón, correos y asistente. Quiroga entonces asoma la cabeza, y hace, por el momento, vacilar a aquella turba. Pregun-

* Tuve estos detalles del malogrado doctor Piñero, muerto en 1846, en Chile, pariente del señor Ortiz, compañero de viaje de Quiroga desde Buenos Aires hasta Córdoba. Es triste necesidad, sin duda, no poder citar sino los muertos, en apoyo de la verdad.— *Nota de la 2ª edición.*

ta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la cuestión de Quiroga "¿Qué significa esto?", recibe por toda contestación un balazo en un ojo, que le deja muerto. Entonces Santos Pérez atraviesa repetidas veces con su espada al malaventurado ministro y manda, concluida la ejecución, tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres, con los caballos hechos pedazos, y el postillón, que con la cabeza abierta se mantiene aún a caballo. "¿Qué muchacho es éste? —pregunta, viendo al niño de posta, único que queda vivo—. —Este es un sobrino mío —contesta el sargento de la partida—; yo respondo de él con mi vida". Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo, y en seguida, desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, a pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro. Este último gemido del niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza a Santos Pérez; después, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto en las breñas de las rocas, o en los bosques enmarañados, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño. Si a la vacilante claridad de las estrellas se aventura a salir de su guarida, sus miradas inquietas se hunden en la obscuridad de los árboles sombríos, para cerciorarse de que no se divisa en ninguna parte el bultito blanquecino del niño; y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, lo arredra ver venir por el que él deja, al niño animando su caballo.

Facundo decía también que un solo remordimiento lo aquejaba: ¡la muerte de los veintiséis oficiales fusilados en Mendoza!

¿Quién es, mientras tanto, este Santos Pérez? Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad, por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas. Mientras permaneció el general Paz en Córdoba, acaudilló las montoneras más obstinadas e intangibles de la Sierra, y por largo tiempo, el pago de Santa Catalina fue una republiqueta, adonde los veteranos del ejército no pudieron penetrar. Con miras más elevadas, habría sido el digno rival de Quiroga; con sus vicios, sólo alcanzó a ser su asesino. Era alto de talle, hermoso de cara, de color pálido y barba negra y rizada. Largo tiempo fue después, perseguido por la justicia, y nada menos que cuatrocientos hombres andaban en su busca. Al principio, los Reinafé lo llamaron, y en la casa de Gobierno fue recibido amigablemente. Al salir de la entrevista, empezó a sentir una extraña descompostura de estómago, que le sugirió la idea de consultar a un médico amigo suyo, quien informado por él, de haber tomado una copa de licor que se le brindó, le dio un elixir que le hizo arrojar, oportunamente, el arsénico que el licor, disimulaba. Más tarde, y en lo más recio de la persecución, el comandante Casanova, su antiguo amigo, le hizo significar que tenía algo de importancia que comunicarle. Una tarde, mientras que el escuadrón de que el comandante Casanova[21] era jefe hacía el ejercicio al frente de su casa, Santos Pérez se desmonta en la puerta y le dice: "Aquí estoy; ¿qué quería decirme? —¡Hombre! Santos Pérez, pase por acá; sién-

tese—. ¡No! ¿Para qué me ha hecho llamar?" El comandante, sorprendido así, vacila y no sabe qué decir en el momento. Su astuto y osado interlocutor lo comprende, y arrojándole una mirada de desdén y volviéndole la espalda, le dice: "¡Estaba seguro de que quería agarrarme por traición! He venido para convencerme no más". Cuando se dio orden al escuadrón de perseguirlo, Santos había desaparecido. Al fin, una noche lo cogieron dentro de la ciudad de Córdoba, por una venganza femenil. Había dado de golpes a la querida con quien dormía: ésta, sintiéndolo profundamente dormido, se levanta con precaución, le toma las pistolas y el sable, sale a la calle y lo denuncia a una patrulla. Cuando despierta, rodeado de fusiles apuntados a su pecho, echa mano a las pistolas, y, no encontrándolas: "Estoy rendido —dice con serenidad—. ¡Me han quitado las pistolas!" El día que lo entraron a Buenos Aires, una muchedumbre inmensa se había reunido en la puerta de la casa de Gobierno. A su vista gritaba el populacho: ¡Muera Santos Pérez!, y él, meneando desdeñosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan sólo estas palabras: "¡Tuviera aquí mi cuchillo!" Al bajar del carro que lo conducía a la cárcel, gritó repetidas veces: "¡Muera el tirano!"; y al encaminarse al patíbulo, su talla gigantesca, como la de Dantón, dominaba la muchedumbre, y sus miradas se fijaban, de vez en cuando, en el cadalso como en un andamio de arquitectos.

El Gobierno de Buenos Aires dio un aparato solemne a la ejecución de los asesinos de Juan Facundo Quiroga; la galera ensangrentada y acribillada de balazos estuvo largo tiempo expuesta al examen del pueblo, y el retrato de Quiroga, como la vista del patíbulo y de los ajusticiados, fueron litografiados[22] y distribuidos por millares, como también extractos del proceso, que se dio a luz en un volumen en folio. La Historia imparcial espera, todavía, datos y relaciones para señalar con su dedo, al instigador de los asesinos...

NOTAS

[1]*José Santos Ortiz* había sido gobernador de la provincia de San Luis en 1821; acompañaba como secretario a Quiroga cuando se produce el crimen de Barranca Yaco.

[2]Los representantes de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos firman en la ciudad de Santa Fe el 4/I/1831 el Pacto Federal. Es una alianza ofensiva y defensiva contra ataques del exterior o interior, comprometiéndose a no realizar acuerdos aislados con las demás provincias. Crea una "Comisión Representativa de los gobiernos de las Provincias litorales" para convocar un congreso federativo, sujeto a la ratificación de las restantes provincias. Los habitantes de las provincias firmantes tenían libertad recíproca de circular con sus buques y cargas por puertos y ríos de cada una de ellas, amén de otras ventajas económicas. El gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, adhiere recién el 31/XI/1831. La amenaza de la Liga Unitaria, por una parte, y la posibilidad de luchar por estos principios desde la Comisión Representativa, unida a la falta de recursos para obligar de otro modo a Rosas, llevó a Santa Fe primero y a Corrientes después a aceptar las propuestas porteñas triunfantes en el pacto.

[3]*Pedro Ferré* (1788-1867), estuvo vinculado a la industria naviera de su provincia natal, Corrientes, que prosperó merced a la madera de los bosques misioneros y al progreso de los puertos fluviales sobre el Paraná y el Uruguay. Diputado al Congreso de 1824, fue varias veces gobernador de Corrientes: 1824-1826, 1830-1831 y 1839-1842. Federal y más tarde antirrosista, luchó contra la hegemonía de Buenos Aires. En 1831 adhiere al Pacto Federal, luego de defender firmemente el proteccionismo absoluto de algunos productos, la libre navegación de los ríos y la necesidad de un congreso que institucionalizara al país bajo el sistema federal. En la década de 1840 lucha contra Rosas, aliándose al Paraguay y actuando con Rivera. Pone las tropas correntinas bajo la dirección de Paz. Triunfantes éstas en Caaguazú, hubieran permitido la elaboración de alianzas positivas, que no se logran debido a los desacuerdos con Paz. El desastre de Arroyo Grande lo obliga a emigrar al Brasil. En 1851 secunda la campaña de Urquiza contra Rosas, preparando el paso del Ejército Grande por el Diamante. Al año siguiente es diputado al Congreso Constituyente reunido en Santa Fe y más tarde senador nacional.

[4]El plan de reconquista de los españoles y el avance del general Paz son invocados en la recién restaurada Legislatura de Buenos Aires el 5/XII/1830, para otorgar facultades extraordinarias al gobernador que deberá elegirse. Ese mismo día Rosas es elegido gobernador de Buenos Aires. La derrota de Paz y el fin de la guerra civil hacen que muchos consideren innecesarias esas facultades, por lo cual Rosas renuncia a ellas el 7/V/1832. Las facultades extraordinarias suprimían los derechos individuales. El 7/III/1835 Rosas inicia su segundo gobierno con la Suma del Poder Público

"durante todo el tiempo que a juicio del gobernador electo fuese necesario", con las únicas limitaciones de "conservar, defender y proteger la religión católica" y "la causa nacional de la federación". Rosas considera necesario un plebiscito para refrendar tan importante medida. Se vota en la ciudad de Buenos Aires el 26-28/III/ y de 9.720 votantes sólo 7 lo hacen por la negativa.

[5]Látigo.

[6]El 22/III/1833 parte de la estancia de Rosas, Los Cerrillos, la división izquierda de la expedición para asegurar la frontera sur del país. Por entonces dos españoles, los hermanos Pincheira, acaudillaban a pampas y araucanos, y dirigían enormes arreos de ganado hacia sus principales reductos en el sur de Chile. Rosas, interesado en alejarse de la escena política porteña en momentos de fuertes enfrentamientos entre facciones, obtiene del gobernador Balcarce el apoyo financiero necesario para poner en marcha un plan cuyo éxito aumentaría considerablemente su prestigio y que consiste en el ataque conjunto de todas las provincias fronterizas y del gobierno chileno. Sólo cumple totalmente su objetivo la división Rosas, que alcanza la isla de Choele Choel, en el río Negro, importante punto en la comunicación entre los pampas y los araucanos chilenos. Rosas realiza además una serie de alianzas con los indígenas, consiguiendo la seguridad de la frontera sur por casi veinte años. La Legislatura premió al "Héroe del Desierto" con la propiedad de la isla Choele Choel, que Rosas cambió por 60 leguas cuadradas de tierras públicas.

[7]El río Negro.

[8]Los cuatro hermanos Reinafé, cordobeses. José Vicente (1782-1837), Francisco Isidoro (1796-1840), José Antonio (1798-1835), Guillermo (1799-1837), integraron un prestigioso y poderoso clan, al cual se imputó el asesinato de Quiroga. José Vicente llegó a ser gobernador de Córdoba en 1831. López, al hallarse también bajo sospecha del asesinato de Facundo, lo entregó a Rosas. José Vicente y Guillermo fueron ahorcados en la Plaza Mayor de Buenos Aires como consecuencia del juicio a que se les sometió. Francisco Isidoro, perseguido por este crimen, intervino en las campañas contra Rosas, en tanto que Francisco Isidoro murió en la cárcel.

[9]*Pascual Echagüe* (1797-1867), santafesino, gobernador de Entre Ríos en 1832, con el apoyo de Estanislao López. Buscó el apoyo de los caudillos de la Banda Oriental, comprometidos en la revolución unitaria del 30, y dio refugio a antiguos colaboradores de Paz. Bajo la égida de Echagüe —"Restaurador del sosiego público"—, Entre Ríos inicia su reconstrucción ganadera. Gobernador de Santa Fe en 1845. Después de Caseros, huyó del país. Volvió para brindar su apoyo a la Confederación de Urquiza: fue Ministro de Guerra, senador e interventor en Mendoza.

[10]*Genaro Berón de Astrada* es gobernador de Corrientes en 1838. A raíz del conflicto con Francia, trata de llegar a un entendimiento con el gobernador de Santa Fe, D. Cullen —ya ha muerto E. López—, hecho que Echagüe, gobernador de Entre Ríos, pone en conocimiento de Rosas. Berón de Astrada firma un tratado de alianza con la Banda Oriental y la Comisión Argentina el 31/XII/1838. Echagüe invade Corrientes por orden de Rosas y lo derrota en Pago Largo, el 31/III/1839, muriendo en la batalla.

[11]Se refiere al Pacto Federal de 1831.

[12]Donde vive la esposa de Rosas, Encarnación Ezcurra, quien dirigía la política de los federales adictos a Rosas, ausente entonces de Buenos Aires.

[13]*Juan José Viamonte* (1774-1843), porteño, intervino en las invasiones inglesas. Participó en Suipacha, Huaqui y Rincón. Más tarde el gobierno de Alvarez Thomas lo envió contra Santa Fe, ciudad que tomó en 1815. En 1819 fue designado presidente del Congreso. En 1821 se le designa gobernador provisorio de la provincia de Buenos Aires, en ausencia de Martín Rodríguez; en 1824, representante por la ciudad, y en 1827, por la campaña. Gobernador provisorio en 1829, y más tarde, titular. Federal moderado, fue electo gobernador el 4/XI/1833, renunciando en octubre del año siguiente. Su gobierno, ejercido bajo la severa vigilancia de la Sociedad Popular, enfrentó numerosas dificultades. Dictó numerosos decretos tendientes a regularizar las finanzas, sobre mejoras en obras públicas, sobre buques de cabotaje, empleados públicos, etc.

[14]*Manuel Vicente Maza* (1779-1839), porteño amigo de Rosas desde 1818, será su Ministro de Gracia y Justicia durante el primer gobierno. El 1º/x/1834 se hace cargo del gobierno de la provincia de Buenos Aires, en su carácter de présidente de la Sala de Representantes. Es asesinado por la Mazorca, al descubrirse la conjuración de su hijo Ramón contra Rosas.

[15]*Tomás Manuel de Anchorena* (1783-1847), federal neto, amigo y pariente de Rosas, pertenece a una de las más poderosas familias de la clase terrateniente porteña. Durante el primer gobierno de Rosas fue Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores, retirándose luego de los primeros planos de la política.

[16]*Diego Alcorta* (1801-1842), médico y profesor de filosofía en la Universidad de Buenos Aires, difusor del pensamiento de la Ideología. Ejerció influencia en los integrantes de la llamada generación del 37 como Juan M. Gutiérrez, Juan B. Alberdi y Vicente F. López. Como miembro de la Sala de Representantes de Buenos Aires se opuso a conceder a Rosas las facultades extraordinarias.

[17]Los federales "lomos negros" o "cismáticos" eran los federales moderados que, durante el gobierno de Balcarce, tendieron a un acercamiento con los elementos moderados del partido unitario (1833). Estas denominaciones nacen en oposición a los federales apostólicos, que apoyan a Rosas, también llamados "federales netos".

[18]La fecha correcta es 18/xII/1834.

[19]Carruaje para transporte de pasajeros, carga liviana y correspondencia. Lo tiraban diez caballos. Lo conducía un mayoral y dos o más postillones.

[20]El encargado de la atención de una posta. Carretas, arrias de mulas y jinetes hallaban en las postas, ubicadas a lo largo de las rutas, remuda de animales, comida y descanso para los hombres. El virrey Vértiz había organizado en 1782 este servicio, de vital importancia para las comunicaciones del territorio. La posta era por lo común uno o varios ranchos y corrales. Muchas de ellas fueron la base de pueblos e importantes ciudades del interior del país.

[21]El comandante Sixto Casanova tenía a su cargo investigar y perseguir a los asesinos de Quiroga. La misión le había sido encomendada por el gobernador interino de Córdoba, Pedro Nolasco Rodríguez.

[22]Se refiere a la litografía de Andrea Bacle, esposa de H. Bacle, de 1836, donde aparecen los tres ejecutados: Vicente y Guillermo Reinafé y Santos Pérez.

CAPITULO XIV

GOBIERNO UNITARIO

> *No se sabe bien por qué es que* quiere gobernar. *Una sola cosa ha podido averiguarse, y es que está poseído de una furia que lo atormenta:* ¡quiere gobernar! *Es un oso que ha roto las rejas de su jaula, y desde que tenga en sus manos* su gobierno *pondrá en fuga a todo el mundo. ¡Ay de aquel que caiga en sus manos! No lo largará hasta que expire bajo* su gobierno. *Es una sanguijuela, que no se desprende hasta que está repleta de sangre.*
>
> LAMARTINE

HE DICHO en la introducción de estos ligeros apuntes, que, para mi entender, Facundo Quiroga es el núcleo de la guerra civil de la República Argentina y la expresión más franca y candorosa de una de las fuerzas que han luchado con diversos nombres durante treinta años. La muerte de Quiroga no es un hecho aislado ni sin consecuencias; antecedentes sociales que he desenvuelto antes, la hacían casi inevitable: era un desenlace político, como el que podría haber dado una guerra.

El Gobierno de Córdoba, que se encargó de consumar el atentado, era demasiado subalterno entre los que se habían establecido, para que osase acometer la empresa con tanto descaro, si no se hubiese creído apoyado de los que iban a cosechar los resultados. El asesinato de Quiroga es, pues, un acto *oficial,* largamente discutido entre varios gobiernos, preparado con anticipación y llevado a cabo con tenacidad, como una medida de Estado. Por lo que con su muerte, no queda terminada una serie de hechos que me he propuesto coordinar, y para no dejarla trunca e incompleta, necesito continuar un poco más adelante, en el camino que llevo, para examinar los resultados que produce en la política interior de la República, hasta que el número de cadáveres que cubren el sendero sea ya tan grande, que me sea forzoso detenerme, hasta esperar que el tiempo y la intemperie los destruyan, para que desembaracen la marcha. Por la puerta que deja abierta al asesinato de Barranca-Yaco, entrará el lector, conmigo, en un teatro donde todavía no se ha terminado el drama sangriento.

Facundo muere asesinado el 18 de febrero;[1] la noticia de su muerte llega a Buenos Aires el 24, y a principios de marzo, ya estaban arregladas todas las bases del Gobierno necesario e inevitable del Comandante General de Campaña, que desde 1833, ha tenido en tortura a la ciudad, fatigándola, angustiándola, desesperándola, hasta que la ha arrancado, al fin, entre sollozos y gemidos, la *Suma del*

Poder público; porque Rosas no se ha contentado, esta vez, con exigir la dictadura, las facultades extraordinarias, etc. No; lo que pide es lo que la frase expresa: tradiciones, costumbres, formas, garantías, leyes, culto, ideas, conciencia, vidas, haciendas, preocupaciones; sumad todo lo que tiene poder sobre la sociedad, y lo que resulte, será la suma del Poder público pedida. El 5 de abril, la Junta de Representantes, en cumplimiento de lo estipulado, elige gobernador de Buenos Aires, por cinco años, al general don Juan Manuel Rosas, Héroe del Desierto, Ilustre Restaurador de las Leyes, depositario de la Suma del Poder público.

Pero no le satisface la elección hecha por la Junta de Representantes; lo que medita es tan grande, tan nuevo, tan nunca visto, que es preciso tomarse antes, todas las seguridades imaginables; no sea que más tarde se diga que el pueblo de Buenos Aires no le ha delegado la *Suma del Poder público.* Rosas, gobernador, propone a las Mesas electorales esta cuestión: ¿Convienen en que don J. M. Rosas sea gobernador por cinco años, con la suma del Poder público? Y debo decirlo en obsequio de la verdad histórica: nunca hubo Gobierno más popular, más deseado ni más bien sostenido por la opinión. Los unitarios, que en nada habían tomado parte, lo recibían, al menos, con indiferencia; los federales, *lomos negros,* con desdén, pero sin oposición; los ciudadanos pacíficos lo esperaban como una bendición y un término, a las crueles oscilaciones de dos largos años; la campaña, en fin, como el símbolo de su poder y la humillación de los *cajetillas* de la ciudad. Bajo tan felices disposiciones, principiáronse las elecciones o ratificaciones en todas las parroquias, y la votación fue unánime, excepto tres votos que se opusieron a la delegación de la Suma del Poder público. ¿Concíbese cómo ha podido suceder, que en una provincia de cuatrocientos mil habitantes, según lo asegura la *Gaceta,* sólo hubiese tres votos contrarios al Gobierno? ¿Sería acaso que los disidentes no votaron? ¡Nada de eso! No se tiene aún noticia de ciudadano alguno que no fuese a votar; los enfermos se levantaron de la cama a ir a dar su asentimiento, temerosos de que sus nombres fuesen inscritos en algún negro registro, porque así se había insinuado.

El terror estaba ya en la atmósfera, y aunque el trueno no había estallado aún, todos veían la nube negra y torva que venía cubriendo el cielo dos años hacía. La votación aquella es única en los anales de los pueblos civilizados, y los nombres de los tres locos, más bien que animosos opositores, se han conservado en la tradición del pueblo de Buenos Aires.

Hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos, y es aquel en que, cansados los partidos de luchar, piden antes de todo, el reposo de que por largos años han carecido, aun a expensas de la libertad o de los fines que ambicionaban; éste es el momento en que se alzan los tiranos que fundan dinastías e imperios. Roma, cansada de las luchas de Mario y de Sila, de patricios y plebeyos, se entregó con delicia a la dulce tiranía de Augusto, el primero que encabezaba la lista execrable de los emperadores romanos. La Francia, después del Terror, después de la impotencia y desmoralización del Directorio, se entregó a Napoleón, que, por un camino sembrado de

laureles, la sometió a los aliados que la devolvieron a los Borbones. Rosas tuvo la habilidad de acelerar aquel cansancio, de crearlo a fuerza de hacer imposible el reposo. Dueño una vez del poder absoluto, ¿quién se lo pedirá más tarde?, ¿quién se atreverá a disputarle sus títulos a la dominación? Los romanos daban la dictadura en casos raros y por término corto y fijo; y aun así, el uso de la dictadura temporal autorizó la perpetua, que destruyó la República y trajo todo el desenfreno del Imperio. Cuando el término del gobierno de Rosas expira, anuncia su determinación decidida de retirarse a la vida privada; la muerte de su cara esposa,[2] la de su padre, han ulcerado su corazón; necesita ir lejos del tumulto de los negocios públicos, a llorar a sus anchas pérdidas tan amargas. El lector debe recordar, al oír este lenguaje en la boca de Rosas, que no veía a su padre desde su juventud, y a cuya esposa había dado días tan amargos, algo parecido a las hipócritas protestas de Tiberio ante el Senado romano. La Sala de Buenos Aires le ruega, le suplica que continúe haciendo sacrificios por la patria; Rosas se deja persuadir, continúa tan sólo por seis meses más; pasan los seis meses, y se abandona la farsa de la elección. Y, en efecto, ¿qué necesidad tiene de ser electo un jefe que ha arraigado el poder en su persona? ¿Quién le pide cuenta, temblando del terror que les ha inspirado a todos?

Cuando la aristocracia veneciana hubo sofocado la conspiración de Tiépolo, en 1300, nombró de su seno diez individuos que, investidos de facultades discrecionales, debían perseguir y castigar a los conjurados, pero limitando la duración de su autoridad a sólo diez días. Oigamos al conde de Daru, en su célebre *Historia de Venecia,* referir el suceso:

"Tan inminente se creyó el peligro, dice, que se creó una autoridad dictatorial después de la victoria. Un Consejo de diez miembros fue nombrado para velar por la conservación del Estado. Se le armó de todos los medios; libróse de todas las formas, de todas las responsabilidades; quedáronle sometidas todas las cabezas.

"Verdad es que su duración no debía pasar de diez días; fue necesario, sin embargo, prorrogarla por diez más, después por veinte, en seguida por dos meses; pero, al fin, fue prolongada seis veces seguidas por este último término. A la vuelta de un año de existencia, se hizo continuar por cinco. Entonces se encontró demasiado fuerte para prorrogarse a sí mismo durante diez años más, hasta que fue aquel terrible Tribunal declarado perpetuo.

"Lo que había hecho por prolongar su duración, lo hizo por extender sus atribuciones. Instituido solamente para conocer en los crímenes de Estado, este tribunal se había apoderado de la Administración. So pretexto de velar por la seguridad de la República, se entrometió en la paz y en la guerra, dispuso de las rentas y concluyó por arrogarse el Poder soberano".*

En la República Argentina no es un Consejo el que se ha apoderado así, de la autoridad suprema: es un hombre, y un hombre bien indigno. Encar-

* *Histoire de Venise:* tomo II, libro VII, página 84.— *Nota de la 1ª edición.*

gado, temporalmente, de las Relaciones Exteriores,[3] depone, fusila, asesina a los gobernadores de las provincias que le hicieron el encargo. Revestido de la Suma del Poder público, en 1835, por sólo cinco años, en 1845 está revestido aún de aquel poder. Y nadie sería, hoy, tan candoroso, para esperar que lo deje, ni que el pueblo se atreva a pedírselo. Su gobierno es de por vida, y si la Providencia hubiese de consentir que muriese pacíficamente, como el doctor Francia, largos años de dolores y miserias aguardan a aquellos desgraciados pueblos, víctimas hoy del cansancio de un momento.

El 13 de abril de 1835 se recibió Rosas del gobierno, y su talante desembarazado y su aplomo en la ceremonia, no dejó de sorprender a los ilusos que habían creído tener un rato de diversión, al ver el desmaño y *gaucherie* del gaucho. Presentóse de casaca de general, desabotonada, que dejaba ver un chaleco amarillo de cotonía. Perdónenme los que no comprendan el espíritu de esta singular toilette, el que recuerde aquella circunstancia.

En fin, ya tiene el gobierno en sus manos. Facundo ha muerto un mes antes; la ciudad se ha entregado a su discreción; el pueblo ha confirmado del modo más auténtico esta entrega de toda garantía y de toda institución. Es el Estado una tabla rasa, en que él va a escribir una cosa nueva, original; él es un poeta, un Platón que va a realizar su república ideal, según él ha concebido; es éste un trabajo que ha meditado veinte años, y que al fin puede dar a luz, sin que vengan a estorbar su realización, tradiciones envejecidas, preocupaciones de la época, plagios hechos a la Europa, garantías individuales, instituciones vigentes. Es un genio, en fin, que ha estado lamentando los errores de su siglo y preparándose para destruirlos de un golpe. Todo va a ser nuevo, obra de su ingenio: vamos a ver este portento.

De la Sala de Representantes, a donde ha ido a recibir el bastón, se retira en un coche colorado, mandado pintar ex profeso para el acto, al que están atados cordones de seda colorados y a los que se uncen aquellos hombres que, desde 1833, han tenido la ciudad en continua alarma por sus atentados y su impunidad; llámanle la Sociedad Popular, y llevan el *puñal* a la cintura, chaleco *colorado* y una cinta *colorada,* en la que se lee: "Mueran los unitarios". En la puerta de su casa, le hacen guardia de honor estos mismos hombres; después acuden los ciudadanos, después los generales, porque es necesario hacer aquella manifestación de adhesión sin límites, a la persona del Restaurador.

Al día siguiente, aparece una proclama y una lista de proscripción, en la que entra uno de sus concuñados, el doctor Alsina. La proclama aquella, que es uno de los pocos escritos de Rosas, es un documento precioso que siento no tener a mano. Era un programa de su gobierno, sin disfraz, sin rodeos:

EL QUE NO ESTÁ CONMIGO ES MI ENEMIGO

Tal era el axioma de política consagrado en ella. Se anuncia que va a correr sangre, y tan sólo promete no atentar contra las propiedades. ¡Ay de los que provoquen su cólera!

Cuatro días después, la parroquia de San Francisco anuncia su intención de celebrar una misa y Te Deum, en acción de gracias al Todopoderoso, etc., invitando al vecindario a solemnizar, con su presencia, el acto. Las calles circunvecinas están empavesadas, alfombradas, tapizadas, decoradas. Es aquello un bazar oriental en que se ostentan tejidos de damasco, púrpura, oro y pedrerías, en decoraciones caprichosas. El pueblo llena las calles, los jóvenes acuden a la novedad, las señoras hacen de la parroquia, su paseo de la tarde. El Te Deum se posterga de un día a otro, y la agitación de la ciudad, el ir y venir, la excitación, la interrupción de todo trabajo dura cuatro, cinco días consecutivos. La *Gaceta* repite los más mínimos detalles de la espléndida función. Ocho días después, otra parroquia anuncia su Te Deum: los vecinos se proponen rivalizar en entusiasmo y obscurecer la pasada fiesta. ¡Qué lujo de decoraciones, qué ostentación de riquezas y adornos! El retrato del Restaurador está en la calle, en un dosel, en que los terciopelos *colorados* se mezclan con los galones y las cordonaduras de oro. Igual movimiento por más días aun; se vive en la calle, en la Parroquia privilegiada. Pocos días después, otra Parroquia, otra fiesta en otro barrio. Pero ¿hasta cuándo fiestas? ¿Qué, no se cansa este pueblo de espectáculos? ¿Qué entusiasmo es aquél, que no se resfría en un mes? ¿Por qué no hacen todas las Parroquias su función a un tiempo? No: es el entusiasmo sistemático, ordenado, administrado poco a poco. Un año después, todavía no han concluido las Parroquias de dar su fiesta; el vértigo *oficial* pasa de la ciudad a la campaña, y es cosa de nunca acabar. La *Gaceta* de la época está ahí, ocupada, año y medio, en describir fiestas federales. El *Retrato* se mezcla en todas ellas, tirado en un carro hecho para él, por los generales, las señoras, los federales *netos*. "Et le peuple, enchanté d'un tel spectacle, enthousiasmé du Te Deum, chanté moult bien a Nôtre-Dame, le peuple oublia qu'il payait fort cher tout, et se retirait fort joyeux".*

De las fiestas sale, al fin de año y medio, el color *colorado*, como insignia de adhesión a la *causa*; el retrato de Rosas, colocado en los altares primero, pasa después a ser parte del equipo de cada hombre, que debe llevarlo en el pecho, en señal de *amor intenso a la persona* del Restaurador. Por último, de entre estas fiestas, se desprende, al fin, la terrible Mazorca, cuerpo de policía entusiasta, federal, que tiene por encargo y oficio echar lavativas de ají y aguarrás a los descontentos, primero, y después, no bastando este tratamiento flogístico, degollar a aquellos que se les indique.

La América entera se ha burlado de aquellas famosas fiestas de Buenos Aires y mirádolas como el colmo de la degradación de un pueblo; pero yo no veo en ellas, sino un designio político, el más fecundo en resultados. ¿Cómo encarnar en una República que no conoció reyes jamás, la idea de la *personalidad* de gobierno? La cinta colorada es una materialización del terror que os acompaña a todas partes, en la calle, en el seno de la familia;

**Chronique du moyen âge.— Nota de la 1ª edición.*

es preciso pensar en ella al vestirse, al desnudarse, y las ideas se nos graban siempre por asociación. La vista de un árbol en el campo nos recuerda lo que íbamos conversando diez años antes, al pasar por cerca de él; figuráos las ideas que trae consigo asociadas la cinta colorada, y las impresiones indelebles que ha debido dejar unidas a la imagen de Rosas. Así en una comunicación de un alto funcionario de Rosas,[4] he leído en estos días "que es un signo que su Gobierno ha mandado llevar a sus empleados, en señal de conciliación y de paz". Las palabras *Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios* son, por cierto, muy conciliadoras; tanto, que sólo en el destierro o en el sepulcro habrá quienes se atrevan a negar su eficacia. La mazorca ha sido un instrumento poderoso de conciliación y de paz; y si no, id a ver los resultados y buscad en la tierra, ciudad más conciliada y pacífica que la de Buenos Aires. A la muerte de su esposa, que una chanza brutal de su parte ha precipitado, manda que se le tributen honores de Capitán General, y ordena un luto de dos años a la ciudad y campaña de la provincia, que consiste en un ancho crespón atado al sombrero, con una cinta colorada. ¡Imagináos una ciudad culta, hombres y niños vestidos a la europea, *uniformados* dos años enteros, con un ribete colorado en el sombrero! ¿Os parece ridículo? ¡No!, nada hay ridículo, cuando todos, sin excepción, participan de la extravagancia, y sobre todo, cuando el azote o las lavativas de ají están ahí, para poneros serios como estatuas, si os viene la tentación de reíros. Los serenos cantan a cada cuarto de hora: "¡Viva el ilustre Restaurador! ¡Viva doña Encarnación Ezcurra! ¡Mueran los impíos unitarios!" El sargento primero, al pasar lista a su compañía, repite las mismas palabras; el niño, al levantarse de la cama, saluda al día con la frase sacramental. No hace un mes que una madre argentina, alojada en una fonda de Chile, decía a uno de sus hijos, que despertaba repitiendo en voz alta: "¡Vivan los federales! ¡Mueran los salvajes, asquerosos unitarios!": "Cállate, hijo, no digas eso aquí, que no se usa; ya no digas más, ¡no sea que te oigan!". Su temor era fundado: ¡le oyeron! ¿Qué político ha producido la Europa que haya tenido el alcance para comprender el medio de crear la idea de la *personalidad* del jefe del Gobierno, ni la tenacidad prolija de incubarla quince años, ni que haya tocado medios más variados ni más conducentes al objeto? Podemos en esto, sin embargo, consolarnos de que la Europa haya suministrado un modelo al genio americano. La Mazorca, con los mismos caracteres, compuesta de los mismos hombres, ha existido en la Edad Media en Francia, en tiempo de las guerras entre los partidos de los Armagnac y del duque de Borgoña. En la *Historia de París,* escrita por G. Fouchare La Fosse, encuentro estos singulares detalles: "Estos instigadores del asesinato, a fin de reconocer por todas partes a los borgoñones, habían ya ordenado que llevasen en el vestido la cruz de San Andrés, principal atributo del escudo de Borgoña, y para estrechar más los lazos del partido, imaginaron en seguida formar una Hermandad bajo la invocación del mismo San Andrés. Cada cofrade debía llevar por signo distintivo, a más de la cruz, una corona de rosas...

¡Horrible confusión! ¡El símbolo de inocencia y de ternura sobre la cabeza de los degolladores!... ¡Rosas y sangre!... La sociedad odiosa de los *Cabochiens*, es decir, la horda de carniceros y desolladores, fue soltada por la ciudad, como una tropa de tigres hambrientos, y estos verdugos sin número se bañaron en sangre humana".*

Poned, en lugar de la cruz de San Andrés, la cinta colorada; en lugar de las rosas coloradas, el chaleco colorado; en lugar de *cabochiens*, mazorqueros; en lugar de 1418, fecha de aquella Sociedad, 1835, fecha de esta otra; en lugar de París, Buenos Aires; en lugar del duque de Borgoña, Rosas, y tendréis el plagio hecho en nuestros días. La Mazorca, como los *Cabochiens*, se compuso en su origen, de los carniceros y desolladores de Buenos Aires. ¡Qué instructiva es la Historia! ¡Cómo se repite a cada rato!...

Otra creación de aquella época fue el *censo de las opiniones*. Esta es una institución verdaderamente original. Rosas mandó levantar en la ciudad y la campaña, por medio de los jueces de paz, un registro, en el que se anotó el nombre de cada vecino, clasificándolo de unitario, indiferente, federal o federal neto. En los colegios, se encargó a los rectores, y en todas partes, se hizo con la más severa escrupulosidad, comprobándolo después y admitiendo los reclamos que la inexactitud podía originar. Estos registros, reunidos, después, en la oficina de gobierno, han servido para suministrar gargantas a la cuchilla infatigable de la Mazorca durante siete años.

Sin duda que pasma la osadía del pensamiento de formar la estadística de las opiniones de un pueblo entero, caracterizarlas según su importancia, y con el registro a la vista, seguir durante diez años, la tarea de desembarazarse de todas las cifras adversas, destruyendo en la *persona*, el germen de la hostilidad. Nada igual me presenta la Historia, sino las clasificaciones de la Inquisición, que distinguía las opiniones heréticas en malsonantes, ofensivas de oídos piadosos, casi herejía, herejía, herejía perniciosa, etc. Pero al fin, la Inquisición no hizo el catastro de la España para exterminarla en las generaciones, en el individuo, antes de ser denunciado al Santo Tribunal.

Como mi ánimo es sólo mostrar el nuevo orden de instituciones que suplantan a las que estamos copiando de la Europa, necesito acumular las principales, sin atender a las fechas. La ejecución que llamamos *fusilar* queda desde luego sustituida por la de *degollar*. Verdad es que se fusila una mañana cuarenta y cuatro indios, en una plaza de la ciudad, para dejar yertos a todos con estas matanzas, que aunque de salvajes, eran al fin, hombres; pero, poco a poco, se abandona, y el *cuchillo* se hace el instrumento de la Justicia.

¿De dónde ha tomado tan peregrinas ideas de gobierno, este hombre horriblemente extravagante? Yo voy a consignar algunos datos. Rosas desciende de una familia perseguida por *goda*, durante la revolución de la Independencia. Su educación doméstica se resiente de la dureza y terquedad de las antiguas costumbres señoriales. Ya he dicho que su madre, de un carácter duro,

* *Histoire de Paris;* tomo III, pág. 176.

tétrico, se ha hecho servir de rodillas hasta estos últimos años; el silencio lo ha rodeado durante su infancia, y el espectáculo de la autoridad y de la servidumbre han debido dejarle impresiones duraderas. Algo de extravagante ha habido en el carácter de la madre, y esto se ha reproducido en don Juan Manuel y dos de sus hermanas. Apenas llegado a la pubertad, se hace insoportable a su famliia, y su padre lo destierra a una estancia. Rosas, con cortos intervalos, ha residido en la campaña de Buenos Aires, cerca de treinta años; y ya el año 24, era una autoridad que las Sociedades industriales ganaderas consultaban, en materia de arreglos de estancias. Es el primer jinete de la República Argentina, y cuando digo de la República Argentina, sospecho que de toda la tierra; porque ni un equitador ni un árabe tiene que habérselas con el potro salvaje de la Pampa.

Es un prodigio de actividad; sufre accesos nerviosos en que la vida predomina tanto, que necesita saltar sobre un caballo, echarse a correr por la pampa, lanzar gritos descompasados, rodar hasta que, al fin, extenuado el caballo, sudando a mares, vuelve él a las habitaciones, fresco ya y dispuesto para el trabajo. Napoleón y Lord Byron padecían de estos arrebatos, de estos furores causados por el exceso de la vida.

Rosas se distingue, desde temprano, en la campaña, por las vastas empresas de leguas de siembras de trigo que acomete y lleva a cabo, con suceso, y sobre todo, por la administración severa, por la disciplina de hierro que introduce en sus estancias. Esta es su obra maestra, su tipo de gobierno, que ensayará más tarde para la *ciudad* misma. Es preciso conocer al gaucho argentino y sus propensiones innatas, sus hábitos inveterados. Si andando en la pampa, le vais proponiendo darle una estancia con ganados que lo hagan rico propietario; si corre en busca de la médica de los alrededores, para que salve a su madre, a su esposa querida que deja agonizando, y se atraviesa un avestruz por su paso, echará a correr detrás de él, olvidando la fortuna que le ofrecéis, la esposa o la madre moribunda; y no es él solo que está dominado de este instinto: el caballo mismo relincha, sacude la cabeza y tasca el freno de impaciencia, por volar detrás del avestruz. Si a distancia de diez leguas de su habitación, el gaucho echa de menos su cuchillo, se vuelve a tomarlo, aunque esté a una cuadra del lugar a donde iba; porque el cuchillo es para él, lo que la respiración, la vida misma. Pues bien, Rosas ha conseguido que en sus estancias, que se unen con diversos nombres desde los Cerrillos hasta el arroyo Cachagualefú, anduviesen los avestruces en rebaños, y dejasen, al fin, de huir a la aproximación del gaucho: tan seguros y tranquilos pacen en las posesiones de Rosas; y esto, mientras que han sido ya extinguidos en todas las adyacentes campañas. En cuanto al cuchillo, ninguno de sus peones lo cargó jamás, no obstante que la mayor parte de ellos eran asesinos perseguidos por la justicia. Una vez él, por olvido, se ha puesto el puñal a la cintura y el mayordomo se lo hace notar; Rosas se baja los calzones y manda que se le den los doscientos azotes, que es la pena impuesta en su estancia, al que lleva cuchillo. Habrá gentes que duden de

este hecho, confesado y publicado por él mismo; pero es auténtico, como lo son las extravagancias y rarezas sangrientas que el mundo civilizado se ha negado obstinadamente a creer durante diez años. La autoridad ante todo: el respeto a lo mandado, aunque sea ridículo o absurdo; diez años estará en Buenos Aires y en toda la República, haciendo azotar y degollar, hasta que la cinta colorada sea una parte de la existencia del individuo, como el corazón mismo. Repetirá en presencia del mundo entero, sin contemporizar jamás, en cada comunicación oficial: "¡Mueran los asquerosos, salvajes, inmundos unitarios!", hasta que el mundo entero se eduque y se habitúe a oír este grito sanguinario, sin escándalo, sin réplica, y ya hemos visto a un magistrado de Chile tributar su homenaje y aquiescencia a este hecho, que, al fin, a nadie interesa.

¿Dónde, pues, ha estudiado este hombre el plan de innovaciones que introduce en *su gobierno,* en desprecio del sentido común, de la tradición, de la conciencia y de la práctica inmemorial de los pueblos civilizados? Dios me perdone si me equivoco, pero esta idea me domina hace tiempo: en la *Estancia de ganados* en que ha pasado toda su vida, y en la *Inquisición,* en cuya tradición ha sido educado. Las fiestas de las parroquias son una imitación de la *hierra* del ganado, a que acuden todos los vecinos; la *cinta colorada* que clava a cada hombre, mujer o niño, es la *marca* con que el propietario reconoce su ganado; el degüello, a cuchillo, erigido en medio de ejecución pública, viene de la costumbre de *degollar* las reses que tiene todo hombre en la campaña; la prisión sucesiva de centenares de ciudadanos, sin motivo conocido y por años enteros, es el rodeo con que se dociliza el ganado, encerrándolo diariamente en el corral; los azotes por las calles, la Mazorca, las matanzas ordenadas, son otros tantos medios de *domar* a la *ciudad,* dejarla al fin, como el ganado más manso y ordenado que se conoce.

Esta prolijidad y arreglo ha distinguido en su vida privada a don Juan Manuel de Rosas, cuyas estancias eran citadas como el modelo de la disciplina de los peones y la mansedumbre del ganado. Si esta explicación parece monstruosa y absurda, denme otra; muéstrenme la razón por qué coinciden de un modo tan espantoso su manejo de una estancia, sus prácticas y administración, con el gobierno, prácticas y administración de Rosas; hasta su respeto de entonces, por la propiedad es efecto de que ¡el gaucho gobernador *es propietario!* Facundo respetaba menos la propiedad que la vida. Rosas ha perseguido a los ladrones de ganado con igual obstinación que a los unitarios. Implacable se ha mostrado su Gobierno contra los cuereadores de la campaña,[5] y centenares han sido degollados. Esto es laudable, sin duda; yo sólo explico el origen de la antipatía.

Pero hay otra parte de la sociedad que es preciso moralizar y enseñar a obedecer, a entusiasmarse cuando *deba* entusiasmarse, a aplaudir cuando *deba* aplaudir, a callar cuando *deba* callar. Con la posesión de la *Suma del Poder público,* la Sala de Representantes queda inútil, puesto que la ley emana directamente de la *persona* del jefe de la República. Sin embargo,

conserva la forma, y durante quince años son reelectos unos treinta individuos que están al corriente de los negocios. Pero la tradición tiene asignado otro papel a la Sala; allí Alcorta, Guido y otros han hecho oír, en tiempo de Balcarce y Viamont, acentos de libertad y reproches al instigador de los desórdenes; necesita, pues, quebrantar esta tradición y dar una lección severa para el porvenir. El doctor don Vicente Maza, presidente de la Sala y de la Cámara de Justicia, consejero de Rosas, y el que más ha contribuido a elevarlo, ve un día que su retrato ha sido quitado de la sala del Tribunal, por un destacamento de la Mazorca; en la noche, rompen los vidrios de las ventanas de su casa, donde ha ido a asilarse; al día siguiente, escribe a Rosas, en otro tiempo su protegido, su ahijado político, mostrándole la extrañeza de aquellos procedimientos y su inocencia de todo crimen. A la noche del tercer día, se dirige a la Sala, y estaba dictando al escribiente su renuncia, cuando el cuchillo que corta su garganta, interrumpe el dictado. Los representantes empiezan a llegar, la alfombra está cubierta de sangre, el cadáver del presidente yace tendido aún. El señor Irigoyen propone, que al día siguiente, se reúna el mayor número posible de rodados para acompañar, debidamente, al cementerio, a la ilustre víctima. Don Baldomero García dice: "Me parece bien; pero... no muchos coches...; ¿para qué?" Entra el general Guido y le comunican la idea, a que contesta, clavándoles unos ojos tamaños y mirándolos de hito en hito: "¿Coches? ¿Acompañamiento? Que traigan el carro de la Policía y se lo lleven ahora mismo". "Eso decía yo —continúa García—. ¿Para qué coches?" La *Gaceta* del día siguiente anunció que los impíos unitarios habían asesinado a Maza. Un gobernador del interior decía, aterrado, al saber esta catástrofe: "¡Es imposible que sea Rosas el que lo ha hecho matar!" A lo que su secretario añadió: "Y si él lo ha hecho, razón ha de haber tenido"; en lo que convinieron todos los circunstantes.

Efectivamente, razón tenía. Su hijo el coronel Maza,[6] tenía tramada una conspiración en que entraba todo el ejército, y después, Rosas decía que había muerto al anciano padre, por no darle el pesar de ver morir a su querido hijo.

Pero aún me falta entrar en el vasto campo de la política general de Rosas, con respecto a la República entera. Tiene ya su *gobierno;* Facundo ha muerto dejando ocho provincias huérfanas, unitarizadas bajo su influencia. La República marcha visiblemente a la unidad de Gobierno, a que su superficie llana, su puerto único, la condena. Se ha dicho que es federal, llámasele Confederación Argentina, pero todo va encaminándose a la unidad más absoluta; desde 1831 viene fundiéndose, desde el interior, en formas, prácticas e influencias. No bien se recibe Rosas del Gobierno en 1835, cuando declara, por una proclamación, que los *impíos unitarios* han asesinado alevosamente al ilustre general Quiroga, y que él se propone castigar atentado tan espantoso, que ha privado a la Federación de su columna más poderosa. "¡Qué! —decían abriendo un palmo de boca los pobres unitarios al leer

la proclama—; ¡Qué!... ¿Los Reinafé son unitarios? ¿No son hechura de López, no entraron en Córdoba, persiguiendo el ejército de Paz, no están en activa y amigable correspondencia con Rosas? ¿No salió de Buenos Aires Quiroga por solicitud de Rosas? ¿No iba un chasque delante de él, que anunciaba a los Reinafé su próxima llegada? ¿No tenían los Reinafé preparada de antemano la partida que debía asesinarlo?..." Nada; los impíos unitarios han sido los asesinos, ¡y desgraciado el que dude de ello!... Rosas manda a Córdoba, a pedir los preciosos restos de Quiroga, la galera en que fue muerto, y se le hacen en Buenos Aires, las exequias más suntuosas que hasta entonces se han visto; se manda cargar luto a la *ciudad* entera. Al mismo tiempo, dirige una circular a todos los Gobiernos, en la que les pide que lo nombren a *él*, juez árbitro para seguir la causa y juzgar a los impíos unitarios que han asesinado a Quiroga; les indica la forma en que han de autorizarlo, y por cartas particulares, les encarece la importancia de la medida; los halaga, seduce y ruega. La autorización es unánime, y los Reinafé son depuestos, y presos todos los que han tenido parte, noticia o atingencia con el crimen, y conducidos a Buenos Aires; un Reinafé se escapa y es alcanzado en el territorio de Bolivia; otro pasa el Paraná y más tarde, cae en manos de Rosas, después de haber escapado en Montevideo, de ser robado por un capitán de buque. Rosas y el doctor Maza siguen la causa de noche, a puertas cerradas. El doctor Gamboa, que se toma alguna libertad, en la defensa de un reo subalterno, es declarado impío unitario por un decreto de Rosas. En fin, son ajusticiados todos los criminales que se han aprehendido, y un voluminoso extracto de la causa ve la luz pública. Dos años después, había muerto López en Santa Fe, de enfermedad natural, si bien el médico mandado por Rosas a asistirlo, recibió más tarde, una casa de la Municipalidad, por recompensa de sus servicios al Gobierno. Cullen,[7] el secretario de López en la época de la muerte de Quiroga, y que a la de López, queda de gobernador de Santa Fe, por disposición testamentaria del finado, es depuesto por Rosas y sacado, al fin, de Santiago del Estero, donde se ha asilado, y a cuyo gobernador, manda Rosas una talega de onzas o la declaración de guerra, si el amigo no entrega a su amigo. El gobernador prefiere las onzas; Cullen es entregado a Rosas, y al pisar la frontera de Buenos Aires, encuentra una partida y un oficial que le hace desmontarse del caballo y lo fusila. La *Gaceta* de Buenos Aires publicaba después, una carta de Cullen a Rosas, en que había indicios claros de la complicación del Gobierno de Santa Fe en el asesinato de Quiroga, y como el finado López, decía la *Gaceta,* tenía plena confianza en su secretario, ignoraba el atroz crimen que éste estaba preparando. Nadie podía replicar entonces, que si López lo ignoraba, Rosas no, porque a él era dirigida la carta. Ultimamente, el doctor don Vicente Maza, el secretario de Rosas y procesador de los reos, murió, también degollado, en la sala de sesiones; de manera que Quiroga, sus asesinos, los jueces de los asesinos y los instigadores del crimen, todos tuvieron en dos años, la mordaza que la tumba pone a las revelaciones indis-

cretas. Id ahora a preguntar quién mandó matar a Quiroga. ¿López? No se sabe. Un mayor, Muslera, de auxiliares, decía una vez en presencia de muchas personas, en Montevideo: "Hasta ahora he podido descubrir por qué me ha tenido preso e incomunicado el general Rosas, durante dos años y cinco meses. La noche anterior a mi prisión estuve en su casa. Su hermana y yo estábamos en un sofá, mientras que él se paseaba a lo largo de la sala, con muestras visibles de descontento. —¿A que no adivina —me dijo la señora— por qué esta así Juan Manuel? Es porque me está viendo este ramito *verde* que tengo en las manos. Ahora verá —añadió tirándolo al suelo. Efectivamente, don Juan Manuel se detuvo a poco andar, se acercó a nosotros, y me dijo en tono familiar: —¿Y qué se dice en San Luis de la muerte de Quiroga? —Dicen, señor, que S. E. es quien lo ha hecho matar. —¿Sí? Así se corre... Continuó paseándose, me despedí después, y al día siguiente, fui preso, y he permanecido hasta el día que llegó la noticia de la victoria de Yungay,[8] en que, con doscientos más, fui puesto en libertad". El mayor Muslera murió, también, combatiendo contra Rosas, lo que no ha estorbado que se continúe hasta el día de hoy, diciendo lo mismo que había oído aquél.

Pero el vulgo no ha visto en la muerte de Quiroga y el enjuiciamiento de sus asesinos, más que un crimen horrible; la Historia verá otra cosa: en lo primero, la fusión de la República en una unidad compacta, y en el enjuiciamiento de los Reinafé, gobernadores de una provincia, el *hecho* que constituye a Rosas, jefe del Gobierno unitario absoluto, que desde aquel día y por aquel acto, se constituye en la República Argentina. Rosas, investido del poder de juzgar a otro gobernador, establece en las conciencias de los demás la idea de la autoridad suprema de que está investido.

Juzga a los Reinafé por un crimen averiguado; pero en seguida, manda fusilar sin juicio previo a Rodríguez,[9] gobernador de Córdoba, que sucedió a los Reinafé, por no haber obedecido a todas sus instrucciones; fusila en seguida a Cullen, gobernador de Santa Fe, por razones que él solo conoce, y últimamente, expide un decreto por el cual declara que ningún Gobierno de las demás provincias será reconocido válido, mientras no obtenga su *exequatur.* Si aún se duda que ha asumido el mando supremo, y que los demás gobernadores son simples bajáes, a quienes puede mandar el cordón morado, cada vez que no cumplan con sus órdenes, expedirá otro, en el que deroga todas las leyes existentes de la República, desde el año 1810 en adelante, aunque hayan sido dictadas por los Congresos generales o cualquiera otra autoridad competente, declarando además, írrito y de ningún valor, todo lo que, a consecuencia y en cumplimiento de esas leyes, se hubiese obrado hasta entonces. Yo pregunto: ¿qué legislador, qué Moisés o Licurgo, llevó más adelante el intento de refundir una sociedad bajo un plan nuevo? La revolución de 1810 queda, por este decreto, derogada: ley ni arreglo ninguno queda vigente; el campo para las innovaciones, limpio como la palma de la mano, y la República entera sometida, sin dar una ba-

talla siquiera y sin consultar a los caudillos. La *Suma del Poder público* de que se había investido para Buenos Aires sólo, la extiende a toda la República, porque no sólo no se dice que es el sistema unitario el que se ha establecido, del que la persona de Rosas es el centro, sino que, con mayor tesón que nunca, se grita: ¡Viva la federación; mueran los unitarios! El epíteto unitario deja de ser el distintivo de un partido, y pasa a expresar todo lo que es execrado: los asesinos de Quiroga son *unitarios;* Rodríguez es *unitario;* Cullen, *unitario;* Santa Cruz, que trata de establecer la Confederación peruanoboliviana, *unitario.* Es admirable la paciencia que ha mostrado Rosas en fijar el sentido de ciertas palabras y el tesón de repetirlas. En diez años, se habrá visto escrito en la República Argentina, treinta millones de veces: ¡Viva la Confederación! ¡Viva el ilustre Restaurador! ¡Mueran los salvajes unitarios!, y nunca el cristianismo ni el mahometismo multiplicaron tanto sus símbolos respectivos, la cruz y la creciente, para estereotipar la creencia moral en exterioridades materiales y tangibles. Todavía era preciso afinar aquel dicterio de *unitario;* fue primero lisa y llanamente *unitarios;* más tarde, los *impíos* unitarios, favoreciendo con eso, las preocupaciones del partido ultracatólico que secundó su elevación. Cuando se emancipó de ese pobre partido, y el cuchillo alcanzó también, a la garganta de curas y canónigos, fue preciso abandonar la denominación de impíos: la casualidad suministró una coyuntura. Los diarios de Montevideo empezaron a llamar *salvaje* a Rosas; un día, la *Gaceta* de Buenos Aires apareció con esta agregación al tema ordinario: mueran los *salvajes* unitarios; repitiólo la Mazorca, repitiéronlo todas las comunicaciones oficiales, repitiéronlo los gobernadores del interior, y quedó consumada la adopción. "Repita usted la palabra *salvaje* —escribía Rosas a López— hasta la saciedad, hasta aburrir, hasta cansar. Yo sé lo que le digo, amigo". Más tarde se le agregó *inmundos;* más tarde, *asquerosos;* más tarde, en fin, don Baldomero García decía en una comunicación al Gobierno de Chile, que sirvió de cabeza de proceso a Bedoya, que era aquel emblema y aquel letrero una señal de conciliación y de paz, porque todo el sistema se reduce a burlarse del sentido común. La unidad de la República se realiza a fuerza de negarla; y desde que todos dicen federación, claro está que hay unidad. Rosas se llama encargado de las Relaciones Exteriores de la República, y sólo cuando la fusión está consumada y ha pasado a tradición, a los diez años después, don Baldomero García, en Chile, cambia aquel título por el de Director Supremo de los asuntos de la República.

He aquí, pues, la República unitarizada, sometida toda ella al arbitrio de Rosas; la antigua cuestión de los partidos de ciudad, desnaturalizada; cambiado el sentido de las palabras, e introducido el régimen de la estancia de ganados, en la administración de la República más guerrera, más entusiasta por la libertad y que más sacrificios hizo para conseguirla. La muerte de López le entregaba a Santa Fe; la de los Reinafé, a Córdoba; la de Facundo, las ocho provincias de la falda de los Andes. Para tomar posesión de todas

ellas, bastáronle algunos obsequios personales, algunas cartas amistosas y algunas erogaciones del erario. Los Auxiliares acantonados en San Luis recibieron un magnífico vestuario, y sus sueldos empezaron a pagarse de las cajas de Buenos Aires. El padre Aldao, a más de una suma de dinero, empezó a recibir su sueldo de general, de manos de Rosas, y el general Heredia,[10] de Tucumán, que, con motivo de la muerte de Quiroga, escribía a un amigo suyo: "¡Ay, amigo! ¡No sabe lo que ha perdido la República con la muerte de Quiroga! ¡Qué porvenir, qué pensamiento tan grande de hombre! ¡Quería constituir la República y llamar a todos los emigrados, para que contribuyesen con sus luces y saber, a esta grande obra!", el general Heredia recibió un armamento y dinero para preparar la guerra contra el *impío unitario* Santa Cruz, y se olvidó bien pronto, del cuadro grandioso que Facundo había desenvuelto a su vista, en las conferencias que con él tuvo antes de su muerte.

Una medida administrativa que influía sobre toda la nación, vino a servir de ensayo y manifestación de esta fusión unitaria y dependencia absoluta de Rosas. Rivadavia había establecido correos que, de ocho en ocho días, llevaban y traían la correspondencia de las provincias a Buenos Aires, y uno, mensual, a Chile y Bolivia, que daban el nombre a las dos líneas generales de comunicación establecidas en la República. Los gobiernos civilizados del mundo ponen, hoy, toda solicitud en aumentar, a costa de gastos inmensos, los correos no sólo de ciudad a ciudad, día por día y hora por hora, sino en el seno mismo de las grandes ciudades, estableciendo estafetas de barrio, y entre todos los puntos de la tierra, por medio de las líneas de vapores que atraviesan el Atlántico o costean el Mediterráneo, porque la riqueza de los pueblos, la seguridad de las especulaciones de comercio, todo depende de la facilidad de adquirir noticias. En Chile, vemos todos los días, o los reclamos de los pueblos para que se aumenten los correos, o bien la solicitud del Gobierno, para multiplicarlos por mar o por tierra. En medio de este movimiento general del mundo, para acelerar las comunicaciones de los pueblos, don Juan Manuel Rosas, para mejor gobernar sus provincias, suprime los correos, que no existen en toda la República hace catorce años. En su lugar, establece chasques de gobierno, que despacha él cuando hay una orden o una noticia que comunicar a sus subalternos. Esta medida horrible y ruinosa ha producido, sin embargo, para su sistema, las consecuencias más útiles. La expectación, la duda, la incertidumbre, se mantienen en el interior; los gobernadores mismos se pasan tres y cuatro meses sin recibir un despacho, sin saber sino de oídas lo que en Buenos Aires ocurre. Cuando un conflicto ha pasado, cuando una ventaja se ha obtenido, entonces parten los chasques al interior, conduciendo cargas de *Gacetas*, partes y boletines, con una carta al amigo, al compañero y gobernador, anunciándole que los *salvajes unitarios* han sido derrotados, que la Divina Providencia vela por la conservación de la República.

Ha sucedido en 1843, que en Buenos Aires, las harinas tenían un precio

exorbitante y las provincias del interior lo ignoraban; algunos que tuvieron noticias privadas de sus corresponsales, mandaron cargamentos que les dejaron pingües utilidades. Entonces las provincias de San Juan y Mendoza, en masa, se movieron a especular sobre las harinas. Millares de cargas atraviesan la pampa, llegan a Buenos Aires, y encuentran... que hacía dos meses que habían bajado de precio, hasta no costear ni los fletes. Más tarde se corre en San Juan, que las harinas han tomado valor en Buenos Aires; los cosecheros suben el precio; suben las propuestas; se compra el trigo por cantidades exorbitantes; se acumula en varias manos, hasta que al fin, una árrea que llega descubre que no ha habido alteración ninguna en la plaza, que ella deja su carga de harina porque no hay ni compradores. ¡Imaginaos, si podéis, pueblos colocados a inmensas distancias, ser gobernados de este modo!

Todavía, en estos últimos años, las consecuencias de sus tropelías le han servido para consumar su obra unitaria. El Gobierno de Chile,[11] despreciado en sus reclamaciones sobre males inferidos a sus súbditos, creyó oportuno cortar las relaciones comerciales con las provincias de Cuyo. Rosas aplaudió la medida y se calló la boca. Chile le proporcionaba lo que él no se había atrevido a intentar, que era cerrar todas las vías de comercio que no dependiesen de Buenos Aires. Mendoza y San Juan, La Rioja y Tucumán, que proveían de ganados, harina, jabón y otros ramos valiosos a las provincias del norte de Chile, han abandonado este tráfico. Un enviado ha venido a Chile, que esperó seis meses en Mendoza, hasta que se cerrase la cordillera, y que hasta aquí, hace tres que no ha hablado una palabra, hasta ahora, de abrir el comercio.

Organizada la República bajo un plan de combinaciones tan fecundas en resultados, contrájose Rosas a la organización de su poder en Buenos Aires, echándole bases duraderas. La campaña lo había empujado sobre la ciudad; pero abandonando él la estancia por el Fuerte, necesitando moralizar esa misma campaña, como propietario y borrar el camino por donde otros comandantes de campaña podían seguir sus huellas, se consagró a levantar un ejército. que se engrosaba de día en día, y que debía servir a contener la República en la obediencia y a llevar el estandarte de la santa causa, a todos los pueblos vecinos.

No era sólo el ejército, la fuerza que había sustituido a la adhesión de la campaña, y a la opinión pública de la *ciudad*. Dos pueblos distintos, de razas diversas, vinieron en su apoyo. Existe en Buenos Aires, una multitud de negros, de los millares quitados por los corsarios, durante la guerra del Brasil. Forman asociaciones según los pueblos africanos a que pertenecen, tienen reuniones públicas, caja municipal y un fuerte espíritu de cuerpo, que los sostiene en medio de los blancos.

Los africanos son conocidos por todos los viajeros como una raza guerrera, llena de imaginación y de fuego, y aunque feroces cuando están exitados, dóciles, fieles y adictos al amo o al que los ocupa. Los europeos que pene-

tran en el interior del Africa toman negros a su servicio, que los defienden de los otros negros, y se exponen por ellos, a los mayores peligros.

Rosas se formó una opinión pública, un pueblo adicto en la población negra de Buenos Aires, y confió a su hija doña Manuelita, esta parte de su gobierno. La influencia de las negras para con ella, su favor para con el Gobierno, han sido siempre sin límites. Un joven sanjuanino estaba en Buenos Aires, cuando Lavalle se acercaba en 1840; había pena de la vida para el que saliese del recinto de la ciudad. Una negra vieja que en otro tiempo había pertenecido a su familia y había sido vendida en Buenos Aires, lo reconoce; sabe que está detenido: "Amito —le dice—, ¿cómo no me había avisado? En el momento voy a conseguirle pasaporte. —¿Tú? —Yo, amito; la señorita Manuelita no me lo negará". Un cuarto de hora después, la negra volvía con el pasaporte firmado por Rosas, con orden a las partidas, de dejarlo salir libremente.

Los negros, ganados así para el Gobierno, ponían en manos de Rosas, un celoso espionaje en el seno de cada familia, por los sirvientes y esclavos, proporcionándole, además, excelentes e incorruptibles soldados de otro idioma y de una raza salvaje. Cuando Lavalle se acercó a Buenos Aires, el Fuerte y Santos Lugares estaban llenos, a falta de soldados, de negras entusiastas vestidas de hombres para engrosar las fuerzas. La adhesión de los negros dio al poder de Rosas, una base indestructible. Felizmente, las continuas guerras han exterminado ya la parte masculina de esta población, que encontraba su patria y su manera de gobernar, en el amo a quien servía. Para intimidar la campaña, atrajo, a los fuertes del sur, algunas tribus salvajes, cuyos caciques estaban a sus órdenes.

Asegurados estos puntos principales, el tiempo irá consolidando la obra de organización unitaria que el crimen había iniciado, y sostenían la decepción y la astucia. La República así reconstruida, sofocado el federalismo de las provincias, y por persuasión, conveniencia, o temor, obedeciendo todos sus gobiernos a la impulsión que se les da desde Buenos Aires, Rosas necesita salir de los límites de su Estado, para ostentar afuera, para exhibir a la luz pública, la obra de su ingenio. ¿De qué le había servido absorberse las provincias, si al fin había de permanecer, como el doctor Francia, sin brillo en el exterior, sin contacto ni influencia sobre los pueblos vecinos? La fuerte unidad dada a la República, sólo es la base firme que necesita para lanzarse y producirse en un teatro más elevado, porque Rosas tiene conciencia de su valer y espera una nombradía imperecedera.

Invitado por el Gobierno de Chile, toma parte en la guerra que este Estado hace a Santa Cruz. ¿Qué motivos le hacen abrazar con tanto ardor, una guerra lejana y sin antecedente para él? Una idea fija que lo domina desde mucho antes de ejercer el Gobierno Supremo de la República, a saber: la reconstrucción del antiguo virreinato de Buenos Aires. No es que por entonces, conciba apoderarse de Bolivia, sino que, habiendo cuestiones pendientes sobre límites, reclama la provincia de Tarija: lo demás, lo darán el tiem-

po y las circunstancias. A la otra orilla del Plata, también hay una desmembración del virreinato: la República Oriental. Allí Rosas halla medios de establecer su influencia con el gobierno de Oribe, y si no obtiene que no lo ataque la prensa, consigue al menos, que el pacífico Rivadavia, los Agüero, Varela y otros unitarios de nota sean expulsados[12] del territorio Oriental. Desde entonces, la influencia de Rosas se encarna más y más en aquella República, hasta que al fin, el ex presidente Oribe se constituye en general de Rosas, y los emigrados argentinos se confunden con los nacionales, en la resistencia que oponen a esta conquista disfrazada con nombres especiosos. Más tarde, y cuando el doctor Francia muere, Rosas se niega a reconocer la independencia del Paraguay,[13] siempre preocupado de su idea favorita: la reconstrucción del antiguo virreinato.

Pero todas estas manifestaciones de la Confederación Argentina no bastan a mostrarlo en toda su luz; necesítase un campo más vasto, antagonistas más poderosos, cuestiones de más brillo, una potencia europea, en fin, con quien habérselas y mostrarle lo que es un Gobierno americano original, y la fortuna no se esquiva, esta vez, para ofrecérsela.

La Francia mantenía en Buenos Aires, en calidad de agente consular, un joven de corazón y capaz de simpatías ardientes por la civilización y la libertad. M. Roger[14] está relacionado con la juventud literata de Buenos Aires, y mira, con la indignación de un corazón joven y francés, los actos de inmoralidad, la subversión de todo principio de justicia y la esclavitud de un pueblo que estima altamente. Yo no quiero entrar en la apreciación de los motivos ostensibles que motivaron el bloqueo de Francia, sino en las causas que venían preparando una coalición entre Rosas y los agentes de los Poderes europeos. Los franceses, sobre todo, se habían distinguido ya, desde 1828, por su decisión entusiasta por la causa que sostenían los antiguos unitarios. M. Guizot ha dicho en pleno Parlamento, que sus conciudadanos son muy entrometidos: yo no pondré en duda autoridad tan competente; lo único que aseguraré es que, entre nosotros, los franceses residentes se mostraron siempre franceses, europeos y hombres de corazón; si después en Montevideo, se han mostrado lo que en 1828, eso probará que, en todos tiempos, son entrometidos, o bien que hay algo en las cuestiones políticas del Plata que les toca muy de cerca. Sin embargo, yo no comprendo cómo concibe M. Guizot que en un país cristiano, en que los franceses residentes tienen sus hijos y su fortuna, y esperan hacer de él, su patria definitiva, han de mirar con indiferencia el que se levante y afiance un sistema de gobierno que destruye todas las garantías de las sociedades civilizadas, y abjura todas las tradiciones, doctrinas y principios que ligan aquel país a la gran familia europea. Si la escena fuese en Turquía o en Persia, comprendo muy bien, que serían entrometidos por demás, los extranjeros que se mezclasen en las querellas de los habitantes; entre nosotros, y cuando las cuestiones son de la clase de las que allí se ventilan, hallo muy difícil creer que el mismo M. Guizot conservase cachaza suficiente, para no desear, si-

quiera, el triunfo de aquella causa que más de acuerdo está con su educación, hábitos e ideas europeas. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los europeos, de cualquier nación que sean, han abrazado con calor un partido, y para que esto suceda, causas sociales muy profundas deben militar para vencer el egoísmo natural al hombre extranjero; más indiferentes se han mostrado siempre los americanos mismos.

La *Gaceta* de Rosas se queja, hasta hoy, de la hostilidad puramente personal de Purvis[15] y otros agentes europeos que favorecen a los enemigos de Rosas, aun contra las órdenes expresas de sus gobiernos. Estas antipatías personales de europeos civilizados, más que la muerte de Bacle[16] prepararon el bloqueo. El joven Roger quiso poner el peso de la Francia en la balanza en que no alcanzaba a pesar bastante, el partido europeo civilizado que destruía Rosas, y M. Martigny,[17] tan apasionado como él, lo secundó en aquella obra más digna de esa Francia ideal que nos ha hecho amar la literatura francesa, que de la verdadera Francia, que anda arrastrándose hoy día, tras de todas las cuestiones de hechos mezquinos y sin elevación de ideas.

Una desavenencia con la Francia era para Rosas, el bello ideal de su Gobierno, y no sería dado saber quién agriaba más la discusión, si M. Roger con sus reclamos y su deseo de hacer caer aquel tirano bárbaro, o Rosas, animado de su ojeriza contra los extranjeros y sus instituciones, trajes, costumbres e ideas de gobierno. "Este bloqueo —decía Rosas frotándose las manos de contento y entusiasmo— va a llevar mi nombre por todo el mundo, y la América me mirará como el Defensor de su Independencia". Sus anticipaciones han ido más allá de lo que él podía prometerse, y sin duda que Mehemet-Alí ni Abdel-Kader gozan hoy en la tierra, de una nombradía más sonada que la suya. En cuanto a Defensor de la Independencia Americana, título que él se ha arrogado, los hombres ilustrados de América empiezan hoy a disputárselo, y acaso los hechos vengan tristemente a mostrar que sólo Rosas podía echar a la Europa sobre la América y forzarla a intervenir en las cuestiones que de este lado del Atlántico se agitan. La triple intervención que se anuncia es la primera que ha tenido lugar en los nuevos estados americanos.

El bloqueo francés fue la vía pública por la cual llegó a manifestarse sin embozo, el sentimiento llamado propiamente *americanismo*. Todo lo que de bárbaros tenemos; todo lo que nos separa de la Europa culta, se mostró desde entonces, en la República Argentina, organizado en sistema y dispuesto a formar de nosotros, una entidad aparte de los pueblos de procedencia europea. A la par de la destrucción de todas las instituciones que nos esforzamos por todas partes en copiar a la Europa, iba la persecución al frac a la moda, a las patillas, a los peales del calzón, a la forma del cuello del chaleco y al peinado que traía el figurín; y a estas exterioridades europeas se sustituía el pantalón ancho y suelto, el chaleco colorado, la chaqueta corta, el poncho, como trajes nacionales, eminentemente americanos, y este mismo don Baldomero García que hoy nos trae a Chile, el "Mueran los sal-

vajes, asquerosos, inmundos unitarios", como "signo de conciliación y de paz", fue botado, a empujones, del Fuerte, un día en que, como magistrado, acudía a un besamanos, por tener el salvajismo asqueroso e inmundo de presentarse con frac.

Desde entonces, la *Gaceta* cultiva, ensancha, agita y desenvuelve en el ánimo de sus lectores, el odio a los europeos, el desprecio de los cuerpos que quieren conquistarnos. A los franceses, los llama titiriteros, tiñosos; a Luis Felipe, guarda chanchos, unitario, y a la política europea, bárbara, asquerosa, brutal, sanguinaria, cruel, inhumana. El bloqueo principia y Rosas escoge medios de resistirlo, dignos de una guerra entre él y Francia. Quita a los catedráticos de la Universidad sus rentas,[18] a las escuelas primarias de hombres y de mujeres, las dotaciones cuantiosas que Rivadavia les había asignado; cierra todos los establecimientos filantrópicos; los locos son arrojados a las calles, y los vecinos se encargan de encerrar en sus casas, a aquellos peligrosos desgraciados. ¿No hay una exquisita penetración en estas medidas? ¿No se hace la verdadera guerra a la Francia, que en luces está a la cabeza de la Europa, atacándola en la educación pública? El Mensaje de Rosas anuncia todos los años, que el celo de los ciudadanos mantiene los establecimientos públicos. ¡Bárbaro! ¡Es la *ciudad,* que trata de salvarse, de no ser convertida en pampa, si abandona la educación que la liga al mundo civilizado! Efectivamente: el doctor Alcorta y otros jóvenes dan lecciones gratis en la Universidad, durante muchos años, a fin de que no se cierren los cursos; los maestros de escuela continúan enseñando y piden, a los padres de familia, una limosna para vivir, porque quieren continuar dando lecciones. La Sociedad de Beneficencia[19] recorre, secretamente, las casas, en busca de suscripciones; improvisa recursos para mantener a las heroicas maestras, que, con tal que no se mueran de hambre, han jurado no cerrar sus escuelas, y el 25 de mayo presentan sus millares de alumnas todos los años, vestidas de blanco, a mostrar su aprovechamiento en los exámenes públicos... ¡Ah, corazones de piedra! ¡Nos preguntaréis todavía por qué combatimos!

Diera con lo que precede, por terminada la vida de Facundo Quiroga y las consecuencias que de ella se han derivado, en los hechos históricos y en la política de la República Argentina, si, por conclusión de estos apuntes, aún no me quedara que apreciar las consecuencias morales que ha traído la lucha de las campañas pastoras con las ciudades, y los resultados, ya favorables, ya adversos, que ha dado para el porvenir de la República.

NOTAS

[1]La fecha correcta es 16/II/1835.

[2]*Encarnación Ezcurra de Rosas*, como su hija Manuelita, aunque con otro estilo, secundó hábilmente la acción de Rosas, contribuyendo en buena medida al triunfo de su línea política sobre los federales doctrinarios, que culminará con la elección para su segundo gobierno. Encarnación Ezcurra murió el 19/X/1838.

[3]Desaparecido el gobierno nacional, la nación conservó su calidad de tal sobre la base de los pactos interprovinciales y la delegación que las provincias hicieron en el gobierno de Buenos Aires de las relaciones con los países extranjeros.

[4]*Baldomero García*, ministro plenipotenciario ante Chile del gobierno de Rosas cuando la publicación del *Facundo*. Nacido en Buenos Aires en 1799, ocupó diversos cargos durante los gobiernos de Rosas. En 1853 presidió la convención para revisar la Constitución Nacional de 1853 y al año siguiente es miembro de la Corte Suprema de Justicia. Intervino en 1858 en la solución del conflicto de la provincia de San Juan. Ocupó los últimos años de su vida en la carrera diplomática. Murió en 1870.

[5]Alude a los gauchos que desollaban los vacunos para luego vender su cuero.

[6]*Ramón Maza* (1810-1839), militar, participó en la campaña al Desierto de Rosas en 1833, siguiendo en servicio en la frontera sur de la provincia de Buenos Aires. En 1839 llega a la capital para dirigir la conjura organizada contra Rosas. Descubierto el plan por una infidencia, es fusilado el 28/V/1839.

[7]*Domingo Cullen* (1791-1839), procedía de las Islas Canarias, pero de origen irlandés. Se radicó en Santa Fe después de haber residido en Montevideo, dedicándose a la ganadería. Era cuñado de Estanislao López, y también su ministro. Al entrar Rosas en conflicto con Francia, Cullen fue enviado por López para tratar de limitar los alcances del conflicto. Durante el transcurso de esta misión, López murió, y Cullen fue elevado al rango de gobernador. Rosas no lo reconoció, y ordenó la invasión a la provincia. Cullen huyó a Santiago del Estero, bajo la protección de Ibarra, el gobernador. Tras diversos avatares políticos, Ibarra juzgó sensato entregar a su amigo Cullen a Rosas, quien lo hizo fusilar (1839).

[8]El triunfo de Chile en Yungal, Perú, marca el fin de la confederación peruanoboliviana (20/I/1839).

[9]*Pedro Nolasco Rodríguez* fue elegido gobernador interino de Córdoba por influencias de los Reinafé. Pero a poco de asumir el poder dispone la prisión de éstos, siguiendo instrucciones de Rosas y López. Sin embargo, debe renunciar a su cargo el 7/VIII/1835 pues Rosas no lo reconoce como gobernador legal.

[10]*Alejandro Heredia* (1788-1838), guerrero de la independencia, combatió en la defensa de la frontera norte del país en Tucumán, Salta, Vilcapugio, Ayohúma, Venta y Media y Sipe-Sipe. Fue uno de los jefes de la sublevación de Arequito en 1820. Desde entonces comienza a crecer su prestigio y poder en Tucumán, su provincia natal, y en las provincias vecinas. Fue gobernador de Salta en 1831 y al año siguiente de Tucumán. Enviado por Rosas, Facundo Quiroga resuelve en 1834 los conflictos surgidos entre el gobernador de Salta, Pablo Latorre, y Heredia, quien protegía a los unitarios salteños, con el propósito de afianzar su dominio en la región. Rosas delegó en Heredia la acción contra la Confederación peruanoboliviana, hecho que socavó su prestigio por el alto costo impuesto a la población. Fue asesinado en Lules en 1838.

[11]Desde los tiempos coloniales y a pesar de la barrera de los Andes, Cuyo mantenía estrecha relación económica con Chile. Esta vinculación, interrumpida hasta la liberación de Chile del poder español, se restituyó con los gobiernos criollos, especialmente a partir del momento en que Valparaíso es decretado puerto franco por Portales. En 1835, las provincias de San Juan y Mendoza, firman con Chile un tratado que disgusta al gobierno porteño. En el texto Sarmiento hace referencia a las reclamaciones de Chile ante Rosas, en su carácter de encargado de las relaciones exteriores de la Confederación, a raíz del trato dado en Mendoza a sus compatriotas y por el incumplimiento de algunas cláusulas del tratado con Mendoza y San Juan. Rosas envía recién en 1845 a Baldomero García para considerar el problema, cuando ya hacía tres años que Chile había cerrado el tráfico comercial con las provincias andinas.

[12]Fueron desterrados en 1836 a la isla de Santa Catalina. Rivera permitió el regreso de Rivadavia en 1838.

[13]El 25/XI/1842 el Soberano Congreso General extraordinario del Paraguay declara la independencia, ratificando la declaración de 1813. El presidente Carlos A. López comunica a Rosas el hecho y pide el reconocimiento de la Confederación Argentina. Al año siguiente (26/IV/1843) Rosas le responde que no puede satisfacer su solicitud, aduciendo los problemas internos y las dificultades de la Argentina. En 1844 autoriza la navegación de embarcaciones provenientes del Paraguay a Buenos Aires, pero las condiciona a las necesidades de la guerra. Conflictos surgidos entre Paraguay y Corrientes a causa del enfrentamiento de ésta con Rosas, fueron allanados con la firma de un tratado el 2/XII/1844. López requiere entonces la libre circulación de barcos paraguayos por el Paraná, pero ahora tanto Rosas como Oribe lo vetan. Negándose a quebrar su acuerdo con Corrientes, Paraguay da por concluidas las conversaciones y el 11/XI/1845 firma la alianza con Corrientes. El 4/XII declara la guerra a Rosas.

[14]Aimé Roger, vicecónsul francés en Buenos Aires cuando se produce la intervención francesa en el Plata de 1838-1840.

[15]El jefe naval inglés Purvis llega al Plata el 7/II/1843. Rosas dispone se haga efectivo el sitio de Montevideo, con el acuerdo de los ministros extranjeros, el 1º/IV de ese año, pero Purvis lo impide al recordar al almirante Guillermo Brown, al mando de la escuadra argentina, sus obligaciones de neutralidad como súbdito inglés. El problema se resuelve con intervención del ministro inglés Mandeville: ante la insistencia de Purvis en reconocer el bloqueo, comunica al gobierno de la Confederación que el jefe de la escuadra inglesa actúa de manera personal, sin atender a las instrucciones recibidas en Gran Bretaña.

[16]*Hipólito Bacle* (1815-1838), francés establecido en la Argentina, es uno de los más valiosos artistas con que contó el país en el siglo pasado. Su empresa de litografía y pintura (1828) se convertirá en impresora del Estado en 1829. Funda varios periódicos, entre los que se destaca el *Diario de Anuncios y Publicaciones Oficiales de Buenos Aires* (1835), el primero ilustrado del país, así como su colección de litografías coloreadas costumbristas: *Trajes y costumbres de la provincia de Buenos Aires* (1833). La gestión oficiosa para conseguir la salida del país hacia Chile de algunos adversarios de Rosas le vale la cárcel por seis meses. Resentida su salud ya precaria, muere poco después (1838). La prisión de Bacle, en cuanto ciudadano francés, fue una de las causas aducidas por Francia para la intervención en el Plata.

[17]En 1836 muere el encargado de negocios francés de Buenos Aires, Vis de Paysac. Francia lo reemplaza por su representante en Bolivia, Buchet de Martigny. Llega a

Buenos Aires en 1837, pero parte casi enseguida para Francia. Regresa a Montevideo en noviembre de 1838, con instrucciones de conseguir el derrocamiento de Rosas aunque sin intervenir directamente ni declararle la guerra, sino apoyando a los enemigos de Montevideo. Martigny continuará este apoyo en 1840, a pesar de las nuevas órdenes de París, de conseguir la paz con Rosas y de no comprometerse con las cuestiones locales de Rivera y los unitarios.

[18]Razones de economía aduce Rosas a causa de la guerra contra Bolivia y el bloqueo francés para excluir del presupuesto de gastos de la provincia a la Universidad (27/IV/1838). Los profesores deberían exigir una cuota a los padres de los estudiantes para cubrir sus sueldos y los gastos del personal administrativo.

[19]Entidad creada por Rivadavia, como ministro de Martín Rodríguez, en 1823. Estaba formada por mujeres de la clase alta porteña, a quienes se confió la dirección de los establecimientos benéficos existentes y la educación femenina.

CAPITULO XV

PRESENTE Y PORVENIR

Après avoir été conquérant, après s'être déployé tout entier, il s'épuise, il a fait son temps, il est conquis lui-même; ce jour-la il quitte la scène du monde, parce qu'alors il est devenu inutile à l'humanité.

COUSIN

EL BLOQUEO de la Francia duraba dos años había, y el Gobierno *americano* animado del espíritu *americano,* hacía frente a la Francia, al principio europeo, a las pretensiones europeas. El bloqueo francés, empero, había sido fecundo en resultados sociales para la República Argentina, y servía a manifestar en toda su desnudez, la situación de los espíritus y los nuevos elementos de lucha que debían encender la guerra encarnizada, que sólo puede terminar con la caída de aquel Gobierno monstruoso. El Gobierno personal de Rosas continuaba sus estragos en Buenos Aires, su fusión *unitaria* en el interior, al paso que en el exterior, se presentaba haciendo frente gloriosamente a las pretensiones de una potencia europea y revindicando el poder americano contra toda tentativa de invasión. Rosas ha probado —se decía por toda la América, y aún se dice hoy— que la Europa es demasiado débil para conquistar un Estado americano que quiere sostener sus derechos.

Sin negar esta verdad incuestionable, yo creo que lo que Rosas puso de manifiesto es la supina ignorancia en que viven en Europa, sobre los intereses europeos en América, y los verdaderos medios de hacerlos prosperar, sin menoscabo de la independencia americana. A Rosas, además, debe la República Argentina, en estos últimos años, haber llenado de su nombre, de sus luchas y de la discusión de sus intereses, el mundo civilizado y puéstola en contacto más inmediato con la Europa, forzando a sus sabios y a sus políticos, contraerse a estudiar este mundo trasatlántico, que tan importante papel está llamado a figurar en el mundo futuro. Yo no digo que hoy estén mucho más avanzados en conocimientos, sino que ya están en vías de experimento, y que al fin la verdad ha de ser conocida. Mirado el bloqueo francés bajo su aspecto material, es un hecho obscuro que a ningún resultado histórico conduce; Rosas cede de sus pretensiones, la Francia deja podrirse sus buques en las aguas del Plata, he aquí toda la historia del bloqueo.

La aplicación del nuevo sistema de Rosas había traído un resultado singular, a saber: que la población de Buenos Aires se había fugado y reunídose en Montevideo. Quedaban, es verdad, en la orilla izquierda del Plata las mujeres, los hombres materiales, *aquellos que pacen su pan bajo la férula de cualquier tirano;* los hombres, en fin, para quienes el interés de la libertad, la civilización y la dignidad de la patria es posterior al de comer y dormir; pero toda aquella escasa porción de nuestras sociedades y de todas las sociedades humanas, para la cual entra por algo, en los negocios de la vida, el vivir bajo un gobierno racional y preparar sus destinos futuros, se hallaba reunida en Montevideo, adonde, por otra parte, con el bloqueo y la falta de seguridad individual, se había trasladado el comercio de Buenos Aires y las principales casas extranjeras.

Hallábanse, pues, en Montevideo, los antiguos unitarios, con todo el personal de la administración de Rivadavia, sus mantenedores, diez y ocho generales de la República, sus escritores, los ex congresales, etc.; estaban ahí, además, los federales de la *ciudad,* emigrados de 1833 adelante; es decir, todas las notabilidades hostiles a la Constitución de 1826, expulsados por Rosas, con el apodo de *lomos negros.* Venían después, los fautores de Rosas, que no habían podido ver sin horror la obra de sus manos, o que, sintiendo aproximarse a ellos, el cuchillo exterminador, habían, como Talien y los termidorianos, intentado salvar sus vidas y la patria, destruyendo lo mismo que ellos habían creado.

Ultimamente, había llegado a reunirse en Montevideo, un cuarto elemento que no era ni unitario, ni federal, ni ex rosista, y que ninguna afinidad tenía con aquéllos, compuesto de la nueva generación que había llegado a la virilidad, en medio de la destrucción del orden antiguo y la planteación del nuevo. Como Rosas ha tenido buen cuidado y tanto tesón de hacer creer al mundo, que sus enemigos son, hoy, los unitarios del año 26, creo oportuno entrar en algunos detalles sobre esta última faz de las ideas que han agitado la República.

La numerosa juventud que el Colegio de Ciencias Morales,[1] fundado por Rivadavia, había reunido de todas las provincias, la que la Universidad, el Seminario[2] y los muchos establecimientos de educación que pululaban en aquella ciudad, que tuvo un día el candor de llamarse la Atenas americana, habían preparado para la vida pública, se encontraba sin foro, sin prensa, sin tribuna, sin esa vida pública, sin teatro, en fin, en que ensayar las fuerzas de una inteligencia juvenil y llena de actividad. Por otra parte, el contacto inmediato que, con la Europa, habían establecido la revolución de la Independencia, el comercio y la administración de Rivadavia, tan eminentemente europea, había echado a la juventud argentina, en el estudio del movimiento político y literario de la Europa y de la Francia sobre todo. El romanticismo, el eclecticismo, el socialismo, todos aquellos diversos sistemas de ideas tenían acalorados adeptos, y el estudio de las teorías sociales se hacía a la sombra del despotismo más hostil a todo desenvolvimiento de ideas. El doctor Alsina, dando lección en la Universidad sobre legislación,

después de explicar lo que era el despotismo, añadía esta frase final: "En suma, señores: ¿quieren ustedes tener una idea cabal de lo que es el despotismo? Ahí tienen ustedes el Gobierno de don Juan Manuel Rosas con facultades extraordinarias". Una lluvia de aplausos, siniestros y amenazadores, ahogaba la voz del osado catedrático.

Al fin, esa juventud que se esconde con sus libros europeos a estudiar en secreto, con su Sismondi, su Lerminier, su Tocqueville, sus revistas Británica, de Ambos Mundos, Enciclopédica, su Jouffroy, su Cousin, su Guizot, etc., etc., se interroga, se agita, se comunica, y al fin, se asocia, indeliberadamente, sin saber fijamente para qué, llevada de una impulsión que cree puramente literaria, como si las letras corrieran peligro de perderse en aquel mundo bárbaro, o como si la buena doctrina perseguida en la superficie, necesitase ir a esconderse en el asilo subterráneo de las Catacumbas, para salir de allí, compacta y robustecida, a luchar con el poder.

El Salón Literario de Buenos Aires[3] fue la primera manifestación de este espíritu nuevo. Algunas publicaciones periódicas, algunos opúsculos en que las doctrinas europeas aparecían mal digeridas aún, fueron sus primeros ensayos. Hasta entonces, nada de política, nada de partidos; aún había muchos jóvenes que, preocupados con las doctrinas históricas francesas, creyeron que Rosas, su Gobierno, su sistema original, su reacción contra la Europa, eran una manifestación nacional americana, una civilización, en fin, con sus caractereres y formas peculiares. No entraré a apreciar ni la importancia real de estos estudios ni las fases incompletas, presuntuosas y aun ridículas que presentaba aquel movimiento literario: eran ensayos de fuerzas inexpertas y juveniles, que no merecerían recuerdo si no fuesen precursores de un movimiento más fecundo en resultados. Del seno del Salón Literario se desprendió un grupo de cabezas inteligentes, que, asociándose secretamente, proponíase formar un carbonarismo que debía echar en toda la República, las bases de una reacción civilizada, contra el Gobierno bárbaro que había triunfado.

Tengo, por fortuna, el acta original de esta asociación a la vista, y puedo, con satisfacción, contar los nombres que la suscribieron. Los que los llevan están hoy diseminados por Europa y América, excepto algunos que han pagado a la patria, su tributo, con una muerte gloriosa en los campos de batalla. Casi todos los que sobreviven son, hoy, literatos distinguidos, y si un día los poderes intelectuales han de tener parte en la dirección de los negocios de la República Argentina, muchos y muy completos instrumentos hallarán en esta acogida pléyade, largamente preparada por el talento, el estudio, los viajes, la desgracia y el espectáculo de los errores y desaciertos que han presenciado o cometido ellos mismos.

"En nombre de Dios —dice el acta—, de la Patria, de los Héroes y Mártires de la Independencia Americana; en nombre de la sangre y de las lágrimas inútilmente derramadas en nuestra guerra civil, todos y cada uno de los miembros de la asociación de la joven generación argentina:

CREYENDO

"Que todos los hombres son iguales";

"Que todos son libres, que todos son hermanos, iguales en derechos y deberes";

"Libres en el ejercicio de sus facultades para el bien de todos";

"Hermanos para marchar a la conquista de aquel bien y al lleno de los destinos humanos";

CREYENDO

"En el progreso de la humanidad; teniendo fe en el porvenir";

"Convencidos de que la unión constituye la fuerza";

"Que no puede existir fraternidad ni unión sin el vínculo de los principios";

"Y deseando consagrar sus esfuerzos a la *libertad y felicidad de su patria* y a la regeneración completa de la sociedad argentina",

JURAN

"1º Concurrir con su inteligencia, sus bienes y sus brazos, a la realización de los principios formulados en las *palabras simbólicas*[4] que forman las bases del pacto de alianza";

"2º *Juran* no desistir de la empresa, sean cuales fueren los peligros que amaguen a cada uno de los miembros sociales";

"3º *Juran* sostenerlos a todo trance y usar de todos los medios que tengan en sus manos, para difundirlos y propagarlos";

"4º *Juran* fraternidad recíproca, unión estrecha y perpetuo silencio sobre lo que pueda comprometer la existencia de la Asociación".

Las *palabras simbólicas,* no obstante la obscuridad emblemática del título, eran sólo el credo político que reconoce y confiesa el mundo cristiano, con la sola agregación de la prescindencia de los asociados de las ideas e intereses que antes habían dividido a unitarios y federales, con quienes podían ahora armonizar, puesto que la común desgracia los había unido en el destierro.

Mientras estos nuevos apóstoles de la República y de la civilización europea, se preparaban a poner a prueba sus juramentos, la persecución de Rosas llegaba ya hasta ellos, jóvenes sin antecedentes políticos, después de haber pasado por sus partidarios mismos, por los federales lomos negros y por los antiguos unitarios. Fuéles preciso, pues, salvar, con sus vidas, las doctrinas que tan sensatamente habían formulado, y Montevideo vio venir, unos en pos de otros, centenares de jóvenes que abandonaban su familia, sus estudios y sus negocios, para ir a buscar a la ribera oriental del Plata un punto de apoyo para desplomar, si podían, aquel poder sombrío que se hacía un parapeto de cadáveres y tenía de avanzada, una horda de asesinos legalmente constituida.

He necesitado entrar en estos pormenores, para caracterizar un gran movimiento que se operaba, por entonces, en Montevideo y que ha escandalizado a la América, dando a Rosas, una poderosa arma moral para robustecer su Gobierno y su principio *americano.* Hablo de la alianza de los enemigos de Rosas, con los franceses que bloqueaban a Buenos Aires, que Rosas ha echado en cara, eternamente como un baldón a los unitarios. Pero en honor de la verdad histórica y de la justicia, debo declarar, ya que la ocasión se presenta, que los verdaderos unitarios, los hombres que figuraron hasta 1829, no son responsables de aquella alianza; los que cometieron aquel delito de leso *americanismo;* los que se echaron en brazos de la Francia para salvar la civilización europea, sus instituciones, hábitos e ideas en las orillas del Plata, fueron los jóvenes; en una palabra: ¡fuimos nosotros! Sé muy bien que en los Estados americanos halla eco Rosas, aun entre hombres liberales y eminentemente civilizados, sobre este delicado punto, y que para muchos, es todavía un error afrentoso el haberse asociado los argentinos a los *extranjeros,* para derrocar a un tirano. Pero cada uno debe reposar en sus convicciones, y no descender a justificarse de lo que cree firmemente y sostiene de palabra y de obra. Así, pues, diré en despecho de quienquiera que sea, que la gloria de haber comprendido que había alianza íntima entre los enemigos de Rosas y los poderes civilizados de Europa, nos perteneció toda entera a nosotros. Los unitarios más eminentes, como los americanos, como Rosas y sus satélites, estaban demasiado preocupados de esa idea de la nacionalidad, que es patrimonio del hombre desde la tribu salvaje y que le hace mirar, con horror, al extranjero. En los pueblos castellanos, este sentimiento ha ido hasta convertirse en una pasión brutal, capaz de los mayores y más culpables excesos, capaz del suicidio. La juventud de Buenos Aires llevaba consigo esta idea fecunda de la fraternidad de intereses con la Francia y la Inglaterra; llevaba el amor a los pueblos europeos, asociado al amor a la civilización, a las instituciones y a las letras que la Europa nos había legado, y que Rosas destruía en nombre de la América, sustituyendo otro vestido al vestido europeo, otras leyes, a las leyes europeas, otro gobierno, al gobierno europeo. Esta juventud, impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea, iba a buscar, en los europeos enemigos de Rosas, sus antecesores, sus padres, sus modelos; apoyo contra la América, tal como la presentaba Rosas: bárbara como el Asia, despótica y sanguinaria como la Turquía, persiguiendo y despreciando la inteligencia como el mahometismo. Si los resultados no han correspondido a sus expectaciones, suya no fue la culpa; ni los que les afean aquella alianza pueden, tampoco, vanagloriarse de haber acertado mejor; pues si los franceses pactaron, al fin, con el tirano, no por eso intentaron nada contra la Independencia Argentina y si por un momento ocuparon la isla de Martín García,[5] llamaron, luego, un jefe argentino que se hiciese cargo de ella. Los argentinos, antes de asociarse a los franceses, habían exigido declaraciones públicas de parte de los bloqueadores, de respetar el territorio argentino, y las habían obtenido, solemnes.

En tanto, la idea que tanto combatieron los unitarios al principio, y que llamaban una traición a la Patria, se generalizó y los dominó y sometió a ellos mismos, y cunde hoy, por toda la América y se arraiga en los ánimos.

En Montevideo, pues, se asociaron la Francia y la República Argentina europea, para derrocar el monstruo del *americanismo* hijo de la pampa; desgraciadamente, dos años se perdieron en debates y cuando la alianza se firmó, la cuestión de Oriente requirió las fuerzas navales de Francia, y los aliados argentinos quedaron solos en la brecha. Por otra parte, las preocupaciones unitarias estorbaron que se adoptasen los verdaderos medios militares y revolucionarios para obrar contra el tirano, yendo a estrellarse, los esfuerzos intentados, contra elementos que se habían dejado ser más poderosos. M. Martigny, uno de los pocos franceses que, habiendo vivido largo tiempo entre los americanos, sabía comprender sus intereses y los de Francia en América, francés de corazón, que deploraba todos los días los extravíos, preocupaciones y errores de esos mismos argentinos a quienes quería salvar, decía de los antiguos unitarios: "Son los emigrados franceses de 1789: no han olvidado nada, ni aprendido nada". Y efectivamente: vencidos en 1829 por la montonera, creían que todavía la montonera era un elemento de guerra, y no querían formar ejército de línea; dominados, entonces, por las campañas pastoras, creían, ahora, inútil apoderarse de Buenos Aires; con preocupaciones invencibles contra los *gauchos,* los miraban aún como sus enemigos natos, parodiando, sin embargo, su táctica guerrera, sus hordas de caballería y hasta su traje en los ejércitos.

Una revolución radical, empero, se había estado operando en la República, y el haberla comprendido a tiempo, habría bastado para salvarla. Rosas, elevado por la campaña y apenas asegurado del Gobierno, se había consagrado a quitarle todo su poder. Por el veneno, por la traición, por el cuchillo, había dado muerte a todos los comandantes de campaña que habían ayudado a su elevación, y sustituido, en su lugar, hombres sin capacidad, sin reputación, armados, sin embargo, del poder de matar sin responsabilidad. Las atrocidades de que era teatro sangriento Buenos Aires habían, por otra parte, hecho huir, a la campaña, a una inmensa multitud de ciudadanos, que, mezclándose con los gauchos, iban obrando, lentamente, una fusión radical entre los hombres del campo y los de la *ciudad;* la común desgracia los reunía; unos y otros execraban aquel monstruo sediento de sangre y de crímenes, ligándolos, para siempre, en un voto común. La campaña, pues, había dejado de pertenecer a Rosas, y su poder, faltándole aquella base y la de la opinión pública, había ido a apoyarse en una horda de asesinos disciplinados y en un ejército de línea. Rosas, más perspicaz que los unitarios, se había apoderado del arma que ellos, gratuitamente, abandonaban: la infantería y el cañón. Desde 1835, disciplinaba rigorosamente sus soldados, y cada día se desmontaba un escuadrón, para engrosar los batallones.

No por eso Rosas contaba con el espíritu de sus tropas, como no contaba con la campaña ni los ciudadanos. Las conspiraciones cruzaban, diariamen-

te, sus hilos que venían de diversos focos, y la unanimidad del designio hacía, por la exuberancia misma de los medios, casi imposible llevar nada a cabo. Ultimamente, la mayor parte de sus jefes y todos los cuerpos de línea estaban implicados en una conjuración, que encabezaba el joven coronel Maza, quien, teniendo en sus manos la suerte de Rosas durante cuatro meses, perdía un tiempo precioso en comunicarse con Montevideo, y revelar sus planes. Al fin sucedió lo que había de suceder: la conspiración fue descubierta, y Maza murió, llevándose consigo el secreto de la complicidad de la mayor parte de los jefes que continúan, hoy, al servicio de Rosas. Más tarde, no obstante este contraste, estalló la sublevación en masa de la campaña, encabezada por el coronel Cramer,[6] Castelli y centenares de hacendados pacíficos. Pero aun esta revolución tuvo mal éxito, y setecientos gauchos pasaron por la angustia de abandonar su pampa y su parejero y embarcarse para ir a continuar, en otra parte, la guerra. Todos estos inmensos elementos estaban en poder de los unitarios; pero sus preocupaciones no les dejaban aprovecharlos; pedían, ante todo, que aquellas fuerzas nuevas, actuales, se subordinasen a nombres antiguos y pasados. No concebían la revolución sino bajo las órdenes de Soler, Alvear, Lavalle u otro de reputación, de gloria clásica; y mientras tanto, sucedía en Buenos Aires lo que en Francia había sucedido en 1830, a saber: que todos los generales querían la revolución, pero les faltaba corazón y entrañas; estaban gastados, como esos centenares de generales franceses que, en los días de julio, cosecharon los resultados del valor del pueblo, a quien no quisieron prestar su espada para triunfar. Faltáronnos los jóvenes de la Escuela Politécnica, para que encabezasen a una ciudad que sólo pedía una voz de mando para salir a las calles y desbaratar la Mazorca y desalojar el caníbal. La Mazorca, malogradas esas tentativas, se encargó de la fácil tarea de inundar las calles de sangre y de helar el ánimo de los que sobrevivían, a fuerza de crímenes.

El Gobierno francés, al fin, mandó a M. Mackau a terminar *a todo trance* el bloqueo, y con los conocimientos de M. Mackau sobre las cuestiones americanas, se firmó un tratado que dejaba a merced de Rosas, el ejército de Lavalle, que llegaba, en aquellos momentos mismos, a las goteras de Buenos Aires y malograba para la Francia, las simpatías profundas de los argentinos por ella y de los franceses por los argentinos; porque la fraternidad galoargentina estaba cimentada en una afección profunda de pueblo a pueblo, y en tal comunidad de intereses e ideas, que aún hoy, después de los desbarros de la política francesa, no ha podido, en tres años, despegar de las murallas de Montevideo a los heroicos extranjeros[8] que se han aferrado a ellas, como al último atrincheramiento que a la civilización europea, queda en las márgenes del Plata. Quizá esta ceguedad del ministerio francés ha sido útil a la República Argentina: era preciso que desencantamiento semejante nos hubiese hecho conocer la Francia poder, la Francia gobierno, muy distinta de esa Francia ideal y bella, generosa y cosmopolita, que tanta sangre ha derramado por la libertad, y que sus libros, sus filósofos, sus revistas nos hacían amar desde 1810. La política que al Gobierno francés

trazan todos sus publicistas, Considerant, Damiron y otros, simpática por el progreso, la libertad y la civilización, podría haberse puesto en ejercicio en el Río de la Plata, sin que por eso bambolease el trono de Luis Felipe, que han creído acuñar con la esclavitud de la Italia, de la Polonia y de la Bélgica; y la Francia habría cosechado, en influencias y simpatías, lo que no le dio su pobre tratado Mackau, que afianzaba un poder hostil, por naturaleza, a los intereses europeos, que no pueden medrar en América sino bajo la sombra de instituciones civilizadoras y libres. Digo lo mismo con respecto a la Inglaterra, cuya política en el Río de la Plata haría sospechar que tiene el secreto designio de dejar debilitarse, bajo el despotismo de Rosas, aquel espíritu que la rechazó en 1806 para volver a probar fortuna, cuando una guerra europea u otro gran movimiento deje la tierra abandonada al pillaje, y añadir esta posesión, a las concesiones necesarias para firmar un tratado, como el definitivo de Viena, en que se hizo conceder Malta, El Cabo y otros territorios adquiridos por un golpe de mano. Porque, ¿cómo sería posible concebir de otro modo, si la ignorancia en que viven en Europa de la situación de América no lo disculpase? ¿cómo sería posible concebir, digo, que la Inglaterra, tan solícita en formarse mercados para sus manufacturas, haya estado durante veinte años viendo, tranquilamente, si no coadyuvando en secreto, a la aniquilación de todo principio civilizador en las orillas del Plata, y dando la mano para que se levante, cada vez que le ha visto bambolearse al tiranuelo ignorante que ha puesto una barra al río,[9] para que la Europa no pueda penetrar hasta el corazón de la América, a sacar las riquezas que encierra y que nuesta inhabilidad desperdicia? ¿Cómo tolerar al enemigo implacable de los *extranjeros* que, con su inmigración a la sombra de un Gobierno simpático a los europeos y protector de la seguridad individual, habrían poblado, en estos últimos veinte años, las costas de nuestros inmensos ríos y realizado los mismos prodigios que, en menos tiempo, se han consumado en las riberas del Mississipí? ¿Quiere la Inglaterra consumidores, cualquiera que el Gobierno de un país sea? Pero, ¿qué han de consumir seiscientos mil gauchos, pobres, sin industria, como sin necesidades, bajo un Gobierno que, extinguiendo las costumbres y gustos europeos, disminuye, necesariamente, el consumo de productos europeos? ¿Habremos de creer que la Inglaterra desconoce, hasta este punto, sus intereses en América? ¿Ha querido poner su mano poderosa, para que no se levante en el sur de la América, un Estado como el que ella engendró en el norte? ¡Qué ilusión! Ese Estado se levantará, en despecho suyo, aunque sieguen sus retoños cada año, porque la grandeza del Estado está en la pampa pastosa, en las producciones tropicales del norte y en el gran sistema de ríos navegables cuya aorta es el Plata. Por otra parte, los españoles no somos ni navegantes ni industriosos, y la Europa nos proveerá, por largos siglos, de sus artefactos, en cambio de nuestras materias primeras; y ella y nosotros ganaremos en el cambio: la Europa nos pondrá el remo en la mano y nos remolcará río arriba, hasta que hayamos adquirido el gusto de la navegación.

Se ha repetido, de orden de Rosas, en todas las prensas europeas, que él es el único capaz de gobernar en los pueblos semibárbaros de la América. No es tanto de la América tan ultrajada que me lastimo, sino de las pobres manos que se han dejado guiar, para estampar esas palabras. Es muy curioso, que sólo sea capaz de gobernar aquel que no ha podido obtener un día de reposo, y que después de haber destrozado, envilecido y ensangrentado su patria, se encuentra que, cuando creía cosechar el triunfo de tantos crímenes, está enredado con tres Estados americanos: con el Uruguay, el Paraguay y el Brasil, y que aún le quedan a su retaguardia Chile y Bolivia, con quienes tiene todas las exterioridades del Estado de guerra; porque, por más precauciones que el Gobierno de Chile tome para no malquistarse con el monstruo, la malquerencia está en el modo de ser íntimo de ambos pueblos, en las instituciones que los rigen, las tendencias diversas de su política. Para saber lo que Rosas pretenderá de Chile, basta tomar la Constitución del Estado; pues bien: ahí está la guerra; entregadle la Constitución, ya sea directa o indirectamente, y la paz vendrá en pos, esto es, estaréis conquistados para el Gobierno *americano.*

La Europa, que ha estado diez años alejándose del contacto con la República Argentina, se ve llamada, hoy, por el Brasil, para que lo proteja contra el malestar que le hace sufrir la proximidad de Rosas. ¿No acudirá a este llamado? Acudirá más tarde, no haya miedo; acudirá cuando la República misma salga del aturdimiento en que la han dejado los millares de asesinatos con que la han amedrentado, porque los asesinatos no constituyen un Estado; acudirá cuando el Uruguay y el Paraguay pidan que se haga respetar el tratado hecho entre el león y el cordero; acudirá cuando la mitad de la América del Sur se halle trastornada por el desquiciamiento que trae la subversión de todo principio de moral y de justicia. La República Argentina está organizada, hoy, en una máquina de guerra, que no puede dejar de obrar, sin anular el poder que ha absorbido todos los intereses sociales. Concluida en el interior la guerra, ha salido, ya, al exterior; el Uruguay no sospechaba, ahora diez años, que él tuviese que habérselas con Rosas; el Paraguay no se lo imaginaba, ahora cinco; el Brasil no lo temía, ahora dos; Chile no lo sospecha todavía; Bolivia lo miraría como ridículo; pero ello vendrá por la naturaleza de las cosas, porque esto no depende de la voluntad de los pueblos ni de los gobiernos, sino de las condiciones inherentes a toda faz social. Los que esperan que el mismo hombre ha de ser primero, el azote de su pueblo, y el reparador de sus males, después; el destructor de las instituciones que traen la sanción de la humanidad civilizada y el organizador de la sociedad, conocen muy poco la Historia. Dios no procede así: un hombre, una época para cada faz, para cada revolución, para cada progreso.

No es mi ánimo trazar la historia de este reinado del terror, que dura desde 1832 hasta 1845, circunstancia que lo hace único en la historia del mundo. El detalle de todos sus espantosos excesos no entra en el plan de mi trabajo. La historia de las desgracias humanas y de los extravíos a que puede entregarse un hombre, cuando goza del poder sin freno, se engrosará

en Buenos Aires de horribles y raros datos. Sólo he querido pintar el origen de este Gobierno y ligarlo a los antecedentes, caracteres, hábitos y accidentes nacionales que, ya desde 1810, venían pugnando por abrirse paso y apoderarse de la sociedad. He querido, además, mostrar los resultados que ha traído y las consecuencias de aquella espantosa subversión de todos los principios en que reposan las sociedades humanas. Hay un vacío en el gobierno de Rosas, que por ahora no me es dado sondar, pero que el vértigo que ha enloquecido a la sociedad ha ocultado hasta aquí. Rosas no *administra;* no gobierna, en el sentido oficial de la palabra. Encerrado meses en su casa, sin dejarse ver de nadie, él solo dirige la guerra, las intrigas, el espionaje, la mazorca, todos los diversos resortes de su tenebrosa política; todo lo que no es útil para la guerra, todo lo que no perjudica a sus enemigos, no forma parte del Gobierno, no entra en la administración.

Pero no se vaya a creer, que Rosas no ha conseguido hacer progresar la República que despedaza, no; es un grande y poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa. Ved cómo. Existía antes de él y de Quiroga, el espíritu federal en las provincias, en las ciudades, en los federales y en los unitarios mismos; él lo extingue, y organiza en provecho suyo, el sistema unitario que Rivadavia quería en provecho de todos. Hoy, todos esos caudillejos del interior, degradados, envilecidos, tiemblan de desagradarlo y no respiran sin su consentimiento. La idea de los unitarios está realizada; sólo está de más el tirano; el día que un buen Gobierno se establezca, hallará las resistencias locales vencidas y todo dispuesto para la *unión*.

La guerra civil ha llevado a los porteños al interior, y a los provincianos, de unas provincias a otras. Los pueblos se han conocido, se han estudiado y se han acercado más de lo que el tirano quería; de ahí viene su cuidado de quitarles los correos, de violar la correspondencia y vigilarlos a todos. La *unión* es íntima.

Existían, antes, dos sociedades diversas: las *ciudades* y las campañas; echándose las campañas sobre las *ciudades* se han hecho ciudadanos, los gauchos y simpatizado con la causa de las ciudades. La montonera ha desaparecido, con la despoblación de La Rioja, San Luis, Santa Fe y Entre Ríos, sus focos antiguos, y hoy los *gauchos* de las tres primeras corretean los llanos y la pampa, en sostén de los enemigos de Rosas. ¿Aborrece Rosas a los extranjeros? Los extranjeros toman parte en favor de la civilización americana, y durante tres años, burlan, en Montevideo, su poder y muestran a toda la República, que no es invencible Rosas, y que aún puede lucharse contra él. Corrientes vuelve a armarse, y bajo las órdenes del más hábil y más europeo general que la República tiene, se está preparando, ahora, a principiar la lucha *en forma,* porque todos los errores pasados son otras tantas lecciones para lo venidero. Lo que ha hecho Corrientes lo han de hacer, más hoy, más mañana, todas las provincias, porque les va en ello la vida y el porvenir.

¿Ha privado a sus conciudadanos de todos los derechos y desnudádolos de toda garantía? Pues bien: no pudiendo hacer lo mismo con los extranjeros, éstos son los únicos que se pasean con seguridad en Buenos Aires. Cada contrato que un hijo del país necesita celebrar, lo hace bajo la firma de un extranjero, y no hay Sociedad, no hay negocio en que los extranjeros no tengan parte. De manera, que el derecho y las garantías existen en Buenos Aires, bajo el despotismo más horrible. "¡Qué buen sirviente parece este irlandés!" —decía a su patrón un transeúnte por Buenos Aires—. "Sí —contestaba aquél—; lo he tomado por eso: porque estoy seguro de no ser espiado por mis criados y porque me presta su firma para todos mis contratos. Aquí, sólo estos sirvientes tienen segura su vida y sus propiedades".

¿Los gauchos, la plebe y los compadritos lo elevaron? Pues él los extinguirá: sus ejércitos los devorarán. Hoy no hay lechero, sirviente, panadero, peón, gañán ni cuidador de ganado, que no sea alemán, inglés, vasco, italiano, español, porque es tal el consumo de hombres que ha hecho en diez años, tanta carne humana necesita el *americanismo,* que al cabo, la población americana se agota y va toda a enregimentarse en los cuadros que la metralla ralea desde que el sol sale hasta que anochece. Cuerpo hay, al frente de Montevideo, que no conserva, hoy, un soldado, y sólo dos oficiales, de los que lo compusieron al principio. La población argentina desaparece, y la extranjera ocupa su lugar, en medio de los gritos de la Mazorca y de la *Gaceta: ¡Mueran los extranjeros!* Como la unidad se realiza gritando: *¡Mueran los Unitarios!* Como la federación ha muerto gritando: *¡Viva la federación!*

¿No quiere Rosas que se naveguen los ríos? Pues bien: el Paraguay toma las armas para que se le permita navegarlos libremente; se asocia a los enemigos de Rosas, al Uruguay, a la Inglaterra y a la Francia, que todos desean que se deje el tránsito libre, para que se exploten las inmensas riquezas del corazón de la América. Bolivia se asociará, quiera que no, a este movimiento, y Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Corrientes, Jujuy, Salta y Tucumán, lo secundarán desde que comprendan que todo su interés, todo su engrandecimiento futuro depende de que esos ríos, a cuyas riberas duermen hoy en lugar de vivir, lleven y traigan las riquezas del comercio, que, hoy, sólo explota Rosas con el puerto, cuya posesión le da millones para empobrecer a las Provincias. La cuestión de la libre navegación de los ríos que desembocan en el Plata es hoy una cuestión europea, americana y argentina a la vez, y Rosas tiene en ella, guerra interior y exterior, hasta que caiga y los ríos sean navegados libremente. Así, lo que no se consiguió por la importancia que los unitarios daban a la navegación de los ríos, se consigue hoy, por la torpeza del gaucho de la pampa.

¿Ha perseguido Rosas la educación pública y hostilizado y cerrado los colegios, la Universidad y expulsado a los jesuitas?

No importa: centenares de alumnos argentinos cuentan en su seno, los colegios de Francia, Chile, Brasil, Norteamérica, Inglaterra y aun España. Ellos volverán luego, a realizar en su patria, las instituciones que ven bri-

llar en todos esos Estados libres, y pondrán su hombro para derrocar al tirano semibárbaro. ¿Tiene una antipatía mortal a los Poderes europeos? Pues bien, los Poderes europeos necesitan estar bien armados, bien fuertes en el Río de la Plata, y mientras Chile y los demás Estados libres de América no tienen sino un cónsul y un buque de guerra extranjero en sus costas, Buenos Aires tiene que hospedar enviados de segundo orden, y escuadras extranjeras, que están a la mira de sus intereses y para contener las demasías del potro indómito y sin freno, que está a la cabeza del Estado.

¿Degüella, castra, descuartiza a sus enemigos para acabar de un solo golpe y con una batalla, la guerra? Pues bien: ha dado ya veinte batallas, ha muerto veinte mil hombres, ha cubierto de sangre y de crímenes espantosos toda la República; ha despoblado la campaña y la ciudad para engrosar sus sicarios, y al fin de diez años de triunfo, su posición precaria es la misma. Si sus ejércitos no toman a Montevideo, sucumbe; si la toman, quédale el general Paz con ejércitos frescos; quédale el Paraguay, virgen; quédale el Imperio del Brasil; quédanle Chile y Bolivia, que han de estallar al fin; quédale Europa, que lo ha de enfrenar; quédanle, por último, diez años de guerra, de despoblación y pobreza para la República, o sucumbir: no hay remedio. ¿Triunfará? Pero todos sus adictos habrán perecido, y otra población y otros hombres reemplazarán el vacío que ellos dejen. Volverán los emigrados a cosechar los frutos de su triunfo.

¿Ha encadenado la Prensa y puesto una mordaza al pensamiento para que no discuta los intereses de la patria, para que no se ilustre e instruya, para que no revele los crímenes horrendos que ha cometido, y que nadie quiere creer, a fuerza de ser espantosos e inauditos? ¡Insensato! ¿Qué es lo que has hecho? Los gritos que quieres ahogar cortando la garganta, para que por la herida se escape la voz y no lleguen a los labios, resuenan, hoy, por toda la redondez de la tierra. Las prensas de Europa y América te llaman a porfía, el execrable Nerón, el tirano brutal. Todos tus crímenes han sido contados; tus víctimas hallan partidarios y simpatías por todas partes, y gritos vengadores llegan hasta tus oídos. Toda la prensa europea discute, hoy, los intereses argentinos, como si fueran los suyos propios, y el nombre argentino anda, en tu deshonra, en boca de todos los pueblos civilizados. La discusión de la prensa está, hoy, en todas partes, y para oponer la verdad a tu infame *Gaceta,* están cien diarios que desde París y Londres, desde el Brasil y Chile, desde Montevideo y Bolivia, te combaten y publican tus maldades. Has logrado la fama a que aspirabas, sin duda; pero en las miserias del destierro, en la obscuridad de la vida privada, no cambiarán tus proscriptos, una sola hora de sus ocios, por las que te da tu celebridad espantosa; por las punzadas que de todas partes recibes; por los reproches que te haces a ti mismo, de haber hecho tanto mal, inútilmente. El *americano,* el enemigo de los europeos condenado a gritar en francés, en inglés y en castellano: ¡Mueran los extranjeros! ¡Mueran los unitarios! ¡Eh! ¿Eres tú, miserable, el que te sientes morir, y maldices en los idiomas de esos extranjeros, y por la prensa, que es el arma de esos unitarios? ¡Qué

Estado americano se ha visto condenado, como Rosas, a redactar, en tres idiomas, sus disculpas oficiales para responder a la prensa de todas las naciones, americanas y europeas, a un tiempo! Pero, ¿adónde llegarán tus diatribas infames, que el execrable lema:

¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!

no esté revelando la mano sangrienta e inmortal que las escribe?

De manera que lo que habría sido una discusión obscura y sólo interesante para la República Argentina, lo es, ahora, para la América entera y la Europa. Es una cuestión del mundo cristiano.

¿Ha perseguido Rosas a los políticos, a los escritores y a los literatos? Pues ved lo que ha sucedido. Las doctrinas políticas de que los unitarios se habían alimentado, hasta 1829, eran incompletas e insuficientes para establecer el Gobierno y la libertad; bastó que agitase la pampa para echar por tierra su edificio, basado sobre arena. Esta inexperiencia y esta falta de ideas prácticas, remediólas Rosas en todos los espíritus, con las lecciones crueles e instructivas que les daba su despotismo espantoso; nuevas generaciones se han levantado, educadas en aquella escuela práctica, que sabrían tapar las avenidas por donde un día amenazaría desbordarse de nuevo, el desenfreno de los genios como el de Rosas; las palabras tiranía, despotismo, tan desacreditadas en la prensa por el abuso que de ellas se hace, tienen en la República Argentina, un sentido preciso, despiertan en el ánimo un recuerdo doloroso; harían sangrar, cuando llegasen a pronunciarse, todas las heridas que han hecho en quince años de espantosa recordación. Día vendrá que el nombre de Rosas sea un medio de hacer callar al niño que llora, de hacer temblar al viajero en la obscuridad de la noche. Su cinta colorada, con la que hoy ha llevado el terror y la idea de las matanzas, hasta el corazón de sus vasallos, servirá, más tarde, de curiosidad nacional, que enseñaremos a los que de países remotos visiten nuestras playas.

Los jóvenes estudiosos que Rosas ha perseguido se han desparramado por toda la América, examinando las diversas costumbres, penetrado en la vida íntima de los pueblos, estudiado sus gobiernos y visto los resortes que en unas partes, mantienen el orden, sin detrimento de la libertad y del progreso, notado, en otras, los obstáculos que se oponen a una buena organización. Los unos han viajado por Europa,[10] estudiando el derecho y el gobierno; los otros han residido en el Brasil; cuales en Bolivia, cuales en Chile, y cuales otros, en fin, han recorrido la mitad de la Europa y la mitad de la América, y traen un tesoro inmenso de conocimientos prácticos, de experiencia y datos preciosos, que pondrán, un día, al servicio de la patria, que reúna en su seno, esos millares de proscriptos que andan hoy diseminados por el mundo, esperando que suene la hora de la caída del Gobierno absurdo e insostenible, que aún no cede al empuje de tantas fuerzas como las que han de traer necesariamente su destrucción.

Que en cuanto a literatura, la República Argentina es hoy mil veces más rica que lo fue jamás en escritores capaces de ilustrar a un Estado america-

no. Si quedara duda, con todo lo que he expuesto, de que la lucha actual de la República Argentina lo es sólo de civilización y barbarie, bastaría a probarlo el no hallarse del lado de Rosas, un solo escritor, un solo poeta de los muchos que posee aquella joven nación. Montevideo ha presenciado, durante tres años consecutivos, las justas literarias del 25 de mayo,[11] día en que veintenas de poetas, inspirados por la pasión de la patria, se han disputado un laurel. ¿Por qué la poesía ha abandonado a Rosas? ¿Por qué ni rapsodias produce hoy el suelo de Buenos Aires, en otro tiempo tan fecundo en cantares y rimas? Cuatro o cinco asociaciones existen, en el extranjero, de escritores que han emprendido compilar datos para escribir la historia de la República, tan llena de acontecimientos, y es verdaderamente asombroso, el cúmulo de materiales que han reunido de todos los puntos de América: manuscritos, impresos, documentos, crónicas antiguas, diarios, viajes, etcétera. La Europa se asombrará un día, cuando tan ricos materiales vean la luz pública y vayan a engrosar la voluminosa colección de que Angelis[12] no ha publicado sino una pequeña parte.

¡Cuántos resultados no van, pues, a cosechar esos pueblos argentinos desde el día, no remoto ya, en que la sangre derramada ahogue al tirano! ¡Cuántas lecciones! ¡Cuánta experiencia adquirida! ¡Nuestra educación política está consumada! Todas las cuestiones sociales, ventiladas: Federación, Unidad, libertad de cultos, inmigración, navegación de los ríos, Poderes políticos, libertad, tiranía: todo se ha dicho entre nosotros, todo nos ha costado torrentes de sangre. El sentimiento de la autoridad está en todos los corazones, al mismo tiempo que la necesidad de contener la arbitrariedad de los poderes, la ha inculcado hondamente Rosas, con sus atrocidades. Ahora no nos queda que hacer sino lo que él no ha hecho, y reparar lo que él ha destruido.

Porque *él*, durante quince años, no ha tomado una medida administrativa para favorecer el comercio interior y la industria naciente de nuestras provincias; los pueblos se entregarán con ahínco a desenvolver sus medios de riqueza, sus vías de comunicación, y el *Nuevo Gobierno* se consagrará a restablecer los correos y asegurar los caminos, que la Naturaleza tiene abiertos por toda la extensión de la República.

Porque en quince años, no ha querido asegurar las fronteras del sur y del norte por medio de una línea de fuertes, porque este trabajo y este bien, hecho a la República, no le daba ventaja alguna contra sus enemigos, el *Nuevo Gobierno* situará al ejército permanente al sur y asegurará territorios, para establecer colonias militares que, en cincuenta años, serán ciudades y provincias florecientes.

Porque *él* ha perseguido el nombre europeo, y hostilizado la inmigración de extranjeros, el *Nuevo Gobierno* establecerá grandes asociaciones para introducir población y distribuirla en territorios feraces, a orillas de los inmensos ríos, y en veinte años, sucederá lo que en Norteamérica ha sucedido en igual tiempo: que se han levantado, como por encanto, ciudades, provincias y Estados en los desiertos, en que poco antes pacían manadas de bison-

tes salvajes; porque la República Argentina se halla, hoy, en la situación del Senado romano, que, por un decreto, mandaba levantar de una vez, quinientas ciudades, y las ciudades se levantaban a su voz.

Porque *él* ha puesto a nuestros ríos interiores una barrera insuperable, para que sean libremente navegados, el *Nuevo Gobierno* fomentará, de preferencia, la navegación fluvial; millares de naves remontarán los ríos e irán a extraer las riquezas, que hoy, no tienen salida ni valor, hasta Bolivia y el Paraguay, enriqueciendo en su tránsito, a Jujuy, Tucumán y Salta, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, que se tornarán en ricas y hermosas ciudades, como Montevideo, como Buenos Aires. Porque *él* ha malbaratado las rentas pingües del puerto de Buenos Aires y gastado en quince años, cuarenta millones de pesos fuertes que ha producido, en llevar adelante sus locuras, sus crímenes y sus venganzas horribles, el puerto será declarado propiedad nacional, para que sus rentas sean consagradas a promover el bien en toda la República, que tiene derecho a ese puerto, de que es tributaria.

Porque *él* ha destruido los colegios y quitado las rentas a las escuelas, el *Nuevo Gobierno* organizará la educación pública en toda la República, con rentas adecuadas y con Ministerio especial, como en Europa, como en Chile, Bolivia y todos los países civilizados; porque el saber es riqueza, y un pueblo que vegeta en la ignorancia es pobre y bárbaro, como lo son los de la costa de Africa, o los salvajes de nuestras pampas.

Porque *él* ha encadenado la prensa, no permitiendo que haya otros diarios que los que tiene destinados para vomitar sangre, amenazas y mueras, el *Nuevo Gobierno* extenderá por toda la República, el beneficio de la prensa, y veremos pulular libros de instrucción y publicaciones que se consagren a la Industria, a la Literatura, a las Artes y a todos los trabajos de la inteligencia.

Porque *él* ha perseguido de muerte a todos los hombres ilustrados, no admitiendo para gobernar, sino su capricho, su locura y su sed de sangre, el *Nuevo Gobierno* se rodeará de todos los grandes hombres que posee la República, y que hoy andan despatramados por toda la tierra, y con el concurso de todas las luces de todos, hará el bien de todos en general. La inteligencia, el talento y el saber serán llamados, de nuevo, a dirigir los destinos públicos, como en todos los países civilizados.

Porque *él* ha destruido las garantías que en los pueblos cristianos aseguran la vida y la propiedad de los ciudadanos, el *Nuevo Gobierno* restablecerá las formas representativas y asegurará, para siempre, los derechos que todo hombre tiene de no ser perturbado en el libre ejercicio de sus facultades intelectuales y de su actividad.

Porque *él* ha hecho del crimen, del asesinato, de la castración y del degüello, un sistema de gobierno; porque *él* ha desenvuelto todos los malos instintos de la naturaleza humana, para crearse cómplices y partidarios, el *Nuevo Gobierno* hará de la Justicia, de las formas recibidas en los pueblos civilizados, el medio de corregir los delitos públicos, y trabajará por estimular las pasiones nobles y virtuosas que ha puesto Dios en el corazón del

hombre, para su dicha en la tierra, haciendo de ellas, el escalón para elevarse e influir en los negocios públicos.

Porque *él* ha profanado los altares, poniendo en ellos su infame retrato; porque *él* ha degollado sacerdotes, vejádolos o hécholes abandonar su patria, el *Nuevo Gobierno* dará, al culto, la dignidad que le corresponde, y elevará la Religión y sus ministros, a la altura que se necesita para que moralice a los pueblos.

Porque *él* ha gritado durante quince años "Mueran los salvajes unitarios", haciendo creer que un Gobierno tiene derecho de matar a los que no piensen como él, marcando a toda una nación, con un letrero y una cinta, para que se crea que el que lleva la *marca* piensa, como le mandan, a azotes, pensar, el *Nuevo Gobierno* respetará las opiniones diversas, porque las opiniones no son hechos ni delitos, y porque Dios nos ha dado una razón que nos distingue de las bestias, libre para juzgar a nuestro libre arbitrio.

Porque *él* ha estado continuamente suscitando querellas a los Gobiernos vecinos y a los europeos; porque *él* nos ha privado del comercio con Chile, ha ensangrentado al Uruguay, malquistádose con el Brasil, atraídose un bloqueo de la Francia, los vejámenes de la marina norteamericana, las hostilidades de la inglesa, y metídose en un laberinto de guerras interminables y de reclamaciones, que no acabarán sino con la despoblación de la República y la muerte de todos sus partidarios, el *Nuevo Gobierno,* amigo de los poderes europeos, simpático para todos los pueblos americanos, desatará, de un golpe, ese enredo de las relaciones extranjeras y establecerá la tranquilidad en el exterior y en el interior, dando a cada uno su derecho y marchando por las mismas vías de conciliación y orden, en que marchan todos los pueblos cultos.

Tal es la obra que nos queda por realizar en la República Argentina. Puede ser que tantos bienes no se obtengan de pronto, y que después de una subversión tan radical como la que ha obrado Rosas, cueste, todavía, un año o más de oscilaciones, el hacer entrar la sociedad en sus verdaderos quicios. Pero, con la caída de ese monstruo, entraremos, por lo menos, en el camino que conduce a porvenir tan bello, en lugar de que bajo su funesta impulsión nos alejamos, más y más, cada día, y vamos a pasos agigantados, retrocediendo a la barbarie, a la desmoralización y a la pobreza. El Perú padece, sin duda, de los efectos de sus convulsiones intestinas; pero, al fin, sus hijos no han salido a millares, y por decenas de años, a vagar por los países vecinos; no se ha levantado un monstruo que se rodee de cadáveres, sofoque toda espontaneidad y todo sentimiento de virtud. Lo que la República Argentina necesita antes de todo; lo que Rosas no le dará jamás, porque ya no le es dado darle, es que la vida, la propiedad de los hombres, no esté pendiente de una palabra indiscretamente pronunciada, de un capricho del que manda; dadas estas dos bases, seguridad de la vida y de la propiedad, la forma de gobierno, la organización política del Estado, la dará el tiempo, los acontecimientos, las circunstancias. Apenas hay un pueblo

en América que tenga menos fe que el argentino en un pacto escrito, en una Constitución. Las ilusiones han pasado ya; la Constitución de la República se hará sin sentir, de sí misma, sin que nadie se lo haya propuesto. Unitaria, federal, mixta, ella ha de salir de los hechos consumados.

Ni creo imposible, que a la caída de Rosas se suceda inmediatamente el orden. Por más que a la distancia parezca, no es tan grande la desmoralización que Rosas ha engendrado: los crímenes de que la República ha sido testigo han sido *oficiales*, mandados por el Gobierno; a nadie se ha castrado, degollado ni perseguido, sin la *orden* expresa de hacerlo. Por otra parte, los pueblos obran siempre por reacciones; al estado de inquietud y de alarma en que Rosas los ha tenido durante quince años, ha de sucederse la calma, necesariamente; por lo mismo que tantos y tan horribles crímenes se han cometido, el pueblo y el Gobierno huirán de cometer uno solo, a fin de que las ominosas palabras ¡Mazorca!, ¡Rosas!, no vengan a zumbar en sus oídos, como otras tantas furias vengadoras; por lo mismo que las pretensiones exageradas de libertad que abrigaban los unitarios, han traído resultados tan calamitosos, los políticos serán, en adelante, prudentes en sus propósitos, los partidos, medidos en sus exigencias. Por otra parte, es desconocer mucho la naturaleza humana creer que los pueblos se vuelven criminales, y que los hombres extraviados que asesinan, cuando hay un tirano que los impulse a ello, son, en el fondo, malvados. Todo depende de las preocupaciones que dominan en ciertos momentos, y el hombre que hoy se ceba en sangre, por fanatismo, era ayer un devoto inocente, y será mañana un buen ciudadano, desde que desaparezca la excitación que lo indujo al crimen. Cuando la nación francesa cayó, en 1793, en manos de aquellos implacables terroristas, más de millón y medio de franceses se habían hartado de sangre y de delitos, y después de la caída de Robespierre y del Terror, apenas sesenta insignes malvados fue necesario sacrificar con él, para volver la Francia a sus hábitos de mansedumbre y moral; y esos mismos hombres que tantos horrores habían perpetuado, fueron, después, ciudadanos útiles y morales. No digo en los partidarios de Rosas, en los mazorqueros mismos hay, bajo las exterioridades del crimen, virtudes que un día deberían premiarse. Millares de vidas han sido salvadas por los avisos que los mazorqueros daban, secretamente, a las víctimas que la *orden* recibida les mandaba inmolar.

Independiente de estos motivos generales de moralidad que pertenecen a la especie humana, en todos los tiempos, y en todos los países, la República Argentina tiene elementos de orden, de que carecen muchos países en el mundo. Uno de los inconvenientes que estorba aquietar los ánimos, en los países convulsionados, es la dificultad de llamar la atención pública a objetos nuevos, que la saquen del círculo vicioso de ideas en que vive. La República Argentina tiene, por fortuna, tanta riqueza que explotar, tanta novedad con que atraer los espíritus después de un Gobierno como el de Rosas, que sería imposible turbar la tranquilidad necesaria para ir a los nuevos fines. Cuando haya un gobierno culto y ocupado de los intereses de

la nación, ¡qué de empresas, qué de movimiento industrial! Los pueblos pastores, ocupados de propagar los *merinos* que producen millones y entretienen a toda hora del día, a millares de hombres; las provincias de San Juan y Mendoza, consagradas a la cría del gusano de seda, que con apoyo y protección del Gobierno carecerían de brazos, en cuatro años, para los trabajos agrícolas e industriales que requiere; las provincias del Norte, entregadas al cultivo de la caña de azúcar, del añil que se produce espontáneamente; las litorales de los ríos, con la navegación libre, que daría movimiento y vida a la industria del interior. En medio de este movimiento, ¿quién hace la guerra? ¿Para conseguir qué? A no ser que haya un Gobierno tan estúpido como el presente, que huelle todos estos intereses, y en lugar de dar trabajo a los hombres, los lleve a los ejércitos a hacer la guerra al Uruguay, al Paraguay, al Brasil, a todas partes, en fin.

Pero el elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy, es la inmigración europea, que de suyo, y en despecho de la falta de seguridad que le ofrece, se agolpa, de día en día, en el Plata, y si hubiera un Gobierno capaz de dirigir su movimiento, bastaría, por sí sola, a sanar en diez años, no más, todas las heridas que han hecho a la patria, los bandidos, desde Facundo hasta Rosas, que la han dominado. Voy a demostrarlo. De Europa emigran, anualmente, medio millón de hombres al año, por lo menos, que, poseyendo una industria o un oficio, salen a buscar fortuna, y se fijan donde hallan tierra que poseer. Hasta el año 1840, esta inmigración se dirigía, principalmente, a Norteamérica, que se ha cubierto de ciudades magníficas y llenado de una inmensa población, a merced de la inmigración. Tal ha sido, a veces, la manía de emigrar, que poblaciones enteras de Alemania se han transportado a Norteamérica, con sus alcaldes, curas, maestros de escuela, etc. Pero al fin ha sucedido, que en las ciudades de las costas, el aumento de población ha hecho la vida tan difícil como en Europa, y los emigrados han encontrado allí, el malestar y la miseria de que venían huyendo. Desde 1840, se leen avisos en los diarios norteamericanos, previniendo los inconvenientes que encuentran los emigrados, y los cónsules de América hacen publicar en los diarios de Alemania, Suiza e Italia, avisos iguales, para que no emigren más. En 1843, dos buques cargados de hombres tuvieron que regresar a Europa con su carga, y en 1844, el gobierno francés mandó a Argel, veinte y un mil suizos que iban, inútilmente, a Norteamérica.

Aquella corriente de emigrados que ya no encuentran ventaja en el Norte, han empezado a costear la América. Algunos se dirigen a Tejas; otros, a México, cuyas costas malsanas los rechazan; el inmenso litoral del Brasil no les ofrece grandes ventajas, a causa del trabajo de los negros esclavos, que quita el valor a la producción. Tienen, pues, que recalar al Río de la Plata, cuyo clima suave, fertilidad de la tierra y abundancia de medios de subsistir, los atrae y fija. Desde 1836, empezaron a llegar a Montevideo, millares de emigrados, y mientras Rosas dispersaba la población natural de la República, con sus atrocidades, Montevideo se agrandaba en un año, hasta

hacerse una ciudad floreciente y rica, más bella que Buenos Aires y más llena de movimiento y comercio. Ahora que Rosas ha llevado la destrucción a Montevideo, porque este genio maldito no nació sino para destruir, los emigrados se agolpan a Buenos Aires y ocupan el lugar de la población que el monstruo hace matar, diariamente, en los ejércitos, y ya en el presente año, propuso a la Sala, enganchar vascos, para reponer sus diezmados cuadros.

El día, pues, que un gobierno nuevo dirija a objetos de utilidad nacional, los millones que hoy se gastan en hacer guerras desastrosas e inútiles y en pagar criminales; el día que por toda Europa se sepa que el horrible monstruo que hoy desola la República y está gritando, diariamente, "muerte a los extranjeros" ha desaparecido, ese día, la inmigración industriosa de la Europa se dirigirá en masa, al Río de la Plata; el *Nuevo Gobierno* se encargará de distribuirla por las provincias: los ingenieros de la República irán a trazar, en todos los puntos convenientes, los planos de las ciudades y villas que deberán construir para su residencia, y terrenos feraces les serán adjudicados, y en diez años quedarán todas las márgenes de los ríos, cubiertas de ciudades, y la República doblará su población con vecinos activos, morales e industriosos. Estas no son quimeras, pues basta quererlo y que haya un gobierno menos brutal que el presente, para conseguirlo.

El año 1835 emigraron a Norteamérica quinientas mil seiscientas cincuenta almas; ¿por qué no emigrarían a la República Argentina, cien mil por año, si la horrible fama de Rosas no los amedrentase? Pues bien: cien mil por año harían en diez años, un millón de europeos industriosos diseminados por toda la República, enseñándonos a trabajar, explotando nuevas riquezas y enriqueciendo al país con sus propiedades; y con un millón de hombres civilizados, la guerra civil es imposible, porque serían menos los que se hallarían en estado de desearla. La colonia escocesa que Rivadavia fundó al sur de Buenos Aires lo prueba, hasta la evidencia: ha sufrido de la guerra, pero ella jamás ha tomado parte, y ningún gaucho alemán ha abandonado su trabajo, su lechería o su fábrica de quesos, para ir a corretear por la pampa.

Creo haber demostrado que la revolución de la República Argentina está ya terminada y que sólo la existencia del execrable tirano que ella engendró, estorba que, hoy mismo, entre en una carrera no interrumpida de progresos que pudieran envidiarle, bien pronto, algunos pueblos americanos. La lucha de las campañas con las ciudades se ha acabado; el odio a Rosas ha reunido a estos dos elementos; los antiguos federales y los viejos unitarios, como la nueva generación, han sido perseguidos por él y se han unido. Ultimamente, sus mismas brutalidades y su desenfreno lo han llevado a comprometer la República en una guerra exterior, en que el Paraguay, el Uruguay y el Brasil lo harían sucumbir necesariamente, si la Europa misma no se viese forzada a venir a desmoronar ese andamio de cadáveres y de sangre que lo sostiene. Los que aún abrigan preocupaciones contra los extranjeros,

pueden responder a esta pregunta: ¿Cuando un forajido, un furioso, o un loco frenético llegase a apoderarse del gobierno de un pueblo, deben todos los demás gobiernos tolerarlo y dejarlo que destruya a su salvo, que asesine sin piedad y que traiga alborotadas diez años a todas las naciones vecinas?

Pero el remedio no nos vendrá sólo del exterior. La Providencia ha querido que, al desenlazarse el drama sangriento de nuestra revolución, el partido tantas veces vencido, y un pueblo tan pisoteado, se hallen con las armas en la mano y en aptitud de hacer oír las quejas de las víctimas. La heroica provincia de Corrientes tiene, hoy, seis mil veteranos que a esta hora, habrán entrado en campaña bajo las órdenes del vencedor de la Tablada, Oncativo y Caaguazú, el boleado, el manco Paz, como le llama Rosas. ¡Cuántas veces este furibundo, que tantos millares de víctimas ha sacrificado inútilmente, se habrá mordido y ensangrentado los labios de cólera, al recordar que lo ha tenido preso diez años y no lo ha muerto, a ese mismo manco boleado que hoy se prepara a castigar sus crímenes! La Providencia habrá querido darle este suplicio de condenado, haciéndolo carcelero y guardián del que estaba destinado desde lo Alto, a vengar la República, la Humanidad y la Justicia.

¡Proteja Dios tus armas, honrado general Paz! ¡Si salvas la República, nunca hubo gloria como la tuya! ¡Si sucumbes, ninguna maldición te seguirá a la tumba! ¡Los pueblos se asociarán a tu causa, o deplorarán, más tarde, su ceguedad o su envilecimiento!

NOTAS

[1]Sobre la base del Colegio de la Unión del Sur, el ministro Rivadavia creó en 1823 el Colegio de Ciencias Morales con el fin de formar alumnos para la Universidad. En 1830 fue disuelto. Este colegio becaba a estudiantes de la ciudad y de las provincias, de allí la referencia de Sarmiento.

[2]El Colegio de San Carlos había tomado este nombre en 1813. Fue absorbido luego por el Colegio de la Unión del Sur creado por el director Pueyrredón.

[3]Institución creada por el librero Marcos Sastre, con fines culturales; se inauguró en 1837 y en él participaron Juan B. Alberdi, Juan M. Gutiérrez, Manuel Quiroga Rosas, Félix Frías, Esteban Echeverría, Vicente F. López, Carlos Tejedor, etc. Sus socios, obtenidos por suscripción, contaban con una buena biblioteca en el Salón y con las reuniones semanales donde se leían sus trabajos y se discutían temas culturales, económicos, etc., cuya fuente eran el solicialismo utópico y el romanticismo literario. Se advierte en los discursos la presencia de Quinet, Jouffroy, Michelet, Torqueville, Mazzini, así como de Saint-Simon y Leroux. Los conceptos sobre literatura y cultura nacional tenían su fuente en los trabajos de Villemain, Sainte Beuve, Fortoul y Schlegel y en las obras de Chateaubriand, Hugo, Vigny, Lamartine o Byron, a los que se sumaban los españoles Larra y Espronceda. El primer discurso del Salón fue pronunciado por su fundador: "Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina", la segunda disertación correspondió a Alberdi —"Civilización propia y nacional"— y la tercera a Juan M. Gutiérrez, quien señaló el atraso español como fuente del atraso argentino, y del cual deberíamos independizarnos de la misma manera que se había hecho en el plano político, mediante la adopción de las realizaciones logradas por los países más adelantados de Europa, adaptadas a nuestro desarrollo social. Echeverría, de quien se leyó *La Cautiva,* aún inédita, en una de las reuniones, fue el jefe ideológico del grupo. El Salón debió cerrarse a principios de 1838 merced a algunas insinuaciones de Rosas y de amenazas policiales.

[4]Las Palabras Simbólicas fueron publicadas en *El Iniciador* de Montevideo el 1º /I/ 1839, por Alberdi. Habían surgido de la discusión en la Asociación de la Joven Argentina, luego llamada Asociación de Mayo (1846), fundada por Echeverría al desaparecer el Salón Literario. Integran el *Dogma socialista* redactado por Echeverría.

[5]Ocupada la isla por los franceses, éstos entregaron su control a Lavalle. Esta isla tenía interés estratégico pues controlaba el acceso al Paraná y al Uruguay.

[6]Ambrosio Cramer muere en el combate de Chascomús el 7/XI/1839.

[7]*Miguel Soler* (1783-1849), se inicia muy joven en la carrera de las armas. Combate en las invasiones inglesas, en el sitio de Montevideo y en el Ejército de los Andes.

Regresa al país en 1820. Impuesto por las fuerzas de caballería de la campaña de Buenos Aires al cargo de gobernador, dura en él apenas una semana (23-30/VI/1820), al ser derrotado por Estanislao López en Cañada de la Cruz. Participa luego en la guerra con el Brasil (1825-1827).

[8]En *Viajes* (cap. "Montevideo"), Sarmiento proporciona los siguientes datos sobre el número de extranjeros en Montevideo: "En octubre de 1843 daba el padrón estos curiosos resultados: Habitantes de la ciudad: orientales: 11.431; americanos: 3.170; europeos: 15.252; africanos (libres): 1.344".

[9]Alude a las defensas colocadas por el general Mansilla en el río Paraná, en el lugar denominado Vuelta de Obligado, para impedir el avance de la expedición comercial y de guerra anglofrancesa, que contaba con una artillería muy superior a la de la Confederación. Mansilla montó baterías y atravesó el Paraná con cadenas y pontones desde una costa a otra. La batalla, librada el 29/XI/1845, no pudo detener el avance de la escuadra extranjera, que cortó las defensas planeadas por Mansilla.

[10]*Los unos han viajado por Europa:* alude a Alberdi. *Los otros han residido en el Brasil:* José Mármol, poeta unitario, autor de *Los cantos del peregrino* y de la novela política *Amalia* (1851-54); *cuales en Bolivia:* Zuviría, entre otros; *cuales en Chile:* Vicente F. López, Tejedor, Bartolomé Mitre, Peña, el mismo Sarmiento.

[11]Concursos literarios celebrados en Montevideo en el aniversario de la Revolución. El más importante de ellos fue el de 1841, donde resultaron premiados J. M. Gutiérrez, Luis A. Domínguez y J. Mármol, desconocido por entonces. La importancia de este Certamen Poético —tal fue su nombre— radica no tanto en la calidad de las obras premiadas sino en la polémica de Juan B. Alberdi con Florencio Varela, uno de los jurados, a raíz del rechazo que aquél hace de los fundamentos del dictamen, circunstancia que le permite exponer y defender los presupuestos del romanticismo literario.

[12]*Pedro de Angelis* (1784-1859), intelectual liberal de origen napolitano, debió abandonar su país por su actuación política. Rivadavia lo conoció en París y lo invitó a establecerse en Buenos Aires. Cumplirá en el país dos importantes funciones, aunque de muy diferente signo moral. Su innegable capacidad periodística será puesta sucesivamente al servicio de Rivadavia, de Viamonte y de Rosas, con quien llega a sostener una relación francamente servil. Esta condición de intelectual adocenado contribuyó a empañar la enorme importancia de su otra actividad, la de sus trabajos de recopilador de importantes documentos del pasado argentino, de sus estudios de las lenguas indígenas, tanto como las propias de un hombre de su cultura en el ambiente intelectual limitado del Buenos Aires de entonces: Echeverría, Gutiérrez, y muchos otros encontraron en de Angelis, en la etapa de su formación, la palabra orientadora y el acceso a su biblioteca, la más valiosa del país en cuanto al material sobre historia. En 1835 comienzan a aparecer quincenalmente los cuadernillos que integrarán los seis volúmenes de la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata* (incluye las obras de Ruy Díaz de Guzmán, U. Schmidl, Martín del Barco Centenera, etc.). Entre sus otras obras sólo citaremos: *Recopilación de leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810 hasta el fin de diciembre de 1835* (1837), *Ensayo histórico sobre la vida del Exmo. Sr. D. Juan Manuel de Rosas, Proyecto de Organización para la industria pública de la provincia de Buenos Aires.*

APENDICE

AGREGADO EN LA 2ª EDICION

LAS PROCLAMAS que llevan la firma de Juan Facundo Quiroga tienen tales caracteres de autenticidad, que hemos creído útil insertarlas aquí, como los únicos documentos escritos[1] que quedan de aquel caudillo. Campea en ellas la exageración y ostentación del propio valor, a la par del no disimulado designio de inspirar miedo a los demás. La incorrección del lenguaje, la incoherencia de las ideas y el empleo de voces que significan otra cosa que lo que se propone expresar con ellas, o muestran la confusión o el estado embrionario de las ideas, revelan en estas proclamas el alma ruda aún, los instintos jactanciosos del hombre del pueblo y el candor del que, no familiarizado con las letras, ni sospecha siquiera que haya incapacidad de su parte para emitir sus ideas por escrito.

¿Qué significa, en efecto, "opresores y conquistadores de la libertad"; "Ninguna resolución es más poderosa que la invocación de la Patria"; "Vengo a haceros partícipes de los auspicios que os extienden las provincias litorales"; "Elevad fervorosos sacrificios, dictad leyes análogas al pueblo"? Todo esto es barbarie, confusión de ideas, incapacidad de desenvolver pensamientos por no conocer el sentido de las palabras. Es, sin duda, ingenuo aquel "libre por principios y por propensión, mi estado natural es la libertad"; frase que sería una manifestación de la voluntariedad de su espíritu si tuviese sentido. En las gacetas de Buenos Aires se registra un comunicado virulento, obra suya, escrito contra el Gobierno por haber dictado una providencia sobre fondos públicos que menoscababa el interés de los tenedores, siéndolo él de algunos millones. Más tarde, mejor aconsejado, dio una satisfacción al Gobierno por otro comunicado. Algunas cartas de Quiroga

[1] La documentación conservada de Facundo Quiroga integra los *Archivos del Brigadier General Facundo Quiroga*, en vías de publicación.

han visto la luz pública; pero creo que, como sus proclamas, no merecen conservarse, sino como curiosidades y monumentos de la época de barbarie.

La primera de estas proclamas, sin fecha, pertenece, sin duda, al año 1829, cuando, después de haberse rehecho de la derrota de la Tablada, vino a San Juan y a Mendoza. La segunda está datada de San Luis, de letra manuscrita, y la traía impresa desde Buenos Aires para irla esparciendo por los lugares de su tránsito. La tercera precedió a la salida del ejército destinado a combatir al general Lamadrid en Tucumán, y alude a la reciente muerte de Villafañe.

Al pie de un decreto de la Junta de Representantes de Mendoza, en que se permitía circular en la provincia papel moneda de Buenos Aires, Facundo Quiroga hizo publicar la siguiente posdata, que tiene todos los caracteres de sus anteriores proclamas: la jactancia, el enredo de la frase y su prurito de aterrar.

"El infrascrito —dice—, en vista del proyecto de ley que antecede, protesta por lo más sagrado de los cielos y de la tierra que el papel moneda no circulará en las provincias del interior mientras él permanezca en ellas o partidarios de tan detestable plaga pasen por su cadáver; pues que, viendo la justicia de su parte, no conoce peligro que lo arredre ni lo haga desistir de buscarla, como lo hizo por sí solo y a su cuenta en los años 26 y 27, contra todo el poder del presidente de la República, don Bernardino Rivadavia, cuando quiso ligar las provincias al carro del despotismo por medio de los Bancos subalternos de papel moneda, y con el santo fin de abrir un vasto campo a los extranjeros para que extrajesen de ellas el dinero metálico.— *San Juan, septiembre 20 de 1833*—. JUAN FACUNDO QUIROGA".

PROCLAMA

Pueblos de la República: Destinado por el general que os dieron los R.R. Nacionales a servir de jefe de la segunda división del Ejército de la Nación, ningún sacrificio he omitido por desempeñar tan alta confianza. Los enemigos de las leyes, los asesinos del encargado del Poder nacional, los insurrectos del Ejército y sus vendidos secuaces ningún medio omiten para emponzoñar los corazones y prevenir los incautos que no me conocen. La perfidia y la detracción es la bandera de ellos, mientras la franqueza y el valor es nuestra divisa.

Argentinos: Os juro por mi espada que ninguna otra aspiración me anima que la de la libertad. A nadie se le oculta que mi fortuna es el patrimonio y el sostén de los bravos que mando, y el día que los pueblos hayan recuperado sus derechos será el mismo de mi silencio y mi retiro. Nada más aspira un hombre que no necesita ni cortejar el Poder ni al que manda. Libre por principios y por propensión, mi estado natural es la libertad; por ella verteré mi sangre y mil vidas, y no existirá esclavo donde las lanzas de La Rioja se presenten.

Soldados de mi mando: El que quiera dejar mis filas puede retirarse y hacer uso de mi oferta, que os hago por tercera vez. Mas el que quiera enristrar la lanza contra los opresores y oprimidos *(sic),* quedad al lado mío. Los enemigos ya saben lo que valéis, y os tiemblan.

Opresores y conquistadores de la libertad: Triunfaréis acaso de los bravos riojanos, porque la fortuna es inconstante; pero se legará hasta el fin de los siglos la memoria del mil héroes que no saben recibir heridas por la espalda.

Oprimidos: Los que deseéis la libertad o una muerte honrosa, venid a mezclaros con vuestros compatriotas, con vuestros amigos y con vuestro camarada.— JUAN FACUNDO QUIROGA.

EL GENERAL QUIROGA

A los habitantes de las Provincias Interiores de la República Argentina

Mis compatriotas: Ninguna resolución es más poderosa que la invocación de la patria, anunciando a sus hijos la ocasión de domar el orgullo de los opresores de los pueblos. Había formado la decisión de no volver a aparecer como hombre público; mas mis principios han sofocado tales propósitos. Me tenéis ya en campaña para contribuir a que desaparezcan esos seres funestos que osadamente han despedazado los vínculos entre el *pueblo* y las *leyes*.

Las provincias litorales, después de un largo sufrimiento de humillaciones muy marcadas en obsequio de la paz, y de haber perdido todas esperanzas de una reconciliación fraternal y benéfica que consultase la libre existencia de todas, han puesto en acción sus recursos para guardar sus libertades y salvar las vuestras. Fieles y consecuentes a la amistad, han jurado que las armas que han empuñado no las depondrán hasta no dejar salva la patria, libres y en tranquilidad los pueblos oprimidos de la República Argentina.

Los instantes de crisis que apuntan el término de la existencia de los pérfidos anarquistas del primero de diciembre, que os han sumido en los males que os agobian, se dejan sentir ya manifiestamente.

Ejércitos respetables marchan en diferentes direcciones para combatir y destruir en todos puntos a los anarquizadores. El excelentísimo señor gobernador de Santa Fe, brigadier don *Estanislao López,* es el jefe que manda las fuerzas combinadas de los Gobiernos litorales, aliados en perpetua federación, y que ya están en campaña. Una división de este ejército, a las órdenes del general don *Felipe Ibarra,* se interna a Santiago a engrosar las fuerzas que operan por esa parte, y el excelentísimo señor Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, general don *Juan Manuel de Rosas,* se halla situado a los confines de su territorio por el norte, con un fuerte ejército de reserva. En fin: todo anuncia que ya podéis contaros en el número de los *hijos de la libertad*.

Estoy, pues, en campaña, mis amigos, al frente de una división del ejército combinado, y a las órdenes del excelentísimo señor General en Jefe, para redimiros del cautiverio. Marcho a protegeros y no a oprimiros. Vengo a haceros partícipes de los auspicios que os extienden las provincias litorales para aliviar vuestras desgracias, y a serviros de apoyo contra la crueldad y perfidia de vuestros opresores.

No trato de sorprenderos ni de llamaros en mi auxilio; lo primero sería engañaros; lo segundo, un insulto a la decisión con que constantemente se han manifestado las provincias por la causa de la libertad. Esta verdad se encuentra plenamente comprobada en el hecho mismo de que habéis formado tres ejércitos de hombres puramente voluntarios para sostener los derechos de los pueblos, sin haber tenido enganche que os halagase, ni la más remota esperanza del miserable celo del saqueo; la moral de vuestra guía, y la seguistes* hasta la conclusión de los dos últimos ejércitos, que fueron tan desgraciados, como feliz el primero. Si bien que vive vuestro amigo.— *San Luis, marzo 22 de 1831*—. JUAN FACUNDO QUIROGA.

PROCLAMA

El General de la División de los Andes a todos los habitantes de las Provincias de Cuyo

Ministros del santuario: Elevad al Ser Supremo fervorosos sacrificios, y pedidle con la efusión de vuestros piadosos corazones, que suspenda el azote de la guerra fratricida en que yace la República Argentina.

Honorables R.R. de las legislaturas provinciales: A vosotros toca el deber sagrado de dictar leyes análogas y benéficas al pueblo que os honró con tan alto cargo. La generosidad de los Gobiernos litorales, de esos padres de la República, que, sin reparar en sacrificios, os han puesto en plena libertad para ejercer vuestras funciones, no entre el estruendo de las armas, sino en el silencio y reposo de la más perfecta tranquilidad.

Jefes militares: Respetad y obedeced la autoridad civil; estad siempre en vigilia para sostenerla contra todo aquel que intente derrocarla; éste es vuestro deber.

Ciudadanos todos: Respetad la religión de nuestros padres y sus ministros, las leyes que nos rigen y las autoridades constituidas. Si así lo hiciéreis, seréis felices y no tendréis motivo de arrepentimiento.

La división auxiliar de los Andes se retira de vuestro territorio, no al descanso de una vida privada, sino a continuar sus tareas contra los enemigos implacables de la libertad y de las leyes. Ella marchará de frente, pues no conoce peligro que le arredre; se ha propuesto dar libertad a las

* *Seguistes*: Corresponde "seguisteis".

tres provincias oprimidas en el norte o dejar de existir. Ella os deja libres del poder militar de los asesinos del 1º de diciembre, y en esto mismo ha recibido la más grata recompensa a sus débiles esfuerzos. Que las tres provincias de Cuyo se mantengan en unión indisoluble y se sostengan mutuamente contra toda tentativa de los enemigos de su libertad, es la aspiración y el más ardiente deseo del que os habla.

Enemigos de la libertad nacional: Sabed que desde el 23 de mayo del presente año, en que tuve pleno conocimiento de que vuestros partidarios cometieron el más horrendo, alevoso y negro crimen de asesinar al benemérito general don José Benito Villafañe, desenvainé mi espada contra vosotros, protesté que la justicia ocuparía el lugar de la misericordia, convencido que los delitos tolerados mil veces han sacrificado más víctimas que los suplicios ejecutados a su tiempo.

Temblad, de cometer el más leve atentado. *Temblad*, si no respetáis las autoridades y las leyes. Y *temblad*, si no desistís de ese loco empeño de cautivar la libertad de los pueblos, mientras exista JUAN FACUNDO QUIROGA.— *San Juan, septiembre 7 de 1831.*

DOCUMENTOS DEL AUTOR SOBRE *FACUNDO*

Carta al profesor don Matías Calandrelli, autor de un Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana

Mi estimado señor:

TENGO el gusto, para satisfacer a su pedido, de enviarle un ejemplar de la *Vida de Facundo Quiroga,* reputado generalmente como el escrito más peculiar mío.

En cuanto a lenguaje, revisó esta última edición el hablista habanero Mantilla,* hallando poco que corregir de las anteriores, y, según dijo, llamándole la atención la ocurrencia frecuente de locuciones anticuadas, pero castizas, que atribuía a mucha lectura de autores castellanos antiguos.

No siendo ésta la verdad, indiquéle como causa que habiéndome criado en una provincia apartada, y formádome sin estudios ordenados, la lengua de los conquistadores había debido conservarse allí más tiempo sin alteraciones sensibles, lo que corroboraba yo con muchos hechos, y aceptaba él como plausible, bien así como los ingleses insulares de hoy han hallado en Norteamérica locuciones que traía Johnson y no conserva Webster en su Diccionario.

La corrección de pruebas de mis *Viajes* la hizo don Juan M. Gutiérrez, de la Academia de la Lengua; y don Andrés Bello, igualmente académico, que gustaba mucho de *Recuerdos de provincia* como lenguaje y como recuerdos de costumbres americanas, rechazaba por infundadas muchas de las correcciones de Villergas, que la echaba de hablista y que encontró en La Habana de qué *parler* en achaque de lengua castellana; pues es hoy un he-

* Es decir, corrigió las pruebas de la edición de 1868; pues al hacer esta reimpresión y comparar esa edición con la de 1845, no hemos encontrado otra diferencia que la que resulta de la mejor corrección de pruebas.— *Nota de Luis Montt, editor de los primeros tomos de las* Obras *de Sarmiento.*

cho conquistado que los mejores hablistas modernos son americanos, hecho reconocido por la Academia misma, acaso porque necesitan más estudios de la lengua los que viven fuera del centro que la vivifica, y están más influidos por los elementos extranjeros y extraños a su origen, que tienden a incorporársele.

Es lo más breve que puedo decirle para su dirección en el uso que quiera hacer de mis escritos, agradeciéndole cordialmente su buen deseo.

Tengo con este motivo el gusto de suscribirme su afectísimo amigo,

D. F. SARMIENTO

Buenos Aires, agosto 12 de 1881.

NOTAS DE VALENTIN ALSINA AL LIBRO

*CIVILIZACION Y BARBARIE**

NOTA 1

Pág. 27 - renglón 41. - «En Corrientes, los campesinos».... etc. - Puede Ud. añadir, en comprobación de los renglones anteriores, que en Corrientes, aunque se habla castellano, todas, todas las clases, hablan también el guaraní. De ahí viene que las clases bajas, al hablar castellano, usen sólo del pronombre *tú,* y no del *usted,* desconocido en el guaraní.

NOTA 2

47 - 42. - «En aquel momento, ha recorrido en su mente, diez mil estancias de la pampa»... etc. - Ante todo, una advertencia indispensable, que servirá como de introducción.

Al tirar estas Notas, amigo mío, ha sido en el concepto de que Ud. me ha de permitir la más completa franqueza en la exposición de mis juicios, sean ellos exactos o desacertados. ¿Me engaño en aquel concepto? Pues entonces no siga adelante, y haga pedazos desde ahora este papel. ¿No me engaño? Pues entonces le diré que en su libro, que tantas y tan admirables cosas tiene, me parece entrever un defecto general —el de la exageración: creo que tiene mucha poesía, sino en las ideas, al menos en los modos de locución—. Ud. no se propone escribir un romance, ni una epopeya, sino una verdadera *historia* social, política y hasta militar a veces, de un período interesantísimo de la época contemporánea. Siendo así, forzoso es no separarse en un ápice —en cuanto sea posible— de la exactitud y rigidez histórica; y a esto

* Publicadas por primera vez en la *Revista de derecho, historia y letras,* dirigida por Estanislao S. Zeballos, tomos X y XI, año 1901. Escritas en 1846 en Montevideo, según promesa hecha a Sarmiento de señalarle los errores de su libro.

se oponen las exageraciones. Estas tienen que ser en Ud. una necesidad: ¿sabe por qué? porque creo —aunque puedo estar muy engañado— que es Ud. propenso a los *sistemas;* y éstos, en las ciencias sociales como en las naturales, no son el mejor medio de arribar al descubrimiento de la verdad, ni al recto examen, ni a la veraz exposición de ella. Desde que el espíritu esté ocupado de una idea anterior, y se proponga hacerla triunfar en la demostración, se expone a equivocaciones notables, sin percibirlo. Entonces el escritor, en vez de proceder analíticamente, en vez de examinar cada hecho en sí mismo, para ver lo que de él se deduzca, y de este conjunto de deducciones y observaciones sacar, recién a lo último, una deducción general, o *resultado;* en vez de este proceder, emplea el sintético: esto es, sentada una idea jefe, recorre cuantos hechos se le presentan, no para examinarlos filosóficamente y en sí mismos, sino para alegarlos en prueba de su idea favorita, para formar con ellos el edificio de su sistema. De aquí nace naturalmente que, cuando halle un hecho que apoye sus ideas, lo exagere y amplifique; y cuando halle otro que no se encuadre bien en su sistema, o que lo contradice, lo hace a un lado, o lo desfigura o lo interpreta: de aquí nacen las analogías y aplicaciones forzadas; de aquí los juicios inexactos o parciales acerca de los hombres y sucesos; de aquí las generalizaciones con que, de un hecho individual, y tal vez casual o insignificante en sí mismo, el escritor deduce una regla o doctrina general. Todo eso es una necesidad en los sistemas: hay que tributarles muchos sacrificios. Ud. se propone mostrar la lucha *activa* entre la Civilización y la Barbarie; la lucha cuyos gérmenes venían de largos años atrás, y la cual, de largos años atrás, existía *sordamente*: la lucha entre las campañas y las ciudades, y en la que, por una ley necesaria, y casi por una especie de fatalismo, aquéllas triunfaron y debían triunfar. —Creo que algo de exacto hay en el fondo de esta idea, sin que en mi humilde opinión lo sea en todo. Más adelante, algo diré sobre esto. Aquí anticiparé que tal vez ese resultado no se ha debido tanto a un orden dado de cosas, de ideas o sentimientos en las campañas, cuanto a mil acasos y accidentes, a hechos en sí insignificantes, a la ignorancia e inestudio de nuestro estado social, y a multitud de errores políticos y militares. Digo esto aquí, únicamente por explicar mi pensamiento acerca del efecto que en las inquisiciones históricas producen las exageraciones, consecuencias necesarias de los sistemas previos. Así: lo que Ud. expone sobre el gaucho baqueano, malo, rastreador, etc., aunque sea necesario al sistema de Ud., tal vez no sea exacto en la latitud y generalidad que Ud. lo presenta. De ningún modo digo que esos hechos no sean exactos, y especialmente *los prodigios* (no merecen otro nombre) del rastreador; bien que yo jamás había oído cosa ni medio parecida. Digo solamente que en Europa, al leer esas páginas, y aun al leerlas en América quien no sea argentino, creerán que esas calidades son generales, o al menos comunes, en el gaucho argentino; en rigor, son *excepciones, rarezas.* Ud. hace de esos caracteres excepcionales una especie de *clase,* y esto es lo que creo no ser exacto; y después, en los detalles, las necesidades de su

sistema le arrastran a las exageraciones. Sirvan de ejemplo las palabras que hacen el texto de la presente Nota: «En aquel *momento* (vaya Ud. contando las hipérboles) ha recorrido en su mente *diez mil* estancias de la pampa: *ha visto* y *examinado todos* los caballos que hay en la provincia, con sus *marcas, colores, señales particulares,* y convencídose de que no hay *ninguno* que tenga una estrella en la paleta» . . . Lo de Napoleón, que Ud. añade, es tan cuento tártaro como tantas otras cosas: no sería lo más asombroso la memoria de Napoleón, cuanto que hubiese tenido ocasión, motivo, interés y 18 o 20 años desocupados, para oír, una a una, las historias de 200.000 hombres: y con todo, más fácil sería que un general conociese a 200 y la historia de cada uno, que el que un gaucho —a no convertirlo Ud. en viento— sepa lo que Ud. dice, cuando a cada instante nacen y se marcan animales; y en fin, aunque esto fuese humanamente posible, sería una excepción estupenda. Repito que sólo por vía de muestra me he fijado en esta pequeñez. De todos modos: en la historia, no me gustan los *prodigios,* aunque sean ciertos; y yo suprimiría el *mil.* Considere Ud. que sobrado admirable sería el gaucho que *en un momento* hiciera todo eso, respecto de los miles de caballos que, al menos en la provincia de Buenos Aires, pueden contener *diez* estancias: y considere también que una *pampa* en que hubiese 100 *estancias* (no las hay en la provincia) ya no sería pampa.

Nota 3

"Rosas aún hoy. . . corre sobre dos caballos, alza un peso fuerte del suelo, en la velocidad de la carrera". . . —Así será: pero yo jamás he oído de Rosas, ni de nadie, esa gran prueba, y deseara verlo para creerlo. El *maximum* que he oído es alzar, en la *velocidad de la carrera,* un sombrero. Pero sea de ello lo que sea, no es cierto que *aún hoy* (en 1845, ni después) Rosas haga esas pruebas. Desde 1835, lo más que se le ha visto es galopar un poco, al ir o volver de la quinta.

Nota 4

61 - 8. - «eran otros tantos bandidos comandantes». . . —Pancho, envenenado por Rosas, no era comandante, sino coronel de un cuerpo veterano (blandengues, de Bahía Blanca). Celarrayán, su sucesor, ídem; ninguno de los dos era *bandido,* y aun Celarrayán, que más bien era hombre decente, murió de resultas de la conspiración en que estaba contra el tirano. — Molina manda una división de indios cuando Rosas lo hizo envenenar. No sé si Pajarito y Arbolito tenían el título de *comandantes,* pero no tenían mando. De todos modos, aunque esos cinco hombres hubieran sido *comandantes,* bueno fuera advertir que no eran *comandantes de campaña* (cosa muy distinta), como se creerá al leer eso, pues de *comandantes de campaña* va Ud. hablando allí. Por lo demás, en tiempo de Rosas éste no ha dado el cargo de comandante general de campaña a *hombres vulgares,* ni no vulga-

res: no lo ha habido: lo más que ha habido, en cortos intervalos, ha sido comandantes del sud o del norte: nunca uno general, como él.

NOTA 5

«de Rivadavia, que creó el Banco Nacional, y que en su lenguaje pomposo decía: dentro de 6 años, deberemos 60 millones: lo que no estorbó que al año siguiente de renunciar la presidencia, estuviese a punto de morirse de hambre en Europa»... — Desearía mucho una explicación de Ud. sobre esto. No entiendo absolutamente el sentido de esas palabras de Rivadavia, que yo ignoraba. Tampoco entiendo si, con lo de *lo que no estorbó,* etc., ha querido Ud. significar que él robó — lo que sería falso — y que eso no estorbó su ulterior pobreza. En lo demás, advertiré dos cosas. Una, que Rivadavia, *al año siguiente de renunciar la presidencia,* esto es, en 1828, no estaba en Europa sino en Buenos Aires, de donde salió en 1829, en mayo creo; y en Europa, ignoro que *estuviese a punto de morirse de hambre,* aunque creo que padeció apuros, por incuria, o lo que sea, de sus apoderados; era hombre de regular fortuna *heredada.* — La otra, que él *no creó el Banco Nacional.* En su primera administración, de 1821 a 24, esto es, en la del gobernador Rodríguez, y cuando él era ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, don Manuel José García, de Hacienda, y el general don Francisco Cruz, de Guerra, se creó el Banco *Provincial* o de *Descuentos;* y mucho después, en principios de 1825, el Congreso convirtió a ese Banco o lo fundió en el *Nacional* que creó: pero a esa fecha don Bernardino estaba en Europa. Una digresión, ya que toco esta ausencia.— Rivadavia se fue a Europa apenas dejó de ser ministro por el cese legal de Rodríguez, y de paso, se le dio una misión extraordinaria cerca de los gobiernos de Inglaterra y Francia (llevando de secretario a don Ignacio Núñez). A Rodríguez sucedió Las Heras, con quien siguió García de ministro de Gobierno, Relaciones Exteriores y Hacienda. Rivadavia se negó obstinadamente a seguir por un motivo, no sé si acertado, pero que le honra. Estando al concluir el período de Rodríguez, emitió la doctrina, y la hizo sostener en el *Centinela,* diario oficial, que entonces daba dicho Núñez, doctrina que la oposición apoyó, de que para consolidar las instituciones, y hacer prácticos los principios, Rodríguez debía no ser reelecto, o renunciar si lo era, y que todo el gobierno debía ceder su puesto a otros. Por eso no quiso seguir. Siento tener que añadir que, a mi juicio, no por eso debió irse a Europa, donde ya había estado lo bastante, de 1814 a mediados de 1821. Ese inútil viaje fue tal vez un deplorable desacierto. ¿No cree Ud. que, si en vez de ir a Europa, va a recorrer las provincias, a adquirir relaciones *personales,* a hacerse *conocer y amar personalmente* (y lo hubiera logrado, pues, por más que Ud. oiga, era en su trato privado, franco, festivo, atractivo), y en fin, a estudiar y conocer el país, que no conoció nunca, otra, y muy otra, hubiera sido la suerte de su posterior presidencia? — Siempre, siempre lo he creído así.

Nota 6

107 - 20. - «no tiene aún diarios»... —Esto arroja la idea de que, hasta 1845, en que Ud. escribe, Córdoba no había tenido diarios todavía, y no es así. Desde 1826 tuvo la... de oposición a la presidencia, dado por el sobrino de Bustos. En 1830 y 31, bajo Paz, tuvo la *Aurora*. A la caída de Paz, tuvo a *Córdoba Redimida*, y otros, aunque fugaces. ¿No sería mejor decir: no tiene hoy, hace 15 años, diarios?

Nota 7

«La Universidad es un claustro, en que todos llevan sotanas y manteos»... —Si esto ha sucedido bajo los federales, nada digo. Pero cuanto a lo pasado, eso no es cierto, ni aun respecto de un tiempo (1817 adelante). En tiempos muy antiguos, los estudiantes de afuera concurrían, me dicen, a la Universidad con ciertas capas cortas — por lo que se les llamaba *capistas;* pero en mi tiempo, y aun creo que desde la revolución, concurrían vestidos como les daba la gana. Los colegiales, de los dos colegios, concurríamos de opa, beca y bonete clerical: pero en el colegio — al menos los de Montserrat — vestíamos como y del color que queríamos: para la calle el traje era negro: mas era *levita,* corbata, sombrero como cualquier ciudadano, etc. Jamás vi allí tales sotanas ni manteos. — Por lo demás: la Universidad no era, ni podría ser, *un claustro,* ya se tome esta voz en el sentido figurado, ya en el recto. Tal vez Ud. confunde a la Universidad con los Colegios (en los cuales había ciertas instituciones realmente claustrales): pero son cosas muy distintas.

Nota 8

108 - 10. - «cúpulas y torres de los muchos templos»... — Podría creerse que son más de los que son. Yo recuerdo 7: Catedral, San Ignacio, San Roque, dos conventos de frailes y dos de monjas; y aun estos últimos, sólo eran capillas sin torres.

Nota 9

108 - 27. - «Hacia los años de 1816»... hasta *música.* — Confusión — Cuando en 1809 se quitó la Universidad a los frailes, y se dio a los clérigos, el Deán Funes fue Rector de aquélla y del Colegio de Montserrat (cargos muy distintos). Las reformas que hizo en la *Universidad,* en 1810 (época en que mi hermano estaba en Montserrat), por medio del reglamento que le encomendó el claustro, fueron casi insignificantes: al menos no fueron las que Ud. le atribuye en sus *Recuerdos de Provincia.* Las matemáticas se reducían a la aritmética; y no hubo la *cultura de las bellas letras,* que dice el Deán en su *Ensayo.* En el *Colegio de Montserrat,* sí, las hizo muy buenas (y de entonces data el levita). — Años después, estando él en Buenos Aires, presentó al gobierno — no sé si por encargo de éste o espontáneamente —

un nuevo plan de estudios universitarios, que fue aprobado y que se empezó a ejecutar en 1816. En él entraban, es cierto, matemáticas y física experimental (la anterior siempre se había enseñado allí), que yo estudié; pero no entraban, como Ud. lo dice, los idiomas vivos, el derecho público, ni la música (ni menos la *esgrima,* como Ud. dice también en los *Recuerdos).* Quien informó a Ud. equivocó las especies. — En 1818, un francés transeúnte dio en el Colegio de Montserrat (que siempre debe Ud. no confundir con la Universidad) unas cuantas lecciones *particulares,* a unos pocos colegiales (entre ellos, a Pascual Echagüe) de esgrima, y a otros de piano; y aun todo eso sólo duró unos pocos días. Esto es cuanto hubo a este respecto. — Y añadiré una reflexión: — Ud., cuando trata de deprimir a Córdoba, deprime a la Universidad hasta los suelos, hasta suponerla *un claustro,* y vestida de sotana y manteo; y cuando trata — especialmente en los *Recuerdos* — de exaltar al Deán, supone a la Universidad un establecimiento casi europeo: ¿No hay contradicción en esto? Ni una ni otra cosa es cierto. — En fin: *en la Universidad* jamás se enseñó ni idiomas vivos, ni derecho público, ni dibujo, ni esgrima, ni música, al menos hasta 1819: ignoro lo posterior. Lo único que sé es que, años después, por 1824 o 25, se introdujo en *Montserrat* el gusto y estudio de la música. Lo atribuyo al Rector del Colegio, el muy respetable doctor don José María Bedoya, que es de una familia orgánicamente música. El y su hermano Elías — concolega mío — creo están hoy en Chile, y puede Ud. informarse de ellos... Y ya que nombro al doctor Bedoya, permítame Ud. que consagre aquí un renglón en justo honor de él. En mi tiempo era vice-rector de mi colegio y catedrático de matemáticas y física en la Universidad. Es de los hombres más beneméritos de la República, por cuanto consagró su vida a la enseñanza de la juventud. Se formó en esas ciencias por sí solo casi. Hombre de talento y estudiosísimo, había nacido para aquel destino; y su emigración es una de las varias grandes pérdidas que el país debe al régimen actual de la barbarie. Nunca olvidaré que el doctor Bedoya me distinguió, ni tampoco el oportunísimo regalo de un capote, que me hizo en un invierno.

Nota 10

«Córdoba que no ha tomado parte en la revolución».— Con dureza trata Ud. a esa pobre ciudad de Córdoba, e inmerecida; al menos Ud. no cita hechos que justifiquen su severo y harto general aserto. Recordar el crimen *posterior* de Bustos, en 1820, sería una impertinencia; ese crimen prueba otras cosas pero no aquello. — Que en 1810, Liniers y otras categorías, casi todas *españolas,* obraran como tales, no es extraño; y el que entonces se concentrasen en Córdoba, no debe imputarse a godismo del Pueblo, como tampoco el que apareciera el acróstico, que Ud. copia, y que pudo ser obra de un solo individuo. Esas pruebas son indignas de la circunspección de la historia, para justificar una acusación, tan positiva o general. Lo que Ud. refiere en sus *Recuerdos,* acerca de los resultados que en aquellos pri-

meros días obtuvo la influencia del ilustre patriota Deán Funes, está diciendo que, aun entonces, podían allí más los patriotas que los godos. Había familias godas, como las hubo en todas las provincias, sin excluir Buenos Aires, y era natural. Después de libertada de Liniers y compañía, ¿cuál hecho ha revelado oposición, o disidencia de Córdoba, respecto a la revolución? Lo ignoro y desearía saberlo. ¿Qué hizo Córdoba de menos que cualquier otra provincia de aquellas donde no llegaron los ejércitos españoles? ¿Qué hicieron éstas más que Córdoba? Ella recibió con decisión al primer ejército patrio, y presentó cuanto pudo. Desde 1810, dio numerosos soldados: desde 1810 dio muchos hombres jóvenes, que llegaron a ser excelentes oficiales: dio a Vélez, que murió heroicamente en el Desaguadero, a Leiva, a Bustos, a Julián y José Mª Paz, a J. G. Echavarría (muerto por la libertad en 1831, como lo dice Ud. más adelante), a mi defendido coronel Rojas, que empezó de soldado, a Dehesa y otros que ahora no recuerdo. Córdoba envió sus diputados a la primera Junta, y los envió después a todos los cuerpos nacionales. ¿De qué otro modo quiere Ud. que una provincia tomase parte en la revolución? ¿De qué otro modo la tomaron las demás? Creo que aquel aserto sería inexacto aun respecto de las tres provincias del Paraná; y note Ud. una cosa en que quizás nadie se ha fijado aún. Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes son las que menos soldados dieron a la guerra de la libertad e independencia: ninguna de ellas produjo tampoco un hombre sobresaliente en los ejércitos, en las letras, ni en los congresos. Y aun así, ¿osaría Ud. decir que no tomaron parte en la revolución? ¡Y lo dice de Córdoba! Crea Ud. que este aserto me habría asombrado si no viera en él el efecto de los sistemas. Era necesario en su plan deprimir a la doctoral y clerical Córdoba.

NOTA 11

109 - 35. - «Robespierre y la Convención (son en Buenos Aires al principio de la revolución) los modelos»... — Este concepto demanda la idea de que Buenos Aires acudió al resorte del terror; y esto no es así. — Jamás un pueblo hizo una revolución tan grande con menos violencias. Si las hubiera habido entonces, quizás Rosas no se hubiese afianzado después. — Me explicaré: — La República Argentina tiene altísimas glorias militares y especialidades que la diversifican de los demás Estados de América. Ha sido el único Estado que ha tenido tres guerras serias exteriores (inglesa, española, brasilera), saliendo en todas con honor: el único de cuyo seno han brotado otros Estados: el único que llevó sus armas a mil leguas de distancia (pues aunque después Colombia le imitó, Colombia no era un Estado, sino tres): el único que no ha recibido ni pedido auxilio a otros: el único que ha sitiado por años una verdadera plaza fuerte, y tomádola: el único que ha dado y ganado verdaderas *batallas* navales (contra españoles y brasileros): el único que no ha visto a hijos suyos figurar entre las notabilidades de los ejércitos españoles (a diferencia de Bolivia, Perú, Ecuador, Nueva Granada y México, que han tenido primeros magistrados, que antes figuraron en aquéllos, más o menos

tiempo: v. g.: Santa Cruz, Gamarra, Flores, Obando, Herrán, Mosquera, Iturbide, Santa Ana, etc.): el único que no ha visto de prisionero a ningún general en jefe suyo, aunque ha hecho prisioneros a algunos del enemigo: el único que no ha visto su territorio subyugado, y mucho menos a su capital ocupada por las armas españolas. Esta última circunstancia es la que hace más directamente a mi objeto actual. En efecto: si antecedentes tan gloriosos infundieron la loca presunción de que, en un país tan patriota y belicoso, eran imposibles la tiranía y los tiranos, el haberse visto libre siempre de venganzas españolas y de reacciones cruentas, hizo de Buenos Aires un niño miedoso, cuando le sonó la hora de presenciarlas y sufrirlas — Ud. sabe los fusilamientos, horrores y represalias que tenían lugar en otras partes, en los primeros años de la revolución, con motivo de las ocupaciones y reocupaciones sucesivas del país y de las capitales, por parte de los realistas y de los patriotas. Si Buenos Aires hubiera pasado por esa desgracia, o por la del imperio feroz de algún gobierno o caudillo indígena, menos sensación le habrían causado los posteriores horrores de Rosas. En Buenos Aires *no hubo jamás un solo día de terror*: no vio una sola ejecución verdaderamente revolucionaria, y menos horrible. La de Liniers y compañía fue muy lejana, casi en la pampa. En Buenos Aires se persiguió a los españoles con prisiones, o destierros o multas; pero no hubo nunca persecución sanguinaria. La única ejecución numerosa fue la de Alzaga y demás conspiradores, en 1812: pero eso no era persecución, ni sistema, y aun siéndolo, su objeto sería aterrar a *españoles;* mas la Convención y Robespierre aterraban a sus compatriotas. ¿Halla Ud. analogía entre una y otra cosa? A esa ejecución precedió la convicción del crimen y audiencia en sumario; y Ud. sabe que lo que aterra son los fusilamientos arbitrarios, no los actos de una evidente justicia. Después se fusiló a dos españoles más (Viola y Telechea), acusados de conspiración — aunque creo que esto no se les probó acabadamente. Estos fueron los últimos fusilamientos de españoles. De un pueblo así, no puede decirse que tenía por modelo a Robespierre. Esto basta cuanto al punto de esta Nota: pero seguirá en cuanto a lo que he indicado de que en Buenos Aires nunca hubo, hasta Rosas, terror. Las demás ejecuciones que hubo por efecto de nuestras disensiones fueron, respectivamente, bien pocas. En 1815 se fusiló injusta e ilegalmente al extranjero pero patriota Payardel. En 1818, se fusiló, previo juicio, a dos franceses, Robert y Lagresse. En 1823, a un conspirador y a un revolucionario a mano armada (García y Peralta), también previo público juicio por los tribunales ordinarios. En 1828, a Dorrego, sin juicio. En 1829, al teniente coronel Mesa, tomado en armas, previo juicio. — Así: en todas las indicadas ejecuciones políticas, desde 1810, la mayor parte legales y justas, de individuos, no de masas, la mayor parte con observancia de formas, no amontonadas tampoco, sino diseminadas en el largo espacio de 18 años, no había ciertamente motivos de terror ni actos feroces y brutales. Muchos se admiran de que Buenos Aires haya temblado y degradádose tanto ante el puñal de Rosas: pero no reflexionan que, según

lo que dejo indicado, ese pueblo ni noción verdadera tenía de lo que era *terrorismo:* y por eso dije que si él hubiera presenciado en la revolución escenas de sangre y de barbarie, quizá Rosas no se hubiera afianzado; pues el terror — que ha sido gran resorte y sostén de éste — no habría producido efectos tan intensos.

Nota 12

110 - 20. - «El año 20 se empieza a organizar la sociedad... y el movimiento continúa hasta que Rivadavia se pone a la cabeza del gobierno»... — En 1820, y gran parte del 21, no se empezó ninguna organización, ni hubo movimiento alguno. Lo único que hubo o se obtuvo, desde octubre de 1820, con el triunfo del gobernador Rodríguez, fue quietud y orden; pero se siguió vegetando, hasta agosto de 21, en que aquél formó el indicado ministerio Rivadavia-García-Cruz.

Nota 13

Id - 22. - «Hasta este momento, Rodríguez y Las Heras, han estado echando los cimientos»... — ¿Hasta cuál momento? ¿Hasta el en que Rivadavia *se pone a la cabeza del gobierno,* esto es, hasta el en que entró de ministro en 1821? — Ud. ve, por lo que acabo de decir, que, hasta 21, no había cimientos echados por Rodríguez, y menos por Las Heras. Y si Ud. aludiese con aquella expresión al momento en que se puso, en 1826, a la cabeza del gobierno *nacional,* tampoco sería exacto; pues era él mismo, y no aquellos dos gobernadores, quien había echado los cimientos. — En una palabra: la administración Rodríguez, y su dicho ministerio, empezó la obra, en 1821 hasta 24, en que la continuó la administración Las Heras-García. A fines de 25, se declaró al Brasil la guerra, cuya dirección encargó el congreso al gobierno *provincial* de Las Heras, que la empezó. Después, en febrero de 26, el congreso nombró de Presidente del Estado a Rivadavia, y no pudiendo funcionar allí dos gobiernos distintos a un tiempo, hubo que hacer cesar —un poco ilegalmente— el provincial antes de vencer Las Heras sus tres años. — Durante la presidencia, continuaron, a pesar de la guerra, el mismo movimiento e ideas iniciadas en 1821. Renunció Rivadavia en julio de 27, y el congreso nombró un Presidente provisorio (el doctor Vicente López), que sólo duró dos o tres semanas, entrando entonces el gobierno *provincial* de Dorrego, del modo y por los motivos que diré en la Nota 26.

Nota 14

«Voltaire había desacreditado el cristianismo: se desacreditó también en Buenos Aires». — Ha largos años que acerca de esto, como de ciertas doctrinas filosóficas, enseñadas en Buenos Aires, he oído muchas absolutas, muchas pedanterías, muchas exageraciones y muchas tonterías, proferidas con aire de magisterio. — Ud. se refiere a los primeros tiempos de la revolución, a los anteriores, a 1820. — Veamos. — No creo aluda Ud. a

opiniones individuales que hubiese en Buenos Aires como en todas partes: eso no justificaría su aserto. Precisamente ha de haber aludido o a hechos *públicos*, o bien a actos gubernativos. ¿Y cuáles fueron? Los ignoro totalmente. Ninguna ley, decreto, ni medida de las autoridades, podrá invocarse en apoyo de aquel tan extraño aserto. Tampoco se citará ningún libro o publicación hecha allí, destinada a desacreditar al cristianismo. — Cuanto a la enseñanza en el *Seminario*, único establecimiento de ella entonces, nos educaba más bien, para la Iglesia. — Cuanto a Córdoba, excusado es decir que, en los estudios universitarios, nada había de anti-católico y menos aun de anti-cristiano. En 1819, es verdad, el ilustrado cordobés Lafinur dictó en Buenos Aires una ideología, afectada de cabanismo; pero también fue acremente impugnado. ¿Hay en todo esto algo que importe *descrédito del cristianismo?* Tan lejos de poder decirse que en aquellos años imperaban las de un *ultra-catolicismo*. ¿Quién, por ejemplo, osaba hablar entonces de libertad de cultos? ¿Sabe Ud. la doctrina que en 1819 se me enseñó a *mí*, acerca de esta materia, al dictarse *Ethica o Filosofía Moral*, del padre *jesuita* Jacquier, que escribió en Roma, autos designados por el Deán Funes, en el plan de estudios de 1816? Pues oiga esta tesis: *Impiisima atque etiam humane societati perniciossima est cujus cumque false relijionis... tolerantia.* ¿Creerá Ud. que en 1817 o 18, a virtud del *dictamen* o censura del anciano clérigo y patriota boliviano, doctor Iriarte, *el Directorio* prohibió el libro *Celibato de los Clérigos?...*

Aunque lo dicho basta al objeto preciso de esta Nota, añadiré que tampoco en los tiempos posteriores al año 20, hubo tal desacreditamiento. En 1822, se hizo la reforma eclesiástica, que no puede mirarse como descrédito del cristianismo, ni aun del catolicismo. Ignoro las opiniones individuales de Rivadavia: pero en sus actos publicos prestó siempre el más constante homenaje a las ideas religiosas: lo manifestó el restablecimiento del *Seminario o Colegio de Estudios eclesiásticos*, las Conferencias del clero que decretó y otros varios actos; y ello es que jamás estuvo el culto más extendido y atendido que después de la reforma eclesiástica. En 1824, en tiempo no de Rivadavia, sino de García, *el clérigo* español doctor don Manuel Agüero dictó en la Universidad una ideología más audaz que la de Lafinur, y en la que llamaba a Jesucristo el *filósofo de Nazareth*. El gobierno no se mezclaba en eso, porque, con razón o sin ella, entendía de ese modo *la libertad de enseñanza;* y en esta libertad estaba el antídoto. Así es que el Rector de la Universidad (doctor Sáenz), que también era catedrático, y otros, combatían a Agüero, y la discusión se entablaba. ¿Cómo pudo haberse desacreditado el cristianismo desde los primeros años de la revolución, cuando recién en 1825 fue posible que la Sala de la *provincia* de Buenos Aires sancionase, para la *provincia*, la libertad de cultos? ¿cuando recién en 25 también el doctor don Julián S. de Agüero, en *El Nacional* (periódico que él y otros y yo dábamos), pudo abogar de frente en favor de la *tolerancia religiosa en la República*, por medio de artículos que el *Times* de Londres aplaudió? Rivadavia y Agüe-

ro no osaron nunca, aunque lo deseaban, promover la disminución de días festivos (hecha después por Rosas), por no chocar ciertas ideas. Juzgue Ud., pues, si en tal país pudo haberse desacreditado desde el principio, ni de hecho ni por sistema, nada menos que el *cristianismo,* al menos con actos públicos y menos gubernativos: aserto singular, que equivale a decir que se acreditó el ateísmo o el deísmo; pues es claro que, si Buenos Aires combatía al cristianismo, no había de ser para sustituirle el bramismo, ni el hebraísmo, ni el islamismo.

NOTA 15

«las tomó de Pradt»... — La canción fue compuesta en principios de 1813, cuando aún no había escrito Pradt. — Sus *Seis Meses,* su *Europa y América,* fue lo primero que se conoció y tradujo en Buenos Aires en 1818, creo.

NOTA 16

111 - 33. - «Rivadavia, pues, continuaba la obra de Las Heras»... — Esto demanda una rectificación o aclaración, que Ud. hará fácilmente en vista de las Notas 12 y 13.

NOTA 17

113 - 4. - «Un unitario no cree en tal triunfo» etc., etc. — Al menos cuanto a lo pasado de 1831 a 1841, esto es ciertísimo por lo que he observado en otros y en mí mismo. — Después creo haber curado de esa manía y estar en guardia contra su reaparición.

NOTA 18

119 - 1. - «era en 1825, cuando el gobierno de Buenos Aires invitó a las provincias a reunirse en Congreso»... — Esa invitación no fue en 1825, sino en 1823. — Podría limitar a esto la presente Nota: pero quiero consignar aquí ciertas noticias correlativas. — Después de la tormenta general de 1820, todas las provincias, incluso la de Buenos Aires, que tenía la manía de que un congreso era un *sánalo todo,* convinieron formarlo; y en 1821, se empezó a reunir en Córdoba, y fueron allá los diputados de Buenos Aires (uno de ellos Juan Cruz Varela). Entró Rivadavia de ministro; y uno de sus primeros pasos fue proponer a la Sala de R. R. que Buenos Aires no concurriese a ese congreso. Su idea fundamental era que primero debía Buenos Aires, y todas las provincias, tratar de organizarse, formar sus rentas, darse instituciones, etc. (y observe Ud., para lo que diré más adelante, que esto era apoyar el federalismo), y después vendría por sí mismo el momento de reunirse. Hubo en la Sala larguísima discusión y grande oposición: pero al fin, ayudado Rivadavia de la elocuencia y luces del diputado doctor don Julián S. de Agüero (que desde 1820 había empezado a distinguirse en la Sala), triunfó. — Los diputados de Buenos Aires fueron retirados, y esto

trajo la dispersión de los demás: cada provincia encargó a Buenos Aires las relaciones exteriores, y varías de ellas procuraron arreglarse imitando a Buenos Aires. En 1823, Rivadavia despachó una misión especial (al respetable Deán, doctor Zavaleta, llevando de secretario al doctor Francisco Jil) a fin de que fuese por las más de las provincias a ver si querían ya congreso, cuáles eran sus ideas de organización nacional, etc., etc.: todas pidieron congreso. Después, en tiempo de Las Heras, además de decretar el pago por Buenos Aires del viático y dietas de todos los diputados provinciales, García pasó circulares a los gobiernos, de prevenciones, advertencias, consejos, etc. — Se hizo todo, en fin, para que la nueva reunión fuese debidamente hecha y fructífera. De estas resultas fue que, con la mejor cordialidad, unión e intención, y bajo los más bellos y prometedores auspicios, se abrió el congreso el 16 de diciembre de 1824. La invitación al efecto, pues, no pudo ser hecha en 1825. — ... Concluiré esta Nota con un recuerdo, aunque extraño al asunto de ella, justísimo. — Mi amigo el mencionado doctor Jil, colegial conmigo en el Seminario en 1815, era uno de los mejores talentos que Buenos Aires haya producido. Después de aquella misión pasó a Europa; y cuando Rivadavia y don Ignacio Núñez regresaron de allá y se ratificó el tratado con la Inglaterra, él fue nombrado Encargado de Negocios y vino a ser el primer agente público de la República reconocida, que cruzase sus manos con el rey de la Gran Bretaña. Poco después casó allí con una inglesa; y muy joven murió en 1829, de una enfermedad hereditaria, que acabó en Buenos Aires con toda su numerosa familia. Crea Ud. que el país hizo una gran pérdida. — Para en todo tiempo, bueno es saber que entre los papeles de mi amigo, el dicho don Ignacio Núñez (otro talento: escribió el libro *Las Provincias del Río de la Plata* y ahora tres o cuatro años, murió en Buenos Aires, de resultas del bárbaro tratamiento de Rosas y de pesadumbre por el estado del país), se ha de hallar manuscrita, pues no se ha publicado, la extensa Biografía que escribió del doctor Jil. En 1831 me la pasó y yo le hice varias correcciones y adiciones.

NOTA 19

119 - 15. - «A esta sazón se preparaba la república para la guerra del Brasil»... — *A esta sazón* se refiere a la época de dicha invitación; y entonces, en 1823, no se preparaba la República para esa guerra. Se preparó en fines de 1825, mucho después de constituido el congreso.

NOTA 20

123 - 10. - «En 1820, aparecieron en Buenos Aires con Rosas los Colorados de las Conchas»... — El cuerpo con que Rosas apareció, en efecto, el 5 de octubre, y que existía desde muchos años antes, era el 5º Regimiento de milicias de campaña, compuesto de las de Cañuelas, Ranchos, Monte y Lobos: su mando lo dio entonces Rodríguez a Rosas: vistió de colorado: de ahí su nombre de *colorados de Rosas*; pero ese color era entonces indiferen-

te y accidental, sin significado alguno y usado por otros. *Los colorados de las Conchas* era otro cuerpo muy distinto: eran milicias de Conchas, San Isidro, etc. Desde muchos años antes de 1820 vestían de colorado. Fue el mejor y más valiente cuerpo de milicias de campaña que tuvo Buenos Aires, y el único de ellos que se distinguiese en las guerras contra Santa Fe: el único de milicias también que hiciese la campaña del Brasil: de ahí la gran amistad de Lavalle con su coronel, y que éste fuera también de los de 1º de diciembre. Su coronel era Vilela, el que fue después sorprendido en San Calá, y asesinado por Oribe en Tucumán con Avellaneda y otros.

NOTA 21

123 - 16. - «Al principio fue una divisa»... etc. — En los renglones siguientes se confunden algo las épocas. — Muy a principios de 1832, dio Rosas un Decreto diciendo que, concluida ya la guerra civil en la República, se usase la cinta como signo de uniformidad o unión, etc.: ella tenía únicamente «Viva la federación»: pero el Decreto, redactado con moderación y sin odios ni insultos, no la imponía a todos, sino solamente a empleados y a ciertas clases, abogados, médicos, etc. Era muy chiquita; idéntica a la de la legión de honor francesa; de ojal a ojal del fraque, y no en el sombrero. En ese año mismo, ya empezó la cinta a caer en desuso. Rosas tenía tolerancia. Podría referir a Ud. un pasaje que me ocurrió con él, con quien yo, sin cinta, me hallé súbitamente hombro con hombro. Lo prudenció, y se limitó a volver a publicar el Decreto. — Concluido su gobierno, la cinta casi desapareció en 1833 y 1834. — Cuando iba a volver al gobierno en 1835, él o sus palaciegos la renovaron y empezaron a usarlas colgantes, *larguitas* — así las llamaban — y en esos mismos días en que él iba a entrar, empezaron a aparecer, por primera vez, *los chalecos colorados*. Durante su gobierno, la cinta, como el chaleco, se hizo universal, aumentó sus dimensiones, se extendió al sombrero, y se le añadió el retrato y los mueras... Lo de los *vergajazos* que Ud. dice, no sucedió entonces sino en 1839, al fin de cuyo año, también, empezó recién a usarse la voz *salvajes*.

NOTA. 22

«Facundo... enemigo de la presidencia, que lo ha comisionado para deponer a Madrid». — No extraño el error de Ud. al atribuir esa orden a la *presidencia;* pues el mismo Madrid había caído en él. Madrid ha escrito sus *Memorias* desde 1811 a 1847 (y en ellas impugna asertos de Ud). Yo he sido el único que las he leído aquí; y eso ha sido una gran fortuna para él; porque las he castigado de muchos errores, omisiones, confusión de datos, etc. — Ha oído y aceptado, con la más completa docilidad, todas mis correcciones, observaciones y hasta reprobaciones. El también decía que la presidencia dio aquella orden. No es así: fue García, en el gobierno de Las Heras. — Madrid se quejaba mucho en sus *Memorias* de aquella orden; pero creo le convencí de su justicia y de la absoluta necesidad de ella. Lo

envía el gobierno a levantar el 15 de caballería de línea para la guerra al Brasil: llega a Tucumán, y lo primero que hace, por razones buenas o malas (malas, según sus mismas *Memorias*), es derribar al gobierno legal de López y entrar en su lugar. Ese atentado — que tantas complicaciones y males trajo — comprometía altamente al gobierno de Buenos Aires, a quien desde antes, y siempre, se acusaba de querer dominar a las provincias, y forzosamente creerían todos que era mandado para eso. El gobierno tuvo que dar una satisfacción al país, y desvanecer esos conceptos en una *Circular* en que condenó fuertemente el hecho e invitó, no a Facundo individualmente, sino a las provincias circunvecinas a Tucumán, a contener a Madrid. — Esto fue lo que hubo. Estoy ciertísimo de ello; pues con motivo de la guerra al Brasil, el congreso acababa de establecer oficinas — además de las provinciales — del interior y de relaciones exteriores; y yo, que desde 1821 estaba en el Ministerio de Hacienda, pasé a la nueva y *nacional* del interior, y en este carácter, redacté la Circular mencionada. Ahora, bien. Esto fue en fines de 1825, y en esa época aún no existía la *presidencia*... Esto, sin embargo, no quita que *después* fuese Facundo *enemigo* de ésta, y que, habiéndose declarado Tucumán y Madrid por ella, Facundo volviese otra vez contra Madrid.

Nota 23

125 - 14. - «Por este tiempo, una singular cuestión... hasta y *rentados los sacerdotes*». Confusión. — *Por este tiempo* fue, no la cuestión, muy distinta y muy posterior, de libertad de cultos, sino de supresión de los conventos: supresión que era *una parte* de la reforma eclesiástica propuesta por Rivadavia a la Sala y sancionada en 1822, época en que Facundo era cero. La reforma trajo grandes discusiones; pero apoyada, entre otros, por altas notabilidades eclesiásticas (por el Deán Zavaleta, el canónigo don Valentín Gómez, el cura de la Catedral, don Julián Segundo de Agüero), fue adoptada por la Sala... Haré aquí una digresión. — La reforma no trajo, en efecto, bulla ni desorden alguno en Buenos Aires: pero después dio pretexto al bribón de Rosas para una asonada armada contra el gobierno. En la noche del 19 de marzo de 1823, Buenos Aires fue invadido por las milicias de Cañuelas, al mando de su comandante Hilarión Castro, compadre de Rosas, por instigación de éste, el cual (el astuto bribón) se fue días antes, con ciertos pretextos, a Santa Fe, a esperar allí el resultado. El grito de los sublevados era: *¡Viva la religión!* Llegaron hasta la plaza mayor, y fueron rechazados, muriendo algunos y prendiéndose después a algunos complicados que fueron pública y solemnemente juzgados (y de aquí procedió el fusilamiento de Peralta, indicado en la Nota 11). — Y ya que toco esto, añadiré, de paso, que en tiempo de la presidencia, en 1826, Rosas armó otra sublevación en la campaña, y también se fue antes a Santa Fe; pero se le desgració, porque reventó desordenadamente en Luján, y el coronel Izquierdo la sofocó a sablazos: los cabecillas corrieron a guarecerse en la estancia de Rosas. El go-

bierno anduvo muy negligente, o miró esto con desprecio... Vuelvo a mi asunto. Cuanto a la libertad de cultos, ella fue propuesta por el gobierno de Las Heras a la Sala *Provincial* en 1825. La oposición — liberal en todo el país — fue quien la resistió, pero fue fácilmente vencida en la discusión, y la ley se sancionó, por supuesto, *para sólo la provincia de Buenos Aires.* En el mismo año, el congreso aprobó el tratado con Inglaterra, en que se otorgó a los británicos esa libertad, por supuesto *en toda la República.* Todo esto no trajo la menor novedad, y el bajo pueblo vio con indiferencia la construcción del primer templo protestante. Esto es lo que hay a este respecto; y con arreglo a ello, puede Ud. rectificar los renglones que hacen el asunto de esta Nota. No hay ley *nacional,* que conceda en *general* esa libertad.

NOTA 24

135 - 1. - «La Presidencia ha caído en medio de los silbos y rechiflas de sus adversarios». — Todo lo contrario. Cayó, o más propiamente, quiso desaparecer, llenando de asombro y de respeto a sus adversarios. Dejemos a un lado el examinar si la renuncia fue o no un paso acertado: pero Rivadavia fue movido a ella por el más puro patriotismo, tal vez mal entendido. Nadie, nadie sospechaba de tal renuncia. Yo mismo me retiré ese día de la oficina, y a la noche, en mi casa, vine a saberla. No la esperaba nadie, porque el gobierno era fuerte. Tenía gobernadores enemigos; pero también los tenía amigos, entre ellos, el respetable de Salta, general Arenales. En la provincia de Buenos Aires todo marchaba en orden, regularidad y progreso, y hasta los recientes triunfos de Rauch sobre los indios habían consolidado más al gobierno. Contaba con la gran mayoría del congreso. No sólo todos los cuerpos de la guarnición, sino todo el ejército en campaña contra el Brasil, lo apoyaba: la escuadra al mando de Brown, por supuesto. Durante ese gobierno, y sólo durante él, es que se habían obtenido los triunfos terrestres y navales. En este estado, rechaza con indignación y energía la Convención de Paz que había firmado en el Janeiro el plenipotenciario argentino (el ex-ministro García), faltando abiertamente a todas sus instrucciones: el congreso lo apoya unánimemente; y acto continuo, dice Rivadavia: ahora es preciso hacer nuevos esfuerzos para continuar la guerra, y que para ello concurran los contingentes de todas las provincias; y puesto que muchas de éstas se hallan en disidencia, y dicen que por mí no concurren; y puesto que hay ciudadanos que tienen influjo en ellas, vengan a ocupar mi puesto, sígase con rigor la guerra, y sálvese el honor nacional. — Había en este hecho, amigo mío, mucho de nuevo entre nosotros, para que no sorprendiese: había en sus motivos mucho de noble y magnánimo, para que pudiera excitar silbos y rechiflas.

NOTA 25

«Desde los tiempos de la presidencia... los coroneles Suárez y Necochea, mandados al Monte, a levantar sus regimientos», etc.... —El

fondo del pensamiento de que, desde esos tiempos, empezó a haber en el Monte otra autoridad, etc., es ciertísimo; pero no lo es que Necochea fuese mandado nunca allí. No salió de Buenos Aires, se formó allí un cuerpo cuyo mando se le dio; pero después, en tiempo de Dorrego — con quien no estaba conforme —, en 1828, habiéndose dado una ley que quitaba el voto a los soldados, pasó a la Sala una nota fuertísima: no le hicieron caso; se indignó, renunció y se fue a Chile. — En cuanto a Suárez, cierto es que se le envió al Monte como al coronel Lavalle a Chascomús — a formar sus cuerpos: pero esto fue no sólo mucho antes de los tiempos de la Presidencia, sino aun antes de la guerra brasileña. En los tiempos de la presidencia, estos dos jefes jamás estuvieron en la provincia de Buenos Aires, sino en el ejército de campaña.

Nota 26

136 - 32. - «Dorrego... trata de atraerse a los unitarios a quienes ha vencido... Los unitarios se le ríen en sus barbas» etc., etc.... — Prescindo de que el modo con que Rivadavia dejó la presidencia, y otras cosas que indicaré más abajo, muestran que Dorrego no venció a nadie, sino que espontáneamente se le dejó el campo. — Voy a otra cosa más importante, y que me ha llamado mucho la atención: pero tendré que tomar las cosas de bien atrás, y que tocar muchos puntos. — Esta nota, pues, no será corta: pero ella mostrará a Ud. la completa falsedad de aquel aserto en sus dos partes: la atracción y la repulsa.

No sé si Rivadavia la acertó o no en renunciar: pero estoy convencido de que, de renunciar, la erró *en el modo* de hacerlo. Pudo hacerlo de modo que, muy legalmente, y *sin oposición* ni aun de la *oposición,* habría dado garantías al país, e impedido la exaltación de Dorrego: esa exaltación que fue causa o al menos ocasión de todas las desgracias posteriores, y que Ud. atribuye a una victoria de él. Me explicaré. — Cuando Rivadavia subió a la presidencia, su primer paso fue proponer *la ley de capitalización,* que, tras prolongados debates, fue sancionada por el congreso. Por ella, la ciudad de Buenos Aires se declaró *capital* del Estado; y de consiguiente, al puerto, con siete leguas a la redonda, se declararon *nacionales;* formándose del resto de la provincia dos provincias, al sud y norte. Cesaron, pues, en Buenos Aires la sala provincial y el gobierno provincial. El grito constante de la oposición contra la presidencia, su gran caballo de batalla, había sido esa ley de capitalización. A las provincias les decía la oposición que la ley daba a Buenos Aires la preponderancia: a la provincia de Buenos Aires le decía, por el contrario, que ella había sido despedazada, muerta y enterrada; que había desaparecido, a pesar de que una ley anterior del congreso (la cual es cierta) había declarado que, mientras no se diese la constitución (y no estaba dada cuando se dictó esa ley), cada provincia seguiría rigiéndose por sus propias instituciones. Bien pues. Ya que esa ley era tan mala, si Rivadavia, puesto que creyó de su deber renunciar, propone previamente el restablecimiento

del orden de cosas existentes antes de esa ley, y que, de consiguiente, se reinstalase la *misma junta provincial* que había entonces, y el mismo gobernador provincial Las Heras, u otro que aquélla eligiese, claro es que la oposición, lejos de poder decir *no*, hubiera tenido, a pesar suyo, que apoyar la proposición, y hasta aplaudiria como una victoria de ella. Mas aquella junta y aquel gobierno eran opuestos al partido de Dorrego: y de consiguiente, por este arbitrio, tan leal y lógico, Dorrego no hubiera arribado al gobierno. Mas Rivadavia no hizo esto: renunció, sin adoptar una sola medida preparatoria que desviase los males e inconvenientes del *cambio súbito* que debió prever operaría su renuncia. Siempre he creído — y buenas polémicas he sostenido sobre esto — que ése fue uno de los errores más trascendentales de aquel hombre, por otra parte tan ilustre, tan digno de ser querido y venerado. No hizo sino retirarse a la vida privada, y dejar todo montado sobre un pie que era insostenible desde su renuncia. Así es que todo se derrumbó instantáneamente, desordenadamente y sólo *de hecho*. El congreso, después de admitir la renuncia, y de establecer el efímero e insostenible gobierno presidencial provisorio del doctor López, y viendo que su constitución era desechada por varias provincias a pesar de cuantas concesiones y medidas decretó (entre ellas enviar, a cada provincia disidente, miembros de su seno, respetables acreditados, conciliantes, para explicar la constitución, persuadir, aconsejar, oír y desvanecer objeciones y recelos, etc., etc.), el congreso, repito, se disolvió, decretando la reunión de una Convención en Santa Fe. — Naturalmente hubo que procederse en la provincia de Buenos-Aires a elecciones generales para formar su Sala. En estas elecciones, los unitarios no se ingerieron [sic] en lo menor, ni directamente, ni por la prensa; no se hallará ni un solo renglón de ellos de entonces; porque, amigo mío, la resolución de dejar franco el campo al otro partido, era, se lo afirmo a Ud., leal, decidida y sincera. Ni era lógico tampoco que los unitarios intentasen entonces hacer una oposición *sin objeto alguno:* pues el objeto de toda oposición es desviar a sus adversarios, para ocupar el poder; y los unitarios no podían ambicionar un poder, que en esos mismos días habían abandonado. Así es que las elecciones se hicieron muy pacíficamente, y por supuesto, salieron electos (entre ellos, mi suegro), no los del partido de Dorrego, que propiamente no lo tenía, sino los adversarios de todos los matices que tenía el sistema anterior; y esta junta eligió de *gobernador* (agosto 1827) a Dorrego, encargándosele después por las provincias la dirección de las relaciones exteriores (como se había hecho con los anteriores gobiernos provinciales), la dirección de la guerra brasileña, etc....

Haré aquí una digresión acerca de este personaje. — Dorrego era un valiente que había peleado y derramado su sangre por la independencia, y poseía además cualidades recomendables: pero carecía de antecedentes *políticos*. De resultas de los sucesos del año 20 — en los cuales, siendo gobernador interino 2 o 3 meses, no hizo un papel muy lucido, especialmente saqueando espantosamente a San Nicolás de los Arroyos. — De resultas de

esos sucesos, estaba fuera del país, y regresó en virtud de la *ley de olvido,* que en 1822 propuso e hizo aceptar Rivadavia. En 1823, con motivo de la asonada de 19 de marzo, de que he hablado en la Nota 23 (el gobierno residía en esos días en los ministros, por delegación de Rodríguez, que había salido a una expedición al sud, contra los indios), Rivadavia puso en él su confianza, y le dio el mando de una fuerza para perseguir y capturar en el norte de la campaña a ciertos cómplices notorios de la asonada. Salió Dorrego, y más bien favoreció la evasión de aquéllos: hecho que en un particular es loable, pero no en un subordinado que pudo no encargarse de la comisión, si ella no era de su agrado, en vez de aceptarla para burlarla. — Desde entonces, se echó Dorrego en *la oposición,* que ya empezaba a existir como entidad. Esta oposición se formó no sólo de los descontentos que hace todo gobierno (el doctor Gamboa, por ejemplo, a virtud de una fuerte exposición del Rector de la Universidad, contra un acto de insubordinación escolar de él, el gobierno ordenó su expulsión — opositor desde entonces), sino principalmente de los muy numerosos que naturalmente hicieron las tres grandes reformas de 1821 y 22 — la civil, la eclesiástica y la militar. — Esos hombres eran favorecidos en su muy *peligrosísima* oposición por la plenísima libertad y completas garantías que allí imperaban. Algunos eran opositores por amor propio, por novelería, por figurar. De este número era un excelente talento, el joven Saravia, concolega mío en el Seminario, que daba el *Teatro de la Opinión* (que continuó después el apreciable don Agustín Wright, opositor también, el mismo que, representante de Rosas en 1838, hubo de ser degollado de resultas de la cuestión francesa). — Por sentado, Saravia fue posteriormente *federal.* Pero hizo un viaje a algunas provincias: vio, palpó las cosas; regresó, y en la Academia de Jurisprudencia trabajó una disertación para probar que la federación era imposible, ruinosa, etc. Era como gala el ser opositor, como muestra de independencia y liberalismo; ¡sentimientos que después, bajo Rosas, cuando hubieran sido oportunos, justos y de aplicación, no han dado síntomas de vida! Esa oposición en aquellos años — 1821 a 25 — era una ridiculez: era un partido sin doctrina, sin un gran principio que se propusiese hacer triunfar; era oposición a personas, y nada más. Por fin, después, cuando se echó sobre la carpeta la cuestión ¿unidad o federación? ya fue otra cosa: ya entonces pudo esa oposición proclamar algo, dignificarse algo, señalarse un rumbo, y darse existencia moral, diciendo *federación.* Pero en los años anteriores la tal oposición era un guirigai, un conjunto de aspiraciones, odios y resentimientos *personales.* En esos años, ni aun las voces *unidad, federación, federales, unitarios,* se oían en Buenos Aires: no las hallará Ud. en ningún diario de entonces. Todas las cuestiones rodaban sobre asuntos de la provincia: ninguna se refería al resto de la república, ni a organización nacional. Los dos partidos se designaban únicamente por *ministerial* y de *oposición;* entrando en el primero lo principal del comercio, del clero, de la milicia, de los hombres de letras, y además, la inmensa mayoría de los jóvenes, que siempre se entusias-

ma por lo nuevo y bueno. Cuando después el congreso empezó a tratar la cuestión de unidad o federación, aquella denominación desapareció para sustituirla la que ha prevalecido hasta hoy — la de *unitarios* y *federales*. Los ministeriales dijeron *unidad*, y, *por consecuencia forzosa*, los opositores dijeron *federación;* si aquéllos hubieran proclamado federación, éstos, no lo dude Ud., habrían gritado unidad. Esto es natural: está en la esencia de los partidos y del corazón. En esa oposición, pues, de 1823, en esa oposición sin bandera ni programa — a no serlo a oponerse a todo, todo, como constantemente lo hizo, hasta a la libertad de cultos —, se lanzó Dorrego. — Yo creo que en esto no hizo sino ceder a una necesidad irresistible de su organismo; era vivo, activo, fogoso, inquieto y conocido, aun como militar, por díscolo. Pero sea de esto lo que sea, entró después a la Sala, y tenía por socios al doctor Díaz Vélez, al doctor Ugarteche, a Moreno y a otros hombres no vulgares. Dorrego no tenía *instrucción* para poder ser cabeza de un partido parlamentario, aunque, gracias a un destierro en Estados Unidos, la tenía mayor que la común en nuestros militares. Tenía una elocuencia fácil e impetuosa, pero deslucida por las chocantes muecas de una gesticulación sumamente movible, y por ese hablar precipitadísimo que puede imponer al soldado, pero que en un parlamento toma el aire de lo que llamamos charlatanería o locuacidad... No me fijo en que esa oposición siempre fue batida: eso no es extraño, pues estaba en gran minoría. Después se fue Dorrego a Bolivia, como Ud. sabe, a intrigar con Bolívar, y en su tránsito de ida y vuelta, se puso de acuerdo con los gobiernos de algunas provincias para oponerse al sistema o gobierno de sus adversarios. Vino al congreso, como diputado por Santiago, y su conducta allí fue cual había sido en la Junta. Pero jamás, ni en el congreso, ni en la Junta, hizo Dorrego un discurso notable, ni presentó un proyecto, una idea original, una alta concepción de aquellas que revelan al hombre político o al verdadero jefe de un partido político. A excepción de su verbosidad, nunca sobresalió en nada del común de los opositores o federales del congreso. ¿Cree Ud. que un hombre así pudiera vencer parlamentariamente a la *presidencia,* es decir, al partido unitario? Pues nada más que ésos, amigo mío, eran los fastos o antecedentes *políticos* del coronel Dorrego, cuando subió al *gobierno provincial*... Cierro aquí esta digresión y continúo.

El principal ministro que entonces nombró Dorrego fue Moreno, para gobierno y relaciones exteriores; hombres de luces, pero de pasiones profundamente rencorosas. El primer paso del nuevo gobierno fue una *Circular reservada* a las provincias, repitiendo contra la presidencia vulgaridades e imputaciones que parecían artículos de diario. Yo, que en esos días hacía de oficial mayor de gobierno, por haber renunciado don Ignacio Núñez, que lo era bajo la presidencia, al ver eso, renuncié. Pero al fin esa circular era ignorada. Mas lo malo fue que, repentinamente, el 27 de septiembre pasó el gobierno a la Sala un famoso *Mensaje,* reproducción extensísima de la circular, y que no era sino una furiosa acusación del congreso, de la presidencia y de su

partido. ¿Qué remedio entonces? Los unitarios, que, con la mejor buena fe, dejaban desocupado el campo, que en nada se ingerían, que nada trataban, que no habían escrito ni un renglón, que ni periódico tenían, que veían rotas así las paces o armisticio, o especie de transacción celebrada, y que se sentían súbitamente acometidos, ¿qué quería Ud. que hiciesen? ¿se dejarían calumniar? ¿No debían defenderse *en la vía legal?* — Provocados, pues, pública y oficialmente alzaron el guante, y armados de hechos y razones, bajaron a la arena de la polémica. Empezaron vindicándose ante el país, en una larga *Refutación* (obra del doctor Agüero) del Mensaje. El diario oficial, el *Correo* [que daba Cavia (a) *Don Magnífico,* a quien Moreno había llevado de oficial mayor a su ministerio], emprendió a *refutar,* con diez veces más extensión, la *Refutación*. Estaba en su derecho; pero ya tiene Ud. renovada ahí la lucha entre ambos partidos; y como un error trae otro, y un exceso otro exceso, esa lucha, que empezaba por la pluma, que enconaba los ánimos y que forzaría al partido que tenía el poder a recurrir a medidas injustas, esa lucha vendrá a acabar con la lanza y con el entronizamiento de un Rosas. ¿No ve Ud. aquí la marcha constante de todos los partidos? ¿la explicación naturalísima de los sucesos posteriores, que, iniciados en sólo el recinto de aquel pueblo, se repercutirían después en sus consecuencias por todos los ángulos de la República? ¿Y quién arrojó la primer piedra? ¿Fueron acaso los unitarios? — Pero adelante.

Al mismo tiempo que Dorrego rompía tan injusta e impolíticamente con los unitarios, empezaba a malquistarse con Rosas, y con cierto partido o círculo de éste. Esta desinteligencia solapada fue creciendo, hasta el extremo de revelarse en la prensa: y el *Correo* empezó a hablar fuertemente hasta contra los Anchorenas, llamándolos de *ideas antiguas, avaros,* etc.; al mismo tiempo que Dorrego, con su irreflexión y violencia característica, no se recataba de proferir amenazas contra el *pícaro gaucho.* He ahí ya tres partidos pugnando ¿por algún principio o teoría? No: por... por qué sé yo. En esta época ya no se trataba ni aun mencionaba la federación ni la unidad; ya no había sobre ello cuestión alguna en la república: por odios personales, por pasiones, por efecto de una política indiscreta. Esa desinteligencia entre los federales habría llegado —como la posterior de 1833— a rompimiento armado si el incidente que ahora mencionaré no hubiera venido a forzarles a unirse.

Entre tanto: empeñada la batalla entre federales y unitarios (sigo usando de estas voces sólo por brevedad y no como propios, hablándose de esta época) por la prensa, aquéllos debían ser vencidos y lo fueron; no tenían plumas comparables a las de éstos. Al paso que el *Tiempo* (periódico serio que entonces entabló y siguió Juan Cruz Varela) los atacaba con el raciocinio, el *Granizo* los despedazaba del modo más temible para un partido, esto es, por el ridículo. El *Diablo Rosado,* el *Hijo Mayor* de él, el *Hijo Menor* y una cáfila de *Diablos* fueron apareciendo. Y sepa Ud. que cada periodiquín de éstos que los unitarios emitían contra Dorrego, era un motivo de loco júbilo para Rosas; él mismo, estregándose las manos de gusto, me lo

dijo en marzo de 1828. — No pudiendo los federales competir por la prensa con los unitarios, acudieron al poder que poseían. Promovieron que se diese ¡y al fin la dieron! una ley restrictiva de la libertad de imprenta, y destinada principalmente a estorbar ese ridículo que los mataba. Apenas se supo o asomó esta idea, creció la indignación de los unitarios. ¿Y cómo no? Sus contrarios habían gozado la más amplia libertad y ahora en el poder, esos hombres que habían llamado *malvados, tiranos, déspotas* a todas las liberalísimas administraciones precedentes, restringían el ejercicio de un gran derecho, porque no podían resistir en la pugna que habían tenido la irreflexión de abrir. Una medida de éstas causaba entonces cuarenta veces más excitación y escándalo, que causan hoy cuarenta asesinatos de Rosas: tal era la fuerza de las ideas y hábitos de liberalidad contraídos en los ocho años precedentes.

Sin embargo, quedaba a los unitarios otra *vía legal,* y acudieron a ella. Se acercaban las famosas elecciones de 4 de mayo (1828), y se propusieron trabajar. Lo hacían con tal éxito, que los divididos federales se alarmaron; y éste fue el incidente que les hizo volver a unirse, para poder contener al enemigo común. Pero a pesar de esa unión, y a pesar de los grandes recursos y resortes que en tales casos posee la autoridad, y que fueron puestos todos en acción, era tan numeroso y poderoso el partido unitario que la autoridad tuvo que acudir a las más escandalosas ilegalidades y tropelías para impedir su derrota. Grandes excesos se cometieron en aquel día. — Lavalle, que casualmente había venido con licencia del ejército, y que ya era coronel mayor o general, presenció uno de ellos en la parroquia del Colegio, y hasta hubo de patear a un capitán de cívicos que quiso asaltar la mesa que los federales habían perdido. Dorrego le ordenó regresar inmediatamente al ejército. Obedeció: pero calcule Ud. qué ideas se formaría él de la administración de Dorrego; calcule cómo iría el corazón de ese joven, entonces tan altivo; calcule los sentimientos que llevaría al ejército... Todavía quedaba otra *vía legal* — el derecho de petición — y se acudió a ella. Por primera vez se vio en Buenos Aires ejercer ese derecho solemnemente, ordenadamente, públicamente y sólo por hombres que sabían lo que hacían. Cuando el proyecto de capitalización de 1826, Rosas promovió en la *campaña,* y como a escondidas, una representación al congreso contra el proyecto, y envió comisionados a varios partidos a conquistar firmas: pero esta representación raquítica de firmas, unas desconocidas, y otras de hombres sin discernimiento, en nada es comparable a la de 1828... Recordaré, con este motivo, que un juez de 1ª instancia de Chascomús (doctor Campana, camarista después en Montevideo), creyendo absurdamente que eso era ilegal y anárquico, prendió al comisionado de Rosas y dio cuenta. El gobierno lo levantó por las tres Marías y le hizo sentir su atentado contra un acto perfectamente legal y lícito. Y con aviso en los diarios. — Se elevó a la Sala la respectiva petición — que está en el *Tiempo* — con más de quinientas firmas de sólo la ciudad; figuraba lo más respetable de todas las clases: todas las firmas eran conoci-

das, y no se admitió ningún peticionario que no supiese firmar. ¡La Sala la miró con el mayor desprecio y hasta con encono!

Poco después se ofreció una elección parcial de dos diputados en la parroquia de la Concepción; la ganaron los unitarios; y en el acto la anuló la Sala. Se ofreció otra parcial de dos también en la campaña, en San Pedro (y en este instante no recuerdo si fue en ésta o en la de la Concepción que los candidatos unitarios eran el doctor Gallardo y el ilustrado presbítero don Valentín San Martín, muerto emigrado en Montevideo, en 1843, creo) la ganaron los unitarios; pero en la Sala, el fraile Grela sacó una carta que *dijo* ser de San Pedro, y en la que *se decía* que se habían cometido ilegalidades, y esto bastó para frustrar la elección.

Después hizo la Sala en la ley electoral ciertas alteraciones que creyó convenirle; y fue entonces que Necochea le pasó la nota indicada en la Nota 25.

La indignación y exasperación habían llegado a su colmo, y se agravaron con escenas ocurridas en las calles y cafés, que sería largo referir. — Periodista unitario hubo uno que daba *El Liberal,* costeado por el general Alvear, a quien súbitamente le echaron en la calle un puñado de ají en los ojos. Extráñese, pues, que en este estado de cosas, estado que, comparado con el actual de Rosas, sería envidiable, pero que, comparado con el de las administraciones precedentes, como entonces se comparaba, y sólo con él podía entonces compararse, venía a ser o a aparecer de *insoportable opresión;* extráñese que, en este estado de fermentación, y cuando se cerraban así *todas las vías legales* a un partido pujante, y que algunos merecimientos tenía para el país; extráñese, digo, que regresando entonces de la Banda Oriental el primer cuerpo del victorioso ejército nacional, al mando de Lavalle, y esparciéndose además el rumor de que Dorrego iba a disolverle, temeroso de él, extráñese que amaneciera el día 1º de diciembre, para alumbrar una revolución, destinada a derribar a Dorrego y su partido...

Así, es preciso, amigo mío, juzgar a esa revolución: no mirarla aisladamente y sólo en relación con las leyes que violaba, sino también en relación con los antecedentes, con los hechos, con las violaciones de ley y de derechos que la provocaron, o que al menos le dieron pretextos muy plausibles. Por mucho menos se hace una revolución.

La de 1º de diciembre era justificada; mas no por esto osaré decir que fue conveniente. Tal vez si los unitarios tienen la virtud de sufrir dos meses más sin salir del terreno legal, Dorrego, combatido legalmente por ellos y hostilizado sordamente por Rosas, sin apoyo ni prestigio, cae por sí mismo, y cae para siempre, porque cae entre el desprecio y el ridículo de tener que confesar su nulidad. La revolución le dio importancia. Su gobierno no la tenía, no había echado raíces, no había contraído méritos para con el país. En su tiempo, no se proclamó ningún principio, no se planteó ni intentó ninguna reforma, ninguna mejora, ninguna institución. Glorias militares, ninguna, absolutamente ninguna procuró a la república; pues todos, todos los triunfos navales y terrestres, fueron del tiempo de la presidencia. La celebración en agosto de la

paz con el Brasil, con la que tontamente se ha metido tanta bulla, queriéndola presentar como una conquista de Dorrego, se debió a esos triunfos anteriores y a las atenciones europeas que habían sobrevenido al emperador. Dorrego no tuvo en eso más parte que la material de nombrar los plenipotenciarios, pues hasta la base — independencia de la Banda Oriental — fue la misma que, a indicación de la Inglaterra, había sentado Rivadavia en las instrucciones que meses antes había dado a García, y que éste desatendió de un modo tan extraordinario e inaudito. — La revolución, además, vino a alarmar y adunar a todos los enemigos de los unitarios y... Pero observo que me he distraído. Basta ya de esa revolución, y torno al objeto de esta Nota.

Tal es, mi amigo, la historia oficial del gobierno de Dorrego, en su relación con los unitarios, desde el instante de su instalación en 1827, hasta la aurora de diciembre en 1828. — Y pregunto al buen juicio de Ud. ¿ve Ud. en esa conducta, o política, o sistema, o como Ud. quiera llamarle, algo que sea *tratar de atraerse a los unitarios?* ¿No ve, por la inversa, la guerra más fuerte y tenaz? ¿Se atrae así a un partido? Tan cierto es el tal atraimiento, como la tal *risa de los unitarios en sus barbas.* No es esto decir que los unitarios no se le hubieran reído, ni tampoco que se le hubieran reído, si Dorrego hubiera procurado eso, no lo sé: es decir únicamente que es falso, y cien veces falso, que lo procurase. Puede ser que haya procurado atraerse a Pedro, Juan o Diego (y aun eso lo ignoro), pero eso sería atraerse individualidades, y aquí hablamos *del partido,* que es cosa muy distinta.

Mi amigo: muchos años después de estos sucesos, estando aquí en Montevideo, oí por primera vez esa singular especie de que Dorrego buscó a los unitarios y que éstos le repelieron: me llené de sorpresa, y no he podido atinar con el origen de semejante cuento. Mucho después, hablando aquí de cosas pasadas con nuestro común amigo el doctor don Vicente F. López, me repitió eso mismo y procuró sostenérmelo; pero no pudo. La cuestión, cual yo la siento, es sencillísima, a saber: sáqueseme un hecho público ¡uno solo! que revele en Dorrego esa política, y además, concílieseme con ésta todos los que dejo mencionados. Esto dije al doctor López. — Puede ser que, como su padre fue ministro de Dorrego en los últimos meses, concibiese esa idea, nada extraña por cierto en un hombre moderado y de luces, y que nada había tenido de federal, y que de ahí brotase lo de que ella se llevó a ejecución. A ejecución digo, porque tampoco bastaría probar que existió ese *pensamiento;* pues Ud. no habla de un nuevo pensamiento o intento, sino que afirma que él se realizó, desde que afirma que los unitarios se le rieron a Dorrego. Puede ser también que éste, u otro que no sea el doctor López, tuviese esa idea: puede ser todo lo que se quiera a este respecto. Lo que yo digo decididamente es que esa idea, si existió, no se tradujo en hecho alguno; y que, por el contrario, ahí están todos esos hechos *numerosos, notorios, oficiales,* para deponer de la acerba y jamás interrumpida hostilidad que el gobierno del coronel don Manuel Dorrego creyó deber declarar y sostener, de todos modos y bajo todos aspectos, contra ese partido unitario, al que se dice que *trató de atraerse.*

NOTA 27

137 - 13. «salían 700 coraceros, mandados por 14 oficiales generales»... No es así. — Ud. ve que además de que quizás ni en toda la república existiría tal número de oficiales generales, un oficial general no había de mandar 50 hombres. — Salieron el coronel mayor Lavalle, y sus cinco o seis coroneles y comandantes de escuadrón. Iban de *aficionados,* pero sin mando alguno, el brigadier Martín Rodríguez, *único* oficial general, y el general Madrid.

NOTA 28

137 - 33. «¿Hizo mal Lavalle?» — Desde el primer instante que yo supe por mi suegro el fusilamiento de Dorrego, lo reproché, y he permanecido en este juicio. Por supuesto que con arreglo a la justicia común, eso no admite cuestión: fue *la justicia política* lo que consultó Lavalle. El publicista Beccaría, que con tanto ardor levantó la voz contra la pena capital, sólo dos casos exceptúa; y el primero es precisamente un caso análogo al en que se halló Lavalle, a quien el grande asesino Rosas osa llamar *asesino.* Pero la aplicación de esa justicia, que en rigor no es sino el cálculo de la conveniencia pública, exige esencialmente exactitud y acierto en ese cálculo: si esto falla, falta la justicia. Esto sucedió a Lavalle. En este *oficio modelo* que pasó — pues en laconismo, fuerza y dignidad en el decir, yo no he conocido entre nosotros una pluma comparable a la de Lavalle —, en que echa sobre sí solo la sangre de su víctima, a la que, muy al revés de Rosas, se guarda de insultar, en ese oficio, apelando a la historia, no viene a hacer otra cosa que invocar la justicia política, la conveniencia política. Pero en esto se engañó. Creyó que acabando con la persona de Dorrego, desviaba el único óbice al bien público, tal cual él lo entendía; y su cálculo falló en esto. Si en vez de fusilarle, le suelta, y le envía a reunirse en Santa Fe con Rosas, con quien estaba malísimamente, Rosas habría quedado a un lado. No sólo habría así Lavalle neutralizado la resistencia sino imposibilitádola. Dorrego, presentándose en San Fe, solo, derrotado, y debiendo su libertad a la generosidad de su enemigo, habría caído, no sólo en descrédito sino en ridículo: y entonces hubiera sido facilísimo obtener de él, en un arreglo, cuanto se hubiese creído conveniente en pro de esa conveniencia pública. Mas su inútil ejecución hizo de él un mártir, y casi un héroe; manchó una revolución justificada; bonificó la causa contraria; aumentó el número de enemigos y libró a Rosas de un rival, o al menos de un superior incómodo e intolerable para él. — En fin, acerca de ese hecho, bueno es repetir siempre que él fue *personalísimo* de Lavalle, *por su orden:* nadie se lo aconsejó. — Cuando se publiquen las dichas *Memorias* en Madrid, Ud. verá, entre muchos interesantes detalles sobre este suceso, que Lavalle ni siquiera hizo saber su intención a ninguno de los que lo rodeaban, y que, después de muerto Dorrego, recién les dijo algo sobre ese particular.

Nota 29

138 - 21. - «allanar (con la muerte de Dorrego) el único obstáculo que, según ellos (los unitarios), se presentaba para la suspirada organización de la república»... — Mi convicción es que, ni al hacerse la revolución del 1º de diciembre, ni, por consiguiente, al matar a Dorrego, pensó nadie en la organización de la república. Se miró a Dorrego como a un mal gobernante de la *provincia de Buenos Aires,* y de ahí únicamente nacieron aquellos dos hechos. Nadie se acordó entonces de unidad ni federación: en los diarios de aquellos días no hallará Ud. esas palabras, ni lo de organizar la república: no hubo un solo grito de *¡viva la unidad o los unitarios!* Algo más tarde, cuando la lucha empezó a formalizarse, empezaron a aparecer las voces *federales y unitarios.* El *Manifiesto* (obra, creo, del doctor Gallardo) que se dio para justificar la revolución, y que es donde debe buscarse los motivos y objetos de ésta, no recuerdo que dijese que ella se hacía con fines de organización general: todo lo que en él se alegaba, concernía a intereses y cuestiones exclusivamente de la provincia. — Esto no quita, sin embargo, que, si la revolución triunfa, se hubiese facilitado o aproximado esa organización: mas ésta, de todos modos, sólo habría sido entonces *uno de los resultados,* pero no el *objeto* de la revolución. Esta parecía afectada — permítame Ud. la expresión — de una especie de egoísmo provincial. — Este es al menos el juicio que yo, partidario de ella, he formado.

Nota 30

139 - 19. - «Vencido en varios encuentros (López solicita en vano una paz tolerable... Rosas pide se le permita trasladarse al Brasil. Lavalle se niega a toda transacción...» — Muchas inexactitudes hay en esto. Rosas, es verdad, estaba en Santa Fe, amilanado, acobardado y ocupado en leer comedias; y sin los estímulos de López, a nada se hubiera movido: no osó venir, como debió, a ponerse a la cabeza de las montoneras del Sud, y sólo regresó a la sombra de López. También es verdad que, si se le hacen proposiciones, hubiera entrado por todo: pero entre tanto, yo ignoro que él propusiera transacción alguna, y, por consiguiente, que Lavalle la desechase: para trasladarse al Brasil, no necesitaba permiso de nadie. — Cuanto a López, ni en la provincia de Santa Fe, ni en la de Buenos Aires, hubo con él *encuentros ningunos,* a excepción de la batalla del Puente de Márquez. Antes de esta batalla, no solicitó paz ninguna: después de ella, hizo aberturas; y Lavalle no se negó a toda transacción, sino que exigió que preliminarmente saliese del territorio de la provincia.

Nota 31

139 - 21. - «¿No veis al unitario todo entero?» — Muy cierto es que Lavalle y demás ardientes jóvenes que estaban con él, despreciaban al gaucho como soldado, y no dudaban del triunfo. Razón tenían para creer que con aquellos

escuadrones, aunque diminutos, pero tan superiores como fieles y entusiastas, se llevarían a todos por delante, como en efecto sucedió, y hubieran triunfado definitivamente, a no ser por causas que más adelante apuntaré. Pero no convengo en que ese orgullo y confianza fuesen una peculiaridad del *unitario*. Esos sentimientos, amigo mío, en circunstancias como las de aquellos jóvenes, eran naturalísimos: los mismos habría tenido un federal, un monarquista, un francés o un turco: son los del *militar*, sea o no unitario.

NOTA 32

139 - 24. - «Si Lavalle hubiera... conservado el puerto en poder de los hombres de la ciudad»... — No entiendo absolutamente esto. Tocante al puerto y demás, todo siguió *provincialmente*, como en tiempos de Dorrego, sin la más pequeña alteración en nada. Ya dije que al hacerse la revolución no se pensó en nada nacional; ni aunque se hubiese pensado, todo eso no era para aquellos días.

NOTA 33

141 - 42. - «rechazado aquí (el general Paz), desairado allá»... — Completamente falso. El general Paz llegó escapado, a la Colonia, el 3 o 4 de abril de 1840. Yo en mi tránsito de Montevideo al ejército de Lavalle en Entre Ríos. Salía yo de una gravísima enfermedad, que casi me llevó. La Comisión Argentina, de que yo hacía parte, y Mr. Martigny me exigieron que fuera en una comisión. No me paré en sacrificios y fui. Hallé a Lavalle al frente de Echagüe, a quien había antes batido en Don Cristóbal, y a quien tenía sitiado y acorralado entre los zanjones y asperezas del Sauce Grande. Llegué a la Colonia el 7. Estuve con él y me dio carta para Lavalle, ofreciendo sus servicios. Estuve con Lavalle en su tienda de campaña, del 3 al 4 de mayo, como 20 horas, y regresé a Montevideo en comisión. Lavalle le contestó *inmediatamente* y con efusión, y me leyó la carta, tan lacónica y bien escrita como todo lo que escribía: «Venga Ud., mi querido amigo (recuerdo que le decía), a ocupar el puesto que merece». Este puesto era el de jefe de Estado Mayor. A Lavalle le vino como caída del cielo la evasión de Paz; pues, precisamente, jefe de Estado Mayor era lo que no tenía, y de ello se me quejó mucho esa misma noche que dormí con él (durante la cual, por esa falta, ocurrió allí un incidente). Entre tanto: el buque de vela en que yo venía a Montevideo y que debía tocar en la Colonia, para dar la carta al general, tuvo malos vientos: pero nos alcanzó una ballenera a remo, en que venían del ejército para Montevideo varios individuos. Era tal mi ansiedad por hacer llegar pronto la carta al general Paz, y por que partiese pronto, para el ejército, pues venía yo penetradísimo de la gran falta que allí hacía, que, por ganar días, me desprendí de la carta y la recomendé a uno de aquellos (Azcazubí) para que, tocando la ballenera en la Colonia, se la diese. — Mi buque ya no tuvo que tocar allí. Llegué aquí el 17, y supe que no se halló al general en la Colonia, pues hacía días que había ido a Mercedes, a pre-

sentarse al Presidente Rivera; pero que su hermano, el señor don Julián, había recibido la carta, y encargádose de remitírsela. La recibió en efecto el general (y debe conservarla). Volvió a la Colonia: le escribí yo, volviendo a manifestarle los deseos de Lavalle, y rogándole fuese pronto: nos canjeamos algunas cartas, que conservo. Pero el general tenía algunos inconvenientes, que su excesiva delicadeza le impedía exponer netamente (falta de fondos para su tan trabajada y desvalida familia). Cuando penetramos esto, la Comisión Argentina se apresuró a vencer en lo posible el inconveniente, y no contenta con esto, otro de sus miembros, el anciano y respetable doctor Agüero, se embarcó para la Colonia, a fin de arrancar de allí al general, y acompañarle él mismo al ejército, y así se hizo. ¡Con toda esta decisión y sacrificios nos hemos conducido en todo aquí! La desgracia fue que en todas estas andanzas se habían perdido dos meses; y cuando Paz y Agüero llegaron a Punta Gorda (12 leguas más abajo de la Bajada), hallaron que se acababa de dar la acción del Sauce Grande (16 de julio), y que Lavalle estaba embarcando su ejército para caer sobre la provincia de Buenos Aires. En esta nueva situación y cuando Lavalle debía o fracasar en la intentona, o si lograba desembarcar y hacerse de caballos, obrar rápidamente sobre Buenos Aires (¡al menos así se creyó y debió creerse!), ya no era tiempo, ni lugar, ni se trataba de organizar el ejército. Entonces Paz, no sólo era menos necesario en el ejército, sino que era *indispensable* en Corrientes. Llegaba lo más a propósito imaginable, para templar o consolar a Ferré, gobernador de Corrientes. Hacía *meses* que éste estaba mal con Lavalle, pues se oponía a que en ningún caso pasase el ejército el Paraná, y hasta se había venido al efecto (por agua) al puerto de la Bajada, y allí estaba, desde fines de marzo, en un buque francés (de lo cual nació que se me enviase a mí en abril a verme con ellos, por la relación que con ambos tenía, Ferré es primo hermano carnal mío: es hijo de una hermana de mi padre). Aunque por motivos largos de referir, Lavalle creyó inconveniente que yo pasase hasta el puerto de la Bajada, y más útil que regresara en el acto con cierto encargo. La oposición de Ferré al tránsito del Paraná era tan fuerte, que Ud. sabe que cuando, no obstante, el tránsito se verificó, declaró *desertor* a Lavalle: disparate e injusticia, que yo fui el único que impugné aquí en Montevideo por la prensa, a pesar de mi relación con Ferré. Crea Ud. que sí sucedió el milagro de que no obstante la oposición de su gobernador y su presencia allí cerca, no quedase un correntino que, con el mayor gusto, no se embarcase en Punta Gorda y no siguiese a Lavalle al otro lado. Esto se debió únicamente al ciego entusiasmo y *pegazón a su persona,* que este hombre tenía el don especial de saber inspirar siempre a sus soldados. Entre tanto: como aquella oposición de Ferré se fundaba (y cuanto a esto no dejaba de tener razón) en que el tránsito dejaba a Corrientes descubierta, indefensa, y a merced del ejército de Echagüe existente en Entre Ríos (quien en efecto la invadió dos meses después, y tuvo que retroceder ante los reclutas de Paz), es por eso que el arribo de Paz a Punta Gorda, en las circunstancias indicadas, era una gran

fortuna: es por eso que venía a ser mucho más útil y hasta *indispensable* en Corrientes, para organizar allí fuerzas, defenderla, como lo hizo, y contentar o satisfacer a Ferré — que le recibió con los brazos abiertos — y de todo esto nació que allí conviniesen ambos generales en que mientras el uno invadía a Buenos Aires, el otro pasara a Corrientes... Hé bien: en todo esto ¿dónde está el *rechazo* y los *desaires?* ¿cuándo? ¿cómo? ¿por quién? — Borre Ud. eso, amigo mío: porque a más de ser una mentira, es una ingratitud y una injusticia. No sé contra quién se dirija ella: pero contra alguno o algunos ha de ser; pues claro es que alguno o algunos han de haber sido los rechazantes y desairantes.

NOTA 34

141 - 43. - «que ha visto sucumbir ya dos ejércitos»... — Cuando, como acabo de decirlo, pasó Paz a Corrientes, esta provincia no había perdido hasta entonces sino un ejército — el de Pago Largo.

NOTA 35

142 - 22. - «la cuestión... se ha convertido al fin en cuestión... entre la Pampa por un lado, y Corrientes, el Paraguay, el Uruguay, el Brasil, la Inglaterra y la Francia por otro: debido todo esto a un pobre proscrito, que ha andado quince años mendigando por todas partes el permiso de ganar una batalla»... — Mi amigo: esto ya pasa de hipérbole. — El esclarecido general Paz, a quien pocos aprecian y respetan tanto como yo, tiene en sí mismo y en sus hechos, sobradas glorias y méritos para que sea necesario atribuirle lo que no haya sucedido. Dejemos a un lado que en 1845, época en que Ud. escribe eso, el Brasil no obraba nada contra Rosas. Pero no es cierto tampoco que la intervención de Inglaterra y Francia, que en efecto tuvo lugar ese año, fuese debida, y debida exclusivamente, al general Paz: y eso es lo que Ud. sienta, desde que dice que *todo esto* fue debido a él. Tal vez quiso Ud. decir que todos esos sucesos vinieron a coincidir con la nueva posición que acababa de asumir en Corrientes el general; a combinarse del modo más feliz, y tal que, sin los funestos errores de Madariaga, el hábil general habría redimido al país (como, sin los de Ferré, lo habría hecho antes, en 1842). Esto sería verdad: pero esto es muy distinto de aquello; pues el general no tuvo parte en la producción de esos sucesos. — No la tuvo en que se realizase la intervención europea. — Cierto es que en 1845, el Paraguay firmó una alianza debida a Paz: pero desde años antes, y sin intervención de éste, se contaba con el Paraguay. — El Uruguay, sabe Ud. que declaró la guerra a Rosas en 1839, cuando Paz estaba aún detenido en Buenos Aires. — Si Corrientes estaba en acción en 1845, se debía a Madariaga, que triunfó y la redimió en 1843, estando Paz en Montevideo... No es menos hiperbólico lo de los quince años mendigando el permiso, etc. — Esto es olvidar que el general estaba en libertad sólo desde abril de 1840; y es contradecirse con lo que Ud. mismo acaba de sentar, y con razón, en la página anterior; esto es, que

anduvo diez años de prisión en prisión (desde mayo de 1831). — No pudo, pues, escribirse en 1845, que, a esa fecha, hacía 15 años que andaba mendigando el permiso de ganar una batalla. ¿Dónde? ¿ante quién?

NOTA 36

142 - 31. - «castrado» — Castrador es como le llamaba el bestia de Rosas. Probablemente, o a él mismo le ha repugnado esta salvaje e insulsa tontería, pues hace años que ya no la dice; o vería que la tal voz no hallaba aceptación.

NOTA 37

149 - 18. - «las matanzas de septiembre», de octubre de 1840 y de abril de 1842.

NOTA 38

158 - 4. - «Lavalle no obstante su valor, que ostenta en el Puente de Márquez, y en todas partes, no obstante sus numerosas tropas»... Debo hablar de esta batalla, que es tan común suponer perdida por Lavalle: lo cual creo nace en las provincias. 1º Del bombástico y falso parte que López dirigió a Santa Fe, y en que contaba, el necio, que había triunfado, y que Lavalle se había refugiado en las quintas de Buenos Aires, etc.: parte que circuló en las provincias, donde, por la total incomunicación con Buenos Aires, no había cómo ir a la otra parte. Cuando después de bastante tiempo, se conoció en Buenos Aires ese parte, Ud. no puede figurarse la sorpresa que causó la imprudencia de López. — Uno de los jefes de Lavalle, el coronel Frolé, francés, oficial científico, publicó en el acto unas observaciones, marcando los desatinos y sandeces de López. 2º De que, como la causa se perdió, y al enemigo le convenía atribuirse ese triunfo, siguió éste repitiendo la expresión *derrota del Puente de Márquez*, que quedó consagrada, sin que nadie pudiese o se cuidase de levantar la voz en contrario; pues después de Frolé, nadie se ha tomado el trabajo de escribir sobre esto. Lo haré yo brevemente y sentaré *hechos*. — Las fuerzas de Lavalle no eran *numerosas:* serían 1.500 hombres de las tres armas; y las de López y Rosas, 8.000. La pérdida fue la de la caballada, que dejó a retaguardia; pues aquellas nubes de cosacos lo rodearon por todas partes, y la arrebataron, desordenando, allí, a los Húsares, los cuales se replegaron sobre las quintas de San José de Flores, y no tuvieron parte en la acción. Se peleó todo el día: un solo escuadrón de Lavalle no fue desordenado: cargas sobre cargas, en todas direcciones: se llevaban todo por delante: pero las nubes se abrían, vagaban en todo, y si se ponía a tiro, las otras dos armas las alejaban en el acto. Esa fue la batalla del Puente de Márquez, a siete leguas de Buenos Aires: — *y primer hecho*: Lavalle quedó en el campo de batalla. — *Segundo hecho:* Lavalle no tuvo prisioneros, ni pérdidas de hombres: al menos oficiales, creo que no murió uno solo; lo cual no sucede en una derrota. — *Tercer hecho:* el *vencedor* López envía en seguida

un parlamento (que entró de noche hasta el fuerte de Buenos Aires, y en cuya comitiva iba el entonces muchachón, hermano de López y después gobernador de Santa Fe), proponiendo la paz y el derrotado le responde que, ante todo, abandone el territorio de la provincia. — *Cuarto hecho:* sea por esto, o porque temió que una división que se mandaba por el Paraná le tomase la retaguardia, o cayera sobre su Santa Fe, se retira de la provincia, quedando solo Rosas con las milicias o gauchaje de Buenos Aires. — *Quinto hecho:* Lavalle, que se había situado, no en las quintas, y mucho menos en el *recinto de la ciudad* (donde Ud., renglones más abajo, le supone *encerrado),* sino en los Tapiales, a cuatro leguas, permanece allí durante los meses ulteriores, hasta que celebra la paz; sin que los tales vencedores osaran, no digo buscarle allí y acabarle, lo cual les sería muy fácil, puesto que lo habían derrotado en el Puente, pero ni siquiera acercarse jamás. Durante todo este tiempo y desde que Lavalle salió de Buenos Aires contra Dorrego, en principios de diciembre de 1828, residió en Buenos Aires un *Gobierno Delegado* por Lavalle, el cual era *gobernador provisorio,* nombrado por la ciudad el 1º de diciembre. Los gobernantes delegados fueron, primero, Brown, y después, Rodríguez. Los principales ministros de ellos, fueron el doctor Díaz-Vélez, el general Paz, S. Carril y el general Alvear. — *Sexto hecho*: el *americano* Rosas, después de *vencer* en el Puente, implora el auxilio de la marina militar francesa, para que ataque a sus enemigos, entre el Paraná, etc., etc. — *Séptimo hecho:* como en Buenos Aires, sitiado y circundado por las montoneras, no había carne para el consumo, Lavalle, por varias veces, tomaba su caballería, se internaba algunas leguas, los vencedores *le abrían cancha,* juntaba ganado, especialmente de la Estancia de Rosas, sita en el Pino, a nueve leguas de Buenos Aires. Pero esto no era saqueo ni confiscación. No. Esos ganados se entregaban en Buenos Aires a una comisión (uno de sus miembros, doctor Lino Lagos, estuvo ahora poco en Valparaíso, ido de aquí). Esta corría con su distribución y venta, y el dinero se entregaba a los dueños. La mujer de Rosas recibió muchas cantidades. Rosas hacía así un buen negocio; pues sin trabajo, ni costos, vendía haciendas al buen precio consiguiente al estado de sitio. Así notará Ud. que a pesar de tantos insultos que posteriormente Rosas vertía contra Lavalle, no osó decir que éste hubiera robado, saqueado, ni atacado la propiedad de nadie. Y la traía con mucha calma a Buenos Aires. ¿Qué mejor ocasión para cargar y ultimar hombres ya vencidos, en campo raso, y enteramente separados de su infantería y artillería? Pero basta de esto: hasta fastidio me causa hablar de semejante cuento.

Nota 39

158 - 6. - «sucumbe al fin de la campaña»... — Esto necesita largas explicaciones; porque aquí hay verdad en el fondo de la idea, e impropiedad o equívoco en la palabra. Muchas ideas y sucesos se enlazan con esto; y esta Nota será, probablemente, la más extensa de todas.

Renglones antes observa Ud., con exactitud, los efectos que produjeron en Facundo «tropas disciplinadas y dirigidas por las máximas estratégicas, que el arte europeo ha legado a los militares de las ciudades». Bien: pues Lavalle, en 1829, no peleó jamás gauchamente, ni montoneramente, sino según el arte estratégico europeo, empleado en Ituzaingó, y siempre con tropas disciplinadas. El inesperado desenlace que tuvo la cuestión no debe, pues, buscarse en nada de eso, ni, por consiguiente, en que Lavalle fuese oficial de caballería, como conjetura Ud. renglones más abajo: lo mismo habría sucedido, aunque lo hubiese sido de otra arma. Tampoco debe buscarse en esa especie de ley oculta, que, según el sistema de Ud., debía a la larga dar el triunfo a las campañas pastoras sobre las ciudades. Yo no creo en tal fatalismo, al menos en la generalidad en que Ud. parece reconocerlo. Que a la corta o a la larga debía haber colisión entre ambas fuerzas, sí; pero no que precisamente, ni aun probablemente, debiese vencer el gaucho. Algunas veces pueden triunfar las campañas sobre las ciudades, del mismo modo que algunas veces, entre dos ejércitos, vence aquel que menos probabilidad tenía de vencer; sin que de tales sucesos, explicables por causas o diferencias accidentales, pueda deducirse una regla general. Creo, por el contrario, que si alguna regla pudiera establecerse en esto, es la de que, por lo común, deben triunfar, tanto a la corta como a la larga, las ciudades sobre las campañas: hablo especialmente, no de las ciudades mediterráneas, sino de las riberanas. Los grandes resultados obtenidos en 1829 y 30 por el hábil Paz en Córdoba, a pesar de ser ciudad mediterránea, están deponiendo contra la teoría de Ud.; y si esa causa se perdió allí en 1831, esto se debió exclusivamente: 1º A los accidentes e ineptitud de jefes que facilitaron los triunfos de Quiroga en los ríos 4º y 5º y en Rodeo del Medio. 2º Al accidente extraordinarísimo de la boleadura del general: y 3º A que se dirigieron sobre Paz las fuerzas, no meramente de las campañas pastoras, sino las de las *ciudades* litorales, especialmente las de la *ciudad* de Buenos Aires; Rosas envió tropas veteranas y jefes veteranos. Si la guerra fuera hoy lo que era en los antiguos tiempos, pudiera tal vez sostenerse la teoría de Ud.; mas en el estado actual de aquel arte, lo natural es que la ciencia, la civilización, los recursos triunfen, a la corta y a la larga, de las campañas que nada de eso tienen. El poder de las ciudades marítimas es inmenso; y una prueba ilustre de ello, es la actual resistencia de la heroica e inimitada Montevideo; y eso que no es gauchaje ni montonera lo que Montevideo tiene a su frente. Además: para poder sentarse la teoría de Ud. como doctrina general y segura, sería preciso que en esa lucha obrasen, de un lado, exclusivamente las campañas, y del otro exclusivamente las ciudades: y esto ni ha sucedido, ni sucederá jamás. Siempre hubo a favor de las ciudades, hombres de las campañas o gauchos; y a favor de las montoneras, hombres y elementos de las ciudades: la tercerola, la lanza del montonero, son un producto de las ciudades, un producto de las artes, de la civilización. Mas si los grandes poderes de ésta no son aprovechados, y si, por el contrario, se obra de un modo que parece dirigido a inutilizarlos, entonces se rompe el equili-

brio de las pasiones: entonces la *ciudad* ya no obra como *ciudad;* y si cae, no por eso puede decirse que cae a virtud de una ley necesaria, sino a virtud de su inhabilidad, o de sus errores, o de su incuria. Entre tanto: el escritor lejano, que no está, ni puede estar, al cabo de los detalles, sólo ve el hecho en grande, sólo ve el resultado. ¿Quién triunfó? la campaña: y sobre este dato levanta el edificio de su sistema, atribuyendo el resultado, no a las causas, que, para producirlo, han venido encadenándose en progresión, sino a ciertas ideas, al poder de la barbarie, y a otras. No niego que éstas concurran y coadyuven; pero no son esencialmente determinantes, ni principales.

La causa del 1º de diciembre sucumbió porque no bastaba, para su triunfo, el valor, ni aun la buena dirección meramente *militar* (admitiendo que haya habido): se necesitaba, además, querer y saber aprovechar sus inmensos recursos; se necesitaba buena dirección *política* y *gubernativa;* se necesitaba constancia, firmeza y otras calidades que Lavalle no poseía. Este hombre, cuya memoria es para mí muy querida, tan valiente, tan desinteresado, tan buen padre de familia, de tantos servicios, de deseos tan puros y patrióticos, de sentimientos tan caballerosos, de buen talento, de buena dicción, no tenía, sin embargo, otras varias dotes, indispensables para constituir un hombre público, una cabeza de gobierno o de revolución, y mucho menos en circunstancias difíciles. A veces era dócil, pero generalmente obraba por sí solo y a despecho de sus amigos: si se le hacían observaciones, decía que se le quería trabar o dominar: se aburría o amilanaba ante las dificultades o contrastes: sobre todo — y éste era, a mi juicio, su más visible y más funesto defecto —, no tenía perseverancia, ni fijeza en sus planes y resoluciones, que variaba de un día a otro, con admirable facilidad. En 1839, aquí en Montevideo, cuando se trataba de que emprendiese el obrar contra Rosas, como al fin lo emprendió con tanto mérito y *heroísmo,* y le doy este nombre porque el 2 de julio en que aquí se embarcó, fue, a mi ver, el más meritorio y glorioso de Lavalle, más que el de Riobamba — cuando de eso se trataba, repito, Lavalle era, poco más o menos, el mismo hombre de 1829, con la misma versatilidad en sus resoluciones. Tal vez nadie, aquí, estaba tan al cabo, como yo, de sus ideas y secretos. El mismo hombre encontré en Entre Ríos, cuando en 1840 fui a conferenciar con él: y esto explicará a Ud. su conducta posterior en la provincia de Buenos Aires y en las interiores. Ahora no puedo sino hacer estas indicaciones: la prueba de *todas ellas* necesitaría muchos pliegos de papel. Si llego a escribir mis *Apuntes Biográficos,* que he prometido a Ud., entraré probablemente en menudencias y explicaciones, sobre cosas y puntos ignorados de Ud. y de casi todos, y los cuales no le dejarán duda de la verdad de lo que aquí siento. Sólo anticiparé, respecto de la grande empresa iniciada en 1839, que ella fue de tanta más abnegación cuanto que Lavalle la acometió *sin ninguna fe en el éxito.* ¡Qué había de resultar! La acometió, como indicaré después, por compromiso de honor y patriotismo, cual el que sabe que va al sacrificio: la acometió de súbito, sin elementos y contrariado por la autoridad: la acometió en una volcánica erupción de los

más nobles y generosos sentimientos excitados con la noticia del asesinato de los Mazas, que recibió el 1º de julio: noticia que le hizo llorar como no he visto jamás llorar a un hombre... Pero me distraigo. En mis apuntes biográficos, si soy tan feliz que pueda organizarlos, se hallarán muchos detalles, no sólo acerca de puntos y materias que ya he tocado y tocaré en las presentes *Notas,* sino también acerca de muchos otros, que no pueden encuadrarse ni aun mencionarse en éstas. Esos *Apuntes* y estas *Notas* contendrían entonces porción de noticias e informes, que explicarían muchas cosas de la historia de los últimos treinta años. Esos detalles, o son ignorados por los hombres que hoy viven, o están olvidados o confundidos. Sea por ignorancia, o por incuria, o por lo tedioso de esta tarea, o por no renovar recuerdos penosos, el hecho es que nadie ha cuidado ni cuida de consignarlos al papel: y entre tanto, estoy muy penetrado de que, sin ellos, la historia se expone a formar juicios grandemente equivocados.

No era fácil, pues, que saliese avante una causa, que estaba en las manos, exclusivamente de un hombre así. Pero sigamos.

Sea por no comprometer el secreto, o porque Lavalle, conociendo bien el estado de la opinión, no dudase que el pueblo le aprobaría, o porque creyese no necesitar de nadie para hacer una revolución, sobrándole con sus jefes y soldados, en lo que tenía razón, si en una revolución no hubiese que buscar sino el éxito material y del primer día, ello es que muy contados, quizá ni una docena, estaban en el secreto: yo no supe una palabra hasta después de hecha. No apruebo ni repruebo ese modo de proceder: él tendría sus ventajas, pero también tenía un inconveniente, que fue necesario y perjudicial. En efecto: esa famosa revolución de 1º de diciembre, amigo mío, se hizo sin más objeto, al menos por entonces, que el vago y general ¡abajo Dorrego! Se hizo, pero sin ninguna idea política fija — no se asombre Ud. —, sin ningún plan formado, sin haber antes combinado ni convenídose en una marcha, principio, ni administración. El naturalísimo ¿y qué hacemos en seguida? parece que no entró en las previsiones de nadie. No dude Ud. de esto: le hablo por lo que mis ojos vieron muy adentro.

Advierta Ud. que en la mañana del 2 de diciembre, Lavalle, a quien yo no conocía aún, ni él a mí, me envió a llamar a mi casa, para que, mientras se nombraban ministros, me encargase, en calidad de oficial mayor, del despacho de todos los ministerios. Me resistí muchísimo, entre otros motivos, por mi posición especialísima (yo vivía con mi suegro, que era enteramente *del otro coronel,* como dice Moratín): pero tanto hizo, que cedí, aunque advirtiéndole que sólo sería por pocos días. Así verá Ud. en el *Registro Oficial* y diarios de la época, que los primeros decretos o actos del gobierno de Lavalle sólo llevan la firma de éste y la mía. En esa misma noche del 2, ya vi en el Fuerte una cosa (omito detalles que sólo en mis *Apuntes* pueden entrar) que me volteó el alma a los pies.

Al fin: se nombró de *Ministro General* al doctor Díaz-Vélez (el que había figurado en la *oposición).* Esta elección se me debió a mí: ella fue muy acer-

tada y muy desacertada: tengo la firme convicción de que hice con ella *mucho mal y un gran servicio.* Estas paradojas, sólo en mis *Apuntes* pueden tener la larguísima explicación que necesitan. Anticiparé únicamente que esa elección llegó a ser inevitable; porque — tampoco se asombre Ud. — ¡no había a quien nombrar! Esto solo ¿no le envía ya a Ud. la idea de un completo desacuerdo, de un completo desquicio, efecto de la ninguna combinación previa? Pues esto, como digo a Ud., sucedía ya en la noche del 2. — En fin: el 4 o 5, vi en Lavalle cierta cosa que me acabó de desazonar: y así es que el 10, apenas llegó la noticia de la victoria de Navarro, y cuando mi retirada del Fuerte no podía ya atribuirse a temor, tomé mi sombrero, y callado, me fui a mi casa; sin que las cartas, ruegos y promesas de Díaz-Vélez porque no le abandonase, fuesen parte a moverme. Pero ya Ud. comprenderá si en esos ocho días habría yo podido ver y observar lo bastante para formar el juicio que he emitido.

Este desconcierto y falta de plan con que se inició la nueva administración, prosiguió sin interrupción hasta el fin, hasta el desenlace. ¿Debía esperarse algo bueno? No es esto sólo. Sale Lavalle a campaña, dejando de delegado a Brown; vence en Navarro el 9; fusila a Dorrego el 13; hace una inútil y larga correría por el sud; vuelve a Buenos Aires; se prepara y emprende su no menos inútil campaña contra Santa Fe, dejando de delegado a Rodríguez mientras a su espalda, en la provincia de Buenos Aires, empiezan a pulular las montoneras (a las cuales sólo el coronel Suárez había logrado antes darles un excelente golpe en las Palmitas); es totalmente inútil esa campaña a Santa Fe, pues López es intangible como sombra fugaz, y no se le puede pillar a tiro; las montoneras que crecen en la campaña de Buenos Aires, y que obtienen algunas ventajas, inducen a Lavalle a desprenderse de los Húsares de Rauch, que retrocede, y por una fatalidad, es deshecho y muerto en Polvaredas; obliga este contraste a Lavalle a retroceder desde Santa Fe, separándose allí de Paz, que sigue para Córdoba, con el 2º cuerpo del ejército nacional; viene Lavalle a Buenos Aires; sale a campaña; logra pillar en la Matanza al cuerpo principal de la montonera, al mando de Prudencio Rosas, y en número de 4.000 hombres, y en el acto la carga y deshace, aunque ella va a reunirse por ahí; llegan después de Santa Fe López y Rosas, que reúnen entonces bajo su mando todas las montoneras; síguese inmediatamente la dicha acción del Puente de Márquez; y poco después, como he dicho, retírase López a Santa Fe, quedando Rosas en la campaña y Lavalle en los Tapiales. — Hé bien: desde mediados de abril, en que sucedió esto último, hasta el 24 de junio en que se firmó la primera Convención, ¿qué hizo Lavalle o el gobierno delegado? ¿qué proyectaron? ¿qué plan o combinación formaron? No se hizo más que enviarse a los Húsares por agua, no sé a qué, a San Nicolás de los Arroyos, y enviarse la división que he mencionado en la *Nota* anterior, división de enganchados en su mayor parte, y la cual, aunque debía atacar o amenazar la ciudad de Santa Fe, no hizo más que desembarcar en un pueblo de la provincia de Buenos Aires y saquearlo. ¡Pobre causa!

Lavalle, a mi ver, estaba, o desanimado de la empresa, al mirar a toda la campaña sublevada y cuánto había que trabajar para domarla; o estaba fastidiado y cansado de aquel género de guerra, nuevo para él. Su inacción, de que participaba el gobierno, y que era necesariamente letal en guerras de ese carácter, no se explica, como lo pretenden algunos, con la falta de la caballada perdida en el Puente de Márquez. No tendría caballos para hacer una campaña: pero para alguna operación suelta, para un golpe de mano sobre Rosas, cuyo cuartel general estaba generalmente a sólo 4 o 5 leguas de los Tapiales, los tenía, como lo muestran las incursiones y arreos de ganados que hacía. Sobre todo: si no las tenía, ¿qué hacía él o el gobierno para procurárselos, cuando no faltaba el dinero al efecto? Nada. Si no podía procurárselos en la provincia, muy fácil era hacerlo en la Banda Oriental, mucho más cuando Lavalle tenía entonces grande amistad con Rivera.

Había otro árbitro. — El armamento de la mayor parte del gauchaje no nacía de ideas, ni de pasiones, ni de sistema, ni de amor a Rosas, sino que sucedió lo que era natural. La campaña quedó entregada a sí misma; se armaron al principio algunos centenares, que tal vez lo harían impulsados de aquellos sentimientos; pero la mayor parte se armaron o acudieron después porque se les ordenó, por novelería, por la regla de ¿dónde vas, Vicente?, porque, en fin, no había entonces otra cosa en qué ocuparse en la campaña. Era la primera vez que ésta se declaraba contra la ciudad; pero entonces no mediaba ese espíritu de venganza, esas pasiones enconosas, que después supo criar Rosas, y que pueden suplir en el soldado la falta de paga y de todo otro estímulo, e inducirle a sufrir con firmeza los trabajos y privaciones. Así es que, en junio, los gauchos empezaban a aburrirse de una guerra tonta, monótona y reducida a correrías y griterías. Además: sufrían ya muchas privaciones, resultado de la interdicción del tráfico con la ciudad: estaban bloqueados: *los vicios* se habían concluido en la campaña: no había trabajo ninguno en ella: el gauchaje que vive de salarios, estaba pobrísimo. Todas estas circunstancias hacían fácil el ganarse a cualquiera de los muchos caudillejos que rodeaban de cerca a la ciudad, y con los cuales se estaba casi al habla: ganarlo para que proporcionase caballos, o al menos ganado. ¡Pero ni siquiera se intentó!

Un solo caudillejo que se le hubiera defeccionado a Rosas, lo habría hecho temblar; pues la desconfianza es una de las calidades más pronunciadas de su carácter. Rosas conocía lo penoso y crítico de su posición: no divisaba desenlace alguno favorable para él: hubiera entrado por cualquier arreglo prudente, que salvase, con los suyos, su persona y su amor propio: cuanto a los bienes, no había que hablar; no corrían riesgo alguno. El vivía mártir, temiendo defecciones, temiendo sorpresas o golpes de mano, con el alerta en la boca, y lleno de precauciones y cautelas. Y tenía razón, pues nunca pudo él esperar tan incomprensible y prolongada inacción e incuria de sus contrarios, que tenían tantos elementos y medios de dañarle. Toda la ciudad estaba pronunciada, y algunos encuentros de sangre sostuvieron los aficionados. To-

dos estaban sobre las armas, hasta franceses y españoles, mulatos y negros libres, compadritos, artesanos, hacendados, propietarios, comerciantes, etc.; y todos con la mejor buena fe y decisión, dispuestos y prontos para todo. En una ciudad tan populosa, fácil era haber hecho enganchamientos para aumentar la caballería con algunos escuadrones; más fácil aun era sacar, sin tocar a la esclavatura, dos o tres mil infantes que no serían por entonces veteranos, pero que en breve (o si no, véase lo hecho en Montevideo en 1843) podrían batirse, y que, sobre todo, tales cuales entonces eran, eran muy capaces de hacer frente a montoneras indisciplinadas y malamente armadas. ¿No sacó Rosas de Buenos Aires, en 1831, a los *cívicos,* y los envió nada menos que hasta Córdoba? Había entusiasmo, había hombres, había fondos, había los grandes recursos de un Buenos Aires, estaba libre el puerto, las costas dominadas, se contaba con una marina militar, fuerte y decidida. ¿No cree Ud. que había sobrado? Pero nada se hizo, nada se proyectó, nada se aprovechó: se vegetaba, se iba con el día. ¿Qué más? Actualmente hace dos años que el asediado Montevideo se provee del ganado del Brasil: cien veces más fácil y pronto era proveer a Buenos Aires de ganado de la Banda Oriental, comprándolo en la Colonia o Vacas, sin tener para ello el gobierno que hacer otra cosa que estimular el interés individual. Pues ni en esto se pensó; y en vez de eso, tenía Ud. al gobernador y general del ejército, que debía ocuparse de batir al enemigo, convertido en abastecedor.

De este modo, ¿cómo no se había de perder la causa, amigo mío? ¿Y cómo atribuir esa pérdida a un poder oculto, creciente, invasor y barbarizador, inherente a las campañas pastoras, cuando se están tocando las muy diversas causas de ella? Sin embargo: tan robusta era la vitalidad de esta causa, que ella, aun en junio, no estaba, ni remotamente, perdida. Para perderla, era todavía preciso que Lavalle saliera de su inacción, a fin de obrar, no por ella, sino contra ella, aunque sin preverlo ni quererlo. — Estaban en Buenos Aires don Manuel J. García, don Tomás Guido, don Mariano Sarratea y otros hombres de respeto (Rivadavia y Agüero, disgustados de lo que veían, se habían ido a Europa, desde abril, creo). Aunque la mayor parte de ellos no eran amigos de la causa por motivos que sería largo explicar (entre ellos, ilusiones que se formaban acerca de lo que era el *buen paisano* de Rosas), con todo, tampoco eran verdaderos enemigos; y a ellos se agregaban algunos que lo eran realmente, como Alzaga, Arana, etc. Los principales componían un círculo medio, casi una tercera entidad. Quizás conociendo el estado moral de Lavalle y el de Rosas, o quizás por sugestión de éste, con buena o con mala fe, ello es que emitieron la idea de transacción. Lavalle la adoptó, con la imprudencia de no ocultar su ansia por ella, al punto de no querer comisionados al efecto, sino hacerlo por sí mismo: se rodeó de esos individuos; no consultó con sus amigos de la ciudad, ni aun con ninguno de los jefes de su ejército; tomó sólo su escolta, y fue y se metió en el cuartel general Rosas (estancia de Miller), donde ya habían ido los individuos dichos. — Rosas sabía que Lavalle iba: y el miedoso o suspicaz gaucho, quién sabe si

no temió a Lavalle con sólo su escolta; o si no desconfió algún lazo de aquellos mismos individuos. Ello es que no le esperó: había ido, decían, no sé a qué diligencia. — Lavalle se echó a dormir, tal vez en la misma cama de Rosas, y durmió con la tranquilidad que en su casa. — Vino Rosas; y cuentan que se paró y estuvo contemplando en su sueño a aquel hombre singular. ¡No lo haría yo! (estaría tal vez diciendo entre sí). — Hay en ese rasgo de Lavalle, en esa confianza, algo de característico, de noble e imponente. Allí se redactó y firmó prontamente, el 24 de junio, entre «el general don Juan Lavalle, *gobernador y capitán general provisorio* de la provincia de Buenos Aires, y el comandante general de campaña, don Juan Manuel de Rosas», esa convención que Ud., por no estar en pormenores, dice que tenía *todos los vicios de una capitulación.* También Madrid había escrito en sus Memorias que Lavalle *capituló,* sin otro fundamento, según me ha explicado, que el de que así *lo oyó decir* en las provincias. ¡Así se propagan y arraigan los falsos testimonios históricos! Lo esencial de ese pacto fue que se harían elecciones generales para representantes (los cuales, consiguientemente, nombrarían al gobernador propietario); que ambas partes se someterían, con sus fuerzas, al nuevo gobierno; y que nadie sería molestado por sus hechos u opiniones, siendo inexorables en esto las autoridades, etc. — Lo demás era subalterno.

Vino Lavalle a Buenos Aires y vino muy creído de la buena fe de Rosas, y muy alucinado por él, muy persuadido también de que iría él, Lavalle, a dar *una sableada* a López, a quien tenía ganas. Rosas posee admirablemente el don de engañar: bien que esto es muy fácil, respecto de caracteres abiertos y nobles, que todo lo revelan y que miden a los demás por sí mismos. A las corporaciones que fueron a felicitarle, les dijo que había hecho la paz, porque de seguir la guerra, sería preciso que una mitad de la población degollase a la otra, con otras hipérboles, así. En su proclama dijo que había desdeñado una victoria, que habría completado la ruina pública: que había consentido en todo lo que se le había pedido, si ello no le alejaba del objeto por que había peleado: que había jurado olvidarlo todo (vea Ud. si puede decirse que *capituló* quien así hablaba a presencia de Rosas): que, en fin, en sus enemigos (en Rosas) sólo había encontrado porteños verdaderos. ¡A fe que el gaucho — que se reiría grandemente de aquella candidez — se ha guardado siempre de hacer ni el más pequeño elogio de su magnánimo enemigo!

Entre la convención y las elecciones, medió un mes. En este intermedio, Lavalle no quiso oír a sus amigos, y se aisló enteramente. Hizo más. Tan creído estaba del cumplimiento de la convención por Rosas, y tan lo miraba ya como amigo, que, antes de ver si la cumplía, le abrió el parque y le proveyó de armamento. El guachaje, con sus divisas y plumas, entraba y salía libremente de Buenos Aires y se proveía de todo. El descontento era grande, en la ciudad y en el ejército. Las clases inferiores vieron todo concluido, y empezaron a salirse y reunirse a Rosas. Este, además, se apresuró, en ese inter-

medio, a formar, con la esclavatura de la campaña (que en la ciudad había sido tan respetada), un numeroso cuerpo de infantería de línea, al mando de un excelente jefe — el coronel J. Olazábal. Este fue uno de los jefes del 1º de diciembre, pero meses después excitó fuertes sospechas — no me consta si justas o no —, le quitaron el mando del cuerpo, y se pasó a Rosas. Allí estuvo sin destino, pues Rosas no tuvo infantería hasta la época de que voy hablando. — Después, en 1833, fue uno de los principales enemigos de Rosas, y murió emigrado aquí, en 1841.

Aquel descontento nacía, a mi juicio: 1º De que en la persuasión que había de que se podía vencer totalmente a Rosas, y en las exageraciones de que siempre adolecen los partidos, toda concesión se miraba como perjudicial e indebida: se quería mucho más de lo obtenido; 2º De que la mala impresión que causó el primer conocimiento que se tuvo de la convención, y la conducta de Lavalle en ella, retraída, personal y arbitraria, fue ásperamente agravada después con la lejanía en que se puso del partido, y con sus demás procederes; 3º De que no se vio, o al menos no se quería decir, que la convención era, en sí, buena. —No sé si yo fui el primero en verlo: pero sí sé que fui el primero que tuvo el coraje de decirlo por la prensa. Era tal el disgusto y tal la manía de que todo estaba perdido, que lo de las elecciones sólo causaba risa y desprecio; se miraban con total indiferencia, y nadie pensaba en eso, sino en dejar el campo libre al partido de Dorrego, o sea de Rosas, el cual, engreído, se ponía en agitación. Este desaliento me desesperaba. — Escribí, pues, un largo comunicado (que publicó *El Tiempo* y que conservo). Quizás hice un mal: quizás abrí algo los ojos a Rosas sobre la importancia real de lo que había firmado, y produje o robustecí su resolución de no cumplirlo. ¿Pero qué otro medio había de sacudir los ánimos que el de la prensa? Manifesté, sin herir en lo menor a Rosas, que en la convención no había concesión más importante a éste que el reconocerle el carácter de comandante general de campaña, que investía en tiempo de Dorrego; pues lo de que él nombraría (mientras se elegía al gobernador) a los empleados policiales en la campaña; lo de que se reconocerían los grados de sus oficiales, y los documentos que él había firmado para el sostén de sus fuerzas, todo eso (además de ser una confesión de que la superioridad y legitimidad no estaban de su parte, pues en tal caso serían redundantes esas concesiones) era, respectivamente, pequeño y subalterno: Que entre tanto: en todo lo demás, en lo concerniente a la cuestión política, que era lo importante, no había obtenido nada de lo que pretendía —castigar a los *decembristas,* vengar la muerte de Dorrego, restablecer las cosas sobre el pie antiguo, y, por consiguiente, la *Junta vieja* (la que había el 1º de diciembre): Que, al contrario, reconocía la justicia de la revolución, desde que reconocía al *gobernador de la provincia,* nombrado en aquel día: Que el objeto de la revolución fue ¡abajo Dorrego! y establecer otra administración; y este objeto estaba enteramente salvado en la convención, desde que se pactaba que se hicieran elecciones: Que así venía a estar en nuestras manos el que hubiese una buena

Sala, la que elegiría al gobernador, y hubiese, por consiguiente, la apetecida buena administración: Que, por lo mismo, lejos de abandonarnos a los brazos de la muerte, era entonces que debíamos huir del mortífero ¿qué me importa? que se predicaba y ponernos todos en pie, y trabajar ardientemente en las elecciones, etc., etc. — Esto, que dije extensamente, lo dije, no meramente por animar y estimular, sino, además, con la misma íntima convicción en que aún hoy me hallo, de que aquella convención, lealmente ejecutada, era honrosa y útil. ¡Ni cómo adivinar que Lavalle consentiría su infracción y pactaría otra cosa! — Pero no anticipemos.

Esta publicación fue de grande efecto. Los hombres empezaron a reflexionar y a sacudir su letargo y apatía... Hice más. En mi estudio (que tenía en sociedad con mi querido y *único* amigo de mi vida, el distinguido y finado doctor Belgrano. Pocos hombres han reunido más bellas calidades que este amigo de mi corazón. El apreciable doctor Aberastain puede informar a Ud. si me equivoco. ¡Oh! Entre los muchos contrastes de mi vida, figura principalmente el de su pérdida. Si llego a escribir mis *Apuntes,* muchos renglones consagraré a su digna memoria) con el doctor Roig, mendocino, y con Lorenzo Torres (hoy tan *federal),* convoqué, y se empezaron a hacer las reuniones previas, todas las posteriores, que se fueron aumentando. Allí se discutió, organizó y dispuso todo; los hombres fueron entrando en calor; y a los pocos días, por medio de las comisiones subalternas o parroquiales que instituimos, tuvimos a todo Buenos Aires en movimiento. Formada nuestra lista, enviamos a Lavalle una comisión (en que figuraba su hermano don José, que hoy está aquí), para mostrársela y saber si podríamos contar con la cooperación de la autoridad, por medio de la policía y demás. Contestó que deseaba triunfásemos; pero que él, a virtud de lo convenido con Rosas, no podía apoyar lista alguna, y sería *neutral* en la lucha. ¿Ha oído Ud. cosa igual? A pesar de ese abandono por parte del gobierno, y de que, llegado el día de las elecciones, Rosas inundó con sus cosacos armados las parroquias de los suburbios, con todo, en todas ellas, les ganamos muy lejos las elecciones.

La causa, pues, estaba así salvada, o al menos no estaba perdida. Pero Rosas, a pesar de que tenía seguro el equilibrar la Sala por medio de las elecciones de la campaña, donde, por supuesto, se nombraría a quienes él quisiese, sin embargo, se alarmó con aquel resultado y con todo lo que él significaba: refunfuñó, amenazó con renovar las hostilidades y al fin, al cabo de muchos días, declaró que no pasaba por el resultado de aquellas elecciones. Bien conocía él las disposiciones de Lavalle, y bien sabía que tanto como él había ganado en ese intermedio, moral y materialmente, otro tanto había perdido Lavalle. — Con todo, aun así, si Lavalle sacude su sopor, vuelve a sus amigos, forma una resolución vigorosa y, afianzado en esa escandalosa violación de un pacto tan solemne y tan reciente, da un grito enérgico de guerra, no dudo de que la ciudad y el ejército hubieran vuelto a seguirle; mucho más cuando, desde julio, se había sabido la victoria de Paz en la

Tablada; la lucha habría sido entonces más difícil, pero no dudoso su resultado, si se aprovechaban los elementos que he indicado, que siempre existían, y que, si era necesario, podrían aumentarse con la esclavatura, imitando a Rosas.

¡Pero no era Lavalle el hombre de las circunstancias! Estaba materialmente hastiado y rabiando por zafar a todo trance de su posición y no tuvo dificultad en firmar el 24 de agosto una segunda convención, por la cual, dejándose a un lado las elecciones hechas, ambos contendientes nombraron por sí un gobernador provisorio — el general Viamont —, el cual, al cabo de un tiempo, debía convocar a elecciones, etc...

Entonces sí que el descontento subió de punto, y se dio todo por perdido, y empezó la emigración. Los jefes del ejército pateaban de ira; y crea Ud. que, a no ser el poder de la disciplina y del respeto, hubieran ocurrido sucesos bien serios.

Con todo, aún había un remedio, pero no de paliativos, sino heroico: había un gran plan — cuyas ideas supe después eran las mismas de Alvear, y que sería largo explicar. Años después, en 1834, Quiroga oía, abriendo tamaños ojos, la exposición de ese plan; y a Prudencio Rosas, que interrumpió al expositor para impugnar el plan, le dijo: «Cállese Ud., só m... Ud. entiende de esto tanto como su hermano. Dice bien el señor. Si hacen eso c... nos j... y jamás levantamos cabeza». Pero necesitaba una voluntad firme. Se le presentó a Lavalle por *escrito,* y anónimamente (de letra mía desfigurada); no hizo sino sonreír.

Instalado Viamont, que nombró de ministros a los dichos García y Guido y al coronel Escalada, ambas partes pusieron a su disposición las respectivas fuerzas; y ya Ud. calculará la sinceridad con que lo haría Rosas. El nuevo gobierno tenía el carácter de moderado y conciliador, y además, por su personal, era bueno: pero sea simpatía o *necesidad*, tenía que inclinarse algo hacia el otro partido y que contentar al incontentable Rosas. Lavalle seguía en la ciudad al mando de los mismos cuerpos que antes; lo cual siempre era una garantía, aunque débil: pero sea intención o no, el gobierno hacía *cositas* que le iban disgustando y exasperando; hasta que, habiendo sido estropeado uno de sus soldados por varios soldados de Rosas, pasó al gobierno una nota de queja, en la que además renunció, y acto continuo, abandonó el país y se vino a la Colonia, donde se fijó. Los cuerpos de caballería fueron disueltos y los jefes emigraron.

Entonces concluyó todo. El partido contrario, dueño del campo, empezó a gritar (claro es que por sugestión de Rosas) ¡nada de elecciones! (como estaba pactado) ¡junta vieja! ¡junta vieja! El gobierno quería ser fiel al pacto, que era el título de su creación, y resistió: pero al fin, sin fuerza alguna propia, tuvo que decir *amén*: y en efecto, el 1º de diciembre, volvió a reunirse la Junta de Dorrego, la cual, el 8, nombró gobernador a Rosas...

¡Así terminó por entonces, amigo mío, la vida pública de don J. Lavalle!

¡Así se cerró, al año exacto, el período abierto el 1º de diciembre de 1828! ¡Así se inició la vida gubernativa de don Juan Manuel Rosas!...

A vista de todo lo que precede, Ud. dirá si es exacta y propia la expresión *Lavalle sucumbe,* en el sentido militar en que Ud. la emplea: y, lo que es más importante, podría apreciar las verdaderas causas de un desenlace, tan más allá de todas las previsiones.

Excusado es decir que el nuevo poder — que proclamó que los tratados sólo son trampas para atraer y agarrar tigres — naturalmente interpretó las convenciones y los sucesos como le dio la gana. Dijo que el olvido, pactado respecto de todos, era un generoso perdón a los decembristas: dijo que ganaron completamente la batalla del Puente de Márquez: dijo... ¡Qué no dijo! esas cosas, dichas y repetidas cien veces, sin que hubiese ni pudiese haber allí una sola voz que se alzase públicamente para protestar o desmentirlas, miradas después con indiferencia, u olvidadas entre el cúmulo de los eventos posteriores, pasaron al fin a figurar en el catálogo de estos hechos históricos e irrecusables, que, juntamente con las falsas creencias que producen, se fijan perdurablemente en la conciencia y en las tradiciones de los pueblos.

et voilà justement comme on écrit l'histoire!

Nota 40

159 - 13. - «Me ha batido en regla». — Esto es cierto. — Rosas procuró neutralizar la profunda impresión que causó la noticia de la gran victoria de Paz en Oncativo, diciendo que la debió a una felonía; y por eso, no sólo hizo que su *Comisión Mediadora* (Cernadas y Cavia) publicase una exposición en este sentido, sino que preparó a Quiroga fugitivo un gran recibimiento público; cual si hubiese vencido. — Quiroga extrañó y se disgustó de esa recepción triunfal. Los adulones, creyendo complacerle, le dijeron que había sido vencido sólo por el proceder desleal de Paz. A eso contestó con aquellas palabras, y las repetía con ardor. El gran defensor que tuvo Paz fue Quiroga. Esto es tan honroso al defensor como al defendido.

Nota 41

159 - 16. - «El general Mansilla le amenaza». — No oí jamás de tal suceso, ni lo creo por parte de Mansilla. Lo que sí hubo fue que, no entonces tampoco, sino mucho después, en 1834, ocurrió el pasaje con el boticario (Bosch), que usted menciona más adelante (en la página sin número, anterior a la 243). — El boticario — que le impuso — le dijo, entre otras cosas, ¿qué se ha creído Ud., que está en La Rioja?

Nota 42

160 - 11. - «En la Villa de Río Cuarto...» etc., etc. — En esta página está invertido el orden cronológico y geográfico. — Naturalmente, primero sucedió la toma de esa Villa, y después la derrota de Pringles.

Nota 43

160 - 30. - «y Lavalle lo ha tenido a su lado...» — ¿Pero cómo fue que ese traidor en 1831, vino después a estar con Lavalle en 1840, y a *morir gloriosamente en Montevideo?* — Para llenar este notable vacío acerca del *coronel* Prudencio Torres, bueno sería indicar que, concluida la guerra en las provincias, vino a Buenos Aires. Allí, cuando quebraron entre sí los federales, en 1833, Torres perteneció a los de Balcarce. Por supuesto que pertenecería no por convicción, ni por opinión, pues en esto era un dromedario, tan grandote como valiente, sino por algo personal, o porque lo emplearían. Cayó como valiente, y emigró como tantos otros. Ahí me lo tiene Ud. ya enemigo de Rosas. Se perdió en la obscuridad; pero cuando en 1839 trató Lavalle de atacar a Rosas, estuvo pronto. Siguió con él la caravana toda, con la mayor fidelidad y cariño; pues Lavalle tenía un no sé qué, que hacía que sus subalternos *se le pegasen.* Muerto Lavalle, volvió aquí. Sobrevino la invasión de Oribe; y bajo Paz, peleó aquí con admirable arrojo. Murió en 1843, de un balazo en la frente.

Nota 44

185 - 18. - «la organización unitaria que Rivadavia había querido dar a la República»... — Mi amigo: en éste y en otros varios asertos análogos, que no son de Ud. solo, sino de muchos, y que, aun hoy mismo, y aquí en Montevideo, oigo usar y repetir, hay grande inexactitud: inexactitud que produce en la mente una falsa representación de uno de los hechos más prominentes de nuestra historia política. Sea por error, o porque Rivadavia figuró tan notablemente en el partido unitario, o porque, como Presidente, tuvo que llenar su obligación, o sea por evitar circunloquios, ello es que existe la costumbre de personificar a la unidad de Rivadavia, y hasta es común el mencionar una supuesta *unidad de Rivadavia.* Esto podría tolerarse sólo como modismo de lenguaje, como figura retórica. Yo no dudo que la opinión individual de Rivadavia sería por la unidad, aunque casualmente nunca le oí hablar sobre esto: pero sería la opinión de uno de tantos. — Mas cuando se dice que él quería dar una organización unitaria, ¿no se arroja con esto el concepto de que él era el único, o al menos el principal, de los que eso querían? ¿no se arroja el de que la idea de unidad era nueva, o que fue importada por él, o de que él la promovió? ¿no se arroja el de que él impuso, o pretendió imponer, su opinión a la nación? ¿no arroja el de que él era un jefe de partido, o al menos un entusiasta, un apóstol de esa doctrina? Indudablemente: y sin embargo no es así. — Voy, según mi costumbre, a los hechos.

Si alguna idea existió siempre, y estaba arraigada en el país, era la de *unidad.* Ud. sabe que, hasta el año 20, la República no tuvo otra clase de gobierno. Ese sistema admite modificaciones: mas la idea general — unidad — no era nueva: lo que sí lo era, era la de federación, cuyo mecanismo — aunque algunos gritaban federación — era desconocida de la inmensa mayoría.

— Ya dije que el primer paso de Rivadavia, en 1821, fue el de oponerse a la reunión de un congreso y predicar el aislamiento por algunos años. ¿Puede Ud. conciliar este hecho con el concepto que aquellos asertos hacen formar de Rivadavia? — Siguió gobernando; y durante los tres años de su ministerio, jamás los diarios de Buenos Aires hablaron de unidad ni federación, jamás. — Despachó la misión Zavaleta, de que he hablado en la nota 18, a informarse, a saber, a allanar tropiezos: pero el gobierno de Buenos Aires no abrió opinión alguna sobre la forma de gobierno. ¿Procedería así un promotor de la idea? Concluye Rodríguez: y Rivadavia, como he dicho, se va a Europa, precisamente al reunirse el congreso, y cuando era la ocasión de trabajar para la adopción de la idea. ¿Es conciliable esto con aquello? — Reunido en congreso constituyente, a fines de 1824, empeñó en 1825 la cuestión, con motivo de que la comisión encargada de redactar un proyecto de constitución propuso, con mucho juicio, y el congreso decidió, que, para no trabajar una constitución que quizás sería inútil, si después en su discusión resultaba desechada la base sobre que ella se hubiese levantado, era mayor que *antes* el congreso diera la *base*: esto es, que discutiese y decidiese previamente la cuestión aislada ¿unidad o federación? Así se hizo. La discusión fue solemne, y se decidió la unidad. ¿Se hizo esto acaso por sugestión, por influencia, o al menos en virtud de razones alegadas por Rivadavia? No: pues entonces hacía meses que él estaba en Europa.

Muy posteriormente, cuando Rivadavia ya había regresado y estaba de Presidente, la comisión concluyó su trabajo, su proyecto de constitución unitaria. A esa fecha, el personal del congreso se había aumentado considerablemente, casi doblado. — Las Heras había propuesto y el congreso adoptado este aumento. Era el cuerpo nacional más numeroso que jamás tuvimos: el más respetable e ilustrado. Muchos diputados provinciales, que llegaban medio retobados y como mirando de soslayo, llenos de desconfianzas, tonterías, y preocupaciones contra Buenos Aires, se fueron despejando, viendo, tocando y desengañando. Otros (entre ellos el respetable canónigo de Salta, Dr. Gorriti), que a la abertura del congreso por novelería, o por sistema, o por convicción, o por efecto de aquellas preocupaciones, eran *opositores*, se declararon después por la unidad; como también se declararon — y no recuerdo ahora una sola excepción — todos los de Córdoba. — Hé bien. Constituido así el congreso, y presentado el mencionado proyecto de constitución, la oposición salió con que se discutiese otra vez *la base*. Esto era impropio e ilegal, desde que ya estaba sancionada: pero la mayoría, aunque hizo esta misma observación, con todo, no opuso dificultad. Se abrió, pues, una segunda discusión. Esta fue mucho más encarnizada y prolongada que la primera y concluyó por la *unidad*.

¿Qué hacía entre tanto el *furibundo unitario* Rivadavia, el supuesto *padre*, el supuesto *patriarca de la unidad?* ¿Qué sostenía? Su ministro Agüero dijo en el congreso: «Lo que más conviene a la República es el sistema de unidad de régimen: si el congreso cree lo mismo, debe proclamarlo así: pero si

las provincias contestan ¡federación, federación! ¿qué remedio? entonces debemos repetir ¡federación, federación!» — En estas ideas, moderadas y sensatas, ¿reconoce Ud. a un entusiasta protagonista político? ¿A un jefe de partido?

Pero más. En medio de aquella ardiente discusión, he aquí que la Presidencia aparece súbitamente presentando un proyecto de adición al de la comisión: proyecto que, estableciendo los Consejos de Administración provinciales y sus atribuciones, daba a los intereses locales toda la protección que pudieran tener en un sistema federativo. El fue aceptado por ambos lados del congreso e incorporado en la constitución, formando uno de sus capítulos. De este modo, la rigidez centralista del congreso fue moderada, en todo lo posible y adaptada a nuestro estado de atraso, por el pensamiento federal de Rivadavia, resultando de todo una organización templada y mixta.

Esa fue la constitución que dio el congreso, compuesto de 72 diputados, y que fue sujeta además a la revisación y aprobación individual de las provincias. Rivadavia no hizo más acerca de ella que llenar su obligación como poder ejecutivo, cual lo hubiera hecho sin dificultad si el congreso hubiese votado la federación. Ella fue obra del congreso, no de él; sin que esto quite que él opinara y procurara lo que el congreso: y ella hubiese hecho el bien de la República o al menos nos hubiese librado de las dictaduras y de todos los desastres ulteriores, si en la oposición y en algunos gobernadores hubiese habido buena fe y verdadero deseo de organización nacional.

Pero, en fin: a vista de todo esto, ¿por qué se ha de decir que Rivadavia quiso dar una organización unitaria, en vez de decir que lo quiso el congreso, esto es, que lo quiso la *nación,* desde que del modo más público, solemne, meditado y libérrimo, lo quisieron *sus representantes legítimos?*

¿Por qué se ha de decir que era *de Rivadavia* una forma de gobierno nacional, que estaba en los hábitos, en las tradiciones, en los intereses de la nación y en el pronunciamiento de sus representantes? ¿No es esto injuriar de cierto modo a la nación, y amenguar y rebajar la importancia y conveniencia de esa forma de gobierno, personificándola y reduciéndola a los estrechos límites del saber y patriotismo de un solo individuo? Así me parece.

Ya que he hablado de esto, agregaré que otra locución, también muy común, sobre la cual tampoco se ha reflexionado, y que igualmente arroja una idea falsísima, es la empleada cuando, queriendo atacar a Rosas, se dice, por ejemplo, que nadie es más unitario que él, que él ha realizado la unidad, etc., etc. ¿Por qué principio de verdad ni de justicia se ha de decir que Rosas es *unitario* (y hasta en el capítulo 9º lo titula Ud. así), en vez de sólo proclamar que es absoluto y despótico? ¿Sería exacto ni conveniente el decir a nuestros pueblos que en Rusia, Turquía, Marruecos, etc., impera la *unidad,* y que aquellos gobiernos son unitarios? En nuestros pueblos esas voces tienen ya una acepción determinada y concreta: ellos, al oírlas, traen al momento a la memoria la unidad y unitarios que han conocido: viene forzosamente a su espíritu el sistema de gobierno nacional de los unitarios. Sírvase Ud. re-

flexionar un instante, y verá que el decir que Rosas ha realizado la unidad de Rivadavia, o no es decir nada o es asegurar que lo que Rivadavia, el congreso, el partido unitario, querían plantear en la República, era ese mismo sistema que después ha planteado Rosas: no hay medio. ¡Y cuánta falsedad, injusticia e ingratitud no envuelve semejante aserción!

Nota 45

«Facundo, después de haber derrotado a la Presidencia»... Eso mismo dijo Ud. antes, de Dorrego. — Cuanto a Quiroga, sus hechos en 1827 tuvieron sin duda grave importancia para la suerte de la República: pero creo que lo que dejo dicho en varias Notas, y especialmente en la 24, convencerá a Ud. de que Quiroga no derrocó a la Presidencia. Su triunfo sobre Madrid contribuiría a la resolución de Rivadavia; pero por sí solo, eso era pequeño para producirla.

Nota 46

187 - 21. - «desempeñándolo hasta 1832 con la regularidad» etc., etc.... En toda esta página hay muchos errores. — 1º Rosas no solicitó las extraordinarias *desde los principios,* sino después de mediados de 1830, a pretexto de la próxima guerra con Paz. — 2º Sus partidarios *de la ciudad,* ni de la campaña no opusieron a éstos resistencia alguna, al menos pública y sabida. — 3º No empleó para ello ruegos, ni seducciones: no lo necesitaba: bastaban el espíritu e interés de partido: era vivo el odio a los unitarios, y graves los cuidados que inspiraba el victorioso Paz: se las dieron con la mejor voluntad. — 4º Concluida la campaña, nadie le exigió se desnudase de las extraordinarias: lo que hizo la Sala fue darle el grado de brigadier. — 5º Tampoco al vencerse los tres años, hubo tal exigencia expresa para que diese cuenta del uso que había hecho de ellas, ni la dio nunca, ni, por consiguiente, pudo esa supuesta cuenta *satisfacer a todos.* — Se equivocan tal vez las especies. Pidió facultades extraordinarias en 1830, y la Sala de sus amigos se las dio con mucho gusto: concluyó la campaña, pero nadie se acordó de pedirle dicha cuenta, ni menos de pedir su cese: él tampoco se acordó de devolverlas espontáneamente, mas se acordó muchísimo de procurar continuasen por más años. Así: en fines de 1832, al vencerse sus tres años, pasó a la Sala una nota exponiendo que, para hacer las reformas y arreglos que el país necesitaba, era necesario fortificar la acción del gobierno (no decía la mía sino en general; pero al buen entendedor), que tuviese más duración y fijeza, etc. — Esta Nota se pasó a una comisión, la cual presentó un osado proyecto que, en rigor, establecía por cinco años la dictadura (Quizás sería en esa ocasión que Rosas diría lo del *chicote* y demás que Ud. refiere) — (la que después se estableció en 1835). — Entonces se abrió la memorable discusión en que, por primera vez, tuvo la Sala el mérito y coraje de hablar medio claro, y de repeler *in totum* el proyecto. Rosas se voló pero tuvo que tragarla. Se le reeligió, y no quiso, y se fue a la expedición del

Sur a fin de tener siempre un ejército y ved venir: entonces se eligió a Balcarce, y siguió lo demás que Ud. sabe. — Hay también otro grande error al sentar que fue *prudente y moderado* el uso que hizo de la dictadura. Lo fue si Ud. lo compara con lo que ha hecho en su segunda dictadura, pero no lo fue así de un modo absoluto. Prescindo de varios hechos e incidentes: pero ¿y el bárbaro fusilamiento en San Nicolás y el Salto de tantos oficiales prisioneros y aun ciudadanos? ¿y el fusilamiento arbitrario, sin sombra de juicio, de Cos, en San José de Flores? ¿y la gran multitud de desterrados, presos y empontonados, en 1831? ¿y los 19 hombres a quienes la justicia ordinaria seguía causa, arrebatados a los jueces, conducidos a Flores y fusilados todos juntos por su orden? ¿Y el atroz y felónico fusilamiento de Montero? Y note Ud. la agravante circunstancia de que, cuando se cometió a sangre fría este gran crimen, recién empezaba su gobierno, fue en enero de 1830, cuando todavía no tenía facultades extraordinarias. Así es que Ud. debe testar lo de que gobernó con *la regularidad que podría haberlo hecho otro cualquiera.* Jamás ningún otro había hecho todo eso, ni la vigésima parte de eso; y si alguno lo hubiera hecho, habría sido en ello tan despótico y asesino como Rosas lo fue.

Nota 47

191 - 18. - «Facundo acierta a pasar» etc.... — No fue exactamente así ese pasaje, acaecido muy cerca de donde yo me hallaba, y el cual no me parece que se publicó en los diarios. Un hombre con cuchillo en mano no quería entegarse a un sereno (no a cuatro celadores): pasa Quiroga, embozado, como siempre, en su poncho, se para a oír o ver; y súbitamente arroja su poncho, y, sin dar tiempo al hombre, se echa sobre él, lo abraza e inmoviliza. Desarmado, él mismo lo conduce a la policía, sin haber querido dar su nombre al sereno (era de noche), como tampoco lo dio en la policía: pero un subalterno de allí lo conoció, y por ahí se supo.

Nota 48

192 - 11. - «No han quedado hechos ningunos que acrediten que Quiroga», etc., etc. —No han quedado hechos *públicos* o *impresos,* ni eso era posible ni prudente en Buenos Aires, tratándose de algo contra Rosas: pero han quedado muchos, privados, de los cuales unos son sabidos, y otros no. Estoy al cabo de varios: pero tal vez ni en mis *Apuntes Biográficos* podría yo revelar secretos, que, además de poder comprometer a algunos, no son míos. — En la gran tertulia de juego — donde ocurrió el incidente mencionado con Prudencio Rosas, sobre el gran plan de 1829 — menos se ocupa a veces Quiroga del juego que de política, y frecuentemente se le escapaban expresiones contra Rosas, y contra los que habían derribado a Balcarce. No son sabidas las ideas con que fue y las con que volvió del viaje que hizo al Sur a verse con Rosas. — Pidió y se le facilitó la constitución del congreso de 1827, que decía no conocer, aunque se había declarado contra ella; como pidió y se le

facilitaron los *diarios de sesiones del congreso.* Sea novelería, inquietud de carácter, antipatía o rivalidad con Rosas, convicción, originalidad, deseo de figurar siempre, o lo que sea, ello es que se preparaba a hacer que las provincias — que proclamarían antes una amnistía plena — promoviesen la idea de organización nacional — a la que Rosas se le había opuesto en 1832 — resucitando la constitución de 1827, etc. Pero no crea Ud. que Quiroga obraba en esto por sí solo. — No. En Buenos Aires había personas que habían logrado atraerle primero y después dominarle, fascinarle. En esto no había ni podía haber engaño ni hipocresía por parte de él; porque eso no habría tenido objeto, ni entraba en su carácter. *Era dirigido y se dejaba dirigir.* La gran dificultad estaba en contener o remediar los efectos de sus arranques, de sus jactancias, de sus imprudencias (no hubiese perecido si hubiese seguido haciendo caso de lo que se le decía): pero, en general, él oía mucho, deseaba imponerse de todo, y sobre todo, seguía los consejos con admirable docilidad. Un ejemplo. El gobierno dictó acerca de los fondos públicos — que él había comprado en gran cantidad — cierta medida que le dañaba; y en el primer ímpetu, y sin consultar con quienes debía, hizo escribir y envió a la Gaceta un fuerte comunicado —que se dio— contra el gobierno: imprudencia que dichas personas le reprocharon, y que él reconoció... Pero antes de seguir adelante, amigo mío, detengámonos aquí un momento para contemplar ese fenómeno. El absolutísimo Gran Señor de las Provincias, avezado a dictar sin contradicción sus voluntades, ¡no acude ahora a su habitual *ultima ratio,* sino a los medios de la razón y civilización! ¡acude, por primera vez de su vida, a la prensa, a la opinión pública, para defender, bajo su firma, sus derechos o intereses individuales! ¿Es una revolución que han sufrido sus ideas? ¿Es la fuerza del ejemplo y de la civilización que le rodea? No lo sé: pero ahí está el hecho. — Sigo... El comunicado llamó mucho la atención y alarmó al gobierno (era el de mi suegro), tanto más cuanto que él ponía al claro lo que todos se decían en voz baja y los rosistas negaban; es decir, que Quiroga estaba mal con ellos. — El jefe de Policía, Mansilla, se afanó por neutralizar ese efecto; rogó y suplicó a Quiroga para que diese, al menos, cuando no una retractación de ciertos conceptos, una explicación, etc... Lo echó a pasear: pero habiendo informado de esto a dichas personas, éstas no sólo se lo desaprobaron también, sino que se apresuraron a aconsejarle que lo hiciera, y pronto, y le manifestaron las razones. El refunfuñó: pero se sometió y obedeció y lo hizo todo *ad pedem littere.* Vio a Mansilla, dijo que lo había pensado más en calma, etc. En fin; Mansilla redactó lo que quiso, y se publicó. ¡Un Quiroga dando satisfacción por la prensa! Ante pruebas *prácticas* así, ¿cómo dudar de su buena fe? — Por lo demás: dejemos a un lado al tonto de Mansilla, que quedó más orondo que un pavo real, creyendo que aquello era un triunfo de su influencia o habilidad diplomática sobre el indomable Quiroga; y preguntemos ¿qué poder es ese que ha convertido en cera a un bronce? El tiempo lo dirá quizás. Baste con esto para el objeto de la presente nota. — Sólo me resta advertir que lo dicho en ella no es,

como ya Ud. lo alcanzará, para publicarse, por ahora es sólo aquí para entre los dos, y para guía de Ud.

Nota 49

«desde su campamento en la Matanza...» — En varias producciones de Ud. he visto mencionar eso de un *campamento,* unas veces en la estancia de Rosas, del Pino (sita en el Partido de la Matanza, a nueve leguas de Buenos Aires), y otras en Flores (a una legua). — No es cierto —. A su regreso del Sur, disolvió el ejército, esto es, los veteranos fueron a las fronteras, y las milicias a sus casas; y él se vino solo, y se estuvo en su estancia del Pino primero, y en Flores después, en casa de su compadre y ex-socio Terreros — y note Ud. que, al decir yo esto, prescindo de lo que se me aseguró, sobre que lo más de ese tiempo estuvo en la ciudad, oculto en su casa, en que había un *Altillo,* donde tenía su mesa de escribir, y sus comunicaciones las databa del *Alto Redondo,* como indicando algún punto de la campaña. ¡En qué no ha mentido, y con qué no se ha divertido este hombre! — Entre tanto: aquello no quita que sea muy cierto y notorio lo que Ud. dice sobre la anarquía que desde el Pino fomentaba en la ciudad y sobre la obsesión y coacción que ejercía en el gobierno. Aquí para entre los dos. Supe por mi suegro que ella llegó a tal grado, que ni él mismo pudo al fin soportarla, y quebró con Rosas, ¡él! Mediaron los Anchorenas, y en breve se reconciliaron en Flores. Todo esto fue muy reservado e ignorado. Yo revelé algo de ello, después de muerto mi suegro, en una publicación que hice aquí, en principios de 1839, probando que fue Rosas quien asesinó a Quiroga... Aprovecharé la ocasión para decir que mi suegro y yo estuvimos siempre encontrados en opiniones. Yo le veía casi todas las noches: pero ni entonces, ni aun cuando vivimos juntos, aunque hablábamos de política, jamás tuvimos el menor disgusto, ni aun una simple disputa. A veces — v. gr.: en elecciones — trabajábamos cada cual *por su aquel.* Vez hubo (en 1834 con motivo de la venida de Rivadavia a Buenos Aires, y de su instantánea expulsión, arbitraria e ilegal, ordenada por el gobierno de Viamont), en que sostuvimos una polémica *por la prensa;* pero en el trato privado, nada. ¿No es esto singular? Creo que no se dará otro caso igual. Quiere decir que no es imposible que sean buenos amigos dos personas, divididas profundamente en política; pero que se conocen, se aprecian y se respetan, con tal de que haya prudencia, y observancia de las conveniencias. Siempre hubo entre ambos no sólo excelente inteligencia, sino mutuo y verdadero cariño, acreditado con hechos por ambos varias veces. Era un excelente hombre. Lo que hay es... Dejemos eso... En los últimos tiempos de mi residencia en Buenos Aires, ya él solía hacerme lo que jamás había hecho, esto es, algunas confianzas, algunos desahogos. Pero la *exactitud* demanda no decir que tuviese tal *campamento* (voz que Ud. repite pág. 193, reng. 42). No lo necesitaba: bien sabía él que su campamento era toda la campaña: no tenía más que dar una orden.

Diré también aquí que fue por este tiempo que se organizó la *Sociedad Popular Restauradora.* Ignoro si fue invención de Rosas: lo cierto es que en el acto se aprovechó de ella; siendo singular que en esos días (mediados de 1834), don Nicolás Anchorena la atacase y estigmatizase por la prensa. Tomó el sobrenombre de *Más Horca;* a cuyo respecto, lo que tengo por más auténtico es que un joven (Ochoteco), natural de Buenos Aires, criado en España, que acababa de llegar de allí (y que en sus gracejos, modales, y en todo, era un verdadero andalucillo), dio la idea de tal nombre, o refirió — tal vez de buena fe y sin intención — que, cuando la exaltación en España en 1822 o 23, cuando la época del período terrorista el *Zurriago,* se formó allí, o hubo de formarse, una sociedad con ese lema; y que entonces los *restauradores* de Buenos Aires se lo apropiaron. Como en la pronunciación vulgar, se confunde con *mazorca,* y como, además, a pocos podría ocurrirse que hubiese la ferocidad de llamarla *Más Horca,* creo que de ahí nació que tantos creyesen y escribiesen *mazorca,* y que, de consiguiente, hallasen la plausible explicación de la *unión.* No es indiferente el uso de estas voces. Nada tendría de reprobable ni horrible una sociedad cuyo emblema fuese el inocente de la unión: ¡pero cuánto no dice por sí solo el grito — ¡quiero más horca!

Nota 50

193 - 32. - «todos se encogen de hombros...» Creo útil se advierta — pues es circunstancia agravante — que todos se excusaban, esto es, temían a Rosas, a pesar de ser íntimos amigos suyos. Pacheco, su subalterno, que acababa de acompañarle al Sur; su compadre Terreros, su pariente F. Anchorena, etc. — Bueno es también advertir que al fin se acudió al doctor Maza, no como a doctor Maza, sino únicamente en su carácter de Presidente de la Sala. *Se encargó provisoriamente* el gobierno al *Presidente.*

Nota 51

Somos 29 de octubre de 1850. — Mi amigo: — Desgraciadas están estas *Notas.* — Me las pidió Ud. y se las ofrecí en enero de 1846; pero poco después sobrevino aquí una revolución, y las cosas siguieron empeorando tanto, que jamás estuvo el espíritu en aptitud de contraerse a nada de esto. En junio de 1848, empecé con el *Comercio:* menos entonces. — Lo que precede, lo escribí en julio último, en que me procuré unas semi-vacaciones: pero tuve que suspender —como ignoro cuándo podré continuarlas y concluirlas, y se presenta hoy tan segura ocasión de enviarlas, allá van. — Aún me falta mucho.

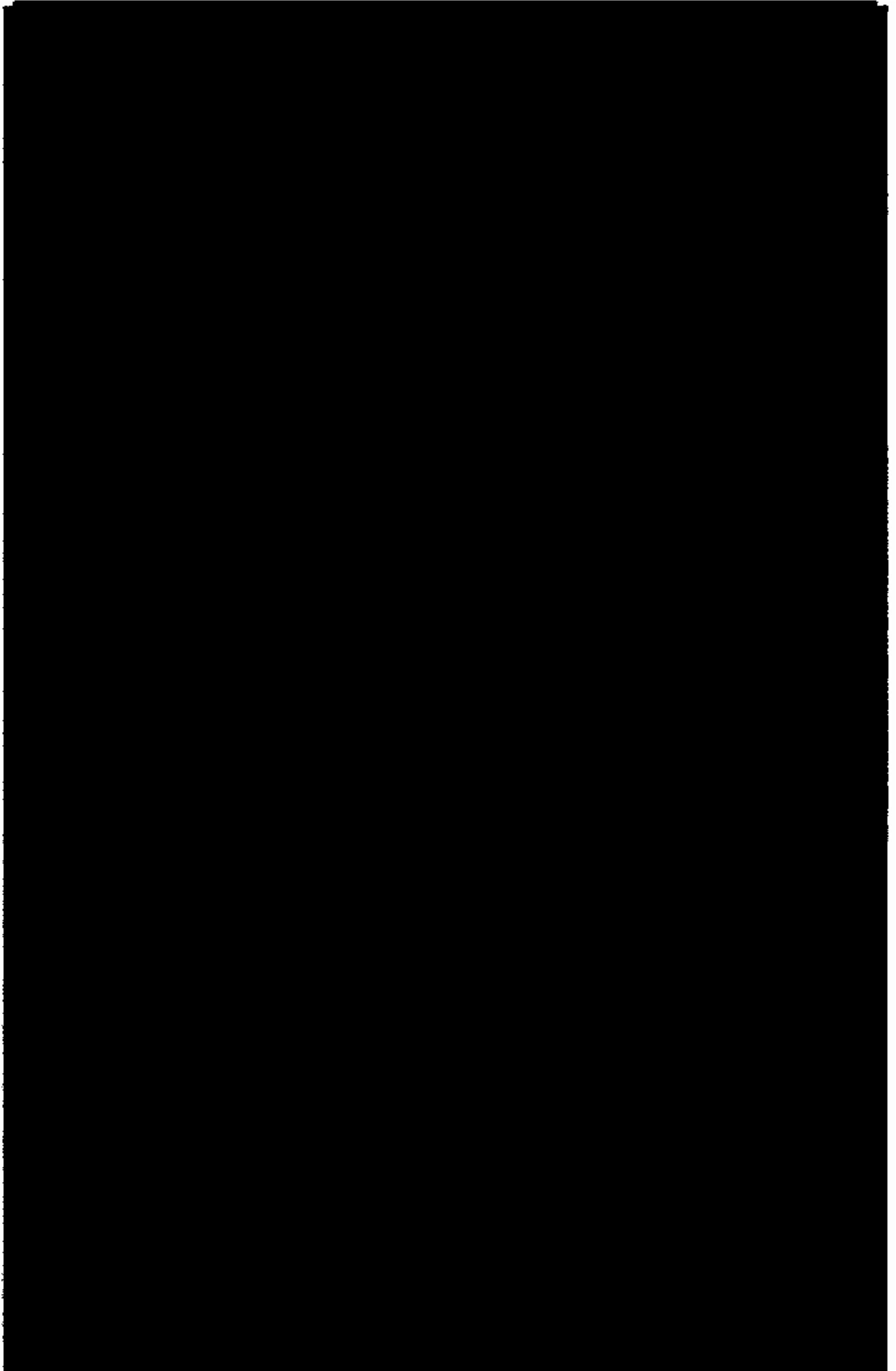
He omitido — y lo mismo haré en lo que me falta, varias pequeñeces, pues sería nunca acabar. — Espero se dignará Ud. disculpar, ahora y después, ya mi prolijidad — indispensable para rectificar ideas —, ya la rigidez con que no he querido dejar pasar errores — al menos los reputo tales — acerca de los hechos como acerca de los juicios. Ya dije que creía que Ud. no quería

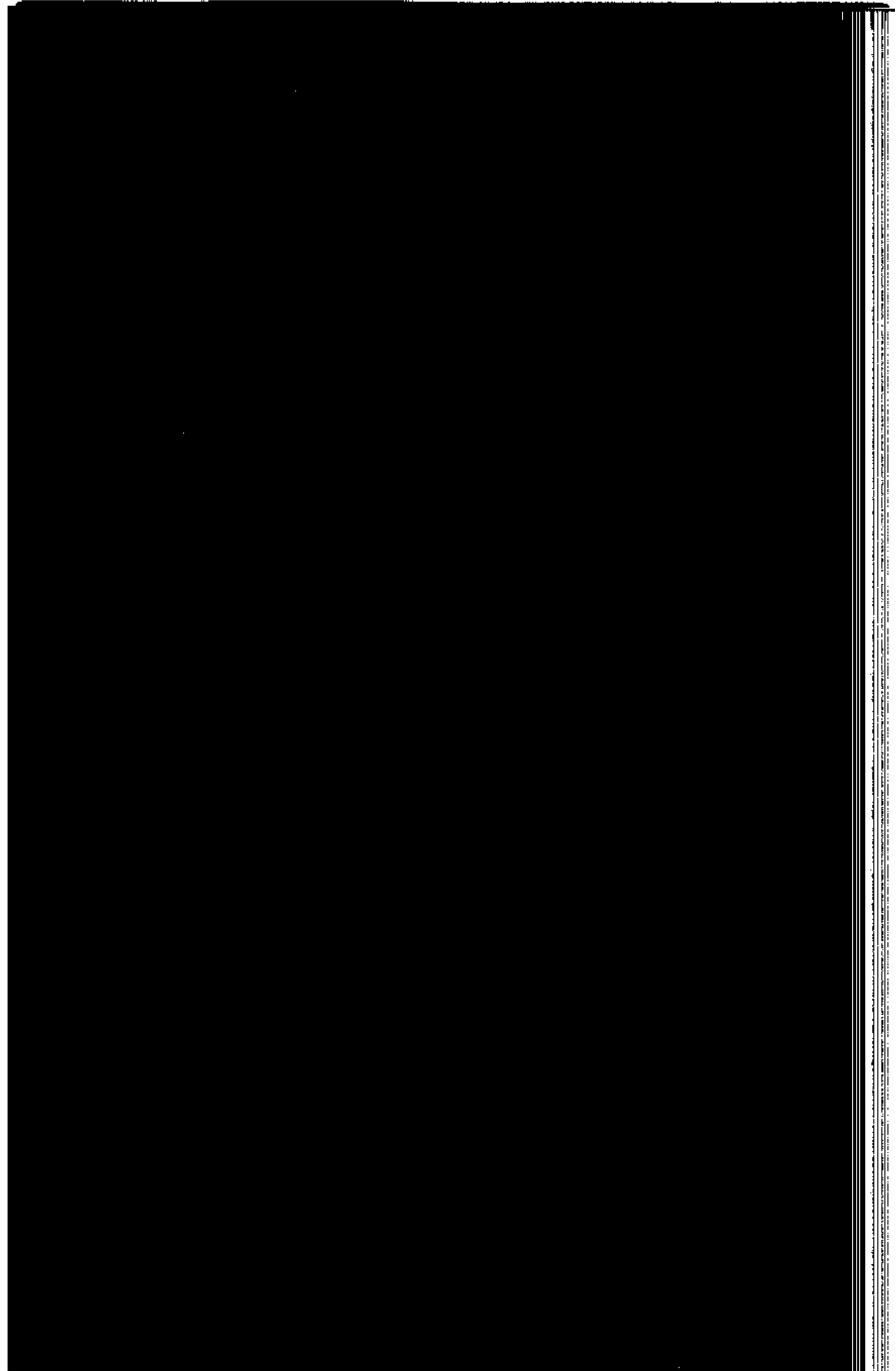
escribir un romance, sino una historia; y para escribir históricamente, para reformar su libro como Ud. piensa hacerlo, es inevitable todo aquello.

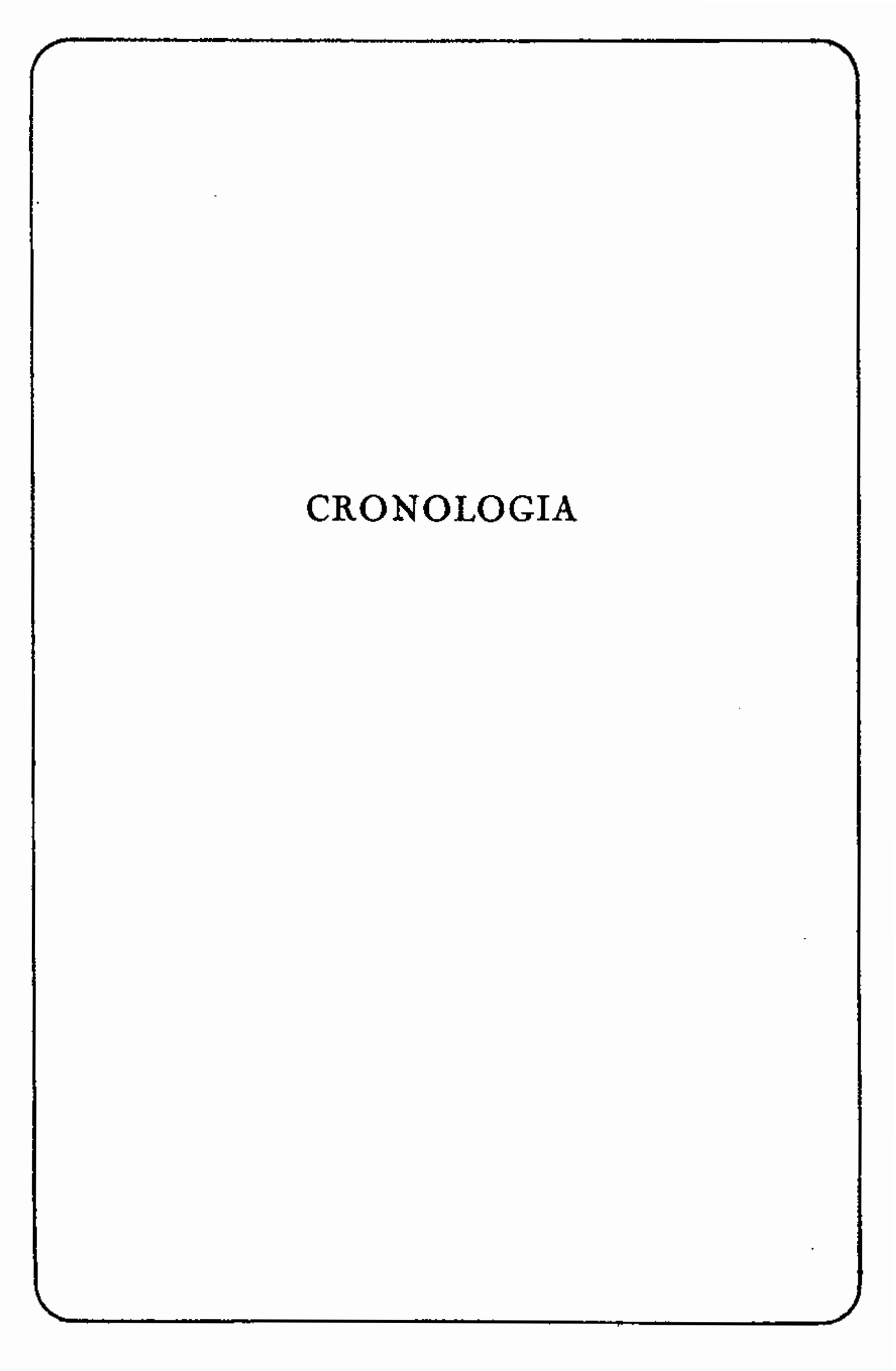
No conozco a nadie que quiera o pudiera escribir estas Notas; es decir, que esté tan al cabo de tantos pormenores (y aun los expuestos, y que expondré, son pocos respecto de los que entrarán en mis *Apuntes Biográficos),* o al menos, que los tenga tan presentes.

Es posible, sin embargo, que, acerca de menudencias o detalles, yo también haya incurrido en algunos errores; pues cuanto dejo escrito, y escriba después, lo he escrito y escribiré, sin registrar un solo papel, y fiado únicamente en mi excelente memoria: pero juzgo que serán pocos. — De todos modos: ruego a Ud. que al menos, en cuanto a mi sinceridad, a mi buena fe, a mi intención, me haga la justicia de no abrigar género alguno de duda.

Valentín Alsina







CRONOLOGIA

1811 15/II: "Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de mayo, y mi padre se había lanzado en la revolución, y mi madre palpitado todos los días, con las noticias que llegaban por momentos sobre los progresos de la insurrección americana" (*Recuerdos de Provincias*).

"He nacido en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina de la indigencia, y hasta hoy es pobre en toda la extensión de la palabra (*Mi defensa*).

Es el quinto hijo de Paula Albarracín y Oro y de José Clemente Sarmiento Funes. Nombre de bautismo: Faustino Valentín Sarmiento.

Asume el del santo de la familia: Domingo.

1816 "Balbuciente aún, empezaron a familiarizar mis ojos y mi lengua con el abecedario, tal era la prisa con que los colonos, que se sentían ciudadanos, acudían a educar a sus hijos, según se ve en los decretos de la junta gubernativa y los otros gobiernos de la época" (*R de P*). "De edad de cinco años entré a una escuela, que cuando he leído las obras de M. Cousin, he visto en ella un dechado de perfección... Se enseñaba a leer muy bien, a escribir, aritmética, álgebra y los rudimentos de religión" (*MD*). Ingresa, efectivamente, a la Escuela de la Patria, el 22 de abril, en San Juan. Su padre acompaña al ejército de San Martín, que cruza los Andes para atacar a los españoles en Chile.

1817 Tras la victoria de Chacabuco, José Clemente Sarmiento es elegido para volver con la noticia y los prisioneros de guerra. Es objeto de una manifestación popular.

1821 Domingo Faustino viaja con su padre a Córdoba, para ingresar en el Seminario de Loreto, pero regresa al no lograr su propósito.

1823 Por una proclama, Rivadavia anuncia que el gobierno central costeará la educación de seis jóvenes de cada provincia en colegios porteños. Enviada la lista de San Juan, Sarmiento ocupa el primer lugar en la clasificación escolar de la Escuela de la Patria. Pero las autoridades cambian el procedimiento y sortean diez nombres: Sarmiento no resulta favorecido. "...Una rara fatalidad ha pesado siempre sobre mí, que parecía cerrarme las puertas de los colegios (*MD*).

Su padre solicita para Domingo una vacante en el Colegio de Ciencias Morales. La petición no es tomada en cuenta.

1825 Sarmiento se emplea con Víctor Barreau, ingeniero francés al que se le había encomendado el trazado de un plano de la ciudad de San Juan. Se convierte en su ayudante y aprendiz, recibiendo conocimientos de ingeniería y agrimensura. José Félix Aldao llega de Mendoza con su ejército de gauchos y derriba al gobierno de Maradona. Asume la gobernación José Navarro, con poderes dictatoriales, y destierra a los jefes de una reciente revuelta. Uno de los desterrados es José de Oro, tío de Sarmiento. El muchacho parte con él, y ambos se instalan en la pequeña aldea de San Francisco del Monte, en la provincia de San Luis, donde viven más de un año. "Introdujimos flores y legumbres que nosotros cultivábamos, pasando horas enteras en derredor de un alhelí sencillo, el primero que nos nació" (*R de P*). José enseña a Sarmiento latín y doctrinas bíblicas; éste organiza una escuela y enseña a leer a pobladores de la comarca. "¡Por qué rara combinación de circunstancias mi primer paso en

la vida era levantar una escuela y trazar una población, los mismos conatos que revelan hoy mis escritos sobre *Educación popular* y colonias!" (*R de P*).

1826 "En 1826 entraba tímido dependiente de comercio en una tienda, yo, que había sido educado por el presbítero Oro en la soledad que tanto desenvuelve la imaginación, soñando congresos, guerra, gloria, libertad, la república, en fin" (*R de P*). "Desde la temprana edad de quince años he sido el jefe de mi familia. Padre, madre, hermanas, sirvientes, todo me ha estado subordinado, y esta dislocación de las relaciones naturales ha ejercido una influencia fatal en mi carácter. Jamás he reconocido otra autoridad que la mía, pero esta subversión se funda en razones justificables" (*MD*).

1827 Vuelve a San Juan debido a los cambios políticos imperantes (José Sánchez en el gobierno) y pasa a trabajar en el comercio de su tía Angela Salcedo. Sánchez es derrotado y Facundo Quiroga domina la situación política.

1828 Lo nombran subteniente de la Segunda Compañía del Batallón de Infantería Provincial de San Juan. El gobernador Gregorio Quiroga lo nombra alférez de un batallón de la milicia provincial. Después de la tercera guardia renuncia y es arrestado. Se lo somete a un consejo de guerra pero el tribunal abandona la causa. Sarmiento pide perdón al gobernador Quiroga y es puesto en libertad. "A los dieciséis años de mi vida entré a la cárcel y salí de ella con opiniones políticas, lo contrario de Silvio Pellico, a quien las prisiones enseñaron la moral de la resignación y del anonadamiento" (*R de P*).

1829 "...Me informé de las tendencias y objetos de los partidos, y no me fue difícil escoger el que me convenía. Veía en uno a los viejos retrógrados, a los antiguos godos, y a los gauchos ignorantes; en otro a los jóvenes, a los antiguos patriotas y a los que abogaban por la libertad. Nada más necesitaba, fui unitario desde entonces" (*MD*). Participa en el combate de Niquivil y lucha en el combate de Pilar. Los unitarios son derrotados, Sarmiento cae prisionero pero al poco tiempo recupera la libertad. "Pero la guerra, con todas las ilusiones que engendra, y el humo de la gloria que ya embriagaba a un capitán de compañía, no me ha dejado impresiones más dulces, recuerdos más imperecederos que aquella campaña de Mendoza, que concluyó en la tragedia horrible del Pilar. Fue para mí aquella época la poesía, la idealización, la realización de mis lecturas" (*R de P*). Permanece en San Juan, con la "casa por cárcel y el estudio del francés por recreo". Traduce doce volúmenes, entre ellos las *Memorias de Josefina.*

1830 Reanudada la lucha entre unitarios y federales, Sarmiento y un grupo de jóvenes unitarios cruzan los Andes y pasan a Chile. San Juan se rebela contra el gobierno federal: Juan Aguilar gobernador. Enterado del triunfo unitario, vuelve Sarmiento. Se lo nombra ayudante del Escuadrón de Dragones de la Escolta y es promovido a tercer ayudante del primer escuadrón de la milicia de caballería provincial.

1831 Facundo Quiroga entra en Mendoza, cae el gobierno de San Juan y Sarmiento emigra a Chile. Con su padre, se aloja en casa de un primo de éste, gobernador de la población fronteriza de San Antonio de Putaendo. Pasan luego a Santa Rosa de los Andes; Domingo se hace cargo de la escuela municipal. Adopta

el nuevo método de enseñanza lancasteriana y establece una serie de reformas de los textos. Pronto es destituido y abandona la localidad.

1832 Llega con su padre a Pocura, pequeña aldea dos leguas al sur de los Andes. Organiza una pequeña escuela. Instala también un bodegón barato. El 18 de julio nace su primera hija, Emilia Faustina, la identidad de cuya madre no ha sido demostrada, si bien podría tratarse de María de Jesús del Canto, cuya casa frecuentaba Sarmiento. A fines de ese año deja Pocura y viaja a Valparaíso.

1833 "En 1833 estuve de dependiente de comercio en Valparaíso, ganaba una onza mensual, y de ella destiné media para pagar al profesor de inglés Richard, y dos reales semanales al sereno del barrio para que me despertara a las dos de la mañana a estudiar mi inglés. (...). En 1833 yo pude comprobar en Valparaíso que tenía leídas todas las obras que no eran profesionales, de las que componía un catálogo de libros publicados por *Mercurio*. Estas lecturas, enriquecidas por la adquisición de los idiomas, habían expuesto ante mis miradas el gran debate de las ideas filosóficas, políticas, morales y religiosas, y abierto los poros de mi inteligencia para embeberse en ellas" (*R de P*). Viaja al centro minero de Copiapó. Su ex-jefe militar, gral. Vega, lo emplea en su mina El Colorado. Dos años después asciende a capataz.

1834 Escribe un folleto sobre un plan para colonizar el valle del río Colorado con emigrantes de San Juan y Mendoza.

1835 Enferma gravemente. El diagnóstico es fiebre tifoidea. Atraviesa una crisis de melancolía, postración, tristeza, extrema debilidad, delirios. Sus amigos solicitan permiso al gobernador Benavídez para que regrese a San Juan.

1836 "...en 1836 regresé a mi provincia, enfermo de un ataque cerebral, destituido de recursos y apenas conocido de algunos, pues con los desastres políticos, la primera clase de la sociedad había emigrado" (*R de P*). Se hace amigo de Manuel Quiroga Rosas, portador de las nuevas ideas del mundo literario y filosófico francés. Juntos leen las obras de Villemain, Schlegel, Lerminier, Guizot, Cousin, Leroux. Con un grupo de jóvenes se reúne en la biblioteca de Quiroga; organiza también una sociedad teatral.

1837 Escribe un poema satírico contra el tratado de Pancarpata entre Chile y la Confederación Peruano-Boliviana.

1838 Envía a Juan Bautista Alberdi un poema descriptivo, "Canto a Zonda", en el que reconoce la influencia de Byron y Lamartine.

1839 Publica un folleto titulado *Prospecto de un establecimiento de educación para señoritas dirigido por D. Domingo F. Sarmiento.* Logra el apoyo de las personas más importantes de la sociedad sanjuanina para la fundación del colegio, el que se inaugura el 9/VII: Colegio de Santa Rosa de América. El 20/VII aparece el primer número de su periódico *El Zonda.* Benavídez le impone una fuerte multa, ya que no la clausura, que lo obliga a suspender la impresión. "La provincia de San Juan (...) es la que más hondamente ha caído porque Benavídez le ha impreso su materialismo, su inercia, su abandono de todo lo que constituye la vida pública, que es lo que el despotismo exige. Coman, duerman, callen,

rían si pueden, y aguarden tranquilos, que en veinte años más... sus hijos andarán en cuatro pies" (*R de P*).

1840 Viaja a Chile, visita numerosas escuelas y compra material para su colegio. En noviembre, una revolución unitaria derriba en Mendoza al gobernador Correas, y coloca a Pedro Molina. Benavídez ordena la detención de todos los unitarios, entre ellos Sarmiento. La multitud incita a los guardias de la prisión a lancear a Sarmiento: "Mueran los salvajes unitarios". La mediación del gobernador lo salva y marcha como desterrado a Chile. Al pasar por los baños de Zonda escribe la célebre frase: "On ne tue point les idées".

1841 Radicado en Santiago en compañía de Manuel Quiroga Rosas, vende libros para subsistir. Conoce a Manuel Montt, uno de los jefes del partido conservador. El 14 de febrero publica en *El Mercurio,* de Valparaíso, un artículo sobre la batalla de Chacabuco, que recibe el inmediato apoyo de Montt y Las Heras. "Mi curiosidad, mi aislamiento, me anonadaban menos que la novedad del teatro, y esta masa enorme de hombres desconocidos que se me presentaban a la imaginación cual si estuvieran todos esperando que yo hablase para juzgarme" (*R de P*). Ingresa como redactor en *El Mercurio,* apoya a los conservadores, dirige *El Nacional,* apoya la candidatura presidencial de Bulnes.

1842 Con su iniciativa se crea en Santiago la primera *Escuela Normal de Sudamérica,* de la que es nombrado rector. Inicia este año una de las más famosas polémicas de la literatura chilena, a través de *El Mercurio.* Su contrincante es Andrés Bello y, después de retirarse éste, uno de sus discípulos, José María Núñez. "...Los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones"; por eso, "...cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie, pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas". La oposición se hace violenta. Es llamado "extranjero" y "devorador de pan". Un golpe afortunado para Sarmiento pone fin a la polémica, al revelar que sus ideas provienen de Larra.
Abandona *El Mercurio* y funda su propio diario, *El Progreso,* así como *El Heraldo Argentino,* con Vicente Fidel López, del que aparecen sólo dos números. "Si a alguna escuela pertenecía, es a la socialista, que no escribe para escribir como la romántica, ni para imitar maquinalmente como la clásica, sino para servir los intereses de la sociedad".

1843 En enero publica una hoja suelta, defendiéndose de las calumnias de Domingo Godoy, ex-cónsul chileno en San Juan. El 25 le entabla pleito por libelo criminal, en febrero publica *Mi defensa,* en marzo queda absuelto de las acusaciones y la ley castiga a Godoy: "...Mis pobres estudios han sido pues desordenados e incompletos; pero a este desorden mismo debo grandes ventajas, pues, que

no teniendo maestros ni más guía que mi propio juicio, yo he sido siempre el juez más bien que el admirador de la importancia de un libro, sus ideas, sus principios. De esta falsa posición ha nacido la independencia de mi pensamiento, y cierta propensión a crearme ideas propias sin respetar la autoridad de los otros". Se lo designa miembro fundador de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, a la cual propone su plan de reforma ortográfica. Con V. F. López abre una escuela privada para niños de familias ricas de Santiago.

1844 Interviene en otra notoria polémica, apoyando a Francisco Bilbao (liberal y anticlerical). Los padres retiran a sus hijos de la escuela, que debe cerrar.

1845 Presenta a la Universidad su Método de lectura gradual. Comienza a publicar en *El Progreso* un folletín con la biografía de Aldao, inmediatamente después de la muerte del fraile-caudillo, y que rápidamente se populariza. Se inicia en *El Progreso* el folletín *Civilización y Barbarie, Vida de Juan Facundo Quiroga,* a lo largo de tres meses. Es editado como libro el 28 de julio. En octubre, Sarmiento se embarca en el paquebote Enriqueta, rumbo a Montevideo, a donde llega en diciembre. Allí conoce a Bartolomé Mitre y Florencio Varela, y establece gran amistad con Esteban Echeverría.

1846 Llega en febrero a Río de Janeiro, donde permanece dos meses. Conoce allí a José Mármol. En mayo desembarca en Le Havre. Visita al general San Martín en Grand Bourg; lo decepciona la admiración con que éste se refiere a Rosas. Conoce y entrevista a Thiers y a Guizot. Traba amistad con Julio Belin, futuro marido de Faustina. En octubre, la *Revue des Deux Mondes* publica un extenso artículo en el que Charles de Mazade elogia el *Facundo.* Parte hacia España: Madrid, Barcelona, Palma de Mallorca.

1847 "Tengo una curiosidad insaciable, inextinguible; nadie habrá visto más que yo, aunque muchos habrán viajado más" (Carta a Posse). En Italia: Roma, Bolonia, Florencia, Padua, Venecia, Milán. En Suiza y Alemania estudia métodos docentes, considerando los de Prusia los más avanzados de Europa. Visita también los Países Bajos. Vuelto a París, lo nombran miembro correspondiente del Instituto Histórico de Francia, donde lee una disertación sobre las relaciones entre San Martín y Bolívar. En setiembre llega a Norteamérica: Montreal, Quebec y, después, Boston, donde visita a Horace Mann y su escuela práctica para maestros de East Newton. Obtiene de Mann cartas de presentación para docentes, intelectuales y políticos del país. Visita Filadelfia, Baltimore, Washington, Pittsburgh, Nueva Orleans. En noviembre llega a La Habana; en Panamá, cruza el istmo a caballo y desciende por el Pacífico hasta Lima, Arica y Valparaíso.

1848 Aparece *La Tribuna*: Sarmiento, redactor responsable; su yerno, editor. El 19 de mayo se casa con la sanjuanina Benita Martínez Pastoriza, viuda de Castro y Calvo, y adopta a Dominguito, nacido en 1845. La mayoría de los biógrafos atribuyen a Sarmiento la paternidad. Muere su padre a los setenta años, en San Juan.

1849 Funda en Santiago *La Crónica.* Se publica *De la educación popular,* bajo la influencia de las ideas de Mann y basado en el informe oficial presentado al gobierno chileno a su regreso.

En abril, Rosas reclama la extradición de Sarmiento, que reiterará en julio. Así

establece Sarmiento el paralelo entre ambas personalidades: "Ambos son testarudos. Rosas se propone llevar adelante sus antojos por medio de la tenacidad, la astucia, la intriga y la opresión; el otro lleva adelante sus ideas a la luz del día, por la prensa, por los libros, por los periódicos, por la discusión (...). Ambos son envidiosos. Rosas le envidia a su enemigo la mansa y quieta reputación que se ha hecho entre los argentinos de querer el bien para su país. (...) Sarmiento le envidia el puesto admirable que ocupa, y si pudiera suplantarlo, lo que se promete para dentro de diez años, se forma mil castillos de todas las grandes cosas que realizaría con el concurso de todos sus compatriotas" (*La Crónica*).

En abril aparece el primer volumen de sus *Viajes en Europa, Africa y América.*

1850 Se interrumpe la publicación de *La Crónica.* Aparece en Santiago *Recuerdos de Provincia,* "documento de un pasado irrecuperable y, por lo mismo, grato, ya que nadie soñaba que sus rigores pudieran regresar y alcanzarnos... Negador del pobre pasado y del ensangrentado presente, Sarmiento es el paradójico apóstol del porvenir. Cree, como Emerson, que en el centro del hombre está su destino; cree, como Emerson, que la evidencia de que se cumplirá ese destino es la esperanza ilógica" (J. L. Borges, prólogo).

Se publica también, en la misma ciudad, *Argirópolis,* ensayo de propuesta de un programa de acción concreto para sustituir a la confederación rosista.

1851 Comienza a publicar el periódico *Sudamérica.* Sarmiento ayuda al Ministro Varas a redactar un decreto contra la rebelión militar que estalla en ese momento. Tras el triunfo de Montt, se embarca con Bartolomé Mitre y otros militares rumbo a Montevideo, para incorporarse al ejército de Urquiza, quien lo nombra cronista militar.

1852 El 3 de febrero participa en la batalla de Caseros. Ese mismo mes es condecorado en Petrópolis por Pedro II. Comienza a organizar la oposición a Urquiza y emprende el regreso a Chile, donde publica su *Campaña del Ejército Grande.* Abre así la polémica con Alberdi e inicia su violento ataque público a Urquiza. "Soldado, con la pluma o la espada, combato para poder escribir, que escribir es pensar, escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento...". Es elegido representante de San Juan en el Congreso Constituyente de Paraná.

1853 Alberdi le remite sus *Cuatro cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina,* escritas en Quillota. "Lo presenta como un caso típico de inadaptación al orden posterior a la caída de Rosas. A fuerza de pelear contra la tiranía, no sabe hacer otra cosa. Es un caudillo de la pluma, 'producto natural de la América despoblada' (...). Libre como el centauro de nuestros campos, embiste a la Academia española con tanto denuedo como a las primeras autoridades de la República" (Alberto Palcos: *Sarmiento*).

Sarmiento responde con la serie de artículos *Las ciento y una*: "Yo me rebajaré poniendo escritos inmundos contra usted".

1854 Llega a Mendoza con toda la familia y es detenido, acusado de conspiración, y absuelto. A mediados de año vuelve a Chile, donde emprende una campaña

para aumentar el número de bibliotecas públicas.

1855 Procedente de Chile, y tras una breve estadía en San Juan, se instala en Buenos Aires con su familia. Bartolomé Mitre, ministro de Guerra y Marina, lo nombra Director del diario *El Nacional*. El gobernador Obligado le da un puesto en el consejo consultivo del gobierno. Se le nombra profesor de derecho constitucional de la Universidad de Buenos Aires.

1856 Es miembro del Concejo Municipal. Como jefe del Departamento de Escuela crea 36 escuelas nuevas. Hace traducir obras sobre doctrina religiosa, ortografía, gramática, aritmética, etc. Inicia la enseñanza de idiomas extranjeros en las escuelas públicas (-61). "Y a esta educación que tiene por base el haber sido estimulado a leer bien y mucho cuando chico, mi decidida persuasión de que, reformando los métodos y sistemas de educación primaria, puede civilizarse un pueblo más bien que con colegios y universidades".

1857 Enfrenta al famoso orador y poeta José Mármol sobre la enmienda constitucional que éste propone. Patrocina tres disposiciones legislativas sobre educación: dos procuran fondos para construir escuelas (venta de propiedades municipales, multas, impuestos a las herencias, loterías); la tercera atañe a la jubilación de los maestros.

1858 Redacta la ley para la construcción de nuevas escuelas. Renuncia a la dirección de *El Nacional* para dedicar su tiempo a las actividades políticas y pedagógicas. Es nombrado Jefe de Estado Mayor del Ejército de Reserva de la provincia de Buenos Aires y Segundo Jefe de las líneas de fortificación en las afueras de la capital.

1859 Tras la Batalla de Cepeda, "aquel día de desazones, Don Domingo, lleno de indignación, recorre las calles de la ciudad, salta al balcón de alguna de esas casas y arranca el símbolo forastero. Esta conducta aumenta su fama de loco, pero contribuye a devolver la calma a la ciudad nerviosa" (*AP*: *S*).

1860 "...Esos señores (los opositores) son tan puros como el agua que contiene este cristal, pero por la sencilla razón que ellos no han servido para nada. A los hombres que han vivido al sol de la revolución y en la polvareda de las luchas políticas, de la lucha y del destierro, ¿es a los que se viene a decir, nosotros estamos puros? Un poco de polvo en los vestidos y alguna vez las manos un poco sucias, he aquí lo que pueden echarnos en cara, pero se las lava uno para volver a principiar de nuevo" (Discurso en el Parlamento).

1861 Renuncia a su puesto como Ministro en el gobierno de Buenos Aires. Muere su madre a los 93 años.

1862 Se le designa gobernador interino y luego gobernador constitucional de San Juan. En febrero reaparece *El Zonda*. Funda una Quinta Normal de Agricultura para mejorar y perfeccionar los métodos agrícolas. En junio, en su mensaje a la Asamblea Legislativa Provincial, propone varios proyectos: sistema de canales de riego y represas para controlar los ríos, mejor explotación de tierras hasta entonces no utilizadas productivamente. Patrocina leyes para fundar colonias agrícolas con inmigrantes extranjeros.

1863 Sarmiento es acusado del sangriento asesinato del Chacho, pero declara no haber ordenado su ejecución. "Desde ese día (en que, derrotado en Córdoba, va a

refugiarse a La Rioja) principia el acto más heroico, más romanesco que las crónicas de la montonera, tan intangible, tan rápida y fugaz, recuerdan. Alguna cualidad verdaderamente grande debía de haber en el carácter de aquel viejo gaucho, si no era nativa estolidez, como la terquedad brutal que a veces pasa plaza de constancia heroica" (*El Chacho*).

Rawson, ministro del Interior de Mitre, señala que es inconstitucionalmente irregular que un gobernador declare el estado de sitio. Enconada polémica, las relaciones entre los gobiernos nacional y provincial se hacen muy tensas. "Doctor, tiene usted la inteligencia de un sabio alemán, el corazón sano, pero rotos los brazos. Ud. no hará nada en su vida". Mitre, vistas las dificultades de Sarmiento, le da una oportunidad de abandonar airosamente el cargo: lo nombra enviado extraordinario y Ministro en los EE.UU.

1864 Renuncia ante la Asamblea Legislativa; se lo nombra Ministro Plenipotenciario ante Chile y Perú. En Chile, se pronuncia con vehemencia contra la flota española que ataca las Islas Chincha. También en el Congreso Americano, reunido en Lima, reitera su posición contra la agresión española, yendo más allá de las instrucciones otorgadas por su gobierno. Mitre y Elizalde, Ministro de Relaciones Exteriores, protestan enérgicamente por su conducta.

1865 A instancias de su gobierno, abandona el Congreso y parte para Nueva York, donde es recibido por el presidente Andrew Johnson. Funda un periódico propio, *Ambas Américas*, a través del cual defiende la posición de su país en la Guerra de la Triple Alianza. Afirma respecto al poderío norteamericano: "Me creo llamado a fijar la opinión de los Estados Unidos sobre la América del Sur, y me considero el único de sus hijos que se halla preparado para contener los progresos y tentativas de despotismo imperial (...). Me dará aquella colosal empresa pábulo a la necesidad de acción inteligente que me consume; y el género de gloria a que puedo con más derecho aspirar. Irradiar la libertad, la educación y el gobierno sobre toda la América" (Carta a Mitre).

1866 Muere su hijo Dominguito en la Guerra del Paraguay. "De una arcilla generosa yo había moldeado una estatua, según bello ideal que había formado".

Visita a la viuda de Horace Mann, conoce a Emerson, George Ticknor, Longfellow. Bartolito Mitre, hijo del presidente, es su secretario y constante compañero.

1867 Traduce y edita *Vida de Horace Mann*. Viaja a París, a la Exposición Internacional. Se entrevista con Thiers. Conoce, a su vuelta en N. York, a Ida Wickersham, con quien vive un romance y mantiene luego una prolongada correspondencia.

Le escribe a Juan Carlos Gómez: "Montevideo es una miseria, Buenos Aires una aldea, la República Argentina una estancia. Los Estados del Plata reunidos son un casco de potencia de primer orden, un pedazo del mundo, un frente de la raza enfrenada en América, la tela para grandes cosas".

1868 La Asamblea Legislativa de San Juan lo elige para el senado nacional. Tras la muerte de Paz, Mitre acepta la renuncia de su gabinete y nombra a Sarmiento Ministro del Interior, cargo que éste rechaza. Nombrado Doctor Honoris Causa de la Universidad de Ann Arbor, vuelve a Buenos Aires al mes siguiente. El

Congreso Nacional lo nombra Presidente de la República Argentina por 79 votos de 131. El 12 de octubre se hace cargo de la presidencia.

1869 "Sarmiento, carente de partido propio, no se pliega al alsinismo ni al mitrismo. Destaca su autoridad y desinterés político. Atacado alternativamente por una y otra agrupación, a medida que va produciendo sus actos, o por ambos a la vez, si no puede más bien, la contemporización; lo guía el agudo sentido de la realidad" (*AP*: *S*).

1870 "¿Quién en fin, sin injusticia, dará el nombre de asesinato a actos cometidos en medio de la exaltación ardiente de una larga y prolongada lucha de partidos?".

1871 "Soy un ente raro. Otros lo son mucho más, sin apercibirse de ello. Soy un intermediario entre dos mundos distintos. Empecé a ser hombre entre la colonia española que había concluido y la República que aún no se organizaba; entre la navegación a vela y el vapor que comenzaba. Mis ideas participan de esos dos ambientes. Yo soy el único que quedó todavía gritando: *¡mueran los godos!* Pertenezco a los viejos revolucionarios de la independencia, y voy con la teoría de entonces y la práctica norteamericana, contra lo que queda de la vieja colonia" (*Diario del Merrimac*).

1872 "Aquí continúo con las tareas de Presidente, trabajo de mula. Mas lastimosa cuenta tengo que darte de tu pedido tan cariñoso, tan de amigo, de venir unos días a pasarlos conmigo, en mi cuarto, para hablar de cama a cama. Ven, si quieres aceptar esta precisa condición, pues en la casa en que vivo no hay una sola pieza de que disponer. Mi sirviente sale a dormir a la calle. He aquí a un Presidente en condiciones bien estrechas" (C a P).

1873 Es objeto de un atentado programado por López Jordán, en plena ciudad, y del que sale ileso. "En las dos cámaras nadie levanta la voz para condenarlo y algunos opositores lo atribuyen a una maniobra política. Los propios ejecutores materiales son los que señalan el hecho, cuando, años después, le escriben a Sarmiento pidiéndole que interponga su influencia a fin de que se les conmute la pena" (*AP*: *S*).

1874 Entrega la presidencia a Nicolás Avellaneda.
"He quedado sordo rematado, con ocho meses de tensión cerebal, requerida por Jordán, Segovia, los integrantes del Congreso, los *enfants terribles* de la prensa, etc." (C a P).

1875 El gobierno alsinista de la provincia de Buenos Aires lo nombra Director General de Escuelas de la Provincia. Funda una revista pedagógica, *La Educación en la Provincia de Buenos Aires*. Representa a San Juan ante el Congreso Nacional, después de la muerte de José María del Carril. Sarmiento es el encargado de redactar el informe de amnistía a los revolucionarios del 74. Polémica con Rawson, quien le enrostra la responsabilidad de la muerte del Chacho y la instigación a violar la Constitución, de que hizo objeto al Presidente Mitre desde Washington.

1876 "Asistiendo a la inauguración del ferrocarril a Tucumán advierte, de golpe, muy sorprendido, cómo las piernas se le hinchan: acaba de declarársele la enfermedad

cardíaca que, poco a poco, minará su organismo y lo llevará a la tumba" (*AP*: *S*).

1877 Desarrolla su teoría del Poder Ejecutivo fuerte como impugnación a un proyecto de Rawson, que es finalmente rechazado. Ataques en la prensa y en las Cámaras. "Cuando me operaba el médico sentía el escalpelo, manejado por mano culta y profesional. Esta vez era el *alfajor* del desollador del saladero que sentía correr por mis costillas".

1878 "Tengo una enfermedad de desencanto de nuestro país y de nuestra capacidad gubernativa que, al aplicarla y fundarla, te haría caer las alas del corazón. No creas que es la vejez" (C a P).

1879 Avellaneda le ofrece el cargo de Ministro del Interior y jefe de su gabinete. Renuncia a su banca en el Senado y acepta el nuevo nombramiento, pero en octubre lo abandona.

1880 La Asociación de Jóvenes para la Unión Nacional proclama su candidatura para la presidencia.

1881 El gobierno nacional lo designa Inspector General de Escuelas.

1882 Al llegar la noticia de la muerte de Darwin, el Círculo Médico Argentino lo invita a disertar sobre su obra, junto a Eduardo Ladislao Holmberg. Sarmiento retoma y desarrolla los argumentos que en 1876 habían motivado su fantasía científica *Dos partidos en lucha.*

1883 Escribe el primer volumen de *Conflictos y armonías de las razas en América.* Es propuesto para la elección del Concejo Municipal de la Capital Federal.

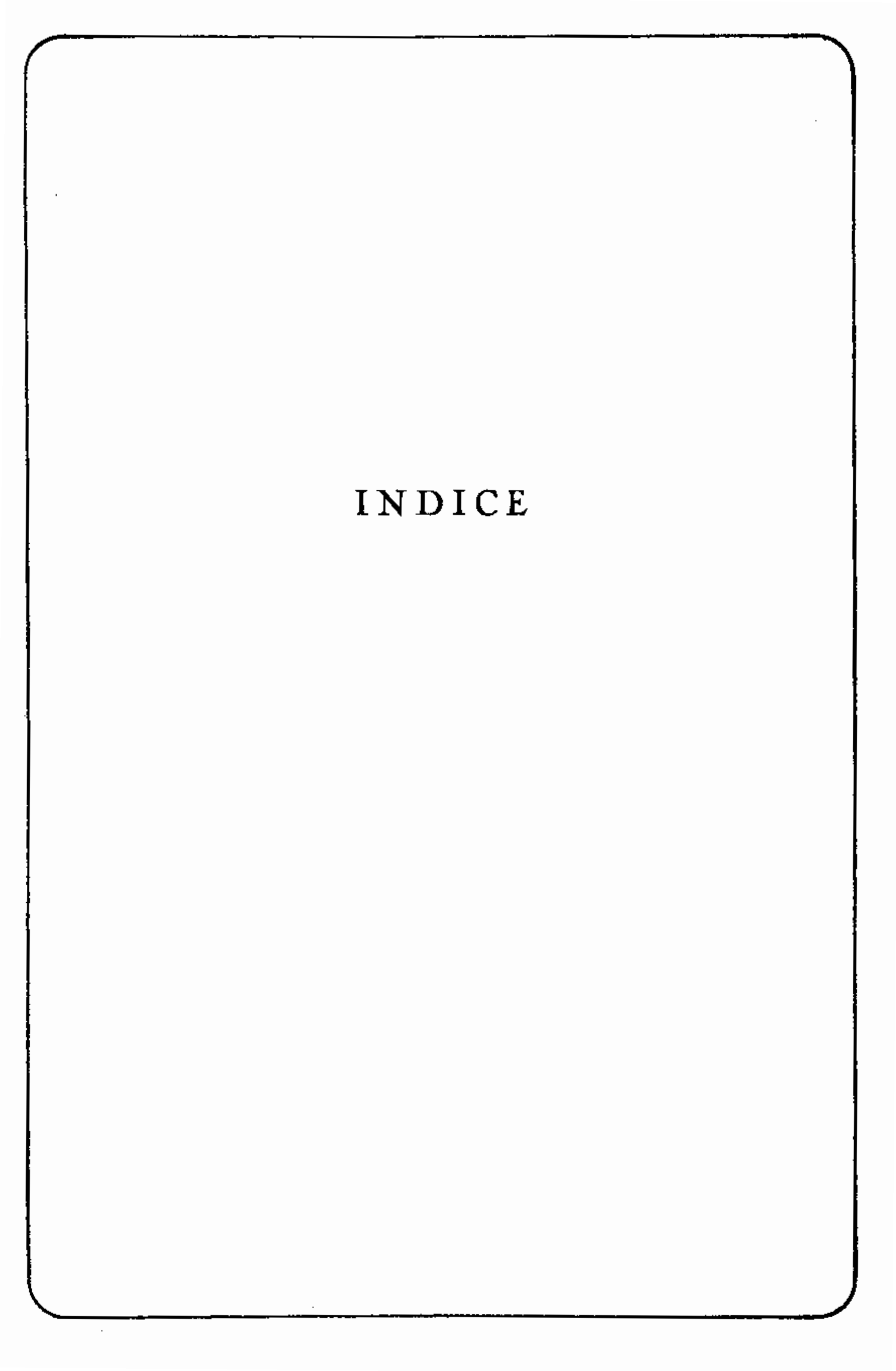
1884 Solicita a Roca lo envíe a los países vecinos, con el objeto de suscribir un convenio internacional para trabajar conjuntamente en la traducción de las principales obras de la civilización occidental.

1885 Funda, en diciembre, el diario *El Censor,* como forma de fustigar a Roca y las amenazas de candidatura oficial de Juárez Celman.

1886 Publica *Vida y escritos del coronel don Francisco J. Muñiz* y *Vida de Dominguito.* Con motivo de la epidemia de cólera, se le designa presidente de la Comisión Nacional de Ayuda al Interior. Cumple 75 años. Esta es su respuesta ante una felicitación: "¡Pero que vengan a mí a decirme ahora que yo he muerto! ¡A mí que recibo en este día los honores que no siempre me prodigaron en mejores tiempos; a mí que tengo todavía en la mano, a falta de espada que no sustentaría ya mi débil brazo, el buril, la pluma y el látigo que fijan las ideas, cuando no sea más que para dar fe de hallarme en mi puesto, cuando las andan buscando para encadenarlas!".

1887 "En el último año de su existencia se afilia a la *Liga Internacional de la Paz y la Libertad,* organización que acaba de descubrir y cuya sede reside en Ginebra" (*AP*: *S*).

1888 Acompañado de su hija y su nieta María Luisa viaja a Asunción, donde muere el 11 de setiembre.



INDICE

Editorial: Biblioteca Ayacucho
Año de publicación: 1993
Lugar de publicación: Caracas, Venezuela
ISBN 10: 9802762741
ISBN 13: 9789802762743